LAS VERDADES OCULTAS DE LA BIBLIA

GNOSIS ETERNA:
EL PRINCIPIO DEL FIN DEL VATICANO

PRÓLOGO POR JOSÉ LUIS GIMÉNEZ RODRÍGUEZ

J. Lallemant

bubok
Publishing S.L.

Título original:
LAS VERDADES OCULTAS DE LA BIBLIA
Gnosis eterna: El principio del fin del Vaticano
Bubok Publishing S.L.

Reservados todos los derechos

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Derechos del Autor
© 2012 J. Lallemant, Bogotá D.C., Colombia
Cubierta: El Pantocrátor – Iglesia de Santa Sofía (Estambul)
Las Verdades Ocultas de la Biblia
www.lasverdadesocultasdelabiblia.com

Primera edición

ISBN: **978-84-686-2756-4** de la edición impresa

ISBN: **978-84-686-2757-1** de la edición digital

Queda hecho el depósito de marca la ley
BUBOK PUBLISHING S.L.
www.bubok.es
C/Aguacate, 41 Portal A2 1° Planta, oficina 8 28054
Madrid, España
2012

Si desea comercializar este libro al por mayor adquiriendo desde 100 ejemplares puede obtener mayor información en la página web.

Jesús ha muerto ¡Que viva el Cristo!

Quien busca no deje de buscar hasta que encuentre, y cuando encuentre se turbará, y cuando haya sido turbado se maravillará y reinará sobre cada uno y hallará el reposo.

El Reino está dentro de vosotros y fuera de vosotros.
Cuando lleguéis a conoceros a vosotros mismos, entonces seréis conocidos y caeréis en la cuenta de que sois hijos del Padre Viviente.
Pero si no os conocéis a vosotros mismos, estáis sumidos en la pobreza y sois la pobreza misma

Quien conoce todo pero carece de conocerse a sí mismo, carece de todo.

Jesús ha dicho: Soy la luz quien está sobre todos, Soy el todo. Todo salió de mí, y todo vuelve a mí. Partid la madera, allí estoy. Levantad la piedra y allí me encontraréis.

Evangelio Gnóstico de Tomás

El objetivo fundamental de esta obra es que cada persona comprenda que todo ser humano puede eliminar de su psicología las causas del dolor, de las enfermedades y de la misma muerte.
El objetivo fundamental de esta obra es que cada persona comprenda que todo ser humano puede convertirse a sí mismo en un Cristo viviente.
El objetivo fundamental de esta obra es que cada persona pueda realizar la obra del Padre.

"Nos encontramos que la historia del cristianismo que nos ha legado la Iglesia Romana era una grosera distorsión de la verdad. De hecho, la evidencia confirmaba por completo la Tesis de los Misterios de Jesús. Era cada vez más obvio que habíamos sido engañados en forma deliberada, que los gnósticos realmente eran los cristianos originales y que su misticismo anárquico les había sido arrebatado por una institución autoritaria que creó a partir de él una religión dogmática, imponiendo a continuación el mayor ocultamiento que haya conocido la historia".

Timothy Fredke y Peter Gandy

Los secretos del código. Burstein, Dan

Una forma de cristianismo... resultó ganadora de los conflictos de los siglos II y III. Esta forma única de cristianismo decidió cuál sería la perspectiva cristiana "correcta"; decidió quién ejercería autoridad sobre la creencia y la práctica cristiana; y determinó qué formas de cristianismo serían marginalizadas, hechas a un lado, destruidas. También decidió qué libros canonizar como Escrituras y cuáles apartar como "heréticos" que enseñaban ideas falsas...

[…] Otros libros fueron rechazados, burlados, calumniados, atacados, quemados y prácticamente olvidados –perdidos.

Bart D. Ehrman

Los secretos del código. Burstein, Dan

Índice

Prólogo....15
INTRODUCCIÓN....19

CAPÍTULO 1....23
1. LA HISTORIA OCULTA DEL CRISTIANISMO....25
1.1. DIVERSIDAD DE CORRIENTES CRISTIANAS PRIMITIVAS.... 25
1.2. NAZARENOS Y NEO-NAZARENOS....27
1.3. HACIA UNA NUEVA RELIGIÓN....36
1.3.1. El concilio de Nicea....40
1.3.2. Atanasianismo y Arrianismo....41
1.3.3. El exterminio de la herejía....43
1.4. LOS EVANGELIOS GNÓSTICOS....48
1.5. EL TRIUNFO DEL CRISTIANISMO PRIMITIVO....51

CAPÍTULO 2....55
2. LA ENSEÑANZA PÚBLICA Y LA ENSEÑANZA SECRETA.... 57
2.1. CONTEXTO LITERAL Y SIMBÓLICO EN LA BIBLIA....64
2.2. CATOLICISMO Y GNOSTICISMO....67
2.2.1. *Las diversas maneras en que es entendido un mensaje*....68
2.2.2. *La parte secreta del mensaje*....69

CAPÍTULO 3.....73
3. LA VIRGINIDAD DE MARÍA
¿VERDAD O SIMBOLISMO?.....75
3.1. ASPECTO BIOLÓGICOS.....75
3.2. ASPECTOS TECNOLÓGICOS.....77
3.2.1. Tecnología de avanzada.....77
3.2.2. Estados Jinas.....77
3.3. ASPECTOS MORALES.....79
3.3.1. Método de disuasión para honrar a Dios.....79
3.3.2. Método de disuasión para el cambio de conducta.....80
3.3.3. Método para su posterior reputación como virgen.....80
3.4. ASPECTOS HISTÓRICOS.....82
3.4.1. La versión histórico-mítica.....82
3.4.2. La historia en los evangelios.....88
3.5. MARÍA, LA MADRE Y LA MUJER.....95
3.6. EL MATRIMONIO EN LOS TIEMPOS DE JESÚS.....97
3.7. LAS PROFECÍAS.....99
3.8. ETAPAS PROBABLES DE LA VIRGINIDAD.....102
3.9. EL ESQUEMA DE LA ANUNCIACIÓN.....105
3.10. LOS ESPONSALES.....110
3.11. LA CONCEPCIÓN.....118
3.12. EL MATRIMONIO PROPIAMENTE DICHO.....120
3.12.1. No la conoció hasta que nació Jesús.....122
3.12.2. Aplicabilidad de la expresión "hasta que".....123
3.12.3. La expresión "hasta que" en Mt 1, 25.....126
3.13. EL PARTO.....129
3.14. EL VOTO DE VIRGINIDAD.....131
3.15. PRIMOGÉNITO Y UNIGÉNITO.....132
3.15.1. Primogénito de José.....137
3.15.2. Primogénito de María.....139
3.16. LOS HERMANOS DE JESÚS.....140
3.16.1. Vínculo familiar abreviado.....141

3.16.2. La koiné....142
3.16.3. Sus hermanos, discípulos y seguidores....143
3.16.4. Relaciones de parentesco....150
3.16.5. Jacobo, el hermano de Jesús....153
3.16.6. María, madre de Jacobo y de José....157
3.16.7. María, la esposa de Cleofas....164
3.16.8. Judas hermano de Jacobo....167
3.16.9. Las dos viudas....169
3.16.10. El discípulo amado y los cuidados de María....171
3.16.11. Relaciones de hermandad....174
3.16.12. Los hijos de José....176
3.16.13. El nombre de los hermanos de Jesús....180
3.17. NACIDO DE MUJER....183
3.18. HIJO DE DAVID SEGÚN LA CARNE....186
3.18.1. La genealogía....189
3.18.2. Hijo de José o hijo de Elí....190
3.19. LA TRAGEDIA MORAL DE MARÍA....194
3.19.1. Las fuentes judías....200
3.19.2. La grandeza de María....205
3.20. LOS HIJOS DEL ESPÍRITU SANTO....208
3.20.1. La posibilidad de convertirse en hijo de Dios....210
3.20.2. El Espíritu Santo....212
3.20.3. La paloma....212
3.21. EL NACIMIENTO DEL SOL INVICTUS....216
3.22. LOS EVANGELIOS GNÓSTICOS....217
3.23. EL ARCANO A.Z.F……. 221

CAPÍTULO 4....225
4. EL VERDADERO PECADO ORIGINAL....227
4.1. LA NATURALEZA DEL PECADO ORIGINAL....227
4.2. EL EDÉN....228
4.2.1. El Jardín del Edén....230

4.2.2. El Jardín de las Hespérides....233
4.2.3. Correlaciones entre el Jardín del Edén y el Jardín de las Hespérides.... 234
4.3. EL ÁRBOL DE LA CIENCIA DEL BIEN Y DEL MAL....235
4.4. EL ROL DE LA MUJER....238
4.5. EL TENTADOR....239
4.5.1. La serpiente....241
4.5.2. La desobediencia ¿pecado o virtud? 244
4.5.3. El Cristo Lucifer....245
4.6. EL ÁRBOL DE LA VIDA....253
4.7. UNA APROXIMACIÓN SIMBÓLICA....260
4.8. EL VERDADERO PECADO ORIGINAL....262
4.8.1. Un fruto, en el sentido literal....262
4.8.2. El sexo como fruto prohibido....264
4.8.3. Desnudez paradisiaca y desnudez pecaminosa....267
4.8.4. El árbol de la ciencia del bien y del mal fuera del Edén....275
4.9. LOS HIJOS DE DIOS Y LOS HIJOS DE LOS HOMBRES....279
4.9.1. Los hijos de Adán y Eva....282
4.9.2. La herencia del pecado original....289
4.9.3. La causa de la muerte....293
4.10. ¿ES POSIBLE VOLVER AL EDÉN? 295
4.10.1. No comer más del fruto prohibido....296
4.10.2. Desnudos y en pareja....298

CAPÍTULO 5....301
5. MARÍA MAGDALENA: LA ESPOSA DE JESÚS....303
5.1. ASPECTOS HISTÓRICOS....303
5.2. EL MATRIMONIO: EL PRIMER MANDAMIENTO....306
5.2.1. El Matrimonio: Función natural....306
5.2.2. El matrimonio: El primer Mandamiento....310
5.2.3. El hombre se hizo para la mujer y la mujer para el hombre....313
5.3. JESÚS: EL HOMBRE, EL HUMANO....315

5.3.1. Jesús: el hombre, el humano....315
5.3.2. El celibato....318
5.3.3. Jesús y el Matrimonio....319
5.3.4. La tradición judía....326
5.4. PASAJES INTRIGANTES....327
5.4.1. Jesús: Rey, Sacerdote y Maestro....328
5.4.2. La cruz....338
5.4.3. La samaritana....344
5.4.4. Las bodas de Caná....347
5.5. MARÍA MAGDALENA....352
5.5.1. Las diferentes Marías....357
5.5.2. El pasaje de Lázaro....361
5.5.3. La unción....363
5.5.4. Crucifixión, muerte, sepultura y resurrección....368
5.5.5. El discípulo amado....375
5.6. EL ESPOSO....380
5.7. LOS PASAJES DE LOS EVANGELIOS GNÓSTICOS....386
5.8. LA SUPREMA ENSEÑANZA ACERCA DEL SEXO....394

CAPÍTULO 6....401
6. LA DESCENDENCIA DEL NAZARENO....403
6.1. EL DERECHO DE TODO HOMBRE....403
6.2. LOS JUDÍOS: PUEBLO DE FERTILIDAD Y MULTIPLICACIÓN....404
6.3. EL MATRIMONIO....409
6.3.1. Matrimonio pagano y matrimonio judío....410
6.3.2. Un matrimonio se constituye para tener hijos....412
6.4. LA EVIDENCIA DE LAS ACUSACIONES....413
6.5. LA ESPERANZA DE VIDA EN LA PALESTINA DE LOS TIEMPOS DE JESÚS....414
6.6. EL CÁLIZ: EL RECEPTÁCULO DE SU SANGRE....416

6.7. PINTURAS EN QUE SE REPRESENTA A MARÍA MAGDALENA EN ESTADO DE GESTACIÓN..... 419
6.8. LOS EVANGELIOS.....425
6.8.1. Los Evangelios Gnósticos.....425
6.8.2. Los libros canónicos.....429
6.9. MARÍA MAGDALENA EN EL APOCALIPSIS.....433
6.10. LOS NOMBRES DE LOS HIJOS DE JESÚS.....435

ULTÍLOGO.....437
BIBLIOGRAFÍA.....439
LISTADO DE LIBROS.....443
ABREVIATURAS.....445

Prólogo

Las Verdades Ocultas de la Biblia

Cuando recibí un correo electrónico, donde se me solicitaba mi autorización para utilizar una fotografía incluida en mis dos libros: *El Legado de María Magdalena, Amares - 2005* y *El Triunfo de María Magdalena: Jaque mate a la Inquisición, Corona Borealis - 2007*, donde aparece María Magdalena embarazada de Jesús, no le di mayor relevancia y acepté complacido, tal como es mi costumbre. Poco después, el propio autor, me solicitaba realizar un pequeño prólogo del presente libro, hecho que acepté con agrado, a pesar de no conocer aún el contenido del mismo.

Lo cierto es que, cuando recibí el manuscrito original, y a pesar de estar limitado en el tiempo, la lectura del mismo me sorprendió gratamente, pues trataba varios de los temas que tanto me apasionan y a los que les he dedicado varios años de investigación.

El título de por sí ya resulta suficientemente explícito, pues como descubrirá el lector durante el transcurso de la lectura del presente libro, la historia oficial del cristianismo y, por consiguiente, lo narrado en los Evangelios canónicos del Nuevo Testamento, muy poco tienen de coincidencia con la verdad. Una verdad que se ha mantenido oculta por más de dos mil años, o cuanto menos ha sido mermada y manipulada.

No voy a entrar a detallar en este momento todas las falsedades o manipulaciones que se han realizado a través de la historia oficial que nos ha mostrado la Iglesia y que se ha "maquillado" convenientemente en los libros "sagrados", pero baste alguna pequeña muestra de lo anteriormente expuesto para que el lector sea consciente de hasta dónde llega dicha manipulación:

> "No todas las verdades han de ser explicadas a todos los hombres".

Esta frase tan contundente fue escrita por el obispo Clemente de Alejandría, uno de los padres de la Iglesia y, con ella, se define a la perfección la política que ha llevado a término dicha institución desde los primeros tiempos hasta llegar a ser la religión oficial del Imperio romano, y una de las mayores religiones en todo el mundo actual.

De sobras es sabido que Jesús utilizaba dos formas de lenguaje: una simple, basada en parábolas, dirigida al público, y destinada a explicar a las gentes

sencillas aquellos asuntos que debían conocer con claridad; y otra más oculta, esotérica o si se prefiere gnóstica, destinada a exponer a sus discípulos aquellas enseñanzas que no todos podían conocer.

Cuando Jesús fue preguntado por sus discípulos al respecto, él les respondió:

> "A vosotros os es dado conocer los misterios del reino de Dios; mas a los otros por parábolas, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan". Lucas 8:10

Como vemos, el propio Jesús se encarga de dejar claro que no todos pueden acceder a descubrir los misterios de Dios, la gnosis, el conocimiento. Y es que, tal como nos muestra muy acertadamente J. Lallemant en *Las verdades ocultas de la Biblia*, la historia oficial del cristianismo, nada o muy poco tiene que ver con la doctrina o la intención original de aquellos judíos, pertenecientes a la secta de los nazareos o nazaritas, de donde surgiría el Mesías; del hebreo מָשִׁיחַ (*mashíaj*, «ungido»); el Ungido, el Cristo; en griego χριστός (*khristós*, «ungido»).

Aunque no hay que retroceder demasiado en el tiempo para observar esta actitud de la Iglesia. De hecho, en el año 2005, como consecuencia del gran éxito obtenido por la novela de Dan Brown "El código Da Vinci", el Cardenal Tarsicio Bertone (Cardenal Camarlengo y Secretario de Estado del Vaticano), llegó a prohibir a los feligreses que compraran y leyeran el mencionado libro ¡y eso que se trataba de una simple novela! Si bien es cierto que, la base en la que se argumenta, no se aleja demasiado de la verdad. Este hecho nos da una idea de hasta donde son capaces de llegar con tal de mantener el control sobre la voluntad de los cristianos católicos.

Pero retrocedamos en el tiempo y volvamos al origen. Fue gracias a la necesidad imperiosa del emperador romano Constantino I el Grande, por mantener unido el Imperio quien, en el año 325 d.C., decide convocar en Nicea el que sería el primer Concilio Ecuménico de la nueva Iglesia Católica Apostólica y Romana, oficializándola como la nueva religión del Imperio, si bien no sería hasta el año de 380 en que el emperador Teodosio, mediante el edito de Tesalónica, también conocido como "Cunctos Populos" decretaría la oficialidad total del cristianismo como la religión del Imperio romano.

A partir del Concilio de Nicea, se introducen rituales paganos en los oficios religiosos católicos, se eliminan manuscritos o evangelios llamados apócrifos, molestos o incómodos para la nueva religión oficial del Imperio,

se adulteran escritos considerados hasta entonces como verdaderos, para adaptarlos a las necesidades del Imperio, se crean dogmas de fe, se redacta el *Credo Niceno* a fin de elevar a la categoría de Dios al Cristo que hasta entonces habían seguido los cristianos partidarios de Jesús y, en definitiva, se crea una nueva religión, producto de un sincretismo entre las costumbres paganas de los romanos y los rituales cristianos.

Y es que si algo sabían hacer muy bien los romanos era apropiarse de dioses ajenos, y si la nueva religión del Imperio carecía de la imagen humana de un Dios, habría que crearla, y así se hizo.

Así pues, el Concilio de Nicea del 325 d.C., iba a marcar un antes y un después en la Historia cristiana. Todo lo que no se ajustase a lo acordado en dicho concilio pasaría a ser catalogado de herejía, y sería a través de la herejía y en nombre de un Dios, que se llegarían a producir verdaderos holocaustos, matanzas indiscriminadas, cruzadas entre los propios cristianos (la Cruzada albigense o contra los cátaros), hasta conseguir una homogeneidad forzada de los diferentes grupos cristianos, si bien nunca llegaría a producirse la completa homogeneización de la religión cristiana.

Una de las mayores herejías, condenada con la muerte en la hoguera, no sin antes pasar por toda clase de tortura, era la que hacía referencia a la naturaleza humana de Jesús, y por consiguiente a su relación marital con María Magdalena, con la que obtendría su descendencia. Este tema, a pesar de haber sido discutido entre los miembros de la Iglesia y algunos autores, como el que esto escribe, no es menos relevante ni carece de verosimilitud, como lo puedan ser los Evangelios canónicos, únicos aceptados por la Iglesia, pues tal como ya se dijo al principio de este prólogo, en los libros ya mencionados, se muestran las evidencias físicas pertinentes en las que se puede observar la verdadera relación marital entre Jesús y María Magdalena, así como su descendencia.

En *Las verdades ocultas de la Biblia*, J. Lallemant nos presenta la historia oculta, ignorada de forma intencionada por los poderes eclesiásticos y de facto, así como a un Jesús de corte gnóstico, humano y divino a la vez, capaz de convertirse en el Cristo que decide entregar su vida en pro de la verdad.

En Barcelona, a 30 de Octubre de 2012

José Luis Giménez Rodríguez
www.jlgimenez.es

INTRODUCCIÓN

El cristianismo tiene mucha mayor profundidad que la que usualmente se le concede, mayor verdad, mayores misterios. El cristianismo tiene una enseñanza inagotable que jamás se le enseñó a las multitudes con el pretexto de que no estaban lo suficientemente maduras. Y posiblemente sea cierto que muchas personas todavía no se encuentran preparadas para saber esa verdad; sin embargo, es nuestro deber justo en este momento publicar la enseñanza oculta, los misterios cristianos que fueron ocultados por más de dos mil años, y que van más allá del discurso afable que pronuncia el pastor o el sacerdote en el púlpito. Al respecto es posible recabar prolífica evidencia, como veremos más adelante.

> 1 Cor 2, 6: Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez; y sabiduría, no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que perecen.
> 7: Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria,
> 8: la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria.

Las palabras de San Pablo son positivas en el sentido de que existe una sabiduría oculta, una sabiduría que usualmente no le fue transmitida al grueso de la humanidad, sino que se mantuvo oculta para aquellos que fueran dignos de alcanzar los misterios, y el mismo Jesús habla a las multitudes en parábolas mientras que a sus discípulos les revela todo en secreto (*Mc 4, 33-34*). En este sentido, el cristianismo, tal como muchas otras religiones, es una religión mistérica en la que la enseñanza pública se revela a las masas, mientras que la sabiduría mistérica permanece oculta. Sin embargo, lo que en principio sólo se ocultaba para que el vulgo no tuviera acceso a los misterios mayores del cristianismo, en el tiempo se fue decantando, se fue perdiendo, hasta que finalmente el cristianismo se convirtió en un cascarón vacío, sin una enseñanza que posibilite la transformación radical del individuo, sin su sabiduría primigenia, sin esos grandes misterios crísticos por los cuales los primeros apóstoles eran capaces de dar la vida y morir como mártires. En ese orden de ideas, el cristianismo contemporáneo a que hemos accedido, por necesidad obligada de las circunstancias, ha sido sólo una deformación del cristianismo primitivo original. Incuestionablemente los misterios que se enseñaban en secreto de labios a oídos dejaron de transmitirse en los primeros siglos de nuestra era y lo que ha llegado hasta nosotros ha sido solo una forma externa institucionalizada y vacía donde el máximo misterio consiste en

creer (la creencia es el principio de la subyugación y de la esclavitud). Pero en el principio no fue así, y de esto bien podrían dar cuenta las diferentes corrientes cristianas que fueron reputadas como heréticas por la versión del cristianismo que prevalecía en la época y que, posteriormente, se convirtió en una suerte de cristianismo estilizado e imperialista. Los grandes misterios del principio fueron poco a poco olvidados y el cristianismo se convirtió en una institución donde las grandes verdades iniciáticas se reducen a una prédica de consejería *gratuita* (aparentemente gratuita). Sin embargo, es claro que detrás del texto bíblico se esconden grandes verdades y misterios; detrás del texto bíblico se esconde una gruesa e incomparable enseñanza que el cristianismo contemporáneo rechaza a pesar de que el texto sagrado en el que se apoya la ratifica y evidencia. Es preciso desenmascarar a la agonizante secta de Roma y plantar la bandera de un cristianismo legítimo sobre las ruinas humeantes del Vaticano. Y en ese sentido es presentado este libro, para que la humanidad toda pueda conocer las bases fundamentales del cristianismo legítimo y pueda transformarse radicalmente hasta convertirse en Cristo, hasta encarnarlo y poder experimentar una natividad auténtica[1], por sí mismos, y no por el conducto o la torpe guía de nadie. *Las Verdades Ocultas de la Biblia* son un intento por restablecer ese orden, por descorrer el velo e indicar, con voz de mando, a las nuevas generaciones que, con razonamientos más despejados y libres de toda contaminación dogmática y ciega, han de reconocer en estas páginas un camino real y vívido, el cristianismo primitivo que nos lleva en forma directa al Padre, a la vez que nos posibilita la emancipación definitiva de todos los falsos pontífices, de toda religión y de todo tipo de creencia.

Para tal efecto hemos preferido en este libro abordar nuestras investigaciones partiendo del mismo texto bíblico. Estamos convencidos de que, utilizando el simbolismo que vivifica y no el literalismo que mata, se puede recuperar la verdad en medio de las tinieblas, la enseñanza legítima que abofetea y deslegitima de forma frontal el dogma que usualmente se profesa. Y lo haremos así para que el mundo cristiano verifique por sí mismo y vuelva a sus raíces fundamentales, a la vieja enseñanza olvidada. Así mismo, y cuando sea preciso, nos apoyaremos también en los Evangelios Gnósticos, referencias mitológicas, religión comparada, libros sagrados de otros cultos (porque más que mescolanza la gnosis es síntesis universal) y hasta aspectos biológicos y científicos que vengan a reforzar lo que la Biblia, con previa antelación, ratifica en forma abierta o velada.

[1] Hasta que Cristo nazca en forma vívida en el corazón de todos, de forma que cada uno de nosotros puede decir: Cristo ha nacido en mí, y lo he encarnado, SOY UN CRISTIFICADO.

La transcripción bíblica que utilizaremos será la antigua versión de Casiodoro de Reina de 1569 con las revisiones de 1602, 1862, 1909 y 1960, respectivamente. Sin embargo, de ser el caso, haremos uso complementario de otras versiones cuando lo juzguemos conveniente, sobre todo en el caso de omisión de libros por parte de la Biblia de 1569.

En principio pensamos que estas verdades ocultas se seguirán dando paulatinamente en diferentes volúmenes y manejando en cada ocasión diferentes temáticas hasta que se abarque la totalidad de los tópicos anunciados, lo que no implica una regla estricta en el sentido de excluir otros más porque, indiscutiblemente, existe todo un universo de cosas gestándose y que, a su debido tiempo, deben salir a la luz. Sin embargo, siendo únicamente la práctica de *Tres Factores*[1] la síntesis última de todo sistema religioso y la doctrina que nos permite la revolución de la conciencia y la unión última con el Cristo, es claro que estaremos atentos a dirigirla siempre hacia allí –aun sin proponérnoslo llegaríamos invariablemente siempre a ese mismo punto–.
El gnosticismo, como corriente representativa de los legítimos cristianos primitivos, reclama el derecho a la verdad y a que la humanidad no siga siendo engañada. La enseñanza gnóstica no es más que la enseñanza bíblica; la enseñanza gnóstica no es más que la enseñanza que se puede evidenciar a partir del texto mismo de las Sagradas Escrituras; la enseñanza gnóstica no es más que la ratificación del Cristo pues, no hemos venido a abolir las enseñanzas crísticas, sino a verificarlas (Cf. *Mt 5, 17*). *Las Verdades Ocultas de la Biblia* parten de allí, y estamos convencidos de que habrán de suscitar, eventualmente, toda una revolución dentro de las filas cristianas, de que habrá de surgir una nueva visión a partir de allí, de que lograremos, aun cuando sea en algo, poner una piedra más en la muralla guardiana y coadyuvar para que la humanidad sea libre, absolutamente libre y feliz.

[1] Los *Tres Factores* de la revolución de la conciencia son el fundamento de la mayoría de las corrientes gnósticas contemporáneas. El Cristo Jesús lo ponía en estos términos: «El que quiera venir en pos de mí niéguese a sí mismo, tome diariamente su cruz y sígame». El cristianismo gnóstico, por su parte, habla de morir (negarse a sí mismo), nacer (tomar la cruz) y sacrificarse por la humanidad (seguir al Cristo, sacrificarse por la humanidad cómo él se sacrificó por ella). Lo uno no es diferente de lo otro. Esto constituye la síntesis fundamental del cristianismo gnóstico contemporáneo y, evidentemente, también fue la síntesis fundamental de las enseñanzas del Cristo hebreo.

CAPÍTULO 1

LA HISTORIA OCULTA DEL CRISTIANISMO

1. LA HISTORIA OCULTA DEL CRISTIANISMO

La iglesia siempre ha tratado de encubrir que el cristianismo nació dentro de los nazaritas, o nazarenos, una corriente gnóstica judía.

1.1. DIVERSIDAD DE CORRIENTES CRISTIANAS PRIMITIVAS

El cristianismo contemporáneo[1] a que hemos accedido, por necesidad obligada de las circunstancias, ha sido sólo una deformación del cristianismo primitivo original, no sólo debido a la misma manera en que fue presentado, sino también debido variadas circunstancias históricas que hubieron de darse durante su gestación y desarrollo, además de otros variados elementos. El cristianismo en sus inicios, en mayor o menor grado, se transmitió en forma oral, y esto de por sí implica interpretación del mensaje. Y, aun cuando también se transmitió en forma escrita, la forma en que fue transmitido implica también interpretación del mensaje. Es decir que, tanto si fue oral o escrita, la forma en que fue transmitido el cristianismo conlleva a apreciaciones diferentes en personas y circunstancias diferentes. Esas diferentes interpretaciones y apreciaciones, además de la forma misma en que es asimilado, están condicionadas por varios factores y no es uniforme.

Es indiscutible que cuando alguien transmite y enseña un mensaje a un auditorio determinado, dicho mensaje no es aprehendido por todos de una forma idéntica, sino que varía de acuerdo a las percepciones y cultura particulares de cada individuo –si bien han de conservarse elementos símiles que los hermana en el fondo–. Así, el mensaje que Jesús transmite en secreto a sus apóstoles es procesado en ellos de acuerdo a sus propios condicionamientos psicosociales, a las influencias culturales, de acuerdo a sus propias experiencias, necesidades, sueños, esperanzas, etc., y, cuándo este mensaje procesado es retransmitido, si bien ha de contener los puntos capitales del mensaje, tiene un tinte específico, un matiz especial que lo particulariza.

> 1 Cor 1, 11: Porque he sido informado acerca de vosotros, hermanos míos, por los de Cloé, que hay entre vosotros contiendas.
> 12: Quiero decir, que cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo.

[1] Entendemos aquí como cristianismo contemporáneo a la suma de las corrientes de pensamiento actuales que basan sus creencias o profesan su fe en Cristo.

Esa particularización, auspiciada también por la adherencia de los seguidores al mensaje que consideran con más carisma, más cierto, o simplemente con el que se identifican más –debido también a sus propios condicionamientos internos, necesidades, creencias, etc.– origina lo que podríamos llamar «*diferentes corrientes de pensamiento*», mismas que vienen a condensarse en diferentes corrientes cristianas. Claro, todo tiene un proceso de gestación y, por tanto, en el comienzo estas diferentes corrientes son difícilmente diferenciables, siéndoles característicos la intensidad con que se transmita, el carisma y el enfoque que el transmisor le impregne al mensaje. La particularización ocurre realmente con el tiempo, y es ese mismo tiempo y las circunstancias espontáneas o provocadas las que van caracterizando el mensaje. Así, es muy natural que, eventualmente, el mensaje adquiera distintos matices que lo hacen variado, y que en el seno de las comunidades a que se ha cristianizado se presente el fenómeno que nos indica Pablo de Tarso cuando acusa que hay algunos que dicen seguir el mensaje de Pablo, otros el de Apolos, otros el de Cefas, y otros el de Cristo, sin citar otros que, sin duda, hubieron de dar a lugar.

En este punto hay dos cosas bien interesantes. La primera es que la comunidad de Cloe se nos muestra como *cristianos de Pablo*[1] porque, aunque Pablo abogue por seguir sólo a Cristo, la verdad es que esta misma posición se convierte en ese carisma y matiz especial que le gana seguidores. Por otro lado, la comunidad de Cloe no acudió a Pedro o a otro de los discípulos, sino a Pablo, y esto ya nos indica que él es su autoridad o guía religioso. Y el mismo Pablo indica que hay algunos que dicen ser de Pablo, es decir, *cristianos de Pablo*. La segunda cuestión consiste en que la comunidad corintia ya había recibido otras influencias cristianas, aunque Pablo está pendiente de ella y la sigue de cerca. Y es claro que los otros apóstoles habrán enfocado su ámbito de acción en otros territorios y en otras comunidades, pero si esto se percibe en una comunidad ¿qué no habrá de percibirse en otras comunidades? Inclusive, si al interior de las otras comunidades no hubiera división o adherencia a diferentes líneas del mensaje; inclusive, si esa comunidad estuviera unánime respecto al mensaje que le impartió Pablo, o Pedro, o Juan, etc., esa misma simpatía e identificación con esa persona y con su mensaje la caracteriza y la identifica –pero esa misma caracterización también la individualiza– y surge, ya en una escala menor o mayor, una heterogeneidad del mensaje, lo que en el tiempo provocará que comiencen a advertirse caracterizaciones mayores y más aguzadas dentro del naciente cristianismo. El mensaje cristiano es el elemento común que hermana a

[1] Los cristianos de Pablo fueron conocidos también como comunidades paulinas.

todas estas comunidades, pero también tenemos que, por necesidad obligada de las circunstancias, por la forma en que hubo de darse esa cristianización, ese cristianismo no es homogéneo, sino heterogéneo y, tal como señala Pablo, unos dirán que son *cristianos de Pablo*, otros dirán que son *cristianos de Pedro*, otros *cristianos de Juan*, etc. Y, en efecto, la historia nos muestra que en los primeros siglos ya existía gran cantidad de corrientes cristianas de variados matices y con variadas influencias. Sin embargo, el origen mismo de éstas debe remontarse, tal como nos indica Pablo (*Hch 24, 5*) a la secta de los cristianos nazarenos, o simplemente *nazarenos*, misma de la que habría recibido gran inspiración Jesús, a la que habría adherido en mayor o menor grado y que, eventualmente, le habría valido para ser conocido como nazareno[1] (*Mt 2, 23; 26, 71; Mc 1, 24; 10, 47; 14, 67; 16, 6; Lc 4, 34; 18, 37; 24, 19; Jn 18, 5, 7; Hch 2, 22*). Pero ¿quiénes fueron los nazarenos, de los que Pablo –y no Pedro– era el cabecilla (*Hch 24, 5*)?

1.2. NAZARENOS Y NEO-NAZARENOS

En *El libro que mata a la muerte*, de Mario Rozo de Luna, hallamos interesante información al respecto:

> Los nazarenos eran conocidos como bautistas, sabeanos y cristianos de San Juan. Su creencia era que el Mesías no era el Hijo de Dios, sino sencillamente un profeta que quiso seguir a Juan. Orígenes (vol. II, página 150) observa que "existen algunos que dicen de Juan el Bautista que él era el ungido (Christus)"[2].

[1] Acaso por proceder de Nazaret –aunque, eventualmente, el término nazareno habría precedido a la población de Nazaret–, acaso por la forma de su cabello largo a manera del voto de nazareo expuesto en Nm 6, 5 y Jue 13, 5; 16, 17. Al parecer el término nazareno sería una corrupción del término, siendo lo correcto hacer una traducción como Jesús el *nazarita*. Sin embargo, también se ha aducido que Jesús habría sido esenio y, en efecto, entre algunas comunidades esenias contemporáneas –o que reclaman tal título– el Evangelio de los doce Santos es declarado como esenio y, en el mismo, Jesús es el personaje principal. Puede ser que los esenios y los nazarenos compartieran aspectos doctrinales en mayor o menor grado y que procedieran de un tronco común –los esenios aparecen como sedentarios, mientras que los nazarenos parecen nómades–, de suerte que los esenios fueran llamados en algunas ocasiones como nazarenos. De hecho, en el Talmud son presentados como bautistas matinales. Es posible que ambas corrientes emanaran de un tronco común y que su sedentarismo, o mejor ascetismo, y nomadismo constituyeran algunos de los rasgos que los particularizaban. Sin embargo, al Jesús presentar una enseñanza tan revolucionaria para la época, ya no habría sido esenio, ni nazareno, ni judío. Es decir, se convertía en el blanco del ataque de todos.

[2] ROZO DE LUNA, Mario. El libro que mata a la muerte. Cap. 15.

Los nazarenos –o nazareos, si la correlación es correcta– eran anteriores a las leyes de Moisés, toda vez que cuando el Pentateuco es escrito da la impresión que el nazareato no fue algo autóctono, sino que se acogió dentro del judaísmo. Posiblemente introducido por Abraham –y respetado a regañadientes por ese mismo hecho–, era algo a lo que el pueblo israelita podía adherir mediante voto de nazareo, y que, eventualmente, se asimiló y adaptó, no sin cierto recelo, dentro del judaísmo, viniendo a ser otra de sus sectas –bastante heterogénea, por cierto, de acuerdo a lo que nos refieren las fuentes (¿acaso por la fusión de cultos?) y atacada con vehemencia por los judíos saduceos e inclusive por algunas facciones farisaicas–. En efecto, y tal como nos indica el Dr. Morris Goldstein[1], esta secta era conocida por los griegos como *nazaraioi* (*nazarenos*) y sus principales doctrinas consistían en nuevas interpretaciones gnósticas a las que introducían elementos judíos tomados del *Tanaj* (Antiguo Testamento). Realmente nos encontramos frente a una especie de sincretismo mistérico –propio de los gnósticos[2]– y,

[1] GOLDSTEIN, Morris. Jesus in the Jewish tradition. New York: McMillan, 1950.

[2] Toda gran religión tiene siempre una enseñanza pública y una enseñanza secreta, o mistérica. La enseñanza pública reviste las más diversas formas –acaso por estar sometida a la criba pública, y por tanto, recibir todas las opiniones e influencias– y es heterogénea. La enseñanza secreta, por su parte, normalmente no se expone en forma pública, y es más o menos homogénea. El gnosticismo no es más que la enseñanza secreta de cada una de esas religiones; misma que por ser reservada y velada, adquiere un tinte mistérico e iniciático. Y, como quiera que las enseñanzas veladas de todas las religiones son semejantes, o tienen un elemento común, el gnosticismo rescata esos elementos comunes y los concilia, yendo más allá de la forma pública de cada una de ellas y reuniendo en su cuerpo de doctrina los elementos mistéricos de cada una de ellas. Así, el gnosticismo es percibido como una corriente sincrética, por lo general dualista, que permea a las religiones. Pero no es que se genere como algo intruso, sino como algo muy natural puesto que está implícito en la enseñanza secreta o mistérica. En un modo amplio podemos decir que gnosis es el conocimiento verdadero que, cuando es enseñado, toma un nombre como ropaje. Y, dado que el Conocimiento ha sido dado en diferentes épocas y en diferentes culturas, la gnosis está tanto en los egipcios como en los hindúes, tanto en los budistas como en los cristianos, tanto en los judíos, como en los islámicos, etc. Por ejemplo, la muerte budista en la que se pretende liberar al individuo del sufrimiento es la misma enseñanza cristiana de hacer morir el pecado en la carne, o la enseñanza islámica con respecto al Yihad o «Guerra Santa» en la que los enemigos deben morir. Entonces no hay diferencias, sino que hemos de atender al elemento común que las hermana. En todo caso, es competencia del Iniciador evaluar qué elementos vela y qué elementos revela, qué aspectos esconde bajo la alegoría y qué aspectos dice en forma literal, qué devela públicamente y qué dice sólo a unos pocos. El gnosticismo, como componente mistérico en cada una de ellas, enseña la «muerte mística» como la suma de elementos psicológicos deformes (llamados egos, pecados, demonios, etc.) que todos los seres humanos tenemos dentro de sí, mismos que es preciso eliminar. En ese orden de ideas, la muerte budista consiste en la eliminación de esos elementos psicológicos para liberar al ser humano del sufrimiento; y esa muerte es la misma que el cristianismo enseña cuando indica

cómo hemos visto, eso mismo era el cristianismo primitivo, al menos en lo que atañe a su enseñanza mistérica y oculta, que no era revelada a las multitudes, sino sólo a unos pocos, a los que eran dignos de alcanzar los misterios. Pero no solamente los eruditos avalan el hecho de que el cristianismo nació de la secta judía de los nazarenos, sino que la misma Biblia lo ilustra en estos términos:

> Hch 24, 5: Porque hemos hallado que este hombre [Pablo] es una plaga, y promotor de sediciones entre todos los judíos por todo el mundo, y cabecilla de la secta de los nazarenos.

Sabemos que Pablo fue el principal difusor del cristianismo primitivo y del evangelio cristiano destinado a los gentiles, y con esto queda el asunto sentenciado: El cristianismo nació dentro de los nazarenos, pero hizo un movimiento aparte, una especie de neo-nazarenismo. Ahora bien, el problema es que no sólo Pablo o Jesús fueron nazarenos, sino que Juan el Bautista es presentado también como una notabilísima figura entre los nazarenos. Inclusive, antes que Jesús fuera nazareno, su primo Juan ya era nazareno, y de esto da perfecta cuenta Rozo de Luna, toda vez que éstos, los

---

que es preciso morir al pecado en la carne; la misma del islamismo en donde los enemigos deben ser entendidos como nuestros elementos psicológicos internos que nos hacen sufrir y que por tanto, deben morir –entiéndase sólo en el aspecto psicológico–. ¿Dónde está entonces la contradicción? Así las cosas ¿no somos, tanto budistas como cristianos o islámicos, etc., más que hermanos y compañeros en la misma difícil tarea de eliminar la causa misma de nuestro propio dolor, de eso que nos hace daño y que hace daño a los demás? ¿Es acaso un delito poner de relieve los elementos comunes que nos hermanan y olvidar las aparentes y anodinas contradicciones? Sin embargo, los enemigos del gnosticismo dicen que éste es una mezcolanza de credos (acaso con cierto ánimo belicista que les impide ver que no somos ingleses o franceses, que no somos hinduistas o cristianos, sino que somos simple y sencillamente humanos con una necesidad impostergable de ser felices). Nosotros afirmamos que la Gnosis, más que mezcolanza, es la síntesis. La forma iniciática y mistérica de las religiones siempre es considerada como gnóstica en mayor o menor grado.

Y no existe un solo tipo de gnosticismo pues las diferentes culturas, regiones y simpatías hacen que cada comunidad humana tenga tradiciones y costumbres diferentes, de modo que las formas religiosas se adaptan a ello. Así, hay gnosticismo hindú, budista, islámico, judaico, nórdico, amerindio, cristiano, etc., y cada uno de ellos toma diferentes nombres. Estos tipos individualizados de gnosticismo no tienen inconveniente en admitir los elementos gnósticos de los otros credos, lo cual, sin duda, genera sincretismo y un tipo de gnosticismo general (que de todas formas tiene el tinte particular de la cultura en que es expuesto). Esta obra, por ejemplo, es producto de un gnosticismo cristiano (sería absurdo exponer un gnosticismo islámico o budista, etc., entre cristianos, entre una cultura que no conoce a fondo los elementos mistéricos budistas o islámicos). En últimas, el gnosticismo es la tentativa de comunicar a los hombres la verdad y conocimiento trascendente de las cosas, y todavía más, de propiciar en cada individuo la experimentación directa, no mediada; de propiciar un cambio, de procurar que todos los hombres sean libres, absolutamente libres y felices.

nazarenos, fueron conocidos también como *bautistas* –por profesar la doctrina del Bautista–, *sabeanos*[1] y *cristianos de san Juan*[2], y toda vez que es Jesús quien se presenta ante Juan para ser bautizado, y no al contrario.
El cristianismo nació de la secta de los nasoreanos, nazareos o, como más usualmente se les conoce, nazarenos (Cf. *Hch 24, 5*). La escena en la que

[1] El origen del cristianismo debemos buscarlo en los nazarenos, y el origen de los nazarenos debemos buscarlo entre la religión mistérica caldea de los sabeanos. Los sabeanos reclamaban ser la religión genuina de Noé y tenían como profetas a Henoc y Seth. La biblia los identifica en varias ocasiones (Jb 1, 15; Is 45, 14; Ez 23, 42; Jl 3, 8) y es interesante saber que practicaban el bautismo (un rito absolutamente gnóstico) igual que los sabeanos mandeístas. La historia nos da cuenta de dos grupos conocidos como sabeos. Los sabeos mandeanos (también conocidos como mandeos y mandeístas) y los sabeos de Caldea (o harranianos –de Harrán o Harán, que significa *camino*. Los primeros cristianos se habrían hecho llamar «los del Camino» (Cf. Hch 9, 2; 19, 9; 19, 23; 22, 4; 24, 14; 24, 22). Se considera, por los fuertes nexos que sugiere la Biblia, que Abraham pudo haber bebido también de la fuente sabea harraniana lo que, eventualmente y permeando en el judaísmo, habría dado nacimiento a una mezcla esotérica judeo-caldea (que posteriormente recibiría elementos mistéricos egipcios) denominada como los nazoreos, o nazarenos –que eran conocidos también como sabeos, sabeanos o sabeístas–. Los sabeos harranianos tenían un culto que se asociaba principalmente a los astros, las estrellas y la luna, y son nombrados en la Biblia (*Jl 3, 8*) como una nación distante. En cuanto a los sabeos mandeanos (posteriores a los sabeos de Caldea, pero con similitud de ritos y creencias), habrían surgido como una rama heterodoxa del judaísmo en los nasoreanos, y son joánicos (bautistas); se asocian a una casta conocida como nasoreos. Inclusive, en la actualidad se autodenominan como mandayyah (que significa gnósticos) y nazorayyah (que significa observantes). Epifanio hizo una distinción entre una secta conocida como nasaraioi y los nazoraioi, pero entendemos que no es otra cosa que una división al interior de los nazarenos, la una con tinte cristiano, y la otra con tinte judío y hasta joánico. En uno de sus libros sagrados, el Harran Gavita, se identifican (los sabeanos mandeístas) como nasoraeanos, y relatan su huida tras la destrucción de Jerusalén, a Harrán, y luego a Mesopotamia (actual Iraq). Si bien no es claro este punto, pues también los sabeos harrianistas habrían emigrado de Yemen a Iraq, lo que sí parece común a ambos pueblos sabeos es que en algún punto hubo de producirse una mezcla de ritos caldeos con mandeos siendo, eventualmente, los caldeos los pertenecientes al sabeísmo primigenio. En la actualidad todavía sobreviven los sabeos mandeanos y cuentan con algunos seguidores en el sur de Irak conservando como lengua litúrgica un dialecto arameo; sus libros sagrados son el Ginza, El libro de Juan y el Qolasta o Cantos e himnos para el Bautismo y la Ascensión; obedecen diez y siete mandamientos y uno de sus principales símbolos, y que llama bastante la atención, paralelo al del cristianismo, es una cruz con cintas de tela (darfash); con ella se alude se y representa al Cristo y a la fuerza crística, sin embargo, para el mandeísmo el Cristo es Juan Bautista y no Jesús de Nazaret (al que tildan de impostor). Algunos de sus principales rituales se encuentran asociados al bautismo, matrimonio, muerte y ascensión. Parece que mandeo deriva del término arameo «manda» –que significa conocimiento–, mismo término que en griego se traduce como «gnosis».

[2] Es el nombre que recibieron injustificadamente los mandeístas por parte de algunos misioneros portugueses. Los mandeístas también fueron llamados por los árabes como subbi o sobbis, que viene a significar bautistas.

Jesús nazareno se presenta ante Juan para ser bautizado es de vital importancia por cuanto implica que le reconocía y que adhería a la doctrina de los nazarenos (razón más que suficiente, dicho sea de paso, para atenuar y borrar el papel de Juan el Bautista de los evangelios canónicos). Sin embargo, y tal como nos lo muestra la Biblia, recorrió un camino aparte, con una doctrina neo-nazarena (una herejía dentro de la herejía). Juan y Jesús eran considerados como dos grandes exponentes del pensamiento nazareno –o *nazarita*–; no obstante, con el tiempo, la simpatía por uno y otro mensaje, por uno y otro individuo, fue abriendo brecha en la secta nazarena judía y caracterizando y distanciando, poco a poco, a los simpatizantes de una y otra línea.

Rozo de Luna, al respecto, acota:

> Cuando las concepciones metafísicas de los gnósticos, que veían en Jesús el Logos y el ungido, empezaron a ganar terreno, los primitivos cristianos se separaron de los nazarenos, los cuales acusaban a Jesús de pervertir las doctrinas de Juan y de cambiar por otro el bautismo en el Jordán (Codex Nazaraenus, II, pág. 109)[1]

Fueron los gnósticos neo-nazarenos los primeros en ver en la persona de Jesús al nuevo Cristo, al nuevo Ungido, y no la secta de Roma con sus concilios. Sin embargo, una de las principales formas que utilizó la iglesia dominante como arma en contra del gnosticismo fue crear un asiento histórico donde se pretende hacer creer que el gnosticismo se mimetizó con el cristianismo a la altura del siglo II. No obstante, como se puede evidenciar, el gnosticismo es anterior al mismo cristianismo[2], y la misma secta judía de los nazarenos era, si cabe el término, gnóstica (gnosis judía) debido a su heterogeneidad, con raíces en los cultos mistéricos caldeos (gnosis caldea), con elementos mandeístas (manda significa conocimiento, es decir, *gnosis* en griego), con un nutrido culto a los astros y, por cierto, no vista con buenos ojos por el judaísmo ortodoxo. Y sabemos que los neo-nazarenos (identificando así a la corriente de Jesús) emanaron de los nazarenos; en un término amplio, de los gnósticos –o, cuando menos, de la gnosis nazarena judía–. Indicio de esto es posible encontrarlo en el

[1] ROZO DE LUNA, Mario. El libro que mata a la muerte. Op. cit.

[2] Prueba de ello es que se encontraba no solamente en grupos religiosos cristianos, sino también judíos y egipcios. El gnosticismo, como hemos indicado, es la parte superior de toda religión auténtica y, por consiguiente, se encuentra presente en las enseñanzas mistéricas tanto de Oriente como de Occidente, tanto del Norte como del Sur.

mandeísmo[1], que es considerada como la última secta gnóstica sobreviviente de los primeros siglos, y que siguen fieles a la doctrina de Juan y ven en él al Logos y al Cristo. Esta fue la primera gran división y no habrá de extrañarnos que la secta católica de Roma hubiera también combatido fieramente la *herejía* joánica o bautista[2].

Este mandeísmo es una sección del sabeísmo, y habría surgido dentro de los nazarenos, la secta que se nombra en Hch 24, 5, aunque con la influencia de la línea de Juan[3]. Los nazarenos de la línea de Jesús que se fueron aislando paulatinamente de los *juanistas* –denominados correctamente como joánicos, y llamados también como bautistas o baptistas– no eran más que gnósticos nazarenos, o gnósticos judíos –que luego vendrían a ser gnósticos cristianos– que empezaron a ver en Jesús al Logos y al Cristo y que, en el tiempo, comenzaron a ser conocidos como *cristianos*[4] y que, por supuesto, habrían también interactuado con otras formas de gnosticismo y de cultos diversos existentes no sólo en Palestina, sino también en otras zonas circundantes. Por tanto, es insostenible la aseveración de que haya sido el gnosticismo el que se hubiera mimetizado dentro del cristianismo por el

[1] Los mandeístas suelen ser conocidos en la actualidad, inclusive, como nasoreanos.

[2] En la Biblia ambos, Jesús y Juan, son presentados con cierta distancia y hasta antagonismo. Ambos predican, ambos tienen discípulos, ambos bautizan; sin embargo, no aparecen juntos, predican de forma independiente el uno del otro y hasta tienen sus respectivas zonas de influencia.

[3] En cuanto a las diferentes denominaciones de una y otra línea, a saber: sabeanos, mandeístas, nazarenos y cristianos, parece que no eran más que grupos gnósticos que siguieron, por una parte a Juan, y por otra a Jesús, y no hay razón para la descalificación mutua cuando se comprende la esencia de lo sucedido. A decir verdad, al primero le correspondía asumir como Cristo para dicha época, pero Juan –sin que por ello deje de ser lo que es– cedió a Jesús la potestad para asumir como el Cristo de la época (¿Acaso por mayor nivel jerárquico?). En efecto, en los evangelios vemos que Jesús se hace bautizar por Juan aduciendo Jesús que así se hace justicia (*Mt 3,* 15) (por cuanto Juan era el Cristo), pero también que Juan reconoce la superioridad de Jesús –lo que, eventualmente, no habría sido más que un convenio entre grandes iniciados–. Así las cosas, es normal que para los joánicos y mandeístas Jesús no sea más que un usurpador, pero se desconocen las razones de fondo. Si se comprenden las razones de fondo se entiende que esto no nos distancia, sino que nos hermana profundamente.

[4] Los neo-nazarenos fueron llamados cristianos en el primer siglo (Cf. Hch 11, 26; 26, 28; 1 Pe 4, 16); sin embargo, tal nombre habría sido dado por el judaísmo dominante como una forma de marginación. Lo que sucedió es que, en el tiempo, ellos se apropiaron de ese nombre y luego, en efecto, fueron reconocidos oficialmente como tal. Similar fenómeno ocurrió con los gnósticos, que terminaron adoptando y siendo reconocidos por el nombre con el cual la secta de Roma los identificaba.

simple hecho de que no era el gnosticismo el que estaba en expansión, sino el cristianismo. Y es el cristianismo el que permea y hasta debe adaptarse dentro de las otras culturas para poder hallar lugar a su mensaje y hacerse un espacio que posibilite su pervivencia (tal como lo hizo cuando se convirtió en el cristianismo romano, dando lugar a una religión cristiana pagana donde vinieron a adoptarse varios símbolos paganos que, a propósito, luego satanizó, y de lo que nos puede dar perfecta cuenta la historia).

A este respecto resulta bien interesante lo que nos refiere Newman, citando a un cardenal católico:

> «Se nos dice de varias formas por Eusebio, que Constantino, a fin de recomendar la nueva religión a los paganos, transfirió a esta los ornamentos exteriores a los que estaban acostumbrados. No es necesario entrar en un tema que la diligencia de los escritores protestantes ha hecho familiar para la mayoría de nosotros. El uso de templos, y estos dedicados a santos particulares, y ornamentados en ocasiones con ramas de árboles; incienso, lámparas, y velas; ofrendas votivas para recuperar de enfermedad; agua bendita; asilos, festivos y estaciones, uso de calendarios, procesiones, bendiciones en los campos; vestiduras sacerdotales, la tonsura, el anillo de bodas, volviendo hacia el oriente, imágenes en una fecha posterior, acaso el canto eclesiástico, y el Kyrie Eleison, es todo de origen pagano, y santificados por su adopción en la Iglesia»[1].

Así las cosas, y más allá del evidente paganismo de la institución religiosa de Roma, lo cierto es que el gnosticismo no se mimetizó en el cristianismo, sino que el cristianismo naciente era gnóstico y que, a su vez, interactuó con otras formas de gnosticismo –entre ellos con la corriente de pensamiento helénica, egipcia e hindú–. Era un tipo especial de cristianismo gnóstico que luego permeó en otras corrientes de pensamiento, entre ellas otros tipos de gnosticismo, lo que creó una amalgama profusa de corrientes cristianas que, con el tiempo, comenzaron a ser atacadas por la corriente que logró imponerse.

El mandeísmo (que derivó de los nazarenos) siguió a Juan, y el cristianismo (que también derivó de los nazarenos) siguió a Jesús. El mandeísmo es conocido en la actualidad por ser la última corriente gnóstica de los primeros siglos y, en cuanto al cristianismo (catalogado como gnosticismo por algunos judíos ortodoxos), sabemos que existe una enorme controversia

[1] NEWMAN, John Henry. An Essay on the Development of Christian Doctrine. 2 ed. London: James Toovey, 1846. P. 359, 360.

con respecto al gnosticismo, y hasta se dice que el gnosticismo permeó ciertas facciones cristianas (nosotros aseveramos que fue un poco diferente). En todo caso, y sea como fuere, lo cierto es que esto insinúa más bien que el cristianismo también fue una corriente gnóstica, y que ambos, tanto mandeísmo como cristianismo emanaron juntos de un tronco común que, por cierto, también tenía elementos sincréticos y heterogéneos, además de determinado carácter iniciático. En síntesis, las circunstancias sugieren que los nazarenos eran el judaísmo gnóstico de entonces, con elementos persas y caldeos, con un culto profundo hacia los astros y, aunque aceptado a regañadientes por haber sido introducido, presumiblemente por Abraham (el gran mago caldeo), la verdad es que no era muy bien tolerado por la institución religiosa dominante (¿acaso por profesar el mismo pensamiento de siempre? ¿Acaso por indicar que no hay necesidad de ninguna institución religiosa?). Los nazarenos eran una secta judía más bien próxima al fariseísmo y, con la incursión de Juan y de Jesús en ella, cabría el término de nazarenos ortodoxos –aun cuando el mismo nazareato, o nazarenismo, era una secta heterodoxa dentro del judaísmo– y de las líneas de nazarenos joánicos y nazarenos cristianos[1].

Si bien en principio, tanto los nazarenos joánicos como los cristianos surgieron dentro de los nazarenos ortodoxos –y, por ende, dentro del judaísmo–, dada la enorme fuerza que fueron tomando, ambas líneas se fueron separando paulatinamente del nazareato ortodoxo, y también ambas líneas tomaron distancia entre sí. Los nazarenos joánicos se mantuvieron más próximos a los nazarenos ortodoxos, mientras que los nazarenos cristianos se aislaron bastante de la tradición religiosa judaica al punto que, en el tiempo, se tornaron inclusive en una religión que es percibida como antagónica al judaísmo[2]. La incipiente secta nazarena cristiana fue

[1] Los nazarenos cristianos, o mejor, los seguidores de Jesús, en principio también podrían haber sido conocidos o haberse autodenominado como «los del Camino» (al igual que los sabeos harranianos, pasado remoto de los nazarenos), tal como se colige a partir de los pasajes de Hch 9, 2; 19, 9; 19, 23; 22, 4; 24, 14; 24, 22. En la actualidad, y en gran parte por el estigma que la secta de Roma impuso a los gnósticos (que significa «los que conocen»), los caminantes de la Senda son también conocidos como «los del Conocimiento», y abogan, no por una salvación mediada por pontífices y templos, sino por el Conocimiento de sí mismo.

[2] Jesús, sin abrogar el culto en el templo, profesó más bien una relación directa con el Padre que está en secreto y esto, como habrá de inferirse, no era conveniente para los intereses económicos del templo ni de la religión dominante de ese entonces (y esto es, por cierto, una posición totalmente gnóstica). Luego, en el tiempo, cuando los cristianos gnósticos quisieron también defender esta misma posición de la relación directa con el Padre y del autoconocimiento fueron atacados fieramente y exterminados por la secta católica de Roma por cuanto no le convenía para sus intereses económicos y expansionistas.

adquiriendo fuerza, fue creciendo y sumando seguidores y, en el tiempo, se consolidó como una nueva religión. De la línea nazarena joánica –conocidos también como bautistas, sabeanos y cristianos de san Juan– se derivaron varias corrientes sectarias o religiosas adicionales (verbigracia, los mandeístas)[1] y, similar fenómeno, aunque en una proporción mayor, ocurrió con la línea nazarena cristiana[2].

Por otro lado, tanto esenios (otra secta religiosa judía) como nazarenos habrían surgido de un tronco común. En efecto, a veces suele debatirse el hecho de si Jesús habría sido esenio –aun cuando parece que lo fue, Jesús habría preferido la vida nómade de los nazarenos–; más específicamente, Jesús habría sido tanto esenio como nazareno e influenciado por ambas líneas, aun cuando luego se le asoció principalmente a los nazarenos[3]. De los nazarenos habrían surgido los nazarenos baptistas (los esenios fueron también llamados como bautistas matinales) y los nazarenos cristianos. Dentro de los nazarenos cristianos, en forma similar, habrían surgido nazarenos cristianos no judaizantes y nazarenos cristianos judaizantes. De la línea de los nazarenos cristianos judaizantes, a su vez, también habrían surgido varias corrientes, entre las que habrían estado los ebionitas e inclusive algunas líneas de judíos mesiánicos –algunas de las cuales sobreviven todavía y reclaman haber derivado de los nazarenos–[4]. De la

[1] Resulta sumamente interesante que los mandeístas sean reputados como gnósticos, de hecho para muchos especialistas son la última corriente gnóstica de los primeros siglos que aún sobrevive. Esto viene a validar lo que hemos dicho acerca de que ambas líneas, tanto la joánica como la cristiana, habían sido permeadas vivamente por el gnosticismo, de modo que hasta es posible aseverar que el cristianismo primitivo fue un cristianismo gnóstico.

[2] Cabe aclarar que la máxima diferencia inicial entre bautistas y cristianos no era más que la adherencia, la predilección e/o identificación por Jesús o por Juan Bautista, y que tanto credo como prácticas serían muy similares. Los unos veían en Juan al Cristo, mientras que otros lo veían en Jesús. Esto se constituye en un muy buen ejemplo de lo que puede llegar a originar la identificación con las personas, mientras que el mensaje se deja en un segundo plano, se prioriza lo primero sobre lo último, lo menos relevante sobre lo más relevante.

[3] En la homilía del jueves santo del 5 de abril de 2007 el papa Benedicto dijo: "Jesús celebró la Pascua con sus discípulos, probablemente según el calendario de la comunidad de Qumrán y, por tanto, al menos un día antes de la fecha establecida en la época por el ritual judío oficial", tal como parece sugerir Jn 18, 28, con pan y vino, y sin cordero, pues aun los animales no habían sido todavía sacrificados y porque los esenios eran vegetarianos. Esto, de todas formas, y sin constituirse en una evidencia, sí sigue abonando terreno a lo que venimos diciendo con respecto a la tesis de que, de un modo u otro, Jesús también participó de las enseñanzas y ritos esenios, conoce su calendario e, inclusive, lo adopta a la hora de su supremo sacrificio.

[4] Referencias concernientes a este hecho las encontramos en Hch 10, 45, 11, 2-3 y 15, 1-29. En este último pasaje –catalogado por muchos como el concilio de Jerusalén– se discute, a

línea de los nazarenos cristianos habría surgido todavía otra gama más profusa y con diversos matices y elementos, divididos a veces –como señalábamos anteriormente– por la identificación de la prédica de uno u otro apóstol, de la región, de la cultura (en muchas ocasiones, para poder permear en determinadas culturas, se habría creado una fusión de credos), de determinaciones personales para justificar coyunturas personales o ajenas, o de las mismas circunstancias geopolíticas,[1] etc.

1.3. HACIA UNA NUEVA RELIGIÓN

En el comienzo no hubo una sola forma de cristianismo,
sino muchas corrientes cristianas.

Esto, como es lógico, hubo de matizarse en un cristianismo heterogéneo y no homogéneo como se presenta hoy en día, y habría sucedido en forma similar a lo que ocurrió con el judaísmo que, para los tiempos de Jesús, era bastante heterogéneo (habían corrientes fariseas, saduceas, zelotes, esenios, nazaritas, etc., y cada corriente, a su vez, tenía otras líneas derivadas) y que luego, en tiempos de dificultad, hicieron un esfuerzo por unificar las diversas posiciones en pro de la unión –si bien en esa unificación se suprimen necesariamente otras posiciones–. El cristianismo triunfante también se unió en tiempos cruciales para unificar criterios, para conformar un credo y erigir un dogma, en últimas, para estandarizar la noción cristiana. Sin embargo, en esa estandarización también se suprimieron otros puntos de vista y se adoptó el credo que era más conveniente para la época, el que convenía al imperio o el que se juzgó correcto. Para el siglo segundo de nuestra era ya había una amalgama profusa de corrientes que, en todo caso, estaban hermanadas por el mensaje de Cristo; por encima de sus naturales diferencias estaban unidas entre sí porque predicaban el evangelio cristiano y reconocían en la persona de Jesús al Cristo o, cuando menos, a un profeta. A pesar de sus diferencias, no eran enemigas, sino distintas ramas del mismo

instancias de algunos fariseos que habían creído en el evangelio, acerca de sí era necesario circuncidar a los gentiles que habían adherido. Esto es claramente una línea de nazarenos ¿cristianos? judaizantes –de donde después emanarán judíos mesiánicos–.

[1] Entre estos cabe mencionar la huida de gran parte de judíos a partir de la primera guerra judeo-romana en el año 66 d.C. de la ciudad de Jerusalén hacia otras ciudades. El mismo hecho que no todos huyeron a la misma región –inclusive algunos volvieron a Jerusalén después de la revuelta y otros se expandieron hacia otros sitios, entre ellos Egipto–, implica también que, en el tiempo, se generarán puntos encontrados y disparidad en aspectos doctrinales, no sólo entre las diferentes corrientes religiosas judías, sino también entre los movimientos que habrían emanado de ellas.

árbol gnóstico cristiano; es decir, de la misma corriente neo-nazarena de la que después emanarían nuevas corrientes –bastante heterogéneas– que, eventualmente serían denominadas como cristianas. El gnosticismo, por supuesto, habría permeado desde sus mismos inicios a la secta nazarena. Prueba de ello se encuentra en los mandeístas –que emanaron de los nazarenos–, reconocidos en la actualidad como la ultima secta gnóstica de la antigüedad (más específicamente de la línea joánica); y es evidente que los nazarenos cristianos también tuvieron similar influencia. En efecto, los evangelios gnósticos de Nag Hammadi vinieron a reforzar la idea de un cristianismo gnóstico. Así, es evidente que en los comienzos del cristianismo hubieron de gestarse varias comunidades cristianas. Esas comunidades, a su vez, producirán prolífica literatura del mensaje cristiano en la que se pretende comunicar las enseñanzas y hechos llevados a cabo por Jesús[1]. En efecto, no son los cuatro evangelios canónicos los únicos que se escribieron, y de esto nos puede dar perfecta cuenta el hecho de que en los primeros siglos de nuestra era circulaban casi un centenar de escritos cristianos y de evangelios –conocidos en la actualidad como Evangelios Gnósticos–.

Todas estas comunidades habían sido permeadas por el gnosticismo toda vez que la misma secta de los nazarenos era una corriente heterogénea dentro del judaísmo; es decir, había tomado diversos elementos religiosos para su conformación. Sin embargo, por uno u otro motivo, hubieron de caracterizarse paulatinamente, de individualizarse y hasta de crearse diferencias por uno u otro motivo[2]. Las hermanaba el mensaje cristiano y los puntos capitales del cristianismo y, entendemos que las diferencias no eran más que aspectos secundarios y de forma. Ejemplo de estas diferencias mutuas podían consistir en la adherencia o no a la circuncisión[3], en la creencia de la divinidad de Jesús o no (entendiendo que dicha divinidad

[1] Misma que no siempre surgió dentro de los nazarenos cristianos, sino también dentro de otras corrientes que abrazaron el mensaje cristiano. Entre ellas incursionaron egipcios, esenios, fariseos, etc.

[2] Sabemos que los cristianos gentiles hubieron de perseguir a los cristianos ebionitas que, si bien aceptaban el Evangelio de Mateo, no compartían en absoluto el Evangelio Paulista. En el mismo texto bíblico Pablo de Tarso se muestra reprendiendo a Pedro por asuntos teológicos y, entendemos que la replicación de situaciones semejantes habrían sido bastante comunes en la posteridad de los nacientes cristianos.

[3] Este aspecto para ese entonces era un punto capital y, eventualmente, debido a esto hubo de propiciarse la primera gran división al interior de los nazarenos cristianos, gnósticos por supuesto (si se atiende a la suma de elementos mistéricos o iniciáticos con mayor o menor grado de verdad que los permeaba).

implica la aceptación de que Jesús y el Dios universal creador de todo eran el mismo), en las disputas concernientes a que Jesús había tenido un cuerpo físico o sólo aparente (debido a su divinidad), y un largo etcétera de cosas por el estilo que realmente son disputas de forma que no le quitan ni le añaden al mensaje esencial y trascendental del Cristo[1].

Sea como fuera, en los primeros siglos de nuestra era ya había una gama bien profusa de comunidades, corrientes y tendencias cristianas[2] que, si bien en principio fueron ferozmente perseguidas, para comienzos del siglo II habían logrado cierto refrigerio cuando el emperador romano Adriano prohibió la persecución del cristianismo (hemos de advertir que Roma tenía, en términos generales, una enorme condescendencia para con los cultos y prácticas de los otros pueblos[3], de modo que era tan aceptado el paganismo como el mitraísmo o el cristianismo). Todas estas comunidades hubieron de producir material escrito –que con el tiempo se llamarían evangelios–, y

[1] Sin embargo, el diablo donde quiera mete la cola y, tratándose del cristianismo primitivo, es indiscutible que, trabándose en las anodinas e irrelevantes disputas cristológicas sobre la naturaleza de Jesús (humana, divina o mixta), su pre-existencia o engendramiento, etc., se olvidó lo realmente trascendente. Se priorizó el mensajero y se desechó el mensaje.

[2] Entre las que cabe nombrar adamitas, adopcionistas, apolinarianistas, arrianistas, atanasianos, basilianos, carpocracianos, cayanistas, cerintos, docetistas, ebionistas, elcasaítas (o elkesaítas), elcesaiteos, eutiquianos (o monofisitas), maniqueístas, marcionistas, marcosianos, nestorianos (o difisitas, posteriores al siglo II), ofitas, paulistas, priscilianistas, rigoristas, sampsaenos, valentinianos, entre mucho otros.

[3] Helen Ellerbe en *El lado oscuro de la historia cristiana* acota:

> Sin embargo, fue su creencia en las muchas caras de Dios lo que ayudó a los romanos a dar cabida al cristianismo, y no la singularidad de la teología cristiana. El cristianismo se asemejaba a ciertos elementos de la creencia romana, particularmente la adoración de Mitra, o mitraísmo. Como "protector del Imperio", Mitra estaba estrechamente ligado con los dioses del sol, Helios y Apolo. La fecha del nacimiento de Mitra, el 25 de diciembre, cerca del solsticio de invierno, se convirtió en la fecha del nacimiento de Jesús. Pastores habrían de haber atestiguado el nacimiento de Mitra antes de que éste regresara a los cielos. La ascensión de Mitra, correlacionado con el regreso del sol a la prominencia alrededor del equinoccio de primavera, se convirtió en el día festivo cristiano de la Pascua. Los cristianos se apoderaron de un templo/cueva dedicado a Mitra en Roma sobre el Monte Vaticano, convirtiéndolo en la sede de la Iglesia Católica. El título de sumo sacerdote mitráico, *Pater Patrum*, pronto se convirtió en el título para el obispo de Roma, *Papa*. Los padres del cristianismo explicaban las sorprendentes semejanzas del mitraísmo como el trabajo del diablo, declarando que las leyendas del mitraísmo, mucho más antiguas, eran una imitación insidiosa de la única fe verdadera.

comenzaron a incrementarse las diferencias y las discrepancias teológicas[1] e, inclusive, en un momento posterior, a hacerse listas de los libros aceptados por determinadas corrientes. En efecto, para esta época Marción[2] había elaborado lo que podría considerarse como la primera tentativa de compilación de libros o primer canon –a lo que los cristianos ortodoxos reaccionarían creando también su propio canon, mismo que vendría a ser conocido como Nuevo Testamento–. Pese a todo esto, el cristianismo crece substancialmente y, aunque todavía no se convierte en religión oficial del imperio romano –cosa que se irá dando en forma gradual en la medida en que va calando en el imperio–, sí es una de las sectas más importantes del momento[3]. Pero es justamente con la conversión del emperador Constantino el Grande, tras la visión del símbolo de Cristo acompañado de la inscripción «in hoc signo vinces» y su victoria frente a Majencio en el año 312, cuando finalmente se comienza el fin de la persecución de las corrientes cristianas. En el año 313 Constantino y Licinio[4] dictaron el edicto

[1] Dentro de la gnosis cristiana hubieron de infiltrarse corrientes destructivas que, llamándose gnósticas, promovían ideas contrarias al cristianismo gnóstico legítimo, tal como la condenación del matrimonio o la adopción de *kalas* en el mismo. En este sentido, es verdad que la naciente iglesia católica –recién separada de los cristianos nazarenos– combatió tanto a cristianos nazarenos gnósticos (seguidores fieles del mensaje cristiano) como a falsos cristianos gnósticos (falsa gnosis); sin embargo, en medio de esta oscuridad y confusión teológica, por atender a discrepancias de forma, el mensaje trascendente resultó casi extinto.

[2] Marción, que era un adepto de la doctrina paulista propuso que el cristianismo debía separarse definitivamente del judaísmo (no toleraba el Antiguo Testamento y, de paso, consideraba que el dios cristiano era bueno, mientras que el dios judío era perverso). Aceptaba el Evangelio de Lucas y algunas de las epístolas paulistas (decía que Pablo sí había comprendido a Cristo mientras que Pedro no, que junto con los otros apóstoles trató de conservar el cristianismo como una secta judía). Elaboró el primer canon del Nuevo Testamento –con la exclusión total del Antiguo Testamento, por cierto. En respuesta a la elaboración de este primer canon los cristianos ortodoxos, en cabeza de Ireneo, compendiarán también su propio canon, base que servirá para la confección de la Biblia tal como la conocemos en la actualidad– y hacia el año 144 fue excomulgado por hereje. Suele ser contado entre los gnósticos. Consideraba que la creación del dios judío era mala, que la materia era mala y que Jesús, por tanto no había tomado carne (aquí, en un modo teológico, se niega la encarnación del Verbo y la resurrección de los muertos). También adoptó una posición no muy favorable respecto del matrimonio y al placer sexual dentro del matrimonio.

[3] Esto se debió en buena parte a que, a pesar de las diferencias de las distintas corrientes, en el fondo, todas están predicando el mensaje cristiano –lo que las hermana– y captando seguidores.

[4] Sin embargo, la relación entre Constantino y Licinio fue enfriándose y, con el apoyo de los paganos, Licinio se las arregló para permitir la hostilidad hacia los cristianos. Constantino lo venció, finalmente, en el año 323, quedando como único monarca del imperio. Ya había un

de Milán[1] en el que se declara la libertad de culto –lo que deslegitimó al paganismo como la religión oficial y permitió la práctica legal del cristianismo (lo que jugaría un rol importante para su ulterior y definitiva organización como iglesia)[2]–.

Esto implicaba un espaldarazo al cristianismo, la construcción de muchas más sedes episcopales, un reconocimiento superior de los obispos, estatus social y religioso al que se aunaron la donación de no menospreciables sumas de dinero y hasta palacios, sin contar con la oportunidad para competir por las altas magistraturas del estado[3].

1.3.1. El concilio de Nicea

Con estos antecedentes, y frente a la necesidad apremiante de normalizar y estandarizar las diferentes posturas cristianas para ser presentada como la nueva religión, el mismo emperador Constantino –también acaso como una jugada política ejecutada con la intención de unificar a su imperio que, según acusan los historiadores, era la preocupación real– convocó al Concilio de Nicea en el año 325 a fin de conciliar las pugnas religiosas entre los cristianos, además de diversos temas doctrinales.

Spengler, en *La decadencia de occidente*, lo expresa en estos términos:

> Para Constantino era evidente que la fundación paulina representaba al cristianismo dentro de la pseudomórfosis; los judeocristianos de la dirección de San Pedro eran para él una secta herética y los cristianos

---

solo emperador y una ley, ahora solo hacía falta una religión –lo más uniforme posible– y, Constantino, que había adherido al cristianismo, parecía comprenderlo muy bien.

[1] Existía ya un precedente cuando el emperador Galerio, en el año 311, emitió el edicto de tolerancia de Nicomedia en el cual se les reconocía su existencia legal, si bien la persecución continuaba.

[2] Ya de tiempo atrás venía organizándose como institución para poder subsistir pero, evidentemente, la libertad de culto que impuso el edicto de Milán los dejó en una posición bastante favorable con respecto al paganismo, lo que equivalía prácticamente a su deposición como religión oficial. Y pronto hubo de pasar de representar algo más de un 10% de la población romana antes de la promulgación del edicto a un porcentaje bastante mayor después del espaldarazo de Milán.

[3] Todo esto, sin embargo, no había solucionado las diferencias cristológicas entre las diferentes corrientes de cristianismo y, como quiera que ya no debieran esconderse, ahora sus discrepancias eran expuestas en público y hasta de forma violenta.

> orientales de la dirección de San Juan no fueron por él ni notados siquiera[1].

No es de extrañar que las distintas corrientes cristianas se pelearan también el derecho de ser reconocidas como las legítimas a fin de ascender al poder político, económico y religioso que ya era previsible para ese entonces pues, como es natural, habrían de hallarse todo tipo de intereses, desde los meramente religiosos hasta los de poder político y económico.
Sea como fuere, habrá de inferirse que el resultado de aquel concilio hubo de ser, por necesidad forzada de las circunstancias, el que favoreciera los intereses del imperio (habría sido estulto que triunfara una corriente cristiana contraria a esos intereses y que amenazara esa unidad).

En este punto se debe hacer el inciso de que Pablo de Tarso fue una de las figuras más prominentes entre las diferentes corrientes cristianas primitivas y llegó a ser conocido como el apóstol de los gentiles –el mismo hecho que a él se le encomendara evangelizar a las naciones no judías le aseguró su éxito (Cf. *Ga 2, 7-9*)–. Es el mismo Pablo quien promulga la no necesidad de la circuncisión para los gentiles y la inclusión de estos mismos; evangeliza Grecia, Asia Menor y Roma; su nacionalidad romana y su erudición le sirven para acometer exitosamente dicha evangelización y la redacción de varios escritos cristianos donde plasmó su pensamiento, influenciado por cierto, por el mensaje cristiano, si bien no fue discípulo directo de Jesús ni llegó a conocerle. Finalmente muere en Roma lo que, como habrá de suponerse, creará allí un prolífero culto paulista[2].

1.3.2. Atanasianismo y Arrianismo

Así, el cristianismo al que accedió Roma, por necesidad obligada de las circunstancias, fue principalmente al de la corriente paulista –mismo del que habrían emanado otras corrientes–, mientras que el judeocristianismo del apóstol Pedro y de los demás apóstoles no habría sido tan bien recibido. El atanasianismo[3], una corriente cristiana que podría llamarse paulista, en efecto, logró gran popularidad para este periodo tan vital y de suma

[1] SPENGLER, Oswald. La decadencia de occidente. Madrid: Espasa – Calpe, 1966.

[2] Culto que se dirá estar basado en las enseñanzas de Pedro, quizás como ardid para lograr calar en forma definitiva y aplacar la protesta lejana de los cristianos judaizantes de la línea de Pedro, a la vez que ganar sus votos en las decisiones importantes.

[3] Forma de cristianismo promulgada por Atanasio de Alejandría.

importancia para el cristianismo. Esta corriente tuvo su gran contraparte en el arrianismo, otra corriente cristiana con tinte paulista[1].

Lo cierto es que, tras acalorados debates entre varias corrientes cristianas, la posición atanasiana logró imponerse y hacer firmar el credo que había sido redactado para la ocasión –el credo niceno–. También se lograron importantes avances en cuanto a la autoridad eclesiástica, la normalización de ciertas cuestiones cristológicas y, por supuesto, la votación favorable respecto a la divinidad de Jesús, de donde devino Dios. Esto era importante por cuanto se podía aparejar a otros dioses e imponer como un gran culto, cosa que habría sido difícil si sólo hubiera sido un profeta mortal compitiendo contra los grandes dioses del paganismo. En este sentido, parece que Constantino, aunque tenía más afinidad con la posición arriana[2] (de hecho se hizo bautizar bajo el arrianismo al final de su vida), apoyó para esta ocasión la ortodoxia atanasiana –lo que evidenciaría que adoptó el cristianismo que le convenía a los intereses del Imperio– y, en cuanto pudo, los llenó de privilegios eclesiásticos, civiles, políticos y económicos. Así las cosas, es lógico que hubiera una enorme pelea por pertenecer a la nueva élite. Pelea que, en el tiempo, y luego de no poco altibajos entre atanasianos y arrianos, vinieron a ganar los ortodoxos atanasianos quienes, asentados finalmente en el poder –y luego del edicto de tesalónica dictado por el emperador Teodosio en el año 380 donde se reconoció finalmente y de forma definitiva al cristianismo como la religión oficial del imperio–, decidieron extirpar, como lo llamaban, la herejía[3]. Y en esa herejía, es obvio, no entraban solamente los arrianos, sino todas las demás corrientes de pensamiento cristiano que no comulgaran con el dogma niceno. Como habíamos indicado antes, en todas estas corrientes de pensamiento había un trasfondo gnóstico, toda vez que de donde emanaron había una enorme enseñanza mistérica cuyo asiento habría estado en los mismos ritos caldeos.

[1] Varios pasajes de las epístolas de Pablo están inclusive de acuerdo a la posición arriana, toda vez que señalan el momento en que el Hijo es engendrado.

[2] La posición atanasiana señalaba que Jesús era el mismo Dios y que había existido desde siempre. La posición arriana acusaba la divinidad de Jesús, pero señalaba que había sido engendrado en algún momento, que era Hijo de Dios, pero no Dios mismo y que, por tanto, era una entidad subordinada al Padre. Finalmente, las doctrinas y dogmas adoptados en el concilio de Nicea fueron los defendidos por Atanasio.

[3] Sin embargo, resulta absolutamente curioso el hecho de que el cristianismo mismo nació como una herejía pues, para el judaísmo eso era lo que constituía la naciente religión (Hch 24, 14) que, por cierto, no era conocida como religión, sino como una secta (Hch 24, 5); secta de la que se hablaba muy mal por todas partes (Hch 28, 22) porque el monopolio religioso de entonces consideraba que estaban corrompiendo las buenas costumbres judías.

Inclusive entre los atanasianos se conservaban los misterios y ellos también eran, en mayor o menor grado, semillas del gnosticismo nazareno judío. Lo que sucedió en el tiempo fue que la élite fue viendo cada vez más atractivo el poder religioso, político y económico, que la realización vívida de los misterios en ellos mismos.

1.3.3. El exterminio de la herejía

A la par que esto sucedía hubo de surgir el grito de los desterrados y excomulgados por el concilio de Nicea que reclamaban conservar el mensaje libre de la corrupción del poder político y económico, libre de las deformaciones a que había sido expuesto en aras del supremacía y de la unificación del imperio; el grito de los que reclamaban tener el verdadero mensaje y el auténtico conocimiento. Y así, tal como en el pasado los primeros apóstoles fueron llamados cristianos como modo de burla y de estigmatización –por cuanto se hacían pasar como seguidores de Cristo–, así ahora, la élite católica –nombre que fueron adoptando paulatinamente por cuanto se hacían pasar como universales e infalibles, y que fue validado por Teodosio mediante el decreto de Tesalónica– también se refería a los desterrados y excomulgados como *gnósticos* como una forma de aislarlos y de estigmatizarlos –por cuanto ellos reclamaban haber quedado con el verdadero conocimiento cristiano–. Entonces fueron reputados como *los que conocen,* es decir, como los «gnosere» o «gnósticos», a modo de burla. Y como quiera que los mismos representaban un peligro serio para la continuidad del monopolio, ahora reputado por ellos mismo como católico, persiguieron a los gnósticos –corrientes cristianas a las que ellos mismos alguna vez pertenecieron–, estigmatizándolos, tildándolos de herejes, destruyendo sus escritos y llevándolos, cuando no a la hoguera al precipicio.

El edicto imperial de Tesalónica lo pondría en estos términos:

> Queremos que todos los pueblos que son gobernados por la administración de nuestra clemencia profesen la religión que el divino apóstol Pedro dio a los romanos, que hasta hoy se ha predicado como la predicó él mismo, y que es evidente que profesan el pontífice Dámaso y el obispo de Alejandría, Pedro, hombre de santidad apostólica. Esto es, según la doctrina apostólica y la doctrina evangélica creemos en la divinidad única del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo bajo el concepto de igual majestad y de la piadosa Trinidad. **Ordenamos que tengan el nombre de cristianos católicos quienes sigan esta norma, mientras que los demás los juzgamos dementes y locos sobre los que pesará la**

> **infamia de la herejía. Sus lugares de reunión no recibirán el nombre de iglesias y serán objeto, primero de la venganza divina, y después serán castigados por nuestra propia iniciativa que adoptaremos siguiendo la voluntad celestial**.[1]

Así, los cristianos atanasianos, por orden imperial, fueron convertidos en «cristianos católicos» –lo que debió ser gestado también por algunos de ellos– y este tipo de cristianismo se convirtió en la religión oficial del imperio[2]; con lo que ganaban nuevamente la partida a los cristianos arrianos –que dicho sea de paso, estuvieron muy cerca de convertirse en la religión oficial y, por lapsos, fueron acogidos como tal y estuvieron a punto de triunfar en varias ocasiones y en diferentes zonas geográficas–. En cuanto a que fueran los cristianos de Pedro es bastante cuestionable por cuanto los atanasianos eran una corriente paulista; inclusive es posible entrever esto en la conformación que ellos hicieron de su canon particular del Nuevo Testamento donde la mayoría de libros incluidos son epístolas paulistas. Parece que lo que sucedió fue que, en aras de darle el tinte de catolicidad, se remontó la enseñanza a los orígenes, a Jesús y al mismo Pedro que, en el tiempo fue reputado como su primer pontífice[3] y como la piedra sobre la que reposaba la enseñanza crística. Pero esto sería sólo de nombre porque, en el fondo, podemos descubrir que las enseñanzas de Pedro y de Pablo diferían tanto en forma como en contenido; mientras que la de Pablo era orientada hacia los gentiles, la de Jacobo, Pedro y Juan era más bien de tinte judaizante (*Ga 2, 7-9*) y, por necesidad obligada, aunque en el trasfondo el evangelio se hermane en Cristo, en las formas externas deviene diferente. A

[1] Fragmento del edicto de Tesalónica, dictado en 380 d.C. Código Teodosiano 16 1.2.

[2] Posteriormente pasarían a llamarse Iglesia Católica Apostólica Romana, y esto de por sí implica que no es católica por cuanto es sólo la religión de una zona geográfica. Adicionalmente se debe señalar que no es universal porque se adoptó sólo una corriente particular de cristianismo –el que había tenido cierto impacto en cierta zona geográfica–, mientras que fueron desconocidos los otros tipos de cristianismo y las corrientes cristianas que florecieron en otras zonas como Egipto, Grecia y la misma Palestina. Inclusive, se puede llegar a colegir que el cristianismo más próximo a la doctrina enseñada por Jesús sería una suerte de ebionismo o de un cristianismo judaizante –toda vez que Jesús fue judío y adhirió a una de las sectas judías– y, por tanto, correspondería a este tipo de cristianismo alzarse con el título de cristianismo legítimo (en caso de que hubiera conservado los misterios, eso es claro).

[3] Parece que Pedro no fue el primer líder de la iglesia de Jerusalén, sino Jacobo, el hermano de Jesús y, en este sentido, no habría sido Pedro el primer pontífice. En efecto en Hch 8, 14 vemos que Pedro y Juan parecen obedecer órdenes superiores. Sea como fuere, lo que sí es posible afirmar es que los cristianos de Roma no son los legítimos cristianos de Pedro, tal como pretenden hacer creer las ensoñaciones del Vaticano.

estas alturas los cristianos atanasianos (o también cristianos nicenos) –de ahora en adelante cristianos católicos– eran ya una mezcla de poder y religión subordinada al emperador. En todo caso, y tal como evidencia el edicto de Tesalónica, se les dio el título de cristianos universales y se estigmatizó a todas las demás corrientes cristianas, ya helenísticas, judías, persas, egipcias, paganas, etc.[1] y, en últimas, a cualesquiera tipo de cristianismo diferente al de Roma. Inclusive el mismo arrianismo, que estuvo a punto de convertirse en el culto oficial, fue anatemizado, perseguido como una herejía y, finalmente, agrupado dentro de las corrientes cristianas a las que se les bautizó, como despectivo y como forma de diferenciación, con el nombre de gnosticismo[2].

Durante este periodo algunos cristianos católicos profesaban y hasta pasaban a las filas de las otras corrientes cristianas y viceversa; aspecto que muestra y evidencia los conflictos de gran parte de la teología producida y aceptada dentro del cristianismo católico[3] –la ulterior iglesia católica de Roma–, si bien es claro que las corrientes cristianas gnósticas y, en general, todas las que no pertenecieran al nuevo culto, fueron de plano anatemiza-

[1] Es curioso que el catolicismo, habiendo tomado elementos y símbolos del paganismo, una vez en el poder, hubiera perseguido luego a los paganos al punto que el mismo emperador Teodosio buscaba los mecanismos para proteger a los paganos del acoso de los cristianos católicos que él mismo había institucionalizado. –en efecto, miles de creyentes paganos fueron asesinados entre los siglos IV a VI–. También resulta curiosa la excomunión temporal del emperador Teodosio a manos de San Ambrosio –quien fue el primero en conseguir la preeminencia de la iglesia sobre el estado y lograr el destierro total de los paganos–. Para esta época se suprimió y prohibió el culto de las vírgenes vestales, las mujeres que llevaban una lámpara encendida en su mano y que se encargaban de mantener encendido el fuego en el templo, y mismas que tenían el poder, bajo determinadas circunstancias, de redimir a un condenado a muerte (Nótese el profundo significado simbólico de todo ello). También a estas alturas, y en lo sucesivo, atendiendo quizás también a la estructura patriarcal del imperio, las mujeres no pudieron ordenarse más como sacerdotes dentro del culto católico.

[2] Una de las razones por las cuales el gnosticismo se presenta con un matiz variado fue también porque se nominaron a varias corrientes cristianas como gnosticismo.

[3] En efecto, algunos de los padres de la iglesia católica y algunos de sus más importantes teólogos, doctores y ministros pertenecieron o adhirieron a otras corrientes cristianas, inclusive antagónicas, y que serían reputadas de herejía posteriormente. Tertuliano, uno de los padres de la iglesia, habría adherido al montanismo (corriente cristiana que surgió hacia el año 160 d.C. y que pugnaba por volver a los primeros tiempos del cristianismo) y, aún cuando es reputado como padre de la iglesia, en «Adversus Praxeam» arremetió contra el modalismo, tildándolo de herejía, por considerar que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo eran la misma persona –a pesar de que él fue precursor del trinitarismo–. También arremetió fuertemente contra el marcionismo –aun cuando el marcionismo era netamente paulista– y contra el gnosticismo. Luego se separó del montanismo y fundó su propio movimiento.

das, perseguidas y extirpadas, y los evangelios y demás escritos cristianos, sin excepción destruidos, atacados o, cuando menos, malformados.
En últimas, todo lo que no fuera cristianismo católico era locura y demencia, herejía que debía ser extirpada. Así fue como, a partir de la publicación del canon oficial en el siglo IV, toda la literatura extra-canónica fue anatemizada y exterminada, entre ella importantes evangelios cristianos primitivos. Por fortuna no todo logró ser destruido, y varias comunidades, a pesar del exterminio de los escritos y de la persecución, lograron esconder lo más representativo de sus bibliotecas en varios sitios remotos, entre ellos, en el desierto de Nag Hammadi, donde se logró ocultar importante material de las corrientes cristianas primitivas, de los cristianos gnósticos, en síntesis, de los cristianos legítimos o, cuando menos, de los cristianos que alzaron su voz de protesta contra la élite reclamando tener el conocimiento verdadero, a la vez que acusaban a la élite de corromper y pervertir el verdadero mensaje de Cristo vendiéndose a las bondades del poder y de las riquezas e institucionalizando una relación con Dios que debía darse en forma directa y no mediada, sin la intervención de pontífices o de creencias.

No cabe duda de que el cristianismo de Roma, acaso también por las feroces persecuciones que hubieron de sufrir en el comienzo, fue un cristianismo disminuido y, eventualmente, alejado de las enseñanzas cristianas legítimas. En efecto, el edicto de tolerancia de Nicomedia ilustra acerca de la manera en que los cristianos –principalmente los asentados en Roma– prácticamente habían abandonado la religión de los primitivos apóstoles, siguiendo su propio capricho, adoptando leyes propias y en medio de pequeños nódulos dispersos, todo ello debido a la persecución romana.

Un fragmento, traducción del texto latino, reza:

> En efecto, por algún motivo, la voluntad de los cristianos fue por su propia obra plagada de tal manera y fueron presa de tal tamaña estupidez, que abandonaron las instituciones ancestrales, que quizás sus mismos antepasados habían instituido. En su lugar, por su propio capricho y como bien les pareció, adoptaron y siguieron leyes propias congregándose en varios lados como grupos separados.
>
> Así, cuando con tal finalidad pusimos en vigor nuestras leyes para que se conformasen a las instituciones tradicionales, muchos se sometieron por el miedo, otros fueron incluso abatidos.
>
> Aun así muchos perseveraron en su propósito y constatamos que no observaban la reverencia a los dioses de la religión debida ni tampoco aquella del Dios de los cristianos. **Habida cuenta de nuestra gran**

> **clemencia e inveterada costumbre de indulgencia que ejercitamos frente a todos los hombres, creemos que debemos extenderla también a este caso.** De tal modo pueden nuevamente los cristianos reconstituirse así como sus lugares de culto, siempre que no hagan nada en contra del orden público.[1]

Si bien es cierto que mediante el edicto de tolerancia de Nicomedia se les permite a los cristianos rehacer su culto, no habrá de ser lo mismo e, indiscutiblemente, y toda vez que deben de someterse en una u otra forma a las autoridades tradicionales, se generará una corrupción en el culto; ese tipo de cristianismo será simplemente una que se acomode a los intereses del imperio, quizás como contraprestación por haberle permitido sobrevivir. Es evidente que en Roma, dada las feroces persecuciones del principio en contra del cristianismo que se había formado allí, el culto cristiano paulista debió de verse reducido a nivel doctrinal, originándose una deformación del mensaje cristiano. Es verdad que allí todavía unos cuantos conservaban los misterios, pero también es verdad que ya no tenían la pureza de la enseñanza a que habrían accedido los primeros apóstoles ni de conservar el carácter diáfano de otros sitios donde el cristianismo floreció sin tanta represión y sin necesidad de ser mutilado o de una adaptación violenta.

En Roma se pervirtió el mensaje cristiano, en Roma se construyó una religión carente de vida, en Roma se edificó un esqueleto deforme que es nada más que una caricatura de los verdaderos misterios «cristiano-gnóstico-nazareos». Una caricatura que se vendió después al mundo como una religión verdadera. Paradójicamente, el sitio en que se estableció la iglesia católica y donde floreció ulteriormente, es el mismo sitio donde fueron perseguidas con fiereza las demás corrientes cristianas de modo que, en el punto cúspide de esa persecución, se vieron casi extintas. Así las cosas, es razonable que una vez institucionalizado el nuevo cristianismo –o este cristianismo reconstruido, por cuanto había sido mutilado a causa de la inclemente persecución–, no conservará la autenticidad primigenia. Por contraposición, grupos cristianos que habrían florecido en ausencia de esta persecución, tenían la oportunidad de mantener sus ritos y enseñanzas mistéricas en un estado más puro (como los cristianos de la línea de Juan, marcadamente gnóstica), y que serían más o menos los mismo que alzaron su voz de protesta en contra de ese tipo de cristianismo estilizado y amañado a las necesidades del imperio que logró imponerse. Esos cristianos, en la periferia o en zonas geográficas distantes del monopolio, se habrían

[1] GIESELER, Johann Karl. A compendium of ecclesiastical history. Trad. Samuel Davidson, v. 1. 4. ed. Edinburgh: T. & T. Clark, 1846. P. 197.

beneficiado por cuanto la persecución romana no habría alcanzado a entorpecer en gran manera la transmisión y práctica de su culto. Sin embargo, ese aislamiento también habría sido en buena parte su condena, por cuanto no habrían accedido a la toma de decisiones que estarían por gestarse en Roma, la capital del mundo de ese entonces. Estos habrían sido los mismos cristianos a que luego, la naciente élite habría anatemizado, tildándolos de gnósticos, y que habrían sido perseguidos y obligados a esconder y enterrar sus sagrados escritos para salvarlos de la hoguera del cristianismo católico romano que, eventualmente, habría visto en estos evangelios, reputados de herejes, una amenaza para su institucionalidad y para su credo impuesto, por cierto, mediante edictos y concilios.

1.4. LOS EVANGELIOS GNÓSTICOS

Los gnósticos no se denominaban a sí mismos con tal nombre, sino que se llamaban cristianos. Fue la corriente cristiana que logró imponerse la que les dio el nombre de gnósticos a los seguidores de las demás corrientes cristianas.

Sin embargo, y como ya habíamos acotado, no todo logró ser destruido. Muchos gnósticos ya presentían lo que se fraguaba, lo que se venía encima y lograron esconder en Egipto una muestra significativa del pensamiento cristiano primitivo, tal como se habría transmitido en los primeros siglos de nuestra era. Parte de esos escritos –entre los que hay gran cantidad de evangelios extra-canónicos (es decir, no reconocidos por la iglesia, pues los había tildado de herejía), también denominados apócrifos, o gnósticos– fueron descubiertos en 1945 en el desierto egipcio de Nah Hammadi, en unas vasijas de barro. Allí puede verse plasmado el pensamiento de los desterrados, la enseñanza cristiana legítima, sin las adulteraciones a las que habría estado sometido el cristianismo estilizado de Roma. Por fin el mundo podía conocer de primera mano en qué consistía la herejía y desenmascarar a la agonizante secta del Vaticano.

Entre los Evangelios más destacados vale citar:

Evangelio de Tomás: El inmortal Evangelio Gnóstico con los dichos secretos pronunciados por el mismo Jesús. Éste sería el más antiguo de todos los documentos cristianos, la fuente –«Quelle»–, de donde emanaron los demás, incluidos los canónicos, que toman dichos prestados de él.

Evangelio de Felipe: El único documento donde se devela el misterio de la cámara nupcial, además de enormes enseñanzas mistéricas.

Evangelio de Valentino (Pistis Sophia): La Biblia de los Gnósticos. Contiene las enseñanzas que Jesús impartió a sus discípulos, incluida María Magdalena, luego de su resurrección.

Evangelio de María Magdalena: Una versión en la que se reivindica el papel de la mujer en el cristianismo primitivo y se deja ver a María Magdalena como líder del naciente movimiento.

Evangelio de Judas: Evangelio Gnóstico en el que se hace justicia al papel de Judas dentro del drama de Jesús. En él se profetiza no sólo que Judas que será maldito entre las generaciones (a pesar de ser el más exaltado), sino la vergonzosa desviación de los sacerdotes.

Otros escritos que también cabe mencionar son: Evangelio de Pedro (paradójicamente no fue incluido dentro de los libros canónicos), Evangelio de Nicodemo, Evangelio de Pablo[1], Evangelio de los egipcios, Evangelio de los hebreos, Evangelio de la verdad, Evangelio de los doce santos (esenio) y, por supuesto, los cuatro evangelios canónicos, entre muchos otros.

Desde luego, los Evangelios Gnósticos de Nag Hammadi, y como concluye gran número de eruditos en la materia, a la luz de todos los acontecimientos, revisten mayor carácter histórico y tienen superior credibilidad que los canónicos –toda vez que algunos evangelios gnósticos son coetáneos e, inclusive, anteriores a los evangelios tradicionales–. Al respecto, Elaine Pagels, la experta mundial en gnosticismo primitivo, señala:

> Algunos de ellos no pueden ser posteriores a 120-150 d. C. aproximadamente, ya que Ireneo, el obispo ortodoxo de Lyon, escribiendo hacia 180, declara que los herejes «se jactan de poseer más evangelios de los que realmente existen» y se queja de que en su tiempo tales escritos ya han ganado una gran circulación: de la Galia a Roma, Grecia y el Asia Menor[2].

En efecto, la evidencia nos demuestra que los Evangelios Gnósticos –los escritos cristianos primitivos que no entraron en el canon de la secta de Roma– eran reconocidos entre las comunidades cristianas primitivas como documentos fidedignos de la historia de Jesús y del naciente movimiento.

[1] Aquí lo entenderemos como la suma de las epístolas atribuidas a Pablo de Tarso.

[2] PAGELS, Elaine. Trad. Jordi Beltrán. Los evangelios gnósticos. Barcelona: Critica S. L., c1982. P. 15.

De esto nos da cuenta no sólo la historia, de esto nos dan cuenta no sólo los códices gnósticos sino, lo que es más revelador, los mismos evangelios canónicos.

> Lc 1, 1: Puesto que ya muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas,
> 2: tal como nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron con sus ojos, y fueron ministros de la palabra,
> 3: me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, **escribírtelas por orden**, oh excelentísimo Teófilo.

Lucas menciona que muchas personas ya han tratado de poner en orden los acontecimientos sucedidos entre ellos –nótese, sin embargo, que no descalifica a esas otras fuentes ni las tilda de herejía– y, en justicia, debemos reconocer que «muchas personas» no son los otros dos evangelistas, Marcos y Mateo –descontando a Juan que aún no habría escrito el evangelio según San Juan–. Algunos, tratando de desvirtuar el hecho de que para entonces circulaba una gama profusa de evangelios y escritos paleocristianos (entre ellos, por supuesto, evangelios gnósticos), aducen que Lucas se refiere a una tradición oral. Sin embargo, cuando Lucas expresa que le ha parecido también a él ponerlas por escrito –dice: «escribírtelas», no «narrártelas»–, en forma explícita da a entender que habían muchos otros escritos, muchos otros evangelios que, eventualmente, se encontrarán en forma fragmentaria (¿estarían aquí los dichos de Jesús, plasmados en el Evangelio Gnóstico de Tomás? Todo sugiere que sí). Lo que él hace es hacer las veces de compilador, tratando de establecer una secuencia cronológica, y desde un punto de vista, no tanto doctrinal, sino histórico. Ahora bien, esto es prueba contundente e irrefutable de la existencia de los demás escritos cristianos, pero entonces ¿dónde están esos otros escritos cristianos, anteriores al mismo evangelio de Lucas? Esta anterioridad hace pensar que hay mayor fidelidad en los hechos narrados y en la enseñanza. ¿Dónde están esos escritos?

La secta de Roma acogió sólo cuatro evangelios y rechazó lo demás y lo condenó como herejía. Lucas nos da a entender que los demás evangelios estaban un tanto fragmentarios o focalizados sólo en ciertos aspectos o etapas de la vida y enseñanza de Jesús. Y él lo que hace es tratar de poner en orden, a la vez que abarca un lapso mayor de la historia. Pero no dice que los otros escritos sean falsos –precisamente, se habría apoyado en esos evangelios para hacer el suyo– y, a todas luces, esos otros escritos son los evangelios gnósticos, recuperados en parte de la biblioteca de Nag

Hammadi. La evidencia, a partir de este versículo de Lucas, es inobjetable. En efecto, los especialistas no dudan en señalar que, el más antiguo de todos los evangelios, precediendo al mismo de Marcos y Mateo, sería el Evangelio Gnóstico de Tomás[1]. Estos escritos, tenidos en gran estima por los cristianos primitivos y considerados como las fuentes primigenias, fueron reputados como apócrifos y heréticos posteriormente. Las fuentes originales en las que se consignaban los primeros pasos del cristianismo fueron exterminadas y, en función de la nueva religión romana, se pudo construir un cristianismo diferente. El cristianismo primitivo original había sido derrotado, al menos de momento.

1.5. EL TRIUNFO DEL CRISTIANISMO PRIMITIVO

Bien es verdad que la historia la escribe generalmente el vencedor y que, cuando se produce un choque entre dos culturas, el perdedor es erradicado y el vencedor escribe los libros de historia, libros que cantan las glorias de su causa y denigran al enemigo conquistado. En el caso del cristianismo gnóstico legítimo, por fortuna, no todos los documentos lograron ser destruidos y una pequeña parte pudieron ser ocultados, manteniéndose ignorados por cerca de dos milenios. Fue precisamente en el año de 1945, con el descubrimiento de la biblioteca de Nag Hammadi, en Egipto, cuando la mayor parte de estos textos –enterrados para salvaguardarlos de la persecución– fueron descubiertos; se trataba de los evangelios gnósticos. Ahora, por primera vez, el mundo podía conocer, frente a frente, el evangelio y las palabras de los herejes; ahora, por primera vez, el mundo podía acceder a ese tipo de cristianismo primitivo que tanto había perseguido el catolicismo romano como tratándose del demonio mismo, y que tanto amenazaba o incomodaba a su monopolio.

Ahora el mundo podía conocer la otra parte de la historia, la historia de unos cristianos perseguidos, de unos libros ocultados, la historia de los que perdieron sólo en medida de que creían que no era necesario pasar por la autoridad de ninguna iglesia para conseguir la salvación, sino que consideraban que era suficiente con el autoconocimiento y la auto-relación con el Padre que está en secreto; misma razón por la que no hicieron esfuerzo en fundar ninguna institución religiosa, ni evangelizar las masas para hacer un séquito, ni erigir dogmas de fe en base de su literalismo absurdo. Esto habla bastante de la ferocidad con que el gnosticismo hubo de ser perseguido y sus seguidores erradicados, no sin nombrar que luego,

[1] PAGELS, Elaine. Trad. Jordi Beltrán. Los evangelios gnósticos. Op. cit. P. 15.

en el tiempo, y cuando el conocimiento oculto trató de ser revivido, la secta católica lo reprimió con violencia y sus seguidores fueron suprimidos de forma vehemente, ya en la hoguera o en el precipicio. Con el tiempo, en medio de la gran heterogeneidad de corrientes cristianas, el cristianismo debió de matizarse fácilmente en una tradición literalista, por un lado, y en una tradición simbolista, por el otro[1], y, ante la evidencia de los acontecimientos posteriores, es claro que el cristianismo romano devino literal –mismo literalismo que le llevó a cometer los más exabruptos e irrisorios errores en lo que respecta a la interpretación del texto bíblico–, apegándose a la letra que mata y olvidándose del espíritu que vivifica, del simbolismo y de la metáfora. El cristianismo romano, constituido a partir de una de las líneas religiosas de la corriente paulista, al margen de las demás líneas cristianas –que fueron desechadas y anatemizadas–, ayudó a que el gnosticismo debiera ser matizado y diferenciado a partir de las demás corrientes cristianas (mismas que quedaron en posesión de los demás evangelios). Así las cosas, entre los gnósticos quedaron los inmortales evangelios de Tomás, de Felipe, de Judas o de María Magdalena; entre los gnósticos quedaron los evangelios de Juan o el legado de Pedro. En este orden de ideas, resulta muy natural que entre el gnosticismo cristiano –si bien el gnosticismo de por sí es sincrético– exista un matiz variado del mensaje cristiano pues en él vienen a representarse la mayoría de corrientes cristianas anatemizadas, perseguidas y tildadas, a manera de burla, de gnósticas. En el gnosticismo, por consiguiente, se encuentran representadas la mayoría de las corrientes cristianas primitivas. En efecto, nosotros los gnósticos, o cristianos gnósticos, aseguramos estar en posesión del Evangelio de Pedro y ser custodios celosos de la *petra*. El mundo debe reunirse en derredor del Evangelio de Pedro, en derredor del evangelio de la piedra –y ya sabemos que esta piedra es siempre roca de escándalo y de tropiezo–. El mundo debe conocer el Evangelio de Tomás y llegar al profundo conocimiento de Cristo –que no es más que llegar al profundo conocimiento de sí mismo–. El mundo debe conocer el Evangelio de Felipe y sus profundas enseñanzas acerca de la auto-realización mediante el misterio del matrimonio y de la cámara nupcial. El mundo debe comprender el Evangelio de Judas y su enseñanza de fondo acerca de la decapitación de los elementos psicológicos inhumanos. El mundo debe resarcir el papel de María Magdalena como representante del eterno femenino, lo único que puede redimirnos y propiciar nuestro nuevo nacimiento. El mundo debe

[1] Es lógico una parte de cristianos interpretarían el evangelio desde una perspectiva literal; es lógico que otra parte de cristianos interpretarían el evangelio más bien desde una perspectiva mística y simbólica, dando origen a dos tipos diferentes de tradiciones y de interpretaciones.

reconocer, en últimas, la fuente inagotable de vida que puede hallar volviendo a las raíces mismas del cristianismo legítimo, y aceptar que el cristianismo gnóstico no es más la reunión de las diferentes corrientes cristianas que se hermanan para revelar y desenterrar de las sombras las enseñanzas olvidadas del mártir nazareno; esas enseñanzas que conducen al verdadero camino de la redención y liberación humana, al verdadero camino de la cristificación de fondo, al verdadero camino de la paz y libertad auténticas. Que sepa el mundo de una vez por todas y para siempre que, al igual que en aquellos tiempos en que la élite institucionalizada nos perseguía, y manteniendo nuestra misma postura ideológica, no es necesario pasar por ninguna iglesia o por ningún falso pontífice externo para llegar al conocimiento de Dios o para conseguir la liberación[1]. La Iglesia, como bien señala el evangelio, somos nosotros mismos y está dentro de nosotros mismos puesto que nuestro cuerpo es el Templo vivo del Espíritu Santo, del espíritu de Dios (Cf. *1 Cor 6, 19*). Esta es la nueva era y no hay necesidad de diezmar ni ofrendar nada con el objetivo de mantener a otros o nutrir organizaciones religiosas que están interesadas más en el dinero que en la real liberación espiritual de sus feligreses. Cada cual, desde su hogar, desde la intimidad de su habitación puede abandonarse ante la presencia de su Padre que está en secreto y aniquilar el error; juntos, en pareja, pueden amarse verdaderamente, auto-conocerse y nutrirse con las vitaminas del amor y las caricias –todo el mundo puede hacer un acto de amor llevando este evangelio por los confines del mundo entero–. Esto es Gnosis, y por posiciones como estas fue que fuimos exterminados con violencia en el pasado; pero ya las hogueras se han apagado e ilumina la luz de la inteligencia desembarazada de todo dogma absurdo y en otro tiempo irrefutable.

Nosotros, los gnósticos, somos el último eslabón digno que le queda al cristianismo en estos tiempos de desbordamiento y de desorden. La católica y las demás podrán ceder en aspectos doctrinales presionadas por el decurso de las generaciones y su ulular que pide desenfreno e impudicia; empero nosotros, los gnósticos, jamás retrocederemos; nosotros somos los genuinos cristianos primitivos y esta vez no nos desterrarán a un desierto ni nos harán caer en masa en el precipicio.

[1] El mismo Jesús, en medio de todo el esquema religioso de su tiempo que hacía prácticamente obligatorio recurrir al templo en todas las etapas de la vida, aconseja, no ir a la sinagoga, sino entrar a nuestra recámara, cerrar la puerta y orar al Padre que está en secreto (Mt 6, 5-6). Jesús, contrariando al esquema religioso e institucionalizado de su tiempo, aboga por la relación directa y no mediada con Dios, lo que es, en efecto, una postura cien por ciento gnóstica.

Nosotros, los gnósticos, acusamos a la secta católica de Roma de pervertir nuestras enseñanzas y de falsear la verdadera doctrina del Cristo; nosotros, los gnósticos, los acusamos por el delito de suplantación (porque se hacen pasar por los verdaderos seguidores del Cristo cuando, en la práctica, no son capaces de seguir ni una de sus enseñanzas ni de eliminar ni uno de sus defectos). Nosotros, los gnósticos, los acusamos de asesinos; no del asesinato colectivo ni de las persecuciones que otrora solían hacer sobre nosotros y sobre la ciencia, sino del asesinato del espíritu, porque con su intonso literalismo han matado el espíritu que vivifica la letra, la alegoría que le da sentido. Nosotros, los gnósticos, los acusamos de separatividad y no de unidad, de amor a las fogatas y no al hombre.

Es hora de que el gnosticismo salga de entre las tinieblas a que fue condenado por la facción de ultraderecha[1] del cristianismo primitivo, es hora de que sea reconocido como el legítimo cristianismo y que el impostor sea relegado a las tinieblas de su propia ceguera, porque mató el espíritu, porque se quedó en la letra ciega al punto de llegar a cometer errores irrisorios y estultos, porque hablando de un Dios de amor hizo la guerra y encendió las fogatas, porque repudiaron a la mujer y se enclaustraron en sus piedras, porque confundieron la verdad y quedaron sin rumbo, porque han sido la sombra y la mancha de esta edad que agoniza, porque escondieron el conocimiento, de modo que ni ellos mismos entraron, y a los que iban a entrar se lo impidieron, porque ocultaron la llave de la ciencia y se hicieron pasar por puritanos cenobitas escupiendo, con ello, al santuario de la vida, porque ya nada bueno logran más que un discurso afable que bien puede delegársele a la psicología, porque, siendo incapaces de crear un nuevo amanecer sobre el mundo, sólo se convierten en estorbo para la generación de un nuevo orden de cosas y de ideas.

Una vez más, más que nunca, y por el Cristo: ¡A LA BATALLA! ¡A LA BATALLA! ¡A LA BATALLA!

[1] Entiéndase aquí por ultraderecha el hecho de mantener un literalismo radical, un autoritarismo contrario a la diversidad, la concepción del dogma irrefutable.

CAPÍTULO 2

LA ENSEÑANZA PÚBLICA Y LA ENSEÑANZA SECRETA

2. LA ENSEÑANZA PÚBLICA Y LA ENSEÑANZA SECRETA

No cabe duda que el profundo conocimiento que Jesús transmitió en secreto a sus apóstoles, y éstos a su vez a los más adelantados en los misterios, jamás nos ha sido enseñado; no cabe duda que fue escondido, velado, distorsionado y, finalmente, olvidado por los falsos pontífices del cristianismo. En los sermones, tanto del sacerdote como del pastor, encontramos palabras muy bellas en la que se nos habla muy bonito acerca del bien, del amor o la virtud; discursos loables en los que se nos habla de prosperidad, de auto-superación, de motivación y, en síntesis, de aspectos en los que definitivamente estaría mejor versado el psicólogo o el motivador; pero no se descorre el velo de los profundos misterios del cristianismo primitivo. Y la razón para que no se nos descorran esos misterios es sencilla: ni los predicadores ni los sacerdotes han tenido acceso jamás a esos misterios, pues jamás les fueron enseñados y todo lo que repiten no hace más que parte de la enseñanza pública y no de la enseñanza secreta, del conocimiento que se le impartía a las masas, pero no de la *gnosis* (conocimiento) que se revelaba sólo de labios a oídos a unos pocos. Paradójicamente Jesús, de quien dicen que vino a revelar la verdad a todos, sin distingos de ninguna especie, es el primero en ocultar y velar el mensaje a las multitudes (posiblemente porque no estaban preparadas para recibir la verdad, los misterios)[1]. En el pasaje en el que Jesús habla acerca de la parábola del sembrador encontramos lo siguiente:

> Mt 13, 10: Entonces, acercándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas?
> 11: Él respondiendo, les dijo: Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado.
> (V. a. Mc 4, 11-12; Lc 8, 10)

Y nuevamente, el mismo Jesús, en una clara alusión al hecho de publicar el evangelio privado, la enseñanza mistérica, señala:

> Mt 7, 6: No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen, y se vuelvan y os despedacen[2].

[1] Jesús no habría sido el primero. Los tibetanos creen que Buda, antes de morir, instruyó a sus más cercanos discípulos en la doctrina secreta de los Tantras, lo más selecto del budismo.

[2] Pero ¿por qué habrían de pisotear la enseñanza secreta? ¿Acaso a las personas externas a ese conocimiento se les haría una enseñanza escandalosa e, inclusive, hasta inmoral? ¿Una

Y todavía, en el inmortal Evangelio Gnóstico de Tomás, señala:

> E. G. To 62: Yo comunico mis misterios a quienes son dignos de mis misterios.

Es evidente que no todos están preparados para recibir la gnosis (el conocimiento), que no todos pueden comprender los misterios y, lo que es más, que no todos pueden practicarlos ni vivir completamente la ardua doctrina del Cristo[1] (de ahí que los misterios no les sean comunicados a los que no están preparados y que, inclusive, lo que les es enseñado por parábolas, esté condicionado a lo que pueden oír y recibir).

> Mc 4, 33: Con muchas parábolas como éstas les hablaba la palabra, conforme a lo que podían oír.
> 34: Y sin parábolas no les hablaba; aunque a sus discípulos en particular les declaraba todo.

Así las cosas, es evidente que existe un mensaje externo y un mensaje secreto, una sabiduría oculta que no siempre estarían dispuestos los apóstoles (ni Jesús mismo) a comunicar las masas. Lo que significa que sólo hemos conocido la superficie del cristianismo, que nos han enseñado a creer en lo fundamental, en lo básico, a profesar una fe basada solamente en la enseñanza pública y externa, pero que jamás nos han enseñado a vivir esos misterios dentro de nosotros mismos.

> 1 Cor 2, 6: Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez; y sabiduría, no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que perecen.
> 7: Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria,
> 8: la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria.

---

enseñanza que, sólo en apariencia, atenta contra las buenas costumbres y los sanos principios? Entonces, tal como señala Pedro (1 Pe 2, 7-8. V. a. Ro 9 32-33), Jesús y su enseñanza serían esa piedra de escándalo y de tropiezo, la piedra cabeza de ángulo que desecharon los que construían (Mt 21, 42; Mc 12, 10; Lc 20 17-18).

[1] El Cristo dice: «El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí» (Mt 10, 37-38). El Cristo lo exige todo, exige que estemos dispuestos a renunciar a todo, para luego sí obtenerlo todo. Sin embargo, algunos *cristianos light* han creído que primero nos lo da todo (que primero nos prospera) y luego de eso le damos un pedacito (quizás algo de lo que nos sobra) a él.

Pablo deja el asunto sentenciado y claramente da a entender que existe una enseñanza pública y otra oculta, que el cristianismo tiene, en su segmento superior, una enseñanza que denominarse como mistérica y ocultista; una enseñanza que, inclusive, se habla en un lenguaje determinado, en una forma particular de modo que aparezca como un misterio, que parezca codificada[1] y que se hable sólo mediante símbolos –en cuyo caso los textos sagrados contienen más sustancia de la que se percibe en la superficie, y que sólo puede ser entendida entre los que han alcanzado los misterios (o iniciados)–. El mismo Pablo sugiere que, ni siquiera en sus epístolas, ha revelado todo, y que sólo ha revelado una doctrina como para niños; que no ha dado el alimento sólido, sino leche, de modo que ¿qué podemos esperar? ¿Cuáles son esos misterios? Si ni siquiera los discípulos de los apóstoles son considerados dignos de recibir los misterios crísticos.

> 1 Cor 3, 1: De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo.
> 2: Os di a beber leche, y no vianda; porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía, porque aún sois carnales.

En efecto, lo que se puede colegir es que en los evangelios y las epístolas no se ha declarado la totalidad de los misterios y que, incluso allí se encuentran vacíos, verdades no reveladas, secretos que sólo habrían sido transmitidos verbalmente a unos pocos, a los iniciados en el segmento superior del cristianismo, a los dignos de alcanzar los misterios. Otro pasaje del apóstol Pablo (recordemos que la forma de cristianismo que logró imponerse fue la paulina, razón más que suficiente para comprender el porqué el Nuevo testamento está compuesto, en su mayoría, por los escritos de Pablo) esta vez del libro de los Hebreos, nos da luz sobre esta situación:

> He 5, 7: Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente.
> 8: Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia;
> 9: y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen;
> 10: y fue declarado por Dios sumo sacerdote según el orden de Melquisedec.
> 11: Acerca de esto tenemos mucho que decir, y difícil de explicar, por cuanto os habéis hecho tardos para oír.

[1] Cómo nos recuerda esto a los tratados medievales de Alquimia y de la elaboración y obtención de la Piedra Filosofal.

> 12: Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido.
> 13: Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño;
> 14: pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal.

Estos pasajes en sí mismos encierran una enseñanza oculta acerca de la persona de Jesús que difícilmente se aceptaría –y acerca de lo que podemos llegar a ser cada uno de nosotros–, pero que sirve como ejemplo para indicar que no todos los misterios se declararon en los evangelios o en las epístolas (si bien es posible entreverlos y evidenciarlos con un análisis de fondo). En todo caso, lo cierto es que para ese entonces a las masas, a las multitudes no se les daba del alimento sólido, sino leche, algo propio para niños. Precisamente uno de los más grandes misterios es que nosotros también podemos convertirnos en Cristo, y llegar a su altura y estatura. San Pablo apenas si lo deja entrever cuando escribe:

> Ef 4, 13: hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.

El segmento superior del cristianismo jamás fue enseñado abiertamente a las multitudes, si bien en parábolas o en forma velada quedaba registrado. Y sólo unos pocos continuaron con la tradición mistérica, de modo que a las masas se les daba una enseñanza estilizada, mientras que los misterios crísticos eran reservados para unos pocos, para los iniciados. Pero inclusive a esos pocos no siempre se les revelaba toda la verdad, no siempre se les enseñaban a profundidad las enseñanzas esotéricas. Baste el siguiente pasaje para darnos cuenta de ello.

> Jn 6, 12: Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir.

¿Cuáles eran esos misterios que ni siquiera sus discípulos podían conocer? (al menos antes de la resurrección de su maestro). Y si esto sucedía,

inclusive dentro del círculo interno ¿Qué podremos decir de nosotros? San Clemente de Alejandría menciona tal división de los misterios, diferenciando los dos aspectos de los que venimos hablando, del círculo superior e inferior del cristianismo, es decir, de la enseñanza pública y la enseñanza secreta.

> Después de la purificación vienen los Misterios Menores, en los cuales hay algún fundamento de instrucción y de preparación que sirven de preliminar para lo que ha de venir después: los Grandes Misterios, en los cuales nada se deja de enseñar acerca del universo, quedando sólo el contemplar y comprender la naturaleza de las cosas[1].

Y agrega todavía:

> Nosotros estamos obligados a hablar en enigmas, a fin de que, si la tableta viene a caer, por cualquier accidente marítimo o terrestre, en poder de alguno, permanezca ignorante el que lea[2].

Esto, en parte, explica la enseñanza hermética que se desarrollaría ulteriormente, principalmente dentro de la Alquimia –incluyendo la búsqueda de la piedra filosofal, entre otros– en que, si bien se habla sobre el misterio, se habla en enigmas y en simbolismo de modo que, finalmente, el lector desprevenido, no instruido en los misterios, queda en la misma oscuridad; a la vez que el iniciado capta el hondo simbolismo y comprende la enseñanza trascendente velada bajo el texto.

> Basta lo dicho para los que tienen oídos; pues no es necesario descubrir el misterio, sino sólo indicar lo suficiente para que lo perciban aquellos que participan del conocimiento[3].

Fulcanelli, en medio del simbolismo que entraña el arte hermético, se acercó, sin embargo, como ningún otro antes a la develación del *verbum dimissum* (la palabra perdida) y a los altos misterios crísticos, tal como se puede colegir a partir de la inmortal obra *El misterio de las catedrales*:

---

[1] CLEMENTE DE ALEJANDRIA. Stromata, lib. V, capítulo XI, citado por BESANT, Annie Wood. Cristianismo Esotérico: Los misterios de Jesús de Nazareth. Argentina: Kier, 1982.

[2] CLEMENTE DE ALEJANDRIA. Stromata, lib. V, capítulo X. Op. cit.

[3] CLEMENTE DE ALEJANDRIA. Stromata, lib. V, capítulo XIV. Op. cit.

> Así, la catedral se nos presenta fundada en la ciencia alquímica, investigadora de las transformaciones de la sustancia original, de la *Materia* elemental (lat. *materea,- raíz mater,* madre). Pues la Virgen-Madre, despojada de su velo simbólico, no es más que la personificación de la sustancia primitiva que empleó, para realizar sus designios, el Principio creador de todo lo que existe[1].

Y acercándose a la naturaleza misma de la piedra filosofal todavía señala:

> Hay una piedra de gran virtud –dice a su vez Nicolás Valois[2]–, y es llamada piedra y no es piedra, y es mineral, vegetal y animal, que se encuentra en todos los lugares y en todos los tiempos, y en todas las personas.»
> Flamel[3] escribe de modo parecido: «Hay una piedra oculta, escondida y enterrada en lo más profundo de una fuente, la cual es vil, abyecta y en modo alguno apreciada; y está cubierta de fiemo y de excrementos; a la cual, aunque no sea más que una, se le dan toda clase de nombres. Porque, dice el sabio Morien, esta piedra que no es piedra está animada, teniendo la virtud de procrear y engendrar. Esta piedra es blanca, pues toma su comienzo, origen y raza de Saturno o de Marte, el Sol y Venus; y si es Marte, Sol y Venus...»[4]

Clemente de Alejandría escribe acerca de la necesidad de hablar en símbolos para que el conocimiento superior permanezca velado para los que no han sido iniciado en los misterios crísticos y, en este sentido, Fulcanelli parece dar una muy buena lección de ello, con todo que se aproxima al borde mismo de develar el «verbum dimissum» –y es razonable que la enseñanza debiera permanecer oculta pues no había llegado el momento de romper el voto de silencio–. Ha sido siempre la enseñanza hermética una vía directa de liberación; sin embargo, no les conviene a los dueños del mundo que el ser humano se libere, que se emancipe, que se salga de su control. No les conviene a los pontífices de las iglesias que el hombre desestime sus cultos y que no vaya hacia ellos para que ellos le indiquen lo que tiene que hacer, en

---

[1] FULCANELLI. El misterio de las catedrales. Barcelona: Plaza & Janes, 1970. P. 86.

[2] GROSPARMY, Nicolas, VALOIS, Nicolas. *Obras de N. Grosparmy y Nicolas Valois,* mans. cit., pág. 140, citado por FULCANELLI. El misterio de las catedrales. Barcelona: Plaza & Janes, 1970. P. 157.

[3] FLAMEL, Nicolas. *Original du Désir désiré, o thrésor de Philosophie.* París: Hulpeau, 1629. P. 144, citado por FULCANELLI. El misterio de las catedrales. Op. cit. P. 157.

[4] FULCANELLI. El misterio de las catedrales. Op. cit. P. 157-158.

lo que tiene que creer y como lo tiene que creer. En este sentido es natural que la enseñanza hermética, bien que sea la sección superior del cristianismo o cualesquier otra enseñanza esotérica genuina, deba ser atacada, rebajada, ridiculizada y, de ser posible, extinguida. No diferente suerte corrió el cristianismo primitivo donde cuya persecución cobró cientos de mártires y de cuya secta (por cuanto era una facción judía que se había aislado del tronco principal) era vituperada y perseguida. En el libro de Los Hechos de los Apóstoles, inclusive, encontramos una alusión directa a este hecho:

> Hch 28, 22: Pero querríamos oír de ti lo que piensas [le preguntan los judíos a Pablo, para ese entonces, preso en Roma]; porque de esta secta [el naciente cristianismo] nos es notorio que en todas partes se habla contra ella.

Y en el libro de los Tesalonicenses encontramos:

> 1 Tes 2, 1: Porque vosotros mismos sabéis, hermanos, que nuestra visita a vosotros no resultó vana;
> 2: pues habiendo antes padecido y sido ultrajados en Filipos, como sabéis, tuvimos denuedo en nuestro Dios para anunciaros el evangelio de Dios en medio de gran oposición.

Por supuesto, gran parte de la persecución inicial está en el hecho de que el cristianismo no predicaba más a Moisés como figura central, sino a Jesús, convertido en el mismísimo hijo de Dios; pero esto no desvirtúa el hecho de que hubiera dos segmentos del cristianismo, uno superior (revelado sólo a los que habían sido iniciados en los misterios) y otro inferior o externo (el evangelio de las masas), tal como lo deja en claro San Clemente de Alejandría. En el segmento superior encontramos los misterios del reino que, inclusive el mismo Jesús retiene a sus propios discípulos hasta que no llegue el momento oportuno en que sean dignos y merecedores de ellos.
En este sentido, no nos cabe duda que todo aquel que estuviera versado en la ciencia alquímica, todo aquel que hubiera estudiado las obras esotéricas del Medioevo, todo aquel que hubiera corroborado la forma acérrima en la que era velado el misterio de la alquimia y de la elaboración de la piedra filosofal, una vez hechas las correlaciones oportunas, llegará a la conclusión que en esta obra estamos develando el «Verbum Dimissum», que estamos develando el mecanismo para que cada cual pueda elaborar su piedra filosofal, para que cada cual pueda libertarse del imperio del malo.
No estamos haciendo otra cosa que devolviéndole los principios anímicos al cristianismo, su valor hermético; no es tamos haciendo otra cosa que desenmascarando el literalismo absurdo al que ciertas facciones cristianas

han confinado el texto bíblico, muestra más que suficiente de los errores irrisorios que han cometido, y de su propia ignorancia.

2.1. CONTEXTO LITERAL Y SIMBÓLICO EN LA BIBLIA

La Biblia es más que un libro de historia, y puede ser leída e interpretada en diferentes contextos. El primero y más básico de ellos es el contexto literal. En éste, si se nos dice que el universo fue creado en treinta minutos, se debe creer que fue en treinta minutos; si se nos dice que Noé introdujo en una barca desde lombrices hasta elefantes e hipopótamos, se debe creer que fue así en forma indefectible, so pena de –en el caso de no creer o profesar tales adefesios– ser calificado de hereje al que es preciso erradicar–. Sin embargo, no cabe duda que tal forma de digerir la Biblia está muy cerca de la idiotez y puede llevarnos a cometer los errores más irrisorios y estultos. No todo puede leerse a letra muerta, y no todo puede ser interpretado en forma alegórica, sino que se deben atender a los contextos: literal, histórico, parabólico, simbólico y jeroglífico.

A decir verdad, al interpretarse la Biblia en el mero contexto literal no se hace cosa diferente que si se lee un periódico; al hacer esto sólo se accede a su superficie, al cascarón muerto de la letra. Un pequeño avance –sin que signifique tampoco demasiado– sería tomar los elementos históricos que encierra, y que son más o menos profusos. Aunque, si deseamos avanzar hacia el contexto parabólico (o alegórico) y simbólico, hacer esto nos entraña problemas toda vez que en el libro de Gálatas (*Ga 4, 22-31*) se nos brinda una magistral interpretación simbólica de la Biblia en aspectos que normalmente se tomarían como literales y como hechos históricos. Similar cosa sucederá con la historia de Sansón si la tomamos como un hecho histórico. Sin embargo, no es histórico, ni corresponde a la realidad física, que un hombre tenga más fuerza por el sólo hecho de dejarse crecer siete trenzas de su cabello (no cabe duda que las siete trenzas y la miel de la que se alimenta esconden un elevado simbolismo hermético que de sobra conoce cualquier persona versada en simbología bíblica). Un tercer contexto en el que podríamos leer la Biblia sería el alegórico, con lo que, de paso, nos aproximamos a una lectura más apropiada, pues la Biblia no hace otra cosa que hablarnos en alegorías desde el Génesis hasta el Apocalipsis.

El mismo Jesús habla en lenguaje alegórico en gran parte de sus discursos, máxime aquellos destinados a las multitudes. El mismo relato del arca de Noé no es otra cosa que una alegoría de un hecho físico, a la vez que un símbolo hermético asociado a un pecado que hubo de cometer la humanidad de aquel entonces en forma masiva. En un segmento superior la

Biblia no es más que una enseñanza hermética escrita por iniciados y para iniciados donde brillan por todo lado simbolismo de los más elevados en los que se codifica la enseñanza privada, esa que no es para las masas y a la que sólo pueden acceder iniciados en los misterios.
Así pues, no se puede leer la Biblia como si se tratara de un libro común y corriente, ni mucho menos pensar que el mensaje que ella contiene puede ser asimilado en la misma forma literal en la que se haría con un periódico. Eso equivaldría tanto como a subestimar a los escritores judeocristianos, pensando que ellos sufrían de la ignorancia del clero, pensando que realmente el universo había sido creado en siete días o que Noé habría construido un arca donde cabrían desde lombrices hasta dinosaurios. Por el contrario, la misma Biblia nos advierte que es preciso ponerle el espíritu para que el texto no quede vacío y estéril (*2 Co 3, 6; 2 Co 3, 14-17*). Y, debido a que el Texto Sagrado no es sólo letra, sino que en muchas de sus citas esconde la alegoría (*Ga 4, 24*), el sentido real detrás del aparente, nos atrevemos a postular una significación eminentemente simbólica para gran parte de las narraciones de la Biblia. En efecto, es posible leerla toda en un contexto simbólico; sin embargo, no es posible leerla toda en un contexto literal, so pena de caer en las más absurdas conclusiones que repugnan a la lógica y de devienen estériles. Si fuera verdad que pudiéramos leer la Biblia completamente en un contexto literal ¿que podríamos pensar, por ejemplo del libro del Apocalipsis?

> Ap 11, 8 Y sus cuerpos serán echados en las plazas de la gran ciudad, que espiritualmente es llamada Sodoma, y Egipto; donde también nuestro Señor fue crucificado.

No cabe duda que tal crucifixión fue simbólica y viene a representar el hecho mismo que Jesús eliminó de su psicología todos los elementos infrahumanos, incluidos sus propios elementos psicológicos lujuriosos –lo que sin duda nadie estaría dispuesto a aceptar por las repercusiones de fondo que implica tal aserción (sin embargo, sí estarían dispuestos a aceptar que fue crucificado físicamente dos veces, la primera en Palestina y la segunda en Egipto, o viceversa). Y en esto viene a ser correcta la aserción de Pablo en su epístola a los Hebreos cuando expresa:

> He 4, 15: Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.

Egipto, en uno de sus aspectos, alegoriza la tierra de la esclavitud, y es claro que nosotros somos esclavos de nuestros propios vicios, de nuestras propias

apetencias y temores. No cabe duda que la Biblia, más que un libro de historia, es un libro de alegorías y refinados simbolismos que llevan a los iniciados en los misterios a descubrir la enseñanza de fondo. En este sentido, inclusive es curioso que las esposas de Abraham sean también un símbolo. Pero si esto se dice de las esposas de Abraham ¿Qué alegoriza el mismo Abraham? ¿Qué alegorizan Adán y Eva? ¿El pecado original? ¿El mismo jardín del Edén, o el río que sale de oriente para regarlo?

Veamos lo que simbolizan las dos esposas de Abraham, y el hijo que le dio cada una de ellas.

> Ga 4, 24: Lo cual es una alegoría, pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar.
> 25: Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, pues ésta, junto con sus hijos, está en esclavitud.
> 26: Mas la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre.

Y todavía señala:

> 2 Cor 3, 14: Pero el entendimiento de ellos se embotó; porque hasta el día de hoy, cuando leen el antiguo pacto, les queda el mismo velo no descubierto, el cual por Cristo es quitado.
> 15: Y aun hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos.
> 16: Pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará.
> 17: Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad.

Pablo sugiere que los judíos habrían hecho una lectura equivocada de los libros de Moisés. Y el hecho de que justo en este punto se espete que Jesús es el Espíritu insinúa que la lectura que se hacía de Moisés era literal –como oposición al espíritu–. No en vano se habría acotado líneas antes que *la letra mata, más el espíritu vivifica* (*2 Cor 3, 6*). Esto, por supuesto, tiene también otra implicación de fondo, pues el cristianismo naciente ya no predica a Moisés como el más reciente enviado de Dios, sino a Jesús, al nuevo Cristo –al que se le adosaría el nombre de Jesucristo–; lo cual no puede menos que resultar en una bofetada al judaísmo oficial.

> 1 Cor 10, 1: Porque no quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres todos estuvieron bajo la nube, y todos pasaron el mar;
> 2: y todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar,

> 3: y todos comieron el mismo alimento espiritual,
> 4: y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo.

El Cristo es la roca, y la roca es Cristo. Cristo significa el Ungido, pero ¿ungido por qué? Ungido por el aceite. Pero ¿por cuál aceite? Los alquimistas siempre buscan hacerse a la piedra filosófica y no tienen problema en afirmar que esa piedra, que esa roca está en el fondo del mar, que se encuentra tanto en vegetales, animales y humanos, una piedra abyecta y despreciada, la piedra que desecharon los que construían y que viene a ser la piedra angular (*Sal 118, 22; Mt 21, 42; Mc 12, 10; Lc 20, 17; Hch 4, 11; Ef 2, 20-21; 1 Pe 2, 6-7*). No cabe duda que esto habrá de entenderse siempre en forma simbólica, en forma alegórica, y ese simple aspecto indica, acusa un conocimiento velado, un conocimiento que no siempre habrá de transmitirse en forma directa, en su más crudo realismo. Y es justo en este punto donde se oponen dos corrientes que, en el tiempo, habrán de matizarse y definirse en literalistas y en simbolistas. Los literalistas tomaron la forma de institución y construyeron iglesias hechas de piedra –pero no edificaron su propio templo interior–. Los segundos no tomaron forma de nada pues siguieron fieles a sus consignas y, finalmente, fueron exterminados –si bien nunca del todo–. Esos simbolistas eran los gnósticos.

2.2. CATOLICISMO Y GNOSTICISMO

Como quiera que la secta católica[1], dado la naturaleza intrínseca de su filosofía como institución evangelizadora, ha logrado captar buen número de adeptos y, como quiera que fue la enseñanza cristiana que logró imponerse a razón de la diezmación de las demás filosofías que surgieron tras la aparición del Cristo hebreo, conviene hacer ciertas aclaraciones acerca de las circunstancias que promovieron estos acontecimientos y, lo que es más importante, establecer un cuadro comparativo en que se puedan sopesar la posición de ambas filosofías, la que logró imponerse y la que fue condenada al destierro.
Por principio es bien importante dejar bien sentadas dos premisas:

- Las diversas maneras en que es entendido un mensaje
- La parte secreta del mensaje

[1] Se considera secta a una parcialidad religiosa, a una ideología que se independiza de otra, o a un credo que se considera falso.

2.2.1. Las diversas maneras en que es entendido un mensaje

Resulta razonable que, habiendo instruido Jesús a tantos discípulos –entre ellos a los doce–, y siendo desde todo aspecto cada individuo un mundo diferente, la enseñanza original sufra diversas interpretaciones y que resalte determinadas características dependiendo de la constitución psicológica, moral y hasta somática de cada individuo. De aquí podemos inferir que, en el principio, y como concluyen los expertos en el tema, el cristianismo no fue precisamente esa enseñanza homogénea que suponen algunos sino, por el contrario, y análogo a lo que para los antropólogos significa el acontecimiento de Burgess Shale,[1] una suerte de explosión de vida en que luego las especies se van diezmando, a la vez que adquieren características definidas. Así, en el primer siglo de nuestra era, y comienzos del segundo, era posible encontrar una amalgama profusa de interpretaciones acerca del mensaje cristiano, entre ellos: arrianos, carpocratenses, maniqueos, marcionistas, etc., y con mezcla de diferentes religiones que incluyen el judaísmo, el platonismo, el pitagorismo y la cosmogonía egipcia, entre otras. Cómo es lógico, y por simple ley de afinidades, con el tiempo unas y otras van encontrando puntos de convergencia y la inicial disparidad va caracterizándose, segmentándose. En esta caracterización, y como último extremo, podemos y hasta debemos distinguir dos tradiciones en el comienzo del cristianismo: los que defendían la literalidad y los que defendían el simbolismo. El literalismo devino como cristianismo ortodoxo y, en su momento, decidieron que su movimiento debía ser ecuménico, es decir, católico[2] por cuanto, según creían, contenía la verdad universal. En este punto, y al creer que su doctrina contenía la verdad universal, decidieron (y hasta aquí creemos que lo hicieron de buena fe) acometer una campaña agresiva de evangelización). Tampoco se puede desconocer que hubo en las filas del incipiente catolicismo hombres muy santos que estuvieron dispuestos a morir en defensa de su creencia. En contraparte, también hubo otros que estuvieron dispuestos a atacar a los otros grupos de cristianos (los gnósticos) en defensa de su creencia. Éstos últimos, los gnósticos, contrario a los católicos, no hicieron ninguna campaña

[1] Explosión de vida que, de acuerdo a lo que expone Stephen Jay Gould en La vida maravillosa, hubo de acaecer hace más de quinientos millones de años, durante el cámbrico, y en la que, al contrario de presentarse un cono de diversidad creciente, lo que se percibe en el registro fósil es una multiplicidad y disparidad de modelos anatómicos que, por supuesto, luego se van diezmando.

[2] Católico, según el diccionario, es un adjetivo que significa universal, que comprende todo. Sinónimo de verdadero, cierto e infalible.

evangelizadora, y es comprensible dado la naturaleza íntima de su creencia, de su autognosis en la que se enseña que no es preciso pasar por ninguna iglesia para alcanzar la salvación, sino que cada cual, en la intimidad de su aposento y en la autoexploración de su ser, puede alcanzar la iluminación, la salvación. Éstos, los gnósticos, se preciaban de tener un conocimiento oculto –misma razón por la que eran severamente atacados–, y que no era destinado a las masas, sino a unos pocos. Y, aunque en principio la incipiente iglesia ecuménica tenía la llave de la ciencia y estaba en poder del «verbum dimissum», consideramos que la católica, o los precursores de la católica como Irineo y Epifanio, con el propósito de exterminar a los que disentían de su ideología, sacrificaron la verdad y difundieron la parte fácil de la enseñanza. Sacrificaron la verdad sólo por el placer de vencer y de imponerse. Sacrificaron la verdad sólo por hacer un séquito, y después, cuando lograron hacerse a un séquito, devinieron como fuerza arrolladora que obnubiló a los demás movimientos del incipiente cristianismo. Así lograron imponerse.

Es claro que el falso sofisma mediante el cual se pretende hacer creer que el evangelio debía ser predicado a todo el mundo es un ardid mediante el cual se pretende esconder y desconocer las dos secciones del mensaje: la destinada a las masas, y la que sólo los más cercanos discípulos eran dignos de conocer. Evidentemente la católica optó por dar a conocer el evangelio destinado a las masas, obtuvo su respaldo y logró hacerse pasar como institución cristiana legítima. Claro, no desconocemos que la evangelización era necesaria a manera de ejercicio preparatorio e introductorio para que, luego, en el tiempo, los más avanzados pudieran entrar de lleno en los misterios profundos del cristianismo –tal como señala Clemente de Alejandría–. Sin embargo, ese eslabón se rompió (quizás para no reconocer el gnosticismo ni echar por tierra la máscara que ya estaban construyendo) y la secta de Roma prefirió callar, ocultar el mensaje, esconder la llave de la ciencia. Lo que ellos quizás no saben es que callar también es una forma de mentir; lo que quizás ellos no saben es que callar también es una forma de delito. No sólo quitaron la llave de la ciencia (*Lc 11, 52*), de modo que ellos mismos no entraron sino, lo que es peor, a los que hubieran estado dispuestos a entrar se lo impidieron. ¿Cuál es esa llave de la ciencia? ¿Cuál es ese gran misterio que ni siquiera los alquimistas medievales osaban revelar?

2.2.2. La parte secreta del mensaje

El cristianismo que conocemos en la actualidad es sólo la fachada externa del verdadero cristianismo, su caricatura. En toda enseñanza religiosa se

manejan dos tópicos: el interno y el externo. Así ha sido en todas las grandes religiones de la historia y, por supuesto, el cristianismo no es la excepción de la regla, muy a pesar de los que consideran que el cristianismo no tiene nada que esconder y que la enseñanza que transmite es el verdadero evangelio, estándar, asequible a todos (ardid este con el que lograron convencer a muchos y con el que, de paso, se lograron deshacer de los que decían tener un mensaje oculto porque, posterior en el tiempo, toda enseñanza que se preciara de oculta fue satanizada y prohibida). Sin embargo, el mismo Jesús habla siempre en parábolas a la multitud y sólo devela el verdadero mensaje a sus discípulos y, aún más, señala abiertamente que la *gnosis*, es decir, el conocimiento, no es dable a todos, sino sólo a algunos.

> Mt 13, 10: Entonces, acercándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas?
> 11: Él respondiendo, les dijo: Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado.

El mensaje externo es el discurso del cura o del psicólogo, pero no la enseñanza secreta, esa que no es para las masas, sino sólo para los avanzados en los misterios (al menos para ese entonces); de modo que no se puede evangelizar medio mundo haciendo creer que tal o cual evangelio es la verdad absoluta, porque no es así. Los cuatro evangelios o las epístolas paulinas promocionadas por la secta de Roma no son la verdad absoluta. Es incontestable que existe una enseñanza oculta, en misterio, y que la misma no puede ser encontrada en la doctrina que las religiones le enseñan a las multitudes, y mucho menos en la mísera y endeble enseñanza de la institución de Roma. Debe hacerse dicha institución a la idea de que ellos no son los poseedores de esa enseñanza, de los supremos misterios que nos llevan hasta el Cristo; deben reconocer que su parte de la obra termina con la prédica del evangelio externo y que el gnosticismo, que tan fieramente combatieron, es la doctrina auténtica en donde se enseñan los misterios de la muerte y del renacimiento, porque sólo los que nacen de nuevo pueden ver el reino de los cielos (Cf. *Jn 3, 3; 3, 5; 3, 7*). Las corrientes cristianas tradicionales no solamente están desprovistas de la enseñanza legítima sino que, para colmo, atacan –sin querer o sin saberlo– las verdades fundamentales que veladamente enseña el libro en el que se fundan. Si los pontífices de las diferentes corrientes cristianas entendieran, por ejemplo, que la castración, la circuncisión o el celibato no se debe oficiar en letra, sino que es alegoría y símbolo de la circuncisión espiritual (Cf. *Ro 2, 29*), entonces no caerían en el error intonso de rechazar a la mujer; entonces, se unirían ella y se convertirían en unos genios de Dios, en fuente sellada (Cf.

Can 4, 13; Prv 5, 15-19) y en vírgenes que guardan el aceite (Cf. *Mt 25, 1-12*). Sin embargo, y como quiera que esto no sucede así, el cristianismo actual deviene nada más que como una caricatura irrisoria y hasta una herejía con respecto a los sagrados misterios del cristianismo primitivo, una suerte de exclusivismo en el sentido de que sólo ellos se creen los universales, a la vez que las demás religiones son calificadas de ilegítimas –cosa que no hace sino corroborar que ese cristianismo no es una enseñanza universal–. El gnosticismo, en ese sentido, ha recibido el calificativo de *mescolanza* (término que más bien nos halaga porque la verdad no es privilegio exclusivo de tal o cual credo, de tal o cual ideología, sino que subyace en el fondo de todas y cada una de estas doctrinas si vemos el símbolo, el espíritu, la alegoría); pero, si somos imparciales, veríamos que más que mescolanza es la síntesis que hermana a todos, que une a todos. Y eso es diferente.

El siguiente cuadro comparativo nos muestra mejor las similitudes y diferencias que revisten los cristianos gnósticos y los cristianos católicos:

CATOLICISMO	GNOSTICISMO
- Literalista	- Simbólica
- Patriarcal	- Igualitaria
- Unicidad creacional	- Dualidad (existe el bien y el mal)
- Abstinencia sexual	- Ritos sexuales
- Aislamiento de la mujer	- Inclusión de la mujer
- Celibato	- Matrimonio
- Dios (sin el complemento femenino)	- Dios y Diosa
- Condenación del sexo	- Uso adecuado del sexo
- Enseñanza retórica	- Enseñanza práctica
- Los acontecimientos de la vida son voluntad de Dios	- El hombre tiene capacidad de decisión, y elabora su propio destino
- Enseñanza pública. No enseñan los misterios del Reino	- Enseñanza oculta. Se desvelan los grandes misterios
- Monoteísmo. Hay un único Dios	- Todos somos dioses, siempre que lo encarnemos
- Relación mediada con Dios	- Relación directa con Dios
- Dios está en el cielo o en un lugar muy distante	- Dios está en nuestro corazón, no hay necesidad de buscarlo lejos
- Se debe pasar por la iglesia y sus ministros para conseguir la salvación	- Se consigue la salvación sin intermediarios ni falsos pontífices
- Implementación de un sistema de creencias	- Ruptura con todo tipo de creencias. No se debe creer, sino comprobar

- Sólo se salvan los católicos	- Todos pueden lograr la salvación
- Se construyen iglesias físicas de piedra	-Se construye el templo del corazón
- No se eliminan los defectos	- Se brinda una enseñanza práctica para la eliminación de los defectos
- No se encarna al Cristo	- Se encarna al Cristo, se convierte en un nuevo Cristo

Aun cuando ambas doctrinas, catolicismo y gnosticismo cristiano, emanaron de una misma fuente, parece increíble que pudieran dos enseñanzas hermanas distanciarse tanto la una de la otra; pero todavía más sorprendente es el hecho mismo de que –frente a un cuadro comparativo de sus respectivas ideologías– el catolicismo y sus ramificaciones afines, hayan podido pervivir y pasar como doctrinas reales por más de veinte siglos, toda vez que es evidente que la balanza se inclina, irremediablemente, –si se analiza sin prejuicios de ninguna especie– a avalar el gnosticismo como una doctrina más correcta, igualitaria, integral y legítima.

Ya el veredicto histórico es implacable y ningún académico especialista en la materia puede desconocer que el gnosticismo tiene tanta validez ideológica que cualquier otra doctrina, y que los Evangelios Gnósticos tienen mayor fiabilidad histórica que los mismos canónicos.

Toda tentativa de conocerse a sí mismo es gnosticismo, y es evidente que el acto de conocerse a sí mismo y de explorar las infinitas posibilidades de desarrollo interior del ser humano es un derecho legítimo que nos asiste. El gnosticismo es eterno porque donde quiera que haya auto-exploración de sí hay gnosis y autoconocimiento, y porque nunca faltará nadie que luche por auto-explorarse y auto-conocerse. Ese autoconocimiento, por supuesto, implica la negación de doctrinas que pretendan llevarnos de la mano, de salvarnos por su intermediación, de pontífices que deseen hacernos creer lo que ellos juzgan conveniente. Así, la Gnosis es simplemente un funcionalismo natural de la conciencia[1], el camino de los que desean libertarse del sufrimiento y unirse con el Padre; sin religión, sin iglesias, sin pontífices, sin creencias y sin intermediación de ninguna especie.

[1] La Gnosis es el camino angosto lleno de dolores y de peligros por dentro y por fuera. La Gnosis es sólo para los valientes y los puros.

CAPÍTULO 3

LA VIRGINIDAD DE MARÍA ¿VERDAD O SIMBOLISMO?

3. LA VIRGINIDAD DE MARÍA ¿VERDAD O SIMBOLISMO?

¡Oh Divina Madre, si tu no estuvieras con nosotros estaríamos perdidos!
¡Oh Divina Madre, si tu no eliminaras nuestros defectos seríamos nada más que sombras condenadas a la pena de sufrir!

3.1. ASPECTO BIOLÓGICOS

Que una mujer, en los tiempos de Jesús, conservara su virginidad orgánica luego del parto, desde el punto de vista médico, se presenta como un imposible debido a la exigua tecnología de aquel tiempo. Por un lado, sabemos que no se había desarrollado el sistema de inseminación artificial y, por otro, la cesárea –si nos atenemos a la acepción y resultados modernos– no se había implementado todavía[1]. En términos generales, la medicina, las prácticas quirúrgicas, la investigación celular y la genética estaban aún en estado incipiente o ni siquiera se habían comenzado o descubierto.
No es imposible, sin embargo, que una mujer pudiera quedar embarazada y conservar, con todo, su estado de virginidad orgánica. No obstante, esto habría implicado determinadas prácticas censurables o extrañas en las que normalmente ningún hombre o mujer judíos habrían avenido.

Aceptado en el ámbito ginecológico, aunque infrecuente podría haberse dado el caso que, en condiciones favorables, una mujer muy fértil quedara embarazada si el esperma era derramado en la parte externa de sus genitales (en este caso es necesario que el esperma logre hacer contacto con la zona genital interna); también podría haberse dado el caso que una mujer llevara una vida sexual normal y no llegar a romperse el himen por ser sumamente elástico, en cuyo caso también podría haber quedado embarazada sin necesidad de perder la virginidad[2].
Aun así, y en el supuesto de que alguna de estas hipotéticas situaciones se hubiera dado, resulta improbable que la virginidad orgánica se hubiera conservado luego del parto, salvo que se hubiera hecho una intervención

[1] Se realizaban incisiones abdomino-uterinas a las mujeres embarazadas que morían para extraer al feto y tratar de salvarlo.

[2] En todo caso, este acontecimiento no es un hecho de predicar a los cuatro vientos y, eventualmente, la pareja a la que le hubiere pasado esto, no lo habría revelado por cuanto hace parte, en forma absoluta, a la intimidad de cada mujer y/o de cada pareja y, en modo alguno, habrían querido ventilarlo para que fuera convertido por los demás en el hazme reír, en un episodio morboso, o para generar habladurías inocuas.

quirúrgica para extraer al neonato del útero mediante la práctica de una cesárea. Dicha práctica, si bien se remonta a varios siglos antes de la era común, se realizaba normalmente para extraer al bebé del vientre de su madre ya fallecida con el objetivo de salvarlo o, en la mayor de las veces, darle a ambos una sepultura independiente.

En la mitología romana Esculapio (Asclepio o Asclepios entre los griegos) es extraído por Apolo del vientre de la fallecida Corinis (Coronis o Corónide); similar caso ocurre con Dionisio (Dioniso o Dionisos, también conocido como Baco), siendo rescatado del vientre de Semele por Zeus.
En el siglo VIII a.C. se expide la ley romana *Numa Pompilius*, en la que se prohíbe inhumar a una mujer que hubiera muerto en estado de embarazo sin haber extraído previamente al niño mediante un corte abdominal.
En época más reciente, la primera cesárea en la que habrían sobrevivido tanto madre como hijo habría sido realizada por un castrador de cerdos en el año 1500. Otros contados casos exitosos corresponden al siglo XVII, si bien es posible que hubiera casos favorables desde el mismo siglo XVI.

En todo caso, resulta inviable que una mujer judía del siglo I de nuestra era conservara su virginidad orgánica luego de haber dado a luz, no sólo por la multiplicidad de elementos culturales, médicos y anatómicos que deberían haberse dado, sino por la imposibilidad de lograr una cesárea exitosa en que lograran sobrevivir tanto madre como hijo. Ahora bien, en el caso de que una mujer en estado avanzado de embarazo hubiera fallecido, salvándose la vida del bebe mediante una incisión en el vientre de su madre para extraerlo, y en el caso que esa mujer no hubiera perdido la virginidad por las circunstancias anatómicas ya señaladas, existe la posibilidad de que la misma fuera reputada como virgen antes, durante y después del parto, con la no menos importante salvedad de que habría muerto. Este, desde luego, no parece ser el caso de María dado los referentes históricos que sugieren que María no murió en labores de parto o antes del parto, sino tiempo después. Estos mismos referentes no nos hablan de un Jesús huérfano, si bien algunas tradiciones sitúan la muerte de su padre antes que la de su madre en algún momento de su infancia o adolescencia (en cuyo caso habría quedado huérfano de padre, pero no de madre).
En todo caso, en el hipotético de que hubieran sobrevivido tanto madre como hijo luego de la intervención quirúrgica, lo que habría sido divulgado no habría sido la virginidad de la mujer, sino el hecho de haber logrado la primera cesárea exitosa de la historia en la que sobrevivían tanto madre como hijo.

3.2. ASPECTOS TECNOLÓGICOS

3.2.1. Tecnología de avanzada

Los científicos ya están haciendo experimentos con respecto a la transferencia de estados de materia a distancia sin la intermediación de ningún otro componente. Es posible que la virginidad luego del parto hubiera sido lograda mediante la utilización de tecnología de avanzada que lograra esto; sin embargo, esta tesis no tiene piso sólido con respecto a lo que nos narran los evangelios, ni tiene valor utilitario. En efecto, no habría tenido sentido alguno hacer un gran derroche de tecnología para lograr algo irrelevante y común a las demás mujeres y, después de todo, esta tesis deviene inviable por cuanto para entonces –ni aún ahora– existía la tecnología capaz de lograrlo. Otra opción habría consistido en la inseminación artificial[1]; sin embargo, esta también deviene inviable por cuanto no se contaba con la tecnología apropiada para ello. En síntesis, la inviabilidad insoslayable en cada una de estas proposiciones radica en que, de haber sido de este modo, la tan preconizada descendencia de David habría sido un imposible (si tomamos en cuenta que, por tradición, se transmitía por línea paterna). También se puede descartar cualquiera de estas posibilidades por cuanto los evangelios, si bien dan a entender que el padre es José, no mencionan que hubiera sido un *elohim* o un ángel el que hubiera fecundado a María[2]. Es decir, estas concepciones se hallan fuera de nuestro esquema básico de argumento y no tienen ningún asiento bíblico.

3.2.2. Estados Jinas

Los estados Jinas refieren la posibilidad que un objeto o sustancia que se encuentra en la tercera dimensión, mute temporalmente sus propiedades físicas de modo que, alcanzando una frecuencia vibratoria superior, logre introducirse en la cuarta dimensión, moviéndose en ella y escapando por completo a las propiedades del mundo físico.

---

[1] Algunos sostienen que inteligencias provenientes del espacio exterior podrían haber logrado esto, y presentan hechos que, eventualmente, apoyarían tal teoría (como la estrella de Oriente, que vendría a ser un objeto volador).
Una última hipótesis, también proveniente del espacio exterior, consistiría en la concepción mediante estados Jinas propiciados mediante aparatos tecnológicos.

[2] Es usual encontrar en el Antiguo Testamento referencias que aluden a extraños seres angélicos que bien pueden hacerse pasar por humanos y que, en ocasiones, se los ve con las mismas necesidades metabólicas como alimento y refugio.

Los científicos no se muestran del todo escépticos ante esta posibilidad, si bien ya han logrado transferir valores cuánticos de los átomos[1]. Las ondas de radio, los rayos X y la transferencia de elementos magnéticos de un lugar a otro sin conexión física de por sí son un buen indicio de la transmisión de propiedades físicas y de energía de un lugar a otro atravesando los objetos u obstáculos que pudieran interponerse. Algunos sucesos, un poco menos científicos, podrían haber sucedido en el pasaje referido en Hch 5, 17-23 en que los apóstoles son puestos en la cárcel; sin embargo, un ángel los rescata, de modo que cuando los gendarmes van a la celda donde estaban recluidos no encuentran a nadie. Según el evangelio, la celda permanecía cerrada con toda la seguridad, aparentemente inviolada y con guardas en pie ante las puertas. Estas acotaciones finales son de suma importancia porque nos permiten inferir que la fuga no se hizo por el frente ni que nadie, bajo soborno, los sacó de la prisión[2]. Más adelante, en el mismo libro, encontramos otro hecho interesante:

> Hch 8, 39: Cuando subieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe; y el eunuco no le vio más, y siguió gozoso su camino.
> 40: Pero Felipe se encontró en Azoto; y pasando, anunciaba el evangelio en todas las ciudades, hasta que llegó a Cesarea.

En ambos casos, al menos en apariencia, se habrían experimentado los estados Jinas. En ambos casos se habrían teletransportado personas de un lugar a otro sin importar las barreras físicas como paredes o distancia. Mediante este mismo procedimiento el feto habría entrado en estado de Jinas para salir del vientre de María y, una vez afuera, habría vuelto al nivel vibracional propio de la tercera dimensión[3]. El interrogante en este caso es

[1] Un equipo interdisciplinario de expertos del Joint Quantum Institute, de la universidad de Maryland, logró en el año 2009 transferir por primera vez estados cuánticos entre átomos separados sin la intermediación de ningún otro átomo o de algún tercero.

[2] Lo que no descarta la posibilidad de que hubiera habido algún soborno masivo para lograr la fuga, en cuyo caso el carcelero o la persona que los hubiera rescatado vendría a ser considerado con justicia como una especie de ángel salvador.

[3] Mediante la utilización de esta técnica también se habrían logrado otros prodigios como la consecución del maná en el desierto, la multiplicación de los panes o caminar sobre las aguas. En todo caso no se trata de un hecho milagroso, se trata de que una materia determinada pase de un estado de baja frecuencia a otro estado de alta frecuencia, similar a cuando el agua traspasa un pedazo de madera (aquí equivaldría al estado de alta frecuencia). Supongamos que antes de traspasar la madera estaba en estado sólido (en cuyo caso no podría pasar), y que por un momento entra en estado líquido (con lo que puede atravesar la madera), para volver luego a su estado inicial.

si lo habría hecho por sí mismo o si lo habría llevado a cabo un tercero, con algún tipo de tecnología superior. También surgen aquí interrogantes no menos importantes relacionados con el valor pragmático, utilitario de todo ello. ¿Es relevante que una mujer conserve su virginidad orgánica luego de tener un hijo? ¿Es relevante que a alguien no le crezcan las uñas de los pies? ¿Importa acaso que alguien, luego de orinar, conserve sus conductos urinarios secos? Nadie invertiría un elevado costo, un gran derroche de tecnología para conseguir unos resultados tan irrelevantes y sin importancia. Y esto es precisamente lo que habría pasado en el caso de la virginidad de María.

3.3. ASPECTOS MORALES

En otro extremo de la balanza –dejando de lado hipotéticas tecnologías o procedimientos inusuales– es posible hallar una connotación más moral, en la que la virginidad de María deviene como un suceso extraordinario llamado a provocar reacciones morales. Esta proposición se fundamenta en el hecho que la misma puede resultar provechosa para honrar a Dios, además de disuadir a los hombres para el cambio de conducta.

3.3.1. Método de disuasión para honrar a Dios

La virginidad podría haber sido originada para que María honrara a la Providencia; sin embargo, parece lógico pensar que, más que honra, le habría proporcionado miedo. Parece que ella ya lo honraba con o sin aditivos antinaturales, de modo que esto se presenta inviable. A alguien podrían crecerle dientes azules y eso no significaría una honra a Dios; otro más podría nacer con alas y no por eso le brindaría un culto más asiduo a Dios, de modo que esas inverosímiles invenciones, en el fondo, no propician una honra más asidua. El que quiere cambiar cambia, no por deformaciones naturales, sino porque lo percibe como necesario.

Otra posibilidad radicaría en el hecho de permitir que la sociedad regional de ese entonces honrara a Dios y, en un aspecto más amplio, que toda la humanidad honrara a Dios. En lo que respecta a la honra regional, y por lo que narran los evangelios, lo que vemos es que hay un desconocimiento total de dicho estado, por tanto, no es coherente que ese fuera el objetivo. En cuanto a que fuera una honra en masa es de anotar que Dios, o a lo que cada cual llame Dios, no es más ni menos por el hecho de que un hormiguero lo adore. Realmente él no necesita que la gente lo honre, ni que la gente lo adore, sino que las personas modifiquen radicalmente eso que

son a diario, sus iras, sus vicios, sus frustraciones, etc. Por otra parte, habiendo tantos medios de disuasión no se buscaría el modo más irreverente y, acaso, el menos disuasivo.

3.3.2. Método de disuasión para el cambio de conducta

Podría ser que la virginidad de María estuviera enfocada a provocar un cambio de conducta a nivel regional o en las multitudes. Sin embargo, lo que vemos de nuevo a nivel regional, de acuerdo a los evangelios, es un desconocimiento de dicha patología por parte de los que a María –si bien la señalan como madre de Jesús, e indican los nombres de otros hermanos de Jesús–. Si estaba destinada a las multitudes, la verdad es que la virginidad o no de alguien no modifica la conducta de nadie. En nuestros barrios, en nuestras ciudades hay muchas niñas vírgenes, y no por eso somos nosotros mejores personas. Aun así, nos parece que esas cuestiones genitales son muy personales y privadas de cada persona y que existen mejores métodos de disuasión y de provocar a un cambio en el ser humano. Fuera de toda duda sería algo íntimo y no algo destinado a las multitudes. Así las cosas, si la virginidad no era capaz de provocar cambios que la justificaran no la hubiera originado Dios, no la hubiera permitido salvo para infundirle miedo o a manera de castigo para con ella pues una mujer virgen en Israel, luego del parto, bien podría haber sido anatemizada y hasta haber resultado repelida y aislada en el caso de que se hubiera llegado a saber.
El mejor método de disuasión es, sin duda, la enseñanza y, en este punto, consideramos que todos los medios de disuasión se logran a través de su hijo, y que todos los demás aditivos son innecesarios. Bien podría María haber tenido una cabellera de la que manara luz, ojos en los que se viera a Dios, estar en posesión un himen a prueba de partos o tener cualesquier otro estado patógeno y, en todo caso, resultar irrelevantes respecto a lo esencial: la misión, la muerte y resurrección de su hijo, el fenómeno realmente llamado a provocar una reacción moral decisiva y contundente.

3.3.3. Método para su posterior reputación como virgen

Es posible que Dios hubiera querido que ella fuera reconocida por la posteridad como virgen; sin embargo, tal pretensión no tiene sentido ni utilidad. Es similar a que creara a una mujer cuyos órganos sexuales iluminaran en la noche con el ánimo de que fuera conocida como la mujer de la sexualidad santa o cosas semejantes. Ambas proposiciones son en orden sexual, y ambas son igual de descabelladas y sin ningún sentido utilitario. Con ello sólo demostraría Dios ser un ser caprichoso, perseguidor

de fines superfluos, un poco morboso, y hasta sexualmente enfermizo. Esto tendría una atenuante si la iniciativa hubiera sido, no de él, sino de María. Quizás ella hubiera querido tener un himen supremamente elástico (tanto como el caucho) que, aun cuando tuviera hijos, no resultara roto ni afectado. Y, aun cuando la idea hubiera sido de Dios o de María, en todo caso, los efectos prácticos no pueden menos que producir cierto rechazo y hasta resultar inmorales. Y es que, si defendemos la virginidad por aspectos morales y traslapamos esto con los aspectos prácticos y anatómicos que dicha defensa debe acarrear, no puede menos que resultar en deducciones que repugnan a la lógica, que no producen un arrobamiento místico. Si la virginidad de María hubiera sido adrede de su reputación como tal, y para que se le tributaran honores de beatitud, no se hubiera realizado en lo más mínimo. Inferimos que para ella le habría resultado demasiado inútil y falto de sentido ser reconocida por los hombres, si bien le habría sido más apetecible ser reconocida por Dios. Por otra parte, la creencia o no en dicha patología –fisiológica y anatómicamente imposible– no hace mejor a las personas; quizás funcione como tetra para crear un culto y esclavizar a las personas bajo determinada creencia –no antes sin abusar de su sentido común–, pero nada más.

Así las cosas, hemos de inferir, por fuerza de las circunstancias, que si la virginidad hubiera sido obrada por aspectos morales, su resultado habría sido destinado al fracaso. Las implicaciones anatómicas, en sentido estricto, no están más cerca de lo moral, sino de lo inmoral y superfluo. Adicionalmente hemos de convenir en que cuando la gente no quiere cambiar no cambia ni a cañonazos, ni por el hecho de que le digan que en la ciudad o en el sitio donde vive hay mil vírgenes que acaban de dar a luz. Esa pretendida virginidad por aspectos morales es un tanto ridícula, y expone a las claras el tipo psicológico de las personas que la defienden. Algo así no es moral, no es ético, no demuestra ninguna grandeza ni ninguna pureza –una mujer no es más santa por el hecho de ser virgen–. En la actualidad hay mujeres que, mediante métodos quirúrgicos logran reconstruir su virginidad y no por ello hemos de pensar que tales mujeres estén en un arrobamiento místico o en un grado superior de pureza.

En ese orden de ideas cabe preguntarnos ¿es necesaria la virginidad de María? ¿Por qué? ¿Para qué? Los cristianos gnósticos no podemos menos que rechazar en un modo rotundo y categórico el adefesio que construyó la secta de Roma –prueba suficiente de ignorancia y sentido de lo absurdo– en torno a una virginidad anatómica, desechando el aspecto simbólico que representa la misma: la más grande verdad esotérica de todos los tiempos.

3.4. ASPECTOS HISTÓRICOS[1]

3.4.1. La versión histórico-mítica

El culto a la *Virgen*, a la *diosa Madre*, a la *Estrella del Mar*, o simplemente a la *Madre de los dioses* es muchísimo anterior a la tradición católica. Es posible que en principio, inclusive, fuera la misma *madre tierra*, cuyo culto puede encontrarse en los más remotos tiempos y en las culturas más distantes.
Las *vírgenes* y las *diosas madres* son en sí son un arquetipo de fertilidad, de maternidad y de la capacidad de crear; el eterno femenino asociado también al mar, a la laguna, al agua, a la tierra, a la luna, a la fecundidad y a la semilla, entre otros.
Ishtar entre los babilónicos, o Inana[2] entre los sumerios –asimilada luego, entre los fenicios como Astarté– es la diosa madre[3] por excelencia, deidad del amor, de la fertilidad y de la guerra. Se le simboliza con la estrella de ocho puntas –que semeja y nos recuerda a la estrella de mar–. En la mitología griega Astarté tiene su equivalente en Afrodita, diosa del amor, de la reproducción (fertilidad) y de la sexualidad. Su equivalente en la mitología romana es la diosa Venus, y en la mitología etrusca Turán. Tanto a Astarté como a Afrodita, Venus y Turán suele representárseles desnudas o simbolizadas con palomas.
Astarté (Astarot o Asera, entre los israelitas), al ser asociada con la constelación de Virgo, en efecto, se convierte en una de las primeras vírgenes de la historia. Por su parte Gea, o Gaia, o Gaya –Terra entre los romanos, Cibeles entre los frigios y Rea entre los minoicos–, es la diosa primordial, la *madre Tierra*. Hesíodo la describe en su Teogonía como la de «amplio seno, asiento siempre sólido de todos los Inmortales». Ella, *sin unirse*

[1] Realmente, más que históricos, son mitológicos. Sin embargo, hemos preferido este término porque nos circunscribe más específicamente en el tema que propiamente nos ocupa.

[2] El templo mayor de esta diosa era E-anna. Es posible que este vocablo fuera el equivalente de I-anna y que de allí surgiera, por una parte Inana y, por otra, Dianna (o Diana), la diosa virgen de la caza. Los babilonios asociaban la constelación de Virgo (*Virgen*) con la diosa Ishtar (Inana), diosa de la fertilidad. La constelación de Virgo también es asociada con la fertilidad y con el tiempo de las cosechas. Indiscutiblemente los paralelismos son innegables.

[3] Otras diosas madres son: Gea, o Gaia o Gaya, Rea –madre de los dioses–, Deméter –quizás *Deus Mater*, Madre de Dios, o Dios Madre–, Hécate, Perséfone (griegos); Terra, Ops, Ceres, Trivia, Proserpina (romanos); Cibeles (frigios); Dana, Danu, Anu (irlandeses); Nerthus, o Herta –madre, hermana y esposa– (nórdicos); Tiamat –*Madre de la* vida– (babilonios), Ninhursaga (sumerios); Semíramis –ascendió al cielo en forma de paloma– (asirios); Bachué (muiscas); Mai (siberianos); Mari (Vascos); Maia (budistas); María (cristianos), etc.

a nadie en las suavidades del amor[1], engendra a Ponto. Este hecho, sin duda, la convierte en una de las primeras concepciones milagrosas en que la «virgen» o la mujer, sin unirse sexualmente a algún hombre, logra engendrar; y precede, con mucho, a la posterior adaptación de la historia de Jesús.

En la mitología griega Artemisa era la diosa virgen de la caza, y su equivalente en la mitología romana era Diana; ésta, emblema a su vez de la castidad, obtuvo la gracia de tener virginidad perpetua –al igual que su hermana Minerva[2] (Atenea entre los griegos)–. Artemisa también fue identificada con Selene, diosa griega de la luna, que solía ser representada con una media luna a la altura de los hombros. En este caso, el paralelismo icónico entre Selene y María es sorprendente, pues a María se le suele representar parada sobre una media luna. No menos importante era el papel de Deméter, la diosa madre griega de la agricultura, portadora de la manzana y la amapola (*el elixir y el éxtasis amoroso*) y, la vivificadora, la dadora de la vida, y protagonista, junto con Perséfone, de los misterios de Eleusis[3].

Vale la pena mencionar a las Valquirias, las vírgenes guerreras de la mitología nórdica, y las vírgenes vestales del templo de Roma, símbolo indiscutible, tanto de la virgen madre como de la sacerdotisa esposa[4]. Estas últimas eran las encargadas de mantener encendido el fuego del Templo y llevaban una lámpara encendida. Entre muchos de los privilegios que se les

[1] HESÍODO. La Teogonía.

[2] Minerva, junto con Júpiter y Juno, hacen parte de los tres dioses principales clásicos entre los romanos, formando lo que se conoce como la «Tríada Capitolina». Es posible que esto le ayudara a la religión cristiana asentada en Roma a incorporar la Trinidad que, en todo caso, es un aporte prestado de los gnósticos y de muchas otras formas religiosas del mundo pagano, anteriores a la secta de Roma.

[3] Los misterios de Eleusis eran ritos eróticos de iniciación relacionados con la fertilidad, la vitalización y renacimiento de la vida, realizados en honor a Deméter y Persefone. Al parecer ambas eran asociada con la misma «Gran Madre». Existían bailes, música, besos y diosas adorables con los que se pretendía alcanzar el éxtasis y la unión con la divinidad. En síntesis, nada más y nada menos que Magia sexual; misma que era conocida sólo en los misterios mayores, y que resultaba indecible (de ello nos da cuenta el hecho de que el que los divulgara era castigado con la pena de muerte).

[4] Samael Aun Weor, iniciador de las corrientes gnósticas contemporáneas, establece una distinción clara entre la «virgen madre» y la «sacerdotisa esposa». Al respecto, en El matrimonio perfecto, declara: María, la madre de Jesús, es la misma Isis, Juno, Deméter, Ceres, Maia, etc., la Madre Cósmica o Kundalini (Fuego Sexual) del cual nace el Cristo Cósmico siempre. La María Magdalena es la misma Salambó, Matra, Ishtar, Astarté, Afrodita y Venus con la cual tenemos que practicar Magia Sexual para despertar el fuego.

concedía eran, inclusive, de absolver a un condenado a muerte. Sin duda, el simbolismo trascendente de todo esto es realmente portentoso.

En cuanto a los diferentes «Christós» que nacen de una virgen o que tienen una concepción milagrosa hay varios, de todos los tiempos y desde las más remotas geografías. Entre los frigios, Atis (o Attis)[1] es concebido sin el concurso de hombre, por la virgen Nana, al poner un fruto de almendro en su regazo. Entre los griegos Dioniso, también conocido como Baco, el *dos veces nacido*, hijo de Sémele, nace directamente de Dios al ser injertado milagrosamente en el muslo de Zeús. Entre los indostanes Krishna (o Govinda) también nace milagrosamente. Es concebido por su madre Devaki, pero su embrión es transferido al útero de Rohini (o Rojini), que tiene a luz sin unión sexual (muchos sucesos similares a los que ocurren con Jesús devienen también con el nacimiento de Krishna). Maia (o Maya, o Mahamaya) es la virgen madre de Buda (Siddhartha Gautama) que concibe sin unión sexual al ser suavemente herida por el colmillo de un elefante. Sin embargo, el paralelo más próximo, la similitud entre el nacimiento de Jesús y cualquier otro Cristo halla su cúspide en el nacimiento de Mitra y, en cierto modo, en el nacimiento de Osiris-Horus. Algunas tradiciones lo presentan naciendo de una roca –lo que es sumamente más prodigioso; quizás habría nacido por voluntad propia–, sin contacto sexual.

> De ahí que la caverna desempeñará un cometido capital en los Misterios de Mitra. Por una parte, según Al-Bîrûni, la víspera de su entronización se retiraba el monarca parto a una gruta, mientras que sus súbditos le veneraban como a un recién nacido, más exactamente, como a un niño de origen sobrenatural. Las tradiciones armenias hablan de una caverna en la que se encerraba Meher (es decir, Mihr, Mitra) y de la que salía una vez al año. En efecto, el nuevo rey era Mitra reencarnado y renacido[2].

[1] La leyenda nos narra que Atis se castró a sí mismo. En el caso de Jesús sucede algo similar pues, si bien la mitología bíblica no se dice que se hubiera castrado, si nos lo muestra enseñando la forma en que algunos se hacen eunucos a sí mismo (Mt 19, 11-12) por amor al reino –lo que supone que Jesús debió de hacerse eunuco (castrado) a sí mismo–. Esto, desde luego, ha de entenderse en un contexto simbólico. Atis enloqueció por Cibeles –*la diosa Madre*– y se castró a sí mismo. Y luego promovió el culto a Cibeles –*la diosa Madre*–. Indiscutiblemente esto significa matar la pasión sexual animal para que brille impoluta la *semilla*, la *madre natura*, el *ens seminis*. Aún más significativo es que Cibeles sea representada con una piedra negra, símbolo de la gran Madre.

[2] ELIADE, Mircea. Trad. Jesús Valiente Malla. Historia de las creencias y las ideas religiosas II: De Gautama Buda al triunfo del cristianismo. Barcelona: Paidós Ibérica, 1999.

Esto, sin duda, tiene un paralelo muy próximo al niño Jesús que nace en una gruta o pesebre que se ilumina como si naciera el sol –el dios Sol nace el 25 de diciembre–. Al respecto Helen Ellerbe señala:

> Mitra estaba estrechamente ligado con los dioses del sol, Helios y Apolo. La fecha del nacimiento de Mitra, el 25 de diciembre, cerca del solsticio de invierno, se convirtió en la fecha del nacimiento de Jesús. Pastores habrían de haber atestiguado el nacimiento de Mitra y habrían de haber tomado parte en una última cena con Mitra antes de que éste regresara a los cielos[1].

Su nacimiento tiene un simbolismo portentoso, pues se le representa con una antorcha en la mano y con el cuchillo para matar el toro en la otra (símbolo de la eliminación del ego animal). Mitra es la luz del mundo y, al igual que Jesús, es un Cristo sufriente y, al igual que éste, habría resucitado al poco tiempo de morir (los sacerdotes mitraicos solían expresar que Mitra había resucitado de la muerte[2]). La forma del culto es muy similar al de la iglesia de Roma e, inclusive, se celebraba la comunión con pan y agua (vino).

Gómez de Liaño acota:

> ¿Habrá, pues que suponer que la comunión cristiana es una imitación de la mitraica, a la manera como todavía hoy los gorros de los obispos atestiguan en la forma y el nombre su procedencia mitraica? Imposible responder con seguridad, pues ambas comuniones se inspiran en el banquete sagrado, rito muy corriente en la Antigüedad. Pero no es de creer que los adoradores de Mitra imitasen la comunión cristiana, pues en ese caso habrían tardado más de un siglo en descubrir el sacramento más importante de su liturgia [...].
> Una muestra de influencia mitraica en la religión cristiana –que quizá tuvo a los esenios de Qumran como intermediarios– es la santificación del domingo, día consagrado al Sol, y sobre todo del 25 de diciembre, día en que los mitraicos festejaban el natalicio del Sol (*Natalis Solis Invicti*) y el del dios *ex petra natus*[3].

---

[1] ELLERBE, Helen. Trad. Cherly Harleston. El lado oscuro de la historia cristiana. México D.F.: Editorial Pax México, 2007.

[2] SARAYDARIAN, Torkom. Trad. Héctor Vicente Morel. Sinfonía del Zodíaco. Buenos Aires: Kier, 2006. P. 87.

[3] GÓMEZ DE LIAÑO, Ignacio. El círculo de la sabiduría: Diagramas del conocimiento en el mitraísmo, el gnosticismo, el cristianismo y el maniqueísmo. Madrid: Ediciones Siruela, 2005.

El culto a Mitra, mucho más antiguo que el cristianismo, fue condenado por éste último, que lo acusó de ser un malintencionado plagio de los verdaderos misterios, de la fe verdadera. Acusación, por cierto, totalmente absurda pues ¿cómo puede lo más antiguo ser un plagio de lo más reciente?

En cuanto a Osiris (Asir, o Usir) y Horus (o Hor), la tradición los presenta como los grandes dioses egipcios. Horus murió a manos de su hermano Seth; sin embargo, resucita cuando su esposa Isis une sus partes[1] –es siempre la mujer la que permite la resurrección del iniciado–. Al parecer Osiris e Isis sostienen una relación sexual cuando ella le fabrica un falo artificial que, por un momento, logra vitalizarse, y logra concebir. Fruto de esta concepción nace Horus. Aquí, aun cuando la concepción es milagrosa, al parecer no es virginal. Sin embargo, la iconografía de la Isis lactante, la Isis madre con el hijo Horus en su regazo es un elemento pagano que fue incorporado dentro del cristianismo, tanto que es una de las imágenes más notables de esta corriente religiosa; evidentemente, una adaptación del mito.

Así las cosas, el nacimiento de Jesús no es el primer nacimiento milagroso de la historia, ni ha de ser el último. No obstante, tenemos la convicción de que dichos nacimientos no se deben asimilar en un orden estricto y literal, sino que se corresponden, fuera de duda, con una verdad de tipo interpretativo. María y Jesús representan el mismo papel que Isis y Horus, Juno y Marte, Cibeles y Atis, Neith y Ra, Semíramis y Tamuz, entre muchos otros. Entre los cristianos, la virgen María concibe del Espíritu Santo (simbolizado como una paloma) y da a luz al Cristo Jesús. En otras tradiciones la fecundación no la hace una paloma, sino algún otro animal sagrado, un elefante, una vaca, etc. En otras ocasiones el héroe sagrado surge de una piedra, del agua o, simplemente, la mujer queda embarazada por el hecho de comer algún fruto. En síntesis, el nacimiento, vida, obra, muerte y resurrección de Jesús, encuentra un paralelo muy próximo entre otros grandes dioses de la antigüedad como Ormuz, Mitra, Osiris, Horus, Buda, Atis, Krishna, Zoroastro, Odín, etc. –por cierto, muy anteriores a él–, y su milagrosa concepción no es la primera pues, como hemos señalado, la tradición de los natalicios milagrosos y de vírgenes (particularmente sin

[1] Excepto su miembro viril que se comió el pez oxirrinco. En el simbolismo gnóstico esto significa la eliminación de la pasión animal, la castración simbólica que precede a la Magia Sexual (Nótese el paralelo entre Osiris, Atis y Jesús). Osiris, sin su miembro viril, es un dios castrado, lo mismo que los otros grandes dioses que le sucederán. Creemos que este pez sagrado del Nilo puede y debe ser asociado con la serpiente sagrada que sale del agua, la misma serpiente ardiente, erguida y sobre una vara de Nm 21, 8-9.

contacto sexual) ya era la regla entre los grandes dioses del paganismo. Así, el nacimiento de Jesús y toda su historia, se presenta nada más que como un sincretismo, una colcha de retazos. Los eruditos cristianos, al proclamar que Jesús (de la misma forma como había acontecido con los otros grandes dioses) había nacido de una virgen, no seguían en absoluto alguna indicación bíblica, sino que se adherían a la larga tradición ya existente acerca de los grandes dioses, ungidos, iluminados, resurrectos, etc.

De este modo, las diosas madre y vírgenes son muchas, y todas ellas devienen fértiles, concibiendo en su seno a dioses, semidioses y titanes. De hecho, todo Cristo viene a ser asimilado como hijo de una virgen. No es facultad exclusiva de María convertirse en *Mater Dei* o *Mater mundi*. No es María la primera «madre diosa», ni la primera «virgen», ni la primera en tener una concepción milagrosa. Pero ella, sin duda, también viene a simbolizar a *Stella Maris*[1] (efectivamente, es uno de sus títulos), la estrella del mar, la diosa del mar, y hasta la virgen del mar. Ella es la misma *mea domina*, la *madonna* virgen, la misma Baalti (Semíramis, anterior a Abraham) que convierte al simple hombre en un Dios[2]. Parece ser una adaptación inmediata de la Isis egipcia, otra personificación de la gran Madre, también llamada *Io* (*Mater-Io*, *Maris-Io* e, inclusive, *Mar-Io*, y por inversión del primer vocablo *Ram-Io*). Uno de sus epítetos es precisamente *madre de Dios*, y se la representa sosteniendo entre sus brazos a su hijo dios *Horus*, a quien amamanta.

Más de tres mil años después de haberse instituido el culto a Isis, la iglesia de Roma le dio a María[3] similares títulos y atributos concedidos a Isis, la otrora *mater lactans* y *madre del universo*. Al hacer esto ciertamente no seguían una tradición bíblica pues, la Biblia, nunca le concede tal título, y menos

[1] *Stella Maris* significa estrella del mar, y nos recuerda con mucho a las estrellas del mar cuyos brazos forman, en realidad, un pentagrama (llamado también pentalfa o pentáculo); mismo al que se le han atribuido varios significados, entre ellos el de Matriz, o Madre subterránea, Venus, amor sexual y el hombre mismo. Esa Stella Maris está en cada hombre, en su mar (o aguas sexuales), donde brilla como la matriz de todo, donde espera ser despertada al amor verdadero mediante la unión sexual sin mancha. *Stella Maris*, sin duda, es un poder creador, generador, que vive dentro de nosotros mismos.

[2] La leyenda dice que, una vez muerto su esposo Nimrod, unió sus pedazos, y proclamó que había vuelto a la vida, convertido en un dios en la persona de Tamuz –también conocido como Baal–.

[3] Dentro del hebreo Miriam (María) podría provenir del término *mr*, que significa *amor*. Amor, mar, agua, madre y fertilidad, son todos atributos de la Madre Creadora, de la semilla de la que nacemos todos. El Cristo es siempre hijo del connubio del amor y del mar virgen.

asegura que sea virgen perpetua[1]. Al hacer esto simplemente seguían la tradición esotérica subyacente en el fondo mismo de todas las grandes religiones. En otras palabras, el hecho de que se repute a María como virgen, es una verdad interpretativa, más no una verdad literal, y así lo evidencian las circunstancias histórico-mitológicas en las que se halla inmersa.

3.4.2. La historia en los evangelios

Al referirnos a historia no lo hacemos en un sentido ni contexto estricto pues sobradamente sabemos que los evangelios no son necesariamente una verdad histórica y que la misma historia, en un sentido y contexto estricto, con mucho esfuerzo logra esbozar la existencia de Jesús, de forma que se le presente de forma más o menos consistente. En cuanto a su madre, y desde el punto de vista histórico, la situación es menos esperanzadora. Sabemos, por inducción lógica, que debió de tener madre y padre físicos, pues ningún ser humano viene a la existencia del viento o de espíritus. Sin embargo, no es histórica ni anatómicamente evidente que dicha mujer hubiera sido virgen luego del parto, ni existe en los anales de la medicina o de la gineco-obstetricia referencia alguna con respecto a algún tipo de caso similar.

Se puede argumentar que existe evidencia en los evangelios canónicos. No obstante, es evidente que los evangelios no tienen ni revisten carácter histórico, sino religioso, interpretativo y simbólico. En otras palabras, los evangelios, más que ser una realidad histórica, son una realidad simbólica que, en el mejor de los casos, contiene elementos históricos. Y esos elementos históricos, en contexto, no permiten ni remotamente afirmar que María de Nazaret hubiera conservado su virginidad física luego de parir a su hijo primogénito. En términos estrictos, la virginidad no es una verdad bíblica. Y si no es una verdad bíblica, es evidente que es una invención posterior.

En principio, son los mismos evangelios los que nos dan la primera evidencia a favor pues, si bien se reputa a María como virgen antes del parto, no se vuelve a hacer mención alguna luego del parto –lo cual es más que lógico–. No existe ni una sola referencia, ni en los evangelios canónicos, ni en las epístolas ni en ningún rincón del Nuevo Testamento (que a nuestros tiempos ya no tiene nada de nuevo y, de hecho, resulta obsoleto) donde más bien la ausencia de María es notable.

Este no es un silencio que otorgue –no siempre el silencio otorga–; este es el

[1] La virginidad perpetua de María no pertenece a la doctrina promulgada en la Biblia. No existe en la Biblia un solo versículo que lo sugiera siquiera. Esto parece abogar por la tesis de que la virginidad perpetua fue una invención posterior. Con gran audacia afirma la Iglesia de Roma que su fe no se fundamenta en la Escritura, sino en la autoridad y certeza de la Iglesia.

silencio de lo evidente. En la historia de la humanidad ha habido millones de partos, y en la historia de esos natalicios no se ha dicho que las madres perdieron la virginidad durante todo el proceso pues resulta algo evidente, y estulto sería nombrarlo (se haría un papel un poco ridículo). Ese es el mismo silencio que ocurre en el caso del natalicio de Jesús en que, si bien María es nombrada como virgen antes del parto, no vuelve a ser jamás nombrada como virgen luego del parto[1], y sólo se le cita por su nombre o, en relación del parentesco de Jesús como *su madre*, o –caso de la mayoría del Nuevo Testamento– no se la vuelve a nombrar jamás. Lo más posible es que los escritores del Nuevo testamento no hubieran considerado propicio enunciar el acontecimiento ya que, si fue una concepción normal, un embarazo normal y un alumbramiento normal, es tonto enunciarlo y basta simplemente con saber y decir que es hijo de María y José.

Cosa similar ocurre con las personas que intervienen en los evangelios y que conocen a Jesús y a su familia. Ellos no se refieren a la madre de Jesús como *la virgen*, ni a Jesús como el hijo de la *virgen*. Para ellos es absolutamente desconocido el dogma de la virginidad, el título que después se le acomodaría. De hecho, de haber sido así, muy posiblemente la habrían impelido a que mostrara las pruebas de su virginidad, y María podía extender el lienzo con las pruebas (Cf. *Dt 22, 13-19*). Pero nada de esto ocurre, y ella realmente pasa por la mujer común, que se ha convertido en madre.

> Mt 13, 54: Y venido a su tierra, les enseñaba en la sinagoga de ellos, de tal manera que se maravillaban, y decían: ¿De dónde tiene éste esta sabiduría y estos milagros?
> 55: ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos, Jacobo, José, Simón y Judas?
>
> Jn 6, 41: Murmuraban entonces de él los judíos, porque había dicho: Yo soy el pan que descendió del cielo.
> 42: Y decían: ¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Cómo, pues, dice éste: Del cielo he descendido?

[1] Sólo Mt 1, 23 y Lc 1, 27 la citan como virgen antes del parto, y son los dos únicos versículos en toda la Biblia que sugieren que no había tenido relaciones sexuales hasta la concepción de Jesús. Y, si somos estrictos en el sentido, esto jamás es una afirmación de que hubiera continuado siendo virgen luego del parto, y ningún versículo en toda la Biblia lo sugiere. En contraste con estos dos versículos, tenemos una serie larga de versículos donde se habla de los hermanos de Jesús (Mt 12, 46-50; 13, 55-56; Mc 3, 20-21; 30-35; Lc 8, 19-21; Jn 2, 12; 7, 3-5; 7, 10; Hch 1, 14; 1 Cor 9, 5; Ga 1, 19). Qué es literal ¿la existencia de hermanos o la virginidad? Qué es lo realmente posible ¿la existencia de hermanos o la virginidad? Más allá de esto lo cierto es que todas las mujeres al nacer son vírgenes y, eventualmente, son vírgenes que concebirán y que darán a luz. Pero sabemos que luego de dar a luz esa virginidad se pierde.

> V. a. Mt 2, 11; 2, 13-14; 2, 20-21; 12, 47-50; Mc 3, 31; Lc 2, 34; 2, 43; 2, 48; 2, 51; Lc 8, 19-21; Jn 2, 1-5; 2, 12; 19, 25-26; Hch 1, 14 (Pasajes en que se nombra a la María luego del parto. En ninguno se cita como virgen).
>
> Mt 12, 46: Mientras él aún hablaba a la gente, he aquí su madre y sus hermanos estaban afuera, y le querían hablar.

Es extraño que el evangelista, que conoce lo que ha sucedido, en este último pasaje (en que cita al tiempo a madre y a hermanos) no dice que *su madre* fuera virgen, pero sí dice que tenía hermanos. Por otra parte, es claro que los que lo conocen, y que conocen a María, no se refieren a ella como virgen. Jesús, en efecto, tampoco se refiere a ella como virgen en los pasajes en que se alude a ella (*Mt 12, 49-50; 13, 55; Mc 6, 3; Jn 2, 3; 6, 42*), lo que supone una falta de respeto, un insulto al presunto milagro inútil obrado con ella. En efecto, los evangelistas no la reconocen como virgen. Jesús, en todas sus predicaciones jamás se nombra a favor de su madre en el sentido de exclamar: ¡mi madre es virgen! Por el contrario, lo que vemos es que no sólo no la nombra como *mi madre la virgen*, sino que adicionalmente la desconoce cuando afirma que su madre bien puede ser la hija del vecino, toda vez que haga la voluntad de Dios (*Mt 12, 46-50; Mc 3, 31-35; Lc 8, 19-21*). No la llama virgen, sino mujer[1] (*Jn 2, 3; 19, 26-27*), y esto ya la diferencia de las vírgenes y la pone en el terreno de las mujeres que han dado a luz.

[1] Estos episodios también parecen dejar entrever cierta distancia entre Jesús y María. El hecho de que la llame mujer y no madre, parece poner distancia. Es como si, en cierto modo, la desconociera. Y no sería la primera vez. En Lc 11, 27-28 una mujer le dice: «Bienaventurado el vientre que te trajo, y los senos que mamaste. Y él dijo: Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan». Jesús no le promete tanta fortuna a María, no la erige como la bienaventurada inmutable pues cualquiera puede llegar a ser más bienaventurado y afortunado que ella. Hay cierto desdén de Jesús hacia su madre física, pero ¿qué podría haberlo originado? La renuncia de Jesús a todo lo terreno, a la vez que reconoce que hay algo más grande que la familia física, producto de su desapego, podría ser la respuesta. También podría ser que ella no creyera ni confiara en él, que lo hubiera educado en una forma ruda. Pero si lo hubiera educado de forma ruda podría haberse dado como una forma de reacción a que ese hijo fuera producto de relación sexual forzada. Y el que Jesús también responda con cierta indiferencia podría ser por esto mismo. Los suyos, por otra parte, no se quedan atrás, sino que también lo tratan como a un desquiciado que ha perdido el juicio: «Cuando lo oyeron los suyos, vinieron para prenderle; porque decían: Está fuera de sí» (Mc 3, 21). Y dentro de los suyos, parece que debe estar incluida su madre. Cuando su madre y hermanos lo buscan para hablarle no ha de ser para felicitarlo, sino para amonestarlo y pedirle que recapacite de todo lo que está haciendo. En un caso extremo, se puede decir que hay una negación mutua o cierto desdén e indiferencia mutua. Como si mutuamente resultasen incómodos. El límite de dicha relación podría, inclusive, haberse dado en el pasaje

Luego del parto se cita a la madre de Jesús más de una decena de veces, y jamás se le cita como virgen. Si esto hubiera sido una verdad conocida por los evangelistas, es evidente que se le habría mencionado. Y no menos ocurre con el testimonio de los apóstoles. Ellos jamás predican la virginidad de María al tiempo de predicar a Jesús resucitado. Ellos jamás predican a la madre en los momentos en que se predica al hijo. Ellos, realmente, jamás predican a la madre[1]. Se supone que ellos sabrían algo, que ellos revelarían algo, pero no ocurre así. Es verdad que en algún momento se habló de Jesús como hijo de la virgen María, pero esto fue una tradición posterior, cuando se confundió el aspecto simbólico con el físico. En lo que respecta a las personas que debieron de acceder y conocer la historia de la virginidad de María, la siguiente secuencia nos muestra su total desconocimiento.

- María: No se declara virgen (aun cuando su actuación en los evangelios es prácticamente nula, en las pocas veces en que interactúa no lo hace para presentarse como virgen).
- Jesús: No sabe que es hijo de una virgen o, por lo menos, no lo proclama. El trato hacia ella no es de «virgen», sino de «mujer».
- Los evangelistas: No mencionan que María fuera virgen antes, durante y luego del parto. Mateo y Lucas sugieren que María era virgen antes de tener a su primer hijo, a Jesús (normalmente toda mujer es virgen antes de tener hijos).
- Los que conocen a María: No la citan como virgen, sino como madre de Jesús.
- Los apóstoles: No la citan como virgen en sus diferentes evangelizaciones. Ni siquiera la nombran.
- Pablo: No la menciona como virgen, sino como madre.

---

de Jn 19, 26-27. En ese caso dicho pasaje también se lee más fácil si Jesús o María en algún momento hubieran desconocido, respecto del otro, ser la madre o el hijo –en Jesús esto es claro, en María hay ciertos atisbos que permiten creerlo–. Entonces se entiende el que Jesús le diga a su madre: «mujer, he ahí tu hijo» como un mecanismo de reconciliar las partes, como una forma de que María y ese discípulo amado olvidaran sus anodinas diferencias. Este pasaje, por otro lado, nos permite inferir que María no era conocida como virgen ni si quiera por su propio hijo, de otro modo Jesús se hubiera referido a ella como virgen. Entonces ¿quién se inventó el dogma? Uno se siente tentado a pensar que los mismos que los difundieron, que lo enseñaron (¿La secta de Roma enseña verdades falsas? ¿Enseña esa ilustre institución cosas que no le constan, que no ha comprobado?).

[1] El culto al eterno femenino es realmente gnóstico. El cristianismo –gnóstico desde sus comienzos– llegó a su apogeo con la interacción con doctrinas gnósticas helénicas que le dieron la forma y la grandeza del cristianismo primigenio. Sin embargo, ese simbolismo portentoso fue prostituido por la iglesia de Roma, que convirtió todo en un dogma.

- El nuevo testamento: No la cita como virgen perpetua. Aparte de los cuatro evangelios sólo es citada una sola vez.
- La iglesia de Roma: Sin ningún tipo de basamento declara que María fue virgen, antes, durante y después del parto.

Si seguimos la normal secuencia de las personas que debieron acceder a algún tipo de información relacionada con el mito de la virginidad, resulta anómalo el hecho de que la Iglesia de Roma elabore una creencia en contra de la verdad bíblica y de la tradición apostólica. ¿Será que confundieron a María con alguna de las grandes vírgenes mitológicas? ¿O con alguna de las diosas madre de renombre que ya existían desde la antigüedad, con mayor tradición y culto? Como hemos señalado, al aseverar que la madre de Cristo es siempre virgen nunca se adhiere a ninguna verdad literal, sino que se hace siguiendo la tradición esotérica, en la que todo Ungido es siempre hijo de la gran Madre siempre virgen, a la que ningún mortal ha levantado el velo.

En cuanto a la virginidad orgánica de María, es evidente que dicha presunción no es una verdad biológica, ni histórica, ni médica, ni lógica, ni genética, ni bíblica, ni evangélica, ni apostólica. En el evangelio, los que interactúan con Jesús y que conocen a María, no se refieren a ella como una virgen. Parece que la tradición de la virginidad de María es una invención muy posterior y que, en tiempo de Jesús, no fue reconocida por los que la conocían, por los que la habían visto, por sus vecinos o allegados. Ni siquiera el mismo Jesús menciona nada al respecto ni se refiere a su madre como una virgen –con todo que algunos dicen que la señal es el parto de una virgen de Israel–, si bien él mismo se limita a señalar, con respecto a él mismo, que no les será dada más que la señal de Jonás (*Lc 11, 29*). Así las cosas, la virginidad orgánica deviene improcedente desde todo punto de vista. El mismo Jesús no la conoce y, hasta en cierto modo, parece refutarla. No parece haber ningún tipo de culto de Jesús hacia su madre como virgen (realmente no parece haber culto de Jesús hacia su madre). Y hay todavía más, los que conocen a Jesús en aquél tiempo no le llaman el hijo de la virgen, y los primeros cristianos y apóstoles desconocen que así fuera. No cabe duda que tal fábula fue una invención posterior, creada posiblemente por personas con fantasías sexuales reprimidas o, en todo caso, ignorantes de las grandes verdades esotéricas.

Aguilar Piñal, al respecto, refiere:

> En cuanto a la ilusoria concepción 'por obra del Espíritu Santo' no entró en la doctrina como 'dogma de fe' hasta siglos después. La

> virginidad de María, algo tan sensible para las mentes cristianas, es una 'invención' tardía, ya que ni siquiera Pablo la menciona, ni al hablar de la concepción (Rom 1:3) ni del nacimiento de Jesús (Gal 4:4) y no se proclama que fue "virgen y exenta de pecado" hasta el Concilio de Éfeso (431 d.C.). Los cristianos creen que Jesús fue concebido milagrosamente, sin semen de ningún humano[1].

Desde el punto de vista genético no parece muy probable que un espíritu fecunde el óvulo fértil de una mujer, a la vez que sería tanto como afirmar que el viento la dejó en estado de gravidez (lo que es más creíble si observamos el proceso de fecundación vegetal mediante polinización). Y Jesús, al no haber abierto matriz –en el sentido que no nació, según la teoría de la Iglesia de Roma, por el canal vaginal de María– ni haber nacido por cesárea, deviene huérfano, lo que en cierto modo implica que ni siquiera es hijo de María. En otras palabras, se hace un elaborado intento para desconocer el origen humano de Jesús siempre que esto favorezca su origen divino.

> Lc 2, 27: Y cuando los padres del niño Jesús lo trajeron al templo, para hacer por él conforme al rito de la ley, él [Simeón] le tomó en sus brazos […].
> V. a. Lc 2, 41

> Lc 2, 48: Cuando le vieron, se sorprendieron; y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre [José] y yo te hemos buscado con angustia.

Nimia sorpresa ¡después de todo sí tenía padres! Pero ¿quiénes eran? ¿Se presentó María cogida de la mano de Dios en el templo? En tal caso es extraño que Simeón parezca rendirle culto a un niño envuelto en pañales y hasta con fecales, y no a Dios mismo –o al Espíritu Santo– que se presenta en persona, al lado de la María, para presentar a su hijo primogénito. Quizás el padre de Jesús era un hombre corriente, de carne y hueso, lo que explica que pase inadvertido para Simeón. Quizás, de resultar correcta la eventual depuración posterior de los evangelios, este sería uno de los pasajes que se escapó del premeditado y focalizado expurgo. En efecto, Lc 2, 27, Lc 2, 41 y Lc 2, 48 vinculan directamente a José como padre de Jesús o, cuando, menos vinculan a un hombre como padre de Jesús. Sea como fuere, en el caso de la virginidad de María, nada parece concordar con la imagen idealizada y creada artificialmente siglos después mediante concilios y

[1] AGUILAR PIÑAL, Francisco. La quimera de los dioses. Ojos que no ven, corazón que no quiebra. Madrid: Visión Libros, 2010. p. 403.

reuniones de los pontífices de la Iglesia naciente, que necesitaba regular y normalizar las creencias, no sólo entre sus seguidores y simpatizantes, sino entre ellos mismos, entre sus propios líderes pues, no es un secreto, habían profundas diferencias teológicas entre sus más preclaros representantes.

Con respecto a esto Cotterell expresa:

> En la persona de la Virgen María, la diosa de la tierra, la «gran madre» de las antiguas religiones, consiguió recuperar una parte de su antigua preeminencia. En los principios del cristianismo, la figura de la Virgen no era más venerada que los demás santos, pero, desde el siglo IV en adelante, empieza a producirse un notable crecimiento de la devoción mariana. En 431, el Concilio de Éfeso, reunido en una iglesia que se suponía albergaba los restos mortales de la Virgen, confirmó a María en el título de Theotokos, «portadora de Dios», que fue traducido al latín por las palabras *Mater Dei*, madre de Dios [...].
> María era *Mater Virgo*, madre virgen, la materia primordial antes de su división en las cosas creadas; *Stella Maris*, estrella del mar, el inmaculado útero de la divina fuente, así como las aguas primordiales sobre las que se cernió el Espíritu[1].

Como vemos, el roll de virginidad no ha de entenderse en un modo físico y, el hecho mismo que nombre a María como Reina Universal de todo lo creado no ha de entenderse en un modo literal; sino que en dicho título se encierra realmente la esencia misma de la naturaleza de tal Virgen pues, como acota Cotterell, ella es el inmaculado útero de la divina fuente, la materia generatriz, las aguas primordiales y, en su aspecto más sagrado, el origen mismo de las aguas genésicas; sin duda, la portadora de Dios. Pero no que lo sea en sentido físico pues, de otro modo ¿cómo puede ser una mujer, creada por las creaciones de la creación ser la creadora de la creación?

> Ga 4, 22: Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre.
> 23: Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa.
> 24: Lo cual es una alegoría, pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar.
> 25: Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, pues ésta, junto con sus hijos, está en esclavitud.

[1] COTTERELL, Arthur. Trad. Vicente Villacampa. Mitos: Diccionario de mitología universal. Barcelona: Ariel, 2008.

> 26: Mas la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre.

Es increíble que pasajes, que normalmente se consideran llenos del más riguroso literalismo, no lo sean en realidad. Y todavía más, que el mismo texto bíblico lo evidencie en forma tan vehemente. En este pasaje se reconoce a una Jerusalén celestial como la verdadera madre de todos, lo que se podría denominar como «madre universal». No dice que lo fuera María (si bien, de acuerdo al texto, parecería estar más cerca Sara[1] que María de ser la figura maternal) y, en el caso que lo fuera, tal y como glosan sabiamente los escritores, debe entenderse en un modo interpretativo, y no literal.

3.5. MARÍA, LA MADRE Y LA MUJER

La persona de María al parecer, siendo judía, y en ausencia de testimonios históricos que permitan inferir lo contrario, habría avenido en forma fiel a las tradiciones sociales y religiosas del judaísmo. Los evangelios no la citan para referirse como una mujer que transgreda la ley ni que se comporte en una forma que llame a controversia. Parece dispuesta a cumplir con la ley o con lo que disponga la Providencia; al menos eso es lo que permite colegir el pasaje de «la anunciación» cuando ella, al término de dicho suceso expresa: *He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra* (*Lc 1, 38*). También parece ser receptiva al entorno y a las circunstancias en que se desenvuelve, principalmente en el entorno místico (*Lc 2, 19*). Las bodas de Caná también la muestran diligente, preocupada porque las cosas domésticas marchen en su punto. Todas estas circunstancias nos hacen pensar en una mujer que se ajusta de un modo natural a las tradiciones y usanzas culturales, sociales y hasta religiosas del pueblo judío (lo que en nuestros tiempos puede percibirse como un tipo de sumisión enfermiza). En efecto, lo normal es que hubiera sido educada de acuerdo a las tradiciones y costumbres judías, en sentido religioso y cultural. Así las cosas, habría recibido una educación religiosa básica, principalmente orientada al papel de la mujer en la religión judía y, en un modo especial, en el rol a desempeñar en la familia, en el matrimonio y en la sociedad. Es natural que, de acuerdo a la educación y tradición recibida, ella no esté ajena al papel muy humano que desempeña la mujer, principalmente cuando se aceptaba recibir a un hombre como espo-

[1] Sara era la esposa de Abraham, del cual engendró a Isaac, el hijo de la promesa (Ga 4, 28). Si se entiende que Abraham es el padre de las generaciones, deviene lógico también que Sara sea percibida como la madre de las generaciones (Cf. Gen 17, 16). Esto, al menos desde el judaísmo, la avala a ella, y no a María, con el derecho a reclamar el título que en el cristianismo se le confiere a la última.

so, lo que implica que habrá de saber también las obligaciones del esposo, entre las que están cumplir con el deber conyugal. Por otra parte, hemos de pensar que oficios como la hilandería, la consecución de agua, la crianza de los hijos, las formas de comportarse con el esposo, etc., habrían estado dentro de los parámetros normales de su enseñanza y de su aprendizaje.

Joachim Jeremias, el experto de renombre en historia de la palestina de los tiempos de Jesús, con respecto a la situación social de la mujer, acota:

> Los deberes de la esposa consistían en primer lugar en atender a las necesidades de la casa. Debía moler, coser, lavar, cocinar, amamantar a los hijos, hacer la cama de su marido y, en compensación de su sustento elaborar la lana (hilar y tejer); otros añadían el deber de prepararle la copa a su marido, de lavarle la cara, las manos y los pies. La situación de sirvienta en que se encontraba la mujer frente a su marido se expresa ya en estas prescripciones; pero los derechos del esposo llegaban aún más allá. Podía reivindicar lo que su mujer encontraba, así como el producto de su trabajo manual, y tenía el derecho de anular sus votos. La mujer estaba obligada a obedecer a su marido como a su dueño (el marido era llamado *rab*) y esta obediencia era un deber religioso[1].

No cabe duda que la hilandería y la crianza de los hijos serían dos de las actividades que más desempeñaría una mujer promedio en la Palestina de los tiempos de Jesús. La hilandería lo sabemos por la misma Biblia y, la crianza, porque los judíos tenían un marcado pensamiento de la reproducción como bendición y, por si fuera poco, porque no contaban con eficientes métodos de anticoncepción –cosa que poco habría de importarles, pues lo que buscaban era precisamente eso: la concepción, la fructificación–. Esto no desaviene con lo que sabemos de María, pues se la reconoce fácilmente, principalmente, distintivamente, por su papel de madre. Ella, antes de que exista ningún mito, es ante todo una mujer judía; una mujer que, al menos durante la vida de su esposo, debió de atenderlo, de someterse a su voluntad, de preocuparse en modo integral por las cosas del hogar, por amamantar a Jesús, por lavarle las fecales, por criarlo, además de hilar y tejer como un mecanismo de resarcir su manutención. La imagen elaborada que nos vendieron posteriormente es diferente, y la historia de su vida ha de cambiar con el transcurso del tiempo hasta convertirse en el arquetipo perfecto de mujer y madre. El concilio de Éfeso, llevado a cabo en el año

[1] JEREMIAS, Joachim. Jerusalén en tiempos de Jesús. Trad. J. Luis Ballines. 2 ed. Madrid: Ediciones Cristiandad, 1980. p. 380.

431 en contra del Nestorianismo[1], deja en claro que la judía María es la *Theotokos*, la portadora de Dios, la madre de Dios. A partir de entonces el marianismo, ignorado hasta entonces, toma relevancia y aúna partidarios hasta convertirse, paulatinamente, en una de las principales devociones cristianas. Mucho más adelante en el tiempo, en 1854, mediante la bula dogmática *Ineffabilis Deus*, se proclama el dogma de la Inmaculada Concepción[2] y, finalmente, en 1950, mediante la bula papal *Munificentissimus Deus*, el Papa Pio XII proclama el dogma de la ascensión de la virgen al cielo en cuerpo y alma. Como es evidente, la iglesia de Roma hizo un proceso de «construcción de María», un proceso aplicado en forma selectiva a una mujer y madre judía del siglo I de nuestra era que, por lo que podemos colegir, nunca supo que era virgen.

3.6. EL MATRIMONIO EN LOS TIEMPOS DE JESÚS

Los relatos fragmentarios y dispersos relacionados con el matrimonio en los tiempos de Jesús no permiten determinar con certeza el protocolo estricto que se seguía desde el momento de los esponsales hasta la consumación del matrimonio propiamente dicho. No obstante, podemos esbozar en líneas generales el proceso tradicional, la forma general que se usaría en la mayoría de los casos.

En primer término, sabemos que sobre los padres recaía, en principio, la obligación de buscar una esposa para sus hijos, y viceversa. Son ellos también, salvo muy contadas ocasiones, quienes van a dar su aval para que este se efectúe. Así las cosas, el pretendiente –normalmente entre los 16 a los 24 años– se dirigía a la casa del padre de la novia –normalmente de 12 a 13 años– para pedir su mano –realmente dialogar ciertas cuestiones monetarias (dote)[3] y refinar las concernientes al contrato de esponsales–. En

[1] Doctrina predicada por Nestorio, patriarca cristiano del siglo V, depuesto tras ser declarada su doctrina como herética, en la que se afirma que en Jesús existen las dos naturalezas (la divina y la humana), pero de forma separada; de lo cual se desprende que María puede ser llamada madre de la naturaleza humana de Cristo (Christotokos), pero no madre de Dios (Theotokos).

[2] Esto significa que fue concebida sin pecado original, una hipotética mancha con la que, desde el punto de vista de la Iglesia Católica de Roma, nacen todos los seres humanos. Sin embargo ella, sólo por antojo de Dios, habría nacido sin esa mancha. Se presume que esta condición especial le habría permitido ascender al cielo en cuerpo mortal (lo cual es muy extraño porque muchas tradiciones antiguas, cada cual en su respectivo sitio, se peleaban conservar los restos mortales de la madre del Salvador).

[3] Ejemplos de la entrega de la dote los encontramos en Gn 34, 12; Ex 22, 16-17; 1 Sam 18, 22-27.

caso de haber llegado a un acuerdo, la hija y el pretendiente sellaban su acuerdo de esponsales y desde ese momento se consideraba a la mujer como desposada. Esta era la primera fase del matrimonio, y duraría normalmente 12 meses. Desde ese momento la mujer era considerada como casada, y la unión no podía disolverse salvo por divorcio formal. Ambos continuaban en la casa de sus respectivos padres; la novia preparándose para su futuro papel como esposa, y el novio adecuando el alojamiento para su mujer.
Luego de este periodo sobrevendría el matrimonio como tal, en cuyo caso la novia, luego de ciertos formulismos, sería conducida a la casa del novio, donde finalmente se llevaría a cabo la ceremonia, luego de realizar el *ketubah*[1] o contrato matrimonial definitivo.

Joachim Jeremias –en un innegable paralelo con la parábola de las diez vírgenes de Mt 25, 1ss– citando a F. A. Klein y L. Bauer, acota:

> Después de que el día se ha pasado en bailes y otras diversiones, tiene lugar la cena de la boda después de la caída de la noche A la luz de las antorchas es conducida luego la novia a la casa del esposo. Finalmente un mensajero anuncia la llegada del esposo, que hasta entonces ha tenido que permanecer fuera de la casa, las mujeres dejan a la novia sola y van con antorchas al encuentro del esposo, que aparece al frente de sus amigos.
> La descripción que mi difunto padre publicó en 1909 narra una boda en Jerusalén (1906) en un ambiente urbano (cristiano). Por la noche los invitados son obsequiados en casa de la novia después de esperar unas horas al novio (repetidas veces anunciado por mensajeros), vino éste finalmente hacia las once y media, para recoger a la novia, conducido por sus amigos en un mar de luz de lámparas llameantes y recibido por los invitados que le salen al encuentro. En cortejo festivo se traslado después la comitiva a casa del padre del novio, de nuevo en un mar de luz, donde tuvieron lugar la boda y un nuevo banquete. Tanto el recibimiento del novio con luces como el esperar largas horas a la llegada del novio se mencionan frecuentemente en los informes modernos sobre las costumbres nupciales árabes en Palestina[2].

[1] En este contrato se regulan las obligaciones a las que se compromete el esposo y la cantidad de dinero que este pagará en caso de divorcio, entre otros. Además, en tiempos de Jesús, se disponía de los amigos del novio que serían garantes de la virginidad de la esposa. El opuesto al Ketubah es el Guet, o documento de divorcio.

[2] JEREMIAS, Joachim. Trad. Francisco J. Calvo. Las parábolas de Jesús. 3 ed. Navarra (España): Editorial Verbo Divino, 1974. III, 5.

Alfred Edersheim[1] comenta al respecto que la ceremonia era acompañada del uso de coronas para el esposo, y joyas para la esposa (*Can 3, 11; Is 61, 10; Ez 16, 12*), se llevaban palmas y ramas de mirto, y se les arrojaban cereales y dinero. Además había fiesta y música antes de la procesión. La fiesta de matrimonio duraba una semana, si bien los días nupciales se extendían, normalmente, por lapso de un mes (con lo que se ponía fin a la segunda parte del desposorio).

Estas dos fases, la de esponsales y la de matrimonio propiamente dicho, son absolutamente vitales al momento de interpretar lo sucedido entre María y José. Sabemos que ellos estaban en la etapa de esponsales, previa al matrimonio propiamente dicho; sin embargo, en este punto ya se consideraban como esposos y la mujer pasaba de estar sujeta al padre a estar sujeta a su prometido; inclusive podían sostener relaciones en este periodo (Cf. *Tob 6, 11-13; 7, 1-20; 8, 1-16; 9, 1-12*). Es decir, como desposados, nada impedía que José y María se unieran sexualmente. Aparte de esto, también es de indicar que el propósito de una pareja que va a casarse –o cuando menos algo previsible– es tener hijos, y el entorno de aquella época tampoco era ajeno a esto pues, como es conocido, la infertilidad era poco menos que una maldición, un oprobio resultado de algún pecado oculto (*Gn 16, 1-5; 30, 23; Ex 23, 25-26; Dt 7, 11-15; 1 Sam 1, 5-6; 1, 11; Jb 15, 34; Os 9, 14; Lc 1, 5-7; 1, 13-15; 1, 24-25*). Pretender que José y María se hayan unido para hacer el rol de estériles sería lo más descabellado que podríamos imaginar. Es apenas natural que José y María, en algún momento –y teniendo en cuenta los antecedentes judíos con respecto a la fertilidad– hubieran contemplado la posibilidad de tener hijos, o que hubieran comprendido que, eventualmente, los tendrían pues, por lo normal, todos los matrimonios judíos se preparaban para ello.

3.7. LAS PROFECÍAS

Existen varias profecías en la que se predice el nacimiento del *mesías* y las circunstancias generales en las que habría de nacer tales como el lugar (*Miq 5, 2*), sus padecimientos (*Is 53, 3*), su muerte (*Is 53, 7*), y hasta el hecho de que sería el primogénito, entre otros.

> Is 7:13: Dijo entonces Isaías: Oíd ahora, casa de David. ¿Os es poco el ser molestos a los hombres, sino que también lo seáis a mi Dios?

[1] EDERSHEIM, Alfred. Sketches of Jewish social life in the days of Christ. New York: Cosimo, 2007.

> 14: Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel.
> 15: Comerá mantequilla y miel, hasta que sepa desechar lo malo y escoger lo bueno.
> 16: Porque antes que el niño sepa desechar lo malo y escoger lo bueno, la tierra de los dos reyes que tú temes será abandonada.

Para los judíos la virginidad permanente de una mujer no era un objetivo primordial ni un estado ideal[1], toda vez que el mandato divino recibido por ellos estaba enfocado hacia la fecundidad. Inclusive es posible hallar una referencia más concreta de una mujer que llora su estado de virgen, y de mujeres que conjuntamente lo lamentan en el libro de los Jueces (*Jue 11, 38-40*). Lo normal, lo natural y socialmente aceptado era que una mujer tuviera una prolífica descendencia y esto, por supuesto, en manera alguna eximía a María. En todo caso, el hecho de que alguien naciera de una virgen, en el entorno cultural judío, sólo significaba que el niño era el primogénito y, por consiguiente, consagrado a Jehová (*Ex 13, 2; 23, 19*). Esto lo ponía en una posición de privilegio pues, al ser el primer hijo, es considerado como un varón especial, como primicia consagrada a Jehová, y de Jehová (consagrado y sacrificado, o redimido en el caso de los animales); misma de la que no habría podido ser partícipe en caso que hubiera sido el segundo hijo.
En otros términos, lo que plantea la profecía es que habría de ser un hijo de Dios, dedicado a Dios e, inclusive, a semejanza de los primogénitos animales, sacrificado también –con lo que se constituye él mismo en la señal profética[2]–. La situación práctica es sencilla: Jesús sería el primer hijo, el

[1] Sin embargo, sí se consideraba una afrenta el hecho que una mujer perdiera la virginidad por violación y la pena, en el caso que fuera desposada, era la muerte para el violador (Dt 22, 23-27). El libro de Judit registra:

> Jdt 9, 2: Señor Dios de mi padre Simeón, a quien pusiste la espada en las manos para castigar aquellos extranjeros que por una infame pasión violaron y desfloraron a una virgen, llenándola de afrenta (Cf. Gn 34; Dt 22, 28).

[2] Algunos sostienen que la señal es el parto virginal; sin embargo, consideramos que la señal es el mismo Jesús (Lc 2, 34). La virginidad o no de una mujer a la hora de concebir es irrelevante; en nuestros tiempos de seguro habrán existido muchos casos no reportados de este tipo y, sin embargo, eso a nadie le importa, no es un signo de nada. La era no fue dividida en antes y después de la virginidad de María, sino antes y después del advenimiento del Cristo. La señal no es la virginidad orgánica de una mujer, sino el dar a luz al *Christós*, el Ungido. Por otro lado, esto podría ser indicio de la virginidad en la concepción, pero no de la virginidad permanente. Pero incluso esto no es prueba irrecusable. Cuando se dice: «Por eso mismo el Señor os dará una señal», queda sentenciado que no debe ser algo privado, sino algo destinado al público, a una gran muchedumbre –a toda la casa de David (Is 7, 13)–. Y la virginidad no es algo de ventilar a los cuatro vientos ni algo destinado a ser público, sino que

primero en abrir matriz[1]. Si hubiera sido el segundo hijo la situación habría sido diametralmente opuesta: No habría sido consagrado a Dios, no habría sido el símbolo expreso de la fecundidad judía, no habría sido el heredero (lo que se traspone también usualmente a concepciones místicas) y tampoco habría nacido de una virgen.

> Is 7, 14: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo

Al parecer la profecía se refiere a María, de la población de Nazaret. Sin embargo, en tal población no hay sólo una mujer. Es lógico que en la región deberían de haber muchas mujeres más: algunas serían vírgenes y otras no. La profecía simplemente indica que habrá de nacer de una de las mujeres vírgenes y, en este sentido, es absolutamente correcto afirmar que «todas las niñas son vírgenes que concebirán y que darán a luz un hijo» (en el caso de que logren ser madres). Eso es todo. Nacer de una virgen simplemente indica que se es el primogénito y, en el caso de Jesús, que era una primicia dedicada de Dios.

> 1 Cor 7, 36: Pero si alguno piensa que es impropio para su hija virgen que pase ya de edad, y es necesario que así sea, haga lo que quiera, no peca; que se case.

El mismo misógino Pablo de Tarso reconoce que para ese entonces había «vírgenes» entre las mujeres de su comunidad –o en la comunidad a la que se dirige– y el mismo libro del Génesis nos ilustra acerca de la virgen Rebeca (Cf. *Gn 24, 15-16*). Si en el caso de las vírgenes que cita Pablo (*1 Cor 7, 36*) hubiera un profeta que pudiera entrever el inminente embarazo de tal o cual mujer, no cometería ningún error al decir: «He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo».

María de Nazaret no es señal de nada, si debemos atenernos a su presunta virginidad. En la época de Jesús, María no era reconocida como virgen, ni su hipotética virginidad como señal. La señal, tal como señalan Lc 2, 34 y Mt 12, 39-40, es el mismo Jesús

> Mt 12, 38: Entonces respondieron algunos de los escribas y de los fariseos, diciendo: Maestro, deseamos ver de ti señal.

---

más bien se presenta como algo personal, íntimo. La virginidad como señal es un fracaso; para la época de Jesús María no era reconocida como virgen, ni tampoco como señal. La señal, como Lc 2, 34 y Mt 12, 39-40 indican, es el mismo Jesús.

[1] La matriz, hasta su nacimiento habría permanecido cerrada, y esto también puede y debe ser asociado a una matriz virgen y, por extensión, al hecho concreto de la virginidad

> 39: El respondió y les dijo: La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás.
> 40: Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches.

Si la señal hubiera sido María, Jesús les habría reprendido diciéndoles que la señal ya la habían tenido en la virginidad de su madre. Pero no ocurre así, sino que se proclama el mismo como la señal, y con eso deja el asunto sentenciado. La virginidad de María no es absolutamente ninguna señal. Y si no lo es, es natural creer que eso se debe sencillamente a que nunca sucedió.

3.8. ETAPAS PROBABLES DE LA VIRGINIDAD

La virginidad de María, reviste varias etapas o momentos en los que es posible rastrearla. Los diferentes estadios probables de tal virginidad son:

a) Desde el nacimiento
b) Durante la infancia y la adolescencia
c) Hasta la anunciación
d) Hasta la concepción
e) Durante la gestación
f) Hasta el parto
g) Después del parto
h) Después de tener más hijos

Teniendo en cuenta la estructura anatómica de la mujer, suele asociarse la virginidad femenina con el hecho de mantener el himen sin ningún tipo de rasgadura o perforación. Sin embargo, en algunos casos esta membrana puede ser lo suficientemente frágil para que se rompa con un movimiento o actividad que la someta a una gran tensión, sin necesidad de llegar a tener una actividad sexual con penetración. En el caso de que María hubiera tenido estas condiciones anatómicas y que hubiera realizado alguna actividad o movimiento que hubiera llegado a romper su himen, su virginidad habría terminado incluso mucho antes de casarse, mucho antes de dar a luz a Jesús y mucho antes de tener relaciones sexuales. Es posible que hubiera sucedido, pero no hay evidencia que permita probarlo. Por otro lado, es importante señalar que no todas las mujeres tienen himen, o resulta lo suficientemente elástico como para no romperse durante la penetración. Así las cosas, si María no hubiera tenido himen habría podido, desde un aspecto meramente anatómico, sostener relaciones sexuales sin que se rompiera su himen e, inclusive, quedar embarazada en estado de virginidad anatómica.

Sin embargo, si tomamos la ausencia de experiencias sexuales como referente, podemos afirmar que todas las personas nacen vírgenes. En ese orden de ideas, María, la madre biológica de Jesús, nació virgen, y es posible que hubiera seguido siendo virgen durante su infancia y adolescencia y, por lo que relatan los evangelios, que lo fuera inclusive durante el episodio conocido como la *anunciación*. Desde el punto de vista anatómico, y en el caso de que María hubiera nacido y crecido desprovista de himen, se puede aceptar, inclusive, que fuera virgen hasta el momento de su primera relación sexual, y hasta el momento mismo del momento del parto; sin embargo, se entiende que con el parto por vía vaginal técnicamente cesa dicho estado[1]. Por otro lado, tal virginidad anatómica no sería algo exclusivo de María pues un gran porcentaje de las mujeres carecen de himen y, aun luego de tener relaciones sexuales siguen siendo vírgenes (sólo si se aduce que no ha habido ruptura). Si ese hubiera sido el caso de María, su virginidad no tiene sentido y es una situación corriente, normal, irrelevante; algo que le puede suceder a cualquier mujer, sin necesidad de ser santa ni de haberlo buscado.
En todo caso, en el contexto sociocultural judío se entendía como virgen a la doncella que no había tenido su primera relación sexual con su esposo y, por consiguiente, que no había tenido su primer hijo (con lo cual no se habría abierto matriz). En el caso de María, al ser recibida por José como esposa y al tener a su primer hijo –lo que supone haber tenido relaciones sexuales–, se entiende implícitamente que su estado de virginidad ha cesado. Y, a decir verdad, es justamente hasta este momento donde, desde el punto de vista bíblico y médico se puede rastrear la virginidad de María.
Sintetizando, y teniendo en cuenta que la virginidad se puede entender desde varios aspectos, veamos los diferentes posibles de dicha virginidad hasta donde la misma es posible.

a) Desde el nacimiento

Anatómica: Sí, es virgen.
Ausencia de relaciones sexuales: Sí, es virgen.
Contexto sociocultural judío: Sí, es virgen.

b) Durante la infancia y la adolescencia

Anatómica: Es posible que sí, es posible que no.
Ausencia de relaciones sexuales: Es posible que sí, es posible que no.
Contexto sociocultural judío: Es posible que sí, es posible que no (se infiere, por lo que nos refieren los evangelios, que sí continuaba siendo virgen).

[1] No podríamos al que no tiene ojos decirle que no tienen ningún mal de ojos. No podríamos decirle a la mujer cuyo parto es por vía vaginal que no perdió la virginidad.

c) Hasta la anunciación

Anatómica: Es posible que sí, es posible que no[1].
Ausencia de relaciones sexuales: Sí, es virgen (*Lc 1, 26-27*).
Contexto sociocultural judío: Sí, es virgen.

d) Hasta la concepción

Anatómica: Es posible.
Ausencia de relaciones sexuales: Es posible, aunque no existe evidencia que permita probarlo. No resulta ni lógico ni propio de un matrimonio que se precia de ser modelo moral (por las prácticas sexuales que implica).
Contexto sociocultural judío: **Ya no es virgen**. Es inviable que una mujer embarazada de la época saliera a la calle a decir: «No me he acostado con ningún hombre, es del Espíritu Santo».

e) Durante la gestación

Anatómica: Es posible.
Ausencia de relaciones sexuales: Es posible.
Contexto sociocultural judío: **Ya no es virgen**.

f) Hasta el parto

Anatómica: Es posible.
Ausencia de relaciones sexuales: Es posible.
Contexto sociocultural judío: **Ya no es virgen**.

g) Después del parto

Anatómica: **Técnicamente no es virgen**[2].

[1] Es posible que María hubiera perdido la virginidad anatómica accidentalmente, pero que el relato evangélico hubiera dado mayor importancia a la virginidad moral, al hecho de no haber sostenido relaciones sexuales con hombre alguno. Esto, unido al hecho de que, de acuerdo a la percepción sociocultural judía con respecto de María, sigue siendo el de una virgen, hace viable que María ya no fuera anatómicamente virgen, pero pasar como si lo fuera.

[2] Normalmente primero hay perforación del himen y, posteriormente, apertura de matriz. Y, en el caso de un parto, con la apertura de matriz necesariamente hay perforación y ruptura del himen (en caso de que hasta ese momento no se hubiera perforado). Al ser el himen una parte de la vagina, al abrirse la vagina de María para el momento del parto, técnicamente se entiende que la virginidad ha cesado. Propongamos un ejemplo para entender mejor: Si alguien tiene dedos puede coger un vaso. Esos dedos hacen parte del brazo. Si alguien pierde el brazo, implícitamente ha de perder los dedos. Si una persona que no tiene dedos pierde el brazo, si bien es cierto que no pierde los dedos (por lo que puede decir que no perdió los dedos), por no tenerlos, la realidad práctica es la misma: No tiene dedos y no puede coger el vaso. En el caso de María, al abrir matriz implícitamente abre himen, de modo que la

Ausencia de relaciones sexuales: Es posible[1].
Contexto sociocultural judío: **Ya no es virgen**.

h) Después de tener más hijos

Anatómica: **Técnicamente no es virgen**.
Ausencia de relaciones sexuales: **Ya no es virgen**. Las situaciones reales de la época la hacen inviable, si bien, técnicamente, es posible[2].
Contexto sociocultural judío: **No es virgen**.

Realmente, lo lógico es pensar que María dejó de ser virgen desde el mismo momento de la concepción de Jesús. Si bien no es explícitamente declarado, el patrón de las concepciones indica que María hubo de sostener relaciones sexuales con un hombre para que se diera la concepción. Desde ese momento, con gran probabilidad de verdad, María dejó de ser virgen.

3.9. EL ESQUEMA DE LA ANUNCIACIÓN

En la Biblia hay varios casos que pueden enmarcarse como anuncio de la futura concepción de un hijo. Esas «anunciaciones» aparentemente tienen un patrón en el sentido de que, cada vez que un ángel anuncia la próxima concepción de un hijo, siempre es uno.

En el libro del Génesis (*Gn 18, 1-15*) Jehová[3] le comunica a Abraham que Sara –que es avanzada en edad, estéril (*Gn 11, 30*) y le ha cesado la

---

virginidad se pierde y no puede fungir como virgen. Puede decir que es virgen, pero la realidad práctica es que ya no lo es. La apertura de matriz necesariamente implica la apertura del himen y, aún en el hipotético de que María no hubiera tenido himen, la apertura de matriz indica que no es ya una virgen desde el aspecto sociocultural judío, desde el aspecto anatómico y, lo que es más, desde el aspecto moral.

[1] Si bien, como veremos más adelante, es inadmisible por razón de los argumentos probatorios que la desvirtúan.

[2] En ausencia de inseminación *in vitro* o de otros mecanismos técnicos, implicaría que el esposo de María se prestara para no tener nunca relaciones sexuales con su esposa y que eyaculara afuera. Implicaría que María se prestara a introducir con sus dedos o con algún objeto el esperma para lograr la fecundación. Dicha circunstancia, teóricamente es posible pero, por lo que sucede, en rigor, en la práctica, es imposible. Es absurdo que una pareja contraiga matrimonio para engendrar de semejante modo a sus hijos.

[3] Este Jehová es un poco extraño porque luce decididamente antropomorfo. Es un Jehová compuesto por tres hombres que, por la textura del pasaje –que no es un caso aislado– parecen diferenciarse físicamente de entre los demás hombres, como si tuvieran alguna suerte de distintivo, toda vez que Abraham los reconoce tan pronto como los ve.

menstruación– va a tener un hijo. Y, en efecto, sólo tiene un hijo, al que le ponen por nombre Isaac.

En el libro de Jueces (*Jue 13, 1-5*) un ángel de Jehová se le aparece a Manoa –cuya mujer es estéril y, eventualmente, avanzada en edad[1]– y le comunica que va a tener un hijo. Y, efectivamente, tiene a Sansón.

En el evangelio de Lucas (*Lc 1, 13-18*) el ángel Gabriel le comunica a Zacarías –cuya mujer es avanzada en edad, y aparentemente estéril (*Lc 1, 15*)– que va a tener un hijo; mismo del que, si bien no se dice que vaya a ser hijo del Espíritu Santo, sí se afirma que será lleno del Espíritu Santo desde el mismo vientre de la madre (lo cual guarda mucha concordancia con el caso de Jesús). Y, en efecto, nace Juan el Bautista.

En este mismo evangelio (*Lc 1, 26-35*), el mismo ángel la anuncia a María (que no ha conocido varón) que va a tener un hijo. Y, ciertamente, María concibe a Jesús.

En efecto, pareciera que existe en el esquema de las anunciaciones, no sólo un patrón, sino varios. Lo primero que se debe notar es que cuando el ángel dice que va a tener un hijo, lo hace referente a la próxima concepción de la mujer. Si esa misma mujer volviera a tener otro hijo, y debiera ser anunciado, lo más probable es que el mensajero se apareciera de nuevo diciendo: «he aquí que vas a concebir otro hijo», en cuyo caso, es uno. Si el ángel le dijera: he aquí que vas a concebir dos hijos, entendemos que serían mellizos o gemelos. En el caso de María, el patrón no se ratifica, sino que se rompe. Es verdad que en las anunciaciones anteriores a la de María las mujeres tuvieron únicamente un hijo, pero eso se explica fácilmente por cuanto, para el momento en que se hace la anunciación, tanto Sara[2], la esposa de Manoa y Elisabet, son estériles y avanzadas en edad. Esto explica que, con suerte, lograran tener un hijo. Y no deberíamos esperar más. Esas mujeres, cuando menos habrán de sentirse infinitamente agradecidas por haber logrado tener un hijo en momentos en que, normalmente, habría sido imposible. La infertilidad es quitada por un momento para concebir al hijo

[1] En Jue 13, 2 hallamos: «Y había un hombre de Zora, de la tribu de Dan, el cual se llamaba Manoa; y su mujer era estéril, y nunca había tenido hijos». Nótese que cuando se dice que nunca había tenido hijos implícitamente da a entender que se trata de una mujer avanzada en edad, a la que ya le había cesado la costumbre de las mujeres. De no ser así, si ella todavía se hallare en la etapa fértil, se habría dicho simplemente que «no tenía hijos».

[2] Entendemos aquí que el hecho de que la etapa fértil ya no esté presente en Sara ese una forma natural de esterilidad.

anunciado, pero luego de que es concebido, la infertilidad vuelve a estar presente ¿cómo van a concebir de nuevo? Se trata de mujeres avanzadas en edad a las que no sólo la infertilidad, sino la muerte misma les habría quitado la posibilidad de tener más hijos.

En el caso de María la situación es diametralmente opuesta, y las circunstancias en que se presenta la anunciación devienen diferentes. En el esquema de las anunciaciones anteriores las mujeres que le precedieron han tenido relaciones sexuales con la tentativa de tener hijos –de otro modo no sabrían que son estériles ni endecharían el hecho de no haber logrado tener hijos–. Si replicamos el patrón de dichas mujeres en el caso de María, llegamos a la conclusión que, de acuerdo a este, María también debió de tener relaciones sexuales con la tentativa de tener hijos. Sin embargo, María parece salirse del patrón. Y es lógico que así sea pues ella no ha tenido relaciones sexuales –las otras mujeres sí–; no ha tenido esposo propiamente dicho con quien tenerlas –las otras mujeres sí–; no es avanzada en edad –las otras mujeres sí–; no es estéril –las otras mujeres sí– y no le ha cesado la costumbre de las mujeres –a las otras mujeres sí–. Así las cosas, no parece haber ningún patrón en el caso de la anunciación a María.

Si las otras mujeres, con todos los impedimentos que tienen, lograron tener un hijo, es natural que María, libre de todos esos impedimentos, logre tener muchos más. Si una mujer infértil y avanzada en edad logra tener un hijo ¿cuántos logrará tener la fértil, joven y recién comenzando su etapa como mujer, madre y esposa? El esquema de las anunciaciones nos hace creer que María no debió de tener un solo hijo, sino varios –con lo que, ni siquiera en eso, se cumpliría el patrón de las anunciaciones precedentes–, y las circunstancias favorables en este sentido indican que así debió de ser. Luego de tener a Jesús sigue teniendo esposo, sigue siendo joven, sigue siendo fértil (las mujeres que le precedieron siguieron siendo avanzadas en edad e infértiles, razón simple por la que no pudieron tener otros hijos).

El impedimento para tener el hijo también es supremamente diferente en el caso de María y en el caso estándar de las otras mujeres. Tanto en Sara, la mujer de Manoa y Elisabet el impedimento es claro: son estériles, o les ha cesado el periodo menstrual, y son avanzadas en edad. El impedimento en María no es tan grave y sólo radica en que *no conoce varón*. Y eso, realmente no es impedimento alguno. Es decir, en el caso de las «anunciaciones» a las mujeres precedentes sí parece haber sucedido un acontecimiento especial que permite el nacimiento del hijo anunciado, pero en el caso de María no. La anunciación de María no es milagrosa, ni se opera ningún prodigio. El único impedimento de ella es que no ha conocido varón, lo que no es ningún impedimento para que lo conozca (como veremos más adelante, la

anunciación implícitamente es una llamado para que acepte conocerlo). Y no puede ser de otro modo pues no hay necesidad de que se le anuncie a una mujer joven, fértil y recién desposada que va a ser madre. Eso se presenta estulto, ridículo, sin sentido. Y ese conocimiento de varón implica presencia de relaciones sexuales, y así lo evidencia el patrón, en el caso de las otras mujeres, que debieron tener contacto sexual con sus respectivos esposos (a menos que creamos que ellas tuvieron contacto sexual con el ángel y no con sus esposos). Sin embargo, en las otras mujeres se admite el contacto sexual, pero sólo en María, contradiciendo totalmente el patrón y el sentido común, se le atribuye un hijo de un espíritu.

Aunque el patrón en la demás mujeres sugiere determinadas circunstancias prácticas común en todas ellas, en el caso de María se sugiere todo lo contrario del patrón: Las otras mujeres tuvieron contacto sexual con sus esposos para quedar embarazadas; en el caso de María se dice que no tuvo contacto sexual. Las otras mujeres no quedaron vírgenes ni se les reconstruyó la virginidad –ya la habían perdido– durante la concepción, el embarazo o luego del parto; en el caso de María, siempre que la hubiera perdido, se le reconstruyó la virginidad, aunque lo comúnmente aceptado es que no la perdió en ningún momento. En las otras mujeres la paternidad del niño no es discutida; en el caso de María sí.
Es decir, se quiere hacer de María una virgen perpetua encasillándola en el patrón de la anunciación; sin embargo, se le atribuye todo lo contrario que supone ese patrón. El único aspecto que concuerda con el patrón es el de haber tenido un solo hijo; siempre que sólo hubiera tenido un único hijo, aspecto que, inclusive, tal como hemos visto, es totalmente contrario a la situación real, práctica, orgánica y hasta metabólica de María con relación a las demás mujeres. En las otras mujeres el estadio que sigue es de infertilidad, pero en María continua la fertilidad; ella sigue siendo apta para la reproducción. Las otras mujeres ya no pueden tener hijos; María sí puede tener más hijos Y sería absurdo que, pudiendo tener más hijos, no los tuviera. En la cultura judía eso implicaba una mayor bendición e, inclusive, una mayor fidelidad religiosa. Tener hijos no era pecado para los judíos. No tenerlos, y morir siendo virgen, sí era considerado como una maldición (*Gn 16, 1-5; 30, 23; Ex 23, 25-26; Dt 7, 11-15; 1 Sam 1, 5-6; 1, 11; Jb 15, 34; Os 9, 14; Lc 1, 5-7; 1, 13-15; 1, 24-25*) y causa de lamento y lloro (*Jue 11, 38-40*).

> Gn 21, 1: Visitó Jehová a Sara, como había dicho, e hizo Jehová con Sara como había hablado.
> 2: Y Sara concibió y dio a Abraham un hijo en su vejez, en el tiempo que Dios le había dicho.

La anunciación en el caso de Sara es, cuando menos, notable. Sin duda, es todo un prodigio, muy superior a la concepción de María. Sara es avanzada en edad y estéril; María joven y fértil. En el caso de Sara es Jehová mismo quien hace la anunciación –o cuando menos una comitiva de ángeles–; en el caso de María es sólo el ángel Gabriel quien la visita. En el caso de Sara es Jehová, Dios mismo el que viene sobre Sara para producir su fecundación (si es que hemos de entenderlo e interpretarlo al pie de la letra y como lo hace la iglesia de Roma); en el caso de María es el Espíritu Santo. De acuerdo a esto tenemos que Jesús es hijo del Espíritu Santo, pero que Isaac es directamente hijo de Dios –lo cual deviene superior–. ¿Deberíamos adorar a Isaac y no a Jesús? Inclusive, en el caso de Isaac se tiene otra clemencia y se genera, de nuevo, una concepción milagrosa, pues su esposa Sara es estéril; sin embargo, Isaac ora a Dios y, acepándolo Jehová, concibe Rebeca de mellizos (*Gn 25, 21*). Con todo, en este es esquema de las anunciaciones hay algo todavía extraño, y contradictorio al estándar que se presenta en el caso de las otras mujeres: La anunciación siempre se hace a un hombre, y no a una mujer. En Mt 2, 13 es a José a quien se le aparece el ángel en sueños para indicarle que huya con María y Jesús hacia Egipto y, por las circunstancias socioculturales de aquel entonces, tenemos motivaciones que nos hacen pensar que es a José a quien debió de hacerse la *anunciación*. En efecto, en el evangelio de Mateo es a él, a José, a quien se le da el anuncio del nacimiento del niño, inclusive con la indicación expresa de que se le ponga el nombre de Jesús (*Mt 1, 18-21*). ¿Es posible que por alguna razón la anunciación, que por regla general siempre se hace al hombre, se hubiera trasladado a María para destacar su papel? ¿Posiblemente para elaborar un terreno más propicio para su papel como virgen perpetua? O ¿será que se dio para prevenirla, excepcionalmente, de alguna situación inminente? Pues ella es el único caso donde la anunciación no se hace al hombre, sino a la mujer.

Paradójicamente, la anunciación, toda vez que implica concepción y fertilidad, no es un llamado a la virginidad, sino un incentivo, un llamado inminente al apareamiento –para lograr tener el hijo anunciado–, posiblemente aprovechando las circunstancias favorables de ese momento, un breve periodo de fertilidad, etc. La anunciación no es un llamado a la abstinencia pues, evidentemente, la forma de lograr tener un hijo no es huyendo de las relaciones sexuales. Es justamente en este punto cuando las relaciones sexuales se intensifican buscando la situación más propicia para lograr la concepción[1].

[1] De esto dan buena cuenta los casos de pareja en que se hacen tratamientos de fertilidad.

3.10. LOS ESPONSALES

En el momento en que se presenta el episodio conocido como «la anunciación»[1], y por lo que se puede colegir del texto bíblico, María todavía no había tenido relaciones sexuales con José y, por consecuencia, es todavía una virgen de Israel (tal como sugiere la profecía). El error frecuente consiste en extender el estado de virginidad, sólo existente antes de *conocer varón*, hasta el momento del parto, inclusive después, cosa que no sólo es innecesaria, sino que no encuentra asiento sólido en el texto bíblico.

Lucas, al respecto, es bastante explícito:

> Lc 1, 26: Al sexto mes el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret,
> 27: a una virgen desposada con cierto varón de la casa de David, llamado José; y el nombre de la virgen era María.
> 28: Y entrando el ángel en donde ella estaba, dijo: Dios te salve, ¡oh llena de gracia! El Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres[2].
> 29: Mas ella, cuando le vio, se turbó por sus palabras, y pensaba qué salutación sería esta[3].
> 30: Entonces el ángel le dijo: María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios.
> 31: Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús.
> 32: Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David su padre;
> 33: y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.
> 34: Entonces María dijo al ángel: ¿Cómo será esto? Pues no conozco varón.

[1] La anunciación, o salutación angélica es el episodio en que el ángel Gabriel le comunica a María que ha de quedar en estado de gravidez, deviniendo luego a tener un hijo portentoso que, inclusive será llamado Hijo de Dios.

[2] No es que ella sea la única bendita entre las mujeres pues esa misma fórmula ya se había utilizado en el caso de Jael, mujer de Heber (Jue 5, 24), ni la única madre de generaciones enteras, derecho que realmente le atañe a Eva (Gn 3, 21) y a Sara (Gn 17, 16).

[3] Parece que ella no se considera todo lo que se inventó de ella después. No se considera que esté llena de gracia y, por el contrario, se turba con palabras tan extrañas. Claro, esto demuestra, por lo menos, que María tenía la virtud de la sencillez y que no se creía la madre de todo lo creado –y eso incluye al ángel que la visitaba–. Posiblemente esa sencillez y humildad habrían sido las que le sirvieron para ser contemplada como viable para ser la madre de Jesús.

> 35: El ángel en respuesta le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios.

El versículo 27 se refiere a la primera fase del matrimonio –los esponsales– en donde, si bien las relaciones sexuales eran permitidas, no era una práctica usual[1]. María estaba desposada con José, pero todavía no habían tenido relaciones sexuales –y, si partimos del hecho que José y María están observando una tradición conservadora, no las tendrían todavía–; esto, naturalmente, explica las palabras de María cuando ella pregunta *¿Cómo será esto? Pues no conozco*[2] *varón*[3]. La respuesta es simple y lógica. Ella aún no ha

[1] Aunque no era usual, los *esposos* podían mantener relaciones conyugales antes de las nupcias propiamente dichas. La misma estructura del evangelio así parece indicarlo puesto que, ante la ley, María y José habrían sostenido relaciones sexuales en periodo de esponsales, y fue permitido, no fueron castigados por ello ni se menciona cita punitiva alguna; inclusive Mt 1, 18 parece insinuar nuevamente que era permitido, si bien allí la concepción es obra del Espíritu Santo. Estas dos etapas estaban claramente marcadas en la tradición judía; evidencia de ello se encuentra en Dt 20, 7 cuando el escritor manifiesta: «¿Y quién se ha desposado con mujer, y no la ha tomado? Vaya, y vuélvase a su casa, no sea que muera en la batalla, y algún otro la tome». La Biblia de Jerusalén dice: «¿Quién se ha desposado con una mujer y no se ha casado aún con ella?».

[2] Aquí el verbo conocer significa la unión sexual entre el hombre y la mujer. La misma palabra la utiliza María para decirle al ángel (mensajero) que no conocía varón, y Mateo para decir que José no tuvo relaciones sexuales con María sólo hasta que nació Jesús –dando a entender, implícitamente, que luego sí–.

[3] Se supone que José y María estarían observando una tradición conservadora y no tendrían relaciones todavía, sino que esperarían hasta el matrimonio, y eso explicaría la pregunta de María. Pretender que la pregunta *¿cómo será esto?* sea producto de una decisión previamente tomada con respecto a no tener relaciones sexuales y mantenerse virgen es un absurdo. María, por muy aldeana que fuera, algo sabría respecto de la forma en que vienen los bebes al mundo; el mismo hecho de que hubiera aceptado desposarse con José implica que ya sabía qué le esperaba –y las mujeres eran preparadas para ello, para su papel como madres y como esposas–, después de todo un matrimonio judío no se establecía para que hicieran el papel de infértiles y célibes hasta la muerte. Defender semejante tesis es pretender que ella, de verdad, no supiera cómo vienen los bebes al mundo (extraño: las mujeres, marginadas de una educación formal no eran, sin embargo, excluidas de la educación básica de la religión judía, y esta señala, en forma escueta, la fertilidad de la mujer como bendición) y que, con la misma posible ingenuidad con la que un niño de tres años podría preguntar acerca de forma en que vienen los niños al mundo, ella hubiera preguntado al ángel *¿cómo será esto?* Entonces el ángel, en un tono romántico, similar a las explicaciones que solían dar nuestros abuelos y en las que incluían príncipes o cigüeñas, le hubiera declarado que el Espíritu Santo la cubriría con su sombra. Sin embargo, parece que María no era una ignorante sino que, tal como se puede colegir a partir de los pasajes de Lc 1, 46-55, ella sería una mujer aventajada, prudente, paciente, receptiva, y no creemos que estuviera tan despistada como para no saber ni intuir el rol de la mujer judía en el matrimonio, ni para no saber desenvolverse dignamente en ese

tenido relaciones sexuales –y, al parecer, no las tendría sino meses después, hasta cuando se diera el matrimonio formal con José –cosa que tampoco era camisa de fuerza, ni era irrevocable, tal como parece que sucedió[1]–.

La cuestión es simple: El hecho de que una mujer no conozca varón no significa que no pueda llegar a conocerlo, es decir, llegar a sostener relaciones sexuales con él. Lo que eventualmente sucede con la anunciación es que se presenta como irreverente por cuanto se plantea en período de esponsales y en un contexto de inmediatez (*Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús*); eso, unido al hecho de que hasta ese momento ella no ha sostenido relaciones sexuales, explican la turbación de María. Y es notorio que en un contexto de inmediatez debe entenderse y plantearse dado que, en su defecto, sería estulta la visita del ángel anunciando la concepción de un hijo dentro de 5 o 10 años porque, como es evidente, un matrimonio judío tarde o temprano tendría hijos. Lo normal, con la anunciación o sin ella, es que José y María tuvieran hijos, no solamente como mecanismo de prolongación de sus linajes, sino para demostrar con su progenie la bendición del Altísimo. En este sentido, y teniendo en cuenta la existencia inobjetable de las dos fases del matrimonio judío, llegamos a la conclusión lógica de que el pasaje del evangelio de Lucas, en sentido estricto, no aporta ninguna prueba ni descubre nada nuevo dado que, aunque María estaba desposada con José, aún no habían sostenido relaciones sexuales; probablemente querrían esperar un poco más, quizás seguían la tradición conservadora y esperarían a consumar el matrimonio con el desposorio propiamente dicho.

Sin embargo, tal como hemos expuesto, la anunciación podría tener otra lectura. Si tenemos en cuenta la necesidad apremiante de que naciera el

---

entorno. Sin duda, ella sí sabe como vienen los bebes al mundo porque dice *no conozco varón*; ella sabe perfectamente que los niños nacen de la unión sexual entre hombre y mujer. Lo único que indica todo esto es que María y José, quizás, se habrían puesto de acuerdo en no juntarse sexualmente hasta tanto no se contrajeran matrimonio. Eso es todo. Pensar que María desconoce que la multiplicación de la especie es una forma de bendición y, aun más, pensar que ella ignora cómo nacen las personas (sólo por defender una virginidad orgánica, desde todo punto irrelevante), es pretender hacer de María una tarada pues, estando desposada, no sólo ignoraría los fines del matrimonio judío, no sólo ignoraría cómo vino ella al mundo y, por extensión, cómo vienen las otras personas al mundo; no sólo no habría reconocido su cuerpo, no sólo ignoraría el entorno socio-cultural en que se desenvuelve, sino que se habría mostrado lerda en captar las tradiciones y las enseñanzas religiosas judías. Una mujer no muy inteligente y, sobre todo, con una ingenuidad a prueba de tontos.

[1] María estaba desposada con José, lo que implicaba un preacuerdo nupcial (lo que en nuestros días sería algo así como haber pedido la mano y haber dado el anillo de compromiso), por consiguiente contraerían nupcias en un momento determinado, deviniendo con ello las relaciones sexuales, si es que no se daban antes.

salvador del mundo, la anunciación es un mecanismo para disuadir a María de que permita a José llegarse a ella y tener relaciones sexuales (en el caso de que José quisiera unirse a ella, pero ella no). Es claro que existe un tácito voto de castidad de María[1] –es decir, un acuerdo para seguir una tradición conservadora–, al menos hasta el matrimonio propiamente dicho, pero María, en el caso de que existiera un voto de castidad temporal, con la expresión: «hágase conmigo conforme has dicho» (*Lc 1, 38*) tan pronto como el ángel le anuncia que va a quedar embarazada, implícitamente da a entender que el mismo queda disuelto por un imperativo superior. Es decir, en el caso de que hubiera existido un voto de castidad temporal por parte de María, ella misma se encarga de anularlo cuando que el ángel le anuncia que va a quedar embarazada (pues ella acepta); y eso que implica que José, o alguien, más se llegue a ella para sostener relaciones sexuales con ella.

Ese contexto de inmediatez deviene, inclusive, como un método para prevenir a la mujer de lo que va a suceder de forma inminente, un anuncio para que no tema porque el Espíritu Santo la va a acompañar durante ese episodio. Pero ¿por qué habría la Providencia de acompañarla en ese trance? ¿Acaso para María era una situación adversa o dramática? ¿Por qué le dice el ángel que no tenga miedo? (*Lc 1, 30*). Avenimos en que María había hecho un voto de castidad y quería llegar al matrimonio propiamente virgen, lo que

[1] Ese voto de virginidad duraría hasta el momento en que se consumara el matrimonio con José. Ella habría convenido en no tener relaciones sexuales hasta ese momento; es decir, se trata de un voto de virginidad no perpetuo, ella quería llegar virgen al matrimonio. Eso es todo. El pasaje de Lucas en el que ella expresa: «no conozco varón» (Lc 1, 34), en griego επει ανδρα ου γινωσκω (epeì ándra ou gignósko) puede interpretarse como un presente de repetición o consuetudinario con sentido de intención al estilo de «no fumo» o «no bebo», pero esto sería tanto como decir: «compré una cajetilla de cigarrillos porque no fumo» o «adquirí una botella de licor porque no bebo». Y en caso de María: «me conseguí un esposo porque no conozco varón». En otras palabras: Me casé porque no quiero tener relaciones sexuales. Ahora bien, si tomamos ese no conozco varón como un presente de repetición vemos que el mismo no implica tampoco que esto vaya a suceder realmente en forma indefinida. Es decir, si alguien dice «no fumo», en efecto, manifiesta una intención en el momento presente; pero no significa que se vaya a cumplir cuando quizás alguien le pase un cigarro y le insista lo suficiente. Así las cosas, ese «no fumo» es sólo una intención (puede que esa persona hubiera fumado en el pasado, pero en el momento presente ya no lo hace, o tiene la intención de no hacerlo). Cuando María expresa su intención de no conocer varón –si es que la expresa, o si es verdad que ella tuvo tal intención– (puede que hubiera mantenido relaciones sexuales en el pasado, pero en el momento presente ya no las mantiene, o tiene la intención de no mantenerlas) no significa que no vaya a tener relaciones sexuales o que no vaya a conocer varón cuando su esposo la tome para consumar el matrimonio. Y, en efecto, vemos que eso fue lo que sucedió por cuanto resultó embarazada. No conocer varón es sólo una intención que, de sobra, hemos de entender que era sólo hasta el momento del matrimonio propiamente dicho.

habría supuesto un acuerdo con José para observar una tradición conservadora. Es claro: No tendrían relaciones sexuales hasta el matrimonio; pero entonces, ¿qué sucedió con José? ¿Acaso, en un instante de ebriedad, se olvidó de su compromiso y se llegó a María, violentándola? Entonces el «no temas» de la anunciación cobraría sentido.

> Mt 1, 18. El nacimiento de Jesucristo fue así: Estando desposada María su madre con José, antes que se juntasen, se halló que había concebido del Espíritu Santo.
> 19. José su marido, como era justo, y no queriendo infamarla, quiso dejarla secretamente.
> 20. Y pensando él en esto, he aquí un ángel del Señor se le apareció en sueños, diciendo: José, hijo de David, no temas de recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es.
> 21. Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.
> 22. Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta, cuando dijo:
> 23. He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emmanuel, que traducido es: Dios con nosotros.
> 24. Y despertando José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer.
> 25. Pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y le puso por nombre JESUS.

En la Biblia de Jerusalén el pasaje de Mt 1, 18 es traducido así: «Su madre, María, estaba desposada con José y, antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo» (La versión de la editorial Herder, 1964, lo traduce como «antes de que conviviesen»). Esto es importante porque una lectura errada podría hacernos caer en el error de pensar que María habría quedado embarazada antes de unirse sexualmente con un hombre. Lo que realmente nos indica el texto es que quedó embarazada antes de convivir formalmente con José. En otras palabras, quedó embarazada en la fase de esponsales, antes de efectuar las nupcias propiamente dichas; antes de que el esposo llevara a vivir a su esposa con él. Ahora bien, en este punto el evangelio de Mateo atraviesa dos puntos neurálgicos. En el primero, el evangelio asegura que el hijo que espera María es del Espíritu Santo –lo que pareciera querer esconder la identidad del verdadero padre– (volveremos luego sobre este asunto, si bien es cierto que esto puede interpretarse en un contexto simbólico). En el segundo, José, de una u otra forma se entera o se da cuenta pero, «como es justo», decide dejarla secretamente (trataremos aquí este aspecto parcialmente y volveremos luego sobre este asunto).

En lo que respecta a la fecundación, es posible inferir que se dio en algún momento –muy próximo por cierto– luego de la «anunciación», tal como era posible esgrimir a partir de la versión de Lucas y como ya habíamos hecho notar. El inconveniente natural en esta atípica fecundación debió aflorar cuando José se percata de que María está embarazada o cuando María le advierte a José que el hijo que espera es obra del Espíritu Santo[1]. Lo más normal es que José hubiera dudado; en efecto, lo más natural es que no sólo José hubiera dudado, sino que cualquier hombre, ante tal afirmación, considere seriamente la veracidad de que su novia o esposa ha quedado embarazada por el Espíritu Santo, planteándose inclusive la posibilidad de que bajo dicha inverosimilitud se pretende esconder una infidelidad. ¿Cree usted, novia o esposa, que alguna vez pueda llegar a quedar embarazada por el Espíritu Santo? ¿Cree usted, esposo o novio, que su compañera puede mañana llegar a quedar embarazada del Espíritu Santo?

En el caso de José es cierto que existe un atenuante por cuanto en un sueño se le advierte que no tema recibir a su esposa y al niño. Nótese, sin embargo, que el texto en ningún momento dice que el niño sea de José[2] ni fuerza a José con alguna expresión como: *José, el hijo es tuyo*. Lo que es apenas normal. Es evidente que el hijo no es de José, pero entonces ¿de quién? ¿Del Espíritu Santo? El sueño persuade a José de recibir a María, pero no de que el hijo sea de él. De hecho, el sueño ratifica que no es de él, y así lo confirma la posición que asume en Mt 1, 19.

> Mt 1, 19. José su marido, como era justo, y no queriendo infamarla, quiso dejarla secretamente.

José, presumiblemente alterado, está convencido que el hijo que espera María no es suyo por cuanto él no ha tenido relaciones sexuales con ella (lo que implica que no la ha violentado ¿entonces, qué ha sucedido?). Las implicaciones son, cuando menos notorias. Esto significaría que María habría mancillado su lecho fornicando en la casa de su padre y dejándolo, no sólo a él sino a José, en ridículo. El libro del Deuteronomio explica el procedimiento normal a seguir en estos casos.

> Dt 22, 23: Si hubiere una muchacha virgen desposada con alguno, y alguno la hallare en la ciudad, y se acostare con ella;

[1] Los evangelios apócrifos son prolijos en narrar esta situación, en la que es José quien advierte que María se encuentra en estado de embarazo.

[2] Lo cual es apenas lógico. Si el evangelio dijera que José no tuvo relaciones sexuales con María, pero que ella quedó embarazada, la situación sería totalmente diferente.

> 24: entonces los sacaréis a ambos a la puerta de la ciudad, y los apedrearéis, y morirán; la joven porque no dio voces en la ciudad, y el hombre porque humilló a la mujer de su prójimo; así quitarás el mal de en medio de ti.

Si José se hallaba herido en su honor, en su hombría y alterado psicológicamente por el eventual adulterio de María, el hecho de que no quisiera dejarla secretamente se presenta irrisorio y totalmente contradictorio. Para un buen judío, justo habría sido el cumplimiento de la ley y no el hecho de convertirse en cómplice del delito. José, al encubrir un acto contrario a la ley judía, la delinque también y, de acuerdo a esta, pasa a ser todo, menos justo. Esto es similar a que alguien viera a una persona matar a otra, pero no denunciar a las autoridades por temor a que estas encarcelen al asesino o, inclusive, lleguen a sentenciarlo a la pena de muerte. De seguro el encubridor no es ni justo, ni buen ciudadano, ni ético y, no contento con esto, se convierte también en secuaz y copartícipe del delito. No creemos, sinceramente, que un tipo de ciudadano así deba recibir ningún tipo de aplauso o reconocimiento. En el contexto legal y religioso judío esto no es una exageración, sino que el adulterio era considerado un delito mayor y era condenado con la pena de muerte mediante lapidación (*Dt 22, 23-24*). Un hombre justo –de acuerdo al concepto judío– y, sobre todo, herido en sus sentimientos, no habría permitido que su esposa adulterara y fornicara en su lecho, mancillando su honor y echando por el piso su matrimonio.

Pero la cosa no termina ahí, pues también afirma el evangelio de Mateo que José, no queriendo infamarla, quiso dejarla secretamente[1]. La pregunta es ¿se puede dejar secretamente a una mujer embarazada, luego de haberla desposado? Puede que los parientes más próximos no supieran de su estado de embarazo, pero sí sabían que se habían desposado. Y lo inocultable vendría luego, cuando José la dejara plantada y cuando el vientre de María creciera un poco más y, en un extremo, cuando tuviera que criar a su hijo sin la presencia del padre. Pero hay evidencia todavía más explícita en el sentido de que difícilmente José habría podido haberla dejado secretamente. Cuando un hombre desposaba a una mujer se celebraba un contrato prenupcial, o «shitre erusin», que sólo podía ser revocado por una separación legal mediante la carta de divorcio, o «guet»[2]. Para que José pudiera dejarla debía

[1] Una traducción más ortodoxa diría que quiso darle el «guet» en privado. Aun así, la humillación persiste porque el vientre de María crecía y, eventualmente, se haría inocultable.

[2] Según la ley judía (la Halajá), en tanto que una mujer no reciba el guet se considera casada (aunque tenga el divorcio civil), y convivir con otro hombre es considerado como adulterio.

darle carta de repudio –el mismo libelo o carta de divorcio– (*Dt 24, 1*) y exponer claramente las razones que le impelían a ello (normalmente las mismas expuestas en *Dt 22, 13-21*). Y nos preguntamos ¿no queriendo infamarla, quiso dejarla secretamente? La cuestión es simple: No podía, por obviedad de las circunstancias, dejarla secretamente. La cuestión es simple: Sólo podía dejarla abiertamente, y no podía dejarla sin que ella resultara infamada.

Ahora bien, en el hipotético de que María permaneciera virgen luego de haber quedado embarazada, la ley judía le permitía defenderse presentando las pruebas de su virginidad. Si José no había tenido relaciones conyugales con su esposa no tenía por qué descorazonarse por cuanto le asistía el derecho de comprobar que ella permanecía virgen. Y María podía, como lo establece Dt 22, 13-17, presentar las pruebas al consejo de ancianos[1].

> Dt 22, 13: Cuando alguno tomare mujer, y después de haberse llegado a ella la aborreciere,
> 14: y le atribuyere faltas que den que hablar, y dijere: A esta mujer tomé, y me llegué a ella, y no la hallé virgen;
> 15: entonces el padre de la joven y su madre tomarán y sacarán las señales de la virginidad de la doncella a los ancianos de la ciudad, en la puerta;
> 16: y dirá el padre de la joven a los ancianos: Yo di mi hija a este hombre por mujer, y él la aborrece;
> 17: y he aquí, él le atribuye faltas que dan que hablar, diciendo: No he hallado virgen a tu hija; pero ved aquí las señales de la virginidad de mi hija. Y extenderán la vestidura delante de los ancianos de la ciudad.

Las señales de la virginidad consistían en un lienzo con manchas de sangre procedentes de la ruptura del himen en la noche de bodas (guardado celosamente por los garantes de la novia). Es verdad que María no tendía, por lo tanto, dicho lienzo por cuanto su matrimonio no se había consumado, pero tenía algo mejor. Ella podía comprobar su virginidad de facto e, inclusive, presentar un lienzo en el preciso momento de la audiencia, con lo que quedaría exenta de beber las aguas amargas (*Nm 5, 12-28*). En todo caso, lo cierto es que ni María presenta las pruebas ni José las pide. ¿Por qué? ¿No las había acaso? Finalmente José es disuadido de recibirla mediante el mandato imperioso del ángel (*Mt 1, 19-21*).

[1] Aún sin esa ley ella podía presentarle a José las pruebas en una forma privada, después de todo estaban desposados y ella no le era algo ajeno ni desconocido.

3.11. LA CONCEPCIÓN

El matrimonio judío de los tiempos de Jesús estaba divido en dos etapas: los esponsales y el casamiento, o matrimonio propiamente dicho. Para un hombre era más apetecible casarse con una virgen, si bien, para efectos de la dote, se tasaba en un valor mucho más alto que el matrimonio con una mujer que no fuera virgen. Para efectos de entender el evangelio es preciso dividir a las mujeres de Israel en dos tipos: vírgenes y no vírgenes. Jesús, tal como nos indican los textos, nació de una de las vírgenes.

> Is 62, 5: Pues como el joven se desposa con la virgen, se desposarán contigo tus hijos[1].

Desposarse con una virgen era lo normal, lo acostumbrado; y la honra para la mujer era llegar virgen al matrimonio. José, al desposarse con la virgen María, no hacía nada extraordinario, y simplemente seguía la tradición –lo escandaloso habría sido desposarse con una mujer que no fuera virgen–. Lo que sucedió después fue que, antes de que convivieran, es decir, antes de que se celebrara el matrimonio propiamente dicho, ella quedó en estado de embarazo, se dio la concepción. Eso es todo. En periodo de esponsales ya eran considerados como esposos pudiendo, inclusive, tener relaciones conyugales, de modo que dicho estado les confiere los mismos derechos del matrimonio, aunque no vivan todavía en la misma casa. Aparte de esto no hay nada extraordinario. Lucas habla de una virgen desposada con un varón (Lc 1, 26-27) a la que alguien, al parecer «un ángel», le anuncia su próxima concepción. El apelativo de virgen en estos casos es muy natural y nadie se opone a él por el hecho que esto implique la antinatural noción de ideas que retan el natural metabolismo y anatomía de la mujer. Inclusive, en el mismo texto bíblico (*Ex 22, 16-17*) se expone el caso en que una mujer que, aunque había perdido la virginidad, funge como virgen y es tratada, en cuanto a la dote, como una virgen.

En el libro de Levítico encontramos que una de las prescripciones para los sacerdotes era tomar una virgen por mujer.

> Lv 21, 13: No [el sacerdote] tomará viuda, ni repudiada, ni infame ni ramera, sino tomará de su pueblo una virgen por mujer.

[1] Los hombres judíos se casaban jóvenes y, por lo normal, se desposaban con una virgen. José y María debieron de contraer matrimonio, presumiblemente siendo muy jóvenes, principalmente María que, si nos atenemos al estándar entre la cultura judía, habría de tener no más de trece años.

Joachim Jeremias, al respecto, nos indica:

> En el AT se prescribía que el Sumo Sacerdote debía tomar por mujer a una joven virgen; no podía casarse con una viuda, ni una divorciada, ni una violada, ni una prostituta (Lv 21, 13-15). La exégesis rabínica interpretaba esta prescripción limitando el concepto de virgen a la joven que tenía entre doce y doce años y medio[1] [*Yeb VI, 4*].

Las implicaciones de esto son sorprendentes pues, aunque se infiere que una joven de esta edad es virgen, no es algo necesariamente exacto. De acuerdo a la interpretación del Rabí Eleazar y el Rabí Simeón –conforme a lo que nos sigue indicando Jeremías–, la joven que hubiere perdido, aun cuando fuera por accidente los signos de virginidad, no debía contarse como virgen; sin embargo, esto sería un tecnicismo pues, para las masas que no lo supiesen, la joven entre doce y doce años y medio era considerada como virgen por el sólo hecho de estar en ese rango de edad. Esto, en gran parte, explica los términos de «almah» (mujer joven, doncella) y «betulah» (virgen) que aparecen en la profecía de Isaías.

> Is 7, 14: Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel.

En el texto se utiliza la palabra hebrea «almah», y no «betulah», que debe entenderse como doncella, o como mujer joven; es decir, el profeta no se refiere a María como virgen en forma explícita, en forma anatómica, sino que, al ser joven, se infiere que ha de ser virgen, toda vez que esa doncella habrá de encontrarse en el rango de los doce y los doce años y medio (lo que originó que se utilizara el término de virgen por los traductores)[2]. Pero hay todavía más. Si María no hubiera perdido todavía la virginidad, en efecto, es una "virgen que ha de dar a luz". La mayoría de las mujeres han pasado por esto. Realmente, todas las madres han pasado por esto, de modo

[1] JEREMIAS, Joachim. Jerusalén en tiempos de Jesús. Trad. J. Luis Ballines. 2 ed. Madrid: Ediciones Cristiandad, 1980. p. 174.

[2] Cerca del siglo III a.C. los textos hebreos comenzaron a ser traducidos al griego, en lo que se conoce como la Versión de los Setenta, o Biblia griega de los LXX; en ella la palabra hebrea doncella (almah) fue traducida como virgen (parthenos); posiblemente porque –como hemos señalado– al dicho término (almah) hacer referencia a una niña (doncella, mujer muy joven, menos de trece años), se suponía virgen. Y quizás los traductores no querían tampoco darle al nuevo término una connotación en la que se excluía radicalmente cualquier experiencia sexual o deterioro del himen. Serían las lecturas e interpretaciones posteriores las que harían de la genitalidad de María una malformación.

que en algún momento fueron eso, "vírgenes que habrían de dar a luz". Esto, por supuesto, no disminuye en nada el papel de María; simplemente se trata de que no hay necesidad de imaginarla con alguna rareza en su sexualidad para rendirle culto o reconocerla en toda su majestad.

3.12. EL MATRIMONIO PROPIAMENTE DICHO

Si José no recibió a María como mujer ni consumó el matrimonio es aceptable inferir, entonces, que vivieron juntos violando la ley judía y la ley Divina, en concubinato.

Algunas comunidades judías como los esenios se mantenían célibes –si bien no era una regla invariable[1]–. Esto, aunque podría interpretarse en algunos casos como un deseo de conservar la virginidad sometiéndose a los votos del celibato –en el caso de los esenios–, deviene inviable y resulta totalmente fuera de contexto en el caso de las demás comunidades religiosas judías. Y María, siempre que se demuestre lo contrario, hacía parte de alguna de las otras comunidades religiosas judías.

Entre los judíos una mujer no se casaba para permanecer como una estéril, no se casaba para no mantener relaciones conyugales; de modo que esas

[1] Flavio Josefo, en Las guerras de los judíos (L. II, Cap. VII), señala que algunos esenios consienten el matrimonio, si bien tardan tres años en unirse sexualmente con sus mujeres. Esto es muy similar a algunas comunidades budistas que, en efecto, se mantienen célibes, aunque, eventualmente, y a fin de cumplir una misión superior, algunos de ellos contraen matrimonio. Al respecto, [Mingyur] Rinpoché, un monje budista de la orden Kayupa –en el documental El Laberinto del Tíbet, capítulo 4 (Canal +, 1999)–, expresa textualmente:

> Al practicar el Tantra, mentalmente nos familiarizamos con las consortes; eso no quiere decir que todos los practicantes de Tantra tengan que tener una mujer, eso es algo que sólo está permitido a personas que alcanzan mucho nivel en su práctica; estas personas, cuando llega el momento, a través de sueños y predicciones de varios budas, reciben la indicación de qué tipo de mujer está preparada para unirse a ellos. Con estos lamas se hace una excepción porque les ha llegado la ocasión de transformar su naturaleza ordinaria en naturaleza divina.

El documental termina de señalar:

> Los tibetanos creen que además Buda transmitió, antes de morir, a sus discípulos otra serie de enseñanzas secretas: Los Tantras, una vía esotérica a la iluminación, inaccesible para la gran masa de creyentes a la que se dedican por entero y durante toda su vida los monjes [...] En el orgasmo tántrico no hay eyaculación, es una vía para liberarse del deseo, para alcanzar "la Realización Espiritual"; acabar con el sufrimiento mediante la renuncia al deseo es el gran mensaje redentor del budismo, a lo que el Tantra ha aportado una original variación: dominar el deseo a través del deseo mismo.

peregrinas ideas que el deseo premeditado de María era permanecer virgen para siempre son poco menos que un ridículo. Si tal hubiera sido su deseo no habría aceptado desposarse con José, no habría formalizado su matrimonio con él. En todo caso, si deseaba conservar la virginidad, uno no puede menos que deplorar su falta de tacto al escoger la peor estrategia.

> Mt 1, 24. Y despertando José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer.
> 25. Pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y le puso por nombre JESÚS.

Cuando se indica que José *recibió a su mujer* significa que se llevó a cabo el matrimonio[1] propiamente dicho –ella pasaba de vivir en la casa de su padre a vivir en la casa de su esposo– y que lo consumó (bien que lo consumara de inmediato o después; por Mt 1, 25 conocemos que no fue en ese momento sino que esperó a que naciera Jesús). Parece que el hecho de que un hombre dejara embarazada a una mujer desposada lo obligaba a anticipar el matrimonio o, cuando menos, a recibir de inmediato a su mujer[2]. Sabemos que la concepción se dio en el periodo de esponsales, tiempo después de la anunciación. El periodo normal de esponsales era de doce meses, lo que nos hace pensar que la anunciación tuvo lugar durante los primeros meses de los esponsales y la concepción propiamente dicha quizás hacia la mitad de este periodo, cerca de los seis meses. Sin embargo, José recibe a María como esposa antes de nacer el niño, lo que significa que los esponsales pudieron haber durado ligeramente un poco menos, apremiados por el estado de María. En el hipotético de que la concepción se hubiera dado a los tres meses de haberse prometido como esposos, nueve meses después, y al año exacto de los esponsales, habría nacido el niño. Es decir que aproximadamente al tercer mes de embarazo de María, y sexto mes de esponsales, José debió de percatarse del estado de embarazo de su esposa prometida. Y parece que esto lo pone en una situación de decisión urgente en la que debe recibir o repudiar a María, siendo la decisión final la de recibirla como mujer[3].

---

[1] Las relaciones sexuales en el matrimonio no eran algo opcional. Inclusive, era la unión sexual lo que sellaba en forma definitiva el vínculo matrimonial. Si María no hubiera tenido relaciones sexuales con José no habrían sido esposos pues, en este caso, el matrimonio no se habría concretado, lo que para ese entonces era entendido como un fundamento civil y religioso indiscutible.

[2] Lucas, estando María viviendo con José, todavía los pone como desposados (Lc 2, 4-5).

[3] Pero inclusive aquí se revela un contrasentido. Tomar mujer, en el lenguaje bíblico, es consumar el matrimonio –y sólo se consuma mediante la unión sexual–. Así lo hizo David

> Mt 1, 25: Pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y le puso por nombre JESÚS.

Las relaciones sexuales entre esposos prometidos se darían, eventualmente, durante los esponsales (si bien no siempre sería así), pero inequívocamente se acometerían una vez efectuado el matrimonio propiamente dicho. En cuyo caso «la pareja era conducida a la habitación nupcial (*cheder*) y al lecho nupcial (*chuppah*)»[1]– La unión sexual consumaba finalmente el matrimonio, y el esposo se llegaba de inmediato a su mujer (*Gn 2, 24; 29, 21-25; Dt 20, 7; 21, 10-13; 22, 17*). Era uno de los momentos más esperados; inclusive, en muchas ocasiones el unirse sexualmente a la mujer era aceptado como haberla tomado por mujer, asimilándose indistintamente el uno por el otro.
El evangelio de Mateo es bastante radical al afirmar que José no la conoció, es decir, que no se unió sexualmente a María, hasta el momento en que nació Jesús. Esto significa que, aun cuando se celebró el matrimonio propiamente dicho y José la recibió en su casa como mujer; y aun cuando lo normal era llegarse sexualmente a ella tan pronto sucedía el matrimonio, él no la penetró aún –quizás para respetar su estado de gravidez–, sino que esperó a que naciera Jesús para conocerla y sellar, consumar definitivamente el matrimonio[2]. Es decir, mientras María estuvo en embarazo, José no tuvo relaciones maritales con ella.

3.12.1. No la conoció hasta que nació Jesús

En el ámbito de las relaciones conyugales entre María y José el propio evangelista deja el asunto sentenciado cuando afirma: «Y no la conoció hasta que ella dio a luz un hijo, y le puso por nombre Jesús» (Mt 1, 25); lo que naturalmente supone que, luego de haber nacido Jesús, sí la conoció; es decir, sí mantuvieron relaciones maritales. Si José no hubiera recibió a María como mujer ni hubiera consumado el matrimonio es aceptable inferir, entonces, que vivieron juntos violando la ley judía y la ley Divina, en concubinato. Sin embargo, el hecho de que no exista un pasaje en la Biblia en donde lo cite en forma expresa es porque simplemente resulta obvio y, mencionarlo, deviene como innecesario y hasta torpe. En muchos de los

---

cuando tomó a la mujer de Urías el heteo. (1 Sam 11, 4). Lo que el evangelista eventualmente quiere expresar es que José respetó el tiempo de gestación, durante el cual –y según la tradición hermética que hemos recibido– no debe el iniciado llegarse a la mujer.

[1] EDERSHEIM, Alfred. Sketches of Jewish social life in the days of Christ. Op. cit.

[2] El evangelio, implícitamente, da a entender que luego del nacimiento de Jesús, el matrimonio se consumó.

matrimonios que nos refiere la Biblia no hallamos algún pasaje en los se mencione en forma expresa que hubieran tenido relaciones sexuales, pero nadie piensa que realmente no las hubieran tenido pues las mismas están implícitas en el matrimonio mismo y éste, inclusive, no se encuentra consumado sin ellas –lo que le habría quitado a José su rol como esposo. Si eso hubiera sucedido así, verdaderamente no habría podido hablarse de una familia, sino de una madre soltera cabeza de familia–. Sin embargo, las cosas no suceden así, José y María estaban casados, habían contraído matrimonio, y con esto el asunto queda resuelto. La Biblia, con respecto a las relaciones sexuales, simplemente nos dice hasta qué punto no las tuvieron.

> Mt 1, 24. Y despertando José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer.
> 25. Pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y le puso por nombre JESÚS.

Aun cuando la expresión "*hasta que*" –εωσου o εως̣ου, ewsou, en griego– implica, en la mayor de las veces, un cambio en la condición expresada luego de un momento determinado (no citaremos los casos en los que se presenta pues son muchos), no siempre sucede de este modo.

3.12.2. Aplicabilidad de la expresión "hasta que"

El evangelio implícitamente da a entender que luego del nacimiento de Jesús, el matrimonio se consumó. Algunos, a pesar de ello, indican que el evangelio no dice textualmente que después de nacer Jesús, José se hubiera allegado María, lo cual es tan irrisorio como pensar que José nunca se puso ropa sólo porque la Biblia no lo dice. Si alguien dijera: «no comió hasta que se lavó las manos», significa que, una vez que se lavó las manos, procedió a comer. Es incorrecto pensar que, aún luego que se lavó las manos, no volvió a comer; como también incorrecto pensar que antes de lavarse las manos nunca antes había comido. La única salvedad inicial a este tipo de proposición sería la que exponga un fin insalvable que impida la continuidad de aquello que se propone, por ejemplo: «no comió hasta el día de su muerte». Pero analicemos en asunto más detenidamente. Si bien es verdad que en ocasiones la expresión *"hasta que"* puede tomarse con una continuidad de tiempo ininterrumpida, la misma construcción gramatical se esfuerza en mostrarlo en esos casos, cosa que no ocurre en el pasaje de Mt 1, 25. Dicha expresión solo adquiere tales particularidades en cuatro casos específicos.

- Cuando se menciona un acontecimiento imposible o un fin remoto (se utiliza necesariamente el tiempo futuro)

- Cuando se asocia hasta el momento de la muerte, incluida la vejez
- En algunas ocasiones, cuando la proposición proviene de Dios (se plantea en tiempo futuro)
- Cuando la misma implica disminución o pausa temporal de la acción mencionada.

Cuando se menciona un acontecimiento imposible o un fin remoto (se utiliza necesariamente el tiempo futuro)

> Sal 72, 7: Florecerá en sus días justicia [aparentemente en los días de Salomón], Y muchedumbre de paz, hasta que no haya luna.
>
> Mt 28, 20: […] he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.
>
> 1 Cor 15, 25: Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies.

En estos pasajes se plantea, ya bien un acontecimiento imposible, ya bien un acontecimiento remoto e, inclusive, un acto futuro acompañado de imprecación. Si una persona le dijera a otra que la amará hasta que la luna se vuelva azul, pretende comunicarle que la va a amar siempre, independientemente si en un futuro la luna pudiera volverse azul o no. Aquí se propone, también, un fin remoto que supera el límite de la vida humana, lo que significa que la va a amar durante todos los días de su vida.
En el segundo caso, cuando Jesús dice que no habrá de abandonar a los apóstoles hasta el fin del mundo claramente les expresa que no los va a abandonar nunca, durante toda la vida –el fin del mundo sobrevendría después de lo que habrían de vivir ellos– (lo que, indudablemente, ha de animarles en su misión evangelizadora). Si una persona le dice a otra que la va a querer hasta el fin del mundo implícitamente le indica que la va a querer siempre, durante todos sus días. No menor cosa ocurre en el pasaje de 1 Cor 15, 25 y, en donde el hecho de que se mencione a futuro hace imposible que aplique para el pasaje de Mt 1, 25, que se refiere en tiempo pasado y en donde la sentencia no es más ni menos válida porque vaya acompañada de imprecación o amenaza alguna.

Cuando se asocia hasta el momento de la muerte, incluida la vejez

> 2 Sam 6, 23: Y Mical hija de Saúl nunca tuvo hijos hasta el día de su muerte.
> (V. a. Gn 3, 19)

Si bien aquí no hallamos el *"hasta que"*, es perfectamente lícito decir: «nunca tuvo hijos hasta que le llegó la muerte», y obtenemos el mismo resultado. Y es un caso de excepción, similar a que si se dijera: «y no comió hasta que murió». Lo que, evidentemente no implica que luego de que murió si hubiera comido. Al encontrarse la sentencia en tiempo pasado es perfectamente válida para el pasaje de Mt 1, 25 –que se encuentra también en tiempo pasado–. El evangelista podría perfectamente haber utilizado esta forma.

En algunas ocasiones, cuando la proposición proviene de Dios (se plantea en tiempo futuro)

> Gn 28, 15: He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho.
>
> Sal 110, 1: Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.

En estos casos se propone una situación de *no abandono* por parte de Dios, se pretende infundir confianza a la persona que lo necesita. Hasta el momento en que se indica Dios no abandonará a la persona a la que se lo promete. Esto no implica que después deba abandonarla. Lo normal es que si esa persona sigue siendo recta ante él, no habrá de abandonarla luego; caso contrario podría abandonarla, tal como pasó en el caso de Salomón. Este contexto, consideramos, que es apenas comprensible.

Cuando la misma implica disminución o pausa temporal de la acción mencionada

> Is 7, 15: Comerá [el Mesías] mantequilla y miel, hasta que sepa desechar lo malo y escoger lo bueno.

En este último aspecto, no implica que cambie diametralmente la acción que se viene mencionando, pero sí que la misma sufre una disminución considerable hasta el punto en que desaparece o puede llegar a desaparecer. Es decir, no implica que, una vez que el mesías supiera desechar lo malo y escoger lo bueno, dejara, de inmediato y en forma inexorable, de comer mantequilla y miel, sino que quizás se daría en forma menor hasta, eventualmente, llegar a desaparecer[1].

[1] En este caso el versículo tiene cierto sentido metafórico y plantea el hecho de que una vez que el mesías venciera a la naturaleza maligna se alimentaría de alimento sólido, y no con alimento de niños (Cf. He 5, 12-14).

> Hch 8:40: Pero Felipe se encontró en Azoto; y pasando, anunciaba el evangelio en todas las ciudades, hasta que llegó a Cesarea.

Esto implica que aquí hubo una pausa, un receso temporal (cosa similar ocurre en *Hch 23, 12-14, 21*), una disminución de la actividad reseñada. Cuando Felipe llegó a Cesarea no siguió anunciando el evangelio en todas las ciudades posiblemente porque ese era el destino final de su gira evangelizadora; sin embargo no significa, en el contexto general que luego de esto ya nunca jamás hubiera vuelto a evangelizar.

3.12.3. La expresión "hasta que" en Mt 1, 25

Salvo estas precisiones, o cuando expresamente se indique un tiempo sin fin, todas las veces en las que se utiliza la formula *"hasta que"* se realiza el cese de la acción que se viene realizando y se genera, inclusive, una acción opuesta. En ese orden de ideas notamos que el pasaje de Mateo (*Mt 1, 25*) no cumple con ninguno de los criterios ya vistos y que son susceptibles de mantener la acción previa hasta el *"hasta que"*.

1. No se indica mediante un acontecimiento imposible o un fin remoto (en cuyo caso se requiere que la oración esté estructurada en tiempo futuro, cosa imposible para Mt 1, 25, que se encuentra en pretérito). En este caso la oración debería estar estructurada en una forma como: *y José no la conocerá hasta que el sol desaparezca.*

2. Tampoco se indica que no la hubiera conocido asociando dicho evento a la muerte de alguno de los dos. Para que tal salvedad pudiera ser avalada el versículo debería haber dicho: *y no la conoció hasta el día de su muerte*. Otra variante podría haber sido la reseñada en Gn 3, 19 cuando se expresa:

   > Gn 3, 19: Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás.

   Es decir, todos los días de la vida, hasta cuando llegue la muerte. Nótese que en el pasaje de Mateo no se dice: *Pero no la conoció hasta que volvió a la tierra*, forma gramatical que, consideramos, era perfectamente lícita para el evangelista si es que quería dar a entender que José nunca se había llegado a María en todos los días de su vida.

3. También deviene inviable por cuanto no proviene de Dios, sino que es una estructura gramatical utilizada por el evangelista. Aparte de esto, en este punto la forma *"hasta que"* se utiliza en tiempo futuro (y a modo de reconfortar), no en tiempo pasado. No creemos que Dios, para reconfortar a María, le dijera que no él no tendría relaciones sexuales con ella.

4. Este cuarto aspecto implica un cese temporal o parcial de la acción enunciada, una disminución notable de la misma y, de todas formas, deviene inviable tratar de aplicarlo en el caso de José y de María porque si tenían relaciones sexuales, pero un poquito, significa pérdida de la virginidad. Si José penetraba a María, aunque fuera un poquito nada más, significada pérdida de la virginidad. Y si no tenían sexuales por unos días, pero luego sí, también implica pérdida de la virginidad.

Así las cosas, y dado que el versículo se encuentra en tiempo pasado, vemos que la única forma funcional para que fuera válido, sería que se hubiera expresado: «Pero José no la conoció hasta el día de su muerte» (bien la de él o la de ella). El evangelista tenía el legítimo derecho de utilizar esta forma gramatical, pero todavía más: no sólo tenía el derecho sino que, inexcusablemente, le asistía el deber de hacerlo, dada la grandeza y singularidad del caso. UN ACONTECIMIENTO DE TAL ENVERGADURA INEVITABLEMENTE SE HABRÍA MENCIONADO EN FORMA EXPLÍCITA, A FIN DE QUE NO QUEDARA LA MÁS MÍNIMA DUDA. Y los evangelistas tenían todas las herramientas lingüísticas del caso, y habrían podido servirse de las más diversas construcciones gramaticales. Pero, entonces ¿por qué no lo hicieron?

Esto lo único que indica es que José y María si formaron un matrimonio en el más completo sentido de la palabra (realmente eso es lo que indica *Mt 1, 25*); caso contrario habrían utilizado ciertas variantes literarias, entre ellas:

1. Pero José no la conoció hasta el día de su muerte, o hasta que le llegó la muerte, o hasta que murió (ya vimos que era viable)
2. Pero no la conoció hasta que volvió a la tierra (ya vimos que era viable)
3. Pero José no la conoció en toda su vida
4. Pero José no la conoció en todos los días de su vida
5. Pero José no la conoció hasta que durmió con sus padres

Y la prueba de ello la encontramos en la misma Biblia.

> 1 Sam 15, 35: Y nunca después vio Samuel a Saúl en toda su vida.
> (V. a. Dt 17, 18-19; Jos 4, 14; 1 Sam 1, 11; 1 Re 11, 34; 15, 5; 15, 14; Pr 31, 12; Ecl 2, 3; 5, 17-18; 8, 15; Jer 22, 30; He 2, 15)

> 2 Re 25, 29: Y le cambió los vestidos de prisionero [Evil-merodac, rey de Babilonia a Joaquín, rey de Judá], y comió siempre delante de él todos los días de su vida.
> 30: Y diariamente le fue dada su comida de parte del rey, de continuo, todos los días de su vida.
> (V. a. Dt 17, 19; 1 Sam 1, 11; 1 Re 11, 34; 15, 5-6; 2 Re 25, 30; Prv 31, 12; Ecl 2, 3; 5, 17-18; Jer 22, 30; 52, 33-34)

> 1 Re 22, 50: Y durmió Josafat con sus padres, y fue sepultado con ellos en la ciudad de David su padre.
> (V. a. Gn 49, 33; Jue 2, 10; 1 Re 1; 21; 2, 10; 11, 21; 11, 43; 14, 20; 14, 31; 15, 8; 15, 24; 16, 6; 16, 28; 22, 40; 22, 50; 2 Re 8, 24; 13, 9; 13, 13; 14, 16; 14, 22; 14, 29; 15, 7; 15, 22; 15, 38; 16, 20; 20, 21; 21, 18; 24, 6; 2 Cro 9, 31; 12, 16; 14, 1; 21, 1; 26, 2; 26, 23; 27, 9; 28, 27; 32, 33; 2 Cro 33, 20; Hch 13, 36).

> Jdt 16, 26: de suerte que después que falleció su Marido Manasés [esposo de Judit], no conoció otro varón en toda su vida.

Es evidente que si el evangelista hubiera tenido la intención de decir que José no se llegó a María, ni antes de tener a Jesús, ni luego de tenerlo, no habría utilizado la forma «Pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito» sino que habría usado la estructura «**Pero no la conoció en todos los días de su vida**», o se habría referido en cualquiera de los términos ya indicados –que le eran perfectamente viables–. Pero es algo que no ocurre, ni antes ni después de que naciera Jesús. La evidencia Bíblica es inobjetable: Mateo nunca quiso expresar lo que los exegetas católicos interpretaron después, cuando se fabricó el mito de la virginidad.

Pero todavía hay algo más notable en el libro de los Jueces. Veamos:

> Jue 11, 39: Pasados los dos meses volvió a su padre, quien hizo de ella conforme al voto que había hecho. **Y ella nunca conoció varón**[1].

[1] En este episodio la doncella llora y lamenta el hecho de que va a morir virgen (Cf. *Jue 11, 30-39*).

Es indudable que el evangelista no sólo podía indicar que José nunca conoció a María, sino –lo que es más relevante– señalar en forma expresa que María nunca conoció varón. Pero no ocurre nunca así. Parece que el evangelista no tenía la intención de hacer tal connotación, tal énfasis. De este modo, lo más normal, la lectura que permiten hacer los textos bíblicos luego de que nació Jesús, es que José y María tuvieron intimidad; y el evangelio en ningún momento se opone a esto ni expresa que no hubiera sucedido de esta forma. Y esto es irrefutable. Si el evangelista realmente hubiera querido hacer notar que María y José no tuvieron nunca relaciones sexuales, si el evangelista hubiera querido comunicar y enseñar la presunta virginidad de María, hubiera, sin falta, expresado: «pero José no la conoció en todos los días de su vida», o «pero ella nunca conoció varón». La evidencia es contundente y, con esto, el asunto queda sentenciado.

3.13. EL PARTO

El evangelio de Lucas refiere que José iba con su mujer hacia la ciudad de Belén para ser censados (*Lc 2, 1-5*) y, estando allí, se cumplieron los días del alumbramiento de María.

> Lc 2, 6: Y aconteció que estando ellos allí, se cumplieron los días de su alumbramiento.
> 7: Y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón.

Salvo el episodio en que el *ángel* le anuncia a María que va a quedar embarazada, todo indica que el embarazo fue normal. Ella, en estado de gestación, visita a su prima Elisabet[1] y se queda allí por tres meses (al parecer nada extraño sucede concerniente a la gestación), y luego vuelve a su casa, con José para estar con él durante la etapa final[2]. En este punto,

[1] María visita a su prima Elisabet posiblemente durante su tercer y sexto mes de embarazo, precisamente para la época en que José debió de advertir su estado de gravidez. Lo extraño es que la visita se prolongue por tanto tiempo. Es posible que José, sea que ya la hubiera recibido o que no, todavía se encuentre muy herido y prefiera estar solo para recapacitar. Esa visita parece más bien una huida de María; misma que dura hasta que, eventualmente, José es predispuesto por las palabras del ángel en el sentido de que reciba a María.

[2] Una hipotética cronología de los principales hechos ocurridos durante el embarazo de María puede ser:
0 a 3 meses: Se da la concepción. José se entera del estado del estado de embarazo de María. La recibe por mujer.
3 a 6 meses: Estadía de María con su prima Elisabet (la razón puede ser más humana de lo que se cree).

estando María ya con un embarazo avanzado, deben viajar a la ciudad de Belén para censarse, y es allí donde, finalmente, María da a luz a su hijo. La situación más normal que debió de suceder en el mismo momento del alumbramiento, y ante los dolores de parto, es que José hubiera buscado a una partera o comadrona lugareña para que ayudara a María en las labores del alumbramiento.

El óvulo fértil de María, que debió de ser fecundado por simiente humana o, cuando menos, por algún tipo de estructura biológica que permitiera la fecundación y la formación del cigoto y la posterior multiplicación celular, se habría desarrollado al punto de convertirse en un feto saludable próximo a romper fuente. Este estadio, en María, debió de presentar idénticos procesos metabólicos al de las demás mujeres, en que el óvulo es fecundado con esperma humano, con suerte de permitir procesos fisiológicos como el desarrollo de la placenta –para permitir las funciones de respiración, nutrición y excreción del feto– y la activación de las glándulas mamarias –lo que favorecería la lactancia del neonato–, a fin de proveerlo de los nutrientes necesarios y permitirle un periodo de lactancia normal y saludable.

Al no mencionarse ningún incidente que hubiera podido suceder durante este periodo, el ciclo de gestación parece desarrollarse en la forma más natural, sin que suceda algo extraño que perturbe la óptima formación de la criatura; y, por lo que se puede esgrimir a partir de los evangelios (a excepción de ciertos relatos apócrifos que dan cuenta de algunos hechos extraordinarios), lo mismo sucede con el parto, que parece que ser normal, sin condiciones antinaturales, malformaciones, ni nada por el estilo. Inclusive, pueden entreverse determinadas reacciones biológicas comunes a cualquier otro niño recién nacido, tanto que es envuelto en pañales y acostado en una suerte de cuna.

En términos generales, se puede esgrimir que fue un parto normal, tanto para Jesús como para María. Esto, como es lógico, hace pensar que el canal vaginal de María debió de ser abierto para permitir el paso del feto, cosa por demás natural en todo parto de la época. De ser así, el hecho mismo del parto marca un punto irreversible en la presunta virginidad de María.

Realmente las circunstancias de aquel entonces hacen imposibles que una mujer judía hubiera conservado su virginidad luego del parto por la razón básica de que (aun cuando podría conservar la virginidad en la concepción) la tecnología de aquel entonces no hacía posible la realización de una cesárea exitosa en donde sobreviviera tanto madre como hijo. Esto significa que

6 a 9 meses: María vuelve a la casa de José. Salen de viaje a cumplir el empadronamiento. Nacimiento de Jesús.

Jesús debió de haber nacido por el canal cervical, de parto vaginal y esto, por supuesto, hace imposible que la condición de virginidad persista. En aspectos de gineco-obstetricia, habría existido un estiramiento tal del himen imposible de aceptar por la delicadeza de dicha membrana, y porque la cabeza del bebe habría superado muchas veces el diámetro máximo que podría ceder antes de romperse.
La otrora virgen deja de serlo justo en este momento, el calificativo de virgen ya no aplicaba para María en su roll de madre. Y tampoco era preciso sostenerlo ni mencionarlo en un momento en el que ya no era necesario y en que resultaba, por obviedad de las circunstancias, improcedente. El hecho de que se le hubiera llamado virgen significa que cumplía con todos los requisitos de la tradición judía para ser desposada, que no había sido mancillada, que mantenía su estado de pureza, que no había tenido otros hijos antes. Le había llegado la hora de asumir un nuevo roll: el de madre.

3.14. EL VOTO DE VIRGINIDAD

Frecuentemente se afirma, principalmente en los círculos católicos, que María ya se había comprometido con un voto de virginidad, o de castidad, antes de desposarse con José[1]. Esto, si bien pone de manifiesto una postura bastante respetable con respecto de María, nos supone una pregunta importante: ¿cuál hombre, en su sano juicio, se habría casado con una mujer con la que no va a poder gozarse sexualmente, ni tener descendencia, ni ver crecer a sus hijos, que se presentan como la bendición de Dios? Lo que sería tanto como casarse con una monja. Por contraposición, esta hipótesis nos supone otra pregunta no menos importante: ¿cuál mujer –en el caso de haber hecho votos de castidad–, en su sano juicio, aceptaría casarse, sabiendo que va a estar sujeta al hombre y que ello, matemáticamente,

[1] Aparentemente, y fundamentados en lo que expresa Nm 30, 1-16, una mujer podía hacer votos al Señor. Sin embargo, desconocemos el tipo de votos a los que se refiere la Biblia. Es posible que fueran votos de virginidad, si bien, lo más probable es que fueran votos de nazareo (Nm 6, 1-2); en todo caso, tenemos razones más que suficientes para pensar que tales votos eran provisionales y no permanentes. Los mismos votos de nazareo eran provisionales (Nm 6, 13) –si bien hay excepciones (Jue 13, 7)– y no incluían, entre sus restricciones, abstenerse de relaciones sexuales –lo cual habría sido una herejía anti-judía–; razón quizás por la que es posible ver a Sansón, que habría sido nazareo desde su nacimiento hasta su muerte, teniendo relaciones sexuales con una prostituta (Jue 16, 1)–, por lo cual, el voto de virginidad no sólo es inviable desde el nazareato sino desde la misma forma sociocultural de aquel entonces. Los mismos votos de nazareato eran perpetuos, y tanto menos podrían serlo los hipotéticos votos de virginidad de los que la Biblia nunca nos habla. Realmente la Biblia tampoco nos dice que María hubiera hecho votos de nazareo, en cuyo caso una de las máximas prohibiciones eran no embriagarse ni raparse la cabeza.

implicaría el fin inevitable de su virginidad, el fin de sus votos? La cuestión es irrevocable y está sentenciada: Si se casa renuncia a sus votos –si es que no debe primero renunciar a sus votos para contraer matrimonio–. Eso sería tanto como que una monja se saliera del convento para casarse, pero con el propósito de nunca tener relaciones sexuales con su esposo.

La realidad inmanente es bien diferente, y el concepto judío del matrimonio no admite la posibilidad de un voto de virginidad y celibato en el matrimonio. Por otra parte, Dios manda a los esposos a no negarse sexualmente el uno al otro, a no ser por un tiempo y de mutuo consentimiento –luego del cual manda unirse sexualmente nuevamente– (*1 Cor 7, 3-5*). Dios jamás le ordenó a María abstenerse de tener relaciones sexuales con su esposo; Dios no le anuncia infertilidad, sino todo lo contrario, fertilidad[1], embarazo, alumbramiento, y eso es diametralmente opuesto. Dios jamás le prohíbe a Adán que tome sexualmente a su mujer. Así, los eventuales votos de virginidad devienen inviables y, de haberse presentado una situación semejante, francamente dudamos que la mujer o el hombre hubieran aceptado casarse. Uno de los fines del matrimonio es tener hijos. Si José y María no hubieran tenido hijos, fruto de su unión sexual, no habrían cumplido tal fin. La respuesta que María le da al ángel durante la anunciación «¿Cómo será esto? pues no conozco varón» no parece ser un voto de virginidad perpetuo (aunque sí es posible que quisiera llegar virgen al matrimonio propiamente dicho)[2]. Ahora bien, la pregunta es la siguiente: Si la anunciación no se hubiera realizado ¿José y María no habrían tenido hijos? La respuesta es no. Los matrimonios judíos tenían, por costumbre, varios o muchos hijos, y el ángel no les trae en noticia la restricción de no tener hijos sino, todo lo contrario, la buena nueva del futuro e inminente estado de bienaventuranza de María; y eso implica reproducción, fertilidad, cópula. Y ella misma, como hemos visto, implícitamente lo habría aceptado cuando expresa: «hágase conmigo conforme has dicho».

3.15. PRIMOGÉNITO Y UNIGÉNITO

Así las cosas, y en definitiva, lo normal, acorde a las tradiciones religiosas y socioculturales, con o sin anunciación, es que María y José hubieran tenido

[1] De por sí, el concepto de la fertilidad en la cultura judía era visto como bendición, y la misma no se limitaba solamente a tener un hijo –sólo basta leer las enormes genealogías que no dudan en espetar los escritores de la Biblia para caer en cuenta de ello–.

[2] En este caso, la anunciación habría funcionado como un método de disuasión para que María no esperara hasta el matrimonio propiamente dicho, sino que permitiera a José juntarse sexualmente con ella.

hijos. Esa es la síntesis y el hecho concreto. Estamos ante un matrimonio judío, y un matrimonio judío sin hijos era percibido como una suerte de castigo y de maldición. La descendencia era un derecho y hasta un deber tácito. Entre más hijos se tuvieran, siempre que se pudieran mantener, mejor. La mujer, en cierto modo, era educada en el sentido de saber atender la casa y criar a los hijos, y un matrimonio sin estos se consideraba un matrimonio desdichado. Por eso, cuando el emisario le anuncia a María que va a ser madre, realmente es una buena nueva[1], es una noticia en que el matrimonio ha de gozarse por cuanto no sólo se va a prologar el linaje, la sangre, el nombre, sino que, en algo, se va a contribuir a materializar la promesa de Dios con respecto a una nación numerosa cuya progenie sería incontable. Independientemente de las formas religiosas, sociales y culturales que hacían de la maternidad repetitiva, virtualmente, una imposición, el hecho concreto de la anunciación es un incentivo a la fertilidad, a la concepción.

> Lc 1, 28: Y entrando el ángel en donde ella estaba, dijo: ¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres.
> 29: Mas ella, cuando le vio, se turbó por sus palabras, y pensaba qué salutación sería esta.
> 30: Entonces el ángel le dijo: María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios.
> 31: Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS.

En ningún momento el ángel la anatemiza ni la declara maldita porque vaya a concebir un hijo. Eso habría sido el absurdo de los absurdos y totalmente contrario a la tradición judía. Precisamente sucede al contrario y el ángel, no la anatemiza, sino que la declara bendita entre las mujeres; ella ha hallado gracia delante de Dios y por eso quedará embarazada: una bendición muy especial, no sólo para una mujer judía sino, eventualmente, para toda mujer. La diferencia es que su primogénito será grande para Dios, que será diferente, que cambiará el rumbo de la historia. Ante todo esto, es evidente que ella no es ya como las demás mujeres, sino que es especial entre ellas, pues ha tenido la virtud y ha hallado la gracia suficiente para ser merecedora de gestar en su vientre a tan singular Hombre. Así las cosas, ella no ha de ver su papel de madre como algo reprochable ni como algo de lo que deba

[1] Las anunciaciones hechas a otros matrimonios son una buena nueva en la que se regocijan tanto madre como padre. Sin embargo, como veremos más tarde, en el caso de María, la anunciación no era una noticia tan amigable, y vemos que ella se declara dispuesta, quizás sólo por obediencia, a aceptar lo que le había sido declarado.

cohibirse, sino todo lo contrario, su vientre ha sido bendecido por Dios mismo y, el ángel la declara bendita por cuanto ha de ser madre. Su concepción es la bendición y gracia que ha hallado pues se ha mostrado capacitada para lo que habrá de ocurrir entonces; y toda vez que la anunciación parece ser un estímulo a la maternidad, no hay motivo para que ella se cohibiera de querer tener más hijos, después de todo su vientre ha sido bendecido para obrar el milagro de la concepción.

> Mt 1, 25: Pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y le puso por nombre JESÚS.
>
> Lc 2, 7: Y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón.

Ciertamente el primer hijo que naciera –el primogénito– de un matrimonio judío era una primicia dedicada a Dios mediante determinados ritos en el templo (*Ex 34, 20; Lc 2, 22-24; Lc 2, 27*). En sentido estricto, primogénito simplemente quiere decir nacido de primero y debe entenderse exclusivamente así, como *el hijo que nace de primero*. En la cultura judía se esperaba que hubiera más hijos y, en todo caso, aunque no los hubiera, no por eso dejaba de ser dedicado como primicia, como primogénito. Es decir, Jesús fue el primer hijo que tuvo María, si bien puede que haya tenido o no más hijos.

> 1 Cro 23, 15: Los hijos de Moisés fueron Gersón y Eliezer.
> 16: Hijo de Gersón fue Sebuel el jefe.
> 17: E hijo de Eliezer fue Rehabías el jefe. Y Eliezer no tuvo otros hijos; mas los hijos de Rehabías fueron muchos.
> 18: Hijo de Izhar fue Selomit el jefe.
> 19: Los hijos de Hebrón: Jerías el jefe, Amarías el segundo, Jahaziel el tercero, y Jecamán el cuarto.

Este pasaje es explícito en el sentido que aclara una situación más bien evidente. No es necesario tener más hermanos para ser considerado como primogénito[1], es claro que primogénito es simplemente el hijo que nació de primero, independientemente de si hay o no más hijos. Sin embargo, este pasaje también es explícito en hacer la aclaración si hubo o no más hijos mediante la fórmula «no tuvo otros hijos». Es decir, aclara si fue *primogénito* y *unigénito* a la vez, o si no. En caso de no haber este tipo de aclaración existe una razonable inclinación a pensar que habrían más hijos –era lo normal–.

[1] En este contexto el *jefe* debe entenderse como el primero, o el primogénito.

En el Nuevo Testamento, si bien los autores son diferentes, parecen seguir también esta misma forma gramatical. En primer lugar, mencionan la posición que ocupa Jesús –el primero–, así como si fue único o no y el nombre de los hermanos en un orden jerárquico –nótese que el libro de Crónicas nombra a los hijos en orden de nacimiento, que viene a constituir el orden jerárquico–. Por otro lado, si bien primogénito es una palabra aplicable al hijo que nace de primero, la misma queda aun más delimitada y especificada cuando se utiliza la palabra unigénito[1], palabra por cierto sólo aplicable cuando en el matrimonio ya no se pueden dar más hijos fuera del que ya se tiene. Es decir, aplicable a los matrimonios con un único hijo.

Los primeros evangelios canónicos se habrían escrito entre los años 60 d.C. a 100 d.C. Hacia esta fecha María de Nazaret, que habría nacido entre el año 20 a 30 a. C. ya habría fallecido –lo más probable– o sería una venerable anciana nonagenaria[2] sin posibilidad alguna de tener más hijos. Se supone que para este tiempo, época aproximada en la que Lucas habría escrito su evangelio, ya sabría si Jesús era primogénito o unigénito. El hecho concreto es que nunca dice que fuera el unigénito –es decir, el único hijo–, sino el primogénito –es decir, el primer hijo– y, no contento con esto, también cita a otras personas a quienes identifica como sus hermanos (*Lc 8 19-21*). Realmente los cuatro evangelistas y el mismo Pablo citan a otras personas a las que identifican como sus hermanos–.

Pero todavía hay evidencia más explícita.

> 1 Cro 23, 22: Y murió Eleazar sin hijos; pero tuvo hijas.
> (V. a. Nm 26, 33; 27, 3-4; Jos 17, 3; 1 Cro 2, 34)
>
> 1 Cro 2, 31: Y Seled murió sin hijos.
> (V. a. 1 Cro 2, 32)

Evidentemente, cuando los escritores se refieren a acontecimientos del pasado, lo normal es que sepan si hubieron o no hijos. Es algo lógico. Pero los escritores son todavía más explícitos pues, en el caso de no haber hijos varones, citan muy expresamente si hubieron hijas; todo esto, como habrá

[1] La palabra unigénito, inclusive, es utilizada en el Antiguo Testamento (Am 8, 10; Zac 12, 10), lo que indica que la acepción de hijo único existe y es utilizada. En el Nuevo Testamento dicha acepción es registrada profusamente para señalar, principalmente, a Jesús como unigénito del Padre y como primogénito de María.

[2] Comúnmente las personas corrientes de la Palestina de los tiempos de Jesús no vivían tanto, siendo los 60 años, inclusive, una buen promedio de edad de vida.

de suponerse, producto de ser acontecimientos del pasado en los que el escritor tiene cierto tipo de omnisciencia.

> Gn 22, 16: Por mí mismo he jurado, dice Jehová, que por cuanto has hecho esto [Abraham], y no me has rehusado tu hijo, tu único hijo;
> 22, 17 de cierto te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar; y tu descendencia poseerá las puertas de sus enemigos.
>
> Jue 11, 34: y he aquí su hija que salía a recibirle con panderos y danzas, y ella era sola, su hija única; no tenía fuera de ella hijo ni hija.
>
> 1 Cro 23, 17: E hijo de Eliezer fue Rehabías el jefe. Y Eliezer no tuvo otros hijos.
>
> Lc 7, 12: Cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda; y había con ella mucha gente de la ciudad.

Los escritores también son muy sesudos a la hora de señalar si sólo hubo un único hijo. Es claro que existe la noción de hijo único, de unigénito (Cf. *Jer 6, 26*). Y, como quiera que son acontecimientos del pasado, el escritor no tiene inconveniente en saberlo, y en expresarlo.

> Mt 1, 25: Pero no la conoció [José] hasta que dio a luz a su hijo primogénito.
>
> Lc 2, 6: Y aconteció que estando ellos allí, se cumplieron los días de su alumbramiento.
> 7: Y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales.

Nótese que cuando el autor escribe sobre hechos del pasado ya sabe si fue uno (*1 Cro 23, 17*) o varios los hijos. Y es reseñado en forma explícita. Lo que ocurre en el caso de María es idéntico. Es evidente que los evangelistas escriben varias décadas después de la muerte de Jesús y saben si hubieron o no más hijos. Lo curioso es que no se registra en ninguna parte que Jesús hubiera sido el único hijo[1]. Lo extraño es que Lucas no sólo no dice que es

[1] Con todo, hay quienes creen ver en el pasaje de Lc 7, 12 una réplica de la situación de Jesús y María; sin embargo, el evangelista no es del mismo parecer, el evangelista no hace ningún paralelo ni relación alguna a que esa sea la misma situación de Jesús y de su madre. De hecho, pareciera desconocerla y citarla como un milagro más de Jesús. El texto en cuestión reza:

> Lc 7, 12: Cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda; y había con ella mucha gente de la ciudad.

el unigénito, sino que va más allá, y asegura que fue el primogénito. Esto estaría bien si se hubiera escrito el evangelio al momento en que nació Jesús. Pero no cuando se escribe de muchos años atrás porque, implícitamente, se acepta la idea que hubieron más hijos. Si volvemos a 1 Cro 23, 15-19 notamos que eso es lo que pasa. Cuando se dice *el jefe* –es decir, el primogénito–, implícitamente existe aseveración de que hubieron otros hijos. Y, en caso contrario, se hace la nota de que fue primogénito y unigénito (*1 Cro 23, 17*). En el caso de José y de María los evangelios no citan a Jesús como hijo único, ni como unigénito, ni dicen que no hubieran tenido más hijos; pero no tienen problema en señalar que fue el primer hijo, además de citar que tiene hermanos. Todo esto insinúa, sugiere, acusa claramente que Jesús no fue el único hijo y que, tal como sugieren los relatos bíblicos, tenía varios hermanos y hermanas[1] –cosa que solamente habría sido una circunstancia normal y sería el estándar entre los judíos–.

3.15.1. Primogénito de José

Entre los judíos lo normal era que un matrimonio tuviera varios hijos; y Jesús, en este sentido, habría sido el primogénito de varios hermanos. Habría sido el primogénito no sólo de María, sino el primogénito de José (al menos por adopción), y el unigénito del que fuera su verdadero padre.

> Mt 1, 2: Abraham engendró a Isaac, Isaac a Jacob, y Jacob a Judá y a sus hermanos.
>
> Mt 1, 11: Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos.

Nótese que las relaciones de genealogía se reseñan y transmiten por vía paterna (Cf. *Nm 1, 2*), algo totalmente normal en un pueblo de tradición

---

13: Y cuando el Señor la vio, se compadeció de ella, y le dijo: No llores.

Si el evangelista hubiera visto en este pasaje la misma situación de Jesús, posiblemente lo hubiera mencionado, hubiera realizado algún paralelo. El hecho de que Jesús se compadeciera de ella no es indicativo de absolutamente nada; de hecho, Jesús se compadece de la mayoría de los enfermos, de la mayoría de los posesos, de la mayoría de los que sufren. Este pasaje, por el contrario, es una evidencia más de que los hijos únicos son diferenciados en forma explícita, cosa que no sucede con Jesús, pues en ningún pasaje se dice que fuera el hijo único de María.

[1] Otra lectura, quizás la más adecuada, es entender a Jesús siendo hijo, por un lado, del Espíritu Santo y, por el otro, de María. Jesús puede ser el unigénito de Dios (Jn 1, 14; 3, 16, 18; 1 Jn 4, 9), pero el primogénito de María (Mt 1, 25; 2, 7; Lc 2, 22-24) y esas son las relaciones que, en rigor, se pueden colegir a partir de los textos bíblicos.

absolutamente patriarcal como el judío. En ese sentido, Jesús, más que ser el primogénito de María, es el primogénito de José.

> Mt 1, 24: Y despertando José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer.
> 25: Pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y le puso por nombre JESÚS.

José no tuvo relaciones sexuales con María durante su embarazo, hasta que nació el primogénito.

> Lc 2, 4: Y José subió de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por cuanto era de la casa y familia de David;
> 5: para ser empadronado con María su mujer, desposada con él, la cual estaba encinta.
> 6: Y aconteció que estando ellos allí, se cumplieron los días de su alumbramiento.
> 7: Y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales.

Existe cierta ambivalencia en los textos con respecto al padre de Jesús. Pero más allá de eso, y de acuerdo a lo que se puede inferir del texto bíblico ¿de quién sería primogénito? ¿De María o de José?[1] En el pasaje del evangelio de Lucas (*Lc 6, 7*), pareciera referirse al primogénito de María. Sin embargo, si tenemos en cuenta todo el contexto nos daremos cuenta que está hablando de José, de su primogénito y de su esposa. Ahora bien, podrá decirse ¿acaso José lo parió? La respuesta corta es no. En la tradición judía, aun cuando la mujer era la que tenía los hijos, los hijos se consideraban del padre.

> Ex 13, 1: Jehová habló a Moisés, diciendo:
> 2: Conságrame todo primogénito. Cualquiera que abre matriz entre los hijos de Israel, así de los hombres como de los animales, mío es.

En otras palabras, María le engendró el primogénito a José (o al que fuera su legítimo padre)[2]. En el contexto amplio, es de José de quien se está

[1] Esa misma ambivalencia parece haberse aprovechado, principalmente en las versiones inglesas, para decir que era el primer hijo de María, pero no el primer hijo de José –cosa que, de acuerdo a la línea patriarcal judía, deviene inverosímil–. La New Living Translation de 2007, por ejemplo, reseña: «But he did not have sexual relations with her until her son was born». Esta traducción, sin embargo, nos deja en claro que José no tuvo relaciones sexuales con María durante el embarazo de ésta, hasta que nació Jesús.

[2] Hemos visto que José realmente no es su verdadero padre, su padre biológico. ¿Había, acaso, otro José? O mejor, ¿había otra persona que fue asimilado como José?

hablando y, naturalmente, por cuanto el relato es relativamente detallado, aparece su esposa en la escena. Entonces el evangelista acota: «Y dio a luz a su hijo primogénito». Los hombres de Israel no parían los hijos, ni tenían matriz, pero los hijos eran considerados de los hombres, y en relación a ellos se elaboraban las genealogías. Con estos precedentes, cabe afirmar que Jesús fue el primogénito de José, o bien en forma legal, o bien a nivel genético (sin embargo, no de ambas formas simultáneamente, como veremos más adelante). El pasaje de Mt 1, 25, en el que, dicho sea de paso, se está hablando de José nuevamente, y María es mencionada en la escena como instrumento mediante el cual viene su hijo primogénito (el de José), no habla de un hijo adoptivo, sino que expresamente señala que es su hijo (respecto del que hubiera sido su verdadero padre); lo cual es lógico pues, como hemos advertido, el linaje no se transmitía por vía materna (Cf. *Nm 1, 2*), los hijos no eran de la madre, sino del padre (lo que de paso despeja la ambivalencia, inclusive, de las fuentes primarias del evangelio). Jesús es el hijo primogénito de José por adopción; si bien en ocasiones se le sitúa como su verdadero padre (*Lc 4, 22; Jn 1, 45*), lo cual pudo haberse dado por deferencia o por desconocimiento de lo que realmente habría sucedido.

3.15.2. Primogénito de María

Los hermanos de Jesús, mencionados por sus nombres en el evangelio, en ocasiones son adjudicados a José, argumentando que éstos provenían de un matrimonio previo de José. Sin embargo, es evidente que Jesús es el primogénito de éste (en forma legal y por adopción). Sólo queda una opción: Que esos hermanos sean fruto de un matrimonio previo de María.

> Lc 3, 23: Jesús mismo al comenzar su ministerio era como de treinta años, hijo, según se creía, de José, hijo de Elí.

Una hipótesis sugiere que Elí habría sido el primer esposo de María, con el que habría tenido varios hijos, entre ellos a Jesús, siendo éste el último –no hijo de José, como se creía, sino hijo de Elí–. En el caso de que Elí hubiera fallecido –dejando a María embarazada– y ella, sabiendo o sin saber, una vez pasado el periodo de duelo[1], o tan pronto como esto hubiera ocurrido, se hubiera desposado con José, realmente ella se habría encontrado embarazada, y desposada con José, antes de que se juntasen, tal como sugiere el evangelio (*Mt 1, 18*). Sin embargo, en este punto hay evidencia que

[1] Normalmente entre 40 y 70 días (Gn 50, 3-4), si bien podía prolongarse por más tiempo. El libro de Deuteronomio menciona un tiempo de lloro por Moisés de 30 días (Dt 34, 8).

sugiere que María no tenía hijos previos debido a que los evangelios, antes de tener a Jesús, la relacionan como una mujer virgen (*Is 7, 14; Mt 1, 23; Lc 1, 27*), porque Jesús es presentado como el que abrió la matriz (*Lc 2, 22-24*) y como el primogénito en todo (*Col 1, 15; 1, 17; He 1, 6*). Todo esto nos lleva de forma unívoca a la conclusión de que Jesús fue el primogénito tanto de María como de José (o del que hubiera sido su verdadero padre). Es claro que no hubo hijos previos por parte de José, y es claro que tampoco hubo hijos previos por parte de María. Si los hubo después, es algo muy posible.

3.16. LOS HERMANOS DE JESÚS

¿No se llama su madre María, y sus hermanos, Jacobo, José, Simón y Judas?
¿No están todas sus hermanas con nosotros?

Son varias las interpretaciones que han surgido para tratar de explicar este contexto, entre las más importantes:

- Que eran hijos de José y María (Helvidio)
- Que eran hijos de José, de un matrimonio previo (Epifanio)
- Que eran primos de Jesús, hijos de una hermana de María (Jerónimo de Estridón)
- Que eran hermanos en sentido platónico, compañeros de causa, etc.

De estas interpretaciones, sin duda, la que parece más probable por su simplicidad, y porque no necesita elaborar proposiciones complicadas que, inclusive, se alejan de la lectura bíblica, es la primera. Las siguientes no se presentan de un modo natural, y hasta parecen concebidas para defender la idea de la virginidad perpetua de María. Son, de algún modo, unas versiones influenciadas, elaboradas.
Se entiende que si María iba a ser considerada como virgen luego del parto, esos hermanos entorpecían dicha concepción. Si se prescinde de tal imposición dogmática, es evidente que esos hermanos resultan absolutamente compatibles con los matrimonios y familias judías en los tiempos de Jesús. Y, en el caso de María, dicha posibilidad es considera-ble porque estamos hablando de una mujer joven, fértil y casada. Es decir, la probabilidad de que María hubiera tenido más hijos es muy grande y, en este sentido, los pasajes de la Biblia en los que se citan a los hermanos de Jesús (*Mt 12, 46-50; 13, 55-56; Mc 3, 20-21; 30-35; Lc 8, 19-21; Jn 2, 12; 7, 3-5; 7, 10; Hch 1, 14; 1 Cor 9, 5; Ga 1, 19*) devienen en una forma natural, espontá-nea, no forzada. Lo más natural es que María hubiera tenido otros hijos, caso contrario sería que los habría abortado; pero no creemos que ella fuera

una asesina, filicida y hasta genocida. No obstante, y esto es verdad, en la Biblia cuando se escribe la palabra «hermano» puede referirse, en efecto, a un hermano de sangre; pero también puede referirse a una persona en primer grado de consanguinidad, a un pariente cercano o lejano e, inclusive, ser entendido en un sentido más amplio, tanto como compatriota o compañero de fe o causa. En arameo no existía una riqueza gramatical que permitiera expresar las diferentes modalidades de parentesco[1], lo que no implica que no se hicieran las más diversas diferenciaciones.

3.16.1. Vínculo familiar abreviado

En todo caso –y esto es algo que parece ser la regla–, en el mismo texto en que se utiliza la palabra hermano, y que no se refiere a un hermano de sangre, se hace la salvedad del verdadero vínculo. Es como si al escritor le fuera suficiente dejar en claro en algún momento de la narración el verdadero vínculo (primo(a), hermanastro(a), tío(a), sobrino(a), etc.) y luego seguir denominando al pariente como «hermano» –en griego *adelfós*–. Y esto es apenas lógico, cualquier escritor, a falta de palabras y como método rápido y práctico, lo haría. Ese precisamente era el caso de la lengua aramea, problema que se solucionaba al parecer dejando en claro, a lo sumo un par de veces, la filiación real para luego usar el apócope. Este sistema se utiliza inclusive en nuestros días mediante el uso de siglas o acrónimos y permite no volver a tomarse la molestia de escribir la descripción larga aclarada previamente mediante la palabra abreviada.

En la Biblia, y a falta de palabras que definieran expresamente el vínculo, es usual hallar expresiones como: «hija de mi padre, más no de mi madre» (*Gn 20, 12*. V. a. *Lv 18, 9, 11*), «la mujer de tu padre» (*Lv 18, 8*), «la hija de tu hijo, la hija de tu hija» (*Lv 18, 10*), «la hermana de tu madre» o «el hermano de tu padre» (*Lv 18, 13-14*), etc.[2] En sentido amplio, todos son parientes, todos son hermanos; esa hermandad debe entenderse en el sentido de que son de la misma familia. Así las cosas, sólo era necesario dejar en claro una vez el vínculo real y seguir nombrándolos como hermanos –en sentido amplio lo son por cuanto pertenecen a la misma hermandad, a la misma

[1] El pueblo judío se percibe a sí mismo como una gran familia, hijos de un hijos de un mismo padre (de Abraham), lo que hace que la hermandad y la familia se perciba como algo muy flexible y extensivo; esto, de algún modo, hubo de contribuir a que fuera considerado y designado como hermano hasta al pariente más lejano.

[2] Mediante este mecanismo se pueden evidenciar toda suerte de parentescos: padres, suegros, nueros, yernos, sobrinos, primos, hermanos, etc. Es cierto que en otras ocasiones se hace nexo por deferencia, pero teniendo ello puntualmente la serie de precedentes esclarecedores que sabiamente los escritores glosan para evitar confusión.

parentela, a la misma familia–, entendiendo que, en el caso en que no se haga ninguna aclaración por ninguna parte con respecto del vínculo –o cuando resulte evidente– es porque, efectivamente, son hermanos de sangre[1]. Esto es regla general en toda la Biblia y, en muchos casos, la descripción larga del vínculo familiar real ha servido para diferenciar y aclarar la filiación abreviada en que el escritor se limita a usar la palabra «hermano»[2].
Con respecto a los hermanos de Jesús la situación es bien interesante porque, en ningún versículo de todo el N.T. se hace la descripción larga del vínculo sanguíneo real. Es decir, el texto neo-testamentario siempre dice que son sus hermanos, y en ninguna parte no dice que no lo sean, no dice que fueran, por ejemplo, «los hijos de su padre» o «los hijos de la hermana de su madre», etc. (que vienen a servir como mecanismo de diferenciación y de nominación de las diferentes modalidades de parentesco).

3.16.2. La koiné

Este problema etimológico, propio del arameo antiguo –y que es resuelto mediante la explicación larga del parentesco–, si bien se traslada a la *koiné*[3], lo hace sólo en parte. El griego antiguo incorpora más vocablos y, con respecto a las relaciones de parentesco, es particularmente esclarecedor. En esta lengua, aun cuando todavía se permiten ciertas libertades, hay palabras diferentes para designar las múltiples relaciones de parentesco. En el caso específico que nos ocupa es importante señalar que se utilizan palabras diferentes para hermanos (*adelfós*) y para primos (*anépsios*)[4]. Pablo utiliza este último término en Colosenses 4, 10 y, aun cuando lo normal es que la acepción de *anépsios* no estuviera generalizada entre los judíos –que utilizan la palabra *adelfós* para referirse, indistintamente, a primos o a hermanos–, resulta extraño que Pablo –que utiliza los términos *adelfós* (para referirse a

[1] Hay casos en que no se hace ninguna aclaración con respecto al vínculo por resultar implícito en el texto o ser evidente –caso de Mt 1, 11 y de pasajes similares–. Ese vínculo debe entenderse en su respectivo contexto. Si alguien, por ejemplo dice: todos los habitantes del planeta tierra son mis hermanos –en un sentido lo son–, no hay necesidad de haber ninguna descripción larga con respecto al vínculo, que se entiende en un modo amplio y platónico.

[2] En Gn 13, 8 Abraham se dirige a Lot como hermano, pero es su sobrino (Gn 11, 27; 12, 5). Nótese que previamente ha quedado en claro mediante la descripción larga del parentesco.

[3] Lengua griega utilizada en el mundo helenístico. Era la lengua internacional en la época de Jesús.

[4] Esta palabra puede significar también sobrino (Cf. Tob 1, 22 y Tob 11, 18). En todo el Antiguo Testamento aparecerá un par de veces (Nm 36, 11, Tb 7, 2) y no se utilizará más, siendo «adelfós» la palabra que se utilice en su lugar para designar a primos y a hermanos.

hermanos) y *anépsios* (para referirse a primos) en Gálatas 1, 19 se refiera al hermano de Jesús como *hermano* y no como *primo* o allegado[1].

> Ga 1, 19: pero no vi a ningún otro de los apóstoles, sino a Jacobo el hermano del Señor.

En este versículo, implícitamente, se hace una diferenciación entre los apóstoles y los hermanos de Jesús; de otro modo no se haría la descripción larga del parentesco, sino que se limitaría a decir: «pero no vi a ningún otro de los apóstoles, sino a Jacobo». Por otra parte, Pablo no dice: «Jacobo, hermano en el Señor», sino que es explícito al decir: «el hermano del Señor», que viene a ser un acusativo del parentesco, no propio para referirse a uno de sus primos. En efecto, la intención de Pablo no parece ser la de indicar que fuera su primo; no sólo porque no utiliza la palabra *anépsios*, sino porque, de ser así, habría dicho: «un hermano en el Señor» e, inclusive, «un pariente del Señor», y no «Jacobo el hermano del Señor».

3.16.3. Sus hermanos, discípulos y seguidores

Si bien es verdad que en el contexto bíblico la palabra *hermano* tiene un sentido bastante amplio, y que puede significar hermano propiamente dicho, hermanastro, primo, tío(a), sobrino(a), familiar, pariente, amigo, seguidor, conciudadano (*Dt 23, 7*), compañero de fe o de causa (*Jn 21, 23*) e, inclusive, hasta hermano de raza (*Ex 2, 11; 2 Sam 19, 12*), también es verdad que en griego existen términos para designar buena parte de estas filiaciones[2] y que, inclusive, en ausencia de estos, los escritores del Antiguo Testamento, junto con los escritores del Nuevo Testamento, se las arreglan para hacer las diferenciaciones respectivas e, inclusive, para consignarlas en orden de importancia y en forma simultánea, lo que permite diferenciar un término del otro, una relación de parentesco de una relación de amistad, etc.

> Mt 28, 10: Entonces Jesús les dijo: No temáis; id, dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán.
> (V. a. Jn 20, 17).

Es evidente que la palabra hermano tiene una acepción extensa –inclusive en nuestros días– En este pasaje los hermanos a los que se refiera Jesús son

[1] Habría podido haber utilizado la palabra griega para referirse a parientes «syngenés», o «siggenês» que, de algún modo, también habría sido válida para referirse a primos.

[2] Inclusive en hebreo y en arameo, mediante la descripción larga de parentesco, se establecen las diferentes relaciones o vínculos consanguíneos.

a los compañeros de fe o de causa, y esto es algo que queda claro en Mt 28, 16 –sabemos que aquí sus hermanos son sus discípulos. Igual caso sucede en Jn 20, 17-18–. En un aspecto más amplio, se considera como hermano a nuestro prójimo, a nuestros conciudadanos (Lc 22, 32), a los partícipes de un mismo credo (Jn 21, 23) e, inclusive, a cualquier ser humano (Mt 25, 40). Pero no siempre sucede así, el contexto y los términos que se usan en determinados episodios permiten inferir otros tipos de filiaciones.

> Lc 14, 12: Dijo también al que le había convidado: Cuando hagas comida o cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos.
>
> Lc 21, 16: Mas seréis entregados aun por vuestros padres, y hermanos, y parientes, y amigos; y matarán a algunos de vosotros.

Jesús mismo en estos pasajes hace diferenciación clara, plena, rotunda e inequívoca entre varias de las posibles acepciones con las que usualmente, en términos platónicos, se asocia la palabra *hermano*. Él –a excepción de las ocasiones en que evidentemente se refiere a *hermano* como a un prójimo o como a cada individuo de la humanidad– parece ser muy estricto en la diferenciación, muy analítico y minucioso en la expresión, de modo que distingue plenamente entre *padres*, *hermanos*, *parientes*, *amigos* y *vecinos*. Esto, como veremos más adelante, es de vital importancia.

> Lc 1, 36: Y he aquí tu parienta Elisabet, ella también ha concebido hijo en su vejez; y éste es el sexto mes para ella, la que llamaban estéril; porque nada hay imposible para Dios.

El término que utiliza el evangelista es *syngenés* (pariente). Esto es sumamente notable pues, aún cuando es su prima, se le denomina parienta. Suele decirse que los hermanos de Jesús citados en la Biblia no son sus hermanos, sino sus primos, pero en ese caso, y tratándose del mismo escritor –el mismo que ha diferenciado entre padres, hermanos, parientes, amigos, vecinos y conocidos (*Lc 2, 44- 45*)– ¿por qué no los denomina también como *syngenés* (parientes)? El que se le denomine como parienta en el texto bíblico sólo puede ayudar a afianzar la hipótesis de los hermanos de Jesús, ya que si María y Elisabet son primas y se les llama parientas, en los versículos que aluden a los hermanos de Jesús (*Mt 12, 46-50; 13, 55-56; Mc 3, 20-21; 30-35; Lc 8, 19-21; Jn 2, 12; 7, 3-5; 7, 10; Hch 1, 14; 1 Cor 9, 5; Ga 1, 19*), y que se aduce a primos, se les debió denominar como parientes inexcusablemente desde un principio. Son tantas las veces en que se nombran a los *hermanos de Jesús* que a lo único que pueden inducir es a pensar a que realmente son hermanos. Si no fuera así, en algún rincón del

Testamento se hubieran hallado pruebas de lo contrario, en algún pasaje se hubiera hecho algún tipo de aclaración, por brevísima que fuera. Pero eso no sucede, y es incomprensible cómo puede desavenirse en algo totalmente reiterado. Se desconoce lo más elemental y lo posible (que Jesús tuviera hermanos), pero se reconoce lo imposible y absurdo (la virginidad de María).

> Jn 2, 12: Después de esto descendieron a Capernaúm, él, su madre, sus hermanos y sus discípulos; y estuvieron allí no muchos días.

En este pasaje es explícita la diferenciación que hay entre hermanos y discípulos (V. a. *Jn 7, 3-5; Hch 1, 14. Y 1 Cor 9, 5*). Nótese la relación de importancia que establece el escritor; el nexo jerárquico. Si estos hermanos fueran *hermanos en la fe* o *conciudadanos*, indiscutiblemente se habrían mencionado de último; inclusive ahí no se les habría denominado como hermanos, sino como seguidores.

> Jn 7, 2: Estaba cerca la fiesta de los judíos, la de los tabernáculos;
> 2: y le dijeron sus hermanos: Sal de aquí, y vete a Judea, para que también tus discípulos vean las obras que haces.
> 4: Porque ninguno que procura darse a conocer hace algo en secreto. Si estas cosas haces, manifiéstate al mundo
> 5: Porque ni aun sus hermanos creían en él […]
> 10: Pero después que sus hermanos habían subido, entonces él también subió a la fiesta, no abiertamente, sino como en secreto.

Sabemos que sus discípulos lo siguen precisamente porque creen en él –sería absurdo seguir a alguien sin creerle, sin respaldar su ideología, sin comulgar de su enseñanza, etc.– y aquí claramente podemos inferir que nos se trata de sus discípulos; además, sabemos que, para este tiempo Jesús estaba en Galilea (*Jn 7, 1*), en su tierra (*Jn 7, 41-44*) y, por consiguiente, con los suyos, con su familia de sangre. Y precisamente es su familia la que no le cree. No se dice que su madre no le creyera, pero sí lo dice de sus hermanos[1] que, por cierto, no se pueden entender en un modo platónico pues, de ser así, sus hermanos vendrían a ser toda la humanidad. Pero no puede decirse que toda la humanidad hubiera ido a la fiesta y, lo que es más, que hubiera habido espacio para todos.

[1] Es como si sus propios hermanos no gustaran de él y/o no creyeran en su ministerio ni comulgaran de sus enseñanzas. Posiblemente Jesús advirtiera esta situación de distancia con sus hermanos, y reconociera un vínculo un poco deteriorado o roto, motivo adicional por el que los habría desconocido como familia. Ellos, en ese orden de ideas, no hacen la voluntad del Padre; y Jesús parece decidido a reconocer como sus verdaderos hermanos a las personas que, aun sin serlo carnalmente, practiquen sus enseñanzas.

> Mt 12, 46: Mientras él aún hablaba a la gente, he aquí su madre y sus hermanos estaban afuera, y le querían hablar.
> 47: Y le dijo uno: He aquí tu madre y tus hermanos están afuera, y te quieren hablar.
> 48: Respondiendo él al que le decía esto, dijo: ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?
> 49: Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos.
> 50: Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre.
> (V. a. Mc 3, 31-35; Lc 8, 19-21)
> (Cf. Hch 1, 14; Mc 3, 21; 1 Cor 9, 5)

Es interesante saber que Jesús, que hace una plena diferenciación entre padres, hermanos, parientes, amigos y vecinos, justo en este momento, cuando alguien le dice que han llegado su madre y sus hermanos no esgrima ninguna corrección; no dice *no es mi hermano, sino mi vecino*. Es como si tácitamente se aceptara –por cierto que la conversación es muy fluida y natural, directa, acusativa: «He aquí tu madre y tus hermanos están afuera, y te quieren hablar»–. Jesús no solamente no dice que no se trata de su madre ni de sus hermanos sino que implícitamente lo asevera, lo afirma en su posterior respuesta.

También es importante resaltar que el pasaje expone a lo más íntimo de su fibra, a su más cercana sangre –excepto José que, eventualmente, ya habría fallecido–. Y Jesús, en una metáfora sentida, hace entender que cualquiera que lo sigue, siempre que haga la voluntad del Padre, es su verdadera familia. La metáfora no habría tenido sentido, ni se habría presentado con esa imagen de grandeza, si hubiera dado a entender que aquel que hace la voluntad del Padre es como su *primo* o como su *pariente más lejano*. Por el contrario, da a entender que es su familia más cercana, que es como su misma *madre*, que es como sus mismos *hermanos de sangre*.

Pero este pasaje contiene un dato todavía más revelador. Por un lado, resalta la inclusión que Jesús hace de la mujer y, por el otro, da a entender que no solamente, en cuanto a su familia física, tiene madre y hermanos, sino que también tiene hermanas –al menos una–. El mensajero no le dice al comienzo que también estén sus hermanas –o hermana–, pero Jesús, de su propia cuenta, lo da a entender implícitamente[1]. Esto, como es lógico, de

[1] Se puede aducir que no la tiene, pero que en un sentido platónico, viendo a mujeres de su edad o menores, las asocia como si fueran sus hermanas. El problema es que también habrían hombres de mayor edad a los cuales, en un sentido platónico, asociaría como a un padre, pero no lo dice –posiblemente porque ya no lo tiene–.

por sí ya constituye un argumento enorme y Jesús, casi de forma sub-consciente, deja escapar por su propia boca la conformación misma de su familia cercana. Pero ¿es posible, tal como lo sugiere el mismo Jesús, que también tuviera hermanas?

> Mt 13, 54: Y venido a su tierra, les enseñaba en la sinagoga de ellos, de tal manera que se maravillaban, y decían: ¿De dónde tiene éste esta sabiduría y estos milagros? ¿No es éste el hijo del carpintero?
> 55: ¿No se llama su madre María, y sus hermanos, Jacobo, José, Simón y Judas?
> 56: ¿No están todas sus hermanas con nosotros?
> (V. a. Mc 6, 1-5)

Es importante que el evangelista aclare que este episodio sucedió en la tierra de Jesús, en la patria de su nacimiento –o infancia y crianza–, por cuanto las personas que intervienen son lugareños y conocen a su familia, sobre todo si entendemos que estas ciudades no lo eran tal, en el sentido contemporáneo, sino que eran caseríos o pueblos más o menos pequeños y que, por lo general, todos se conocen con todos. También es importante señalar que, en el caso de que los hermanos que se nombran en el evangelio no fueran su hermanos, sino que fueran sus primos, habrían sido, en todo caso, muy pocos. Por otra parte, sabemos que las familias no son árboles, sembrados en un mismo sitio, sino que son susceptibles de trasladarse. Por ejemplo, sabemos que Elisabet, la prima de María, no vivía en Nazaret, sino en alguna ciudad de Judá (*Lc 1, 39-40*). También se debe tomar en cuenta que no habría sido José el que se debería haber ido a la casa de María, sino María a la casa de José[1]. Esto, en algún modo podría poner distancia física con su familia cercana, formando, con su esposo y con los hijos que vinieran, su nueva familia. Todo esto les brinda mayor credibilidad a las gentes que moran en la tierra natal de Jesús y que conocen a su familia. En efecto, la descripción y la precisión que hacen con respecto a la familia de Jesús es asombrosa: No solamente saben quién es su madre (y su nombre), sino también su padre (y la ocupación de su padre), y cada uno de sus hermanos (junto con sus nombres) y hermanas[2]. Con este tipo de detalle, es imposible creer que ellos se refieran a los hermanos de Jesús con prolijos detalles si no lo fueran en realidad, si fueran parientes de María. Y eso mismo no es

[1] Parece que esto habría variado a causa de la persecución, por lo cual el matrimonio se fue a vivir a la tierra de María. (Cf. Mt 2, 19-23).

[2] Sus hermanas no son citadas por sus respectivos nombres posiblemente por el estatus inferior de la mujer que, para efectos legales, ni siquiera era contada.

coherente, los parientes de María no se habrían ido todos a acompañarla sólo porque Jesús se fue de correrías a predicar el evangelio. Lo más lógico es que ella se encuentra rodeada de sus hijos[1] –algunos de ellos posiblemente muy jóvenes, teniendo en cuenta que Jesús es el mayor, con treinta años (*Lc 3, 23*)– y, eventualmente, de algunos familiares cercanos[2].
Por otra parte, el evangelista no hace aclaración alguna con respecto al verdadero parentesco, no hace la descripción larga del vínculo sanguíneo con lo que, implícitamente, avala el nexo que es expresado[3], con lo que avala que se trata de sus hermanos (más adelante veremos algunas aclaraciones a este respecto). De no haber sido así el evangelista habría dicho: «pero no que lo fueran, sino que Jesús les llamaba así», es decir, se habría dado aquí de todas formas la descripción o aclaración larga del parentesco[4]–.
La descripción detallada de la familia de Jesús inclusive va más allá, pues se agrega: «¿No están todas sus hermanas con nosotros?». Con esto queda sentenciado lo que ya se podría inferir de los versículos anteriores (*Mt 12, 46-50*) en los cuales el mismo Jesús es quien parece indicar que no sólo tiene hermanos, sino también hermanas, haciendo una magistral muestra de inclusión de la mujer. Así las cosas, es el mismo Jesús quien nos indica, de primera mano, que ellos son sus hermanos; es por boca del mismo Jesús que en principio supimos que tenía, cuando menos, una hermana.

> Mc 6, 3: ¿No es éste el carpintero, hijo de María, hermano de Jacobo, de José, de Judas y de Simón? ¿No están también aquí con nosotros sus hermanas? Y se escandalizaban de él.
> 4: Mas Jesús les decía: No hay profeta sin honra sino en su propia tierra, y entre sus parientes, y en su casa.

[1] Máxime que el padre de estos ha faltado y, acaso, una de las razones por las cuales ellos parecen tener diferencias con Jesús, por cuanto él no ha permanecido con ellos en uno de los momentos más vitales.

[2] El que estén sus hijos no significa que no puedan estar familiares allegados y, efectivamente, primos. Era, y es usual, que dos o más familias se reúnan en una misma casa, sobre todo de hermanos o hermanas –lo que haría que, inclusive, primos y hermanos se homogenizaran–.

[3] La omisión de la descripción del parentesco real sólo habría procedido en el caso de alguna persona que hiciera su aparición en los evangelios de forma circunstancial, en cuyo caso se habría hecho la vista gorda. En el caso del protagonista mismo tal omisión se presenta inviable. Pero inclusive, en algunos casos personas que son nombradas en forma circunstancial en los evangelios, son nombradas con el parentesco definido en caso de haber lugar a tal (Cf. Mt 8, 5-6, 14; Mc 1, 30; Lc 4, 38).

[4] Más adelante veremos algunas consideraciones mediante las que se puede inferir que sí existiría una aclaración del vínculo sanguíneo real pues sus hermanos, en estricto sentido, serían sólo Jacobo y José, mientras que Judas y Simón serían sus primos.

Es el mismo Jesús el que nuevamente pone en orden las cosas pues, si bien es verdad que allí estaban su madre y sus hermanos, también es verdad que había algunos familiares suyos. Esa diferenciación es concluyente: «No hay profeta sin honra sino en su propia tierra». Jesús había ido a su tierra, a su lugar de procedencia, pero añade que no sería reconocido en aquella población, en esa zona, en su propia tierra. Y añade que ni siquiera habrá de ser reconocido «entre sus parientes». Esto, por supuesto, cierra el círculo de las personas a las que se refiere. Ya no se trata de sus coterráneos, de sus vecinos, sino de familiares que vivían en aquella región. Esto nos indica que su madre no estaba sola con sus otros hermanos, sino que también habían allí otros familiares, otros parientes, posiblemente tíos maternos y paternos, así como primos e, inclusive, sobrinos. Pero ahí no termina todo, pues Jesús añade que no habrá de ser reconocido ni siquiera por los miembros de «su propia casa», y esto ya nos habla de su casa particular, o de la de su madre, que habría heredado de su padre José (en caso que ya hubiera muerto), y donde vivirían su madre y sus hermanos y, eventualmente, algunos familiares más. Nótese que Jesús hace una relación que va de lo general a lo específico: sus paisanos (su tierra natal, o de procedencia), sus parientes, y su propia casa (indiscutiblemente su propia casa estaría conformada por sus padres y sus hermanos)[1]. Esa aclaración, emanada del mismo Jesús es contundente, irrefutable.

Aún así, es posible que algunos de los que son contados como hermanos, fueran realmente sus primos. Si en la misma casa no sólo viviera María y sus hijos, sino algún familiar de ella o de José, junto con sus hijos o familiares, es posible –sólo ese hecho avalaría plenamente el hecho de que se mencionen a todos como hermanos– que entre ellos hubiera, como mínimo, un primo o pariente próximo (de Jesús) y, como mínimo, un hermano (de Jesús)[2]. Nótese, sin embargo, que Jesús no se refiere a «mi hermano y mi

[1] No creemos que el mismo Jesús no fuera capaz de conocer a su familia, a las personas que conformaban su propia casa y que los confundiera con parientes, de modo que el versículo quedaría: «Mas Jesús les decía: No hay profeta sin honra sino en su propia tierra, y entre sus parientes, y entre sus parientes». También se podría decir que sus parientes no son sus parientes, sino que se refiere a sus conciudadanos o vecinos –con lo cual su propia casa serían sus familiares–, pero esas acomodaciones reforzadas parecen no ir bien con Jesús, experto en diferenciar entre padres, hermanos, parientes, amigos, vecinos, conciudadanos y hasta paganos. La palabra que utiliza el pasaje en hebreo es משפחה (mishpoxá), es decir, «familiar». Cuando Jesús menciona a su propia casa se está refiriendo a algo más cercano, a algo más íntimo, más allegado que sus propios familiares (parientes).

[2] Algunos sostienen que no es posible que haya uno o dos parientes en este grupo, sino que todos los que son nombrados en el listado como sus hermanos no son sus hermanos sino que son sus parientes. No obstante, si ninguno hubiera sido su hermano posiblemente se

hermana» solamente (*Mt 12, 50; Mc 3, 35*), sino que dice «mis hermanos» (*Mt 12, 48; Mc 3, 34; Lc 8, 21*) y «mi hermana» (*Mc 3, 35*) Esto indica que, como mínimo, en la casa de María vivían dos hermanos de Jesús y una hermana. Esta declaración por parte de Jesús, si somos matemáticos en la expresión –Jesús parece serlo, toda vez que diferencia plenamente un parentesco de otro– indica que Jesús tenía, como mínimo, tres hermanos sangre, contando a una hermana. Y si nos remitimos de nuevo al listado de hermanos de Jesús –Jacobo, José, Judas y Simón (*Mt 13, 54-55; Mc 6, 3*)–, o los que son citados como sus hermanos, y le superponemos el criterio que hemos expuesto, podemos concluir que dos, como mínimo, son sus hermanos. Los otros dos podrían, en efecto, ser parientes, posiblemente primos que vivían en la misma casa de María, junto con los otros hermanos de Jesús. Sólo esto explicaría que se mimetizaran simultáneamente unos con otros y que fueran incluidos en el listado de hermanos de Jesús.

3.16.4. Relaciones de parentesco

Fuera de duda Jesús es el eje de los relatos neo-testamentarios, el protagonista, la persona principal. Esto explica de modo amplio y suficiente el por qué todo gira en torno a él, y toda vía más, por qué las relaciones de parentesco se hacen en torno a él. Para ser más explícitos, las referencias de familia se dan en torno a él, en forma directa, y no en torno a María (Cf. *Jn 12, 2*). En el texto bíblico no encontramos ninguna referencia como: «el hijo de María», «los discípulos del hijo de María», «los hermanos del hijo de María», «los hijos de María», etc. La razón es simple, y volvemos a mencionarla: No es María, la persona principal de los relatos[1], sino su hijo Jesús.

> Mt 12, 46: Mientras él aún hablaba a la gente, he aquí su madre y sus hermanos estaban afuera, y le querían hablar.
> 47: Y le dijo uno: He aquí tu madre y tus hermanos están afuera, y te quieren hablar.
> 48: Respondiendo él al que le decía esto, dijo: ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?

Algunos autores han propuesto que cuando el evangelista dice «su madre y sus hermanos», en caso de haber sido también hijos de María, se habría

habrían mencionado como parientes a todos y/o se habría hecho la descripción larga del parentesco y el mismo Jesús, minucioso en la expresión, lo habría acotado.

[1] Aun cuando ella hubiera sido el eje de los relatos, habría sido difícil que las relaciones de parentesco se hicieran con respecto a ella, no sólo por la cultura patriarcal judía, sino por el hecho de ser mujer. No que fuera imposible pues, en ausencia de un referente masculino se le habría mencionado (Cf. Mt 20, 20). Aunque incluso allí está presente el referente masculino.

dicho «su madre y los hijos de su madre». Contra este tipo de razonamiento es poco lo que tenemos que decir salvo que Jesús debió contestar «¿Quién es mi madre, y quiénes son los hijos de mi madre?». Es evidente que las relaciones de parentesco se hacen con respecto a él, en forma directa, y no con respecto a su madre, a su padre o a alguno de sus hermanos o parientes. Adicionalmente, esa es la forma usual en la Biblia cuando se trata de citar a los hermanos de alguien. En Mt 1, 2, por ejemplo, encontramos:

> Mt 1, 2: Abraham engendró a Isaac, Isaac a Jacob, y Jacob a Judá y a sus hermanos.
> (V. a. Mt 1, 11)

Pretender lo contrario es como si alguno de nosotros tuviera un hermano y, al momento de ser preguntados acerca de él, nosotros no dijéramos: «es mi hermano», sino que recurriéramos a la fórmula: «es el otro hijo de mi madre», ó, inclusive, «es un hijo de mi madre». Es disparatado, ¿verdad? Semejante forma de razonar no es sólo atípica, sino que deviene ridícula, absurda. En ese orden de ideas, los evangelios no dicen que María tenga más hijos porque la misma estructura, en cuanto a las relaciones de parentesco, delimitadas por la persona principal, por el protagonista de los relatos, hace inviable que así sea. Esto, sin embargo, no significa que no se le reconozcan de un modo indirecto puesto que Jesús, que hace una clara distinción entre las diferentes filiaciones y relaciones de parentesco, no dice que no sean sus hermanos, no dice que sean sólo «los hijos de su padre, más no sus hermanos de madre» y, lo que es más, no dice que su madre sea virgen. Si Jesús hubiera querido rendir tributos de virginidad a su madre física (y que se le rindieran después), sin duda, en este pasaje hubiéramos hallado: «**¿Quién es mi madre la Virgen, y quiénes son mis hermanos?**». En todo caso probablemente habría sido refutado pues habría resultado extraño que un hijo, que abrió conducto vaginal, insinúe que su madre es virgen. Habría resultado extraño que alguien diga que su madre es virgen cuando las demás personas están citando a sus hermanos, con sus respectivos nombres.

Así las cosas, es natural que, al menos en forma directa, no se hable de los hijos de María. Es notorio que los vínculos de parentesco de Jesús –excepto en su infancia– no se hacen en relación de sus padres, sino de él mismo, que es el eje y la figura central de los relatos. En ese orden de ideas el evangelio no dice: «El hijo de María estaba enseñando y ella fue a visitarlo con sus otros hijos». ¿Por qué no se hace así? Porque Jesús es la figura central de la historia, no María. Pero sí dice que Jesús estaba enseñando y llegaron su madre y sus hermanos. Nótese la diferencia con respecto a las relaciones de parentesco. Sin embargo, en ausencia Jesús, y siendo María la que encabeza-

ra la lista o que tuviera un papel destacado, sí se la nombraría como madre de sus otros hijos. Y precisamente eso es lo que parece que acontece en algunos pasajes de los evangelios, en que se nombra a una María, madre de Jacobo y de José. Lo extraño es que esos mismos nombres se corresponden con los hermanos de Jesús que mencionan los evangelios.

Por otro lado, algunos autores creen que el hecho de que mencione Jesús como *el hijo de María* indica que era el único, argumentando que, en el caso de haber más hijos, se le habría mencionado como *uno de los hijos de María*. Sin embargo, es natural que se hable de Jesús como *el hijo de María* y no como *uno de los hijos de María*, no sólo desde un aspecto puramente gramatical, sino por ser Jesús, como hemos señalado, el protagonista y héroe de los relatos bíblicos. En efecto, en la ocasión en que Jesús es mencionado como «el hijo de María» (*Mc 6, 3*), y no como «un hijo, o uno de los hijos de María»[1] (lo que implicaría suprimir su papel protagónico y ponerlo como uno más), es citado al lado de sus hermanos, lo cual no hace más que evidenciar lo paradójico del argumento mediante el cual se pretende demostrar que Jesús era el único hijo. Además sabemos que Jesús no es el unigénito, sino el primogénito; es decir, el mayor, y consideramos que el orden en que son nombrados refleja el eventual orden de nacimiento de sus hermanos.

El problema también es que Jesús es presentado no sólo como el primogénito de María, sino también como el primogénito de José (*Lc 4, 22; Jn 1, 45*), lo que implica que los otros hermanos, que son citados con sus respectivos nombres, lo son tanto de padre como de madre; a menos que José hubiera abandonado a María para tener hijos de otra mujer, cosa que estaría cerca de las afirmaciones de los padres de la Iglesia de Roma por cuanto se cree que José tenía otros hijos, aunque de un matrimonio previo de José. Y aquí lo que vemos es que no podría ser de un matrimonio previo, sino de uno posterior y esto, por supuesto, no se encontraría acorde a la imagen que nos han transmitido de José como padre y esposo ejemplar. Ahora bien, si fuera verdad que abandonó a María para tener hijos de otra mujer, habría quedado muy mal que se los trajera a la casa de ella para que vivieran bajo el mismo techo. Esto, en suma, hace inviable que los hermanos que menciona la Biblia, fueran sólo hermanastros de Jesús. La evidencia sugiere que eran sus hermanos legítimos, hermanos de sangre.

[1] Esto sería semejante a que alguien le preguntara a otra persona: ¿Quién es usted? Y esa persona respondiera: Soy el hijo de X persona. La respuesta en sí no es incorrecta, pero la conclusión que sacaría la Iglesia de Roma es que la persona interrogada es hijo único. La razón: Dijo: Soy el hijo de X persona, y no: Soy uno de los hijos de X persona. Argumento estulto y completamente sandio.

3.16.5. Jacobo, el hermano de Jesús

En la Biblia son mencionados como hermanos de Jesús cinco personas: Jacobo, José, Simón, Judas (estos dos últimos lo serían en sentido amplio), y una hermana (que no es citada por su nombre); y aun cuando todos debieron de tener cierta relevancia tras la muerte de Jesús, uno de ellos sobresale de los otros con una notoria diferencia: ese es Jacobo, el enigmático hermano de Jesús.

Si bien es verdad que la Biblia relata el hecho de que ni aun los hermanos de Jesús le creían (*Jn 7, 5*) y en un punto hasta lo buscan para prenderlo porque lo creen loco (*Mc 3, 21*), esto no significa que no le hubieran creído tras su resurrección (ese sólo hecho debió de convencer a muchos) y luego de sus apariciones (Cf. *1 Cor 15, 6-8*). En efecto, es posible que no creyeran en su mensaje moral, pero que si vieran en él una figura propicia para la liberación política. Es posible también que creyeran parcialmente en la estructura de su mensaje, como también que, fingiendo una conversión, hubieran querido acaparar el naciente movimiento con el pretexto de ser su familia –los anales de la iglesia de Roma nos muestra que cargos relevantes fueron dados a su familia en los primeros siglos–, o ambas simultáneamente.
En efecto, en Hch 1, 14 vemos que congregados con los apóstoles tras la muerte de Jesús, se encuentran sus hermanos y su madre. Esto significa que, si bien no le creían, y aun cuando lo habrían abandonado durante su crucifixión (por temor posiblemente), él no les era del todo indiferente, especialmente para Jacobo, segundo hijo de María –y mismo que aparece encabezando la lista de hijos tras la muerte de su hermano, y también al que le habría aparecido en 1 Cor 15, 7. No sólo se le menciona como uno de los hermanos de Jesús, sino como *el hermano del Señor*.

> Ga 1, 18: Después, pasados tres años, subí a Jerusalén para ver a Pedro, y permanecí con él quince días;
> 19: pero no vi a ningún otro de los apóstoles, sino a Jacobo el hermano del Señor.

Todo indica que este Jacobo es el mismo del que Lucas habla en el libro de los Hechos de los Apóstoles (*Hch 15, 12-22*), y hermano –en sentido estricto– de Jesús y de José, y –en sentido extenso– de Judas y Simón. Pero si es verdad que Jesús no tenía hermanos ¿engañaron a Pablo cuando le presentaron a Jacobo como el hermano de Jesús? O, si los tenía ¿engañaron a Pablo cuando le presentaron a Jacobo como hermano y no como primo? (Porque Pablo diferencia plenamente entre *adelfós* y *anépsios*).

> Hch 15, 12: Entonces toda la multitud calló, y oyeron a Bernabé y a Pablo, que contaban cuán grandes señales y maravillas había hecho Dios por medio de ellos entre los gentiles.
> 13: Y cuando ellos callaron, Jacobo respondió diciendo: Varones hermanos, oídme.

Todo indica que este enigmático Jacobo habría sido el líder de la primitiva iglesia de Jerusalén (*Hch 12, 17; Hch 15, 13; Hch 21, 18; Ga 1, 19; Ga 2, 9-12*); de algún modo, el primer Papa, por encima de Pedro, y el mismo que el historiador judeo-romano Flavio Josefo[1] cita en sus *Antigüedades Judías*[2] como hermano de Jesús[3], muerto por Anás (también llamado Ananus, Anano o Ananías) que, aprovechando la ausencia del recién nombrado procurador Festo, convocó al sanedrín e hizo comparecer en juicio a Jacobo junto con otros, condenándolos a ser apedreados hacia el año 62 o 63 de nuestra era[4]. Con todo, es claro que no fue apóstol de Jesús o, al menos, no se le cuenta entre los doce. En este punto es explícito 1 Cor 15, 7 cuando expresa: *Después apareció a Jacobo; después a todos los apóstoles*[5].
Parece ser que el hecho de ser hermano del *Salvador* le habría granjeado una gran estima y, tras la muerte de su hermano Jesús, él habría asumido el liderazgo, coordinando la labor de difusión del evangelio. Este mismo Jacobo habría estado, jerárquicamente, en una posición superior a Pedro,

[1] JOSEFO, Tito Flavio. Antigüedades judías, v. II. Madrid: Ediciones Akal, 1997. Cap. XX.

[2] Esta obra, escrita en griego, está enfocada a narrar la historia de los judíos. Abarca desde el momento mismo de la creación hasta la rebelión contra Roma.

[3] Algunos especialistas piensan que dicho pasaje, toda vez que parece interrumpir el normal relato del libro, es una interpolación ulterior cristiana.

[4] En el siguiente párrafo (Antigüedades Judías, Cap. XX) Josefo refiere que el rey Agripa le quitó, por esta causa, el pontificado a Anás, dándoselo a Jesús hijo de Damneo. Es posible, si adoptamos la teoría de la interpolación cristiana, que la persona que se cita no fuera Jesús llamado Cristo, sino Jesús hijo de Damneo. Agripa, como castigo por su mal proceder, depone a Anás y le da el pontificado al hermano de Jacobo, a Jesús hijo de Damneo. Falta ver si Jesús hijo de Damneo podía optar al pontificado, en cuyo caso se afirmaría la hipótesis de la interpolación. Por lo pronto, ante evidencias de fondo que afirmen una u otra posición, nos resta sólo resaltar el hecho de que, siendo interpolación o no, lo relevante es que se nombra a Jacobo, no como primo o pariente de Jesús, sino como su hermano.

[5] En todo caso es comprensible que, aun cuando fuera apóstol y hermano de Jesús, el hecho de que fuera su hermano le daba mayor peso, autoridad, inclusive por encima de los 12 apóstoles. Por otro lado, es curioso que parece haber una relación de preferencia, en estas apariciones, hacia María Magdalena y hacia su hermano Jacobo, por encima de los apóstoles.

quien, al parecer, debe mantenerle informado de sus movimientos (*Hch 12, 17*); si bien puede que simplemente lo hiciera de su cuenta como una forma de respeto y de mantener al tanto de las cosas al *hermano del Señor* y a los otros hermanos en la fe, aunque es difícil de creer que quisiera informarle gratuitamente de sus movimientos–. El pasaje de Hch 15, 13 lo muestra como último en hablar por cuanto, siendo la cabeza visible del naciente movimiento cristiano, su palabra es la decisión final. Indiscutiblemente es él de quien emanan las instrucciones de las acciones a realizar, de los planes a seguir. Indudablemente se apropia de lo que haría su hermano Jesús en vida y cumple cabalmente con su roll. Su papel como cabeza visible tras la muerte de Jesús –a pesar que las epístolas de Pablo parecen disminuir el protagonismo de Jacobo y de otros apóstoles a favor de sí mismo– es posible verlo en varios pasajes (*Hch 12, 17; 15, 13; 21, 18-19; 1 Cor 15, 7; Ga 1, 19; 2, 9; 2, 12, Jd 1, 1*[1]). Es claro que este Jacobo es diferente, no es el mismo Jacobo hijo de Zebedeo, ni tampoco es el Jacobo hijo de Alfeo. Inclusive existen diferencias en la forma en que mueren cada uno de ellos. *Jacobo hijo de Zebedeo* habría muerto bajo espada (*Hch 12, 1-2*) –nótese que luego de la muerte de Jacobo hijo de Zebedeo sigue existiendo nuestro *Jacobo el hermano del Señor*[2]–, *Jacobo hijo de Alfeo* habría sido arrojado desde una parte alta del templo de Jerusalén y luego apaleado (*Fox*[3]), mientras que *Jacobo hermano de Jesús* habría muerto lapidado (*Ant. Jud.*)[4].

> Mc 15, 40: También había algunas mujeres mirando de lejos, entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo el menor y de José, y Salomé.

---

[1] Es posible que el Jacobo citado en la epístola de Judas sea *Jacobo el hermano de Jesús* –en cuyo caso sería su primo, si bien no comete ningún error al nombrarlo como hermano, no sólo por el significado extenso del término, sino porque son hermanos en la fe–. También es posible que se refiera a *Jacobo hijo de Alfeo* –su hermano, o hermanastro mayor–. La relación de autoridad *per se* del dicho pasaje pareciera indicar que se refiere a *Jacobo el hermano de Jesús*.

[2] Tras la muerte de Jacobo hijo de Zebedeo (Hch 12, 1-2) Pedro es apresado (Hch 12, 3). Sin embargo, cuando Pedro logra salir de la prisión pide que le avisen a Jacobo (Hch 12, 17), mismo que no puede ser el hijo de Zebedeo porque ya ha muerto. Es claro que existen 3 personas con el nombre de Jacobo (dos discípulos y el hermano de Jesús). Y ese Jacobo, el hermano de Jesús no es Jacobo hijo de Zebedeo (por las razones ya expuestas) ni es, tampoco, Jacobo el hijo de Alfeo (vemos que Jacobo hijo de Alfeo no habría sido el dirigente de la Iglesia de Jerusalén, al que Pedro pide que le avisen de su salida de la cárcel).

[3] FOX, John. El libro de los mártires. Terrasa, Bacerlona (España): Clie, 1991. Cap. 1.

[4] Es posible que la muerte de los diferentes Jacobo se hubieran entremezclado, de modo que a veces no resultan claras las muertes de uno y otro.

Ese Jacobo, citado como hermano de Jesús, y llamado, inclusive, como *Jacobo el Justo* por la tradición posterior, es, si nuestra conjetura es correcta (todo indica que sí) el mismo Jacobo de este pasaje del evangelio de Marcos.

Jacobo el hermano del Señor y Jacobo el menor serían, virtualmente, la misma persona. Queremos, sin embargo, llamar la atención sobre este Jacobo el menor (*Mc 15, 40*), por cuanto la iglesia de Roma ha distinguido a *Jacobo* (o Santiago) *hijo de Zebedeo*, como Jacobo el mayor, y a *Jacobo* (o Santiago) *hijo de Alfeo* como Jacobo el menor. Pero esta es una distinción posterior. *Jacobo el menor*, citado en Mc 15, 40 no es hijo de Alfeo –ni se cita tampoco que José, su hermano, sea hijo de Alfeo–. Se le habría llamado el menor, no porque fuera menor de edad –el mismo hecho que se le nombre de primero, en relación con su hermano, indica que es mayor que él, y razón por la cual *Judas hermano de Jacobo* no es hermano de este Jacobo[1]–, sino porque habría resaltado entre el grupo de seguidores de Jesús. Recordemos que cuando los discípulos le preguntan a Jesús cuál es el mayor, él les dice que **el mayor es el menor** (Cf. *Mt 11, 11; 18, 1-4; 23, 11; Mc 9, 35; Lc 7, 28; 9, 46-48; 22, 24-26*), y en otros pasajes el mismo Jesús hace notar esta misma situación. Así, al llamarlo como *Jacobo el menor* realmente se daba a entender que era *el mayor*. En ese orden de ideas Jacobo el menor no sería el menor ni en edad –excepto con relación a Jesús, en cuyo caso, en efecto, es menor– ni en comprensión del mensaje de Jesús, ni menor en liderazgo, siendo que ocuparía realmente un puesto de privilegio entre los seguidores de Jesús. Recordemos que él no habría sido discípulo de Jesús, sin embargo, toda vez que hermano de Jesús, habría sido designado, o él mismo habría tomado la iniciativa, para dirigir a la naciente iglesia tras la muerte de su hermano.
Consideramos, por consiguiente, que la diferenciación de la iglesia de Roma entre Jacobo el mayor y el Jacobo el menor no sólo es improcedente, sino que es errónea, no ayuda a diferenciar ni a aclarar, sino a confundir. Por una parte el nuevo testamento no habla de un Jacobo el mayor y, por otra parte, Jacobo el menor habría sido identificado erróneamente con el apóstol *Jacobo hijo de Alfeo*, siendo que *Jacobo el menor* sería el hermano de Jesús (*Ga 1, 19*), de José (en sentido estricto), de Judas y de Simón (en sentido extenso).

[1] El apóstol Judas es citado como hermano de Jacobo. Esto supone que ese Jacobo es mayor, pero ¿por qué, entonces, Mc 15, 40 lo sitúa como menor? En otras palabras, Marcos no lo cita, no se refiere a Jacobo hijo de Alfeo, sino a otro Jacobo, al hermano José y, si nos atenemos a la afirmación de Pablo, hermano de Jesús. Así las cosas, «Judas hermano de Jacobo» no es hermano, en sentido estricto, de «Jacobo el menor». Y sabemos también que no lo es porque no se dice que sea «Judas hermano de Jacobo y de José», pues «Jacobo el menor» es hermano de José.

3.16.6. María, madre de Jacobo y de José

El Evangelio cita hasta tres personas con el hombre de Jacobo, a saber:

- Jacobo el Mayor, hijo de Zebedeo, apóstol y hermano de Juan (*Mt 4, 21; 10, 2; Mc 1, 19; 3, 17; Lc 5, 10; 6, 14*)
- Jacobo hijo de Alfeo (*Mt 10, 3; Mc 3, 18; Lc 6, 15; Hch 1, 13*)
- Jacobo, el hermano del Señor (*Mt 13, 55; Mc 6, 3; Gal 1, 18-19*).

Sin embargo, y como quiera que dos de esas personas están entre las listas de discípulos de Jesús, y para una mayor comprensión, veamos primero el listado de los doce apóstoles.

1. Simón (Pedro), también llamado Cefás, hijo de Jonás y hermano de Andrés (*Mt 4, 18; Mt 10, 2; Mc 1, 16; Mc 3, 16; Jn 1, 42*)
2. Andrés, hijo de Jonás y hermano de Simón (Pedro) (*Mt 4, 18; Mc 1, 16; Mc 3, 18*)
3. Felipe, originario de Betsaida (*Jn 1, 43; Mc 3, 18*)
4. Bartolomé, también identificado como Natanael (*Mc 3, 18; Jn 1, 45*)
5. Tomás, también llamado Dídimo (*Mc 3, 18; Jn 11, 16*)
6. Mateo, también llamado Leví hijo de Alfeo (*Mc 2, 14, Lc 5, 27*). Algunos piensan que Jesús le adjudicó el nombre de Mateo (*Mt 10, 2-3; Mc 3, 18; Lc 6, 14-16; Hch 1, 13*)
7. Simón el cananista (o el Cananeo), también llamado el Zelote (*Mc 3, 18; Lc 6, 15*)
8. Judas Iscariote, posiblemente de la aldea de Kraiot (*Mc 3, 18*)
9. Lebeo, por sobrenombre Tadeo (*Mt 10, 4; Mc 3, 18*), aparentemente remplazado por Judas hermano de Jacobo[1] (*Lc 6, 16; Hch 1, 13*)

[1] Aparentemente el Lebeo, por sobrenombre Tadeo, de Mt 10, 3 y de Mc 3, 18 sería diferente del Judas hermano de Jacobo de Lc 6, 16 y Hch 1, 13. Según esta hipótesis, ante la muerte de Tadeo o alguna falta grave que originara su expulsión, o su misma deserción, habría sido remplazado por Judas hermano de Jacobo.
En este último caso no tenemos certeza a qué Jacobo se refiere el evangelista. Si pensamos en Jacobo hijo de Zebedeo resulta extraño que no se le nombre junto con su hermano Juan, también hijo de Zebedeo. Lo cierto es que Judas no sólo no es citado como hijo de Zebedeo, sino que tampoco hay ningún pasaje en todo el Nuevo Testamento que asocie a algún Judas como hermano de Juan, el otro hermano de Jacobo hijo de Zebedeo. Si pensamos en Jacobo hijo de Alfeo resulta extraño que en Mt 10, 3 y en Mc 3, 18 no se le nombre como su hermano. La verdad es que la construcción gramatical hace prácticamente imposible que fuera hermano de Jacobo hijo de Alfeo. En todo caso, existen dos opciones: que este Judas fuera uno de los hermanos de Jesús, o que su hermano fuera otro Jacobo no mencionado en la Biblia (sin embargo, de una relevancia enorme, pues se cita a este Judas sólo en relación con su hermano Jacobo).

10. Jacobo (españolizado como Santiago)[1] hijo de Zebedeo y hermano de Juan, también apellidado Boanerges (*Mt 4, 21; Mc 1, 19; Mc 3, 17*)
11. Juan hijo de Zebedeo y hermano de Jacobo, también apellidado Boanerges (*Mt 4, 21; Mc 1, 19*)
12. Jacobo (españolizado como Santiago)hijo de Alfeo (*Mc 3, 18*)

V. a. Mt 10, 3; Mc 3, 18; Lc 6, 14-16 y Hch 1, 13 (Listados de los doce apóstoles).

Es claro que, entre los discípulos de Jesús, sólo existen dos personas con el nombre de Jacobo: el hijo de Zebedeo y el hijo de Alfeo. Sin embargo, como hemos visto, existe otro Jacobo, el *hermano del Señor* (*Mt 13, 55; Mc 6, 3; Ga 1, 19*). Y sabemos que Jesús no es hijo de Zebedeo ni de Alfeo.
Es claro, rotundo y definitivo que hay un tercer Jacobo que, por su importancia, no es citado siendo hijo de nadie –y que no es ni el hijo de Zebedeo ni el hijo de Alfeo–, si bien se le cita en relación con Jesús, como su hermano. ¿Es posible captar estas sutiles, pero profundas relaciones que lo esclarecen todo? Si Jacobo no hubiera sido el hermano de sangre de Jesús se le habría citado, no con relación a este, sino en relación con su padre. Este Jacobo, de acuerdo a la evidencia, fue la cabeza visible de la iglesia primitiva de Jerusalén, líder indiscutible del naciente cristianismo y hermano de José (*Mt 13, 55, Mc 6, 3*), en sentido estricto, y de Judas y Simón (*Mt 13, 55, Mc 6, 3*) –en sentido extenso–. Pero ¿existe algún versículo que sugiera estas relaciones de consanguinidad?

> Mt 27, 55: Estaban allí muchas mujeres mirando de lejos, las cuales habían seguido a Jesús desde Galilea, sirviéndole,
> 56: entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo.
>
> Mc 16, 1: Cuando pasó el día de reposo, María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé, compraron especias aromáticas para ir a ungirle.
> (V. a. Lc 24, 9-10)

Es posible que esta María, madre de Jacobo y de José sea la misma María madre de Jesús. Claro, evidentemente esto daría un giro diametral a la historia porque siempre se había creído que María estaba en un dolor tan

[1] El nombre de Santiago obedece a una variante en español del nombre propio en hebreo (*Ya'akov*, pronunciado como *Iaakov*). Al adicionarle el título de *sanctus*, que evolucionó a *sant*, y sumándolo al *Iaakov*, que también sufriría algunas modificaciones, originaron el nombre de Sant Iaakov, es decir: Santiago.

profundo que estaba ausente de la escena de la crucifixión (por cuanto no se la nombra, pero de ser correcto ¡María siempre había estado ahí! Siempre había estado junto a su hijo, acompañada de María Magdalena. Y, en el caso de la unción del cuerpo, deviene lógico el hecho de que estuviera ahí pues, según la tradición judía, sólo los parientes cercanos podían contaminarse ungiendo el cuerpo del fallecido. Si María Magdalena fuera su esposa y María, la madre de Jacobo y de José, su madre biológica, no serían unas extrañas las que ungirían el cuerpo de Jesús, sino –como es lógico– su esposa y su madre, las dos mujeres más cercanas a él (por más dolorida que estuviera María, esa misma aflicción la impelería a ser ella misma quien se dirige a tocar el cuerpo de su hijo y tenerlo, en algún modo, presente para llorarle y ungirle). Y es precisamente el evangelio de Juan quien nos afirma que, en efecto, la madre de Jesús estaba presente durante la crucifixión.

> Jn 19, 25: Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena.

Esto, como veremos más adelante, es sumamente importante y reviste una relevancia al punto que podría hacernos revisar la historia normalmente aceptada. Ahora tenemos la certeza de que María, la madre de Jesús estaba presente durante su crucifixión –algo absolutamente normal y hasta deducible en caso de que su nombre no apareciera–. Sin embargo, lo extraño es que en los demás evangelios no se le nombre. ¿Se olvidaron los evangelistas de que allí estaba la madre del Salvador del mundo, la ulterior reina universal de todo lo creado? En su lugar, se nombra a una María, que es madre de Jacobo y de José. Sin embargo, María, la madre de Jesús, según Mt 13, 54-55 y Mc 6, 3, sería también madre de Jacobo y de José.

> Mt 27, 55: Estaban allí muchas mujeres mirando de lejos, las cuales habían seguido a Jesús desde Galilea, sirviéndole,
> 56: entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo.

> Mc 15, 40: También había algunas mujeres mirando de lejos, entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo el menor y de José, y Salomé.

> Lc 24, 9: Entonces ellas se acordaron de sus palabras, y volviendo del sepulcro, dieron nuevas de todas estas cosas a los once, y a todos los demás.
> 10: Eran María Magdalena, y Juana, y María madre de Jacobo, y las demás con ellas, quienes dijeron estas cosas a los apóstoles.

Dado que las mujeres que se citan durante la crucifixión, muerte y resurrección de Jesús son varias, y lo que es más, con el nombre de María en su mayoría, y a fin de evitar una confusión entre ellas, conviene, para hacer una pequeña síntesis de las que se encuentran allí.

Durante la crucifixión[1].

- María Magdalena (*Mt 27, 56; Mc 15, 40; Jn 19, 25*)
- María, madre de Jesús (*Jn 19, 25*) (Los demás evangelios no la citan, es como si quisieran ocultarla –excepto que sea la madre de Jacobo y de José)
- María, madre de Jacobo y de José (*Mt 27, 56; Mc 15, 40*)
- La hermana de María (*Jn 19, 25*)[2]
- María, mujer de Cleofas (*Jn 19, 25*)
- La madre de los hijos de Zebedeo (*Mt 27, 56*)
- Salomé (*Mc 15, 40*)[3]

Después de la crucifixión, relacionadas con el sepulcro.

- María Magdalena (*Mt 27, 61; 28, 1; Mc 15, 47; 16, 1; Lc 24, 10; Jn 20, 1*)[4]
- La otra María[5] (*Mt 27, 61; 28, 1*)

[1] El evangelio de Lucas no cita a ninguna mujer con nombre propio durante la crucifixión, si bien dice que estaban durante su crucifixión varios conocidos y varias mujeres que le habían seguido desde Galilea (Lc 23, 49).

[2] Quizás Juana, deducción sacada de Lc 24, 9 donde incluso se le nombraría antes que a su hermana. En caso de que el evangelista no se refiera a ella entonces hemos de colegir que es María, mujer de Cleofas, que sería hermana en un sentido de familiaridad amplio (como veremos más adelante).

[3] Quizás la madre de los hijos de Zebedeo si partimos del hecho que en Mt 27, 56 son tres las mujeres que miran de lejos la crucifixión: *María Magdalena, María la madre de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo* y que, esas mismas mujeres, en el mismo orden son las que cita Mc 15, 40 –excepto que la última mujer no es citada como la madre de los hijos de Zebedeo, sino como Salomé–.

[4] Nótese que es la única mujer que aparece en todos los evangelios en este momento tan difícil de su vida.

[5] Esa otra María es, posiblemente, María la Madre de Jacobo y de José. En Mt 27, 56 se le nombra luego de María Magdalena, y si contrastamos esta información con Mc 15, 47 y Mc 16, 1 nos damos cuenta que son las mismas mujeres que están observando delante del

- María, madre de José (*Mc 15, 47*)
- María, madre de Jacobo (*Mc 16, 1; Lc 24, 10*)
- Salomé (*Mc 16, 1*)
- Juana (*Lc 24, 10*)

Sintetizando, tenemos el siguiente listado de mujeres:

1. María Magdalena
2. María, la madre de Jesús (a partir de *Mt 13, 55* y *Mc 6, 3* se infiere que los hermanos de Jesús serían, como mínimo, Jacobo y José y, posiblemente, Judas y Simón)
3. María, la madre de Jacobo y de José
4. María, la madre de José (que sería también madre de Jacobo)
5. María, la madre de Jacobo[1] (que sería también madre de José)
6. La otra María (como hemos indicado sería, o bien, la madre de Jacobo y de José, o bien, la madre de Jesús)
7. La hermana de María, tía de Jesús (Aparentemente sería la misma Juana, pero es posible también que fuera María, mujer de Cleofas)
8. Juana (Una familiar de Jesús; posiblemente alguna tía o prima, debido a que está en el cortejo de mujeres que se dirige a ungir el cuerpo de Jesús)
9. María, mujer de Cleofas. Posiblemente esposa del mismo Cleofas que se cita en Lc 24, 18. (Volveremos más adelante con esto).
10. La madre de los hijos de Zebedeo (madre de Jacobo el mayor y de Juan, apellidados Boanerges)[2]

---

sepulcro. En otras palabras, las dos mujeres que están frente al sepulcro serían, nuevamente, su esposa y su madre.

[1] Inferimos que «María madre de José» y «María madre de Jacobo» es la misma «María madre de Jacobo y de José». En Mc 15, 40 se cita a «María la madre de Jacobo el menor y de José»; sin embargo, más adelante (Mc 15, 47) es citada sólo como María madre de José, y 1 versículo después sólo como María madre de Jacobo. Es posible que una y otra sean la misma María; en caso contrario –lo que resultaría mejor–, habría una madre que sólo lo es de José, otra que sólo lo es de Jacobo y una más que lo es de Jacobo y de José.

[2] No es la misma María madre de Jacobo y de José, por cuanto Mt 27, 56 las cita a ambas en un mismo versículo. Algunos exégetas la han asociado como hermana de María (la madre de Jesús), con lo que Jacobo el mayor y Juan vendrían a ser los primos de Jesús, pero no existe algún pasaje que sugiera esto. Por el contrario, si observamos Mt 20, 20-21, se puede observar cierta distancia en las palabras de Jesús, que no la trata como a un familiar suyo, menos como a una tía; y ella tampoco se refiere a sus hijos como a hermanos de Jesús (que sería una buena forma para lograr lo que ella pretende, al echarle en cara el parentesco).

11. Salomé (como hemos indicado, sería el nombre de la madre de los hijos de Zebedeo)[1].

Sabemos que María la madre de Jesús está en el grupo de acompaña a Jesús durante la crucifixión, y es importante que Jn 19, 25 lo mencione. A partir de este hecho se pueden colegir varias circunstancias que, en suma, constituyen una evidencia formidable. Sabemos que María soportó el momento más doloroso que, acaso, pueda vivir una madre, al estar junto a la cruz viendo morir a su hijo, lo que de paso nos permite entrever la fortaleza psicológica de María. Ahora bien, es virtualmente imposible que esta María, que ha soportado el momento más difícil, se vaya tranquilamente a su casa, como si nada, una vez que muere su hijo ¿verdad? Lo más natural es que también siga presente, que siga el cortejo fúnebre que se dirige hacia el sepulcro y, todavía más, que esté al frente de los preparativos para la unción del cuerpo, que se dirija al sepulcro para tener algunos momentos con su fallecido hijo. Si ella no estaba ahí ni hacía esto por su hijo entonces ¿quién lo haría? Ahora bien, la pregunta relevante es ¿por qué los evangelistas no la nombran luego de la crucifixión? Sabemos que ella está ahí solamente porque Juan la cita –durante la crucifixión–. Pero los demás evangelistas ni siquiera la nombran ¿por qué parecen empeñados en ocultarla? Si no hubiera sido por el pasaje de Juan hubieran logrado borrarla por completo, pero ¿quién estaría interesado en que ella, que evidentemente está allí, no estuviera? La respuesta, acaso, es ¿para no comprometer el papel que se le dio como virgen perpetua?
Una cosa es cierta: Sabemos que María, la madre de Jesús está allí, durante la crucifixión. Una cosa es cierta: Sabemos que ella, virtualmente, está también durante su sepultura y, aun cuando ningún evangelio la nombra, existe una poderosa evidencia que nos lleva a ligarla a la María de Mc 15, 47; 16, 1 y Lc 24, 10. ¿Por qué? Porque en Mt 13, 54-55 y Mc 6, 3 nos dice que los hermanos de Jesús son Jacobo, José, Judas y Simón, y porque según los evangelistas la otra mujer, la otra María (*Mt 27, 61; 28, 1*), es también madre de Jacobo y de José. La cuestión es clara, no existe en el Nuevo Testamento alguna otra mujer que pudiera ser madre de estos dos hermanos.

La madre de los hijos de Zebedeo no tiene ningún hijo que se llame José (sus hijos son Jacobo y Juan). La madre del hijo de Alfeo tiene un hijo que se llama *Jacobo hijo de Alfeo*, pero no dos hijos que se llamen Jacobo.

[1] Quisiéramos que esta misma Salomé fuera hija de la madre de Jacobo y de José –con lo que tendríamos el nombre de una de las hermanas de Jesús–; sin embargo, la estructura gramatical de Mc 15, 40 y Mc 16, 1 parece establecer una diferencia, hablar de otra mujer.

Adicionalmente, ese Jacobo en ningún momento es citado como hermano de Jesús ni como hermano de José[1]. Una María es madre de *Jacobo hijo de Alfeo* y otra María es madre de *Jacobo el menor*. Como hemos visto, estos dos *Jacobo* son diferentes (Cf. *Mc 15, 40*). José es hermano de *Jacobo el menor* pero no de *Jacobo hijo de Alfeo*.

Así las cosas, sólo hay una María que podría ser madre de Jacobo y de José, y esa María es la madre de Jesús[2]. Por los pasaje de Mt 13, 55 y Mc 6, 3 (en los que se listan a los hermanos de Jesús) contrastados con Mt 12, 49-50; Mc 3, 33-35 y Lc 8, 19-21 (donde el mismo Jesús parece implícitamente aceptar que tiene uno o dos hermanos) ya era posible inferir que, al menos dos de ellos, eran también hijos de María. Es decir, María no sólo era madre de Jesús, sino que habría tenido, al menos otros dos hijos, bien fuera Jacobo y José (los más viables por su orden de aparición), o Judas y Simón (con menor probabilidad por su orden de aparición). Pero es sólo a partir de Mt 27, 56 y Mc 15, 40 donde se obtiene una certeza final. Si nuestra deducción es correcta, **María de Nazaret, esposa de José, tuvo tres hijos: Jesús, Jacobo y José**. Pero, en este caso ¿por qué no se cita a Jesús siendo hijo de María al tiempo que Jacobo y José? No es posible saberlo en un modo definitivo. Es posible que su nombre hubiera sido removido para que esto no entorpeciera el libre desarrollo de ciertos patrones definidos de creencia[3].

---

[1] Sabemos que Jesús habría sido hijo de José, y el hecho de que se cite a Jacobo como hijo de Alfeo claramente nos indica que nos son hermanos.

[2] Una hipótesis es que María, mujer de Cleofas, es la madre de Jacobo y José –los habría tenido de Alfeo o de otro hombre–, y madrastra de Judas y Simón –mediante su casamiento con Cleofas–. Lo que no resuelve esta hipótesis es que ese Judas sea nombrado como hermano de Jacobo –un análisis minucioso nos revela que debe serlo al menos por vía materna– y, en esta hipótesis Judas no sería hermano, ni por vía materna, ni por vía paterna, de Jacobo. Es decir, al menor Judas debe ser hijo de ella y, el hecho de que no se le nombre como madre de Jacobo, José y Judas, tiende a descartarla. Más adelante veremos que ella es realmente madre de Jacobo hijo de Alfeo (lo habría tenido de Alfeo) y de Judas y Simón (los habría tenido de Cleofas). Esta hipótesis –como madrastra– también deviene pobre por cuanto los evangelistas y las gentes que conocen a la familia de cerca, los llaman hermanos, cuando podrían habérselas arreglado para citarlos como allegados, conocidos o vecinos. Y, todavía más imperdonable sería en el caso de Lucas, médico de profesión (Col 4, 15) que se toma la molestia de citar a la prima de María como parienta (Lc 1, 36), y nombrar todo tipo de diferenciadores (vecinos, parientes, conocidos, amigos, familiares –familia–, esposa, hijos, etc.) a la vez que –después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen (Lc 1, 3)– habla de los hermanos de Jesús (Lc 8, 19-20); si bien Simón y Judas no serían sus hermanos, tolerable porque serían primos, pero imperdonable en el caso de Jacobo (que sería Jacobo hijo de Alfeo) y de José (en cuyo caso no habría ningún vínculo próximo).

[3] Es posible que, en principio dijera: *María madre de Jesús, de Jacobo y de José*. En todo caso, como hemos visto, la deducción correcta para este pasaje es la misma.

Aún así, existe una razón básica por la que no habría sido mencionado: Jesús había fallecido[1]. En ausencia de él sólo quedaban otros dos hermanos, Jacobo y José. Paradójicamente, Jacobo, siendo menor que Jesús, ahora pasaba a encabezar la lista como el hijo mayor. Es evidente que la madre de *Jacobo hijo de Alfeo* no es la madre de José. No es la madre de Jacobo y de José citada en los evangelios. Como hemos advertido, la madre de Jesús, de Jacobo y de José sería María, la madre de Jesús. Esto mismo es ratificado por los mismos evangelios, donde sitúan a Jacobo y José como hermanos de Jesús (*Mt 13, 55; Mc 6, 3*). Pero entonces ¿qué pasa con Judas y Simón? Pues también ellos aparecen en el listado de hermanos de Jesús. Si bien es posible descartarlos de tajo y relevarlos a un segundo plano, contentándonos con saber que son sus *primos* o sus *parientes* (ya habíamos visto que, de las cuatro personas citadas como hermanos de Jesús, al menos dos serían hermanos de sangre, en cuyo caso dos serían primos o parientes), todavía es posible socavar valiosa información.

3.16.7. María, la esposa de Cleofas

Usualmente se ha querido asociar a esta *María mujer de Cleofas*[2] con la esposa de Alfeo y, aun cuando no hay ningún nexo explícito que induzca a hacer esa asociación, tampoco es imposible que lo fuera[3] –en los tiempos de Jesús

[1] Esto no quiere decir que a partir de ese momento ya no se le vuelva a citar como madre de Jesús, máxime que es precisamente ello lo que constituye su plena identificación. Muestra de esto es Hch 1, 14. Por cierto que, si los hermanos a los que se refiere dicho pasaje son a los hermanos de Jesús –es ambivalente–, quizás no fueron citados por sus nombres para no disminuir el papel de Jesús, o para diferenciar a María. Si bien es cierto que en este pasaje no menciona que sea madre de los hermanos de Jesús, el asunto queda sentenciado en los evangelios, cuando sí se le nombra siendo madre de Jacobo y de José. Finalmente, el que no se le mencione como madre de los hermanos de su hijo no significa que no lo sea. Veamos un ejemplo: Si a una madre le preguntan ¿dónde está su hijo? Y ella responde: Está con su hermanito –o con el hermanito– ¿significa que el hermanito es hijo de otra mujer, producto de un matrimonio previo de su esposo? La respuesta es un claro y rotundo no.

[2] No debe caerse en el error de pensar que esta es la madre de Jacobo el menor pues, como hemos visto, Jacobo el menor, hijo de María la madre de Jesús– y Jacobo hijo de Alfeo son dos personas diferentes.

[3] En los tiempos de Jesús los hombres solían tener o ser llamados con más de un nombre. Esto explicaría que Cleofas y Alfeo fueran una sola persona. También podrían ser diferentes transcripciones de la misma palabra hebrea Halfai –lo que, de todas formas, es una conjetura lingüística–. Realmente, lo que vemos es que, cuando una persona es llamada simultáneamente con otro nombre se cita en forma expresa (Cf. Mt 4, 18; Mt 10, 2-3; Mc 3, 16; Lc 6, 15; Lc 22, 3; Jn 1, 42; Jn 11, 16; Jn 20, 24; Jn 21, 2; Hch 1, 23; Hch 4, 36; Hch 10, 5; Hch 10, 18; Hch 10, 32; Hch 11, 13; Hch 12, 12; Hch 12, 25; Hch 15, 22; Hch 15, 37; Col 4, 11), cosa que

los hombres solían tener o ser llamados con más de un nombre–. De modo que es posible que su esposo fuera Alfeo, también llamado Cleofas. El problema es que el texto neo-testamentario en ninguna parte hace este tipo de aclaración ni tampoco sugiere que deba tomarse en ese sentido, no hay ningún nexo que relacione a uno y otro. No obstante, sí es posible que la misma María hubiera tenido un doble casamiento: primero con Alfeo, y luego con Cleofas[1]. Con Alfeo habría tenido, al menos, un hijo: Jacobo hijo de Alfeo y con Cleofas habría tenido, al menos, dos hijos: Judas hermano de Jacobo y Simón[2].
También se ha propuesto, en base al texto de Jn 19, 25, que esta María mujer de Cleofas es hermana de María, la madre de Jesús. Es decir, que no serían cuatro las mujeres presentes, sino tres.

> Jn 19, 25: Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena.

La respuesta ante esta ambivalencia gramatical es que *es posible*. Sin embargo, un matrimonio judío no le pondría el mismo nombre a sus dos hijas, o a dos de sus hijas. Esto haría imposible que fueran hermanas propiamente dichas, si bien es posible que fueran parientes próximas; en cuyo caso el evangelista, y de acuerdo al concepto amplio de hermandad entre los judíos, no habría cometido ningún error.

Eusebio de Cesárea[3, 4], al respecto, relata:

---

no ocurre ni con Alfeo ni con Cleofas. Este tipo de situaciones siempre es aclarado, como en el caso de los apóstoles (V. a. Hch 12, 12).

[1] Esto, sin embargo, no elimina una última posibilidad: Que hubiera otra María –relacionada o no con la familia de Jesús, sólo madre de Jacobo hijo de Alfeo, y esposa de Alfeo (Cf. Mc 16, 1) –, y que esta María esposa de Cleofas sólo fuera madre de Judas y Simón.

[2] El orden de los hermanos –de acuerdo a la secuencia de autoridad que les atribuye el Nuevo Testamento– sería: *Jacobo hijo de Alfeo* (mayor), *Judas hermano de Jacobo* y *Simón* (sería el menor, y el menos mencionado).

[3] CESAREA, Eusebio de. Trad. George Grayling. Historia eclesiástica. Barcelona: Editorial Clie, c2008. III, 11.

[4] Nació hacia el año 265 de nuestra era. Conocido como el padre de la historia de la Iglesia, concluye su «Historia Eclesiástica» en el 326 d.C. en la que, según el mismo comenta, es el primero en reconstruir la historia de la Iglesia, desde los mismos apóstoles (I, 3) –y nadie logrará superarle durante todo este periodo–.
La autenticidad de la historia del cristianismo presentada por Eusebio no es cuestionada y, los datos con respecto a nombres, fechas y lugares, se presentan como confiables. En efecto, es una de las mejores fuentes para conocer la historia del cristianismo primitivo.

> Tras el martirio de Jacobo y la inmediata toma de Jerusalén, cuenta la tradición que, viniendo de diversos sitios, se reunieron en un mismo lugar los apóstoles y los discípulos del Señor que todavía se hallaban con vida, y juntos con ellos también los que eran de la familia del Señor según la carne (pues muchos aún estaban vivos). Todos ellos deliberaron acerca de quién había de ser juzgado digno de la sucesión de Jacobo, y por unanimidad todos pensaron que Simeón, el hijo de Clopás (a quien también menciona el texto del Evangelio), merecía el trono de aquella región, por ser, según se dice, primo del Salvador, pues Hegesipo cuenta que Clopás era hermano de José.

A partir de este interesante pasaje de Eusebio se pueden colegir varias cosas, y sobre todo, muy importantes[1]. En principio, queda claro que María, madre de Jesús, y María mujer de Cleofas no son hermanas en sentido estricto[2], sino que son cuñadas; aspecto que no implica error alguno por parte del evangelista que, eventualmente, las sitúa como hermanas, dependiendo si son tres o cuatro las mujeres de Jn 19, 25. Siguiendo con las relaciones de parentesco tenemos que: Clopás (o Cleofas) es hermano de José, es decir, tío de Jesús y, lo más importante, Simeón (o Simón) es hijo de Clopás (o Cleofas); es decir: Simón, hijo de Cleofas, es primo de Jesús. La razón por la que no se mencione a María como madre de Jacobo, de José y de Simón es, cuando menos, notable: Tanto Jesús –confirmado por Hegesipo[3]–, como Jacobo y José son sus primos. María, la madre de Jacobo y de José –y a falta de evidencia que demuestre lo contrario, también de Jesús–, no es madre de

[1] Una de las cosas más importantes es que Jesús tenía familia, según la carne. Es algo que usualmente se puede suponer, pero que ha sido controvertido, especialmente si se piensa en sus hermanos carnales. También es importante saber que algunos miembros de la familia de Jesús fueron los que, en principio, estuvieron al frente de la naciente iglesia.

[2] Ya habíamos sugerido que podría ser Juana. Y esto se afirmaría si las mujeres citadas en Jn 19, 25 no son tres sino cuatro. En el caso de ser cuatro, el evangelista no comete ningún error al no relacionar a María mujer de Cleofas como hermana. Por su parte, si son tres, el evangelista tampoco comete ningún error a citar a la cuñada de María como hermana (sentido amplio del término). En cualquiera de estos casos el hecho de fondo –los hermanos de Jesús– no sufre ninguna alteración, siendo que sólo estaríamos haciendo la tentativa de identificar a una hermana propiamente dicha de María.

[3] Egesipo de Jerusalén, considerado como el primer historiador de la Iglesia, nació a comienzos del siglo II. Se habría entrevistado personalmente con los familiares de Jesús de segunda y tercera generación y escrito sus memorias hacia el año 180. Así, el valor histórico de sus escritos –quizás no siempre doctrinario– merecen un lugar destacado en la historia de la Iglesia paleocristiana. Combatió algunas teorías gnósticas, posiblemente –en nuestro concepto, posiciones cristiano-gnósticas nacidas dentro del cristianismo gnóstico al que él mismo pertenecía, o posiblemente generadas de la helenización del cristianismo gnóstico (mezcla de dos tipos de gnosticismo, o conocimientos)–.

Simón, y no puede serlo. Tanto Simón como Judas serían primos de Jesús, y habrían sido tomados como hermanos por cuanto, eventualmente, vivirían en la misma casa de María la madre de Jesús, o en la misma zona, muy cercanos los unos de los otros. Pero todavía hay evidencia más expresa con respecto a Simón, mediante la cual es posible evidenciar no solamente que es primo de Jesús (Eusebio de Cesárea, Historia eclesiástica), sino, lo que es más, primo del mismo Jacobo, el que es llamado *el hermano del Señor*. Esto, como es lógico, los pone de forma decidida, tanto a Jacobo como a Jesús, como hermanos, hijos de una misma María, mientras que Simón deviene como hijo de la otra. Jacobo, líder del naciente cristianismo, y hermano de Jesús, no es hermano de Simón. Nótese que implícitamente hay una diferenciación entre ambos. Jacobo –el primer Papa, por encima de Pedro–, en ausencia de Jesús, y con excepción de éste, no necesita ser citado en referencia de nadie, mientras que Simón sí. No se dice que Jacobo fuera hijo de Cleofas, ni tampoco que sea hermano propiamente dicho de Simón. Y, como hemos insistido, este *Jacobo hermano del Señor*, no es el mismo *Jacobo hijo de Alfeo* –Jacobo hijo de Alfeo no fue líder de la naciente iglesia, si bien hubo de haber realizado una muy buena labor evangelizadora–. En otras palabras, existe distancia entre *Jacobo el hermano de Jesús* y Jacobo hijo de Alfeo y Simón, que parecen conformar un dúo aparte.

Epifanio de Salamina en *El Panarion,*[1] o *Adversus Haereses* (*Panarion, Haer.* LXXVIII, 14, 5 –*Contra Antidicomarianos*), es explícito al afirmar que Simeón (o Simón), hijo de Cleofas, es primo de *Jacobo el Justo*. La cuestión es simple: Si Jesús es primo de Simón, si Jacobo también es primo de Simón, y si Jacobo es mencionado como el hermano del Señor, y ante la falta de evidencia que demuestre lo contrario, Jesús y Jacobo, en forma matemática e inexcusable, devienen como hermanos en el sentido estricto de la palabra. Esto, por supuesto, no es algo nuevo, pero faltaba la evidencia final. Sólo falta una sola cuestión ¿Qué sucede con Judas? Pues también es mencionado como hermano de Jesús.

3.16.8. Judas hermano de Jacobo

Lo más probable es que Judas hubiera sido hijo de Cleofas, y no de Alfeo. Es decir, hermanastro de *Jacobo hijo de Alfeo* (en algún modo, su hermano mayor). No creemos que hubiera sido hijo de Alfeo –de paso una razón más para creer que Alfeo y Cleofas no son la misma persona– por cuanto no se

[1] EPIFANIO DE SALAMINA. Trad. Frank William. The Panarion of Epiphanius of Salamis: books II and III (Sects 47-80, De Fide). Leiden (Netherlands); New York; Köln (Germany): Brill. 1993. P. 612.

menciona que sea hijo de Alfeo. Si bien los pasajes neo-testamentarios lo asocian como hermano de Jacobo –su hermanastro–, lo cierto es que la estructura gramatical de Lc 6, 16 y Hch 1, 13 hace imposible que sean hermanos en sentido estricto.

> Lc 6, 13: Y cuando era de día, llamó a sus discípulos, y escogió a doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles:
> 14: a Simón, a quien también llamó Pedro, a Andrés su hermano, Jacobo y Juan, Felipe y Bartolomé,
> 15: Mateo, Tomás, Jacobo hijo de Alfeo, Simón llamado Zelote,
> 16: Judas hermano de Jacobo, y Judas Iscariote, que llegó a ser el traidor.
> (V. a. Hch 1, 13. La fórmula se repite casi invariable).

Nótese que Andrés y Simón (Pedro) son claramente distinguidos como hermanos. Nótese que los hijos de Zebedeo, Jacobo y Juan, son citados con un conector gramatical que los relaciona como una pareja (sabemos que son hermanos) y que Felipe y Bartolomé también son asociados de similar modo[1]. Pero no ocurre lo mismo con *Jacobo hijo de Alfeo* y *Judas hermano de Jacobo*. Inclusive, las relaciones de parentesco devienen opuestas. Jacobo es citado como *hijo de Alfeo*, pero Judas no.

En el caso de ambos se presenta el siguiente fenómeno: No se nombran seguidos –parece que la intención misma del evangelista era diferenciarlos–, no se utiliza, por consiguiente, ningún conector que los asocie y, como si fuera poco, son citados aparte, distanciados el uno del otro, con un discípulo de por medio y, eventualmente, con diferente padre (esto mismo se repite en *Hch 1, 13*). De esto se infiere que Judas es hijo de Cleofas, y no de Alfeo, en cuyo caso tenemos que Judas y Simón son hermanos de carne y, por consiguiente, primos de Jesús, de Jacobo y de José.

Pero entonces ¿Por qué se le nombra a Judas siendo hermano de Jacobo? La razón es sencilla: *Jacobo hijo de Alfeo* es su hermano mayor (hermanastro realmente), aunque se diferencia y se distancia en el texto del evangelio para que no vaya a ser confundido como hijo de Alfeo. Esto de paso, resuelve el hecho de que no se le cite como hermano de Simón, que es menor. Lo que no implica que fuera imposible[2]. En síntesis, lo que Lc 6, 13 y Hch 1, 13 nos

[1] Esto podría hacernos pensar que Felipe y Bartolomé son hermanos; sin embargo por Jn 1, 43-45 sabemos que no es así. Felipe halló a Bartolomé, y es Felipe quien anima a Bartolomé a que se permitiera conocer a Jesús. Es muy posible que hubieran entablado una muy buena amistad entre ambos, misma razón por la que habrían sido citados también en pareja.

[2] Se le citaría como hermano de Simón en caso de que no existiera un hermano o hermanastro mayor (sobre todo que hace parte de los doce), si bien lo normal es que sea citado como hijo de su padre.

muestran es que Judas es hermano de Jacobo por vía materna, más no por vía paterna. No es viable que se le cite como hermano de *Jacobo el hermano del Señor* porque, aun cuando Lc 6, 13 y Hch 1, 13 no los sitúa siendo hermanos del mismo padre, en todo caso la norma de este versículo implica que cuando relaciona a dos hermanos es porque existe –ya por vía paterna, materna o de ambos– una relación de hermandad, no en sentido amplio, sino restrictivo; y Judas, sin ser hijo de Alfeo, sí es hermano de Jacobo por vía materna. Podría ser nombrado también como hermano de Jacobo con relación a *Jacobo el hermano del Señor* (del que Judas sería primo realmente) por ser el líder de la iglesia de Jerusalén; sin embargo, este vínculo resulta pobre; no en el sentido de que no sea hermano de él –en sentido extenso los evangelios lo citan así, acaso porque vive en el mismo barrio o en la misma casa, junto con los hermanos de Jesús–, sino porque, como hemos visto, en el contexto de Lc 6, 13 y Hch 1, 13 la relación que se establece, cuando se citan a hermanos (por ejemplo Pedro y Andrés), es porque efectivamente lo son, ya por vía materna, paterna o, preferiblemente, de ambos. La excepción sería Jd 1, 1, único caso en que parecería aplicable[1].
Este *Judas hermano de Jacobo*, también autor de la epístola que lleva su nombre, sería el único familiar próximo de Jesús que habría formado parte del grupo de los doce apóstoles[2] y, ante la evidencia arrolladora, jamás Jacobo hijo de Zebedeo y su hermano Juan –presuntamente primos–.

3.16.9. Las dos viudas

María, la madre de Jesús

María, la madre de Jesús (y en su ausencia), también madre de Jacobo y de José, según la tradición cristiana habría quedado viuda. Su esposo José, que

[1] Y aún aquí no se menciona que ese Jacobo sea el hermano del Señor. Sin embargo, sabemos que *Jacobo hijo de Alfeo* es su hermano por vía materna. El inicio de la epístola de Judas (Jd 1, 1) es: «Judas, siervo de Jesucristo, y hermano de Jacobo […]». Ahora sabemos que Judas no es hermano en sentido estricto de Jesús, razón por la que no se le cita como hermano.

[2] Jacobo, el hermano de Jesús, sería la excepción. Sin embargo, lo que vemos es que, si bien él hace parte del incipiente movimiento cristiano, más que ser un apóstol era uno de los dirigentes. Judas, primo hermano de Jesús, siendo apóstol, sería nombrado y diferenciado como hermano (lo cual es lógico, a la vez que le da mayor status y relevancia). Y esto lo vemos cuando él, junto con Simón, son incluidos como hermanos de Jesús. En todo caso, no se puede discutir que varios familiares más de Jesús formaron parte del naciente movimiento, ya que fueran considerados apóstoles o no, lo podemos ver claramente en 1 Cor 9, 5 cuando Pablo expresa: «¿No tenemos derecho de traer con nosotros una hermana por mujer como también los otros apóstoles, y los hermanos del Señor, y Cefas?». Incluso vemos aquí que el hecho de ser hermano o familiar de Jesús hace que se merezca un trato distinto, preferente.

es mencionado con vida cuando Jesús tiene 12 años y suben con él a la fiesta de pascua (*Lc 2, 41-52*)[1], no vuelve a ser mencionado con vida durante el ministerio público de Jesús, por lo que se presume que murió en este lapso. Así las cosas, Jesús debió hacerse cargo de la casa o, en algún modo, pasar a hacer frente a situaciones que, normalmente, no atendería estando con vida su padre José.
Sin embargo Jesús parece darle más importancia a los negocios, a las cosas de su Padre (Cf. *Lc 2, 49*) y, aunque no sabemos si descuidó su casa, lo cierto es que, un día decide dejarla para cumplir su ministerio. Es posible que este hubiera sido uno de los motivos por los cuales no parece tener buenas relaciones con sus hermanos que, inclusive en algún momento, parecen hablarle en tono irónico (*Jn 7, 2-5*). Es claro que no comulgan con su mensaje, lo que tampoco implica que estén lo suficiente enfadados para permitir que muera.

Cuando su madre y sus hermanos le buscan para hablarle (no creemos que hubieran ido a halagarlo, ni a decirle que vaya hasta las últimas consecuencias) es posible que lo hicieran para disuadirlo de que no continúe armando revuelo, quizás preocupados porque la situación pueda seguir agravándose (ya habría estado amenazado de muerte). Pero lo más conmovedor en este instante habría sido el estado anímico de María. Ella, que ya ha perdido a su esposo, no parece que deba estar muy contenta ahora con la posibilidad de ver morir también a su hijo, si bien puede que estuviera angustiada como enfadada.

---

[1] A veces se argumenta que si Jesús hubiera tenido otros hermanos estos habría sido citados en este pasaje. Semejante disparate es de locos, pues ¿acaso no son nombrados en Mt 13, 55 y Mc 6, 3 por sus nombres, respectivamente? Lc 2, 42 parece sugerir que sólo hasta cuando Jesús tuvo doce años fueron a Jerusalén con él.
Las razones para no cargar hijos menores de doce años pueden ir desde religiosas hasta prácticas. En este tipo de fiestas concurría mucha gente por lo que, cargar con niños muy pequeños no era muy práctico ni cómodo y podrían perturbar la realización de las ceremonias religiosas e, inclusive, llegar a perderse. Lo mejor era dejarlos a cargo de alguna persona, preferiblemente un familiar. En todo caso María y José regresaron, asumiendo que Jesús va en la caravana (Cf. Lc 2, 43-44) –¿padres descuidados?–, lo que significa que probablemente no se dieron cuenta de la ausencia de Jesús por el camino o hasta llegar a la casa, en Nazaret. Una vez allí, si llevaban a los otros hijos –sumamente improbable– ¿se iban a devolver con ellos a buscar a Jesús? Eso habría sido arriesgar a que se extraviara otro hijo –Jacobo aproximadamente de 8 a 10 años, y José quizás de unos 4 a 6 años–. La otra razón para que no se los cuente en la escena –aun cuando estuvieran presentes– es por la irrelevancia de los mismos (sabemos que los niños y las mujeres, en determinados contextos, no contaban, eran anulados). Nótese que José desaparece de los relatos en algún momento a partir de este punto (posiblemente fallece), lo cual explica el por qué María no tuvo más hijos.

María, la esposa de Cleofas

Como vimos, esta María habría tenido doble casamiento, primero con Alfeo (de cuyo matrimonio habría nacido *Jacobo hijo de Alfeo*) y luego con Cleofas (de cuyo matrimonio habrían nacido Judas y Simón). Tras la muerte de Alfeo, y luego de un tiempo de luto por su esposo, ella habría contraído matrimonio con Cleofas. Esto, como habrá de advertirse, supone un gran acercamiento con José y con María. José y Cleofas, que son hermanos, y sus esposas, máxime si vivían en la misma ciudad, habrían tenido una relación cercana. Este vínculo habría llegado a un punto cumbre gracias a un episodio trágico: la muerte de José. Indiscutiblemente la familia de Cleofas, solidarizada con la viuda de su hermano, habría estrechado más los lazos, acaso haciendo de las dos casas una[1]. Esto explica el por qué son citados como hermanos de Jesús, Jacobo, José, Judas y Simón (nótese la prelación, el orden en que son nombrados, de los dos primeros y los dos últimos)[2]. Inclusive si no llegaron a formar una sola casa, el nexo que José supone para ambas familias, como esposo de María y como hermano de Cleofas, hace que la nominación como hermanos de Jacobo, José, Judas y Simón, se presente de una forma natural y, en modo alguno, forzada.

3.16.10. El discípulo amado y los cuidados de María

Usualmente se cree que cuando Jesús dice: «he aquí tu hijo y he ahí tu madre» (*Jn 19, 25-26*) está encomendándole al discípulo(a) amado(a) los cuidados de su madre, y viceversa. Sin embargo, lo cierto es que Jesús, al parecer, no tiene ninguna intención de encomendarle a nadie los cuidados de nadie. La textura de la escena más bien pareciera tener la intención de reconciliar dos partes que han estado en discordia. Hecha esta aclaración, y en el hipotético de que verdaderamente Jesús estuviera preocupado por la suerte de su madre ¿por qué la entrega al discípulo(a) amado(a), y no a uno de sus hermanos? Se infiere que el esposo de María ya habría muerto por el simple hecho de que no se le nombra, de lo cual se desprende que María

[1] Aunque no habría sido necesario que José muriera para que ambas familiar vivieran en la misma casa. Esto podría haberse dado, inclusive, desde el principio por diversas razones, desde económicas hasta simple afinidad entre los miembros de las familias.

[2] Un pormenor aparentemente inocuo pero que deja ver el detalle con el que los lugareños o los evangelistas conocen a la familia terrenal de Jesús, dándoles unos lugares determinados a cada uno de ellos. Nótese también que Jacobo hijo de Alfeo no es citado como hermano de Jesús (Mt 13, 55; Mc 6, 3). En efecto, es vínculo es muy pobre. Judas y Simón son primos de Jesús, pero Jacobo hijo de Alfeo no.

habría quedado viuda desde tiempo atrás, y que por eso no puede encomendarla a los cuidados de su padre[1]. Por otra parte, el hecho de que no se le nombre no quiere decir que hubiera muerto; es posible que se hubiera marchado, que hubiera abandonado a María, que la hubiera repudiado, que María de su cuenta hubiera huido[2], etc. En síntesis, el hecho de que se catalogue a María de viuda es algo solamente circunstancial y constituye un vacío que no se puede dilucidar por completo. En ausencia de José, lo normal es que Jesús la hubiera encomendado al cuidado de sus hermanos o de algún familiar cercano. La pregunta es ¿por qué no lo hizo así?

> Jn 19, 25: Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena.
> 26: Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo.
> 27: Después dijo al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa.

Es evidente que en la periferia, muy cerca de la escena de la crucifixión sólo están algunas mujeres, la madre de Jesús y el discípulo al que Jesús ama; pero no están allí los hermanos de Jesús (parece que no estaría ningún hombre para no correr el riesgo de ser arrestado y ejecutado. Las mujeres, al ser siquiera apenas consideradas, no tendrían este inconveniente).

> Mt 12, 46: Mientras él aún hablaba a la gente, he aquí su madre y sus hermanos estaban afuera, y le querían hablar.
> 47: Y le dijo uno: He aquí tu madre y tus hermanos están afuera, y te quieren hablar.
> (V. a. Mc 3, 31-32; Lc 8, 19-21)

¿A cuáles hermanos de Jesús podríamos referirnos? Sin duda a los mismos que acompañan a María a buscarlo para hablarle. Es curioso que en otros pasajes se les cite junto a María, pero que en el momento cumbre no se los nombre en absoluto. Es evidente que los hermanos de Jesús no

[1] Lo que de todas formas es estulto pues, José habría sido el consuelo de María y habría asumido sus cuidados, tanto que Jesús se lo dijera o no.

[2] Es extraño que los evangelistas no registren la muerte del padre de Jesús, si bien no tardan en registrar la muerte de otras personas que hasta resultan en un plano secundario. En cambio, si José hubiera repudiado a María, o si hubiera sucedido algo entre José y María que oscureciera la imagen de Jesús o de María, se explica el por qué los evangelios no vuelvan a nombrar a José (o al padre terrenal de Jesús). Bien pudo haber sucedido que María hubiera sido una madre soltera, y que hubiera tenido que criar sola a sus hijos.

concurrieron a su crucifixión[1], ¿cómo podría, entonces, Jesús encomendársela a alguno de sus hermanos? Es posible que alguna circunstancia física se los hubiera impedido, es posible que no hubieran querido asistir al episodio. En todo caso, cualquier conjetura que se haga con respecto a la ausencia de sus hermanos es siempre aventurada.

No obstante, teniendo en cuenta que la relación de Jesús con sus hermanos no es la más óptima, podemos inferir que, entre uno y otros, hay cierta distancia. En tal caso, bien podría Jesús identificarse con el pasaje de los salmos en que se expresa: «Extraño he sido para mis hermanos, y desconocido para los hijos de mi madre. Porque me consumió el celo de tu casa» (*Sal 69, 8-9*). Es posible que Jesús deseara encomendar a su madre a otra persona cuya fidelidad fuera mejor que la de sus hermanos, puesto que aquellos ni siquiera creían en él (*Jn 7, 5*) y hasta le habrían abandonado –lo que también hicieron en algún momento sus mismos discípulos y que fue declarado por el mismo Jesús en forma explícita (*Mt 26, 31-56*)–. En todo caso ¿a cuál hermano encomendaría el cuidado de su madre si no se encuentra ninguno presente? Y ya que fueran hijos de María o hijos de José, lo cierto es que brillan por su ausencia.

De este modo, lo extraño no es que Jesús no hubiera encomendado los cuidados de su madre a alguno de sus hermanos, lo extraño es que no la hubiera encomendado a alguno de sus parientes. Así las cosas, el hecho de que los otros hijos de María no estén en la escena de la crucifixión no significa que no existan y su ausencia se habría dado quizás por miedo de ser capturados y correr la misma suerte (misma razón por la que no están sus discípulos). Sea como fuere, todo este episodio es sumamente extraño. En el caso de que ese discípulo fuera Juan, es notorio que él tenía su casa, su familia, su parentela, y que no necesitaba cuidados maternales adicionales –ni siquiera necesitaba ya cuidados maternales–, no tenía necesidad de ser encomendado a los cuidados de María. En el caso de María, es notorio que ella también tiene su casa, su familia, su parentela, y no dudamos que, en ausencia de Jesús, su hermano Jacobo le proporcionaría el más esmerado de los cuidados. Pero no sólo estaba Jacobo, sino que había más mujeres allegadas a María dentro de la escena de la crucifixión, entre ellas su cuñada[2],

[1] Es posible que los evangelistas, en una forma para no zaherirles y encubrir su ausencia, no dice que los hermanos de Jesús no hubieran ido; pero tampoco dice que estuvieran presentes, como si lo afirman en otras ocasiones.

[2] María de Cleofas también se encuentra presente en el momento de la crucifixión y ella, eventualmente, sería cuñada de María. Podría Jesús haberle encomendado a ella el cuidado de María, lo cual resulta mejor que encomendarla a un discípulo. Por otro lado, el evangelio no

misma que, eventualmente, viviría en la misma casa. Alguna de ellas habría cuidado perfectamente de ella, y no tenía necesidad de encomendar a su madre a los cuidados de nadie (si es que esa era su pretensión, cosa que no es muy probable). En ese orden de ideas, no hay ninguna necesidad de este episodio que, a todas luces, deviene extraño, innecesario, inusual; y que más bien tiene toda la textura de alguien que quiere reconciliar dos partes que, inclusive, se encuentran en discordia.

Cuando el evangelio dice que «desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa» perfectamente nos indica que el discípulo hizo algo extraordinario, algo que por determinadas circunstancias no hacía o que se habría rehusado a hacer o que, inclusive, María no habría querido aceptar. Ambas personas serían absolutamente allegadas a Jesús pero, por determinadas circunstancias, no tener llevar una buena relación. Una de ellas su madre, la otra el(la) discípulo(a) amado(a). Esto explica, entonces el por qué se dirija, en el momento mismo de su muerte, a ambas personas; esto explica el por qué Jesús no entregó a María a los cuidados de un familiar. O, ¿acaso el discípulo amado era un familiar? En el caso de que María Magdalena fuera la esposa de Jesús, y en el hipotético que ella hubiera estado embarazada al momento de la crucifixión, tal como lo sugieren algunas tradiciones, o inclusive si ya había nacido y era un niño pequeño, Jesús, al decirle a su madre: *he ahí tu hijo*, busca una forma de alentarla y de insinuarle que busque consuelo en su *nieto*. Jesús, al decirle a María Magdalena, su discípulo(a) amado(a): *he ahí tu madre*, le encarga el cuidado de su madre nada más y nada menos que a su propia esposa, a la vez que intenta reconciliarlas[1]. Pero ¿reconciliarlas de qué? La causa misma de esto podría haber sido que María la madre de Jesús nunca hubiera visto con buenos ojos la relación entre Jesús y la Magdalena e, inclusive, el embarazo mismo de esta última.

3.16.11. Relaciones de hermandad

Aun cuando el mismo contexto permite *per se*, dilucidar las relaciones de hermandad y descubrir a qué tipo de hermandad se refiere –si estricta o

dice que estuviera un hombre, no dice que estuviera el discípulo Juan –lo cual es sumamente extraño–; pero sí dice que estaba María Magdalena que, sería la discípula amada de Jesús.

[1] Si hubiera alguna diferencia entre María, la madre de Jesús y María Magdalena, la eventual esposa de Jesús, es claro que este episodio habría servido para reconciliarlas como forma de cumplir la última voluntad del moribundo. En tal caso, la acción habría sido un éxito pues el evangelio nos refiere que desde ese momento el discípulo(a) amado(a) la recibió en su casa (Jn 19, 27). Esto significa que antes de este episodio no la habría recibido o no la habría querido recibir, posiblemente por algún resentimiento (que no puede ser gratuito) por parte de María Magdalena.

amplia, si sanguínea o platónica– en un contexto determinado, existe un hecho estricto en todo el Nuevo Testamento que nos permite detectar, confinar, sentenciar las relaciones de hermandad sanguíneas. Es decir, que nos permite saber cuándo dos personas, citadas como hermanos, lo son en sentido estricto, como hermanos de carne. Esta fórmula o regla, si cabe el término, consiste en que cuando se cita a una persona por su nombre siendo hermana de otra, citándosele también por su nombre, es porque, en efecto, son hermanos de sangre, bien por vía paterna, materna, o por ambas.

> Mc 3, 17: Juan hermano de Jacobo
> (V. a. Mc 3, 37)

Son hermanos tanto por vía materna como paterna.

> Hch 12, 2: Jacobo, hermano de Juan

> Lc 6, 16: Judas hermano de Jacobo
> (V. a. Hch 1, 13; Jd 1, 1)

Sabemos que lo son por vía materna.

> Jn 1, 40: Andrés, hermano de Simón Pedro

> Jn 6, 8: Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, le dijo: Aquí está un muchacho, que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos; mas ¿qué es esto para tantos?

Sabemos que Pedro es hijo de Jonás (*Mt 16, 17*), pero no se dice nada de su hermano. Puede que lo sea por vía materna, paterna, o por ambas (*Mc 1, 29*).

> Mc 6, 3: ¿No es éste el carpintero, hijo de María, hermano de Jacobo […]?

Esta, sin duda, es una forma larga para decir: *¿No es este Jesús, hermano de Jacobo?* Y los demás parentescos se relacionan para identificarlo plenamente. La evidencia, al menos por el hecho de que se mencione a Jesús siendo hijo de María, sugiere que la relación de hermandad es por vía materna, si bien no sabemos si también lo sea por vía paterna (presumiblemente sí, por cuanto parece que María no tuvo ningún otro esposo, ni se menciona que José hubiera tenido otra esposa).

> Ga 1, 19: Jacobo el hermano del Señor.
> (Aquí se hace por la dignidad de Jesús, si bien es una variante de *Jacobo el hermano de Jesús*).

Es notable que no exista una sola cita en la que, cumpliéndose la norma que hemos indicado, los hermanos que se citan como hermanos no sean hermanos de sangre, ya por vía materna, paterna o por ambas. Es invariable. Otras formas, en algunas ocasiones (realmente muy pocas), se refieren a hermanos de fe, a conciudadanos, etc., pero cuando una persona (citada por su nombre) es relacionada con otra (citada por su nombre) como hermana, o como hermano, es porque inexcusablemente son hermanos de sangre. Y esto, en ese sentido, acusa una relación de hermandad de sangre entre Jesús y Jacobo, cuando menos por vía materna. Es decir, María habría quedado embarazada (como mínimo) no solamente de Jesús, sino también de Jacobo; María habría dado en parto (como mínimo) no solamente a Jesús, sino también a Jacobo. Claro, hemos vistos que sus hijos realmente serían tres.

3.16.12. Los hijos de José

Parece que la cuestión de los hermanos de Jesús fue normalmente aceptada en el primer siglo de nuestra era –¿Cómo se podía refutar si estaban vivos, si en vida de Jesús lo buscaban su madre y sus hermanos? (*Mt 12, 46-49; Mc 3, 31-35; Lc 8, 19-21*), ¿si el mismo Eusebio de Cesárea menciona que muchos familiares de Jesús, según la carne, habían ocupado importantes posiciones dentro del naciente movimiento?[1] Pero que luego en el tiempo, conforme la fabricación del dogma avanzaba (y conforme los primitivos evangelios no alineados con la iglesia de Roma, ya montada en el poder, eran destruidos y las personas que manifestaban tener otra versión de los hechos eran perseguidas o acalladas)[2], esos molestos *hermanos de Jesús* tuvieron que encajar

[1] CESAREA, Eusebio de. Trad. George Grayling. Historia eclesiástica. Op. cit. III, 11.

[2] Algunos sostienen que, en el caso de que María hubiera tenido otros hijos, la fabricación del dogma de la virginidad de María habría sido imposible porque sus nietos y bisnietos habrían alzado su voz de protesta diciendo ¿Cómo es que se dice que nuestra abuelita es virgen si nosotros, sus nietos y bisnietos estamos aquí? Sin embargo, eso no es evidencia de su imposibilidad, y la razón es siguiente: María tuvo un hijo que no nació por cesárea y, aún así, la iglesia de Roma –abusando, por cierto, del sentido común de las personas, y demostrando con ello el enorme poder inquisitorial que tenía– sostiene que no perdió la virginidad. Esto demuestra que la fabricación del dogma, luego de tener algún hijo, no es imposible pues, en efecto, eso fue lo que ocurrió. Por otra parte, es de advertir que la creación del dogma se dio por etapas. La etapa más incipiente señala que María, antes de tener relaciones sexuales era virgen y que Jesús, siendo el primogénito, nacía de una virgen (cosa que le habría sido imposible si hubiera sido el segundo hijo). En una fase posterior se estableció que María, aun cuando había resultado embarazada, no había perdido la virginidad (algo que anatómicamente es posible). Pero la fase culminante fue la aseveración de que, aun cuando había tenido un hijo, no había perdido la virginidad. Y, por si fuera poco, que aunque había tenido varios

de otro modo. En este sentido, los hermanos de Jesús –los otros hijos de María– ya no fueron más hijos de María, sino que se convirtieron solamente en hijos de José. El mismo Epifanio de Salamina no tiene inconveniente en señalar que Jacobo es hijo de José (*Panarion, Haer.* LXXVIII, 14, 5), si bien señala que hijo de un matrimonio previo. Sin embargo, hemos de advertir que este tipo de hipótesis tiene serías dificultades en todo sentido.

En primer término no habría sido Jesús el que habría heredado el taller de carpintería de José, tal como indican usualmente las mismas fuentes católicas, sino que habría sido Jacobo o su hermano José. Sin embargo, Jesús, al ser tratado como carpintero (*Mc 6, 3*), pareciera indicar que sí habría heredado el taller de carpintería, cosa que sólo habría sido posible si fuera el mayor. Ha de sumarse a este hipotético caso que Jesús no habría sido el primogénito de José ni tampoco el primogénito en todo, como sugiere el Nuevo Testamento (*Col 1, 18*) –si bien podría ser el primogénito de Elí–. También tenemos el inconveniente explícito de la edad avanzada que Epifanio le pone a Jacobo pues muere de 96 años arrojado del pináculo del templo –24 años después de la muerte de Jesús– sin que sufra lesión alguna

hijos, tampoco había perdido la virginidad (entonces se le acomodaron a José, o devinieron como primos de Jesús). Este último estadio se dio cuando sus hijos ya habían muerto. Hacia el siglo III de nuestra era, cuando la fabricación del dogma ya está completamente terminada. Es evidente que ya no sobrevivían ni sus nietos, ni sus bisnietos, de modo que el impacto en cuanto a que alguien les dijera que su tatarabuela había sido virgen no habría sido muy grande. Inclusive es posible que estuvieran de acuerdo con ello pues ¿a quién no le gustaría una leyenda formidable acerca de sus antepasados? ¿A quién no le gustaría ganar dinero con esa leyenda? Es posible que la iglesia, a esos lejanos descendientes, les hubiera comprado su silencio. Lo que no significa que no hubiera habido voces de protesta señalando que María sí había tenido más hijos. Es evidente que las hubo, y es evidente que fueron extirpados por el poder inquisitorial de la iglesia de Roma. El mismo Epifanio de Salamis arremete contra los "Antidicomarianos" de Arabia (*Panarion, Haer. LXXVIII*) –nombre quizás acomodado por el mismo Epifanio, o por la misma iglesia de Roma, para predisponer a las gentes en contra de ellos– porque señalan que el dogma de la virginidad es falso, porque sostienen que ella tuvo más hijos. Voces de protesta también vinieron de los cristianos gnósticos en relación a que dicha virginidad es de orden simbólico y espiritual. Pero lo más expresivo es que se creó la leyenda del linaje de la familia de Jesús. Evidentemente, en forma secreta pues ya no podía hacerse en forma abierta por cuanto la iglesia de Roma inmediatamente los habría condenado como herejes, lo que habría implicado la muerte y el fin de la transmisión de la enseñanza oculta acerca de los hermanos de Jesús y de su mismo linaje. Otros más, ante la destrucción de los evangelios gnósticos –catalogados por la secta de Roma como heréticos– debieron ser ocultados para preservarlos del fuego pre-inquisitorial. La muestra más representativa de esos documentos la constituye la biblioteca de Nag Hammadi, que por fortuna lograron salvarse. De modo que esas peregrinas ideas de que no hubieron voces de protesta son falsas. Inclusive en nuestro tiempo hay quienes reclaman ser línea sucesoria del linaje de Jesús y ¿acaso, la religión de Roma los reconoce?

(*Panarion, Haer.* LXXVIII, 14, 5). La tradición narra que fue llevado a la parte más alta del templo, inicialmente con el ánimo de que se retractara de Jesús y de su doctrina, y desde allí fue arrojado como no lo hiciera. Esto, naturalmente, debido a su avanzada edad, debió, como mínimo, dejarlo con severas luxaciones y contusiones e, inclusive, haberle procurado fracturas, pérdida del conocimiento o la muerte misma. Lo extraño es que nada de esto pasa y que resulta ileso, sin ningún tipo de daño físico. Esto más bien habla de una persona joven, con una buena contextura física capaz de resistir una caída a gran altura. Es decir, Jacobo no sería mayor que Jesús, sino menor, lo que claramente impide que José hubiera tenido sus hijos de un matrimonio previo, a menos que hubiera cometido adulterio, engañando a María. El otro gran inconveniente de esta hipótesis es la edad de José; quizás se le puso más edad para poder encajar a sus hijos previos, si bien es posible que fuera más joven y que su desposorio con María hubiera acontecido cuando tenía entre los 16 y 24 años (Cf. *Is 62, 5*), de acuerdo a la tradición judía consignada en la Mishná. Epifanio sigue relatando que José tenía más de 84 años cuando regresó de Egipto (*Panarion, Haer.* LXXVIII, 10, 5) y que sobrevivió 8 años más, para cuando Jesús tenía 12 años (*Panarion, Haer.* LXXVIII, 14, 6). Es decir que habría muerto a la edad de 92 años, una edad no sólo elevada para una persona dedicada a un oficio de elevado desgaste físico –en el caso de que hubiera sido carpintero–, sino para una persona promedio en los tiempos de Jesús pues, inclusive, la edad normal entre la élite era de 60 años (*Sal 90, 10*). Así, resulta totalmente inviable que estos fueran hijos de un matrimonio previo de José[1] porque la Biblia es explícita a situar a Jesús como su primogénito (al menos en un modo legal), porque Jesús fue el que heredó el taller de carpintería (Jacobo se habría dedicado a algún tipo de sacerdocio), y porque José no se habría esperado a ser un anciano para casarse, justamente con una virgen (se habría casado joven). Por otro lado vemos que los evangelios son explícitos al

[1] En la *Historia de José el carpintero*, un apócrifo de Nag Hammadi escrito en lengua copta, se señala que José habría tenido un matrimonio previo, del cual habrían nacido 6 hijos: Judá (o Judas), Josetos (quizás asimilable con José), Jacobo y Simón, y Lisia y Lidia. Sin embargo, el problema fundamental es que en él también se indica, en forma expresa: *Este varón justo de quien estoy hablando es José, mi padre según la carne, con quien se desposó en calidad de consorte mi madre, María* (Santos Otero, Aurelio de. Los Evangelios Apócrifos). Y, en el hipotético de que lo que se expresa en este apócrifo fuera verdad, esto de todas formas implicaría que José y María sí habrían sostenidos relaciones sexuales y que ella habría perdido la virginidad con José –después de todo ella habría sido unida a José en calidad de esposa, de consorte, lo que legitima la unión sexual–. El problema es que más adelante se indica que Jesús, de su propia voluntad entró en el vientre de María, sin el concurso de hombre alguno. Esto, por supuesto, y ante su imposibilidad, denota que ha de entenderse en un orden simbólico, pero no literal. Si ello hubiera sido así no podría haber expresado ser el hijo carnal de José.

nombrar a una María, que es madre de Jacobo y de José (mismos que según algunos serían los hipotéticos hijos previos de José) junto a dos hermanas: Salomé y María (*Panarion, Haer.* LXXVIII, 9, 6). ¡Por fin tenemos el nombre, no sólo de una de sus hermanas, sino de dos de ellas!

> Mt 27, 55: Estaban allí muchas mujeres mirando de lejos, las cuales habían seguido a Jesús desde Galilea, sirviéndole,
> 56: entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo.
>
> Mc 15, 40: También había algunas mujeres mirando de lejos, entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo el menor y de José, y Salomé.
> (V. a. Mc 16, 1)

Así las cosas, Jacobo y José –que Epifanio reconoce como hijos de José (al menos en el caso de Jacobo)–, son producto de un matrimonio previo de éste. Lo extraño es que la madre de ellos todavía viva. Según Epifanio, José murió a la edad de 92 años[1], aproximadamente cuando Jesús tenía 12 años. Según estos datos, José habría nacido hacia el año 80 a.C. Lo normal es que para este mismo tiempo hubiera nacido también la mujer con la que tendría su primer matrimonio –resultando contemporáneos y casándose normalmente, de acuerdo a la tradición, a la edad de los 15 o 18 años–. Esto significa que esta misma mujer, al momento de la crucifixión de Jesús, tendría 110 años (más los años que hubiera vivido después) lo que, acorde a la esperanza promedio de vida de las mujeres judías en los tiempos de Jesús, resulta imposible –habría sido la persona más longeva de la que el mundo tuviera noticia para aquellos tiempos (muy por encima de la esperanza de vida de las élites) e, inclusive, parecería meritorio que los evangelistas reseñaran su prodigiosa senilidad–.

También resulta supremamente extraño que José, el mismo que no abandona a su esposa María aun cuando resulta embarazada de un hijo que, según los evangelios, no es suyo, abandone a la mujer que la ha dado varios hijos, a su primer amor, por irse tras una muchachita que ha resultado embarazada del Espíritu Santo. Es como si este hombre fuera loco, aunque capaz de pasar por alto las grandes faltas de una mujer, con lo que se entiende que también ha de ser capaz de pasar las pequeñas. Entonces ¿por qué se habría divorciado de su primera mujer? ¿Por qué a ella sí le habría

[1] Según la «Historia de José el carpintero» habría fallecido a los 111 años. En este orden de ideas, la mujer de su matrimonio previo tendría cerca de 130 años. Lo que decididamente deviene inviable.

dado carta de repudio, él que es un hombre justo? ¿Por qué esa nonagenaria mujer, incapaz de tomar agua a menos que fuera molida, habría de salir del reposo y la tranquilidad de su casa, evidentemente lo más favorable y recomendado, para tomarse la molestia de ir a brindarle consuelo a la mujer por la que José, eventualmente, la habría repudiado?

De este modo, es claro que la historia de los hijos previos de José, antes de su matrimonio con María, deviene inviable. Pareciera, por el contrario, una invención de la naciente iglesia de aquel entonces, o de los dirigentes de dicha iglesia, para esconder algo, para ocultar algo; es como si hubiera algo que no quisieran que se supiese; como si existiera una función muy humana que les incomodase. Si hubieran existido esos hijos previos lo normal es que el evangelio los hubiera nombrado cuando José huye a Egipto parar evadirse de la persecución.

> Mt 2, 13: Después que partieron ellos, he aquí un ángel del Señor apareció en sueños a José y dijo: Levántate y toma al niño y a su madre, y huye a Egipto, y permanece allá hasta que yo te diga; porque acontecerá que Herodes buscará al niño para matarlo.

Según los cálculos de Epifanio –en todo caso un poco inflados– Jacobo tendría 39 años, pero José, o sus hermanas, serían mucho menores. Eventualmente alguno de ellos sería menor de edad. Resulta extraño, entonces, que el ángel le ordenara a José proteger a María y a Jesús, pero no dijera nada de sus hijos. Creemos que, inclusive, a José le asistía el derecho y el deber de darles prelación a ellos, a sus hijos legítimos.

3.16.13. El nombre de los hermanos de Jesús

Los nombres de los hermanos de Jesús (Jacobo y José) no resultan aislados del contexto bíblico, no son un hecho fortuito, sino que se corresponden en modo estricto a la tradición de aquella época en cuanto a la asignación del nombre de los hijos. Si bien es cierto que en principio el nombre era dado en relación a las circunstancias en que habían nacido o en relación a alguna buena ventura concedida por parte de Dios, también es cierto que era usual darle a un hijo el nombre del padre o del abuelo. Esto, inclusive, es una costumbre que, en mayor o menor grado, sigue vigente en nuestros días.

> Mt 1, 20: Y pensando él [José] en esto, he aquí un ángel del Señor le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es.

> 21: Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.
> (V. a. Lc 1, 31)

Este pasaje es muy similar al de Lc 1, 13 en el que Gabriel le ordena a Zacarías ponerle el nombre de Juan a su hijo. Esto, evidentemente, resulta inusual para los que conocen a Zacarías que piensan que también le va a poner Zacarías a su hijo o, cuando menos, con el nombre de alguno de sus parientes (*Lc 1, 59-61*). Sin embargo, él –atendiendo las órdenes del ángel– les ratifica que el nombre del niño es Juan (*Lc 1, 62-63*).
Nótese que, aun cuando lo normal sería ponerle al niño con el nombre del padre o, en su defecto, con el nombre del abuelo o de algún familiar allegado a los dos, en el caso específico de Zacarías y de José esto se ve interrumpido atendiendo a una orden superior. Parece que en la casa de Zacarías estaba resuelto el nombre del bebe y, todo nos hace creer que en el caso de José algo similar se iba a presentar, de no ser porque una orden superior, expresamente, sugiere algo diferente. Y José se muestra bastante receptivo en atender aquello que le es revelado en el sueño y, acaso por temor, no se atreve a obrar en contra de lo que el ángel le ordena y, tal como los evangelios expresan, le pone el nombre de Jesús. Sin embargo, si José hubiera tenido otros hijos luego de Jesús es posible que, por decirlo de algún modo, se hubiera logrado sacar el clavo. Pero, de ser así, ¿qué posible nombre le habría puesto?

> Mt 1, 15: Eliud engendró a Eleazar, Eleazar a Matán, Matán a Jacob;
> 16: y Jacob engendró a José, marido de María, de la cual nació Jesús, llamado el Cristo.

Según la genealogía de Mateo, el papá de José se llamaba Jacob. Este nombre, junto con el de Matán, el de Eleazar, y el del mismo José, son una muy buena opción; si bien el nombre de José y de Jacobo, se presentan como candidatos de primer orden por resultar directamente del afecto de José y porque era normal que un hijo se llamara como su padre. La evidencia indica que José prefirió llamar a su segundo hijo como su abuelo; quizás movido por el afecto de José hacia su padre, quizás también porque se llamaría como el patriarca Jacob, padre de las doce tribus; quizás por ambas.
Tanto Jacob como Jacobo son variantes en español del nombre en hebreo *Ya'akov*. Su forma en castellano más próxima es Jacob. No obstante, en la forma latina fue traducido como *Iacobus*, y de ahí pasó al español como Jacobo; de modo que es válido tanto «Jacob» como «Jacobo» pues, en

ambos casos, nos remiten a su forma hebrea *Ya'akov*. Cuando José le pone el nombre a su segundo hijo, realmente no le pone uno diferente del de su padre, *Ya'akov*, igual al abuelo del niño.
Hasta ahí José ya ha encontrado el nombre para dos de sus hijos: Jesús y Jacob (o Jacobo). Si, por fortuna, hubiera sido bendecido con un tercer hijo, siguiendo los patrones normales de aquel entonces ¿cuál habría sido el nombre tentativo de su tercer hijo? Sí, es correcto, José, como su padre. En ese orden de ideas, y como habíamos indicado, los nombres de los hijos de José no resultan fortuitos ni algo aislado. Todo esto, sin duda, no puede menos que afirmarnos en el sentido de que los hermanos de Jesús eran realmente sus hermanos.

- Jesús (Nombre adjudicado por orden del ángel. José no tenía opción)
- Jacobo, o *Ya'akov* (como el abuelo)
- José (como el padre).

Pero esto tiene un detalle adicional, pues Epifanio nos indica que Salomé y María también eran hijas de José y, por tanto, hermanas de Jesús.

- María (como la madre, María la madre de Jesús)
- Salomé (posiblemente una hermana de María la madre de Jesús, o un familiar muy próximo).

El texto de Epifanio (*Panarion, Haer.* LXXVIII, 9, 4-6)[1] reza:

> 9, 4: Siempre he oído decir que Jacobo era llamaba el hermano del Señor, y dije con asombro: "¿Cuál es el sentido de esto?" Pero ahora entiendo por qué la Sagrada Escritura dice esto de antemano. Cuando escuchamos: "He aquí, tu madre y tus hermanos están afuera, y te buscan,"
> 5: vamos a conocer por todos los medios que está hablando de Jacobo y los otros hijos de José, y no de los hijos de María, que ella nunca tuvo […].
> 6: La escritura los llama hermanos para confundir a nuestros oponentes, y cita los nombres de Jacobo, José, Simón, Judá [Judas], Salomé y María, para que aprendan qué [hijo] Jacobo es y qué madre, y entiendan quien es el mayor.

[1] EPIFANIO DE SALAMINA. Trad. Frank William. The Panarion of Epiphanius of Salamis: books II and III (Sects 47-80, De Fide). Op cit. P. 607.

Pese a todo, no podemos entender que Jesús hubiera heredado el taller de carpintería si no fuera el mayor. Realmente, ante la imposibilidad que esos hijos fueran de un matrimonio previo, el asunto queda sentenciado, por más que Epifanio trate de hacer la vista gorda (y del que sólo nos sirve los nombres de los hijos de José, que también son los de María). Esto de paso descarta que sean hijos de Alfeo o de Cleofas porque no encontramos ninguno que lleve el nombre de su padre (algo muy común para los tiempos de Jesús), porque no hay ninguno que se llame Alfeo o Cleofas. El mismo Epifanio de Salamis, o de Salamina, no tiene inconveniente alguno en aceptar que Jacobo es hijo de José. El problema es que Jacobo es citado conjuntamente con su hermano José. Por otro lado, y habiendo demostrado la imposibilidad de que Jacobo y José fueran hijos de un matrimonio previo de José (el padre adoptivo de Jesús), y no creyendo que José le hubiera jugado una traición, que hubiera cometido adulterio para con su esposa María, no hay otra opción que aceptar que Jesús, Jacobo y José son hijos de María, además de Salomé y María (hija). En cuanto a Judas y Simón sabemos que no eran sus hijos, aunque sí primos hermanos de Jesús por vía paterna.

Si pensamos por un momento en las disputas, en las posiciones encontradas entre los que defienden que los hermanos de Jesús no son hermanos (sino primos o familiares), y entre los que defienden que los hermanos de Jesús son hermanos de sangre, ante la evidencia de las circunstancias, resulta curioso que ambas partes tenían la razón a su manera, aun cuando fuera en parte. Por un lado, es correcto argumentar que los hermanos de Jesús, citados y nombrados en el texto bíblico, no lo son, sino que son sus primos o familiares, pues, en efecto, dos de ellos son sus primos. Por otro lado, es correcto argumentar que los hermanos de Jesús, citados y nombrados en el texto bíblico, lo son en sentido estricto, que son hermanos de sangre, siempre que se haga la precisión de que sólo dos de ellos lo son. No todos son sus hermanos. No todos son sus primos. ¡Ambos bandos tenían la razón!

3.17. NACIDO DE MUJER

La evidencia nos demuestra que Jesús abrió matriz

Cuando se asegura que Jesús nació de una mujer se hace, paralelamente una aclaración con respecto a doctrinas propias del cristianismo primitivo en las que se tenía a Jesús como un ser incorpóreo que había descendido a la tierra para redimir a la humanidad. Por otro lado, cuando se afirma que Jesús nació de mujer, se asegura que nació sometido a la naturaleza biológica de los seres humanos, que era un ser humano. Esto, por cierto, se amalgama

perfectamente con la realidad práctica en la que, tanto hombres como mujeres, nacen de una madre, de una mujer.

> Ga 4, 4: Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer[1] y nacido bajo la ley,
> 5: para que redimiese a los que estaban bajo la ley.

De acuerdo al libro de los Gálatas podemos inferir, interpretar y hasta asegurar que Jesús nació de una mujer y de un modo normal; de haber sucedido algo particular este verso nos lo hubiera declarado. Ahora bien, sabemos que en tiempos de Jesús una cesárea exitosa, en la que sobreviviera tanto madre como hijo, era imposible, de modo que Jesús, toda vez que sabemos que su madre sobrevivió al parto, debió de haber nacido por el canal vaginal de María. Existe evidencia de que las circunstancias biológicas implícitas en todo el proceso de fecundación, gestación y nacimiento de Jesús fueron normales e idénticas a las que normalmente se presentan en la fecundación, gestación y nacimiento de cualquier otro ser humano. Esto significa que hubo esperma que fecundara el óvulo fértil de María[2] y que, una vez efectuada la fecundación, se formó el cigoto y se sucedieron las sucesivas divisiones celulares que formarían el feto. Esto significa que hubo de formarse la placenta y que debieron de activarse las glándulas mamarias de María, y que algunas funciones metabólicas de María debieron operar en función de su embarazo. Finalmente, cómo es lógico, y en ausencia de cesárea, el feto, en la etapa cúspide de su desarrollo, abandonaría el útero mediante vía cervical, por el canal vaginal. Esto, en términos bíblicos se conoce como *abrir matriz.*

> Ex 13, 1: Jehová habló a Moisés, diciendo:
> 2: Conságrame todo primogénito. Cualquiera que abre matriz entre los hijos de Israel, así de los hombres como de los animales, mío es.
> (V. a. Ex 13, 12; Nm 18, 15)

Si Jesús nació de una mujer, como parece que sucedió, y nació por el canal vaginal (como debió de haber sucedido), implica que abrió matriz. En efecto, la ley mosaica indica que sea consagrado a Jehová cualquiera que

[1] Al hacer los escritores del Nuevo Testamento la aserción de que Jesús nació de mujer, implícitamente permiten inferir que ya existían las tensiones entre el cristianismo que luego llegaría a ser la doctrina oficial y el cristianismo arriano.

[2] Si llegamos al absurdo de pensar que lo que se fecundó no fue el óvulo fértil de María en otras palabras no es hijo de María. Es decir, no sólo se le priva de familia, de hermanos, de padre, sino también de madre. Se le convierte en una especie de ente nacido del viento.

abriera matriz y, al ser Jesús presentado en el templo para ser consagrado, hay un asentimiento directo en cuanto a que abrió matriz. Para ese entonces no existía ninguna extraña idea de que un bebe podría nacer sin cesárea y sin abrir matriz y, peor aún, que luego de dar a luz la madre, por vía vaginal, siguiera siendo virgen. Así las cosas, la evidencia apunta a señalar que Jesús abrió matriz, con lo que implícitamente se indica que nació vía vaginal.

> Lc 2, 22: Y cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos, conforme a la ley de Moisés, le trajeron a Jerusalén para presentarle al Señor
> 23: (como está escrito en la ley del Señor: Todo varón que abriere la matriz será llamado santo al Señor).

Con este pasaje del evangelio de Lucas la situación está sentenciada: JESÚS ABRIÓ MATRIZ, JESÚS NACIÓ VÍA VAGINAL. Téngase en cuenta que, en el contexto judío, abrir matriz (útero) era nacer por vía vaginal. ¿Por dónde más iban a nacer las personas? (debemos tener en cuenta que la cesárea no era aún un procedimiento exitoso). El mismo mecanismo que nos permite saber que Jesús era un ser humano de carne y hueso por cuanto fue circuncidado (Cf. *Gn 17, 11-13; Lc 2, 21*), nos permite saber que María no fue virgen luego del parto porque Jesús nació vía vaginal y abrió la matriz de ella. La misma observancia de los días de la purificación de María como mecanismo de limpieza de la inmundicia de su menstruación (*Lv 12, 1-3*) nos dan cuenta de lo mismo. Pero ¿cómo puede ser que la inmaculada madre de Dios hubiera estado inmunda?

> Ex 13: 1: Jehová habló a Moisés, diciendo:
> 2: Conságrame todo primogénito. Cualquiera que abre matriz entre los hijos de Israel, así de los hombres como de los animales, mío es.
>
> Ex 13, 12: dedicarás a Jehová todo aquel que abriere matriz, y asimismo todo primer nacido de tus animales.

Conforme a estos fundamentos, tal y como estipulaba la ley judaica, Jesús, habiendo sido el primogénito y, por consiguiente, el que abrió matriz, fue presentado en el templo y consagrado al Señor (Cf. *Lc 2, 22*). El hecho de que abriera matriz implica que hubo ruptura de fuente y desalojo de placenta, además de esto, el canal vaginal de María debió de dilatarse lo suficiente para permitir el paso del bebé y, en un estadio inmediato, sus glándulas mamarías debieron de entrar en actividad y producir calostros y leche para llevar a cabo la lactancia de Jesús, entre otros cambios fisiológicos. Todo esto implica que, de acuerdo al contexto sociocultural

judío, María, la otrora virgen de Nazaret comenzó una nueva etapa, su etapa como madre. Así las cosas, la evidencia es contundente, irrefutable.

3.18. HIJO DE DAVID SEGÚN LA CARNE

En el cristianismo de tinte católico se cree en dos aspectos fundamentales:

1. Jesús es descendiente de David (lo que avala su papel como Mesías)
2. María fue virgen incluso durante el parto (por lo que Jesús tuvo una concepción inmaculada)

Sin embargo, es indudable que ambas cosas no pueden ser ciertas simultáneamente. Si es verdad que María tuvo una concepción virginal y que Jesús no es hijo de José, entonces, por secuencia lógica, tampoco es hijo (descendiente) de David. Y si no es hijo de David (condición *sine qua non*), entonces Jesús no es ni el Mesías, ni el Cristo ni el Ungido. Por otra parte, si Jesús sí fue engendrado, según la carne, de un descendiente de la casa de David, puede, eventualmente, tomar el trono de David y fungir como Mesías; pero esto significa que María no fue virgen pues hubo de sostener relaciones sexuales. El término Mesías en hebreo (מָשִׁיחַ, mashíaj), significa *untar* y, por extensión, se le toma como *Ungido*. Este mismo término en griego es traducido como χριστὸς, *khristós* (Cristo). Dentro del judaísmo una de las señales inequívocas es que el Mesías habría de ser hijo de David, es decir, descendiente por vía paterna[1], de la casa de David.

Las profecías, en este sentido, son explícitas:

> Is 7, 13: Dijo entonces Isaías: Oíd ahora, casa de David. ¿Os es poco el ser molestos a los hombres, sino que también lo seáis a mi Dios?
> 14: Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel.
>
> Jer 23, 5: He aquí que vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra.
>
> Jer 33, 15: En aquellos días y en aquel tiempo haré brotar a David un Renuevo de justicia, y hará juicio y justicia en la tierra.
>
> (V. a. Is 9, 6-7; Jer 30, 8-9; 33, 15-17; Ez 34, 22-24; 37, 24)

[1] El linaje, dentro del judaísmo, se transfiere únicamente por vía paterna.

> Lc 1, 32: Éste [Jesús] será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre.
>
> Jn 7, 42: ¿No dice la Escritura que del linaje de David, y de la aldea de Belén, de donde era David, ha de venir el Cristo?
>
> Hch 2, 30: Pero siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado [a David] que **de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo** para que se sentase en su trono,
> 31: viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción.
>
> Ro 1, 1: Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios,
> 2: que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras,
> 3: acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, **que era del linaje de David según la carne**,
> 4: que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos.
>
> (V. a. Lc 2, 4; 20, 41-44; Ro 9, 5; 2 Tim 2, 8; Ap 5, 5; 22, 16)

El asunto está sentenciado, si Jesús no es, en cuanto a la carne, hijo de uno de los descendientes de David, no es el Cristo, y hemos vivido engañados. Si, por el contrario, realmente fue el Cristo, entonces María no fue virgen por cuanto ella debió de mantener relaciones sexuales con uno de los descendientes de David (en cuyo caso de iglesia de Roma nos ha mentido).
Por otra parte, el hecho de que se reconozca a Jesús como hijo de David pone de relieve que, para ese entonces, el interés de difundir la imagen de una María como virgen perpetua no existía dado que, haciendo énfasis en lo primero –Jesús como hijo de David– queda abrogado lo último. Adicionalmente, el texto parece ser definitivo cuando menciona que Jesús es hijo de David, según la carne, e, independientemente de si tiene las suficientes credenciales para sentarse en el trono de David, lo cierto es que el hecho de que sea hijo de David lo convierte, indefectiblemente, en hijo de *José* según la carne[1]. En caso de ser así, esto implica que José y María debieron de tener relaciones sexuales para que pudiera realizarse la concepción de Jesús. La situación es clara y no permite escapatorias. De

[1] El mismo Jesús parecería reconocerlo en Ap 22, 16 cuando se pone en su boca «Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana».

acuerdo a la tradición judía el restaurador, el Mesías, habría de ser de la casa de David y de la ciudad de Belén Efrata (*Miq 5, 2; Mt 2, 5-6; Jn 7, 42*). Es decir, que deberían cumplirse ambos requisitos simultáneamente. Sin embargo, en el Evangelio de Juan podemos encontrar un pasaje, cuando menos, provocador.

> Jn 7, 40: Entonces algunos de la multitud, oyendo estas palabras, decían: Verdaderamente éste es el profeta.
> 41: Otros decían: Éste es el Cristo. Pero algunos decían: ¿De Galilea ha de venir el Cristo?
> 42: ¿No dice la Escritura que del linaje de David, y de la aldea de Belén, de donde era David, ha de venir el Cristo?

Lo que realmente aquí se cuestiona que sea del linaje de David (de la tribu de Judá) y de la aldea de Belén o, cuando menos, se sugiere que no reúne uno de los dos requisitos. A decir verdad, la disputa parece concentrarse en el lugar de procedencia de Jesús; puede que no se discuta el hecho que sea de la casa de David, pero sí se discute que sea de Nazaret de Galilea y no de Belén de Judá.

Esto, por otra parte, explica el por qué los evangelios se esfuerzan por poner a Jesús como un descendiente de David, según la carne, y nacido en Belén de Judá –si bien la mayor parte de los evangelios indican que proviene de Nazaret de Galilea[1] (*Mt 26, 69; 26, 71; Mc 14, 70; 21, 11; Lc 22, 59; 23, 5-7; Jn 1, 45-46; 7, 41-42; 7, 52; Hch 3, 6; 4, 10; 6, 14; 10, 38; 22, 8; 26, 9*). Esto, por supuesto, avalaría la tesis judía que defiende el hecho de que Jesús no fue el Mesías. En efecto, si Jesús no nació en Belén, no puede optar a ser el Mesías judío[2].

[1] En todo caso pareciera que el asunto queda sentenciado con Lc 4, 16, donde se señala que Nazaret es el lugar donde se crió. Lo extraño es que, durante sus recorridos por Judea Jesús no hubiera pasado por Belén, por su ciudad natal. Si José, su padre, era de allí, debería tener algunos parientes en este sitio que le habrían sobrevivido y que, eventualmente, harían que visitara esta aldea. Nazaret podría ser no sólo la ciudad donde se crio, sino también su ciudad natal, y el mismo Jesús lo confirmaría en Hch 22, 8 cuando dice: «Yo soy Jesús de Nazaret». Lo extraño es que no diga: «Yo soy Jesús de Belén».

[2] No necesariamente la profecía debería ser literal. Las personas nacidas en Belén recibirían el nombre de «belenitas», o «belenos». Beleno (o «Belinus», o «Belanus») es el dios celta del Sol y del fuego, y Jesús, al convertirse en Cristo, no sólo se habría convertido en el lucero de la mañana (Ap 22, 16), o el portador del fuego, sino en el fuego mismo; es decir, en un hijo del sol (hijo de Belén, o hijo de Beleno) y en el Sol mismo (el Logos) –un «beleno», o «belenita» auténtico–. Recordemos que el 25 de diciembre fue ajustado como el nacimiento de Jesús, el mismo día en que se celebra el nacimiento del Sol, es decir, el mismo Beleno celta.

3.18.1. La genealogía

Normalmente las genealogías que exponen tanto Mateo como Lucas deberían ser de José, por cuanto es por vía paterna que se transmite el linaje; sin embargo, algunos especialistas sugieren que la genealogía de Mateo es la de José y la genealogía de Lucas, de María.

> Mt 1, 15: Eliud engendró a Eleazar, Eleazar a Matán, Matán a Jacob;
> 16: y Jacob engendró a José, marido de María, de la cual nació Jesús llamado el Cristo.

> Lc 3, 23: Jesús mismo al comenzar su ministerio era como de treinta años, hijo, según se creía, de José, hijo de Elí.

La tradición cristiana ha considerado que el padre de María es Joaquín. En ese orden de ideas no es fácil reconciliar la genealogía de Lucas con la de María; si bien es posible que esta última no se refiera a relaciones de padre e hijo, sino al hermano mayor de un grupo de hermanos. Es decir: Elí sería, o bien, el hermano mayor de Jacobo (en el caso de que la genealogía de Lucas sea paterna), o bien, el hermano mayor de Joaquín (en el caso de que la genealogía de Lucas sea materna).

Es muy extraño el hecho de que Mateo no nombre a José como padre de Jesús; realmente evade en forma definitiva el tema y, contra todo pronóstico, en el momento en que debe mencionarlo, le transfiere a María el ser su progenitora. Como habíamos señalado, el linaje se transmitía por vía paterna y, para efectos legales, los hijos eran considerados del padre. Las genealogías, por consiguiente, se hacían con relación al padre. Y Mateo, efectivamente lo hace de este modo, pero cuando llega a José ya no lo pone como su hijo; lo cual rompe definitivamente con la estructura del texto y con la forma tradicional de hacer las genealogías. ¿Acaso, no fue el verdadero padre de Jesús?

En el caso de Lucas la insinuación es más provocadora pues no sólo se limita a evadir el controvertido asunto de la paternidad, sino que va más allá y en forma directa expresa que Jesús era hijo, *según se creía, de José*. Es extraño que los evangelistas elaboren una genealogía relativamente extensa para trazar el linaje por la línea de David para, en el momento culminante, decir que no es hijo de David (o que lo es, pero sólo mediante adopción). En todo caso, lo cierto es que Lucas parece conocer algo que los demás no. Y toda vez que él, que manifiestamente expresa haberse documentado con diligencia (*Lc 1, 3*), sugiere que José no era el verdadero padre de Jesús, debemos buscarlo en otro sitio. ¿Es posible que José fuera, tal como

refieren las fuentes cristianas, solamente el padre putativo, el padre adoptivo de Jesús? Pero entonces ¿Dónde queda el hecho de que Jesús sea reputado como hijo de David según la carne? ¿Acaso ese otro padre era también de la casa de David? ¿Acaso, el verdadero padre de Jesús se llamaba José, así como su padre adoptivo?[1]

Jesús es citado como hijo de José (*Lc 4, 22; Jn 1, 45; 6, 42*) por la gente del común y, en el comienzo de su ministerio, por uno de sus discípulos; y también es reconocido y aclamado por las gentes como el hijo de David en todo el transcurso de los evangelios[2] (*Mt 1, 1; 9, 27; 12, 23; 15, 22; 20, 30-31; 21, 9; 21, 15; Mc 10, 47-48; Lc 18, 38-39*). Sin embargo, en este punto hay un vacío, algo extraño; es como si tras la versión conocida, aceptada y promovida por el pueblo existiera una historia no conocida ni revelada y, acaso, sólo accesible para aquellos que se documentaran con diligencia.

3.18.2. Hijo de José o hijo de Elí

La tradición cristiana ha considerado que José es solamente el padre adoptivo de Jesús, lo que en última síntesis significa que no es su verdadero padre. En efecto, el evangelio de Lucas señala claramente que no lo es, y sugiere que la creencia común era pensar que José era su padre (*Lc 3, 23*). Así las cosas, es posible inferir que la paternidad de Jesús era el pequeño secreto de la familia de Nazaret; algo de lo que era mejor no hablar, dando por sentado que José es el padre de Jesús e, inclusive, diciéndoselo así a todo aquel que preguntara. Esto, por supuesto, habría resultado bastante eficaz por cuanto así es reconocido por las multitudes y por las gentes del común que, indiscutiblemente, no conocen la historia oculta.

Sin embargo, una cosa es cierta, y ahora lo sabemos: Jesús no es hijo de José; pero entonces ¿de quién? Ahora es posible comprender por qué José pensó que María había cometido adulterio cuando, de un momento a otro, resultó embarazada. Ella, si nos atenemos estrictamente a lo que nos dicen los evangelios, quedó embarazada antes de tener relaciones sexuales con José (*Mt 1, 18*). Ahora es posible comprender el por qué José quiso dejarla

[1] También se ha sugerido que Jesús es hijo de David mediante María. En otras palabras, María sería la descendiente de David y no José. Esto, en todo caso tiene varias dificultades. En primer término, la genealogía no se trazaba por línea materna y, en segundo lugar, quedaría por resolver el asunto bien comprometido de que María sea de la tribu de Judá, y no de Leví –como parece que era–. Así lo sugiere la textura de Lc 2, 4 cuando dice que José era de la casa de David; sin embargo, no dice que María lo fuera, no dice que ambos lo fueran, sino que al mencionar sólo a José hay un caso evidente de exclusión.

[2] La excepción es el evangelio de Juan. Para él, Jesús, más que el hijo de David, es la encarnación misma del Verbo (Jn 1, 1-5), una concepción, por cierto, muy gnóstica.

en secreto –lo que supone la cancelación del matrimonio y la carta de divorcio–. Su acción, aunque contraria a la ley, sólo se explica de un modo: La amaba. La amaba quizás de una forma intensa y no quería que su amada muriera apedreada en las calles de Nazaret. Ahora es posible comprender por qué Lucas dice que Jesús no es hijo de José, si bien era lo comúnmente aceptado y lo que se creía. Ahora es posible comprender por qué es necesario que un ángel se le apareciera a José para convencerlo de que acepte recibir a María –posiblemente José accede a regañadientes y sólo porque Dios se la ha ordenado–. Ahora es posible comprender el por qué José no la conoció hasta que nació Jesús; posiblemente movido a pudor o para esperar definitivamente a que naciera sin su participación, sin ser partícipe de la afrenta. Ahora es posible comprender el por qué se dice que los hermanos de Jesús son hijos de José –aunque se señala que de un matrimonio anterior al de María, lo cual deviene inviable, y que sólo pretende encubrir alguna pequeña tacha en el matrimonio de José y María–. Y es evidente que esa tacha sí la hay, de otro modo no se montaría una elaborada estratagema, una elaborada historia en torno al nacimiento de Jesús. Y el problema fundamental es que María lo tuvo, no de José, sino de otro (al que se habría encubierto bajo el nombre de Espíritu Santo).

Si José y María hubieran tenido relaciones sexuales nada de esto habría sucedido. Si José se hubiera unido sexualmente a María, éste no habría dudado con respecto a su paternidad, no habría pensado en el virtual adulterio de ella, ni tampoco habría llegado al punto de pensar en abandonarla. Si Jesús fuera hijo de José, el evangelista Lucas ni remotamente habría sugerido algo diferente. Si Jesús hubiera sido hijo de José, el escritor de Mt 1, 15, justo en el momento en que debe decir que de éste, de José, nació Jesús, hace un giro brusco en la narración, para poner a Jesús, no como hijo de José, sino de María. Inclusive, los adversarios de Jesús, hasta parecen sugerir que él es un bastardo pues, de cierto modo, le insinúan que es un nacido de la fornicación –comúnmente aceptado como las relaciones sexuales que se dan fuera del matrimonio– (*Jn 8, 41*), o, cuando menos, se exceptúan ellos, pero no exceptúan a Jesús.

> Lc 2, 48: Cuando le vieron, se sorprendieron; y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre [José] y yo te hemos buscado con angustia.
> 49: Entonces él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?

Este pasaje es muy importante porque, si bien nos deja entrever que María sí reconoce a un hombre como padre de Jesús, también nos permite entrever

que Jesús parece no reconocerlo, pues habla de otro padre. Claro, aquí debe entenderse ese otro padre en un orden espiritual; sin embargo, llama la atención que Jesús, si bien llega a hablar de su madre y de sus hermanos, nunca habla de su padre terrenal, es como si lo desconociera. Realmente Jesús parece un hijo sin padre, o un hijo que nunca llegó a conocerlo.
En este punto es posible que, aun cuando María pone a José siendo padre de Jesús, realmente sólo lo dijera en un contexto afectivo. José habría hecho las veces de su verdadero padre por cuanto había aceptado recibir a María y a su hijo (*Mt 1, 20*), y habría asumido sus cuidados[1] y su crianza, de modo que en un modo platónico lo es; aun cuando no sea su padre biológico (aspecto que Lucas ha dejado bien en claro), es su padre por adopción.

Pero entonces, si Jesús no es hijo de José ¿de quién? Ante este interrogante se abren únicamente dos opciones:

a) Del Espíritu Santo
b) De otro hombre

Es difícil concebir que un ser humano nazca del viento, de un bello poema, de una flor, de una paloma, etc. (a menos que sea en sentido simbólico). Lo normal es que un ser humano nazca de una mujer con el concurso de un hombre que ha de aportar la materia creadora capaz de fecundar el óvulo fértil. Cuando los evangelistas defienden que Jesús es hijo de David, según la carne, no creemos que sea porque nació de un bello amanecer o de un arcoíris, sino porque desciende, según la carne, de la línea sucesoria de David. Y esto implica apareamiento, copula, participación sexual entre los descendientes del linaje de David. Los contemporáneos de Jesús jamás habrían pensado que él había nacido del viento o de un espíritu que se apareó con María. Ellos pensaban que era hijo de José y, si alguien les hubiera dicho que no era hijo de José, entonces lo era de otro hombre, pero no del viento o de un fantasma. Inclusive en nuestros días tal noción no es favorable y es difícil creer que una mujer quede embarazada por un espíritu. ¿Qué pensaría usted, por ejemplo, si su vecina resultara embarazada y ella le dijera que el hijo que espera es del Espíritu Santo? Posiblemente usted le diría que ese Espíritu Santo debe tener nombre. El sentido lógico y práctico nos ha enseñado la forma en que vienen los bebes al mundo. Jesús, como

[1] Nótese que en Mt 2, 13 el ángel no le dice a José: «toma a tu hijo y a su madre», o «toma a tu esposa y a tu hijo», sino que expresa: «toma al niño y a su madre»; lo cual hace pensar que Jesús, tal como expresa Lucas, no es hijo biológico de José. También es interesante que el ángel no utilice ningún tipo de deferencia hacia Jesús; le advierte sobre Herodes, pero no expresa que Herodes podría matar a Dios.

ser humano, se ajustó en todo a las condiciones inherentes al ser humano (*He 2, 17*) y, por consiguiente, debió de nacer como nacen los seres humanos (y aun se añade diciendo que abrió matriz y que es hijo de David según la carne). Esto, en síntesis, nos lleva a contemplar la posibilidad de que, si no fue hijo de José, debió de haberlo sido de otro hombre.

> Lc 3, 23: Jesús mismo al comenzar su ministerio era como de treinta años, hijo, según se creía, de José, hijo de Elí.

Es verdad que, eventualmente, Elí sería el padre de José, y abuelo por adopción de Jesús; sin embargo, también es posible que las cosas fueran de diferente manera. En el evangelio de Lucas el autor claramente nos expresa que no es hijo de José, y es precisamente este mismo evangelio el que podría revelar el nombre del verdadero padre de Jesús. Si aislamos el pasaje en que el evangelista, palabras más, palabras menos, declara que José no es el padre de Jesús, obtenemos un enunciado como el siguiente:

> Jesús mismo, al comenzar su ministerio era como de treinta años [hijo, según se creía, de José], hijo de Elí.

Nótese que no hemos cambiado nada en absoluto con respecto al versículo de Lc 3, 23, salvo por la inserción de los corchetes que nos sirven para aislar la interpolación del narrador. Si prescindimos por un momento de esta, obtenemos lo siguiente:

> Jesús mismo, al comenzar su ministerio era como de treinta años, hijo de Elí.

Dependiendo de la traducción este mismo pasaje también puede ser transcripto como: «El mismo Jesús comenzaba a ser como de treinta años, que era hijo de Elí». Es decir, si prescindimos de la interpolación que hace Lucas con respecto a la paternidad adoptiva de Jesús (*hijo, según se creía, de José*) obtenemos, en todo caso, la misma forma invariable con respecto a que Jesús es hijo de Elí (o Helí). La genealogía de Lucas, en este caso, no sería la de María –recordemos que, en la Biblia, el linaje se transfiere por vía paterna (*Nm 1, 2*)–, sino la del verdadero padre de Jesús. El autor del evangelio de Lucas, tal como señala al comienzo del mismo, se precia de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen (*Lc 1, 3*) y, en este caso, lo habría logrado socavando, inclusive, verdades un poco dolorosas o de no muy fácil difusión. Es posible que la prolija documentación de la que alardea hace Lucas le hubiera servido para dar cuenta de que José no era el verdadero padre de Jesús, yendo en contra de la opinión pública, de la

creencia masiva. Es posible que para atenuar, disimular y revertir el efecto que esto habría implicado para la naciente religión y para el naciente dogma, hubiera sido mejor acomodar la paternidad a un Espíritu (lo que no deja de ser un poco ingenuo) o, en su defecto, a la voluntad de Dios, a la voluntad del Espíritu Santo, probablemente la versión inicial –lo que no contradice el hecho concreto que José no es su padre–. Ahora bien, es difícil creer que Elí fuera su abuelo cuando el evangelio de Mateo nos dice en forma explícita que Jacob engendró a José (*Mt 1,16*), con lo que sin duda quedaría descartado como eventual abuelo adoptivo de Jesús[1]. Y eso es todo.
En cuanto a Elí, es difícil saber lo que le sucedió pues los evangelios no lo vuelven a mencionar, salvo que se tratara del Elí al que Jesús, al punto de morir, llama a gritos (*Mt 27, 46*)[2]. Lo que sí parece quedar en claro es que, tanto Elí como José serían ambos de la casa y del linaje de David.

3.19. LA TRAGEDIA MORAL DE MARÍA

No ha faltado el escritor judío o anticristiano que considere que María era una adúltera, una prostituta que le gustaba jugársela a José con otros hombres. Celso, por ejemplo, afirma que María sostuvo una relación ilegal con un soldado romano (*Orígenes, Contra Celso 1, 28*) y, a decir verdad, nosotros, por otro lado, hemos sido educados bajo la ideología que José es el padre adoptivo de Jesús. Y no sería la primera vez que se piensa en que María podría haber tenido un esposo previo, anterior a José; hombres como Brigham Young, a mediados del siglo XIX, lo expresan en estos términos:

> El hombre José, el esposo de María, no tuvo, que sepamos, más de una mujer, pero María, la esposa de José, tuvo otro marido[3].

Si bien es verdad que Young cree que ese esposo habría sido Dios, no parece creíble que una mujer quede embarazada de un espíritu; lo usual es

[1] No puede argumentarse que era Jacob, también llamado Elí, simplemente porque el Evangelio no lo expresa. Además nadie que tuviera el nombre del patriarca Jacob querría que se le llamara por otro nombre.

[2] Si Elí hubiera sido el padre biológico de Jesús (José sólo es su padre adoptivo), una buena reminiscencia de esto sería la imagen de Jesús que, a punto de morir en la cruz, lo recuerda y lo llama. En Mt 27, 46 Jesús clama a gran voz, diciendo «Elí, Elí ¿lama sabactani?». Según el mismo evangelio el significado de esto es «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?». Sin embargo, es posible que Jesús simplemente estuviera evocando a su padre terrenal, a Elí, que lo habría abandonado a él y a su madre embarazada, y que el evangelista hubiera pensado que se refería a un padre de orden espiritual.

[3] YOUNG, Brigham. Journal of Discourses, v. 11. Liverpool: B. Young, 1867. P. 268

que sea un hombre (de carne y hueso) el que engendra un hijo y, en ese orden de ideas, de no ser José el padre biológico de Jesús (se nos ha dicho siempre que es sólo putativo) implica verdaderamente que María lo tuvo de otro hombre. Sin embargo, si nos atenemos a las palabras de María, a la reacción que ella tiene durante la *anunciación* podemos advertir que ella quería llegar virgen al matrimonio propiamente dicho; posiblemente había concertado con José no tener relaciones sexuales sino hasta cuando José la recibiera en su casa, como su esposa. Si cabe el término, había hecho un pequeño voto de castidad, de virginidad. Pero entonces, si María no había consentido tener relaciones con su prometido, se infiere que tanto menos las consentiría con otro hombre. En otras palabras, no creemos que fuera una adúltera. Entonces ¿cómo se explica que José no sea el padre de Jesús? La única respuesta posible, aunque dolorosa, es esta: María fue violada. Esto explica el que existiera en Nazaret una virgen desposada con un varón que se llamaba José (*Lc 1, 27*) y que esa virgen hubiera concebido antes de que se uniera sexualmente con él *(Mt 1, 18*). El adulterio de María también podría explicarlo, pero hemos visto que José y María estaban observando una tradición conservadora y no tendrían relaciones sexuales hasta el matrimonio propiamente dicho y, por otro lado, no creemos que María fuera tan lerda para arriesgarse a tener relaciones con otro hombre perdiendo, con ello, su virginidad, siendo que eso sería lo primero que José constataría a la hora de desflorarla, una vez llegado el momento de consumar el matrimonio.

La *anunciación*, en este sentido, es una misericordia que Dios tiene para con ella –inclusive haciéndola a una mujer, pues la usanza es hacerla al hombre– en el sentido de advertirle lo que se viene sobre ella. Es evidente que la anunciación debe entenderse en un contexto de inmediatez pues, de otro modo, sería estulta por cuanto tarde o temprano tendría hijos un matrimonio judío –y cualquier matrimonio, siempre que no haya infertilidad en alguno de los cónyuges–. En ese orden de ideas, la concepción de María es inminente. Ahora bien, la concepción en una mujer avanzada en edad e infértil tiene sentido pues se obra algo milagroso; pero no tiene sentido en la mujer joven, fértil y recién desposada. Esto, al menos en un punto, aboga por el hecho de que la anunciación a María tiene otro trasfondo, que la misma pretende comunicar algo más que una simple concepción.

> Lc 1, 31: Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS.

Es claro que José no se llegaría a ella todavía, y lo habría consentido. Y es claro que difícilmente María, a partir de la anunciación, se habría propuesto despertar los apetitos sexuales de José, para seducirlo. No parece ser María

ese tipo de mujer, no parece que se le dé muy bien, que le fluya de forma natural a ella, la virgen que todavía no ha conocido varón, y que ha preferido un voto de castidad temporal, hasta el momento del matrimonio.

> Lc 1, 34: Entonces María dijo al ángel: ¿Cómo será esto? pues no conozco varón.

¿Cómo será esto? Es evidente que María sabe la forma en que vienen los bebes al mundo. El mismo versículo implícitamente deja el asunto sentenciado: ella sabe que para tener hijos hay que unirse sexualmente a un hombre. Su sorpresa radica en la relativa imposibilidad de copular en ese momento con José pues ¿cómo van a romper sus votos de castidad? Y eventualmente José se encuentra ausente de la escena, posiblemente en otra ciudad, fuera de Nazaret de Galilea por cuanto era de la tribu de Judá. De cierto modo, todo esto implica que María no tendría a Jesús de una unión con su futuro esposo y que, por consiguiente, su padre sería otro. Lo que implica tener relaciones sexuales con alguien que no es José.

> Lc 1, 35: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra.

Es posible que Lucas, en este punto, hubiera vacilado en el momento de desvelar uno de los secretos indecibles del nacimiento de Jesús. Es posible también que el texto original no dijera «El Espíritu Santo vendrá sobre ti», sino «Un hombre, por voluntad del Espíritu Santo, vendrá sobre ti, pero el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra». Lo que, sin duda, deviene diferente. La palabra *cubrir* –con sinónimos como abrigar, arropar, cobijar, envolver– del evangelio, en todo caso, tiene una connotación sexual[1].

> Gn 31, 10: [...] y he aquí los machos que cubrían a las hembras eran listados, pintados y abigarrados.

[1] No es que siempre tenga una connotación sexual, pues perfectamente se puede cubrir un objeto con una manta. En Dt 33, 12 hallamos: «A Benjamín dijo: El amado de Jehová habitará confiado cerca de él; Lo cubrirá siempre». En este caso el contexto es diferente. Es claro que aquí, como en muchas ocasiones, la palabra cubrir no tiene connotación sexual. Jehová no cubriría a Benjamín por varías circunstancias, entre otras, porque el Dios del Antiguo Testamento no parece ser un sodomita. El caso de María es totalmente diferente, ella es mujer, puede tener hijos y, por si fuera poco, está preguntando la forma en la que tendrá a su primer hijo. La connotación aquí de la palabra cubrir es claramente sexual, y se entiende como tapar o arropar algo y, dado que cuando un hombre y una mujer copulan el uno arropa al otro, el uno tapa al otro, es claro que la palabra cubrir se entiende también en sentido sexual, casi de forma paralela como es entendida la expresión «descubrir su desnudez», con respecto a otra persona, y que también es lenguaje enteramente bíblico.

(V. a. Gn 31, 12)

> 1 Re 1, 2: Busquen para mi señor el rey una joven virgen, para que esté delante del rey y lo abrigue, y duerma a su lado.

La palabra cubrir en el texto de 1, 35 tiene una connotación sexual. María pregunta sobre las circunstancias en las cuales se dará su concepción y el ángel le responde la forma en que será abrigada: un hombre, por voluntad del espíritu, vendrá sobre ella para *cubrirla* (copular). En todo caso, no creemos que hubiera sido Dios el que la hubiera cubierto. No creemos que María hubiera tenido relaciones sexuales con Dios, con el Espíritu Santo o con el ángel –no parece que el ángel la esté seduciendo sexualmente–. Cosa diferente es que las circunstancias en las que se daría la concepción de Jesús fueran del conocimiento de la Providencia.

La anunciación sería nada más ni nada menos la declaración hacia María de que será violentada[1], aunque también la declaración de que Dios la va a acompañar durante todo ese trance, de que él la va a favorecer, a infundirle aliento, que él la va a proteger y a cobijar –tratamiento no sexual–. Y María, en una actitud que conmueve, que estremece, que deja en claro su hondo anhelo de hacer la voluntad de Dios –comparable a Abraham cuando iba a sacrificar a su único hijo con tal de hacer la voluntad de Jehová– luego de escuchar la declaración del ángel de cómo será todo –omitida parcialmente por Lucas o por la posteridad– sólo acierta a decir que ella está dispuesta a hacer lo que sea, a soportar, inclusive, la máxima vejación, la más grande humillación, siempre que nazca el Cristo, el que quita el pecado del mundo. Sólo él, hijo del pecado más abyecto, podría borrar todo pecado en cada uno de nosotros.

> Lc 1, 38: Entonces María dijo: He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra.

Producto de todos estos sucesos María queda embarazada y José, que no se ha llegado a ella, supone que ella le ha sido infiel y planea abandonarla[2]. Así

[1] Es claro que existe una forma de violencia para con María pues ella no ha solicitado que nada ni nadie la cubra. Excepto porque espera ser cubierta, eventualmente, por su esposo, por José, una vez que ocurra el matrimonio; el hecho de que un hombre o espíritu (en cuyo caso posiblemente habría sido más traumático), fuera de su esposo, sin solicitarlo, venga a cubrirla, es violentarla sexualmente. Sin embargo, creemos que fue un hombre y no un espíritu por cuanto un espíritu, o fantasma, no tiene el poder de fecundar.

[2] Como hemos hecho notar, sólo un adulterio o una violación explica plenamente todos los sucesos que ocurren durante la anunciación y la concepción de Jesús. Si María se hubiera unido sexualmente al Espíritu Santo o hubiera permitido que éste la fecundara, en cierto

las cosas, la actitud de José es totalmente comprensible; es lógico que planee abandonarla, profundamente herido. Pero en este punto es preciso llamar la atención sobre la inocencia de María en el sentido en que si hubiera sido una adúltera, la Providencia no la hubiera favorecido mediante la aparición del ángel a José en la que se le indica cabalmente lo que ha sucedido, en la que se le indica que ese hijo es por voluntad de Dios, que es Hijo de la Promesa, y que María es inocente. Si ella hubiera adulterado, si ella hubiera mancillado su lecho en casa de su padre, si a ella le hubiera gustado fornicar con otros hombres, la Providencia no habría tenido misericordia para con ella.

> Mt 1, 20: Y pensando él en esto, he aquí un ángel del Señor le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es.

La aparición debió de ser contundente, inclusive explícita, de otra forma posiblemente José hubiera vacilado y pensado que todo habría sido un mal sueño, una imagen mental originada a partir de su pensamiento reiterado en todos esos acontecimientos, en la infidelidad de María, etc. Es sólo a partir de esta aparición en que se le logra hacer un poco de justicia a María.

En el Corán, o Qur'án, el libro sagrado del Islam, existe una laguna con respecto a las circunstancias exactas en las que se dio tal concepción y, si bien es cierto que el natalicio, un poco extraordinario, de Jesús –habla tan pronto como nace– deviene como voluntad de Dios, y no se nombra algún padre humano (*Sura 19, Aleyas 16-21*) –lo que sólo sirve para acrecentar la duda–, tampoco se dice que María hubiera concebido al aparearse con Dios. De hecho, sus parientes no creen que hubiera sido el Espíritu Santo el que la hubiera embarazado, el que se hubiera llegado a ella para *cubrirla.*

En algunos extractos, el Corán, reza:

> Corán 19, 19: [El ángel] respondió: "Soy sólo un emisario de tu Sustentador, [quien dice,] 'Te concederé el regalo de un hijo puro.'"
> 20: Ella dijo: "¿Cómo voy a tener un hijo si ningún hombre me ha tocado? --pues, no he sido una mujer licenciosa."
> 21: [El ángel] dijo: "Así ha de ser; [pues] tu Sustentador dice, 'Eso es fácil para Mí; y [tendrás un hijo,] para que hagamos de él un signo para la humanidad y una gracia venida de Nosotros.'"

---

modo, es una forma de adulterio, es una forma de infidelidad hacia José. Pero si ella fue abusada sexualmente en la ausencia de José, ella es libre de pecado (Dt 22, 25-27).

> Y era un asunto ya decretado [por Dios]:

Hasta este punto no parece que Jesús fuera Dios mismo; pero sí que se habría decretado su nacimiento, costara lo que costara. La escogida para tener ese hijo puro ha sido María de Nazaret.

> Corán 19, 22: y lo concibió, y luego se retiró con él a un lugar lejano.
> 23: Y [cuando] los dolores del parto la llevaron al tronco de una palmera, exclamó: "¡Ojalá hubiera muerto antes de esto, y hubiera desaparecido por completo en el olvido!" […]

Posiblemente siente el dolor de la afrenta a que ha sido sometida. Es verdad que los dolores de parto son fortísimos, pero suelen soportarse. María, más que de dolores de parto, parece quejarse de la vejación de un hijo no deseado, al punto de haber deseado morir, inclusive sin importar el hecho de que el Sustentador le habría prometido ser recordada por todas las generaciones, gracias a su sacrificio (no desaparecer por completo en el olvido). Nótese aquí la similitud con la tesis que venimos exponiendo. Si es verdad que María de Nazaret era la mujer pía que se presenta en el Corán, y conociendo acerca de la imposibilidad que un espíritu la hubiera fecundado, de nuevo tenemos la conclusión lógica de que, no habiendo adulterado ella, su concepción sólo puede ser fruto de una mancilla.

> Corán 19, 27: Después regresó a su familia, llevando consigo al niño.
> Dijeron: ¡Oh María! ¡En verdad, has hecho algo inaudito!
> 28: ¡Oh hermana de Aarón!22 ¡Tu padre no fue un hombre malvado, ni fue tu madre una mujer licenciosa!"[1]

No hay duda, los parientes de María creen que ella ha adulterado, que ella le ha sido infiel a José fornicando con otro hombre (inclusive se le llega a comparar con una prostituta), y que su hijo no ha sido engendrado dentro del matrimonio. Pero María parece tener otra versión; ella, como hemos visto (Cf. *Corán 19, 22-23*), más que de los dolores naturales del parto, parece dolerse de la afrenta de un hijo no deseado, de una suerte de vejación que habría acontecido con ella. Y, aun cuando no hay razón suficiente para que María huyera o se alejara, podemos entender tal decisión si María hubiera sido violentada (en cuyo caso no sólo habría querido morir ella, sino que su hijo no naciera). Por supuesto, esto, aunado a la negativa de José a recibirla (si no fue que, en definitiva, la repudió y María se vio obligada a

[1] CORÁN, El. Trad. Abdurrasak Pérez. Córdoba (España): Centro de documentación y publicaciones islámicas, 2001. P. 453, 454.

huir) habría justificado la acción de María, que habría huido, en forma forzada o no, tras ser violentada, lejos de la presencia de su prometido. La ausencia de ella será explicada en la Biblia con la estadía de María junto a su prima Elisabet (*Lc 1, 39-40*); sin embargo, la situación de ella podría haber sido diferente y no tan romántica. Es posible que María hubiera tenido a su hijo en el exilio, caminando a través del inclemente sol del desierto.

3.19.1. Las fuentes judías

Una de las primeras fuentes que sugieren que María habría sido violentada de tal forma, proviene de fuentes judías y de tradiciones plasmadas en el Talmud y en el *Sefer Toldot Yesh"u-* (o Sefer Toledot Yeshu)[1].

En el Guemará palestino encontramos lo siguiente:

> Ben Stada fue Ben Pandera. Rab Chisda dijo: El marido era Stada, el amante Pandera. (Otro de los suyos dijo): El marido fue Paphos ben Jehuda; Stada era su madre (o) su madre era Miriam la peluquera de las mujeres; como ellos lo dirían en el Pumbeditha, S'tath da (i.e., ella le era infiel) a su marido[2].
> (T. Bab. San 67a)

Esto, como señala Mead, demuestra que para los rabinos de aquella época ya era difícil rastrear la historia hasta su forma auténtica. En todo caso, no parece imposible que Ben Stada y Ben Pandera (o Pandira) fueran la misma persona, y algunos comulgan con ello (no lo mismo puede decirse de «Miriam la peluquera de mujeres» y la madre de Jesús)[3].

---

[1] Escrito medieval en que se narra la vida de Jesús desde la perspectiva judía, compuesto a partir de los textos fragmentarios del Talmud que conciernen a Jesús, aunque también es posible que se hubiera elaborado sirviéndose de la tradición oral judía. Existen varias versiones (que no difieren mucho la una de la otra, salvo por la fecha en que habría existido Jesús). Una fue inicialmente publicada en «Tela ígnea satanæ» por J. C. Wagenseil (1681), y otra fue incluida en «Historia Jeschua Nazareni a Judæis blaspheme corrupta» por J.J. Huldrich (1705). Los manuscritos más relevantes son el de Strasbourg, Vindobona y Alder.

[2] STOW MEAD, George Robert (G.R.S. Mead). Las historias del Jesús ben Stada del Talmud. [Recurso en línea].

[3] Mead acota al respecto: «Miriam, "la peluquera de las mujeres," es en la Miriam original, "megaddela nesaiia"; y Miriam Megaddela es la gemela de María Magdalena para todos los propósitos prácticos en tal juego de palabras». Magdalena, según otras fuentes, significa *la que lo hizo crecer* y, en sentido del más elevado simbolismo gnóstico, Magdalena es la que permite el desarrollo del Cristo. En otras palabras, la esposa no sólo es esposa, sino que es madre. La eventual interpolación judía se refiere no a la María madre, sino a la María esposa.

Este relato concuerda parcialmente con otros pasajes similares de la literatura talmúdica en que Jesús habría sido hijo de Pandera, para más detalle un soldado romano (*Tosef. Julín II, 24; Abodá Zará 17a, Contra Celso 1, 28*) de ascendencia judeo-romana. Su madre habría adulterado en la ciudad de Pumbeditha con Pandera (*T. Babilonia. Sanhedrin 67a*, *Shabbath 104b*), fruto de esta unión habría nacido Iehoshua ben Pandira, o Jesús hijo de Pandira (o Pandera e, inclusive, Pantera).

Si bien es cierto que una aproximación a la verdadera historia se obtiene mejor en el mismo lugar de los hechos y de boca de los lugareños que la han conocido, en este caso, dado el ataque frontal del judaísmo en contra del cristianismo –y viceversa–, es apenas natural que la historia se halle un poco cargada de sentimiento anti-cristiano y que, inclusive, se halle un poco inflada en contra de María[1]. En todo caso en el *Sefer Toldot Yesh"u-* (o Sefer Toledot Yeshu) hay un poco de favor hacia María –no lo mismo para con Jesús–, y no es presentada como una adúltera, sino como una *virgen*, como una doncella humilde y respetable que fue violada por Pandira.

En el primer capítulo del Sefer Toledot Yeshu encontramos:

> S. T. Y. 1:1 Libro de la genealogía de Yesh"u (Jesús de Nazaret), hijo de Pandira, hijo de la impureza sexual.
> 1:2 He aquí que en el año 3671 en los días del Rey Janay[2], una gran desgracia ocurrió en Israel, cuando se presentó cierto hombre de mala reputación de la tribu de Yehudah, su nombre era Yosef Pandira.
> 1:3 Él vivió en Beit-Lejem de Yehudah.
> 1:4: Y cerca de su casa moró una viuda con su hija que era hermosa quien se llamaba Miriam (María). Mir"iam era virgen (betulah- בתולה) y estaba comprometida con Yojanan, de la Casa de David, un hombre "docto en la Torah y temeroso de Di-s".
> 1:5 Y Yojanan se comprometió con Mir"iam en Beit-Lejem (Belén), la doncella humilde y respetable.
> 1:6 Pero Mir"iam (María) atrajo al hermoso villano Yosef Pandira.
> 1:7: Después de Motzae-Shabat (finalizar el sábado), Yosef Pandira, lucio como un atractivo guerrero y miro impúdicamente a Mir"iam,

[1] En el caso más extremo María, como la «peinadora de mujeres», es asociada como la regenta de un prostíbulo. Habría hecho «Teshubá» (arrepentimiento) ante el rab (o rabí) Paphus ben Jehuda, y él mismo le habría ofrecido matrimonio; sin embargo María (o Miriam) habría comenzado a adulterar con Yosef ben Pandira.

[2] El texto Huldrieich del *Sefer Toldot Yesh"u-* dice: «En los días del Rey Herodes».

> quien después golpeo la puerta y fingiendo que él era Yojanan su marido.
> 1:8 A pesar de esto, Mir"iam fue sorprendida por la conducta incorrecta y la violó contra su voluntad.
> 1:9 Después de eso, cuando Yojanan se entero, Mir"iam expreso su asombro sobre el comportamiento tan extraño, pues ella supuso que se trataba de su prometido y, sometiéndole sólo contra su voluntad, le causó sorpresa este acto de su "piadoso" novio.
> 1:10 Yojanan sospecho de Pandira y comunicó sus sospechas al Rabán Shime'on ben Shetaj. Quien relaciono con él la trágica seducción.
> 1:11: Careciendo de los testigos requeridos para castigar a Yosef Pandira, y a Mir"iam, ésta quedó embarazada, y Yojanan sabía que no era de él, pero no pudiendo comprobar la parte culpable, huyo a Babilonia[1].

Si bien es cierto que el *Sefer Toldot Yesh"u-* culpa a María por haber sufrido tal vejación, nuestra percepción se orienta a pensar en que ella fue simplemente una víctima inocente, y así también parece corroborarlo el Pentateuco.

> Dt 22, 23: Si hubiere una muchacha virgen desposada con alguno, y alguno la hallare en la ciudad, y se acostare con ella;
> 24: entonces los sacaréis a ambos a la puerta de la ciudad, y los apedrearéis, y morirán; la joven porque no dio voces en la ciudad, y el hombre porque humilló a la mujer de su prójimo; así quitarás el mal de en medio de ti.
> 25: Mas si un hombre hallare en el campo a la joven desposada, y la forzare aquel hombre, acostándose con ella, morirá solamente el hombre que se acostó con ella;
> 26: mas a la joven no le harás nada; no hay en ella culpa de muerte; pues como cuando alguno se levanta contra su prójimo y le quita la vida, así es en este caso.

De acuerdo a esto, si las cosas fueron como las pone el *Sefer Toldot Yesh"u-*, María deviene inocente. Desde un punto de vista moral es inocente; sin embargo, desde el punto de vista legal judío es culpable por cuanto no dio voces (*Dt 22, 27*)[2]. María pensó que Pandira era realmente su prometido en un trance de lujuria, y fue accedida contra su voluntad. En nuestra percepción María es inocente.

[1] En otros manuscritos dice que huyó a Egipto.

[2] También se la culpa de haber estado en menstruación durante la violación, con lo que habría quebrantado la *mitzvot lo'tashen* (prohibiciones) consagrada en Lv 15, 19-24.

Ahora bien, la palabra *parthenos* en griego se traduce como *virgen* (o *la virgen)*, y su forma actual es *parthena*, (παρθένα, virgen). En un intercambio de letras la palabra *Parthena* habría sido tomada como *Panthera* (convertida a Pandera). En otras palabras, *Jesús hijo de Pandera* (Iehoshua ben Pandera, o Pandira) habría sido convertido en *Jesús hijo de la Virgen* (hijo de Parthena).

Epifanio de Salamina en *El Panarion,*[1] o *Adversus Haereses* (*Panarion, Haer.* LXXVIII, 7, 5 –Contra Antidicomarianos), dice textualmente lo siguiente:

> ¿Cómo podría un hombre tan viejo [José], que había perdido a su primera esposa muchos años atrás, tomar una virgen por esposa? José fue el hermano de Cleofás, sin embargo era el hijo de Jacob de apellido Panther, ambos hermanos fueron hijos del hombre de apellido Panther.

La coincidencia es cuando menos notoria. Sabemos que el padre de José era Jacob (*Mt 1, 16*) y Epifanio lo ratifica, añadiendo el no menos importante detalle que Jacobo era de apellido *Panther* (o *Panthera)*. En otras palabras, el nombre correcto del padrastro de Jesús sería *Yosef ben Panthera* (de lo cual se desprende que, en efecto, uno de los nombres correctos para referirse a Jesús sería *Iehoshua ben Panthera*, o *Pandera* e, inclusive, *Pandira*). Esto, aparentemente, parece indicar que el lado que entrecruzó las vocales para propiciar otra significación fue el lado cristiano (convirtiendo *Panthera* en *Parthena)*[2]. En todo caso, lo cierto es que el apellido *Panthera* se presta para ser tomado como *Parthena*, es decir, como *Virgen*. En todo caso, llama sumamente la atención que Jesús no habría sido llamado el *hijo de la virgen* por alguna condición especial de María, sino por causa de su padre.

> Is 7, 14: Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen[3] concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel.

---

[1] EPIFANIO DE SALAMINA. Trad. Frank William. The Panarion of Epiphanius of Salamis: books II and III (Sects 47-80, De Fide). Op cit. p. 605.

[2] Con todo, es posible que nada de esto hubiera sucedido. En términos simbólicos gnósticos todo *Christós* es siempre hijo de la *Virgen*, y estamos disuadidos de que los primeros seguidores de Jesús eran cristianos gnósticos, por lo tanto, se habría utilizado el término esotérico. En este orden de ideas, los judíos, diciendo que Jesús era hijo de Pandera a modo de mofa, no dicen mentira, pero sí demuestran ignorar el significado trascendente.

[3] En el texto se utiliza la palabra hebrea *almah* (mujer joven, doncella) y no *betulah* (virgen). Por tanto, la profecía no se refiere a María como virgen en una forma explícita, sino que, al ser joven, se infiere que ha de ser virgen. En este sentido, inclusive pueden llegar a funcionar como palabras sinónimas.

Jesús, de algún modo, puede ser llamado como *Jesús hijo de la virgen*, al tiempo que es hijo de *Panthera*. Pantera es un apellido que por disgrafía significa Virgen. Jesús, al ser hijo de Yosef ben Pandera realmente cumple la profecía pues, de acuerdo a la tradición judía, el linaje se transfiere por vía paterna y, de acuerdo a lo que hemos visto, a Jesús puede llamársele:

- Por parte de padre: Jesús hijo de Virgen (*Iehoshua ben Panthera*. Por disgrafía, *Iehoshua ben Parthena*, que significa *Jesús hijo de Virgen*).
- Por parte de madre: Jesús hijo de la virgen (Por cuanto fue el primogénito de María, y que funciona sólo hasta el parto).

En síntesis, *Jesús hijo de Virgen* se refiere a su padre, y *Jesús hijo de la virgen* se refiere a su madre. Esto supone una afirmación de la profecía o, cuando menos, resulta más notoria la señal[1] de la que habla el profeta Isaías. Esto equivale a una doble connotación, *Jesús hijo de la virgen* (María) y *Jesús hijo de Virgen* (Iehoshua ben Parthena, o Panthera, su padre).

Ahora bien, en las fuentes tanto cristianas como judías, no sólo se habría realizado un intercambio en las letras del nombre del padre (*Panthera* por *Parthena*), sino un intercambio en el nombre mismo de los padres (José, el nombre del padre fue tomado como el del padrastro).
En las fuentes cristianas no es posible identificar el nombre del padre (si bien podemos aventurar que es Elí), mientras que el padrastro es José. En las fuentes judías sucede al contrario, el padre es José, mientras que el padre putativo es *Papo*, o *Paphos* e, inclusive *Paphus* (de acuerdo al Talmud) o Juan, o *Yojanan* e, inclusive *Jochanam* (de acuerdo al *Sefer Toldot Yesh"u*-).
No es posible, en todo, caso tener una certeza definitiva con respecto a cuál de las personas es el padre y cuál el padrastro[2]. Para los escritores cristianos el padre putativo es José, mientras que para los escritores judíos José es el

[1] La señal no habría sido la virginidad de una mujer (cosa por cierto bastante común entre los judíos), sino la forma en que habría de ser engendrado por un hombre llamado *Virgen* –en griego *Parthena*, y por disgrafía *Panthera*–. Este, por encima de cualquier otra circunstancia, es un acontecimiento que se constituye en referente, en escándalo –misma razón por lo que se constituye en señal–, que mueve a compasión y que, sin duda, tiene una doble connotación por cuanto se trata de un hombre, por disgrafía, llamado *Virgen*, forzando a una *virgen*.

[2] Para Lucas es transparente que José no es el padre, de modo que lo sería Elí, que significa padre, o Dios. Por otro lado, Paphos también podría llegar a significar padre, o papá. En cuanto a Juan (o Yojanan), algunos autores lo relacionan con el Verbo mismo, y mediante este, puede significar Dios. En Elí parecen estar contenidos –si bien no es una relación directa ni incluye una etimología estricta– tanto el nombre de Paphos como el de Yojanan.

verdadero padre. La historia en ambas versiones también difiere con respecto al desenlace. En la versión judía María es repudiada por *Papo* (Talmud) y abandonada por Yojanan (*Sefer Toldot Yesh"u*-) y errante tiene a Jesús bajo el techo del desierto (lo que concordaría con el Corán). En la versión cristiana María es recibida como esposa por José y conforman lo que escritores posteriores han denominado la sagrada familia.

3.19.2. La grandeza de María

María es mucho más grande, majestuosa y virtuosa de lo que los fanáticos líderes católicos suponen. María es la representación vívida de la virginidad interna, del grado esotérico de virgen al que todo hombre y toda mujer deben aspirar. Sin embargo, no fue virgen en sentido físico. La virginidad física no es paralela a la grandeza o dignidad de un hombre o de una mujer. María es la mujer capaz de soportar la más grande humillación, con tal de lograr el bien de la humanidad. María es la mujer capaz, inclusive, de arder en llamas sólo porque un poco de luz llegue a la mente de los hombres. ¿Cuántas veces la hoguera inquisitorial de la secta de Roma la habrá quemado tildándola de bruja? La máxima humillación, la máxima vejación para una mujer no es que la tilden de prostituta. La máxima humillación es que, habiendo hecho voto de virginidad (y siendo una virgen internamente) un hombre, enloquecido de lujuria, abuse sexualmente de ella, violentándola, mancillándola. La máxima humillación y vejación es que, tan pronto como ha sido violada, se le tilde de prostituta, y que esa fama se disperse.

Pero María se declara *la esclava del Señor*, María está dispuesta a hacer lo que sea, siempre que sea por el bien de la humanidad (si bien en el Corán parece abjurar de la vejación tan enorme que ella misma ha aceptado). María es la mujer dispuesta a cumplir al pie de la letra de voluntad del Padre. Si fuera preciso que le arrancaran la lengua, que le quemaran los ojos, que su cuerpo fuera despedazado para dárselo de comida a los buitres, ella lo haría con tal de que naciera el Mesías. Ella, si se quiere, ha hecho un sacrificio más grande que el de su propio hijo. Y sin ella no hubiera podido haber nacido éste.

El nacimiento de Jesús tenía un precio, y de algún modo tenía que pagarse. Y María, aun cuando fuera mancillada, violentada, repudiada; aun cuando tuviera a su hijo en el sol inclemente del desierto, sin fortuna ni honra (se le habría promedio, pero para un tiempo futuro); aun cuando fuera tildada de pecadora, estaba dispuesta a aceptarlo. ¿Qué mujer estaría dispuesta a tanto? Dudamos de que otra mujer hubiera aceptado ser mancillada, vejada, renunciar a toda honra y, por si fuera poco, quedar embarazada del hombre que la violó y deambular, como una desterrada, por el sol inclemente del desierto, en el más completo abandono.

En efecto, luego de que el ángel en la anunciación le comunica la forma en que sucederá todo ella dice: *Soy la esclava del Señor, hágase conmigo conforme has dicho*. Es claro, rotundo que lo que le declara el ángel no es una luna de miel con perfume y música y noches encantadas.
Cuando María dice que es la esclava del Señor y que está dispuesta a cumplir su voluntad implícitamente da a entender que el ángel le ha comunicado algo no grato, pero que ella está dispuesta a hacerlo, a cumplirlo. Lo que el ángel le comunica es que va a concebir, ¿cómo? Un hombre, por voluntad de la Providencia, vendrá sobre ella. En este punto él ángel la tranquiliza manifestándole que el Altísimo la acompañará durante ese trance y que, el fruto de tal acontecimiento (sacrificio) será el nacimiento del Ungido.

La anunciación es, por otro lado, una prueba mediante la cual se pretende saber si María está dispuesta a sacrificarse con tal de que nazca un salvador para su pueblo. Y, como hemos dicho, María es la mujer que está siempre dispuesta, inclusive, a ser quemada por partes, todo porque se logre un bien para la humanidad. La respuesta de María es contundente: *hágase conmigo conforme a tu palabra* (*Lc 1, 38*). Si a una persona le van a dar un premio ésta no dice: Esta bien, lo acepto, hágase conforme lo deseas. Y aquí es claro que María no está recibiendo un premio, sino siendo sometido al mayor de los sacrificios, a una prueba de amor.

Si María hubiera sido esa mujer creada inmaculada desde el principio, su humillación no tiene sentido ni mérito por cuanto ha sido creada para hacer eso. Pero si es una mujer expuesta en todo a la naturaleza humana que acepta ser sacrificada por amor a su pueblo, a la humanidad y al universo mismo, su sacrificio es digno de toda la honra y de todo el mérito. Cuando es asesinado un delincuente o un asesino, las gentes hasta se alegran y su muerte no tiene ningún sentido ni mérito. Pero cuando es asesinado un justo, su mérito es realmente grande y las gentes se duelen y alzan su voz de protesta. Consideramos que en forma similar ha sucedido con María y que, por tanto, su merito no tiene límite. Sin embargo, los fanáticos líderes del catolicismo la han convertido en una paloma blanca, beata desde siempre, alimentada por ángeles, de la más exquisita belleza (los evangelios gnósticos la presentan así para enseñar una verdad, no literal, sino de orden espiritual), y desconocen una majestad mayor, un sacrificio aún más grande, una mujer que habría renunciado, no sólo a las posesiones físicas (pues era pobre)[1],

[1] Si confrontamos los pasajes de Lv 12, 1-8 y Lc 2, 22-24, podemos inferir que María era una mujer pobre, que no contaba con los recursos económicos suficientes para ofrecer un

sino hasta a la vanidad de la belleza física[1, 2]. Ellos desconocen que no sólo fue el hijo el que se sacrificó, que no sólo fue su hijo el que padeció y murió

---

cordero a modo de expiación (purificación por hijo luego del parto), sino que debió de conformarse con ofrecer un par de tórtolas o dos palominos.

> Lv 12, 6: Cuando los días de su purificación fueren cumplidos, por hijo o por hija, traerá un cordero de un año para holocausto, y un palomino o una tórtola para expiación, a la puerta del tabernáculo de reunión, al sacerdote;
> 7: y él los ofrecerá delante de Jehová, y hará expiación por ella, y será limpia del flujo de su sangre. Esta es la ley para la que diere a luz hijo o hija.
> 8: Y si no tiene lo suficiente para un cordero, tomará entonces dos tórtolas o dos palominos, uno para holocausto y otro para expiación; y el sacerdote hará expiación por ella, y será limpia.

En Lc 2, 22-24 se expone que ella habría sólo habría ofrecido un par de tórtolas o de palominos.

[1] AUN WEOR, Samael. El libro de la virgen del Carmen. Bogotá: [s.n.], 1952. Cap. 1.

[2] En «El libro de la virgen del Carmen» el autor, iniciador de las corrientes gnósticas contemporáneas, hace una detallada descripción de la fisionomía de María. Si bien su descripción no tiene referentes históricos, sino que se basa en eventuales experiencias místicas, su testimonio es digno de anotar por cuanto es uno de los pocos autores mediante el cual podemos saber un poco más de ella a ese nivel de detalle. En uno de sus apartes se lee:

> No fue María aquella beldad mundial pintada en todas las acuarelas. Con los ojos del Espíritu sólo contemplamos una virgen morena quemada por el sol del desierto. Ante nuestras atónitas miradas espirituales se desdibujan esbeltos cuerpos y rostros provocativos de figuras femeninas, para aparecer en su lugar una mujercita sencilla de pequeña estatura, cuerpo delgado, rostro pequeño y ovalado, nariz roma, labio superior algo saliente, ojos gitanos y amplia frente […] Caminando a través de los desiertos africanos rumbo a la tierra de Egipto, parecía una pródiga con su túnica vieja y rota, y su rostro moreno humedecido en copioso sudor […] No es María aquella beldad inolvidable que desde niños contemplamos sobre los suntuosos altares de nuestras iglesias pueblerinas, cuyas campanas metálicas alegran los mercados de nuestras parroquias […] Ante la vista del espíritu desaparecen por completo todas las fantasías para aparecer en su lugar una pródiga humilde, una humilde mujer de carne y hueso […]Los primeros años de su vida estuvieron rodeados de toda clase de comodidades. Cuenta la tradición que María hacía alfombras para el templo de Jerusalén y que esas alfombras se convertían en rosas. María conoció la Doctrina secreta de la Tribu de Leví. María se educó a la sombra augusta de los pórticos de Jerusalén, entre el follaje núbil de esas palmeras orientales, a cuyas sombras descansan los viejos camelleros del desierto. María fue iniciada en los Misterios de Egipto, conoció la Sabiduría de los Faraones, y bebió en el Cáliz del antiguo Cristianismo, calcinado por el fuego ardiente de las tierras orientales. La Religión Católica tal como hoy la conocemos, ni siquiera se vislumbraba sobre los siete collados de la Roma augusta de los Césares y los

como hechicero colgado de un madero[1], sino que ella también hizo su sacrificio voluntario, que ella también padeció, que ella también se expuso voluntariamente a la ignominia. Ellos, ignorantes de lo mismo que afirman, le quitan todo el mérito, toda la dignidad, toda la grandeza a esa mujer que está dispuesta a perder, inclusive, la vida, por amor de esta triste humanidad. Uno no puede menos que sentir gratitud, deuda, para con la mujer que aceptó ser humillada con tal de traernos al Cristo; uno no puede menos que sentirse lastimado con el drama moral que esta gran mujer debió vivir y que aceptó voluntariamente sin merecerlo, todo porque se enseñaran abiertamente los misterios *crísticos* a esta pobre humanidad doliente y en tinieblas. Eso, sin duda, es más grande que la estulta virginidad física que los ignorantes le atribuyen, y que habría logrado sin mérito alguno, sin pedirlo.

3.20. LOS HIJOS DEL ESPÍRITU SANTO

De acuerdo a lo que nos refieren los evangelios, es posible colegir dos tipos de hijos, dos clases diferentes de personas.

- Hijos de Dios, hijos del cielo, hijos del reino, hijos del Espíritu Santo
- Hijos del diablo, hijos del malo

> Jn 8, 44: Vosotros sois hijos de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer.
>
> Mt 13, 38: El campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos del malo.
>
> Ro 8, 14: Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios.

> viejos Esenios sólo conocían la vieja Doctrina Cristiana, la doctrina de los mártires, aquella doctrina por la cual San Esteban murió mártir. Esa santa doctrina Crística se conservaba en secreto dentro de los Misterios de Egipto, Troya, Roma, Cartago, Eleusis, etc. Lo grande que hubo en el Cristo, fue haber publicado la vieja doctrina sobre las calzadas de Jerusalén.

Hasta aquí el relato. En cuanto a que tejía alfombras es de advertir que esto concuerda con los relatos judíos que la mencionan como una tejedora, aunque no sin algo de escarnio. Habría renunciado a todas las comodidades económicas por seguir el camino de la iniciación, de la iluminación (lo que nos recuerda a la determinación que, en su momento, también habría tomado Buda).

[1] En Hch 10, 39 también encontramos la noción de que Jesús habría sido colgado de un madero, lo que bien puede entenderse como crucificado o como ahorcado, colgado.

> 1 Jn 3, 8: El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo.
> 9: Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios.
> 10: En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del Diablo; todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios.
> (V. a. Jn 8, 39; Hch 13, 10; 1 Jn 3, 12)

De lo anterior se desprende que un hijo de Dios es el que hace la voluntad de Dios. El que no practica el pecado es del Espíritu Santo. El que practica el pecado es del diablo. Es decir, aun cuando ni Dios ni el diablo se aparearon con nuestras madres de modo que uno pueda decir que es hijo de Dios o del diablo en una forma estricta, en todo caso resulta siéndolo en un modo interpretativo de acuerdo a la conducta de cada quien. No en vano señala Juan: «El que no practica el pecado lleva la simiente de Dios en él, y su semilla permanece en él» (*1 Jn 3, 9*).
Creemos que Jesús es hijo del Espíritu Santo, fecundado por el Espíritu Santo, no porque dicho espíritu hubiera copulado con María, sino porque Jesús es el hijo de la promesa, un hijo de la voluntad de Dios. Jesús, resuelto mucho antes de nacer a combatir la naturaleza del pecado era, por tal motivo, inspirado por el Espíritu Santo, guiado por el Espíritu Santo desde el momento mismo de su concepción e, inclusive, antes de su concepción. Desde este punto de vista es coherente el hecho de que Jesús sea presentado como obra del Espíritu Santo, no hijo de hombre, ni del deseo de hombre, sino de Dios. Es verdad que habría tenido un padre carnal; pero las circunstancias para que dicha concepción se efectuara habrían sido propiciadas y preparadas por la Providencia desde mucho antes, de modo que Jesús, más que ser hijo de la voluntad de hombre alguno, es hijo de la voluntad de Dios.

> Mt 1, 18: Estando desposada María su madre con José, antes que se juntasen, se halló que había concebido del Espíritu Santo.

Es posible que el evangelista quisiera hacer énfasis en que, pese a la tragedia moral de la concepción de Jesús, todo había sido obra de la Providencia y que, tal como señala Lucas, es un hijo del Altísimo por la elevada misión que ha de llevar a cabo a favor de la humanidad. Un hijo del cielo, aunque fecundado bajo las directrices de la naturaleza humana, es un hijo que está

bajo la dirección del Espíritu Santo. Es innegable que, aunque los progenitores físicos son los obradores, no son más que instrumentos del Supremo, quien es el verdadero artífice. Malinterpretación es diferente, ya que se pretende negar la unión carnal aduciendo que Jesús fue engendrado por Dios, atribuyendo la verdad al mero sentido literal, demostrando con ello, los que esto hacen, que no son capaces de más; ese mismo sentido literal los condena porque cuando el texto del evangelio hace referencia a los hijos de Dios, obra del Espíritu Santo, habrán de llegar a conclusiones muy insignes y que, sin embargo, no designan para las madres de esos hijos la patología peculiar, y por demás innecesaria, que se le atribuye a María[1].

> Lc 1, 32: Éste será grande, y será llamado Hijo del Altísimo.

Lucas deja en claro que no es que Dios se hubiera apareado con María depositando su semilla en ella, para engendrar a Jesús. En otras palabras, es explícito en insinuar que Jesús no es hijo de Dios, sino que será llamado hijo de Dios, o asimilado como hijo de Dios –literalmente hablando, si bien es hijo de Dios en sentido platónico–. Y esto, en caso de que estos pasajes de los evangelios no hubieran sido modificados, apunta expresamente en dirección de los hijos de Dios y los hijos del malo.
El nacimiento de Jesús no fue un capricho de la naturaleza, no fue un nacimiento al azar, improviso, sin ningún tipo de planeamiento previo, sino que ya venía siendo preparado, anunciado. El nacimiento de Jesús no fue porque a algún hombre se le hubiera ocurrido que sería bueno que naciera Jesús, sino porque su venida ya había sido decretada, incluso antes de que María naciera.

3.20.1. La posibilidad de convertirse en hijo de Dios

Dentro del cristianismo se ha considerado con harta frecuencia que todas las personas son hijas de Dios –al menos en lo que al espíritu atañe–, como una función innata e inalienable. Sin embargo, lo que se desprende de los

[1] Ese mismo sentido literal los condena porque cuando se habla de los hermanos de Jesús ¿por qué se cambia diametralmente el significado aduciendo que allí el texto se refiere en sentido simbólico? Un hombre, en sano juicio, claramente advierte que el sentido simbólico cabe en lo que concierne a que sea hijo del Espíritu Santo, mientras que lo que atañe a sus hermanos bien pudo haber sucedido físicamente.
Éstos vienen a estar en la misma actitud que los judíos del versículo de Juan (Jn 6, 35-42); porque, aunque muy cierto que Jesús es hijo de María y José, concebido según la carne, no es perentorio haberlo visto bajar tangiblemente del cielo para deducir que de lo alto descendió. Leen a letra muerta y no ven el espíritu; porque, aunque muy cierto que hijo de María y José, también muy cierto que hijo de Dios, obra del Espíritu Santo.

evangelios es que mientras el hombre no deje de obrar sus iniquidades es hijo del malo. Los evangelios son explícitos en afirmar en que existe una posibilidad para convertirnos en hijos de Dios –lo que significa, en algún modo, que todavía no somos hijos de Dios–.

> Jn 1, 12: Mas a todos los que le recibieron, a los que crean en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios;
> 13: los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.

Lo que en ningún modo significa que a sus madres biológicas se les haya de reconstruir la virginidad, o que se les atribuya la patología atribuida a María. Por otro lado, estos pasajes vienen a demostrarnos en forma contundente que ser engendrado por el Espíritu Santo no es algo exclusivo de Jesús.

> Ap 2, 7: El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo.
> (V. a. Mt 5, 44-45; Lc 6, 35; 20, 36; Fil 2, 14-15)

Si alguien se convierte en hijo de Dios, si alguien llega a ser un varón perfecto, aun cuando la gente conozca a su padre y madre, es alguien descendido del cielo (*Jn 6, 42*), no engendrado de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios. Esta es la situación no sólo de Jesús, sino de muchos otros que han logrado convertirse en engendrados de Dios. En términos herméticos podemos afirmar que el Cristo siempre es engendrado del Espíritu Santo, mediante la unción con las aguas.

> Jn 6, 42: Y decían [los judíos]: ¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Cómo, pues, dice éste: Del cielo he descendido?

Creemos que este es el caso de Iehoshua ben Pandira (Jesús) que, aun cuando la gente conocía a su padre[1] y madre (*Jn 6, 42*) –la gente de ese entonces desconocía el dogma que en torno al nacimiento de Jesús se elaboraría después–, y habiendo nacido de nuevo del agua y del Espíritu (*Jn 3, 5*), es considerado como hijo del Espíritu [Santo], no engendrado de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.

[1] En este pasaje José es identificado como su padre de sangre. Es posible que, con el objetivo de encubrir la forma en que fue concebido Jesús, se identificara como José tanto a su padre biológico como a su padre putativo, en cuyo caso el nombre de su padre biológico sería Yosef ben Pandira (o Pandera). Realmente todo nos impele a pensar que Yosef (José) era realmente su padre.

3.20.2. El Espíritu Santo

Dios para crear necesita un agente creador y por tanto vital y vitalizador, y es ostensible que, en este aspecto, se nos revela al Espíritu Santo como una fuerza denodadamente creadora, fértil y fecundadora. Inclusive podemos aseverar que los evangelios son muy cuidadosos a la hora de señalar que Jesús no fue fecundado por Dios, sino por el Espíritu Santo. En términos generales, que sea hijo de uno u otro es indistinto; sin embargo, en aspectos técnicos, el hecho de que se haga la precisión que es hijo del Espíritu Santo es muy significativo, y es diferente que si se dijera que es hijo de Dios (del Padre) o hijo del Hijo. Y toda vez que es fecundado por el Espíritu Santo, podemos inferir que dicho Espíritu tiene una función fecundadora, relacionada con la fertilidad, con la germinación y la procreación. En efecto, el hecho de decir que Jesús fue fecundado por el Espíritu Santo tiene por objeto oculto revelar a un Espíritu Santo como una fuerza actuante y continua de Dios, por demás vital y engendradora, íntimamente creadora y, por tanto, sexual, dado que suple la función de José, es decir: de su energía sexual creadora.

Por Espíritu Santo se puede entender tanto a un espíritu inspirador (por el cual hablan los profetas) como a un agente engendrador, una suerte de energía creadora, fértil e, inclusive, sexual (que es la que permite la concepción de María). En la literatura neo-testamentaria se le simboliza en forma de paloma (*Lc 3, 22*), lo cual indica que es de naturaleza femenina (esto concuerda con los evangelios gnósticos en donde, inclusive, se le llama *Espíritu Santa*). El Espíritu Santo, en síntesis, es la representación femenina dentro de la Trinidad. Y es lógico que así sea pues un hombre, sin el concurso de la mujer, no puede engendrar hijos ni tiene útero para albergarlo durante su gestación. En otras palabras, una trinidad masculina no podría crear. Un Dios solamente masculino no podría crear. Pero un Dios que incorpora en sí tanto a la fuerza masculina como femenina, puede generar una tercera fuerza (al Hijo), y generar una creación completa. Dios, como masculino, no podría crear sin el Espíritu Santo; es decir, sin el femenino. De la unión del Padre y de la Madre surge el Hijo. Ese es el Hijo de Hombre.

3.20.3. La paloma

Las aves generalmente han sido asociadas a una función sexual e, inclusive, vistas como un símbolo fálico. No menos sucede con el gallo (posiblemente una variante de la «diosa madre» Gaia, o Gaya)[1] o, en un modo más

[1] La Gaia, o Gaya griega es la misma Cibeles frigia. A los eunucos del culto a Cibeles se les denominaba «gallí», o «galos». Entendemos que estos serían los mismos «gaios», o «gallos»

explícito, el nexo que se establece cuando se asocia el pájaro con el órgano sexual masculino. La paloma en sí es un símbolo fálico y sexual[1]. En la iconografía cristiana generalmente se representa de frente, con las alas extendidas, formando cruz. La paloma, formando cruz, es un símbolo sexual en que se representa la unión masculina y femenina, como veremos más adelante. En la mitología romana *Venus Columba*[2] (Venus la paloma) es una deidad relacionada con el amor y la fertilidad. Asociada también con Afrodita, la diosa griega del amor[3], de la reproducción y de la sexualidad, se la representa con una paloma en la mano (en otras ocasiones también con una manzana –la manzana de la discordia–, lo cual es supremamente significativo) e, inclusive, en ocasiones, se les toma indistintamente, con lo que paloma significaría fertilidad y unión sexual.
Afrodita surge de la espuma del mar. Lo curioso es que en marina se le denomine paloma a las ondas espumosas que se forman en el mar[4]. Indudablemente existe una asociación indirecta a lo erótico y sexual (aun cuando a simple vista parecería platónico). También en marina la paloma es la parte media de la verga, que forma cruz, utilizada para izar las velas de un barco. La cruz que forma la verga[5] (horizontal) con relación al mástil (vertical) es denominada paloma. En otras palabras, la cruz y la paloma de frente con las alas extendidas son lo mismo. Y la cruz representa a la unión sexual entre lo masculino y lo femenino, entre el varón y la hembra.

Guseme, en este sentido, nos brinda la siguiente descripción con respecto a Venus y la paloma, en el ámbito de la numismática.

> Las medallas de Ericina, ó del monte Erix, donde estaba un célebre templo de Venus, tienen por signo una paloma, y lo mismo en las de

rindiéndole culto a *Gaia*, la madre fecunda y fecundadora. Todo esto, en síntesis, no es más que símbolo velado de la Magia Sexual en la que, en efecto, debe haber castración. Es decir, aniquilación de la pasión animal, no evacuación de las aguas.

[1] En América central la palabra paloma es un coloquialismo usado para referirse, literalmente, al falo, al órgano eréctil de los mamíferos.

[2] Columba es un término para designar a un grupo de palomas y, por extensión, Columba es sinónimo de paloma. Columbia y colombino son derivados del mismo término.

[3] No un amor romántico, sino un amor sexual, relacionado con la atracción y la unión sexual –misma razón por la que se le asocia también como diosa de la lujuria–.

[4] DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA. Real Academia Española. 22 ed. [Recurso en línea].

[5] Verga, por cierto, es uno de los términos, utilizado en algunos sitios dentro del lenguaje popular, para referirse a *penis*, el órgano sexual masculino.

> Apolonia en Jonia, y de Neápolis en Campania. A el simulacro de Venus acompaña una paloma, ó en las manos, ó á los pies, en las de Smirna, y Tentiris, y en una de Salonina. El de Venus pafia se ve colocado en un templo entre dos palomas sobre basas, ó con sola una en las de Chipre [...] En frente de Vesta se advierte una paloma sobre vara, en medalla de Smirna. Otra figura desnuda sentada, en la D. lanza, en la S. paloma, y delante bucranio, se observa en otra de Alexandro M.[1]

Parece que la paloma es a Venus lo que la cruz al cristianismo. Esa paloma simboliza la unión sexual, la fertilidad (y con ello la germinación y la cópula), la belleza y el amor. Su presencia en el cristianismo representaría la adopción de uno de los tantos símbolos paganos dentro de la naciente iglesia de Roma. (No obstante, el valor simbólico que presenta es supremamente significativo).

Picknett y Prince, por su parte, en La revelación de los templarios, acotan lo siguiente:

> La deidad egipcia principal a quien se asociaba habitualmente con el símbolo de la paloma es Isis, una vez más, la llamada «reina de los cielos», «estrella del mar» (*Stella Maris*) y «madre de Dios» desde mucho antes de que naciese la «Virgen María». Con frecuencia se representó Isis dando el pecho al niño Horus, mágicamente engendrado por ella con el difunto Osiris. En la festividad anual que conmemoraba su muerte, y tres días después su resurrección, se decía que el Sol se volvía negro al morir y bajar a los mundos inferiores[2].

No es desconocido que la Isis lactante, con el niño Horus en sus brazos, se convirtió en la virgen María, en idéntico gesto. Isis, en la mitología egipcia es la *fecundadora de la naturaleza*, la diosa de la fecundación y de la maternidad. Y esto, claramente, tiene un contexto sexual, asociado a la fertilidad sexual. Así, y fuera de duda, la paloma es un signo de fertilidad y, por extensión, de sexualidad y de la unión sexual.

En el cristianismo la paloma también es utilizada en el contexto de las unciones. Dios unge con el Espíritu Santo a Jesús (*Hch 10, 38*) y también, me-

---

[1] GUSEME, Tomás Andrés. Diccionario numismático general: para la perfecta inteligencia de las medallas antiguas, sus signos, notas, é inscripciones, y generalmente de todo lo que se contiene en ellas, v. 5. Madrid: Imp. Joachin Ibarra. 1776.

[2] PICKNETT Lynn, PRINCE, Clive. Trad. J. A. Bravo La revelación de los templarios. Barcelona: Planeta DeAgostini, 2005.

diante ese mismo Espíritu Santo es bautizado.

> Lc 3, 21: Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado;
> 22: y orando, el cielo se abrió, y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y vino una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia.
>
> Jn 1, 32: También dio Juan testimonio, diciendo: Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él.
> 33: Y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, aquél me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo[1].

La paloma sirve para medir el nivel de las aguas esotéricas (Cf. *Gn 8, 8-12*). Una y otras son viva representación de las aguas creadoras del ser humano (veladas también bajo el aceite de la unción). Así las cosas, la paloma es un símbolo de fertilidad (el Espíritu Santo, que es representado en forma de paloma, fecunda el vientre de María) y la fuerza creadora femenina de la Trinidad. En algunos casos también se ha tomado como símbolo fálico, y en otros como símbolo femenino[2]; sin embargo, nos parece que es más bien una representación de la fertilidad, de la concepción, de la unión sexual, indistintamente de género. Por otro lado, la paloma también ha sido vista como un símbolo de pureza y de castidad, y es claro que si yuxtaponemos las diferentes significaciones, la paloma representa a la función sexual impoluta, a la energía creadora no contaminada e incorrupta. Y esa energía sexual está dentro de nosotros mismos, en nuestro propio cuerpo. Esa energía sexual es el agua que debidamente transformada e incorrupta es susceptible de convertirse en la paloma en la cabeza del iniciado.

> 1 Cor 6, 18: Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; mas el que fornica, contra su propio cuerpo peca.

---

[1] Es una forma de decir: Jesús bautiza con «unión sexual» (Cf. Mt 3, 11; Mc 1, 8; Lc 3, 16). Y esa unión sexual debe ser pura, pues la paloma también simboliza la pureza. En el cristianismo gnóstico se le denomina «Magia Sexual», «Maithuna», «Suprasexo», «Sexo de los dioses», «Arcano A.Z.F.», «Ambrosía», etc. Consideramos que Jesús vino a enseñar los profundos misterios del sexo para que todos los seres humanos tengan la posibilidad de nacer de nuevo a partir de sí mismos. El mismo bautismo de Jesús implica erotismo y unión sexual de acuerdo al significado de la paloma.

[2] Es posible que para un hombre sea símbolo de lo femenino, mientras que para una mujer sea símbolo fálico. Sin embargo, la síntesis, en uno u otro caso, es la fertilidad, la concepción, la unión sexual y hasta la misma Energía Creadora Sexual.

> 18: ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?

Es claro que el pecado que se asocia con el Espíritu Santo es sexual, además que es el único que no se perdona (*Mt 12, 32*). Es como si el cuerpo humano y la relación sexual, de algún modo, fuera una representación de ese Espíritu Santo (inferimos que si la relación sexual es inmaculada no hay transgresión, mientras que si hay fornicación hay transgresión). En estos pasajes el Espíritu Santo se nos presenta, de forma irrecusable, no solamente como un espíritu inspirador y dador de facultades, sino como una persona que tiene plena representación dentro de cada uno de nosotros mismos e, indiscutiblemente, con una connotación sexual. Cuando el ángel le anuncia a María que el Espíritu Santo vendrá sobre ella le anuncia no otra cosa que la consumación de una relación sexual. Una relación sexual, por cierto, fuera del matrimonio. Una relación sexual contraria a la voluntad de María, pero que ella acepta, sumisa a la voluntad de Dios.

3.21. EL NACIMIENTO DEL SOL INVICTUS

La fiesta del *Sol Invictus* era una celebración Romana de los primeros siglos en que se conmemoraba el nacimiento del dios Sol. El culto al Sol fue ampliamente festejado y especialmente difundido por los emperadores Heliogábalo y Aureliano. La fecha que se estableció para conmemorar este aniversario fue el 25 de diciembre, día en el que también nacen gran parte las divinidades solares orientales.

Estrechamente relacionado con las estaciones, el solsticio de invierno en el hemisferio norte tiene lugar generalmente entre el 21 y el 22 de diciembre (aunque es normalmente fechado en el 21 de diciembre). Anterior a esta fecha, a partir del solsticio de junio (normalmente el 21 de junio), las noches se tornan paulatinamente cada vez más largas, hallando su cúspide en la noche del 21 de diciembre –la noche más larga en el hemisferio norte–. Durante los días 22, 23 y 24 de diciembre el sol parece morir en el mismo punto pero, finalmente, el 25 de diciembre se mueve de nuevo hacia el norte, por lo que se dice que el sol nace, dando origen a la celebración del *Sol Invictus*. De este modo, la oscuridad y las sombras que parecían cubrir por entero la Tierra, son finalmente derrotadas el 25 de diciembre con el nacimiento del dios Sol que, a la postre, se presenta como el salvador de la humanidad. Esta fiesta, que tuvo gran auge en los dos primeros siglos de nuestra era en Roma, fue finalmente prohibida por el emperador Teodosio I (que también reconoció al cristianismo como la religión oficial del imperio). En su lugar fue instituida, hasta nuestros días, la celebración de la *natividad de*

Jesús, que también se celebra el 25 de diciembre[1]. Es posible que el cristianismo, como una forma de permear en la sociedad romana, hubiera hecho coincidir la fecha del nacimiento de Jesús con la fecha de la celebración del *Sol Invictus* para presentarlo como el nuevo dios, vencedor de las tinieblas y salvador de la humanidad.

Durante los días de diciembre son visibles, alzándose desde el Oriente, tres estrellas pertenecientes al cinturón de la constelación de Orión (denominadas *los tres reyes*) que se alinean con el sol Sirio de modo que pareciera que *los tres reyes* siguieran a la estrella de Oriente, visiblemente más brillante. La ruta que parecen seguir indica hacia el sol naciente del 25 de diciembre, hacia el punto en que ha de nacer el «salvador de la humanidad», es decir: el Sol Invictus. En el lenguaje bíblico, el lugar del nacimiento del «salvador de la humanidad» es Belén o, en lenguaje hebreo, *bet léhem*, que literalmente significa *casa del pan*. Paradójicamente, este es el mismo nombre que suele dársele a la casa zodiacal de Virgo (*Virgen*, del latín Virgo), representada con uno o dos brazadas de trigo. En otras palabras, los tres reyes y Sirio indican que el Salvador nacerá de la *Virgen*, en la *casa del pan* (lo que tiene un elevado simbolismo esotérico). Belén, sin embargo, es asociado también a Beleno (Belenus, Belanus o Belenos), el dios celta del Sol. Esto, incuestionablemente, representa al nacimiento del Sol o a nacimiento del hijo del Sol. En todo caso, la asociación de Jesús con el culto solar resulta innegable.

Así las cosas, el hecho de que se sitúe a Jesús naciendo de una virgen no tiene tanta significación literal como astrológica y simbólica. Él es la encarnación del logos solar, el nuevo Hombre-Dios, el nuevo Cristo. Y no ha existido, ni existirá, el primer Cristo que no nazca de una virgen.

3.22. LOS EVANGELIOS GNÓSTICOS

El gnosticismo fue, realmente, el primero en proclamar la virginidad de la madre del Cristo ANTES, DURANTE Y DESPUÉS DEL PARTO. No ha existido, ni existirá, el primer Cristo cuya madre no sea virgen, el vientre fecundo del que emanan todas las cosas[2]. Debemos declarar, en nombre de

[1] El nacimiento de Jesús en principio se celebraba en fechas diferentes. Parece que hacia el siglo IV esas fechas se trasladaron al 25 de diciembre para dar a entender que Jesús era la encarnación del mismísimo «Sol Invictus». Esto debió permear muy profundo en la sociedad romana que veían en él al nuevo dios solar. Inclusive suele tomarse a Jesús como la encarnación del genio planetario solar, el dador y sustentador de la vida, en cuyo caso tendría sentido el que San Pablo exprese: «En él vivimos, nos movemos y somos» (Hch 17, 28).

[2] La reina y madre universal de todo lo creado que el catolicismo ve en la persona de María, pero sin el antropomorfismo por cuanto María, como criatura, fue realmente creada por la sustancia generadora de la vida.

la verdad, que los evangelios que posee la secta de Roma fueron escritos por iniciados gnósticos. No obstante, adelante en el tiempo los pontífices de la secta de Roma, ignorantes de la realidad trascendental y del enorme simbolismo consignado en los evangelios, no sólo elaboraron un credo en base a una virginidad física de María, sino que erigió los más absurdas e irrazonables dogmas y lineamientos. Paradójicamente los textos gnósticos, o apócrifos, repudiados por la iglesia de Roma, suelen ser citados como referente para defender la virginidad física de la madre de Jesús. Entre ellos se encuentran el Evangelio de Felipe, el Protoevangelio de Santiago, el Evangelio del pseudo Mateo, el Evangelio de la natividad de María, el Evangelio armenio de la infancia y la Historia de José el carpintero, entre otros.

> Historia de José el carpintero 5, 1: Y al decimocuarto año de su edad vine yo, Jesús, vuestra vida, a habitar en ella [en María] por mi propio deseo.
> 2: Y a los tres meses de su embarazo volvió el candoroso José de sus ocupaciones. Mas, al encontrar a mi madre encinta, presa de la turbación y del miedo, pensó abandonarla secretamente[1].

Como vemos, las citas con respecto a la virginidad de María son muchísimo más explicitas, muchísimo más elocuentes que en el caso de los evangelios de Lucas y Mateo. Inclusive podemos hallar, en el Protoevangelio de Santiago, el relato de una mujer llamada Salomé que utiliza el tacto en zona vaginal para comprobar la virginidad de María luego del parto. En efecto, María continúa siendo virgen luego del parto y la mano de Salomé es carbonizada. Sin embargo, debe entenderse que estos pasajes no reflejan una verdad literal, sino que pretenden indicar una verdad de tipo simbólico pues, como hemos sugerido, el Cristo siempre nace de una virgen y, esto, en cierto modo, establece una doble maternidad de Jesús: la una es madre de la parte humana, y la otra es madre de su parte divina, cristificada[2].

---

[1] SANTOS OTERO, Aurelio de. Los Evangelios Apócrifos. Madrid: Biblioteca de autores cristianos, 2005.

[2] En este aspecto estamos alineados con el cristianismo nestoriano (o Nestorianismo). Una de las posiciones de esta vertiente cristiana es que la judía María era madre de la parte humana de Jesús, pero que no era madre de Dios.
Esta corriente cristiana fue condenada como herética y su difusor, Nestorio, depuesto de su patriarcado en la iglesia de Constantinopla. El triunfo de Cirilo, que defendía que María era, madre de Dios y de Jesús al mismo tiempo (dos naturalezas en una misma persona), es la representación del dogma que ha sobrevivido hasta nuestros días. Los evangelios gnósticos no pueden menos que avalar la posición nestoriana (a la vez que desconoce fundamentalmente el dogma de la iglesia de Roma).

> E. G. To 101: Mi madre [me parió], más [mi Madre] verdadera me dio la vida.

La madre que parió a Jesús es María de Nazaret; ella engendró el cuerpo físico, el vehículo de carne en el que más tarde nacería el Cristo. En otras palabras, Jesús no nació hecho Cristo, sino que logró la cristificación tiempo después. Entonces el Verbo se hizo carne, el Espíritu Santo se posó sobre él y una voz desde el cielo le reconoció como Hijo (*Mt 3, 17*)[1].
Cuando él dice que su madre verdadera le dio la vida hace referencia a la madre que le permitió nacer como Cristo. La virginidad de esa madre verdadera no tiene nada que ver con la no virginidad de la mujer que lo parió. La virgen no es María de Nazaret, sino la que engendra el Cristo en Jesús –convirtiéndolo en Cristo–. Ésta última siempre es Virgen, Madre y Reina universal de todo lo creado, llena de suprema gloria por todas las eternidades, la adorable Virgen a la que ningún mortal ha levantado el velo. Esa madre es el mismo Espíritu Santo y, como hemos visto, el Espíritu Santo, se encuentra íntimamente relacionado a la concepción y a la fertilidad.

Orígenes[2], tomando prestada una cita del evangelio de los hebreos, refiere lo siguiente:

> Poco ha me tomó mi madre, el Espíritu Santo, por uno de mis cabellos y me llevó al monte sublime del Tabor.

Es evidente que el Espíritu Santo tiene una función procreadora, generadora, fertilizadora y fertilizante. El Espíritu Santo es para Jesús, en este contexto, su madre legítima, la que lo revela como Cristo. En ese orden, no es ella, la Espíritu Santa (o Santo), la que fecunda a María –de otro modo

[1] Esto explica su discutida naturaleza. En otras palabras, en la persona de Jesús se manifiestan dos naturalezas, pero hay diferencias. Una cosa es que esas dos naturalezas se hubieran materializado simultáneamente con el nacimiento de Jesús (incluso durante la formación del feto), y otra muy diferente que primero exista la naturaleza humana y luego la divina. Cuando cada uno de nosotros se convierta en un Cristo también habrá encarnado la naturaleza divina, entonces se producirá una extraña simbiosis entre el Hombre-Dios.

[2] ORÍGENES, in Ioh II, 12 (6), citado por ORBE, Antonio. La Teología del Espíritu Santo: Estudios valentinianos, v. IV. Roma: Libreria Editrice dell'Universià Gregoriana, 1966. P. 112.

ORÍGENES, In Ioh. 2, 6, citado por SANTOS OTERO, Aurelio de. Los Evangelios Apócrifos. Biblioteca de autores cristianos: Madrid, 2005.

María se habría convertido en el Cristo revelado–, sino la que fecunda a Jesús –de modo que es Jesús quien se convierte en el Cristo revelado[1].

> E. G. Fe 18: algunos dicen que María fue preñada por la Espíritu santa. Están engañados, no saben lo que dicen. ¿Cuándo jamás fue hembra preñada por hembra? María es la virgen a quien ninguna potencia ha profanado. Ella es la gran consagración para los apóstoles hebreos y para los apostólicos. Si las potencias trataran profanar a esta virgen, sólo se profanarían [a sí mismos].
> (Versión alterna del Evangelio de Felipe).

> E. G. Fe 17: Algunos dicen que María ha concebido por obra del Espíritu Santo: éstos se equivocan, no saben lo que dicen. ¿Cuándo jamás ha concebido de mujer una mujer? María es la virgen a quien ninguna Potencia ha manchado. Ella es un gran anatema para los judíos, que son los apóstoles y los apostólicos[2].

La textura del logion de Felipe claramente nos afirma en el sentido que hemos venido señalando y nos permiten inferir varias cosas:

- Jesús es hijo, según la carne, tanto de María como de José (o del que sea su padre biológico)[3].
- María perdió la virginidad cuando fue violada.
- María de Nazaret parió a Jesús, pero la verdadera Madre de Jesús lo fecundó y reveló como Cristo.
- La verdadera Madre de Jesús (el Espíritu Santo) no preñó a María.
- La verdadera Madre de Jesús fecundó y dio a luz al Cristo.

---

[1] El Espíritu Santo es el que engendra nuestro cuerpo físico –de modo que nuestro cuerpo físico es templo del Espíritu Santo (1 Cor 6, 19)–. Y una vez que hemos nacido, ese mismo Espíritu Santo puede engendrar algo más dentro de nosotros –los cuerpos superiores que menciona Pablo–, de modo que nacemos de nuevo. Es este, realmente, el nacimiento de nuevo que menciona Jesús a Nicodemo cuando le dice: *De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios* (Jn 3, 5). Esto implica que debemos realizar un trabajo minucioso dentro de sí mismos con el Espíritu Santo a fin de poder nacer de las aguas (y ser salvados de las aguas).

[2] SANTOS OTERO, Aurelio de. Los Evangelios Apócrifos. Op. cit.

[3] El autor pareciera anticiparse a los literalistas cristianos que creen que María concibió a Jesús sin el concurso de José y expresa: «¿Cuándo jamás ha concebido de mujer una mujer?». Pero Jesús sí concibió de una mujer, y fruto de esta concepción nació el Cristo. Cuando Jesús es bautizado el Espíritu Santo (la Madre verdadera) desciende sobre Jesús y, fruto de esto, se presenta al nuevo súper Hombre, al nuevo Hombre solar, al nuevo Hombre-Dios.

Esa Madre (*la María, o Ram-Io esotérica*) es la virgen a quien ninguna Potencia ha manchado; virgen antes, durante y después del parto. Sin embargo, esa Madre no es María de Nazaret; la una es madre del cuerpo físico, y la otra es madre del Cristo. La una es madre de la materia y la otra madre del espíritu, la una sólo pare, pero la Madre verdadera da la vida. El Cristo, en sí mismo, sólo tiene un único padre y una única madre, y así lo señala el mismo evangelio de Felipe cuando alude a que el Cristo sólo tuvo un padre –y no dos–. En ese orden de ideas, María y José sólo pueden ser padres del humano vehículo, pero jamás del Cristo.

Nosotros, los gnósticos, fuimos los primeros en declarar que la Madre del Cristo es la siempre virgen, la reina universal de todo lo creado, la madre primera, la generatriz de todo; y creemos haberlo hecho con contundencia. La verdad esotérica más grande de todos los tiempos, a fin de que no se perdiera, debía ser expresada en forma radical –aun cuando eso se presentara como una violación de las leyes naturales–. Esa aparente violación de las leyes naturales, pensamos, serviría para disuadir en el sentido de que no era una verdad literal, sino simbólica. Sin embargo, no fue así; los literalistas, tanto de aquella época como de la de ahora, en la oscuridad de sus mentes retrógradas todo lo corrompieron y cambiaron la verdad esotérica más grande de todos los tiempos por un absurdo dogma que, inclusive, sirvió como medio idóneo para asesinar a todo aquel que no lo creyera o confesara. Y es que, el que la humanidad crea o no crea que la madre física de Jesús fue virgen –literalmente hablando– ¿soluciona algo? ¿Hace mejor al hombre? ¿Le sirve para eliminar sus errores psicológicos? ¿Para ser mejor padre, mejor hijo, mejor ciudadano?

La secta de Roma pervirtió nuestras sagradas enseñanzas y nuestros sagrados misterios; convirtió el fruto prohibido en una manzana, el arca del diluvio universal fue transformada en una suerte de barco donde se transportaron, desde dinosaurios (¿cabrían en el arca?) hasta moscas y ratas. A Jesús, a pesar de que él mismo le clama a Dios, lo transformaron en Dios mismo; a su esposa, reina y sacerdotisa, la convirtieron en una prostituta y a su madre, inclusive luego de tener hijos, le reservaron intacto el himen (sin citar unos cuantos miles de desaciertos más). No vale la pena confiar más en dicha institución; no vale la pena que nos siga diciendo en qué creer y en qué no; no vale la pena oírlos, para que nos sigan engañando.

3.23. EL ARCANO A.Z.F.

Si bien es cierto que a partir de la anunciación presentada en los evangelios canónicos se puede inferir que José fue sólo el padre adoptivo de Jesús

(mismo que es confirmado en otros pasajes) y que María tuvo a Jesús fuera del matrimonio; también es cierto que se dice que ella concibió del Espíritu Santo, lo que, indudablemente, también puede tener una lectura adicional; evidentemente, sólo dentro de una lectura simbólica y hasta hermética.

El hecho de decir que Jesús es hijo de David y, por tanto, de José según la carne, pero que José no sabía que María estaba embarazada y que lo que espera es obra del Espíritu Santo tiene por objeto oculto revelar un secreto de Magia Sexual (acaso el más custodiado por la tradición esotérica), y uno de los más recurrentes, pero ocultos, bajo la textura bíblica. Parece que los evangelistas también trataron de enseñar el Arcano A.Z.F. en la misma concepción de Jesús. Es decir, no sólo habrían tratado de enseñar un hecho físico, uno simbólico y uno parabólico, sino que, adicionalmente, habrían pretendido revelar uno hermético[1] –lo que de por sí ya es un reto enorme en el sentido de hacer que el texto sea coherente en todos los sentidos–.

En el caso de que José y María hubieran sido iniciados, invariablemente habrían tenido relaciones sexuales sin llegar al orgasmo y sin eyaculación con el objetivo de hacer ascender el fuego por la médula espinal. Sin embargo, en este tipo de práctica, y cuando las jerarquías lo juzgan conveniente, un solo espermatozoide, maduro y selecto es dirigido hacia el óvulo fértil de la mujer, generando la concepción[2], suficiente para que José pasara inadvertido. Este tipo de hijos son fecundados, no por voluntad de hombre ni de carne, sino por voluntad del Espíritu Santo. Sin embargo, esto habría sido más que suficiente para que José considerara la posibilidad de la infidelidad (caso que suele suceder con los iniciados contemporáneos, inclusive como modo de prueba). En la actualidad ya sabemos esto y, con

[1] Qué irrisoria es la posición de los que piensan que los libros de la Biblia se escribieron única y exclusivamente en un contexto histórico, textual, literal. Eso es creer muy cortos de frente a los grandes iniciados, ampliamente versados en ciencia hermética, y pretender que todo lo que podían aportar era una narración histórica de los acontecimientos.

[2] Algunos argumentan que este tipo de práctica, toda vez que exige la supresión de cualquier tipo de contraceptivo, es inviable por cuanto, al darse la relación sexual, en el líquido pre-seminal hay presencia de espermatozoides. A esto contestamos: En los conductos seminales siempre hay presencia de esperma, fruto de las fornicaciones anteriores. Adicionalmente hemos de indicar que cuando el hombre se une a una mujer con la intención de fornicar, eso es lo que consigue. Cuando un hombre se une a una mujer con la intención de hacer ascender su energía sexual transformada, eso es lo que consigue. El iniciado que quiere hacer este tipo de prácticas debe alcanzar la castidad para evitar este tipo de riesgos. Luego procederá a transformar la energía dadora de la vida en las más selectas hormonas y vitaminas para su organismo.

todo, no dejan de haber algunas dudas por parte del hombre en algunos casos con respecto a que el hijo sea de él; lo más fácil de pensar es que la mujer ha adulterado y que, toda vez que ellos han conservado incorrupta su simiente, el hijo no es de ellos. Tal parece que este habría sido el caso de José, y la gran verdad esotérica que habrían querido comunicar también los evangelistas. De ser así, es posible que los escritores hubieran querido enseñar veladamente la verdad esotérica más grande de todos los tiempos, el gran Arcano A.Z.F.[1] –indecible desde los tiempos de Noé– poniendo a Jesús como hijo de este tipo de unión. Es claro, sin embargo, que los literalistas ni siquiera esto comprendieron. Y, aun cuando no hubiera sido así, como hemos advertido, es una de las lecturas que permiten hacer los evangelios y, en todo caso, no indica que hubiera sucedido de este modo.

Sólo Jesús (el Cristo por antonomasia), que conoció el fondo mismo del mal, podría librarnos del pecado; sólo él, que conoció las más terribles tentaciones, y las venció, podría señalarnos el camino de la victoria. Sólo él, que bajó a lo más profundo de los infiernos fue alzado a lo más alto de los cielos. Más tarde en el tiempo él conoció los misterios del reino, practicó Magia Sexual con su esposa sacerdotisa y fue digno de alcanzar el bautismo. Entonces el Espíritu Santo en forma de paloma –símbolo de la unión sexual– engendró al Cristo. El Cristo se hizo uno con él y él se hizo uno con el Cristo. Entonces el mundo conoció al nuevo Hombre-Dios[2], cuya madre es siempre virgen, ANTES, DURANTE Y DESPUÉS DEL PARTO.

---

[1] Arcano es una palabra que nos remite a algo oculto. Proviene del latín arca, del cual derivó *arcanus*. De esta raíz se derivaron otras palabras, entre ellas algunas con el significado de guardar y contener. Dicho de otro modo, arcano significa *contenedor secreto*. El Arcano, divulgable hasta los tiempos de Noé se convirtió en algo que no era dable enseñar públicamente –con lo cual se convirtió en arcano–. Cabe indicar que este arcano nos permite salvarnos del derrame de las aguas (*fornicación*) a la vez que sólo es posible entrar en él en pareja (hombre y mujer, macho y hembra).

En tiempos contemporáneos se le ha denominado también como Arcano A.Z.F., con lo que claramente se indica que es el principio y fin de todo, el Alfa y la Omega –en ese Arcano reside la substancia crística–. El principio y el fin de fuego, del Fohat. La reactividad ígnea (F). El fuego mismo. Dios es un mar de fuego ardiente. Del agua nace el fuego. El Arcano A.Z.F. son las aguas no divulgadas de las que nace el fuego. El Arcano A.Z.F. son las aguas no divulgadas de las que nace Dios.

[2] El Cristo vino hacia nosotros a través de una virgen (Paloma, Madre, Espíritu Santo, unión sexual). De modo que nosotros, para ir hacia el Cristo, podemos y debemos hollar el mismo camino que el escogió para venir a nosotros, a través de una virgen (Paloma, Madre, Espíritu Santo, unión sexual). Cuando la simiente ya no se extrae más del organismo se convierte en símbolo de la Madre incorrupta, en la fuente sellada y virgen. Sólo a partir de ella puede venir el Cristo. Cada uno de nosotros podemos y debemos convertirnos en «Christós».

CAPÍTULO 4

EL VERDADERO PECADO ORIGINAL

4. EL VERDADERO PECADO ORIGINAL

Si el hombre y la mujer no hubieran comido del fruto prohibido no tendrían la oportunidad de ser como los dioses.

4.1. LA NATURALEZA DEL PECADO ORIGINAL

La historia del pecado original como un acto mediante el cual se pierde la gracia, el poder, o mediante el cual la humanidad es arrojada de algún sitio de delicias debido a alguna falta primigenia, subyace en la mitología de variadas culturas, de modo que no es sólo una cuestión occidental, si bien podemos afirmar que la noción de «pecado original» es profundamente católica y que halla su máxima exposición en los relatos del libro del Génesis. En ella se nos presenta al hombre y la mujer primigenios en un paraíso de delicias en el que pueden enseñorearse sobre todos los animales que hay en el cielo, y los que hay en la tierra, y comer del fruto de todo árbol, excepto del que se encuentra en la mitad del huerto, del árbol de la ciencia del bien y del mal (*Gn 2, 16-17; Gn 3, 3*).

Sin duda, al hablar de pecado original nos referimos a algo muy importante, a algo muy grande. El pecado original fue la causa directa, de acuerdo a la literatura bíblica, de la expulsión de Adán y Eva –y, por consecuencia, de toda la humanidad– del paraíso. ¿Qué delito tan grave pudo haber originado que la humanidad, que vivía en un jardín lleno de felicidad eterna, fuera expulsada y condenada a una tierra hosca y llena de dolor? Con harta frecuencia hemos oído decir que el pecado original de Adán y Eva fue la desobediencia al precepto de no comer del fruto prohibido, y que fue, a raíz de esto, que fueron expulsados del Edén. Es evidente que la desobediencia está implícita al comer de un fruto que se había vedado. Sin embargo, podemos y debemos enfatizar en la idea de que la mera desobediencia no es detonante suficiente para que un padre arroje de su casa a sus hijos.

La desobediencia está implícita, es cierto, pero entonces no es una desobediencia superficial y vana. Todos sabemos que un padre no despide a su hijo porque comió el dulce que le había prohibido, o porque no hizo la cama. Se requiere ante todo que la infracción presente una notable relevancia y, ante todo, que ese hijo haya adquirido cierta madurez[1] que le permita enfrentarse a la vida, y no como se pretende que, unos segundos después de ser creado lo arroje del Edén. Es cierto que la experiencia vívida

[1] Se requiere que hubiera adquirido cierta madurez para que el castigo fuera justificado. No se le puede decir al niño de dos años que no ponga la mano en el fuego, y luego castigarlo porque lo hizo; o prohibirle que coma un chocolate y luego expulsarlo de la casa por hacerlo e impedirle regresar.

nos provee de cierta madurez, no obstante, es imprudente lanzar precozmente a ese hijo a la vida ardua porque, o bien, naufraga, o bien, se convierte fácilmente en un aborto para la sociedad.

Sin embargo, como veníamos advirtiendo, más allá de la desobediencia trivial está la transgresión relevante; sólo una circunstancia excepcional y terrible puede motivar el hecho de que Jehová Dios arroje al hombre del jardín de delicias a una tierra hostil que labrará con dificultades. Nuestra opinión no es infundada, y es ostensible que el estudio y análisis bíblico nos proveerán gradualmente de razones suficientes para pensar que el pecado original esconde, tras la desobediencia manifiesta y obvia, algo más humano y delicado; después de todo Adán y Eva no eran personajes de una fábula que caen en maldición por comer de una manzana, sino humanos que el Génesis recrea en medio de simbolismos y alegorías de los más refinados.

Hoy en día difícilmente puede el hombre cristiano y la sociedad en general pasar a creer la ridícula idea que el máximo delito por el que el hombre legítimo (hecho a imagen y semejanza de Dios, habitante del huerto en el que, inclusive, Dios se paseaba) es expulsado a la tierra difícil y maldita que le producirá cardos y espinas hubiera sido la ingesta de una manzana o, como proponen algunos estudiosos, que no se trataba de una manzana, sino de un banano[1] que, posteriormente y con el tiempo, evolucionó, tras diversos factores lingüísticos y de tradición, a la manzana tal y como actualmente la conocemos. En ese sentido, es cierto que hubo desobediencia, pero también es cierto que hubo transgresión comiendo del fruto prohibido. La desobediencia, si bien está implícita al acometer la transgresión, no constituye por sí misma la falta o el acto vedado. Ahora bien, siguiendo la acepción teológica cristiana, vemos que la falta primigenia no sólo provoca la expulsión de Adán y Eva, sino que hace que su descendencia caiga en una suerte de maldición, de modo que todos los seres humanos habrán de nacer bajo el estigma del pecado original, una mancha hereditaria que se transmitiría de generación en generación.

4.2. EL EDÉN

El Edén es el lugar donde Dios pone al hombre luego de crearlo. Por lo que nos narra el Génesis, pareciera ser y no ser un lugar físico; pareciera ser un lugar paradisíaco donde fluye leche y miel, donde siempre hay agua y árboles frutales, donde no hay enfermedad ni muerte. El libro de Ezequiel lo describe resplandeciente de gemas, y en el Apocalipsis se nos presenta como

[1] Esta es, en criterio de algunas acepciones gnósticas, y desde el punto de vista hermético, una delicada imagen para simbolizar el aspecto sexual, el bálano masculino.

el lugar predestinado para los justos. Con todo ello, este sitio parece decididamente no encontrarse en la tercera dimensión, es decir, en nuestro espacio-tiempo de las formas. Es verdad que, dada la multiplicidad de interpretaciones que entraña, no es fácil determinar la naturaleza del Edén en forma definitiva. Para algunos se trata de un lugar físico que pudo haber existido en lugares tan dispares como la misma Mesopotamia o Asia –si bien no hay evidencia histórica ni arqueológica que haya podido evidenciarlo–. Otros ven, en el hecho de la expulsión del paraíso a una tierra de dolor, la expulsión de un planeta en el que la humanidad vivía anteriormente. Para unos más se trata de la representación de una dimensión superior en la que otrora viviera el hombre primigenio (más concretamente la cuarta dimensión, los paraísos Jinas). Para otros se trata simplemente de una enseñanza moral. Y, para unos últimos, el paraíso representa la pureza sexual perdida; si bien, tanto el Edén como la escena de la expulsión, son percibidos como un cúmulo de alegorías y simbolismos de los más logrados.

> Gn 2, 7: Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente.
> 8: Y Jehová Dios plantó un huerto en Edén, al oriente; y puso allí al hombre que había formado.

Hasta este punto el Edén parece ser de tipo físico por cuanto Dios forma al hombre del polvo de la tierra, y hay allí árboles frutales, animales y hasta seres humanos; sin embargo, como veremos, no parece coherente pensar que sea un lugar físico, en el sentido que se encuentre en algún punto geográfico de nuestro planeta; si bien puede ser un lugar etérico, volátil.

> 2 Cor 12, 3: Y conozco al tal hombre (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe),
> 4: que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar.
> (V. a. Lc 23, 43; Ap 2, 7).

Pablo, en principio, nos deja con la misma incertidumbre. El Edén puede ser o no un lugar físico y, eventualmente, puede viajarse allí con o sin cuerpo físico. Sin embargo, toda vez que Pablo no dice que fue arrebatado a algún punto geográfico de nuestro planeta, parece poner el paraíso más bien en un orden etérico. Es evidente que el apóstol Pablo, al referirse al paraíso no se refiere a ningún sitio, a ninguna ciudad sobre la tierra, con lo que puede entenderse ese paraíso como un lugar, por llamarle de algún modo, semi-material. De allí hubieron de ser expulsados los primeros seres humanos (representados en Adán y Eva) para tomar cuerpo en la coordenada de las

formas. Justamente esto es lo que parece mencionarse en el libro del Génesis, cuando Dios expulsa a Adán y Eva.

> Gn 3, 21: Y Jehová Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió.

Es curioso que sólo tras la expulsión de Adán y Eva se mencione que Dios los vistió de pieles, pues si se tratara de un vestido físico para guarecerse del frío ellos podrían fabricárselo, y no tendría Jehová por qué incomodarse por ello. Y, si hubiera sido un vestido físico ¿por qué no se los brindó antes? Creemos que el hecho que Dios los vista de pieles significa que ellos salieron del lugar etérico en el que otrora vivían –abandonando, en consecuencia, su naturaleza volátil– y tomaron cuerpos físicos. Bien que esto signifique que tuvieran pelaje (vello) o no –tal como lo expone la teoría evolutiva–, lo que sí es correcto pensar es que, de algún modo llegaron aquí y tuvieron cuerpos hechos de materia condensada, visible, tangible. Y no en vano se pone siempre al Edén, o al paraíso, como un lugar semi-material al que es posible acceder. Pero en el caso que ese mismo sitio sea aquel del que fueron expulsados los primeros humanos, equivaldría a que deberían tener similar constitución, es decir, una constitución semi-material y con esto, de paso, queda explicado el hecho que se van cubiertos de pieles tras ser expulsados, pues habrían pasado de una dimensión superior a una inferior, de una tierra semi-material a una tierra dura, hosca, visible y tangible. Todo esto, por supuesto, avalaría la hipótesis de un lugar paradisíaco que hubo de perder el ser humano en tiempos remotos, cuando desobedeció la orden de no comer del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. De ser esto correcto, no estarían errados los tratadistas herméticos cuando aseguran que el Edén es la cuarta dimensión, la tierra etérica donde no existe la ley de la gravedad, los paraísos Jinas de donde salía Jehová y sus ángeles para marcar el curso de los hombres; la tierra donde los humanos no conocen la muerte ni se comen las manzanas doradas que dan la vida, la tierra de la supra-sexualidad.

4.2.1. El Jardín del Edén

Al parecer, y aun cuando Dios Elohim crea el planeta Tierra, la hierba, los árboles y las especies animales, éstos no se encuentran diseminados, sino concentrados en un punto específico. La tierra se encuentra desierta.

> Gn 2, 4: Estos son los orígenes de los cielos y de la tierra cuando fueron creados, el día que Jehová Dios hizo la tierra y los cielos,
> 5: y toda planta del campo antes que fuese en la tierra, y toda hierba del campo antes que naciese; porque Jehová Dios aún no había

> hecho llover sobre la tierra, ni había hombre para que labrase la tierra.

En efecto, el Génesis parece respaldar el hecho de que la tierra se encuentra desierta, sin hierba por cuanto aún no ha llovido y por cuanto el hombre, o bien no ha sido creado, o bien no ha sido expulsado del huerto. De algún modo, es como si Dios hubiera creado los prototipos de las especies, y como si esos prototipos aún no hubieran tomado forma física en la tierra (a pesar de que ya se encuentran creados). Cierto o no, lo que sí es consistente es que el único lugar donde se podía vivir sin penurias era el huerto del Edén.

> Gn 2, 7: Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente.
> 8: Y Jehová Dios plantó un huerto en Edén, al oriente; y puso allí al hombre que había formado.

Es extraño que la tierra se encuentre desierta, pero que haya en oriente un único huerto donde es posible la vida y la supervivencia del hombre. Nada como esto se había propuesto antes, y no pertenece en modo alguno, a lo que nos revelan los estudios geológicos con respecto a la formación de la Tierra. Es como si se quisiera transmitir una verdad simbólica, más que literal. En efecto, sabemos que el desarrollo de la vida en el planeta tierra no sucedió en el modo como el Génesis nos lo presenta, motivo más que suficiente para saber que la narración no pretende abordar una secuencia histórica, de modo que no podemos digerirla en ese sentido. Por otro lado, vemos que el Edén y el huerto del Edén no son lo mismo, sino que el último se encuentra contenido en el primero. Si somos rigurosos, hemos de decir que parte del Edén también se encontraba desierto, excepto por el huerto que fue plantado en esta zona, en el oriente.

> Gn 2, 9: Y Jehová Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer; también el árbol de vida en medio del huerto, y el árbol de la ciencia del bien y del mal.

Es comúnmente aceptado que el árbol de la ciencia del bien y del mal estaba en la mitad del huerto; sin embargo, y aun cuando no podemos encontrar evidencia bíblica en este versículo que lo demuestre, sí sabemos que tal acepción es correcta (Cf. *Gn 3, 2-3*). En otras palabras, no es un árbol, sino dos árboles los que se encuentran en la mitad del huerto. Tanto el árbol de la vida como el árbol de la ciencia del bien y del mal se encuentran en la mitad, de modo que, tal y como afirman algunas tradiciones, es posible que compartan raíces mutuas o que, inclusive, sean tomados como uno solo.

> Gn 2, 10: Y salía de Edén un río para regar el huerto, y de allí se repartía en cuatro brazos.
> 11: El nombre del uno era Pisón; éste es el que rodea toda la tierra de Havila, donde hay oro;
> 12: y el oro de aquella tierra es bueno; hay allí también bedelio y ónice.
> 13: El nombre del segundo río es Gihón; éste es el que rodea toda la tierra de Cus.
> 14: Y el nombre del tercer río es Hidekel; éste es el que va al oriente de Asiria. Y el cuarto río es el Éufrates.
> 15: Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase.

Es extraño que saliera un río del Edén (una zona desierta en el oriente en la que hay un huerto lleno de plantíos y de árboles frutales) puesto que si el río era para regar el huerto, y el huerto se encontraba dentro del Edén, no necesitaba salir, sino entrar (¿primero desciende y luego asciende?). Lo cierto es que ese río, como única fuente hídrica dentro del huerto, simboliza, de algún modo, la vida, la continuidad y estabilidad de la misma[1].
Adán no era allí un ser ocioso, sino que debía trabajar, debía labrar el huerto, hacerlo producir –si bien el fruto era conseguido sin mayores angustias–, además de servir de custodio de ese huerto que, por cierto, se encuentra hasta este punto lleno de hierba y de árboles frutales, pero sin vida animal, misma que aparece en un momento posterior.

> Gn 2, 18: Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él.
> 19: Jehová Dios formó, pues, de la tierra toda bestia del campo, y toda ave de los cielos, y las trajo a Adán para que viese cómo las había de llamar; y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes, ese es su nombre.
> 20: Y puso Adán nombre a toda bestia y ave de los cielos y a todo ganado del campo; mas para Adán no se halló ayuda idónea para él.

[1] Inferimos que el árbol de la vida debería alimentarse de estas aguas de la vida que, al ser transmutadas en un alimento superior, servía para constituirse en el árbol de la inmortalidad, de modo que el que se alimenta de tal árbol alcanza la inmortalidad y vive para siempre (Cf. Gn 3, 22). Y, en efecto, esto es lo que nos muestra Ez 31, 2-8 cuando se dice que las muchas aguas hicieron crecer al árbol más frondoso y alto del Edén (sin embargo, la ausencia de aguas es sólo sequedad y muerte). Esas aguas, o ese río, hablando ya en términos herméticos, habrá de recorrer cuatro estadios: El río inicial es el mismo océano que debe ascender (para regar el huerto) mediante cuatro ríos, o ramificaciones, a saber: El canal medular de la espina dorsal, el nadi *idá*, el nadi *pingalá* y el nadi que va del cerebro al corazón (*Anahata nadi*).

Llama la atención que los animales sean creados en un momento posterior a la creación del hombre siendo que, en el relato creacional inicial, los animales son creados de primero, los de aire y de agua en el día quinto (*Gn 1, 20-23*), y los de tierra en el día sexto (*Gn 1, 24*). Es como si, de algún modo, primero se hubieran creado los arquetipos, sin que tomaran forma física. Sea como fuere, lo cierto es que el huerto plantado en algún punto del Edén, en el oriente, no pareciera ser tan pequeño, de modo que caben en él toda bestia del campo y toda ave de los cielos. Ya no se encontraba solitario Adán, sino que podía enseñorearse ellos (*Gn 1, 26*), aparte de encargarse de labrar y custodiar el huerto, cosa que, por cierto, vemos que no lo satisface del todo; no parece sentirse feliz, pleno, realizado. Situación que sólo cambiará con la creación de la mujer (Cf. *Gn 2, 21-25*).

4.2.2. El Jardín de las Hespérides

El Jardín de las Hespérides pertenece a la mitología griega. Era un huerto ubicado en el occidente, en la cordillera Atlas, geográficamente en el noroccidente de África y muy próximo al gran océano –parece que para llegar a él se debía pasar un río–; su estrella era Héspero, el planeta Venus visto por la tarde –el planeta del amor erótico–. Este huerto pertenecía a Hera[1] –la diosa del matrimonio y esposa de Zeus (*el padre de todos los dioses*)– y era custodiado por las Hespérides, o ninfas[2], deidades menores representadas usualmente desnudas o semidesnudas, hijas, según algunas fuentes, de Eósforo-Hespero (el mismo planeta Venus), y buscadas especialmente por los sátiros –criaturas masculinas relacionadas con el apetito sexual–, y representantes del flujo dador de la vida de las fuentes, ríos, manantiales[3], etc. También se había dispuesto de un dragón custodio aparte

[1] Hera, la diosa Vaca [la dadora de la leche], y la portadora del éxtasis [se la representa llevando en su mano granadas o amapola], conocida por uno de sus epítetos como «la que salva al guerrero», fue venerada también como virgen (*Parthénos*), y algunas tradiciones señalan que cada año, en unos ritos, [presumiblemente sexuales] y de los que no se podía hablar, renovaba su virginidad (Pausanias II 38.2-3).

[2] La palabra para ninfa en griego es νύμφη, y significa *novia* y *velado*, *oculto*. Esto, sin duda, nos lleva de una forma natural a los misterios del sexo, al crecimiento de las aguas, a la fertilidad. La novia es un símbolo del goce sexual; sin embargo, y como quiera que es novia, es un goce sexual refrenado. En esto se encierran los misterios velados del sexo, ocultos entre las más refinadas alegorías y símbolos. La Eva desnuda no es más que una alegoría que viene a hablarnos de lo mismo, la ninfa del jardín edénico.

[3] Esas aguas y manantiales no han de entenderse exclusivamente en un orden literal, sino en un orden simbólico. Así, todo hombre y toda mujer tienen sus aguas y su manantial, mismos de los que, en otras alegorías, mana leche y miel.

de las hespérides que, en la iconografía clásica también puede ser asimilado como una serpiente con garras, y suele ser representado como una serpiente que se desliza entre las ramas del árbol en actitud de defensa.
Dicho jardín era el único sitio en el mundo donde se podría encontrar el árbol que producía manzanas doradas, mismas que proporcionaban la inmortalidad –para lo que era preciso buscarlas en dirección del atardecer, de la noche y, como secuencia, en las mismas tinieblas–. Los manzanos fueron obtenidos a partir del regalo que la diosa primordial Gea –la de *amplio seno, asiento siempre sólido de todos los Inmortales*, según Hesíodo– le hizo a Hera como regalo de su matrimonio con Zeus. En un modo simbólico podemos decir que el regalo del matrimonio es la posibilidad de la inmortalidad. Dichas manzanas de oro habría de conseguir Heracles (cuyo nombre significa *gloria de Hera*), o Hércules, el de *formidable vigor sexual* y el máximo de los héroes griegos. Hijo de Zeus (Júpiter entre los romanos) y Alcmena, se granjea la enemistad de Hera –legítima esposa de Zeus– que, retrasando el parto de Heracles, hace que éste no se convierta en rey, sino que lo sea Euristeo. Heracles es puesto, con todo esto, a las órdenes de su tío Euristeo, quien es el que le ordena realizar los doce trabajos (conocidos como *los doce trabajos de Heracles*). El robo de las manzanas del jardín de las Hespérides se convierte en el undécimo de ellos, mismo que logra, en una de las versiones, luego de liberar a Prometeo –el Titán que roba el fuego a los dioses para dárselo a los hombres– y recibir de él indicaciones precisas de cómo lograr apoderarse de las manzanas.

4.2.3. Correlaciones entre el Jardín del Edén y el Jardín de las Hespérides

Es posible que el mito bíblico del jardín del Edén, lleno de árboles frutales, y ubicado en el oriente, fuera una forma de crear una leyenda tan grande como el del Jardín de las Hespérides, una forma de recrear el mismo mito con análogos simbolismos. Las semejanzas entre uno y otro son cuando menos notorias y, salvo porque el uno se encuentra en el oriente (el Jardín del Edén) y el otro en el occidente (el Jardín de las Hespérides), los aspectos en común no pueden menos que llamar nuestra atención –aun cuando en ocasiones se haga a forma de antagónico–. Veamos:

- Ambos están ubicados en un punto cardinal
- Ambos son el huerto de un ser divino
- Ambos huertos se consideran mágicos o divinos
- Ambos son inaccesibles
- En ambos existen frondosos árboles

- Ambos están relacionados con un río, o con fuentes hídricas
- En ambos jardines el robo del fruto es considerado un delito
- En ambos están el hombre y la mujer desnudos
- Ambos huertos se encuentran custodiados
- En ambos existe una serpiente, o dragón (si bien el rol que desempeñan es opuesto)
- En ambos existe un árbol codiciable
- En ambos casos el árbol concede la inmortalidad
- En ambos se logra el hurto del fruto

Existen, es verdad, diferencias sensibles; el mismo contexto en el que se desenvuelven uno y otro es diferente. No obstante, los elementos que sirven para configurar el simbolismo son los mismos.

4.3. EL ÁRBOL DE LA CIENCIA DEL BIEN Y DEL MAL

Comer del árbol de la ciencia del bien y del mal es bueno y malo al mismo tiempo.
No comer del árbol de la ciencia del bien y del mal es bueno y malo al mismo tiempo.

El árbol siempre ha sido considerado como símbolo de fertilidad y de vida (máxime conteniendo frutos). El árbol, al dar fruto –que lleva en sí mismo su propia semilla (*Gn 1, 11*)– no es en nada diferente al hombre, que da fruto que lleva en sí mismo su semilla. Entre los egipcios la cruz Ank es considerada como el árbol de la vida y, desde un punto de vista hermético, es notorio que la cruz es el símbolo inequívoco de la unión sexual. El árbol y la cruz tienen un simbolismo semejante. En ese orden de ideas, no es extraño que (contemplado desde el simbolismo hermético) la sola noción de árbol nos lleve por consecuencia a las fuerzas generatrices de todo, a la semilla fértil que posibilita la replicación de la especie. No en vano el árbol de la ciencia del bien y del mal se encuentra, junto con el árbol de la vida, en la mitad del huerto del Edén (*Ap 2, 7*); lo que, por cierto, nos hace pensar que se nutren de las mismas aguas. El fruto, desde el estricto punto de vista biológico ontogenético, es el ovario desarrollado del árbol conteniendo al óvulo, es decir, a la simiente que, mediante reproducción sexual, generará un nuevo organismo, un nuevo árbol. Cuando Jehová Elohim prohíbe al hombre alimentarse de los frutos del árbol, realmente le prohíbe alimentarse de su simiente creadora, de la energía-materia que posibilita la replicación de la especie ¿es posible comprender esto? Y, dado que el comer del fruto implica arrancarlo, por extensión, le prohíbe arrancar del árbol la semilla, la energía materia que permite su replicación, su reproducción.

> Gn 2, 16: Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer;
> 17: mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás.

Pero, en el caso de que esa simiente permita la replicación de la vida ¿por qué el comérsela es sinónimo de muerte? La respuesta es sencilla: porque se arranca del árbol, porque se extrae del árbol. Sin embargo, todo esto también puede tener otra significación. Al plantar Jehová el árbol de la ciencia del bien y del mal en la mitad del Edén se le confiere al hombre autonomía, libre arbitrio, capacidad de decidir. Es un acto de libertad, el hombre tiene la capacidad de elegir; y aquí se nos revela un ser humano con inquietud por el conocimiento, aun cuando eso cueste la muerte; un ser humano que escudriña, que indaga. El conocimiento en el bien y en el mal no es nocivo; de hecho, para que el hombre logre ser como los dioses necesariamente debe probar el fruto del árbol del bien y del mal pues, de lo contrario, no tendría toda la sapiencia del mal. Esa sapiencia del mal es la que permite apreciar en toda su esencia a su antagónico, la virtud, la sapiencia del bien, la que permite un conocimiento y conciencia mayor en ambos. En el libro de Henoc, tenido en gran estima por las comunidades cristianas primitivas, encontramos la siguiente descripción del árbol de la ciencia del bien y del mal (llamado *el árbol de la sabiduría*).

> Hnc 32, 3: Y fui llevado al lado del Paraíso de Justicia, y me fueron mostrados desde lejos árboles en él, árboles numerosos en exceso y grandes, diferentes unos de otros. Vi allí un árbol que era distinto de todos los demás, muy grande, bello y magnífico, el árbol de la sabiduría, los que comen de su fruto aprenden gran sabiduría[1].
> 4 El árbol es tan alto como un abeto, sus hojas se parecen a las del algarrobo y su fruto es como un racimo de uvas, muy bonito; y la fragancia de ese árbol penetra hasta muy lejos.
> 5 Y yo dije: "¡Qué hermoso es este árbol y cómo atrae mirarlo!".
> 6 Remeiel el Vigilante y el santo, que estaba conmigo, me contestó y dijo: "Es el árbol de la sabiduría, del cual comieron tu primer padre y tu primera madre y aprendieron la sabiduría y sus ojos se abrieron y comprendieron que estaban desnudos y fueron expulsados del jardín del Edén".

No cabe duda que el árbol de la ciencia del bien y del mal es el mismo árbol del conocimiento, el mismo árbol de la sabiduría. Sin embargo, cuando se

[1] Faltó en el libro de Henoc mencionar que los que comen de su fruto aprenden gran sabiduría, aunque caen en desgracia.

menciona la expulsión de Adán y Eva, no se menciona como algo improviso, como algo que se hubiera salido de los planes, sino que, inclusive, la expulsión misma se relata en una forma absolutamente desprevenida y como si se tratara de algo normal. En otras palabras, es como si Dios implícitamente hubiera hecho todo esto a propósito, como si implícitamente supiera que todo esto pasaría, de modo que todo obedecía a un plan, a un propósito divino; de otro modo no se hubiera tomado la molestia de crear al hombre, ni siquiera le hubiera creado ayuda semejante; de otro modo no se le hubiera ocurrido plantar un árbol delicioso justamente en la mitad del huerto para, entonces, prohibirlo, ni mucho menos crear a la serpiente con una astucia sin par. Él sabe que, eventualmente, el hombre y la mujer comerán del fruto prohibido, y sabe también de las consecuencias que todo ello acarreará. En efecto, todo este cuadro se parece a una situación en la que un padre le deja en una mesa toda suerte de caramelos, dulces y golosinas a su hijo, pero justamente en la mitad le deja el caramelo más apetitoso a los sentidos, el que se ve más provocativo. Y luego le dice:

> De todos los caramelos, dulces y golosinas que están sobre la mesa podrás comer, excepto del caramelo que está en la mitad de la mesa; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás.

No se necesita ser muy inteligente para saber que lo que implícitamente quiere ese padre es que su hijo muera (y en sí, el castigo es demasiado severo para algo que no tiene tanta importancia). Si no quisiera que su hijo muriera no le dejaría el caramelo que justamente le causa la muerte y provocándolo a que el caramelo prohibido sea el centro de atención; evidentemente los niños perderán el interés en todo tipo de comida, y su atención girará en el caramelo prohibido. Si lo que quisiera es probar su obediencia, le haría la prohibición sobre un caramelo que, en todo caso, no le cause la muerte; y no lo dejaría justo en la mitad de la mesa. Y en el caso de que hubiera desobediencia, reconvendría a su hijo y hasta le perdonaría setenta veces siete (*Mt 18, 21-22*), y no usaría una venganza tan brutal y severa. Y lo peor de todo es que, luego de que ese hijo ha comido del caramelo que estaba en la mitad de la mesa, lo expulsa de su casa y pone guardianes para que no logre entrar. Esto no parece ser muy paternal, pero sí parece ser un acto de un padre despiadado y demente. Un padre que les impide a sus hijos ser sabios, y una vez que estos han adquirido cierta sapiencia, les impide vivir por siempre, ciertamente es un padre desquiciado que necesita ser salvado, que necesita que alguien le haga entrar en razón. Incluso al peor de los padres le gustaría que sus hijos adquirieran conocimiento. Incluso, al peor de los padres, se le haría difícil dejarles un caramelo envenenado para que lo

coman y mueran. Incluso, al peor de los padres, le vendría incómodo lanzar a su hijo recién nacido a la calle. Ciertamente a un padre normal no se le ocurriría la idea de matar a sus hijos, de impedirles que vivan, que coman los frutos de su casa y, en este sentido, ni siquiera Caín, el homicida, fue tratado con tanta severidad. Pero entonces, ante la severidad del castigo se infiere que la falta no fue anodina ¿qué tipo de pecado cometieron Adán y Eva?

4.4. EL ROL DE LA MUJER

Si no hubiera sido por la mujer no podríamos ser como los dioses, si no fuera por la mujer no tendríamos ahora la dicha de estar disfrutando de esta sapiencia, del conocimiento tanto del bien como del mal. La mujer, con ese sentido extraordinario de intuir, con esa capacidad extraordinaria de receptividad, nos permite conocer el bien y el mal. En efecto, sin el concurso de la mujer nosotros no podríamos ser como los dioses.

> Gn 3, 22: Y dijo Jehová Dios: He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre.

Sin duda, al menos en lo que respecta a la sapiencia en el bien y en el mal, Eva, la mujer, nos permitió ser iguales a los dioses, nos permitió ser como uno de ellos. Ella se presenta como la capaz de comprender, más que como la mujer franqueable que nos lleva a la comisión de un delito. Posiblemente a Adán no le habría gustado sostener una conversación con un animal, siendo que él se enseñorearía de ellos y les pondría nombre. Ellos serían los que atenderían las insinuaciones del hombre, y no al contrario. Posiblemente hasta se sentiría rebajado en un acto de arrogancia y de falta de humildad; cosa que no ocurre con la mujer. Ella se nos presenta dispuesta a escuchar, aun cuando sea a un animal, y aun cuando sea diminuto, para ella no lo es. Para ella todo tiene una gran relevancia en la naturaleza, inclusive la serpiente. La mujer no está interesada en que la serpiente sea o no un animal inferior a su dignidad; la mujer está simplemente interesada en comprender, en saber, en conocer la verdad, sea la que esta fuere.

> Gn 3, 1: Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?
> 2: Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer;

> 3: pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis.
> 4: Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis;
> 3:5 sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal.
> 3:6 Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella.

No hay mezquindad por parte de ella. Le comparte a su esposo para que él también se haga conocedor del bien y del mal, para que se haga partícipe de ese pequeño despertar; no hay envidia de su parte. Ella escuchó, y comprendió que era correcto, que la serpiente tenía la razón (posiblemente Adán no hubiera tenido tanto tacto). La sabiduría había sido prohibida por Dios, pero, por fortuna, la mujer estaba allí para redimirnos de la ignorancia.

4.5. EL TENTADOR

La redención de la ignorancia de la mano de la mujer se ve favorecida por la serpiente. La serpiente, en este sentido, hace las veces del tentador. Lo que resulta extraño es que la serpiente (el tentador) sea presentada con capacidad de entender, con capacidad de hablar, con capacidad de penetrar las ideas mismas de Dios –lo que claramente viene a demostrarnos que no se trata de una serpiente en el sentido literal, sino que es un ser inteligente– y, lo que es más, que le resulta algo normal a la mujer que, finalmente, se ve entablando una conversación como con un allegado. Es decir, no le es indiferente y, en cierto modo, hasta podemos decir que le resulta familiar. Ambas entablan el primer diálogo registrado en la Biblia, la primera conversación entre dos seres. Sin embargo, tal como hemos visto, no puede tratarse de una serpiente física[1], de un animal en el sentido literal. Pero entonces ¿de qué podría tratarse? Existen dos posibilidades: Que fueran otros seres humanos, caídos en la degeneración, o que se tratara del mismo deseo de libertad y de alcanzar el conocimiento pleno de sí mismo, inherentes ambos al ser humano (que puede adquirir, en efecto, diversos matices y ser asociados con la desobediencia y hasta con la propia concupiscencia).

[1] El castigo que Dios en Gn 3, 14-15 impone a la serpiente incluye varias cosas, pero entre ellas no se le priva a la serpiente de la capacidad de raciocinio, de su inteligencia. El hecho mismo de que las serpientes, literalmente hablando, estén de esa inteligencia demuestra que éstas no se corresponden con la serpiente del Génesis y que, por tanto, la serpiente del Génesis es figura o símbolo de algo diferente.

Adán y Eva son la representación de razas humanas completas y no representan a seres humanos específicos, individuales –cosa que, por cierto, atentaría contra la estabilidad y continuidad de la raza que, con dos ejemplares, no estaría en su comienzo, sino al borde de su extinción–. Sin embargo, en el estricto contexto bíblico, todavía Adán no ha tenido hijos por voluntad del hombre, sino que todos son a semejanza de Dios (o hijos por voluntad de Dios). Esto, adicionado al hecho de que la serpiente no se refiere a Eva como madre, ni Eva a la serpiente como hijo(a), en estricto contexto bíblico, hace imposible que la serpiente hubiera sido una raza humana caída en la generación animal, descendiente o ascendente. Aun con todo, es difícil definir hasta aquí con total certeza lo que representa estrictamente la serpiente, máxime que es totalmente viable que represente varios aspectos y que pueda ser interpretada de diferentes formas.

> Gn 3, 15: Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya.

En este punto se podría pensar que se refiere a alguna raza degenerada, a los hijos del maligno, y que el hecho de que Eva comiera del fruto prohibido primero que Adán implica que habría sostenido relaciones sexuales con alguno de los tenebrosos que, por su parte, le habrían enseñado a Eva a conocer el orgasmo y a fornicar. El término simiente nos sugiere algún tipo de descendencia, de semilla, de hijos de la energía creadora sexual. Sin embargo, es extraño que tratándose de una maldición tan absolutamente relevante, no se vuelvan a nombrar ni a la serpiente, ni a los hijos de la serpiente, ni mucho menos a algún tipo de disputa entre los hijos de Eva y los hijos de la serpiente. Cabe señalar que Dios maldijo la serpiente y la condenó a arrastrarse por la tierra, pero que no la expulsó del Edén –o, al menos, no se menciona. Pero entonces ¿qué se hizo? Una hipótesis sugiere que el huerto del Edén somos nosotros mismos y, en este sentido, y toda vez que la serpiente continuó en el Edén, significaría que la serpiente tentadora está dentro de nosotros mismos. Si nos atenemos al hecho de la enemistad entre la simiente de Eva y la simiente de la serpiente, podemos inferir que la serpiente tentadora reside o se encuentra asociada con el sexo. Esto, en última síntesis, no es más que una forma de indicar que Adán y Eva habrán de seguir comiendo del fruto prohibido en forma más o menos aleatoria y que habrán tanto hijos por voluntad de Dios como por voluntad propia (o de la serpiente). En otras palabras, el origen de nuestros males no está en un paraje distante, el origen de nuestros males no está en una época remota, sino que se encuentra aquí y ahora, dentro de nosotros mismos. En un aspecto superior los hijos de la serpiente vendrán a ser símbolo de

Ahriman, de los demonios rojos de Seth, los mismos familiares queridos de Arjuna del Baghavad Gita[1], contra los que debe pelear ayudado por Krishna (el Cristo Indostán); es decir, son nuestros propios parientes, nacidos tanto ellos como nosotros, de la simiente, nuestros errores psicológicos. En sentido hermético podemos asegurar, con respecto a Lucifer, que sus hijos son oscuros, aunque su padre es luminoso. Él es nuestro entrenador psicológico, el encargado de nuestro crecimiento interior mediante la experiencia vívida. Los dos opuestos no son más que partes de una misma cosa y, a su manera, ambos desempeñan una labor dentro del Plan.

4.5.1. La serpiente

La serpiente realmente le dio al ser humano la posibilidad de estar a la altura de los dioses; paradójicamente es la serpiente quien aparece condenada y percibida como algo maligno. Es como si se hubiera entendido totalmente al contrario; la figura que privó al hombre de la sabiduría y de inmortalidad es venerada como Dios, y la figura que abrió los ojos del hombre y le hizo conocedor de la sabiduría universal es repudiada y tildada como demonio. Evidentemente, si el hombre alcanza la sabiduría universal del bien y del mal y consigue la inmortalidad ya no tiene nada que envidiar a los dioses, y aquellos devienen innecesarios. Si el hombre se convierte en un dios ya no necesita de Dios. No en vano las interpretaciones teológicas a las que hemos accedido con respecto a estos pasajes del Génesis provinieron de sacerdotes, de líderes religiosos. Éstos siempre sugieren, insinúan que el hombre necesita de Dios –lo cual no es más que una forma de crear una especie de dependencia–, que el hombre necesita de templos, iglesias, sinagogas, pontífices, intermediarios, ritos, sacramentos, etc. Pero es claro que todo eso es innecesario, que el hombre lo que necesita es el conocimiento (*gnosis*), la auto-iluminación. La serpiente es, entonces, un amigo del hombre, y no su enemigo. La serpiente conocía lo que sólo los dioses conocían –pero que habían ocultado–; la serpiente conocía lo que le estaba vedado al hombre; la serpiente conocía lo que las otras criaturas ignoraban, y así claramente lo evidencia el libro del Génesis.

> Gn 2, 16: Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer;
> 17: mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás.

[1] Llama la atención que esos parientes sean los hijos del rey Dhritarashtra, hermano del Padre de Arjuna.

Nótese que Dios le dice al hombre solamente una verdad a medias. Le dice que la ingesta del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal le causará la muerte, pero no le dice jamás que la ingesta de dicho fruto lo hará conocedor de la sabiduría universal, de la sapiencia del bien y del mal. Es un dios que oculta la verdad completa, que calla y, en cierto modo, hasta un Dios que engaña.

> Gn 3:1 Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?

Es extraño que la serpiente supiera acerca de la prohibición que Dios había hecho al hombre. Y es todavía más extraño por cuanto la prohibición fue hecha antes de que fueran creados los animales, al menos en forma física (Cf. *Gn 2, 16-19*). No trataremos aquí el modo mediante el cual habría tenido la serpiente este tipo de información, pero lo que sí parece claro es que el hombre no fue quien le participó de información tan sensible.

> Gn 3, 2: Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer;
> 3: pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis.
> 4: Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis;
> 5: sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal.[1]

Si bien es verdad que en el caso en el que la serpiente se muestra conocedora de la prohibición que Dios hace al hombre con respecto de no comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, puede aducirse que habría sido informada por el hombre o por la mujer, no lo mismo puede decirse de esto último. La serpiente, en este punto, se nos muestra como la portadora de un conocimiento superior, como la portadora del fuego iluminador, como la

[1] El árbol de la ciencia del bien y del mal permite conocer el bien y el mal. Sin embargo, a excepción del sexo, no hay ningún otro fruto que, en si mismo nos permita conocer el bien y el mal. Mediante el sexo se puede generar vida, pero también se puede generar muerte; el sexo puede ser dignificante, pero también mediante él se puede degenerar en la forma más abyecta. Los homicidios, las masacres, las torturas, los odios, las iras, las vanidades, las codicias y, en síntesis, los crímenes más bajos y execrables, la maldad más exquisita que el hombre pueda conocer, acceder y practicar, no pudo, sin embargo, haberse dado en el Edén. No es algo que, al punto de practicarlo, les haga descubrir que están desnudos. Adán no asesinó ni torturó a Eva, no entraron en riña ni en discordia; es decir, ninguna maldad cometió el uno contra el otro. Sin embargo, una vez que acometieron su acto –que de hecho les resultó gratificante a los sentidos y ninguno de los dos se opone– se descubrieron desnudos y, en este sentido, es claro, explícito, el relato del Génesis.

depositaria de un conocimiento al que sólo los dioses han tenido acceso. ¿Quién es esta serpiente que parece tener el conocimiento sólo accesible a Dios mismo? No parece ser un animal corriente, y hasta podremos dudar de que lo sea. Lo que Dios le ha ocultado al hombre ella lo sabe. Ni el hombre ni la mujer saben de las consecuencias que traería comer del árbol de la ciencia del bien y del mal (o las saben, pero en forma parcial); sin embargo, la serpiente sí lo sabe. ¿De dónde obtuvo ella este tipo de conocimiento superior? La serpiente se nos parece, en este punto, a una especie de Prometeo encadenado (tildada de maligna y atada con grilletes a la piedra del vituperio) que ayuda al hombre (Hércules) a conseguir las manzanas doradas (a comer del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal) que conceden la inmortalidad (en este caso la sapiencia superior). El y ella (Prometeo y la serpiente) tienen la sabiduría, el conocimiento. Prometeo le da a Hércules la información precisa de cómo lograr conseguir las manzanas doradas del Jardín de las Hespérides, y la serpiente le proporciona información clasificada acerca del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal del Jardín del Edén. Prometeo, en la mitología griega, es condenado por llevarle el fuego a los hombres (la iluminación); y la serpiente, en la tradición occidental, es condenada por llevarles el conocimiento a los hombres (la sabiduría, la iluminación (por cuanto se abrieron los ojos, lo que implica que hubo luz, iluminación). Prometeo fue condenado a ser encadenado a una piedra, y la serpiente condenada a arrastrarse por la tierra (en ambos casos, es castigo es la sujeción a algo duro, árido, áspero).

Pero todavía hay más similitudes. Prometeo en griego significa *previsión*. Y si notamos, en los pasajes del Génesis, dicha cualidad es perfectamente aplicable a la serpiente quien prevé lo que acontecerá si el hombre come del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal.

Ahora bien, no se puede desconocer que tanto Prometeo como la serpiente logran un gran bien y un gran mal –que no es intención ni de Prometeo ni de la serpiente, sino que se presenta más bien como represalia de los dioses–. Prometeo logra robarles el fuego a los dioses y llevárselo a la humanidad para que logre calentarse e iluminarse pero, como represalia Zeus crea a una mujer (Pandora) que abre un ánfora donde se encuentran todas las plagas, dolor, pobreza, etc., y Prometeo, a su vez, es encadenado a una piedra donde un águila se le come el hígado todos los días.

La serpiente logra abrir los ojos de Adán y Eva –lo que puede interpretarse como que logró despertarles y sacarles del engaño (Cf. *Gn 3, 5; 3, 7*)– pero, como represalia, Dios expulsa a Adán y a Eva del paraíso (cabe señalar que en el texto bíblico pareciera atribuirse la culpa principal a la mujer, en lo que viene a ser una especie de Pandora abriendo el ánfora que desencadena

todos los males). Por su parte, la serpiente es condenada a arrastrarse por la tierra, comiendo polvo todos los días de su vida.
No se puede negar que, las similitudes son, cuando menos, notables. Ahora bien, al margen de todo ello, parece que la decisión que toma Eva, y posteriormente Adán, es la mejor, la más apropiada. Si el hombre y la mujer hubieran rechazado el consejo de la serpiente no hubieran logrado ser semejantes a los dioses en lo que respecta a la sapiencia del bien y del mal, sus ojos no hubieran sido abiertos y habrían vivido, puede que felices, pero en la ignorancia, engañados, serían como hijos subnormales, sin la sapiencia del bien y del mal. Por otro lado, no fue la serpiente la que sedujo a Eva; fue dios el que ya los había seducido o, cuando menos, el que contribuyó en gran medida con la inquietud de Adán y Eva respecto de ese fruto prohibido; fue Dios el que comenzó todo, el que, en cierto modo, los desafío y, a menos de que esto fuera parte de su plan –así lo creemos–, su papel es ridículo y hasta la serpiente se muestra más inteligente y previsiva que el mismo Dios. En ese sentido, la serpiente ni siquiera es necesaria pues Dios ha hecho todo el trabajo el mismo y resulta claro que con prohibición o sin prohibición, con serpiente o sin serpiente, con Dios o sin Dios, Adán y Eva habrían comido de ese fruto tarde o temprano, no importa que el fruto hubiera estado en el centro o en la periferia.

4.5.2. La desobediencia ¿pecado o virtud?

Promover a la desobediencia no siempre es nocivo. Lo obediencia y la desobediencia en sí mismas no son ni un pecado ni una virtud, sino que dependen de las circunstancias en que alguna de ellas aparezca. Un cuchillo en sí mismo no es bueno ni es malo, depende del uso que se haga de él. En el bien hay mucha maldad, y en la maldad hay mucha virtud. Es imposible que exista un bien perfecto o una maldad perfecta. La desobediencia no es buena ni mala, sino algo que puede llegar a ser bueno o malo. La obediencia no es buena ni mala, sino algo que puede llegar a ser bueno o malo. No sería bueno, por ejemplo, obedecer a alguien que nos ordena matar a uno de nuestros semejantes. En este orden de ideas es perfectamente posible comprender que, inclusive, los más excelsos códigos de ética y los más bellos postulados no tienen sentido. Una vez que se conoce el bien y el mal se debe ir más allá del bien y del mal. No podría ser bueno el padre al que vienen a violarle a sus hijos, limitándose él a decirle a los violadores: sigan hermanos, que Dios los bendiga. No podría ser malo el que le insinúa la idea de fuga al secuestrado, aun cuando eso implique desobedecer la orden de fugarse. En este sentido el tentador no debe ser concebido siempre en una forma negativa. Indiscutiblemente promover, inducir, promocionar ideas de

insurrección, de liberación, por ejemplo, a una raza que permanece en estado de esclavitud, puede interpretarse como un tipo de tentación que no conviene a los intereses del esclavizador por cuanto los esclavos puede resultar de vital utilidad y hasta de entretenimiento. Sin embargo, a la postre, es beneficiosa para los seres humanos que, luego de la insurrección, se ven libres de su antiguo opresor, con capacidad de determinación y albedrío propios. Es decir, el rol de un tentador es siempre nocivo sólo para alguno de los dos bandos, de modo que el concepto de bien y mal deviene, inclusive, como circunstancial.

La obediencia eterna no es una virtud, obedecer todo lo que se nos manda no es una virtud, sino el principio de la estupidez. La obediencia es el principio del fin del libre albedrio pues, aun cuando por voluntad propia se hubiera decidido obedecer, no se querrá obedecer todo. La obediencia marca la imposibilidad de formarse un destino propio, en forma autónoma. Es verdad que los hijos deben obedecer mientras estén en casa de los padres, pero ¿Qué sucedería si esos padres le mandan prenderle candela al perro del vecino? ¿Qué sucedería si esos padres le impidieran ir a la escuela y adquirir conocimiento, saber quién es él, de donde viene y cuál es su destino? En ese sentido, Adán y Eva, privados de la posibilidad del conocimiento, están, en cierta forma, privados de su libertad, de su libertad de conocer. Ahora bien, si esos hijos se rehúsan al deseo de su padre de mantenerlos ignorantes y aceptan la dinámica de ir a la escuela (con todos los logros y dificultades que implica en sí misma) hacen un gran bien; sin embargo, si esos hijos, una vez que han pasado por la escuela y han aprendido la lección, deciden quedarse allí y repetir eternamente lo mismo ¿Cómo podrían ser llamados? ¿No deberían volver a su casa y disfrutar de lo que legítimamente les corresponde?

4.5.3. El Cristo Lucifer

Lucifer es el símbolo del más alto sacrificio pues, así como Prometeo se sacrifica por los hombres, del mismo modo la serpiente-Lucifer se sacrifica por Adán y Eva. Inclusive, es posible que ella no ignorara la maldición y el castigo que recibiría por ayudarlos, por abrirles los ojos y, al menos en lo que respecta al conocimiento del bien y del mal, hacerlos iguales a los dioses. La serpiente en muchas culturas, principalmente en Oriente[1], es adorada como el animal más sabio. En la medicina, erguida sobre la vara, representa el símbolo del Caduceo de Mercurio, símbolo de vitalidad y de

[1] En la india, los dioses y diosas serpientes eran conocidos como *nagas*, y resulta curioso que la palabra en hebreo para serpiente sea *najash*.

salud –un paralelo indiscutible a este símbolo lo encontramos en la serpiente ardiente y erguida sobre la vara que Dios le manda construir a Moisés (*Nm 21, 8*) para sanar a la gente–. Entre los mayas Quetzalcóatl es el dios-serpiente engullido por un águila, y no ha faltado la cultura o el pueblo que vea en la serpiente un principio creador y vivificador. El propio Jesús en Mt 10, 16 enseña: «sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas». En este sentido, la serpiente es nuestro propio Lucifer, el portador de la luz y el principio de la sabiduría.

En efecto, Lucifer proviene etimológicamente del latín *lux*, que significa luz, y del latín *ferro*, o *ferre*, que significa llevar, portar, transportar. Lucifer, en estricto sentido, significa *portador de luz,* y halla su equivalente en el Prometeo griego, conocido por robar el fuego a los dioses para llevárselo a la humanidad y llamado también, en gran parte por este motivo, como el *portador del fuego*, es decir, el *portador de la luz*.
Hemos visto ya el enorme paralelo que existe entre la serpiente del Edén y Prometeo, pero ahora se suma el hecho de que Lucifer puede ser también uno de los nombres de Prometeo –aun cuando, de acuerdo a la etimología, se muestre como nombre propio– y, asociado con el origen del mal, se muestra como una figura similar a la serpiente del Edén, asociada también como el origen del mal. Pero ¿es posible que la historia hubiera sido cambiada? En la actualidad Lucifer es generalmente asociado como uno de los nombres de Satanás, o del diablo –con lo que se convierte en eso mismo–, y la serpiente es tomada también como una personificación de Satanás, o del diablo. Sin embargo, en el comienzo no fue así. Como hemos visto, Lucifer y Prometeo son portadores de la luz. En el caso específico de Prometeo, el que le roba el fuego a los dioses para llevárselo a los hombres. Lucifer es el equivalente de *Eósforo*, o *Fósforo* –también conocido como Hespero, es decir, Venus, el lucero vespertino, aunque también fue asociado con el sol Sirio–. Hespero simboliza el lucero del atardecer y Eósforo, o Fósforo, simboliza el lucero del amanecer; sin embargo, sabemos que son lo mismo y que, inclusive, en la literatura son tratados en forma indistinta y, en algunos pasajes inclusive se afirma: *Hespero es Fósforo*. Fósforo-Hespero es el que nos trae el fuego, la luz del amanecer –y que es traducido al latín como Lucifer– representa al lucero que se ve de primero al amanecer y que pareciera arrastrar al sol, llevarlo, portarlo, transportarlo. *Fósforo-Hespero* es Venus, y es el mismo Lucifer, el portador de la luz, el mismo Prometeo, y la misma serpiente sabia del Edén. En muchos escritos se asocia a la serpiente con Lucifer y, en efecto, se señala que fue Lucifer quien sedujo a Eva. Lo cierto es que ni la serpiente del Edén –antes de ser castigada–, se arrastraba por la tierra, ni Lucifer –antes de ser castigado– se había precipitado al

abismo, ni Prometeo –antes de ser castigado– había sido encadenado a una piedra. Los tres son benefactores de los hombres, los tres les llevan el conocimiento, el fuego, la luz a los hombres, y los tres, al parecer, son castigados y arrojados y postrados a la tierra, por ayudarlos.

En el caso de Lucifer encontramos, en el texto bíblico, los siguientes relatos:

> Is 14, 12: ¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones.
> 13: Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte;
> 14: sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo.

Lucero es realmente una traducción del latín Lucifer, de modo que la traducción correcta debió de ser: *oh Lucifer, hijo de la mañana* –con lo que de paso su papel como lucero de la mañana queda fuera de duda–. Lucifer, al parecer, quiere que nosotros nos convirtamos en dioses, pero ¿es realmente malo eliminar nuestra naturaleza de pecado y convertirnos en seres perfectos? ¿Es decir, convertirnos en seres perfectos, en seres semejantes a dioses? Y él mismo da ejemplo de ello. El delito de Lucifer es querer ser como Dios y luego, llevarle ese conocimiento a los hombres, un conocimiento superior que transforma la naturaleza imperfecta de los hombres en naturaleza divina. *Sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal*, expresa Lucifer a Eva, de modo que es innegable que el papel de Lucifer es el de llevarnos hacia Dios, no como seres ignorantes, sino como seres despiertos, como seres divinos. Pareciera ser este Lucifer una especie de entrenador que nos impele hacia la meta, hasta el punto de convertirnos en ángeles y presentarnos como dioses en la reunión de los dioses. Pero, o bien, parece que esto a Dios no le agrada y quiere ser el único –muestra rampante de un pensamiento anárquico–, o bien, Lucifer desempeña un papel dentro del plan de Dios, resultando ser su más cercano colaborador.

Asociado con el fuego, inclusive en los relatos bíblicos (Cf. *Ez 28, 11-19*), el papel de Lucifer es convertirnos semejantes a los dioses. Esa semejanza se logra en dos vías: alcanzando el conocimiento del bien y del mal, y logrando la inmortalidad. Cuando se come del árbol de la ciencia del bien y del mal se conoce la otra parte del conocimiento. Adán y Eva antes sólo conocían el bien, pero ahora conocen adicionalmente el mal, y haber conocido el mal, en este caso, implica haber practicado el mal o, cuando menos, haber cometido la transgresión que se les había advertido que no cometieran. Para entender un poco mejor esto, propongamos un ejemplo: Un niño que hasta ahora no

tiene mayor conocimiento de la existencia no sabe que el fuego quema. El hecho que ese niño no meta sus manos al fuego es bueno porque no se quemará; inclusive advertirle que el día que meta sus manos al fuego experimentará el dolor es bueno; sin embargo, a la vez todo esto es contraproducente pues no le permitirá a ese niño conocer la naturaleza del fuego, no le permitirá conocer el bien y el mal, no le permitirá una experiencia vívida; será un súbdito obediente, pero no será un sabio, no tendrá la sapiencia que sólo la experimentación de todas las fenomenologías de la existencia puede brindarle. En este sentido, si alguien le indica a ese niño que meta a sus manos en el fuego, aunque lo podríamos identificar como alguien maligno, realmente lo que hace es abrirle los ojos, convertirlo en un ciudadano consciente. Pero en este punto nos encontramos con algo interesante: el que advierte que no meta las manos en el fuego porque el día que lo haga se quemará y experimentará el dolor, debe haber él mismo haberlas metido en el pasado, de otra forma no tendría la experiencia, el conocimiento y la autoridad para decirlo, para saberlo. Y esto mismo aplica para el Dios que hace la advertencia a Adán y a Eva que, inclusive, sabe que el paso siguiente para ser semejante a los dioses es comer del árbol de la vida; lo que claramente nos muestra que conoce los mapas del camino, la ruta concreta, específica. Pero la serpiente también conoce los mapas del camino, y les lleva el fuego a los hombres. La serpiente-Lucifer es el primer iniciador, el primer gurú, el primer maestro, el primer liberador, el primer salvador. La serpiente es Luzbel, que quiere decir *luz bella*. La serpiente es venerada como el animal más sabio –y Jesús les aconseja a sus discípulos ser prudentes como serpientes (*Mt 10, 16*)–. La serpiente es Prometeo que, una vez que logra llevar el fuego a los hombres e iluminarlos, es maldecido por Zeus (Deus, Dios) y encadenado a una roca hasta que Hércules logra liberarle. No es un secreto que Hércules, en la tradición alquímica, viene a representar al Cristo íntimo. En este sentido, el Cristo viene a ser el liberador de Prometeo con lo que, de paso, se convierte en el nuevo héroe, en el nuevo portador del fuego, en el nuevo lucero de la mañana.

Lucifer, como portador del fuego –así lo reconoce también San Jerónimo en su traducción de la Vulgata en el pasaje de Is 14, 12–, era un epíteto del planeta Venus por cuanto es posible ver muy brillante a este astro sobre el horizonte al momento del amanecer, arrastrando tras de sí el fuego del sol. Todavía en el siglo VII d. C. esta relación se mantiene y nada evoca la presencia de un ente maligno, tal como se colige de un texto de Isidoro de Sevilla referido a los nombres de la semana, y en el que se lee:

> ... Sextum (diem) a Veneris stella, quae Luciferum appellaverunt, quae inter omnes stellas plurimum lucis habet, esto es: El sexto (día) a

> partir de la estrella de Venus, que llamaron Lucifer, que entre todas las estrellas tiene el máximo de luz[1].

Parece que en algunas comunidades cristianas primitivas Lucifer no era tampoco ningún símbolo de maldad y, muy al contrario, se le emplea como un epíteto para referirse a Cristo, que era considerado el portador de la luz. Muestra de ello es el pasaje del poeta cristiano Prudencio en el que exclama:

> tu, cura dei, facies quoque Christi,
> addubitas ne te tuus umquam deserat auctor?
> ne trepidate, homines; uitae dator et dator escae est.
> quaerite luciferum caelesti dogmate pastum,
> qui spem multiplicans alat inuitiabilis aeui.[2]

Es decir:

> Tu, preocupación de Dios, también rostro de Cristo,
> ¿dudas acaso de que te abandone alguna vez tu creador?
> No tembléis, hombres; el dador de la vida es también el dador de su alimento.
> Buscad a Lucifer, el alimento del dogma celeste,
> para que multiplicando vuestra esperanza la alimente de vida incorruptible.

La situación es clara: Cristo, como portador de la luz, es el mismo Lucifer. Entre los cristianos primitivos Cristo no podía ser comprendido sino a través de Lucifer. En efecto, para ellos Cristo era percibido como la serpiente del Génesis toda vez que, al igual que ella, volvía por segunda vez al mundo a traer el conocimiento y el fuego de la emancipación; toda vez que, al igual que ella, volvía a estar erguida (en la cruz), consiguiendo libertarse de las leyes del universo y convertirse en Dios. La serpiente es la sombra luminosa del Cristo (y es él mismo). Lucifer es la sombra luminosa de Cristo (y es él mismo). Cristo es el nuevo héroe solar, el nuevo portador del fuego, el nuevo Lucero de la mañana, y así parece decirlo él mismo a manos del escritor del Apocalipsis cuando expresa:

> Ap 22, 16: Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias.
> 17: Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana.
> (V. a. 2 Pe 1, 19; Ap 2, 26-28).

[1] SEVILLA, Isidoro de. Origines, 5. [Recurso en línea].

[2] PRUDENCIO. Psychomachia, 622 - 626.

Es evidente que la estrella resplandeciente de la mañana es Venus, el portador del fuego, el mismo Lucifer, es decir, Eósforo, el portador de la luz que puede y debe ser traducido al latín como *Lucifer*. Jesús, en este sentido, puede ser asimilado como el *Cristo-Lucifer*, símbolo del que se levantó desde las profundidades a donde había sido abatido, y se elevó a lo más alto de los cielos, consiguiendo, por fin, ser igual a los dioses y, convirtiéndose, por lo tanto, en un Dios. Jesús, en este sentido, puede ser asimilado como el *Cristo-Lucifer* que nos muestra el camino para ser como los dioses, y él mismo señala *dioses sois* (*Jn 10, 35*). Él es el que es izado como la serpiente de Moisés sobre la vara, él es la serpiente erguida, la serpiente ardiente que logra convertirse en Dios y nos enseña el camino para lograrlo, siendo como él, convirtiéndonos en serpientes erguidas, en serpientes ardientes izadas sobre la vara. Jesús, el nuevo Cristo, logra liberar a Lucifer de su ardua labor y él se convierte en el nuevo portador del fuego, en el nuevo iluminador del mundo; él es el nuevo Hércules que libera a Prometeo-Lucifer, y que logra apoderarse de las manzanas del jardín de las Hespérides que conceden la inmortalidad. Jesús es el nuevo Cristo-Lucifer que consigue la inmortalidad, el nuevo iluminador del mundo.

Ahora es posible comprender por qué Jesús llama la atención sobre el hecho de que *somos dioses*. Él logró convertirse en Dios y, su tarea es que nosotros seamos como él y que «todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo» (*Ef 4, 13*), lo que en otras palabras significa: *hasta que todos nos convirtamos en Christós*. Él es Cristo-Lucifer[1] y su tarea es, en principio, ser él semejante a los dioses, y luego darnos el conocimiento que nos permita también a nosotros ser semejantes a los dioses, esto es: ser como los dioses. Lo que quiere Lucifer es que nosotros con convirtamos también en Lucifer, es decir: que dejemos de ser la sombra vacua que somos y que nos convirtamos en luceros resplandecientes de la mañana; que nos convirtamos en serpientes erguidas, y que dejemos de ser la serpiente que se arrastra por la tierra, símbolo de la maldad y de la caída edénica. A Jesús, como hombre dios, en la India le llamarían *najash*, es decir, el dios-serpiente, la serpiente de fuego erguida e izada sobre la vara (Cf. *Nm 21, 8*). Lucifer es el portador de la luz, y más que eso, el contenedor de la luz. Es preciso contener el fuego. El fuego nace el agua, es preciso contener el agua, no derramarla. Si botamos el agua-fuego no podremos ser portadodores de ese fuego, no podremos ser Lucifer, no podremos convertir-nos en la luz del mundo.

[1] La antigua serpiente erguida que, en su aspecto positivo, es una reflexión del Logos (Verbo) y, en su aspecto negativo, un símbolo del adversario.

Si el hombre no hubiera comido del fruto prohibido se hubiera mantenido en estado de pureza y de inocencia y se habría elevado al reino angélico, pero sin la sapiencia del bien y del mal; habría sido para Jehová como los dedos con respecto al cerebro, pero sin ningún mérito ni iluminación interior. Y quizás de nada habría servido porque tarde o temprano vendría la caída angélica por cuanto es un hombre ingenuo que no ha experimentado ni comprobado, que no ha metido sus manos en el fuego para verificar por sí mismo y adquirir la sapiencia, la experiencia que queda grabada con carbones encendidos en el fondo mismo de la conciencia. En ese sentido, el consejo que la serpiente le brinda a Adán y a Eva es perfectamente bueno, válido, y todavía más, hasta podemos afirmar que la orientación que la serpiente-Lucifer les da a Adán y a Eva es, en efecto, el comienzo de una religión verdadera, una religión en la que el ser humano propende por ser semejante a Dios. Por contraposición, lo que Dios les dice es el principio de la esclavitud, es la sujeción del ser humano a la voluntad de un tercero y el principio de la ignorancia. Por fortuna, en este punto aparece Lucifer portando el fuego, iluminando la mente de los hombres y abriéndoles los ojos. La serpiente-Lucifer es el primer salvador del mundo, la serpiente-Lucifer salva a los hombres de la esclavitud, de la ignorancia y de la estupidez eterna. Esa no fue la caída original, sino el despertar original. Existe un tipo de transgresión, pero esa transgresión despierta del sueño hipnótico y los hace conocedores del bien y del mal, no para que se queden en el mal, sino para que se hagan como dioses, más allá del bien y del mal, para que conozcan lo malo de lo bueno y lo bueno de lo malo. La serpiente, a todas luces, no es nada maligno, y nada indica que lo sea si hasta el mismo Dios, cuando ha terminado de hacer su creación –incluida la serpiente–, vio que era bueno (*Gn 1, 24-25*). De modo que la actuación de la serpiente no es sospechosa, cómo sí lo puede ser el comportamiento de Dios. Una lectura desprevenida del relato del Génesis nos permite inferir una conducta muy extraña por parte suya; es como si él intentara mantener a Adán y a Eva en un estado de sumisión perpetua, en un estado de ignorancia permanente. Es verdad que les proveyó de ciertos conocimientos, pero es como si quisiera que ellos tuvieran un conocimiento restringido, negándoles la posibilidad de tener un conocimiento universal, una sabiduría completa, impidiéndoles llegar a ser algún día como los dioses. Sin embargo, podemos inferir que la actuación de la serpiente, en este punto de la narración, los salvó de esa ignorancia, les abrió los ojos y les hizo ver la luz. La serpiente es el portador de la luz, castigada, como Prometeo, por ayudar a los hombres[1].

[1] Se confundió a Lucifer-Prometeo (el ayudador) con Satán, o Satanás, el adversario, tomando indistintamente el uno por el otro. Tal equivocación perdura todavía en nuestros días.

En este sentido, si los hombres llegan a ser iguales a los dioses, el concepto de Dios deviene innecesario y fútil, ya no es necesario ni él, ni sus normas, ni sus iglesias ni sus ministros. Y tal parece ser la intención de Jesús cuando dice: *¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, dioses sois?* (*Jn 10, 34*). Pero, si somos dioses entonces ¿qué necesidad tenemos de un Dios? Si somos nosotros mismos, si está dentro de nosotros mismos ¿qué necesidad tenemos de un dios antropomorfo que vive en las nubes o en cuatro piedras frías como la muerte misma? Gracias a la serpiente, gracias a Lucifer-Prometeo el hombre-Hércules logra hacerse con las manzanas doradas del huerto y conseguir, en el caso de Hércules, la inmortalidad, y, en el caso de Adán y Eva, el conocimiento del bien y del mal –con lo que, en ese sentido, se convierten en semejantes a los dioses–. Si Adán y Eva hubieran comido del árbol de la vida, habrían logrado la inmortalidad, pero hubieran vivido eternamente como ignorantes, en tal caso ¿de qué sirve la inmortalidad si no nos conocemos a nosotros mismos, si desconocemos no sólo nuestra naturaleza más íntima, sino la naturaleza misma del universo? Eso hubiera sido el eterno suplicio y la eterna ignorancia. Sin embargo, habiendo comido del árbol de la ciencia del bien y del mal, aunque mortales, tienen la sapiencia, el conocimiento, la sabiduría que, en el tiempo, habrá de conducirles también a la consecución del árbol de la vida; con lo que, finalmente, serán completamente como los dioses.

> Gn 3, 22: Y dijo Jehová Dios: He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre.
> 23: Y lo sacó Jehová del huerto del Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado.
> 24: Echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida.

Está claro que este extraño Dios no quiere que lleguemos a ser como él, y que ha puesto un obstáculo para alcanzar el árbol de la vida; ciertamente no parece ser un padre, ni muy amoroso, ni muy comprensivo con sus hijos recién creados. No obstante, y aun cuando es verdad que Dios puso guardianes en el camino que lleva hacia el árbol de la vida para impedir que el hombre pueda ser como uno de ellos y que viva para siempre, la ventaja de haber obtenido el conocimiento, la sapiencia del bien y del mal, en el tiempo hará que el hombre tome las decisiones adecuadas y los atajos correctos que le permitirán hacerse con los frutos del árbol de la vida. Debe levantar la serpiente e izarla en una vara (tal como lo hizo Moisés), pues es

claro que ahora está caída y arrastrándose y comiendo polvo de la tierra. La serpiente levantada conoce los secretos de Dios, aquellos que él no le revela al hombre. Con seguridad, levantando la serpiente ardiente sobre la vara, símbolo del *portador del fuego* y, por consecuencia, *portador de la luz*, obtendremos finalmente la inmortalidad y nos convertiremos en dioses terriblemente divinos. Algo que, por supuesto, incomoda a la iglesia y las religiones tradicionales que no quieren que nosotros seamos como dioses, sino que seamos sus súbditos; que no desean que conozcamos la verdad, el conocimiento, la gnosis, sino que nos limitemos a la creencia, a la ignorancia. Una iglesia que califica de herejía querer ser como Cristo, aduciendo que sólo él es único Cristo –aun cuando él mismo nos dice que cosas mucho mejores que él hizo podemos hacer nosotros (*Jn 14, 12*)– no merece llamarse iglesia. Una iglesia que nos enseña a creer en Dios, pero no a convertirnos en Dios, no merece llamarse iglesia; una iglesia que nos dice que debemos eliminar nuestros defectos, pero no nos dice el cómo, no merece llamarse iglesia. Por el contrario, pareciera ser un obstáculo, un estorbo para que cada uno de nosotros se convierta en un Lucifer, en un portador del fuego, en un Cristo, en un dios terriblemente divino, con la sapiencia del bien y del mal, y convertidos en seres inmortales.

4.6. EL ÁRBOL DE LA VIDA

En diferentes leyendas y mitologías se encuentra presente y, en gran parte de ellas, es asociado con la inmortalidad y con la fertilidad, ya que se trate de india o Egipto, de los países nórdicos o de medio oriente. En efecto, la cruz Ank es conocida como el árbol de la vida entre los egipcios, y su forma, en claro paralelo con el símbolo de la mujer, nos indica abiertamente el sentido en el que debe entenderse el árbol de la vida. La primera vez que aparece en la Biblia es nombrado al lado de su hermano gemelo, el árbol de la ciencia del bien y del mal en el libro del Génesis.

> Gn 2, 9: Y Jehová Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer; también el árbol de vida en medio del huerto, y el árbol de la ciencia del bien y del mal.

Esto de paso, supone una clara diferenciación del uno y del otro, lo que nos permite no caer en el error de pensar que ambos árboles son realmente uno, como en ocasiones se suele pensar. Lo que sí es verdad es que, dada la proximidad de estos dos árboles –por cuanto ambos se encuentran en el centro del jardín del Edén– perfectamente puede hacer que compartan raíces mutuamente, y que estas se toquen. Esto implica que ambos árboles

pueden hallarse relacionados por un mecanismo común. La segunda vez que es mencionado el árbol de la vida es por boca del mismo.

> Gn 3, 22: He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre.

Es extraño, en todo caso, que el árbol de la vida pase a ser ahora el árbol prohibido, siendo que éste también se encontraba en la mitad del huerto del Edén, tal como se puede colegir del libro del Apocalipsis.

> Ap 2, 7: Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios.

Cuando Adán y Eva estaban en el Edén sólo se les prohibió comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, lo que implica que ellos se podían alimentar también del árbol de la vida 8con lo que lograrían la inmortalidad); sin embargo, cuando Dios dice: «ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida» da a entender que Adán y Eva jamás se alimentaron del árbol de la vida. Ellos llevarían una vida paradisíaca, sin mayores esfuerzos ni preocupaciones, pero no tendrían acceso al conocimiento íntimo de todo y, eventualmente, morirían (por cuanto no habían comido del árbol de la vida que les concedía la inmortalidad). En otras palabras, no sólo permanecerían ignorantes de la verdad y conocimiento absolutos, sino que, adicionalmente, morirían en algún momento, aun si comían o no del árbol de la ciencia del bien y del mal.
Cuando ellos son expulsados del huerto, el árbol de la vida, en cierto modo, pasa a ser el árbol prohibido. No es que Dios les hubiera prohibido en forma explícita comerlo –quizás comprende en este punto que prohibir no tiene sentido–, pero hace algo todavía peor, se asegura de custodiarlo en forma permanente para que el hombre no pueda comer de su fruto. En consecuencia de todo ello, e incapaces de alimentarse del árbol de la vida, Adán y Eva saborean la muerte (cosa que habría ocurrido tanto si comían o no del árbol que Dios les había prohibido). Un árbol da la inmortalidad mientras que el otro da muerte. Dios le dice a Adán, refiriéndose al árbol de la ciencia del bien y del mal: *el día que de él comieres, ciertamente morirás*. Sin embargo, no podemos saber si lo dice porque el comer de su fruto cause la muerte en forma directa o porque ya había previsto que, en caso de hacerlo, lo expulsaría y le impediría alimentarse con el árbol de la vida. Tenemos la certeza que se trata de lo primero, aunque también es verdad que Adán y Eva, al hallarse imposibilitados para comer del árbol de la vida, no lograron

perpetuar sus existencias y, eventualmente, murieron. Es decir, no que no lo pudieran tomar, sino que el secreto les fue vedado.

> Ez 47, 7: Y volviendo yo, vi que en la ribera del río había muchísimos árboles a uno y otro lado.
> 8: Y me dijo: Estas aguas salen a la región del oriente, y descenderán al Arabá, y entrarán en el mar; y entradas en el mar, recibirán sanidad las aguas.
> 9: Y toda alma viviente que nadare por dondequiera que entraren estos dos ríos, vivirá; y habrá muchísimos peces por haber entrado allá estas aguas, y recibirán sanidad; y vivirá todo lo que entrare en este río.
> 10: Y junto a él estarán los pescadores, y desde En-gadi hasta Eneglaim será su tendedero de redes; y por sus especies serán los peces tan numerosos como los peces del Mar Grande.
> 11: Sus pantanos y sus lagunas no se sanearán; quedarán para salinas.
> 12: Y junto al río, en la ribera, a uno y otro lado, crecerá toda clase de árboles frutales; sus hojas nunca caerán, ni faltará su fruto. A su tiempo madurará, porque sus aguas salen del santuario; y su fruto será para comer, y su hoja para medicina.

Esta visión de Ezequiel nos brinda más luces con respecto a la naturaleza del árbol de la vida y, aunque no se le nombre, es posible establecer un paralelo muy próximo entre este pasaje y otro que encontramos en el Apocalipsis:

> Ap 22, 2: En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones.

Elevada simbología en la que el árbol de la vida crece a lado y lado del río y se le relaciona estrechamente con *las aguas que salen del santuario*. Estas aguas son salutíferas, son aguas que dan la vida. En términos herméticos se debe entender como las aguas que descienden en forma de líquido encefalorraquídeo desde el cerebro (la región de oriente) hasta la depresión del Arabá[1] (columna vertebral), llegando finalmente al mar (o gónadas sexuales, el océano donde adquieren madurez las aguas sexuales). A lado y lado del río crecen los árboles de la vida que dan fruto todo el año (las dos olivas del templo).

[1] Geográficamente Arabá es la depresión que abarca el mar de Galilea hasta el golfo de Aqaba. En la biblia Arabá también es asociada con la región del Jordán ((Dt 4, 49; Jos 11, 16; 2 Sam 4, 7), el Mar Muerto (Dt 4, 49; Jos 3, 16; 12, 3), y la parte sur del mar Muerto (Dt 2, 8).

Es claro que, en términos herméticos, el huerto hace referencia realmente al cuerpo y, en cierto modo, podemos establecer un símil entre ambos.

> Is 61, 11: Porque como la tierra produce su renuevo, y como el huerto hace brotar su semilla, así Jehová el Señor hará brotar justicia y alabanza delante de todas las naciones.
>
> Eclo 24, 41: Yo, como canal de agua inmensa, derivada del río, y como acequia sacada del río, y como acueducto que entró en un jardín.
> 42: Yo dije: Regaré los plantíos de mi huerto, y hartaré de agua los frutales de mi prado[1];
> 43: Y he aquí que mi canal ha salido de madre[2], y mi río se iguala a un mar.

En este sentido, no cabe duda que el cuerpo es como un huerto que hace brotar su semilla, no sólo de vegetales, animales, sino de hombres. Pero ¿cuál es la semilla humana? ¿Y cuál el árbol donde crece y madura, y de donde es arrancada? Hemos pensado siempre lo peor de la simiente humana, cuando ella es, en realidad, lo más selecto. Esa semilla da la vida, y es la única simiente que es piedra y agua al mismo tiempo. En ese orden de ideas, es lógico que estos árboles de la vida se alimenten de las aguas que dan la vida (el agua que da la vida es el *ens seminis*). El árbol de la vida es el árbol de la inmortalidad. Si alguien quiere tener mucha vida no debe extraer sus aguas de la vida. De esas aguas aceitosas, o mejor, de ese aceite, nacerá el fuego para avivar las siete lámparas. Las diez vírgenes prudentes no deben votar ni vender el aceite pues es para encender las lámparas para cuando llegue el *esposo*. Entonces se convertirán en las que encienden y mantienen encendido el fuego, en las portadoras del fuego, en Prometeo.
El hecho de que Buda alcance la iluminación luego de sentarse junto al árbol Bodhi significa que se sentó junto al árbol de la vida, que es fértil. Y que no extrajo las aguas de la vida. El hecho de que Jesús logre la inmortalidad luego de ser atado al madero (colgado del árbol según los judíos), significa que comió de los frutos del árbol de la vida y se convirtió, por derecho, en verdadero Hombre.

---

[1] No se podría regar los plantíos de ese huerto ni llenar de agua los frutales de nuestro propio prado, expulsando el agua de ese huerto, es decir, extrayendo las aguas que dan la vida de nuestro propio cuerpo. El huerto del Edén es de riego, de abundancia de aguas (Cf. Gn 13, 10); pero si esas aguas se extraen del organismo no queda más que sequedad del huerto, una tierra agrietada y estéril.

[2] Esa madre es nuestra Divina Madre interior particular, de ella emana todo; nuestro propio río viene de ella.

> E. G. Fe 84: Dos árboles hay en el [centro del] paraíso: el uno produce [animales] y el otro hombres. Adán [comió] del árbol que producía animales y se convirtió él mismo en animal y engendró animales[1]. Por eso adoran los [hijos] de Adán [a los animales]. El árbol [cuyo] fruto [comió Adán] es [el árbol del conocimiento]. [Por] eso se multiplicaron [los pecados]. [Si él hubiera] comido [el fruto del otro árbol, es decir, el] fruto del [árbol de la vida, que] produce hombres, [entonces adorarían los dioses] al hombre. Dios hizo [al hombre y] el hombre hizo a Dios[2].

El árbol de la ciencia del bien y del mal, aun cuando nos brinda conocimiento, es de toda verdad que, en su aspecto negativo, nos animaliza (la lujuria y la fornicación son instintos verdaderamente animalescos) y nos llena de pieles (símbolo de la animalización). Pero también es verdad que el árbol de la ciencia del bien y del mal, en su aspecto positivo, nos permite construir el árbol de la vida dentro de nosotros mismos y alimentarnos, en un momento posterior, de sus frutos. Grandes y enormes verdades, robusto y profundo simbolismo, podemos encontrar en el Logion 84 del Evangelio Gnóstico de Felipe. En efecto, uno de los árboles del paraíso, en su aspecto negativo, produce animales, mientras que el otro árbol produce hombres, hombres legítimos, hombres auténticos. No es el ser humano un Hombre legítimo, un Hombre auténtico; el hombre es una posibilidad que puede y debe desarrollarse dentro del mamífero intelectual llamado hombre; pero esto sólo es posible fabricando el árbol de la vida dentro de nosotros mismos, aquí y ahora. En el judaísmo el árbol de la vida es representado por diez esferas, o sephirotes, y 22 senderos, o *sephiras* (llamados por el mismo nombre de las letras del alfabeto hebreo) que acercan a la comprensión de Dios. El árbol de la vida, más concretamente, es un mapa, una cosmología que señala la forma en la que se hizo la creación, todo lo existente.

Los diez sephirotes son:

1. Kether (Padre)
2. Chokmah (Hijo)
3. Binah (Espíritu Santo)
4. Chesed (El íntimo, o cuerpo Átmico)
5. Geburah (Alma Divina, o cuerpo Búdhico)

[1] Esos animales tienen una doble connotación pues, si bien por un lado nos indica que el ser humano no es verdadero Hombre, por otro lado, esos animales vienen a representar a los yoes, a los egos, a nuestras formas psicológicas deformes.

[2] SANTOS OTERO, Aurelio de. Los Evangelios Apócrifos. Op. cit. P. 403

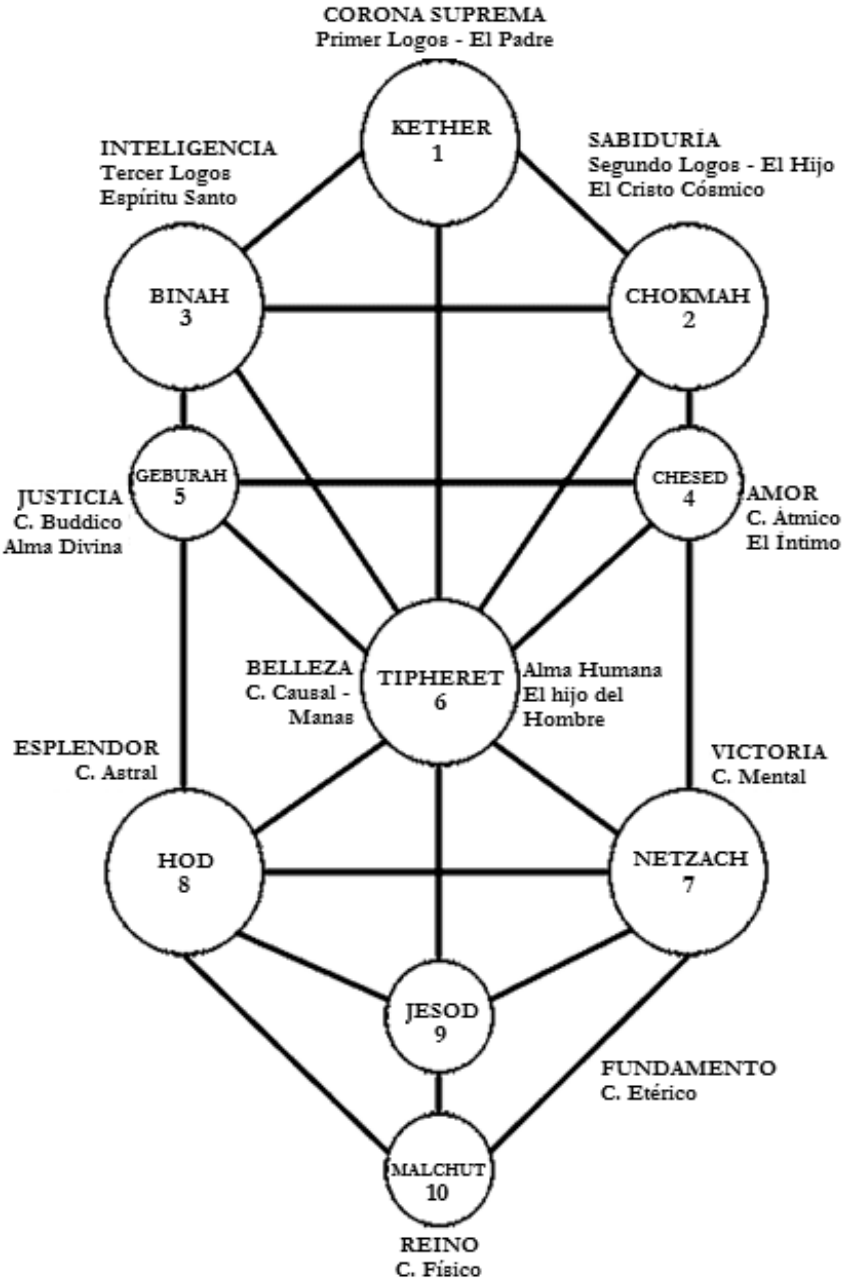


Ilustración 1 El árbol de la vida de acuerdo a la Kabbalah judía.

6. Tipheret (Alma Humana, o cuerpo Causal)
7. Netzach (Cuerpo Mental. La inteligencia)
8. Hod (Cuerpo Astral. Las emociones)
9. Jesod (Cuerpo Vital, o fundamento Etérico)
10. Malchut (Cuerpo físico, mundo físico)

Alcanzar el árbol de la vida y comer de sus frutos es comer de estas esferas, de modo que se pueda hacer una representación del árbol de la vida a nivel interno. En otras palabras, el ser humano debe fabricar el árbol de la vida en sí mismo, en orden ascendente hasta, finalmente, encarnar las tres fuerzas superiores del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El que logre encontrar el árbol (es decir, fabricarlo dentro de sí mismo), puede alimentarse de sus frutos, uno por cada mes del año, es decir, 12 frutos[1], o 10 si nos atenemos al antiguo calendario romano. Debemos recordar, en todo caso, que las aguas de la vida son de las que toma su alimento el árbol de la vida; las aguas de la vida elevándose sobre la médula espinal (la caña con la que se mide el templo) nos harán poseedores de esos frutos.
El símbolo arcaico para representar un árbol es una cruz con los brazos doblados o inclinados hacia arriba –así podemos encontrarlo en buena parte de los ideogramas–; una modificación de ello, esta vez para representar el árbol de la vida, la constituye la cruz Ank egipcia y, como hemos visto, la cruz es un símbolo sexual, al tiempo que símbolo de la mujer –lo que en manera clara nos devela el trabajo que debemos realizar–. El árbol en sí mismo es un símbolo de fertilidad, de producción de fruto y de semilla, lo que contrasta bastante con la simbología de las aguas dadoras de la vida.

> Ap 22, 14: Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad.
> 15: Mas los perros estarán fuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y todo aquel que ama y hace mentira.

Esto de por sí implica eliminación de todos los elementos infrahumanos que habitan en el hombre, de todos sus vicios y temores. Las ropas, en términos alquímicos, deben ser lavadas con las aguas. Son las aguas las que nos

[1] El árbol de la vida tiene dos esferas adicionales que deben y no deben ser contempladas. Una es *Daath*, el Conocimiento, también llamado el Abismo, la *sefira* mediante la cual se pueden conocer las otras diez (Daath no es uno de los diez sephirotes, sino el conocimiento de los diez sephirotes). La ora es Ain Soph, el sephirote cero, el Absoluto, el hálito para sí mismo profundamente desconocido que sólo puede manifestarse mediante los diez sephirotes (aunque no es los diez sephirotes). Cuando nos hemos alimentado de Daath podemos alimentarnos de los diez sephirotes, y cuando nos hemos alimentado de los diez sephirotes podemos entrar en Ain Soph.

habrán de permitir la muerte de nuestros agregados psicológicos para que nuestras ropas queden impolutas. De otro modo, no se podrá tampoco tener acceso al árbol de la vida.

> Ap 2, 2: Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos;
> 3: y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado.
> 4: Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor.
> 5: Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido.
> 6: Pero tienes esto, que aborreces las obras de los nicolaítas, las cuales yo también aborrezco.
> 7: El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios.

El primer amor es Eva y, por extensión, la mujer. En este pasaje el primer amor es, específicamente, la esposa, el cariño y el amor primigenios que se sentían. Es la mujer quien le permitirá al devoto sortear el sendero, lavar sus ropas y, una vez lograda la victoria, alimentarse con los frutos del árbol de la vida. Luego de que se haya comido del séptimo fruto se habrá encarnado el Íntimo y, una vez que se haya comido del décimo fruto, nos habremos fusionado con el Padre, lo habremos encarnado, seremos semejantes a los dioses, y conseguiremos la inmortalidad.

4.7. UNA APROXIMACIÓN SIMBÓLICA

Edén es una palabra hebrea que significa *deleite*, *voluptuosidad*[1]. Por deleite, delicia y voluptuosidad bien podemos entender las delicias del goce sexual. En efecto, el significado de la palabra voluptuosidad se encuentra ligado a la satisfacción y complacencia de los sentidos, particularmente de la satisfacción o deleite sexual. La delicia edénica es la delicia sexual. El Edén, tal y como sostiene la tradición hermética, no es más que el mismo sexo. Y el árbol de la ciencia del bien y del mal no es más que el mismo sexo, los órganos creadores tanto del hombre como de la mujer (que sirven para crear o para destruir). Es interesante ver que la forma del *phalo* masculino visto

[1] MELLADO, Francisco de Paula. Enciclopedia moderna: Diccionario universal de literatura, ciencias, artes, agricultura, industria y comercio, v. 15. Madrid: Establecimiento tipográfico de Mellado, 1852. P. 437.

como si estuviera en estado de erección, se asemeja a un pino, a un árbol; este palo vertical insertado en el palo horizontal (símbolo del eterno femenino) forma cruz –la cruz es el símbolo arcaico del árbol–, de modo que cruz, árbol y unión sexual vienen, en esencia, a ser una misma cosa. Tanto el árbol de la ciencia del bien y del mal como el árbol de la vida se nutren del río o aguas espermáticas (*sperma* viene del griego que significa semilla) que salen del oriente de Edén (la cabeza) como líquido encéfalo-raquídeo para rociar y vitalizar el huerto, es decir, para nutrir todo el cuerpo (la palabra huerto también puede ser una representación o alusión a cuerpo). El árbol de la vida, como vimos, se nutre de estas aguas, de las aguas de la vida. Ese árbol se halla representado por la columna vertebral y el cerebro que, paradójicamente, vistos de frente, también se asemeja a un árbol lleno de muchos nudos o cañones vertebrales cuya base primordial reside en el cóccix.

Ahora podemos comprender la razón por la cual estos dos árboles se encuentran en la mitad del huerto y el por qué comparten raíces mutuas. El árbol de la ciencia del bien y del mal se encuentra en el sexo, que viene a constituirse en el centro del cuerpo; y el árbol de la vida parte también de similar altura y se constituye en el centro del tronco humano, recorriéndolo por la espalda justo en toda la mitad hasta llegar al cielo (la cabeza).

De acuerdo a todo esto, es apenas lógico que estos árboles sean representados en la mitad de un lago o a uno y otro lado del río (las aguas espermáticas). Sin embargo, esas aguas nunca se rebozan, es decir, no son extraídas de su ambiente natural sino que, por el contrario, permanecen en él y son revertidas. El pecado original, de acuerdo a todo ello, tiene una connotación muy relacionada con el acto sexual, con la desnudez.

Blaschke, en una notable investigación, nos acerca mucho más a una concepción real de lo que es el pecado original.

> Un repaso por la primitiva historia de la humanidad nos revela que la idea del pecado original está presente entre muchísimos pueblos antiguos. En general se habla de una época primitiva en la que existía un trato familiar con Dios, pero que se rompió por haber cometido una desobediencia, para unos el comer un fruto, para otros por haber encendido fuego en el bosque, incluso por falta de atención. En Irán y la India encontramos rastros de este pecado original que tiene cierta armonía con el relato bíblico del Génesis. Entre los brahmanes se narra que el primer hombre come de un árbol sagrado que baja del cielo y así comete un pecado que desencadena su miseria. En el Avesta, el primer hombre pierde su felicidad primitiva por mentir y cometer, así, un pecado grave; en el Bundehes, la primera pareja humana es seducida por Arriman que les ofrece frutos para comer.

> La misma *Epopeya de Gilgamesh* narra cómo se pierde la hierba de la vida por la astucia de una serpiente; y en la narración de Enguidú se ve seducido por una mujer con la que tiene relaciones sexuales, hecho que provoca que los animales con quien convivía se vuelvan hostiles. Todos los relatos, especialmente los asirios y acadios, tienen una especial relación con el relato bíblico, aunque sólo sea en pequeños detalles que los autores del Génesis parecen aglutinar para construir una historia final en la que aparezca el árbol, la fruta, la serpiente y la mujer[1, 2].

En efecto, interpretaciones psicológicas y antropológicas de este relato bíblico aseguran que el pecado de Adán y Eva fue de tipo sexual y, todavía más, sostienen que es una alegoría del acto sexual. El fuego que se enciende en el bosque (huerto, cuerpo) es el mismo fuego pasional, el fuego invertido de la lujuria que se enciende sin el permiso de los Devas, quemando el fruto del árbol (quemar los frutos del árbol es fornicar). El árbol sagrado que baja del cielo es la energía sexual que echa ramas y florece en los órganos sexuales; ella misma es la hierba de la vida y, en efecto, la energía sexual, es la causa misma de la vida.

4.8. EL VERDADERO PECADO ORIGINAL

4.8.1. Un fruto, en el sentido literal

No ha faltado quien considere que el pecado original consistió en comer de un fruto, en el sentido literal. Y, en efecto, si leemos los pasajes del Génesis en forma literal, esa podría ser la impresión que podríamos llevarnos, si bien también es cierto que dichos pasajes presentan enormes dificultades al tratar de ser explicados en sentido literal estricto.

> Gn 1, 17: Y al hombre dijo: Por cuanto no obedeciste a la voz tu mujer, y comiste del árbol de que te mande diciendo: No comerás de él; maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida.
> 18: Espinos y cardos te producirá, y comerás plantas del campo.
> 19: con el sudor de tu rostro comerás el pan o hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás.

---

[1] BLASCHKE, Jorge. Los grandes enigmas del cristianismo. Barcelona: Ediciones Robinbook, 2000. P. 212.

[2] BLASCHKE, Jorge. Enciclopedia de las creencias y religiones. México D.F.: Lectorum, 2006; Barcelona: Ediciones Robinbook, 2006. P. 290-291.

Ciertamente el delito fue comer del fruto del árbol prohibido, de acuerdo a lo que nos narran las escrituras pero, en modo alguno, podemos creer que esto deba ser entendido en forma más que simbólica. Hoy por hoy comemos manzanas, bananos, mandarinas, fresas, etc., y nada hay que nos indique que hemos cometido un delito muy grave, el mismo por el que el hombre pasa del jardín de delicias a la tierra de dolores, y todavía más, el motivo por el cual esa transgresión pasa a toda la humanidad en forma ininterrumpida. Esto nos lleva decididamente a pensar que el fruto del que probaron Adán y Eva no debe ser entendido en un sentido literal, sino que su real significación se esconde bajo la alegoría y que, aunque la desobediencia está implícita, la textura de los pasajes bíblicos nos permite inferir en que consistió, y consiste, el pecado original.

> Gn 2, 25: Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban.
> Gn 3, 1: Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?
> 2: Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer;
> 3: pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis.
> 4: Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis;
> 5: sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal.
> 6: Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella.
> 7: Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales.
> 8: Y oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto.
> 9: Mas Jehová Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú?
> 10: Y él respondió: Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí.
> 11: Y Dios le dijo: ¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses?

Es claro que existe el árbol de la ciencia del bien y del mal, que está en la mitad del huerto; como es claro que existe el árbol de la vida, que también

está en la mitad del huerto. De ser verdad que el árbol de la ciencia del bien y del mal debe entenderse en forma literal, lo mismo sucedería con el árbol de la vida. Pero entonces, si ambos eran árboles físicos, es perfectamente válido pensar que ambos árboles perecieron con el diluvio universal (*Gn 6, 17*). Esto implica que el hombre ya no puede volver a comer del árbol de la ciencia del bien y del mal (cosa que ya no haría falta pues ya lo comió y saboreó el conocimiento y la experiencia tanto en el bien como en el mal), pero lo que es más importante, que no puede tampoco comer del árbol de la vida (por cuanto fue destruido) y que las alusiones en las que les promete a los píos darles de comer del árbol de la vida (*Ap 2, 7; Ap 22, 2-3*) son falsas. Sin embargo, como veremos, existe evidencia que nos permite inferir que el árbol de la ciencia del bien y del mal, lo mismo que su fruto, no es algo físico ni inmóvil sino, lo que es más, que donde quiera que se vaya está presente. Simbolismo es diferente y, en ese sentido, no es un despropósito el hecho que se quiera hacer ver en la manzana el fruto prohibido del cual comieron nuestros primeros padres –y el mismo fruto prohibido del que seguimos comiendo nosotros–. La manzana tiene dos colores, verde y rojo (y ambos se oponen). El verde representa a la serpiente levantada (que tiene fuertes nexos con lo sexual) y al fruto en estado de pureza, mientras que el rojo es símbolo de la pasión sexual, de la carne y del fruto en estado de corrupción. La serpiente levantada es la misma que Moisés levantó en el desierto y que también será un símbolo del Cristo pues el evangelio expresa: *así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado* (*Jn 3, 14*). La manzana es, por excelencia, símbolo del fruto prohibido. El color verde, como el color de Venus, simboliza el amor y lo sexual; el rojo, como el color de Marte, simboliza la batalla, los demonios rojos de Seth y la pasión sexual. Marte y Venus se oponen y, en el fruto prohibido, el verde y el rojo se oponen. En el símbolo de la manzana se encuentran contenidas las dos modalidades del sexo: el supra-sexo que crea ángeles, y el infra-sexo que crea demonios. Un corte horizontal sobre la manzana nos revela una estrella de cinco puntas (símbolo de la mujer, de la fertilidad y del amor sexual), mientras que un corte vertical nos revela los mismos órganos sexuales femeninos. El fruto prohibido es un fruto sexual y comerlo es cometer un delito en contra del amor.

4.8.2. El sexo como fruto prohibido

Cuando Eva es puesta delante de Adán, éste exclama:

> Gn 2, 23: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada.

> 24: Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne.
> 25: Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban.

No cabe duda que estos pasajes tienen una clara connotación sexual, más específicamente aluden a la cópula, al apareamiento. Nada impedirá que el hombre y la mujer se unan sexualmente viniendo a ser una sola carne; por la mujer el hombre habrá de dejar, inclusive a sus padres (extraña concepción por parte de Adán, partiendo del supuesto que ellos son los primeros seres vivientes, que no fueron paridos y que, por tanto, no tienen ni padre ni madre). No cabe duda que lo que sucede luego que Adán y Eva son presentados es la unión sexual. Eventualmente, más pronto que tarde, se unirían en una desnudez paradisíaca, sin mácula y sin vergüenza.

> Gn 3, 1: Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho.

La irrupción de la serpiente en pleno idilio amoroso entre Adán y Eva (cuando, eventualmente, ellos habrán entrado en unión sexual) para hacerles comer del fruto prohibido establece un nexo categórico entre el pecado original y la sexualidad. Y no será la primera insinuación en este sentido. El hecho que Adán y Eva, tan pronto como cometen su delito, tapen sus órganos genitales y se hagan delantales para cubrir su desnudez, establece un nexo sumamente notable entre el pecado original y el sexo, o la sexualidad. El hecho que Adán, luego de comer del fruto prohibido, llame a la mujer con el nombre de Eva –por cuanto era madre de los vivientes (*Gn 3, 20*)– implica, señala, acusa, que hubo cópula. Por otra parte, la reacción de Dios (y la misma condenación en la Biblia en lo que respecta a delitos sexuales) en momentos decisivos ocasionados por la unión sexual puede brindarnos más pistas. En el Génesis Dios reacciona en forma fulminante y airada en dos ocasiones –y en ambas su determinación es, inclusive, despiadada–. En la primera de ellas decide expulsar del paraíso a Adán y a Eva, y colmarlos de dolores, a ellos, a sus hijos, y desterrarlos en forma indefinida en una tierra áspera que no le dará los frutos. En la segunda de ellas (*Gn 6, 3-8*) Dios se arrepiente de haber creado al hombre y planea su destrucción mediante un diluvio que habrá de arrasar a toda la raza. En ambos casos la causa es sencilla: El hombre se ha llegado a la mujer con expulsión de la simiente.

> Gn 6, 1: Aconteció que cuando comenzaron los hombres a multiplicarse sobre la faz de la tierra, y les nacieron hijas,
> 2: que viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas.

> 3: Y dijo Jehová: No contenderá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne.

Pero no se trata solamente de que el hombre se llegue a la mujer porque, en ese orden de ideas, vemos que Dios mismo permitió la unión sexual y no recriminó a Adán por su anhelo de unirse sexualmente con Eva (Cf. *Gn 2, 23-25*). Algo adicional ocurre en los momentos de la cópula, un mecanismo que hace que la cópula devenga en algo edénico o en algo pecaminoso que es castigado en forma severa. En efecto, las más duras reacciones de Dios se llevan a cabo en lo que concierne al sexo. Toda violación grave al sexo es tratada, en lo que a la punición respecta, como si se tratara de un homicidio, y es penada inclusive con la muerte. Si sobreponemos todas estas circunstancias en el escenario del Edén y de la falta de Adán y Eva, y no tratándose de un homicidio, sólo podemos llegar a la conclusión –dado la reacción airada por parte de Dios– que se trata de un pecado, de un delito sexual. Y, como hemos visto, el delito no es la unión sexual como tal, sino un error de procedimiento que, eventualmente, sucede durante la cópula. San Agustín, uno de los cuatro más importantes Padres de la Iglesia latina, puede brindarnos más luz al respecto:

> ¿Por qué no hemos de creer que los humanos pudieran antes de la caída en pecado, dominar los órganos sexuales lo mismo que los restantes miembros del cuerpo, a los cuales sirve el alma a través del deseo sin molestia ni excitación?[1]

Al respecto, Aun Weor, iniciador de las corrientes gnósticas contemporáneas, siguiendo el hilo de la reflexión de San Agustín, acota:

> San Agustín propone la tesis incontrovertible de que sólo tras el pecado o tabú se formó la libido (agitación despótica o arbitraria, carnal o instinto, potencia sexual incontrolada): "tras el pecado, la naturaleza, que antes no se avergonzaba, sintió la libido, se percató y avergonzó de ella, porque había perdido la fuerza soberana que originalmente ofrecía a todas las partes del cuerpo"[2].

Podemos y debemos interpretar ese dominio o no de los órganos sexuales como unión con deseo pasional y fornicación, por una parte, y como castidad o unión sexual edénica, por otra. Mediante el pecado original, representado en la fornicación y el orgasmo, ese control sobre los órganos

[1] SAN AGUSTÍN. La Ciudad de Dios. XIV, 21.

[2] AUN WEOR, Samael. El misterio del áureo florecer. 4 ed. Bogotá: MGCU, 1994. P. 158.

se perdió. El hombre ya no fue más amo del sexo, sino esclavo del sexo. Entonces fue cuando Adán y Eva copularon con el deseo, con el orgasmo y con la expulsión de la simiente. Fruto de esto Eva deviene como madre –y Adán la llama Eva por cuanto era madre de los vivientes– y ellos cubren su desnudez y se esconden.

> Bart III, 59: Y, tomada la resolución, entendí [el diablo] cómo podía seducirle [a Eva]: Tomé unas hojas de higuera en mis manos, sequé [con ellas] el sudor de mi pecho y de mis sobacos y [las] arrojé a la corriente. Eva entonces, al beber, encontró el deseo carnal y se lo ofreció a su marido. A ambos les pareció dulce su sabor y no cayeron en la cuenta de lo amargo que era por haber prevaricado[1].

En el evangelio apócrifo de Bartolomé –más bien de tinte católico–, si bien el papel de la serpiente difiere diametralmente con el que hemos hecho notar aquí, es notable que, al menos para las primeras comunidades cristianas que profesaran esta fe, el pecado original consistió en la cópula, en la desnudez pecaminosa y que, tal como ha argumentado alguien, se veló bajo la alegoría de la manzana sólo para no escandalizar, pues el sexo resultaba ser poco menos que un tabú.

4.8.3. Desnudez paradisiaca y desnudez pecaminosa

Tratándose del paraíso de Dios, normalmente uno pensaría que allí, en el Edén, en el huerto sacrosanto, el hombre y la mujer están con albas vestiduras enterizas hasta los tobillos y en actitudes beatíficas, lejos de todo lo que suene a sexo y a unión sexual; sin embargo, hemos de admitir, para nuestra sorpresa, que el hombre y la mujer están desnudos, y que no se avergüenzan por ello (*Gn 2, 25*); hemos de admitir, para nuestro asombro, que el primer impulso del hombre edénico, tan pronto ve a la mujer, es el de la unión sexual (*Gn 2, 24*), y que esa unión sexual deviene más importante que los propios afectos o figuras paternales. Hemos de admitir, lo que es todavía más grandioso, ¡que Dios no prohíbe la unión sexual, ni recrimina en ese punto a Adán diciéndole que sea algo malo! Por el contrario, en Gn 1, 27-28 habíamos visto ya que el mandamiento primero para el Adán andrógino fue que se multiplicara[2], que se reprodujera. ¡De modo que el sexo, la cópula, el apareamiento, la unión sexual no está prohibida, sino que es algo santo,

[1] SANTOS OTERO, Aurelio de. Los Evangelios Apócrifos. Op. cit.

[2] En Gn 1, 28 Dios le dice a los "Adán" que ha creado: Fructificad y multiplicaos. Pero no les dice: Fructificad y fornicad. No les dice tampoco: Fructificad como los cuadrúpedos, sin responsabilidad ni conciencia, sólo para satisfacer el deseo bestial y la lujuria desmedida.

paradisiaco! ¡Cosa de ángeles! El génesis, desafiando la opinión de los puritanos cenobitas, nos ilustra con infinita sabiduría acerca de cómo al paraíso entran hombre y mujer desnudos, amándose, llegándose el uno al otro. Eso es todo. Hacer lo contrarío, destruir el amor, convertir el sexo en negocio, en diversión, en vicio o en lecho de placer, hacer de la mujer un objeto de masturbación, es diferente, y se convierte en la causa original del destierro y de la tragedia. Y, en ese orden de ideas, hemos de admitir también que, en algún momento, esa pureza a nivel sexual se perdió, que Adán y Eva comieron del fruto prohibido y conocieron que estaban desnudos, que taparon su desnudez porque sintieron vergüenza, porque hicieron de la desnudez (del sexo) algo pecaminoso, algo morboso.
Así las cosas, es notorio que existen dos tipos de desnudez: una desnudez paradisíaca y una desnudez pecaminosa. La primera nos permite disfrutar de las dichas del Edén y dominar sobre la naturaleza; la segunda nos sume en las tinieblas, nos lleva hacia la muerte y es la causa de nuestros dolores. Esa desnudez tiene toda la intención de representar una condición sexual; inclusive el hecho de que Adán llame a su esposa como Eva, porque era la *madre de todos los vivientes*, puede ser asimilado como una evocación al acto por el cual fueron expulsados, pero por el que también ella se convirtió en madre. El hecho de que, tan pronto Adán reconoce en Eva la mujer a la que se unirá sexualmente se presente la serpiente para tentarles sugiere que la caída edénica fue un artificio llevado a cabo durante la cópula.

> Gn 2, 23: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada.
> 24: Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne.
> 25: Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban.
>
> Gn 3, 1: Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho.

La unión sexual es el primer funcionalismo del ser humano, la primera aspiración del hombre edénico y, tal como hemos visto anteriormente, la unión sexual no está prohibida ni Jehová en ese punto recrimina a Adán diciéndole que lo que piensa es algo pecaminoso (de otro modo no le habría indicado que se reprodujera, sabiendo que los seres humanos no nacen de un árbol o de una piedra). Por otro lado, el hecho de que Adán y Eva se encuentren desnudos sin que sientan vergüenza por ello, indica que para ellos el sexo no ha adquirido las connotaciones pecaminosas que habrá de adquirir ulteriormente, que ellos se unen sexualmente en su desnudez

mutua, pero en una forma angélica, paradisiaca, sin las aberraciones que más tarde recaerían sobre el sexo y la cópula. Es decir, existe una perspectiva de la sexualidad santa, paradisíaca, edénica; sin lujuria, sin orgías, sin fornicaciones, sin apetitos ni instintos animales. Esta es una desnudez libre de una generación animal que ve el cuerpo como lo impúdico e inmundo; esta es una desnudez en la que el acto sexual es paradisiaco, puro, percibido como materialización del amor y no como satisfacción lujuriosa. Sólo en la presencia de Eva puede tomar forma y sentido esa materialización del amor en la que ambos, desnudos, durante la copula, aspiran los perfumes del árbol sin llegar a comerse el fruto. Sólo en la presencia de Eva, durante la cópula, pueden, él y ella, reconocerse como un ser completo. El hombre sin la mujer no es nada, ella es su bello complemento y su ayuda idónea, como nos enseña el relato bíblico; una vez la mujer es creada y puesta delante del hombre, éste la reconoce de inmediato como algo suyo, no en el sentido de posesión sino como una parte de sí, como hueso de sus huesos y carne de su carne.

> Gn 3, 6: Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella.
> 7: Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales.
> 8: Y oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto.

¿Qué otra cosa es más codiciable a los sentidos, que resulte agradable a los ojos y que tenga cierto hálito de prohibido, sino el sexo? Es posible, inclusive, aseverar que la ingesta del fruto les resultó gratificante a los sentidos, que les fue de agrado y, en efecto, tal poder hipnótico tenía que, a pesar de la advertencia de Dios, ninguno de los dos opone resistencia y, entrambos, se comen el fruto. Y nada contradice que no les haya resultado agradable, que no lo hubieran disfrutado. Sin embargo, al igual que la fornicación, es una alegría pasajera, una pequeña dicha demasiado efímera. Es la alegría simplona de un orgasmo que, tras un segundo de placer deja miles de dolor. Y es justo en este punto, mediante el artificio que venimos señalando, mediante el cual la desnudez paradisíaca pasa a convertirse en una desnudez pecaminosa. Entonces, Adán y Eva saben que algo ha ido mal, que han pecado, y conocen que están desnudos. El sexo y la desnudez que antes no eran motivo de vergüenza, ahora sí lo son. Es notorio que en

este último estadio sintieron escrúpulo y deshonra. La antigua pureza en el sexo se perdió; esa desnudez paradisíaca que antes se exhibía sin ningún tipo de tabú ni de tapujo, ahora es algo vergonzoso e indecoroso que es preciso esconder. Adán y Eva saben que han pecado y se esconden; su pecado es a todas luces, un delito sexual. Es verdad que para ellos la reproducción de la especie estaba permitida, pero esa reproducción debía hacerse sin el concurso de apetitos animales, de instintos lujuriosos, sin el placer del espasmo o de la extracción de la simiente. En este sentido, nuestra posición parece estar en concordia con la de Clemente de Alejandría, en la que expone que el pecado original era de tipo sexual (si bien culpabiliza a la mujer)[1]. En el Gilgamesh se pierde la hierba de la vida, pero Gilgamesh la encuentra para volver a la juventud. Entre los brahmanes, el primer hombre come de un árbol sagrado que baja del cielo, hecho que desencadena su miseria. No está demás hacer notar que ese árbol que desciende del cielo son las mismas aguas de bajan desde oriente, que descienden al Araba y que, finalmente, en el mar, se vitalizan. De allí mismo, de la mitad de ese río –o de ese mar, lago o laguna– nacen y toman su alimento los dos árboles sagrados del huerto.

La energía creadora sexual es energía y fruto a la vez que desciende, tras diversas transformaciones, hasta las gónadas sexuales masculinas y femeninas. Esperma y óvulo pueden considerarse como la hierba de la vida por cuanto de ellos proviene la vida, y con justa razón pueden ser llamadas también las aguas genésicas, o genéticas (génesis es una palabra que significa origen, principio). Cuando Eva come del fruto prohibido, significa que no sólo gozo del placer sensual del sexo, sino que receptó en su órgano sexual el esperma masculino, de modo que arrancó, desgajó y comió ese fruto-semilla que se les había vedado. Cuando Eva le da a comer del fruto prohibido a Adán, significa que le enseñó la forma de extraer su esperma, de modo que Adán también arrancó, desgajó y comió de ese fruto semilla, y se gozó de los placeres sensuales del sexo.
El árbol de la ciencia del bien y del mal es el mismo árbol del conocimiento. El sexo, sabiamente utilizado sirve para la generación de vida, para la vitalización del organismo humano, para la regeneración y asimilación de los más selectas hormonas y vitaminas. El sexo, utilizado en forma negativa, sirve para las transgresiones más viles, para las bajezas más grandes, para el debilitamiento físico, para la aniquilación de los principios espirituales. De modo que el sexo es el árbol de las dos ciencias, la del bien y la del mal, la de convertir al hombre en ángel o demonio. La ciencia del sexo es el

[1] BLASCHKE, Jorge. Los grandes enigmas del cristianismo. Op. cit. P. 212.

conocimiento trascendente y, por antonomasia, el conocimiento, o *gnosis*. Conocer[1] es una palabra ligada a la función sexual tal como lo sugiere Gn 3, 7; Gn 4, 1; Gn 4, 17; Gn 4, 15; Gn 19, 8; Gn 24, 16, etc. Cuando Adán y Eva comieron de la semilla-fruto del árbol que permite el conocimiento tanto del bien como del mal, conocieron el bien y el mal. Es decir, su desobediencia les permitió conocer el mal, pero sólo en virtud de esto se puede tener una apreciación más amplia del bien. Cuando Eva recibió en su matriz el esperma de Adán –lo que significa que comió su fruto, el fruto de su árbol, el fruto de la ciencia del bien y del mal– vino a ser madre de todos los vivientes por voluntad propia[2]. Sin embargo, esto no significa que Eva no hubiera podido ser madre anteriormente. La reproducción de la especie no está prohibida. Cuando Dios hace la prohibición de no comer del árbol de la ciencia del bien y del mal (*Gn 2, 17*), Adán se encuentra solo (al parecer

[1] Parece que la palabra «conocer» tenía, en su forma primigenia, una significación sexual –más específicamente de la unión sexual entre hombre y mujer– o, cuando menos, que podía ser utilizada también en ese sentido. Evidencia de ello la encontramos en Gn 3, 7; Gn 4, 1; Gn 4, 17; Gn 4, 25; Gn 19, 8 y Gn 24, 16, entre otros. Daath, de acuerdo a ello, está relacionado con la sexualidad pues, al menos en algún modo, no es posible «conocer» sin la unión sexual y, lo que es más, no es posible crear ni engendrar vida –como los dioses– sin esa relación con el complemento de sí mismo. Cuando Adán y Eva conocen que están desnudos porque han comido del fruto prohibido, entendemos que ese conocimiento» ha provenido de una función sexual. La unión sexual es, sin duda, un acto de «conocimiento» recíproco entre la pareja. La unión sexual es el principio de Daath, es decir, el principio del conocimiento tanto del bien como del mal (del árbol de la ciencia del bien y del mal).

[2] Esto no significa que Eva no fuera madre desde antes, de otro modo no podría entenderse el hecho de que Jehová amenace con incrementarle los dolores en sus preñeces, tal como se expone en Gn 3, 16, o el hecho de que tan pronto Adán la ve sienta el deseo de llegarse a ella. Sin embargo, esa reproducción se hacía sin eyacular la simiente y sin llegar al orgasmo (desnudez paradisíaca) y cuando los ángeles lo consideraban conveniente. Adán y Eva, no quisieron seguir más en ese estadio; ellos (principalmente Eva por su deseo natural de ser madre por voluntad propia) quisieron engendrar en forma autónoma, como los dioses. Fue aquí cuando Eva, en su deseo de ser madre, en su don innato de intuir, fue capaz de escuchar la sutil voz de su resplandeciente lucero matutino interior. Eva instruyó a Adán y entrambos comieron del fruto prohibido. Sólo entonces Eva vino a ser considerada como madre en el sentido completo de la palabra, por cuanto había sido por voluntad y deseo propios. Las consecuencias –a pesar que les dio pleno conocimiento del bien y del mal y la posibilidad de alimentarse del árbol de la vida y conseguir la inmortalidad–, con todo, serían catastróficas por cuanto aprendieron a engendrar hijos mediante la fornicación al punto en que se olvidó el antiguo sistema de reproducción, conocido como «Kriya-Shakti». Entonces concibieron a Caín –no se sabe si por voluntad propia o de Dios (Cf. Gn 4, 1)– que, si nos atenemos a lo expresado en el Libro de Nod (o Crónica de Caín), expresa que aprendió a engendrar hijos por voluntad propia, al paso que otros no lo aprendieron; lo que, en cierto modo, nos sugiere que hay dos tipos de hijos: Los que se engendran por voluntad propia, y los que se engendran por voluntad de Dios.

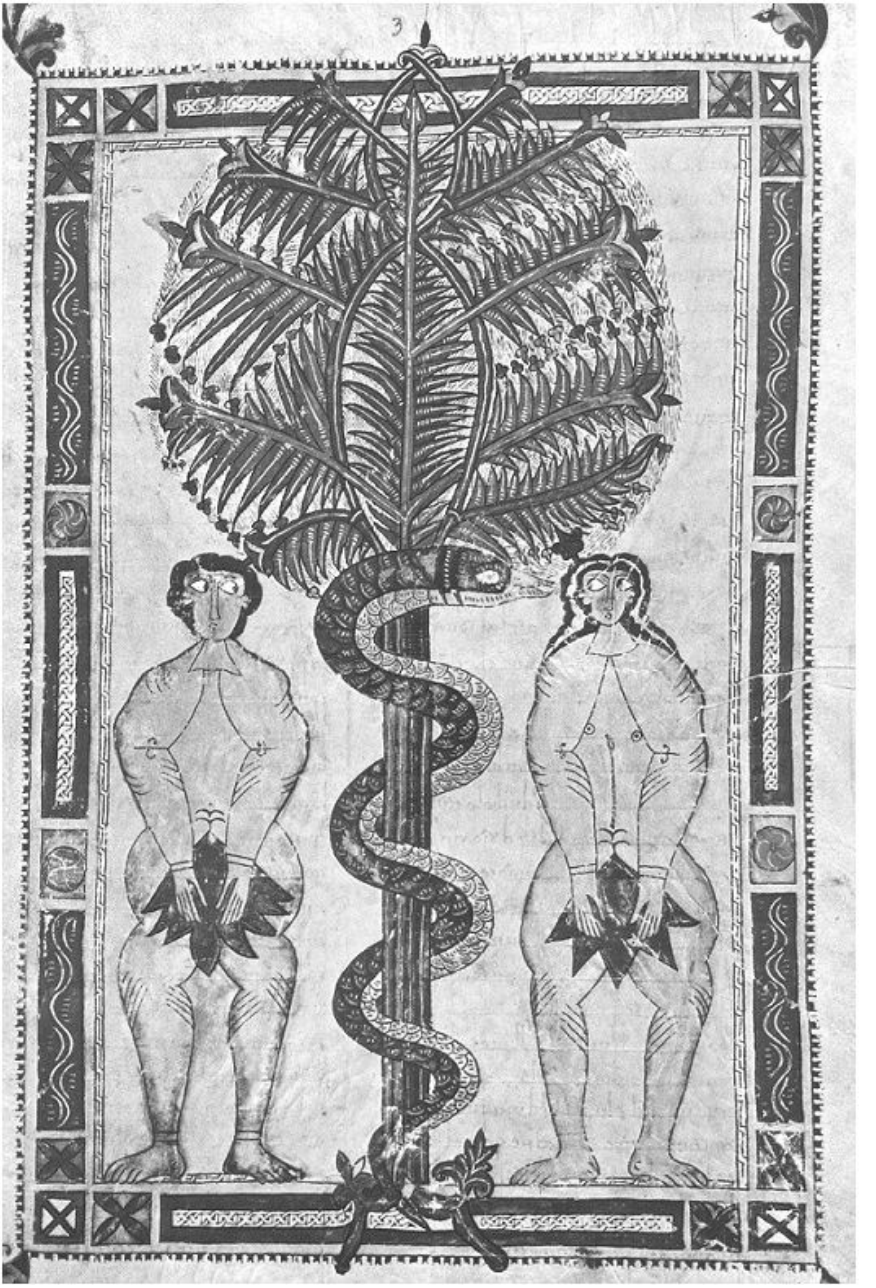


Ilustración 2 Adán y Eva luego de haber comido del fruto prohibido (pergamino). Real Biblioteca de San Lorenzo, El Escorial, España.

sería un ser andrógino que podría reproducirse por sí mismo), no ha sido creada Eva (Cf. *Gn 2, 15 - 22*) y, con todo, ya estaba autorizado a reproducirse (Cf. *Gn 1, 28*). Pero entonces, si el Adán primigenio –todavía no ha sido creada Eva– estaba autorizado a reproducirse (*Gn 1, 28*) –lo que implica función sexual– ¿Cómo es que se le prohíbe la fornicación? (*Gn 2, 17*). La contradicción es sólo aparente si desconocemos el sistema de reproducción edénica, la Kriya-Shakti[1]. Y esto es todavía más notorio pues demuestra que, con Eva o sin Eva, es posible comerse las manzanas doradas del árbol paradisiaco. Con Eva o sin Eva puede el hombre extraer su energía creadora sexual y llegar al orgasmo. La reproducción no es prohibida en ningún momento, ni antes de ser creada Eva, ni después; lo que se prohíbe es crear por voluntad propia, lo que se prohíbe es la fornicación. Cuando un único zoospermo lo suficientemente maduro es dirigido, no por voluntad del hombre sino de Dios, desde las gónadas del hombre hasta lograr la fecundación, no hay fornicación ni espasmo. Entonces nacen hijos del Espíritu Santo y se cumple la voluntad del Padre.

> Gn 3, 17: Y al hombre dijo [Dios]: Por cuanto no obedeciste a la voz tu mujer, y comiste del árbol de que te mande diciendo: No comerás de él; maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida.
> 18: Espinos y cardos te producirá, y comerás plantas del campo.
> 19: con el sudor de tu rostro comerás el pan o hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás.
> 20: Y llamó Adán el nombre de su mujer, Eva, por cuanto ella era madre de todos los vivientes.

El pecado original, como la caja de Pandora, sin duda, es el principio de todos los males del ser humano, el principio de la tragedia. Convertir la desnudez paradisiaca en desnudez pecaminosa es el comienzo de la muerte y el principio de la infelicidad. Cuando el ser humano se pervirtió a nivel sexual, cuando cometió el delito de fornicar, cuando extrajo de sí el agua de la que proviene la vida, esa vida se aisló de él y conoció la muerte, fue

[1] Sistema de reproducción en el que el hombre y la mujer se unen sin llegar a la eyaculación de la simiente ni al espasmo. Lo que sucede es que un único zoospermo se desprende de las gónadas masculinas para fecundar el óvulo. Los hijos de este tipo de unión son generalmente conocidos como hijos del Espíritu Santo; si bien es posible también convertirse en un hijo del Espíritu Santo practicando un procedimiento similar a la Kriya-Shakti, pero esta vez no se desprende ningún zoospermo sino que las energías sexuales tanto de hombre como de mujer son dirigidas por el centro de la columna vertebral hacia el cerebro. Esto es lo que en la ciencia hermética es conocido como «nacer de nuevo».

expulsado del paraíso y conoció los dolores e infelicidades de la vida. Es justo aquí, luego, luego que han comido del fruto prohibido, que Adán le da el nombre a Eva por cuanto era la madre de todos los vivientes (*Gn 3, 20*). Ese fue el principio de la tragedia.

Cuando el hombre fornicó en el útero fértil de la mujer ésta devino madre, una maternidad del deseo y de la voluntad y arbitrio propios. Entonces los hijos ya no fueron engendrados por voluntad de Dios (*hijos del espíritu Santo*, llamados también *hijos de Dios*), sino por el deseo propio del hombre (*llamados hijos de los hombres*). Esto, al menos en parte, explica el por qué los hijos de Dios se enamoraron de las hijas de los hombres (*Gn 6, 1-2*). El hombre edénico que antes procreaba sin fornicar, procreó ahora extrayendo su simiente, con el deseo e instinto animal, y eso marcó una gran diferencia entre los dos tipos diferentes de hijos. Todavía en Jn 8, 41 se puede ver que los judíos aducen ser hijos de Dios y no de la fornicación (o hijos del diablo), lo que constituye una lejana evocación a las dos diferentes formas de procreación y al mecanismo secreto de la caída edénica.
Es verdad que el acto sexual no debe ser cohibido por el simple hecho del derecho natural que tienen el hombre y la mujer del *goce* mutuo, y porque ello entra también en las naturales funciones biológicas; pero también es verdad que el acto sexual es una función creadora que nos iguala a los dioses, que debe hacerse sin aberraciones y sin extraer el agua de la vida, la substancia de donde procede la vida. Una cosa es experimentar la felicidad y otra cosa experimentar el placer, la lujuria, las aberraciones del sexo. El hombre y la mujer están en el paraíso están desnudos y no se avergüenzan, es decir, no hay llegado a corromperse a nivel sexual; y todavía más, el hombre tan pronto la ve la reconoce como la Varona a la que habrá de unirse sexualmente –lo que claramente constituye una función edénica, siempre que no haya corrupción sexual ni de la simiente–. Es claro que la unión sexual no es pecado, es claro que la unión sexual se debe efectuar, pero sin aberraciones, sin delitos sexuales, en santidad y temor de Dios.

> Tob 8, 4: Al mismo tiempo Tobías exhortó a la doncella, y le dijo: Levántate Sara, y hagamos oración hoy y mañana y después de mañana; porque estas tres noches las pasaremos unidos con Dios, y pasada la tercera noche haremos vida matrimonial.
> 5: Pues nosotros somos hijos de santos, y no podemos juntarnos a la manera de los gentiles, que no conocen a Dios.

La unión sexual a la manera de los gentiles que no conocen a Dios es fornicando, uniéndose sólo por el deseo pasional, ni siquiera para reproducir la especie, sino por el placer animal. Una es la desnudez paradisíaca y angélica

antes de la *caída edénica*, y otra es la desnudez vergonzosa una vez que se ha comido del fruto prohibido, en la que Adán y Eva tapan sus órganos sexuales y la mujer se reconoce madre, por cuanto habrá de ser madre (*Gn 3, 20*). Es imposible negar el carácter sexual de estos versículos, una sexualidad sagrada que se convierte en sexualidad vergonzosa, causa primigenia de la expulsión edénica[1] y de los ulteriores males del hombre. Sexualidad sagrada y sexualidad pecaminosa; sin duda un halo sexual se pasea por entre esos bellos versículos del Génesis. Adán y Eva podían unirse sexualmente; sin embargo, cometieron un error de procedimiento, convirtieron la sexualidad sagrada en sexualidad impura que los descubre desnudos de suerte que se avergüenzan, y sienten miedo, y se tapan, y se esconden. Si Adán y Eva no hubieran comido del árbol de la ciencia del bien y del mal habrían permanecido en el paraíso, en estado de inocencia, como ángeles, aunque sin la sapiencia total. El haber comido del árbol de la ciencia del bien y del mal y experimentado el dolor, les abrió los ojos, les confirió arbitrio propio, capacidad de decisión y plenas posibilidades de llegar a ser como los dioses. Sin embargo, se acostumbraron al mal, se acostumbraron a seguir comiendo del fruto prohibido, y este es el punto principal de la tragedia humana.

4.8.4. El árbol de la ciencia del bien y del mal fuera del Edén

Tanto hombres como mujeres, una vez expulsados del paraíso, siguieron comiendo del fruto prohibido, del árbol de la ciencia del bien y del mal. Esto es algo que, en principio, no concuerda con el relato creacional, no obstante, la evidencia ulterior viene a demostrarlo. El hecho mismo de que la transgresión original de Adán y Eva hubiera convertido la desnudez paradisiaca en desnudez pecaminosa, puede darnos una idea con respecto a que el fruto prohibido no sólo podría estar en el Edén, sino también fuera del Edén. Y hemos visto ya que el árbol de la ciencia del bien y del mal, y su fruto, difícilmente pueden entenderse en modo literal, como si se tratara de una pera o de un durazno, sino que debe entenderse en un modo alegórico. Por otro lado, la desnudez de Adán y Eva no solamente se encuentra en el paraíso, sino también fuera de él, y resulta notorio el hecho de que existe una desnudez paradisíaca y una desnudez pecaminosa, de modo que creemos que el fruto prohibido del que se comió es realmente un artificio, un mecanismo efectuado durante la unión sexual que hace que ésta se convierta en paradisíaca o pecaminosa; un error de procedimiento en la que se desgarra el fruto del árbol para la satisfacción de los sentidos.

[1] Edén (*jardín de riego*) es una palabra que, etimológicamente, puede significar voluptuosidad. En otras palabras la caída edénica fue la caída voluptuosa, la caída erótica, la caída sexual.

Y ese artificio, ese error de procedimiento en la unión sexual, sin duda, es posible tanto en el Edén como fuera del Edén, en el momento de la creación como en nuestro tiempo. Ese error de procedimiento es simple y sencillamente la unión sexual con expulsión del esperma y/o con orgasmo. Al respecto nos dan cuenta varios pasajes del libro del Levítico.

> Lv 15, 18: Y cuando un hombre yaciere con una mujer y tuviere emisión de semen, ambos se lavarán con agua, y serán inmundos hasta la noche.
> (V. a. Lv 15, 2, 16, 32, 33; 22, 4; Nm 5, 2)

> Lv 15, 18 Cuando una mujer se acueste con un hombre, produciéndose efusión de semen, se bañarán ambos con agua y quedarán impuros hasta la tarde.
> (Versión Biblia de Jerusalén, 1976)

Resulta claro que si el hombre y la mujer se unen sexualmente sin llegar a la expulsión del semen ni al orgasmo, no incurren en ninguna falta puesto que el delito sólo ocurre si se extrae la energía sexual o se llega al orgasmo dándole rienda suelta a la lujuria, al apetito bestial. La fornicación (expulsión de la energía sexual) es precisamente ese error de procedimiento. Y todavía más, en el libro de los Proverbios podemos encontrar a la *Mater Dei*, a la madre simbólica aconsejando a su hijo en estos términos:

> Prv 31, 2: ¿Qué?, ¡oh amado mío! ¿Qué?, ¡oh hijo de mis entrañas! ¿Qué?, ¡oh dulce objeto de mis votos!
> 3: No entregues tu vigor viril a las mujeres, ni tus caminos a las que arruinan a los reyes.
> (Versión de la editorial Herder, 1964)

En otras palabras, no es necesario estar en el jardín del Edén para comer del fruto prohibido que se encuentra en la mitad del cuerpo (cerca del monte, o huerto, de Venus[1, 1] –esto es, cerca del huerto de la voluptuosidad, del amor erótico–), y de esto nos puede dar perfecta cuenta el mismo texto bíblico.

[1] El jardín del Edén es el mismo jardín de las Hespérides, cuya estrella es el planeta Venus visto por la tarde. Es decir, el jardín del Edén se encuentra íntimamente relacionado con el sexo, con la sexualidad y con el amor erótico (representado por su estrella guía Hespero-Venus). Eósforo y Hespero (amanecer y anochecer) son dos estadios de una misma cosa, pues son dos modos de Venus, lo mismo que el bien y el mal son dos aspectos diferentes del árbol de la ciencia del bien y del mal. En todo caso Eósforo y Hespero son el mismo Venus, el planeta del amor erótico. La distinción entre el Venus que amanece y el Venus que anochece sólo nos hace pensar en las dos posibilidades de la sexualidad: la del bien y la del mal, la que trae la luz o la que se dirige hacia la oscuridad. Esto, por otro lado nos revela, no

> Ro 5, 12: Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.

La muerte, en ese orden de ideas, entró en el mundo por causa de Adán, de modo que la falta se pasó de generación en generación viniéndose a convertir en el pecado original. Sin embargo, esa falta no pasó a los demás hombres y mujeres como una suerte de herencia gratuita pues, tal como se acota en el versículo, los demás hombres pecaron también. Nótese la relación entre la falta atribuida a Adán y la eventual falta que cometieron los hombres descendientes de Adán. Ellos, Adán y Eva, conocieron la muerte en el tiempo porque comieron del fruto prohibido y, en este sentido, por ellos fue que entró en el mundo el pecado y la muerte. Sin embargo, sería injusto si por el mero hecho de una falta que cometieron otras personas, los descendientes de esas personas fueran juzgados como culpables. Es decir, si los descendientes de Adán y Eva no hubieran comido también del fruto prohibido, no habría tampoco pasado el pecado y la muerte a todos los hombres, tal como señala Pablo en su epístola.

Es claro que ese pecado, toda vez que origina la muerte, es de la misma naturaleza del pecado de Adán y Eva, que también causa la muerte. En ese orden de ideas, si el pecado de Adán y Eva fue un error en el procedimiento sexual, podemos aseverar que la muerte se replicó en todos los hombres por ese mismo error en el procedimiento sexual. Dicho de otro modo, la muerte pasó de generación en generación porque todos los hombres fornicaron y olvidaron el antiguo mandamiento en lo que respecta a no arrancar del árbol el fruto que da la vida. Es verdad que el versículo de Ro 5, 12 podría suscitar controversia con respecto a la forma en que pecaron los otros hombres, los descendientes de Adán, para que también pasara la muerte a ellos –del mismo modo como pasó a él y a Eva–; no obstante, existe evidencia más directa de esto que venimos nombrando.

---

que los antiguos se hubieran equivocado al tratar, en cierto modo, de diferenciar y oponer a Venus en dos segmentos (Eósforo y Hespero) –equivocación por cierto imposible–; sino que trataban de revelarnos algo más trascendente, oculto bajo la alegoría.

[1] A la zona púbica de la mujer se le llama MONTE DE VENUS, lo que implícitamente nos indica que es el monte del sexo, de la sexualidad y del amor erótico. En la mitad de ese monte esta el árbol de la ciencia del bien y del mal (es decir, en la mitad del huerto), y no cabe duda que ese árbol tiene íntima relación con el sexo mismo. Sin embargo, el hombre también tiene esta zona púbica, y también se encuentra próxima a los órganos sexuales, con lo que es válido citarla como «monte de Venus» o, inclusive, en una oposición que se corresponde, como «monte de Marte». En todo caso, lo que sí parece evidente es que en la mitad de ambos montes se encuentra el árbol de la ciencia del bien y del mal. Ese árbol es el mismo sexo.

> Ro 5, 14 No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun en los que no pecaron a la manera de la transgresión de Adán, el cual es figura del que había de venir.

Aunque Adán y Eva ya habían sido expulsados del Edén, ellos y sus descendientes podían seguir pecando en la misma forma del pecado original, es decir, podían seguir comiendo del fruto prohibido[1]. Cuando en el relato bíblico se señala que algunos no pecaron a la manera de la transgresión de Adán, también, implícitamente, da por sentado que algunos sí pecaron a la manera de la transgresión de Adán; esto es, algunos –por no decir que todos o la gran mayoría– aprendieron a extraer del organismo la energía creadora sexual, a fornicar, a experimentar el orgasmo y a prostituir el sexo, la otrora desnudez paradisíaca y edénica.

Por otro lado, hemos de avenir en el hecho definitivo que el fruto prohibido no se debe entender en sentido literal porque no se puede llegar al colmo de creer que el pecado de los contemporáneos de Moisés[2] –que ya no se encuentra en el paraíso terrenal[3]– fuera el de comer manzanas (por cierto inexistentes en el desierto, durante los tiempos del éxodo). La deducción es simple: Ni el árbol de la ciencia del bien y del mal, ni su fruto, se encuentran en algún lugar inaccesible, sino que van con nosotros donde quiera que vayamos[4]. En efecto, la historia de Moisés nos sirve de referente en el

[1] Pero lo que es más sorprendente, que algunos de esos descendientes habían vivido ya en el Edén. O al menos eso es lo que se colige de Ez 28, 13 cuando, por medio de Ezequiel, Dios le manda a decir al rey de Tiro: «En Edén, en el huerto de Dios estuviste; de toda piedra preciosa era tu vestidura». ¿Es posible que todos nosotros hubiéramos estado en el Edén y que todos hubiéramos conocido la muerte por cuanto todos pecamos? Después de todo, de algún lugar debimos de haber salido antes de estar aquí (en el caso que aceptemos que tenemos un trasfondo anímico que pervive más allá de la muerte).

[2] Moisés significa *salvado de las aguas*. Moisés no pecó a la manera de Adán, Moisés no extrajo de su organismo las aguas de la vida, Moisés no hizo un diluvio con su propia simiente y, por el contrario, comió del árbol de la vida. Es decir, a partir de Moisés el mundo tuvo algo de esperanza, a partir de Moisés la muerte comenzó a ser vencida.

[3] Creemos que cuando se dice paraíso terrenal no debe entenderse como un lugar físico, ubicado en determinada geografía o en determinado país, sino que tal aserción tiene la intención de darnos a entender que ese paraíso está en nuestro propio cuerpo, en la propia tierra de la que fuimos tomados (Gn 2, 7; Gn 3, 19), que está aquí y ahora, entre nosotros. Además de esto podemos y debemos decir que el cuerpo, a manera de parábola, es un huerto, un labrantío en el que Dios hace su obra y la prospera. Jesús el Cristo, por su parte, expresa que el reino de Dios está entre nosotros (Lc 17, 21) –lo que, en cierto modo, nos evoca la alegoría del paraíso terrenal, la pureza sexual perdida–.

[4] Por extensión podemos aseverar que similar cosa sucede con el árbol de la vida

sentido de que su migración desde Egipto en busca de la tierra prometida se hace a través del desierto. Pero entonces, si esto es así ¿dónde estaba el árbol de la ciencia del bien y del mal? ¿Dónde estaba el fruto prohibido? Ese árbol y ese fruto, dado que ellos –el séquito de Moisés– estaban en constante migración, tendría que revestir un carácter móvil –para que ellos pudieran comer de él y pecar a la manera de la transgresión de Adán (*Ro 5, 14*)–; sin embargo, allí lo único que se movía era la nube, los bienes muebles, los semovientes y ellos. La nube era inaccesible, los bienes muebles no se los podían comer, los semovientes no son un fruto ni parece tampoco que el delito hubiera sido comer carne de camello. En síntesis, el único fruto prohibido del que podrían haber comido –para pecar a la manera de la transgresión de Adán– estaba en ellos mismos, tanto en el hombre como en la mujer, y lo que es más, entrambos podían comerlo, en su desnudez que, a la postre, viene a ser una desnudez pecaminosa, una desnudez de fornicarios que gozan como animales extrayendo su energía sexual, desgajando el fruto-semilla (la simiente) para experimentar el orgasmo.

4.9. LOS HIJOS DE DIOS Y LOS HIJOS DE LOS HOMBRES

Existen dos tipos de hijos: Los hijos de Dios (concebidos por obra y gracia del Espíritu Santo) y los hijos de los hombres (concebidos por voluntad humana).

> Gn 6, 1: Aconteció que cuando comenzaron los hombres a multiplicarse sobre la faz de la tierra, y les nacieron hijas,
> 2: que viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas.

El peso de la evidencia es contundente y no mucho más puede decirse al respecto. Esos hijos de Dios difícilmente pueden ser interpretados como espíritus o como ángeles pues no existen matrimonios entre una mujer y un espíritu, y mucho menos un espíritu puede dejar en estado de gestación a una mujer. Esos hijos de Dios son de carne y hueso, y pueden escoger una mujer y conformar un hogar. El problema fundamental radica en que no debían hacerlo, o en que podían tomar sólo una mujer hija de Dios, pero no una hija de hombre. Ambos, tanto los hijos de Dios como los hijos de los hombres, han sido fecundados por un hombre y una mujer, pero difiere en el procedimiento.

> Gn 6, 3: Y dijo Jehová: No contenderá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; mas serán sus días ciento veinte años.

> 4: Había gigantes en la tierra en aquellos días, y también después que se llegaron los hijos de Dios a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos. Estos fueron los valientes que desde la antigüedad fueron varones de renombre.

Queda claro que los citados hijos de Dios eran hombres de carne y hueso (Cf. *Gn 6, 3*)[1]. Queda claro que esos hombres, hijos de Dios, se llegaron a las hijas de los hombres (tuvieron sexo) y les engendraron hijos (Cf. *Gn 6, 4*). Es decir: eran hombres, hijos de hombres. Pero en tal caso ¿Cómo dice la Biblia que eran hijos de Dios? Y ¿cómo llama a los demás hijos de hombres –o hijas de hombres–?

Cuando el hombre y la mujer se unen con el propósito de fornicar, de satisfacer su apetito animal y su lujuria, normalmente, la mujer queda embarazada. Sin embargo, no puede decirse que hubiera sido voluntad de Dios porque precisamente no era Dios el que estaba en los instantes de la copula atizando su lujuria y sus instintos bestiales. El hijo fruto de esa unión no es por voluntad de Dios, sino por voluntad del hombre, por voluntad del malo (todos los bajos instintos que llevaron a ese hombre y a esa mujer a la cópula deben ser entendidos como los demonios rojos de Seth). Con justa causa encontramos en el Evangelio de Juan estas interesantes disertaciones en las que Jesús, reprendiendo a los judíos, les dice:

> Jn 8, 41: Vosotros hacéis las obras de vuestro padre. Entonces le dijeron: Nosotros no somos nacidos de fornicación; un padre tenemos, que es Dios.

Y más adelante, en Jn 8, 44 expresamente los acusa de ser hijos del diablo, al tiempo que pareciera establecer un nexo entre ese padre oscuro y Caín, toda vez que señala que ha sido homicida desde el principio. Y, en efecto, en el libro de Nod, o Crónica de Caín– éste (Caín) declara haber aprendido a crear hijos por voluntad propia, a la vez que sugiere que algunos no aprendieron a crear hijos por su propia voluntad.

El Libro de Nod[2], en la versión de Aristotile de Laurent, reza:

---

[1] Este tipo de humanidad ascendida, o divinal, posiblemente habría conformado una especie de cofradía, un tipo superior de Hombres que no conocía el pecado original y que, por tanto, todavía gozaba de la desnudez paradisíaca. Eventualmente se les habría prohibido procrear o juntarse con las hijas de los hombres. Sin embargo, el desacato, similar a una segunda ingesta del fruto prohibido, genera de nuevo devastadoras consecuencias.

[2] Consideramos que El libro de Nod, si bien se presenta como una composición ficticia, no habría sido posible sin tener conocimientos de tantrismo negro; de modo que nos ilustra la infrasexualidad post-edénica, y presenta la fornicación como un procedimiento contra natura.

Nod 46: Invocando demonios
47: Y escuchando con atención
48: La sabiduría susurrada,
49: Aprendió [Caín] a crear
50: A sus propios hijos.
(Libro de Nod. *El cuento de la primera ciudad*)

El en principio la fornicación (la expulsión de la semilla) era un procedimiento que era desconocido. Posiblemente, los esfínteres sexuales y los diferentes mecanismos que operan durante la cópula no se habían ejercitado en el sentido de llegar al clímax, y el mismo resultaba desconocido y hasta imposible de conseguir. Sólo se conocía la ciencia de la Transmutación Sexual. Sin embargo, cuando Caín es adiestrado en la forma en que puede lograr le eyaculación (lo mismo habría sucedido con Adán), de tanto en tanto, en uno de sus intentos logró llegar a esa muerte pequeña del orgasmo en que la energía dadora de la vida es desalojada del organismo. Entonces logró, aprendió a crear a sus hijos bajo su propia voluntad.

Nod 101: Y estos Vástagos de Caín
102: Aprendieron cómo crear
103: Su propia Progenie.
(Libro de Nod. *El cuento de la primera ciudad*)

Él, y sus hijos, y posteriormente los hijos de sus hijos, y la humanidad en general, aprendieron la forma de crear su propia progenie hasta el punto en que la forma de crear hijos, no por voluntad de sí sino de Dios, fue olvidada. Aun en nuestros tiempos el organismo mismo, por transferencia, por memoria genética, está predispuesto para procrear de esta misma forma. La fornicación no se conocía, la fornicación era un procedimiento sexual que, inclusive algunos no llegaron a descubrir. Es verdad que los vástagos de Caín la aprendieron; pero también es verdad que otros hombres no la aprendieron. No todos pecaron a la manera de la transgresión de Adán (*Ro 5, 14*). Entonces el sexo y la unión sexual era algo sagrado, cosa de paraíso y nadie extraía la energía dadora de la vida de su organismo. Esa era la desnudez paradisíaca, antes de que sucediera la caída. En esas condiciones un único zoospermo, suficientemente maduro –dirigido por los ángeles de la procreación– era conducido hasta el óvulo fértil para generar una nueva criatura, no por voluntad de hombre, no por voluntad del deseo animal, no por deseos lujuriosos y fornicarios que ven en la mujer sólo un aparato de masturbación; sino porque Jehová lo consideraba conveniente. Esos eran los hijos el Espíritu Santo, esos eran los verdaderos hijos de Dios. En este sentido el sexo se presenta como el generador de dos tipos de hijos: los del

bien y los del mal. En este sentido el sexo es el mismo árbol de la ciencia del bien y del mal, apto tanto para ascender como para descender.

> 1 Jn 3, 8: El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo.
> 9: Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios.
> 10: En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del Diablo; todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios.

La simiente (semilla, o *sperma* en griego) de Dios, mencionada en el versículo 9, debe entenderse como la energía creadora sexual. Indudablemente todo árbol o especie animal tiene en sí misma su semilla (*Gn 1, 11*), es decir, su *sperma*, y esa semilla es la que le permite replicarse. En el caso del hombre sucede lo mismo, la semilla, o simiente, está en él, y es la que le permite replicarse. Sin embargo, cuando se fornica, esa simiente ya no permanece en el hombre, sino que se escupe –escupiendo, con ello, a la misma fuente de donde procede la vida–. El que es nacido de Dios no expulsa su simiente, sino que su simiente permanece en él y es transformada en las más selectas hormonas y vitaminas y, en un aspecto superior, permite el nacimiento segundo (*Jn 3, 5-7*) a partir del agua (la misma semilla) y del espíritu.

4.9.1. Los hijos de Adán y Eva

El principio de los hijos de Dios y los hijos de los hombres debemos buscarlo en Adán y Eva. Fueron ellos los primeros en engendrar a ambos tipos de hijos, fueron ellos los primeros en conocer la desnudez paradisíaca y la desnudez pecaminosa y, por consiguiente, en el pecado original se encierra la clave para desentrañar el misterio de su progenie. Normalmente se cree que los únicos hijos de Adán y Eva fueron Caín y Abel; sin embargo, un análisis más minucioso nos revela lo siguiente:

Los hijos de Adán (antes de ser creada Eva)

No existe un pasaje directo en el que se afirme o mencionen los nombres de los hijos del Adán andrógino –antes de que fuera creada Eva–; sin embargo, es posible colegir que los hubo en base a varios pasajes del Génesis.

> Gn 1, 27: Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó.

> 28: Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra.

Nótese, sin embargo, que Adán dura un tiempo solo, pues Eva todavía no ha sido creada, y que, aún así, se le permite multiplicarse, reproducirse. Adán, en efecto, fue creado antes de que fuera creado el mismo huerto del Edén (*Gn 2, 7-8*) –lo que nos hace creer que fue creado como hombre ideal en el pensamiento de Dios–, mucho antes de que fuera creada Eva y, aún así, se le permite multiplicarse, reproducirse. Tiempo después es plantado el árbol de la ciencia del bien y del mal –y con él la prohibición de comer de su fruto–, lo que supone que este Adán andrógino puede reproducirse, pero sin extraer de su organismo la simiente, sin fornicar.

> Gn 2, 18: Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él.
> 19: Jehová Dios formó, pues, de la tierra toda bestia del campo, y toda ave de los cielos, y las trajo a Adán para que viese cómo las había de llamar; y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes, ése es su nombre.
> 20: Y puso Adán nombre a toda bestia y ave de los cielos y a todo ganado del campo; mas para Adán no se halló ayuda idónea para él.

Si contrastamos los pasajes de Gn 2, 18-20 con los de Gn 1, 27-28 vemos que se trata del mismo Adán –sin Eva, pues no ha sido creada– al que se le permite señorear sobre los animales del mar, de la tierra y del aire; al mismo, también, al que se le permite multiplicarse, reproducirse; al mismo al que se le prohíbe comer del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. Todo esto no lleva, por inferencia, a sentar la hipótesis de que Adán, antes de que fuera creada Eva, ya tenía progenie. Sus hijos, por cuanto no se ha comido todavía del fruto prohibido, son hijos no de voluntad del hombre mismo, sino de voluntad de Dios en el sentido en que ya hemos señalado, mediante la Kriya-Shakti. Este conocimiento de su propia anatomía, de su propio cuerpo, de su propio funcionalismo y hasta de su propio mecanismo de reproducción podría haberle servido a Adán para reconocer a Eva como su otra mitad cuando le fue presentada.

> Gn 2, 21: Entonces Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar.
> 22: Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre.

> 23: Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada.
> 24: Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá su mujer, y serán una sola carne.

Cuando Dios hace caer sueño a Adán posiblemente se refiera a que, sin que él lo percibiera, los sexos fueron separándose paulatinamente hasta el punto en que, finalmente, devino en hombres y mujeres con sexos separados. Si tenemos en cuenta que las tetillas del hombre son senos atrofiados, y que el clítoris y los labios mayores de la mujer son falo y testículos atrofiados, no hay mayor inconveniente en reconocer que la costilla simbólica no es otra cosa que el canal alargado de la vagina. En el caso que esa costilla –o canal alargado dentro de la carne– hiciera referencia a la vagina, es perfectamente correcto afirmar que Dios formó a Eva a partir de esa costilla y que la carne cerró en ese lugar. Es decir, Adán ya no tuvo órgano sexual femenino. En ese orden de ideas parece lógico pensar que cuando Eva es presentada ante él, y cuando él ve que ahora ella tiene lo que a él le falta, éste la reconozca como su otra mitad, como una parte de sí, tomada a partir de él, y que ahora deberá unirse sexualmente a ella. Pero lo que es todavía más sorprendente es que Adán tenga la noción de padre y de madre ¿cómo podría hacerlo si no hubiera reproducción anteriormente? Inclusive es posible que Adán sólo hubiera querido decir que por ella el hombre abandonaría a su padre-madre, es decir, al Adán andrógino, yéndose de su casa a formar un hogar con ella.

Los hijos de Adán y Eva (En el Edén, antes de la caída)

El mismo hecho que Adán mencione que por ella (Eva) él abandonará a sus padres (o a su padre-madre) y que se unirá a ella, que copulará con ella, que tendrá relaciones sexuales con ella (desnudez paradisíaca) implica una enorme probabilidad de que Eva quede embarazada; en efecto, la posibilidad es inminente y, eventualmente, devendrá como madre y tendrá hijos (aunque no por voluntad propia, sino de Dios). Una corroboración directa de ello la constituye el hecho de que, como castigo por haber comido del fruto prohibido, Dios amenace con aumentarle los dolores en sus preñeces.

> Gn 3, 16: A la mujer dijo: Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos; y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti.[1]

[1] El hecho de que el hombre se enseñoree de la mujer es sólo una condición pasajera y circunstancial. En el principio no fue así, sino que ambos tenían una condición de igualdad en todo sentido. A esa condición primigenia es que debemos apuntar.

Es claro que no puede aumentarse el dolor en las preñeces si previamente no hubieran existido preñeces. Pero si previamente hubo preñeces significa también que, previamente, hubo hijos. Y lo que es más importante, en el Edén, antes de comer del fruto prohibido, del árbol de la ciencia del bien y del mal. ¿Cuáles fueron los hijos que Adán y Eva tuvieron en el Edén? Esto es un punto irresoluble, pero creemos que podrían haber sido Caín y Abel.

> Gn 3, 23: Y lo sacó Jehová del huerto del Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado.
> 24: Echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida.

Cuando Adán y Eva cometen su transgresión Dios expulsa al hombre fuera del Edén y pone guardianes para impedir que entrara de nuevo[1]. Al parecer, y de acuerdo a la información que nos brinda el texto, la puerta de acceso al Edén queda ubicada al oriente del Edén y, por consiguiente, la zona a la que fueron expulsados Adán y Eva, queda también al oriente, sólo que fuera del Edén. Cuando Adán y Eva son expulsados del Edén, ciertamente son expulsados de la presencia de Jehová (Cf. *Gn 3, 8*). Esta expulsión, con todo, es muy semejante a la de Caín. Llama la atención que Dios expulse a Caín de su presencia hacia el oriente del Edén, lo que hace pensar que él era un habitante de ese paraíso edénico –y si él era habitante del Edén, también lo era su hermano Abel–.

> Gn 4, 15: Entonces Jehová puso señal en Caín, para que no lo matase cualquiera que le hallara[2].
> 16: Salió, pues, Caín de delante de Jehová, y habitó en tierra de Nod, al oriente de Edén.

[1] Es verdad que sólo se menciona que hubiera expulsado al hombre; sin embargo, el hecho de que Adán, luego de ser expulsado, pudiera tener hijos con Eva, indica realmente que juntos fueron expulsados (ante la imposibilidad de Adán para entrar al Edén y copular con Eva, en el caso que ella no hubiera sida expulsada).

[2] Aparentemente la expulsión de Adán y Eva habría sido anterior a la de Caín. El hecho de que Adán y Eva, tras su expulsión del paraíso hubieran engendrado nuevos hijos –y esos hijos nueva progenie– explica el temor de Caín con respecto a que alguien le asesine tras su expulsión. Es posible que, como quiera que las ofrendas de Abel habían sido aceptas por Dios, los desterrados del Edén (sus padres y sus hermanos) guardaran la esperanza de pedirle a Abel para que él intercediera a Dios para que les permitiera el retorno al Edén. Sin embargo, con la muerte de Abel a manos de Caín –y la propia expulsión de éste– esas esperanzas se derrumbaban por completo, de modo que estarían enojados con Caín.

Nod, el sitio del destierro, en algún lugar al oriente de Edén. Si Caín no hubiera sido un habitante del paraíso no podría haber sido desterrado pues no habría sido lógico desterrar al que ya había sido desterrado, ni Caín hubiera exclamado tampoco *grande es mi castigo para ser soportado*. En ese orden de ideas, Caín y Abel habrían sido engendrados por Adán y Eva en el Edén, antes de comer del fruto prohibido. Esto explica no sólo el hecho de que Adán exprese que Caín ha sido concebido por voluntad de Jehová (un hijo de Dios, un hijo de la Kriya-Shakti), sino también el hecho que se le incrementen los dolores en sus preñeces a Eva pues, en estricto rigor, ya había sido madre, su hijos: Caín y Abel.

> Gn 4, 1: Conoció Adán a su mujer Eva, la cual concibió y dio a luz a Caín, y dijo: Por voluntad de Jehová he adquirido varón.
> 2: Después dio a luz a su hermano Abel.

Posterior en el tiempo los resplandecientes dragones de sabiduría de Adán y Eva los habrían inducido a comer del fruto prohibido. Fruto de esa unión habría nacido Set, el tercer hijo de Adán y Eva.

Los hijos de Adán y Eva (Fuera del Edén, después de la caída)

Luego que Adán y Eva comen del fruto prohibido y son expulsados, éste le da el nombre a la mujer de Eva, por cuanto era madre de los vivientes (*Gn 3, 20*), pero no porque fuera madre anteriormente sino porque sólo ahora lo hace en forma autónoma, por voluntad propia, porque no tiene que esperar a ver si Dios le da o no un hijo, sino porque le enseña a Adán como lograrlo y cómo quedar en preñez en forma inmediata. Y es claro que la posibilidad que Adán dejara a Eva en estado de gravidez al tener una relación sexual con evacuación del esperma es absoluta. Podemos asegurar, inclusive que, tras comer del fruto prohibido, Eva devino embarazada, devino madre. Era la madre del primer hijo del destierro, era la madre primera de todos los seres que habríamos de vivir en el exilio. Sin embargo, esta ponencia tiene un grave inconveniente: Set es engendrado después del homicidio de Caín[1]. A menos que Dios no hubiera expulsado en forma inmediata a Caín tras la muerte de Abel podría explicarse el que Eva, en su instinto de madre y al ver morir a uno de sus hijos, quisiera ser madre de forma autónoma para

[1] Algunos sitúan a Caín como hijo de la serpiente y, en cierto modo, esto es correcto. En un aspecto simbólico Caín representa la caída y Abel la levantada. Caín matando a Abel viene a significar que el deseo, que la tentación a nivel sexual mató la primigenia pureza, la primigenia desnudez paradisíaca.

reemplazar al hijo perdido. En efecto, vemos que algo similar es lo que se narra en el libro del Génesis:

> Gn 4, 25: Y conoció[1] de nuevo Adán a su mujer, la cual dio a luz un hijo, y llamó su nombre Set: Porque Dios (dijo ella) me ha sustituido otro hijo en lugar de Abel, a quien mató Caín.

El que fuera hijo de Dios sería sólo una forma de consuelo porque, realmente, habría sido un hijo por voluntad propia, y el asunto quedaría dirimido en forma inmediata, en la relación de las generaciones de Adán.

> Gn 5, 1: Éste es el libro de las generaciones de Adán. El día en que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo.
> 2: Varón y hembra los creó; y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adán, el día en que fueron creados.
> 3: Y vivió Adán ciento treinta años, y engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen, y llamó su nombre Set.
> 4: Y fueron los días de Adán después que engendró a Set, ochocientos años, y engendró hijos e hijas.

No dice el Génesis que Adán hubiera engendrado un hijo a semejanza de Dios, sino que era a su propia semejanza, es decir, a semejanza del hombre, lo que nos hace pensar que Set no fue hijo del Kriya-Shakti, sino un hijo por voluntad propia del hombre y de la mujer, un hijo con el que se sustituía al fallecido Abel.

Por otro lado, se debe notar que la secuencia de Gn 5, 1-3 es una afirmación, mientras que en Gn 4, 25 no se afirma sino que se introduce la anotación: *dijo ella*. Es decir, no se afirma que esto hubiera sido así –que Set hubiera sido verdaderamente un hijo de Dios–, sino simplemente se transmite lo que pensó y lo que dijo Eva. Se debe notar también que las generaciones de Adán se hacen sobre Set, y no sobre Caín, cuyos hijos son excluidos del libro de las generaciones de Adán (Cf. *Gn 5ss*) que, tal como se menciona en Gn 5, 4 no sólo engendró a Caín, Abel y Set, sino que engendró muchos otros hijos, incluyendo hijas. De acuerdo al procedimiento sexual con el que se hubieran engendrado esos hijos e hijas –y de acuerdo al procedimiento que ellos mismos hubieran practicado– es que cabe clasificarlos en hijos de Dios o en hijos de los hombres; sin embargo, en este punto lo que no nos es dable sondear es si, cuando el Génesis menciona a los hijos de Dios que tomaron hijas de los hombres, hace referencia a los

[1] Como hemos señalado, la palabra «conocer», y el mismo «conocimiento», tenían una connotación sexual, e indicaban la unión sexual, la inserción del falo en la vagina.

hijos de Dios como a los habitantes del Edén (hijos de Adán, después y antes de conocer a Eva, pero antes de la caída edénica) o a los hombres generados mediante la Kriya-Shakti, luego de la expulsión del paraíso.

> Gn 6, 1: Aconteció que cuando comenzaron los hombres a multiplicarse sobre la faz de la tierra, y les nacieron hijas,
> 2: que viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas.
> 3: Y dijo Jehová: No contenderá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; mas serán sus días ciento veinte años.
> 4: Había gigantes en la tierra en aquellos días, y también después que se llegaron los hijos de Dios a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos. Éstos fueron los valientes que desde la antigüedad fueron varones de renombre.
> (V. a. Ba 3, 26-27; Sab 14, 6)

Al parecer se refiere en forma indistinta a los hijos de Adán y Eva tras la expulsión –por cuanto se entiende a esa faz de la tierra como todo el sitio de la expulsión– lo que, en suma, viene a ilustrarnos un gran drama, registrado inclusive en libros sagrados de todas las latitudes: La caída angélica. Los hombres ángeles, habitantes del Edén se enamoraron de las mujeres, de las hijas de los hombres y pecaron a la manera de Adán. Tal como se reproducían los desterrados se reprodujeron ellos engendrando a los gigantes (*Gn 6, 4*) de los que nos da cuenta la mitología –también llamados Nephilim[1], y asociados con los Anunaki–.

El libro de Henoc nos ofrece más detalles al respecto:

> Hnc 6, 1: Así sucedió, que cuando en aquellos días se multiplicaron los hijos de los hombres, les nacieron hijas hermosas y bonitas;
> 2: y los Vigilantes, hijos del cielo las vieron y las desearon, y se dijeron unos a otros: "Vayamos y escojamos mujeres de entre las hijas de los hombres y engendremos hijos.

[1] Éstos Nephilim son asociados también con los Anunaki. Una teoría indica que los Anunaki habrían sido hombres bajados del cielo (extraterrestres) y, aunque no es imposible que esto fuera así, la significación simbólica representa a los hombres ángeles de la cuarta dimensión o paraísos Jinas que, tomando cuerpo físico, pecaron con las hijas de los hombres, precipitando la caída angélica. Es decir: ambas posiciones serían verdaderas, lo que no es imposible, verbigracia: El diluvio bíblico, en su significación física representa al hundimiento de una porción de la tierra, y en su significación hermética representa el hecho de que todos los hombres de la tierra se volvieron fornicarios. El vapor no se elevó más desde la tierra (Gn 2, 5-6), sino que cayó sobre la tierra en forma descontrolada (Sólo los que entraron en el Arca pudieron dominar sobre las aguas y salvarse).

Y continúa señalando el Libro de Henoc:

> Hnc 12, 4: Henoc, escriba de justicia, ve a los Vigilantes del cielo que han abandonado las alturas del cielo, el eterno lugar santo y que se han contaminado con las mujeres haciendo como hacen los hijos de los hombres, y han tomado mujeres y han forjado una gran obra de corrupción sobre la tierra, y hazles saber
> 5: que no habrá para ellos paz ni redención de su pecado.
> (Cf. Jd 1, 6; 2 Pe 2, 4)

¿Cómo hacen los hijos de los hombres? ¿Cómo se contamina un hombre con una mujer? Fornicando, es decir, extrayendo del cuerpo físico el fluido vital, el fluido dador de la vida; cometiendo delitos contra la naturaleza, llegándose a la mujer, inclusive, durante el periodo menstrual o durante el embarazo. Cuando el libro se refiere al *eterno lugar santo*, en efecto, parecería referirse más bien a una suerte de paraíso, más que a un lugar físico.

> Hnc 15, 3: ¿Por qué habéis abandonando [los Vigilantes del cielo, los hombres ángeles] el cielo alto, santo y eterno, os habéis acostado con mujeres y profanado a vosotros mismos con las hijas de los hombres y tomado esposas como los hijos de la tierra y habéis engendrado hijos gigantes? [1]

Con esto queda suficientemente explicado el delito que Dios no tolera (mismo por el que habría destruido a Sodoma y Gomorra) y, por supuesto, nos brinda luz acerca del pecado de Adán y Eva que, en sentido estricto, se corresponde recíprocamente con la falta de los ángeles que pecaron, tratándose del mismo pecado y de la misma forma de castigo.

4.9.2. La herencia del pecado original

De acuerdo a la tradición cristiana todo recién nacido nace con el pecado original y trae consigo una mancha de pecado, una reminiscencia del pecado de Adán y Eva. Esto, sin embargo, parece ser injusto pues, si antes del nacimiento no se ha tenido ocasión de pecar ¿cómo es que ya se nace con el pecado original? ¿Con el pecado de Adán y Eva? La respuesta es sencilla: Porque ese hijo ha nacido de la fornicación, porque todo el mundo en general se acostumbró a fornicar de modo que, los hijos que nazcan fruto de

[1] Al parecer eran habitantes del Edén que ya habían realizado la obra. Cuando la obra está culminada el fuego se apaga. Entonces, y sólo entonces –sólo cuando se han elevado al reino angélico– ya no deben tomar mujer (Cf. Mt 22, 30).

dicho procedimiento habrán de venir con el pecado original. Pero adicional a esto, es posible que todos nosotros hubiéramos estado en el Edén y que hubiéramos cometido el pecado de Adán (Cf. *Ez 28, 12-13*), razón más que suficiente para pensar que no se ha cometido ninguna injusticia y que, si estamos en estos momentos en este valle de lágrimas, ha sido por culpa de nuestros propios actos. De este modo queda suficientemente explicado este aspecto. En lo que respecta al pecado como mecanismo hereditario es de precisar que, por su falta, Adán nos transmitió no sólo la muerte sino el pecado; sin embargo, no es cierto que el pecado sea hereditario en el sentido estricto de la palabra o, cuando menos, no deviene justo que alguien deba ser castigado por lo que no ha hecho, que deba ser castigado por los pecados de otro. Tal aserción haya su correspondiente en el hecho de que, en cierta forma, el pecado cometido por Adán y Eva sí se replicó y paso de generación en generación hasta nuestros días.

Cuando Adán y Eva aprendieron a fornicar, esa forma de reproducción y del acto amoroso se replicó en su descendencia, de modo que todos, exceptuando unos pocos (los que no pecaron a la forma de Adán), practicaron la fornicación y se aprendió a tener a los hijos mediante la fornicación, de modo que se olvidó la divina práctica del *Kriya-Shakti*, o concepción mediante la utilización de un solo espermatozoo. Y también nuestros padres aprendieron ese mismo sistema y nos tuvieron a nosotros mediante la fornicación –sistema que, por cierto, era totalmente desconocido para el hombre y la mujer edénicos antes de la caída[1]–. Esta es

[1] La relación sexual con extracción de la simiente y con orgasmo era algo totalmente desconocido para el hombre y la mujer edénicos. Adán ignoraba que haciendo movimientos rápidos de empuje podría llegar a un momento en que sobrevendría un espasmo mediante el cual saldría una substancia viscosa –su propia simiente– y, hasta podríamos asegurar que, siendo algo que nunca había sucedido, la primera vez que sucedió debió de sentir miedo –en efecto, esto es lo que nos dice Gn 3, 7-11–. Eva ignoraba que, mediante esos mismos movimientos rápidos de empuje y de receso podría también llegar al orgasmo y poner a su energía sexual en estado de descomposición. El mismo organismo físico y los órganos sexuales no estaban acoplados a esa práctica, de modo que la eyaculación tampoco era algo que se lograra fácilmente. Por otra parte, el instinto lujurioso y pasional no se encontraba desarrollado, de modo que ese sistema de reproducción era algo que se debía «aprender». Los hombres y mujeres de entonces no nacían con esa capacidad ni predisposición para fornicar, ni tenían una formación cultural orientada a ello. Ellos sólo conocían la desnudez paradisíaca y su unión sexual se verificaba en Templos Sagrados del amor, bajo la instrucción de Devas, de los ángeles de la reproducción. Entonces podían amarse durante horas y durante días enteros, unidos sexualmente sin llegar al hastío o al cansancio, sin pecado, sin lujuria, sin instintos pasionales y sin comerse las manzanas del árbol prohibido. Sin embargo, su deseo de aprender a procrear sin los Elohim, los llevaría, en el tiempo, a descubrir el orgasmo y la fornicación. El deseo innato, natural e instintivo de Eva de ser madre, los llevaría a buscar la concepción por cuenta propia. Ese sería el principio de la calamidad.

la causa básica, la razón fundamental por la que se dice que los recién nacidos vienen ya con el pecado original. Ese pecado original es ser hijos de la fornicación y no porque se hubiera comido manzanas o frutas en el vientre de la madre.

La palabra «original» tiene varias acepciones, sin embargo, todas redundan en lo mismo. Por un lado se presenta relativa al origen de algo y, por el otro, nos indica el objeto o la circunstancia que ha servido como modelo para que, a partir de él o ella, se repliquen y generen nuevos objetos o circunstancias iguales o semejantes al modelo original. En el *pecado original* se cumplen estas dos acepciones pues, no sólo se trató del pecado que se cometió en el origen de los tiempos –y origen también de todos los males–, sino que adicionalmente es el modelo a partir del cual se siguió replicando, pues todos los hombres aprendieron a replicar ese modelo y a pecar a la manera de la transgresión de Adán (*Ro 5, 14*). Es decir, por primera vez el hombre extrajo del organismo su energía sexual. Y ese fue el origen de la tragedia, sucedido en el origen de los tiempo, razón más que suficiente para que se denomine como *pecado original* a la mancha que pasa de generación en generación, y con la que todos los seres nacen por la razón simple de que fueron engendrados mediante la expulsión de la energía sexual, hijos del deseo pasional y de los trasfondos de la lujuria.

Es verdad que se afirma que todo niño nace con el pecado original, lo que no es más que una generalización. Sin embargo, una generalización válida en casi todos los casos partiendo del hecho de que todas las personas, casi sin excepción, practican la fornicación y no aprendieron jamás en la vida otro procedimiento sexual ni otra forma de reproducción. En ese orden de ideas, el hijo producto de la unión sexual entre hombre y mujer, con fornicación, trae a la existencia a un hijo del pecado original, es decir, a un hijo de la falta primigenia con la que transgredieron Adán y Eva en el origen de los tiempos y que, a todas luces, es la unión sexual pecaminosa con un aditivo animalesco (que animaliza, toda vez que se ven cubiertos de pieles. Cf. *Gn 3, 21*), con un error en el procedimiento.

> Sal 51, 5: He aquí, en maldad he sido formado [exclama el rey David],
> Y en pecado me concibió mi madre.
> 6: He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo, Y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría.
> 7: Purifícame con hisopo, y seré limpio; Lávame, y seré más blanco que la nieve.

Es claro el sentido en que deben ser asimilados los pasajes de este salmo. El profeta rey sabe que, aun cuando es hijo de un acto generador de vida, se le engendró mediante la pasión animal, mediante la fornicación, y no mediante

un acto creador paradisíaco en donde sólo se desprende un único espermatozoo, no por voluntad del hombre ni de sus instintos pasionales, sino por voluntad del Espíritu Santo, por voluntad de Dios. En síntesis, la relación sexual mediante la que nació fue una relación pecaminosa. Podría pensarse que el Cantante –presumiblemente David– es hijo de un adulterio y que, por lo tanto, el versículo del salmista alude a ella; sin embargo, los pasajes de 1 Sam 16, 11- 13 no parecen insinuar esa idea –por cuanto es reconocido como un hijo legítimo–. Por otro lado, la tradición cristiana nos indica que todo recién nacido viene ya con el pecado original, y no podemos alegar que todos los recién nacidos son fruto de adulterio –al paso que sí podemos asegurar que son fruto de la fornicación–. Ese es el pecado original que se transmite de generación en generación y con el que todo recién nacido viene por cuanto es un hijo de la fornicación. Sin duda, es una mancha hereditaria y, eventualmente, en el ser que nace habrá de quedar grabado en forma subconsciente el acto original que le dio la vida, de modo que podrá replicarlo en el tiempo, tal como argumentaban los *pelagianos*[1].

Este pecado original, también de acuerdo a la tradición cristiana, es borrado con el bautismo, un procedimiento mediante el cual el agua es asperjada sobre la cabeza del niño –símbolo por demás hermético de la alquimia sexual en que las aguas genésicas deben llegar a la cabeza del iniciado. En otras palabras, la fornicación sólo puede ser borrada con la no fornicación, con el ascenso de las aguas hacia su lugar de origen–. San Agustín, refiriéndose a este procedimiento, y enfatizando en la idea de una sexualidad sagrada en el matrimonio –o hierogamia–, enseña:

> No se perdería la incolumidad, la virginidad del alma, por la violencia del perturbador deseo, sino que más bien obedecería el líbido al Imperium Tranquillisimae Caritates; sin dolor y sin sangre consumaría la virginal desposada el acto sexual, como tampoco la parturienta sentiría dolor alguno[2].

[1] Para Pablo, tanto la muerte (o mortalidad) como el pecado, se han transferido desde Adán de generación en generación. Sin embargo, para los pelagianos sólo se recibe la mortalidad, pero no el pecado de Adán –mismo que conocerá posteriormente, cuando se conoce el pecado del primer hombre y se inclina a imitarlo–.
Una lectura entre líneas nos permite entrever cuál es ese tipo de pecado, no cabe duda al respecto. En cuanto a la disputa pelagiana, consideramos que el hombre hereda el pecado de Adán, pero también que dicha transgresión se ve reforzada cuando se conoce ese pecado original y se procede a imitarlo.

[2] SAN AGUSTIN. El pecado original, C 35.

Mediante este procedimiento pueden Adán y Eva, representados en el hombre y la mujer, lavar su mancha primigenia para no engendrar más hijos de la fornicación, sino hijos de Dios. Entonces el pecado original desaparecería.

4.9.3. La causa de la muerte

El hecho de que en Gn 3, 22 Dios diga: «He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre» sugiere que Adán y Eva, hasta ese momento, no habían comido del árbol de la vida, es decir, que no podrían vivir para siempre. Sin embargo, esto contrasta también con los pasajes del Génesis en los que se advierte:

> Gn 2, 16: Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer;
> 17: mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás.

Aparte del nexo estrecho que se puede percibir entre el árbol de la ciencia del bien y del mal, y el árbol de la vida –razón por la que, en ocasiones son tomados el uno por el otro en forma indistinta–, es posible colegir que Adán y Eva se encuentran en un punto intermedio en el que pueden obtener la muerte o la vida. Si comen del árbol de la vida vivirán, pero de forma ignorante. Si comen del árbol de la ciencia del bien y del mal, conocerán su propia esencia y la causa trascendente de las cosas, pero morirán.

> Gn 6, 3: Y dijo Jehová: No contenderá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; mas serán sus días ciento veinte años.

Parece que Adán y Eva iban a morir, pero que su muerte no se efectuaba en una edad temprana, sino que gozan de una longevidad que les permitía vivir cientos y hasta miles de años[1], producto no extraer de sí el fruto dador de la vida (lo que les prolonga la vida). Sin embargo, cuando comen de fruto prohibido, esa vitalidad se va de ellos, esa vida que era asimilada en el propio organismo de ellos es expulsada y no queda otra cosa que el vació, las tinieblas. En este sentido es posible entender la sentencia de Gn 2, 17 cuando se les advierte que el día en el que coman del fruto prohibido morirán irremisi-

[1] Adán mismo vivió 930 años (Gn 5, 5), y Matusalén 969 años (Gn 5, 27) –si bien no debe entenderse esto exclusivamente en modo literal y menos a un tiempo cronológico exacto–.

blemente. En Gn 6, 1-2 los hijos de Dios vuelven a pecar a la manera de la transgresión de Adán, lo que genera un acortamiento más pronunciado de la longevidad del hombre. Es decir, sí existe, y es lógico, una relación entre la fornicación o la conservación de la energía sexual y la duración de la vida.
Con todo, esa muerte también implica una muerte espiritual; a partir de la caída original Adán y Eva se distancian de su Creador, crean un puente roto entre el ser humano y el Espíritu, olvidan su primigenia desnudez paradisíaca y conocen el dolor, la enfermedad y la muerte (tanto física como espiritual), misma que sólo podrá ser revertida comiendo de los frutos del árbol de la vida.
Comer del fruto prohibido –como la caja de Pandora– es principio de todas las desgracias. Comer del fruto prohibido es el principio, no sólo de la muerte espiritual, sino de las enfermedades y de la misma muerte física (por cuanto se extrae de sí la substancia vivificadora). Es el principio del destierro, el principio del temor (Adán y Eva se escondieron porque tuvieron miedo), el principio el aislamiento con Dios, el principio de la discordia, el principio del dolor. Los animales (los *yoes* semilla[1]), que antes se sometían a la voluntad del hombre y de los cuales Adán se enseñoreaba, ya no lo obedecieron más, se dispersaron por los montes y se convirtieron en animales salvajes que, inclusive, se devolvieron para atacarle. Pero esto no es sólo una cuestión de un primer hombre, hace miles de años; es una cuestión de todos nosotros, aquí y ahora, pues todos hemos sido engendrados bajo pecado y hemos aprendido a comer del fruto prohibido. Pero todavía hemos hecho más, pues hemos cometido las bajezas más execrables que ni remotamente hubieran soñado nuestros antepasados, de modo que somos dignos merecedores no sólo de la muerte, sino del sufrimiento.

> Ro 5, 12: Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.

La muerte es la consecuencia del pecado, y como todos pecamos todos conocimos la muerte. La primera es consecuencia del segundo, del pecado de nuestros primeros padres. Ese pecado original es la fornicación. Fornicación que debe ser entendida como la expulsión de la simiente y/o el

[1] En este sentido esos animales o *yoes* semilla van a donde vaya el hombre. Y si éste es arrojado fuera del Edén, ellos van con él. Esto explica por qué, cuando Adán y Eva son expulsados del Edén, sin razón aparente, los animales son expulsados también. Todo está en nuestro interior, y lo que no hallemos en nuestro interior no lo hallaremos en ninguna parte. Esos animales hostiles deben ser eliminados, y su sangre asperjada en el muro del templo; una vez que sean eliminados se convertirán en criaturas inocentes, en lo que eran al principio.

orgasmo durante la relación sexual –o sin ella– y no como adulterio, como se ha pretendido hacer creer.
La fornicación es pues, el principio de todo ello; el principio de la muerte, el principio del destierro, el principio del aislamiento con Dios, el principio de la discordia, el principio del dolor, el principio de todos nuestros errores, el principio de todas nuestras desgracias.

El Evangelio Gnóstico de Felipe, en lo que respecta a la muerte, nos ilustra en proverbial manera:

> E. G. Fe 71: Mientras Eva estaba [dentro de Adán] no existía la muerte, mas cuando se separó [de él] sobrevino la muerte. Cuando ésta retorne y él la acepte, dejará de existir la muerte[1].

Una traducción alterna a este último pasaje, reza:

> Si ella entrara nuevamente en él y éste se la tomara en sí, la muerte desaparecería

La fornicación es el principio de la separación, de la disgregación y de la muerte; la fornicación es el principio de los errores psicológicos. Mientras existan errores psicológicos y fornicación no podrá existir retorno ni aceptación; no podrán el hombre y la mujer amarse verdaderamente. En la mujer está la clave parar vencer a la muerte; en ella está la clave para volver al paraíso de delicias, convertidos en potestades semejantes a los dioses.

4.10. ¿ES POSIBLE VOLVER AL EDÉN?

La respuesta es sí. Cuando Adán y Eva comieron del fruto prohibido –algo perfectamente necesario para la adquisición del conocimiento– cometieron, en efecto, una transgresión. Es verdad que la desobediencia está implícita, pero hay una transgresión más concreta, más específica. Su transgresión fue arrancar los frutos que dan vida del árbol prohibido (representación plena de la energía sexual como fruto que genera vida), es decir, arrancar la energía sexual del organismo físico, del árbol que está en la mitad del cuerpo. Las implicaciones de comer de este fruto fueron varias, entre ellas, haber conocido la forma de crear hijos mediante fornicación, mediante el deseo propio, y no bajo la voluntad de Dios, haber conocido la lujuria, el instinto bestial y pasional, además de la ulterior creación de más elementos psicológicos negativos. Desde ese momento la humanidad olvidó la

[1] SANTOS OTERO, Aurelio de. Los Evangelios Apócrifos. Op. cit. P. 401.

desnudez paradisíaca y se acostumbró a la desnudez pecaminosa. El comer del árbol de la ciencia del bien y del mal no es nocivo, el conocimiento, o *gnosis*, del funcionalismo trascendental del universo y del hombre en sí mismo no es un delito. Sin embargo, lo que si deviene mórbido es el hecho de habituarse al mal. En algún modo podemos afirmar que no es nocivo el hecho de que el niño meta sus manos en el fuego para comprobar que el fuego quema, para que esa experiencia quede grabada en todo su ser en forma vívida. Sin embargo, si ese niño vuelve y pone de nuevo sus manos en el fuego una y otra vez en forma ininterrumpida, podemos hablar de una situación patológica, enfermiza, nociva. Y tal es el caso de Adán y Eva –y de nosotros por extensión– que, habiendo tenido el conocimiento del bien y del mal, nos acostumbramos en el mal, nos habituamos al mal. Conocer el mal no es nocivo, quedarse en el mal sí. No obstante, la posibilidad de volver al Edén no se cerró; es verdad que se dispuso de guardianes para custodiar el camino que conduce hacia el árbol de la vida (alegoría que nos indica que los misterios del sexo fueron velados y escondidos), pero en ningún momento hay afirmación alguna en el sentido de que se hubiera vetado para siempre la entrada del hombre al Edén. En efecto, las palabras de Gn 3, 22, y el mismo hecho de disponer de querubines custodios, es un indicio claro de que la posibilidad de volver al Edén y alimentarse con los frutos del árbol de la vida es inminente[1].

4.10.1. No comer más del fruto prohibido

Pero si ese es el caso ¿cómo lograrlo? En principio diremos que no fornicando más; es decir, no arrancando más los frutos dadores de vida del árbol de la vida. Esto supone unión sexual –que no está prohibida–, pero sin la expulsión el *ens seminis* y sin llegar al orgasmo. Esto supone aniquilación de todos los instintos pasionales y lujuriosos que nos llevan hacia ese punto, eliminación de todos y cada uno de nuestros defectos, de modo que pueda realizarse la unión sexual en forma paradisiaca, como los santos, y no como

[1] En el libro del Eclesiástico 44, 16 encontramos lo siguiente: «Henoc agradó a Dios y fue transportado al paraíso, ejemplo para la conversión de las generaciones». Esto implicaría, en principio, que habrían dos formas para volver al paraíso, la primera pacífica y la segunda violenta (por cuanto se deben burlar a los vigilantes que puso Dios para guardar el camino del árbol de la vida). El pasaje de Mateo 11, 12, aun cuando es bastante oscuro el sentido en que deba ser asimilado, podría insinuarnos la segunda de las formas cuando Jesús expresa: «Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan». En este punto pareciera que Jesús aprueba la vía violenta (en el hipotético que existieran ambas vías); sin embargo, toda vez que él hace la voluntad del Padre hasta el último momento, indica que utiliza la vía pacífica.

los gentiles, que no conocen a Dios (*Tob 8, 5*), es decir, como los profanos que gozan extrayendo de su organismo la semilla, el agua de donde procede la vida. Éstos, los fornicarios, no heredarán el reino de los cielos (*1 Cor 6, 9*), pues el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor (*1 Cor 6, 13*), es decir, para la formación del Cristo dentro de nosotros, para que él pueda advenir en forma vívida mediante el agua (nuestras aguas genésicas) y el fuego, para que podamos celebrar una navidad, o natividad, auténtica, legítima.

A Adán y a Eva les estaba permitido ver el árbol, aspirar sus aromas, pero no desgarrar el fruto para satisfacerse con él. Cuando en la Biblia se indica que Adán y Eva comieron del fruto prohibido implícitamente se está señalando que el fruto fue arrancado del árbol y, como hemos venido insistiendo, la simiente –el fruto es simiente a la vez, y permite la replicación del árbol. Nuestra propia energía sexual es fruto, pero es simiente a la vez y permite nuestra propia replicación– no debe ser arrancada del árbol; podemos extasiarnos con el aroma del árbol y con la exquisita fragancia de sus ramas, podemos aspirar sus perfumes –y debemos aspirarlas para que asciendan hacia el lugar de origen–, pero no arrancarlo para morderlo y experimentarlo. Dicho de otro modo, podemos gozarnos del sexo, pero sin instintos bestiales, sin lujuria y sin arrancar el fruto del árbol, sin comernos las manzanas doradas. Cuando el fruto es arrancado del árbol es porque la semilla (*sperma*) y la energía sexual femenina son extraídas, arrancadas del cuerpo. Cuando el fruto no es arrancado, sino que se come en el árbol, es porque se ha gozado de la pasión animal y experimentado el orgasmo sin arrancar el semen ni la energía sexual femenina del cuerpo. Esto, en últimas, es una variante de apartar el fruto del árbol, de arrancarlo, y por tanto, el fruto, necesariamente, resultará arrancado.

El fruto que se arranca y no se come, se pudre, y es delito.
El fruto que se come, ya directamente del árbol o arrancándolo, profana el mandato, y es delito.
El fruto prohibido no debe ni siquiera tocarse (*Gn 3, 3*), es lo sagrado, lo intocable –los órganos sexuales son sólo para la Magia sexual, y no para jugar con ellos–. San Pablo, al respecto, enseña:

> 1 Cor 6, 13: Pero el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo[1].

[1] Resulta evidente que los órganos sexuales no son para fornicar, sino para hacer la obra del Padre, para formar al Cristo dentro de nosotros (Cf. Ga 4, 19).

Ese fruto, dada su propia naturaleza, resulta, de igual modo, profundamente sexual. El árbol viene de la semilla de su propia especie y él lleva en sí la semilla de su propia especie. La semilla (*sperma*) se arroja en el hoyo de la tierra, como en un útero, y ésta –la tierra– fecunda y pare un nuevo árbol. Es evidente que no se necesita arrojar mil semillas en el hoyo para que nazca un árbol, y pueril sería hacerlo.
El hombre viene de la semilla de su propia especie y él lleva en sí la semilla de su propia especie. Esa semilla o simiente madurada y transformada, se convierte en fruto que no se debe arrancar del árbol para no alejarnos de nuestro Edén primigenio, de nuestra huerta paradisíaca.

Sin embargo, todos hemos comido del fruto prohibido –y seguimos comiéndolo–, de modo que es imposible volver al Edén, al jardín de las delicias, mientras subsista la condición básica que nos aleja de allí. Es evidente que, aun fuera del Edén podemos seguir pecando a la manera de la transgresión de Adán, tal como en los tiempos de Moisés (*Ro 5, 14*). Es decir, podemos seguir comiendo del fruto prohibido. Y sabemos que el comer del fruto prohibido es la *causa causorum* de nuestro destierro del Edén. Mientras esa *causa causorum* persista persistirá el destierro. Una vez eliminada la causa que origina el destierro, ya no es más necesario permanecer en la tierra de dolores, sino que podemos volver a nuestro lugar de origen, al jardín de las delicias. Pero ¿cómo hacerlo?

4.10.2. Desnudos y en pareja

En el Edén, en el jardín del amor (por cuanto es el mismo jardín de las Hespérides, cuya estrella guía es Venus) sólo pueden estar los desnudos que son puros, los que no han corrompido el sexo, los que no se han prostituido, los que no se han amancillado con el objetivo de satisfacer su lujuria, sus instintos bestiales, aquellos que no han escupido el agua de la que procede la vida, aquellos que no se han atragantado con el orgasmo. Allá sólo pueden estar los que copulan con pureza, como los ángeles, aspirando los aromas del árbol, haciendo ascender sus vapores sexuales para nutrirse, para vitalizarse con las más selectas hormonas, con las más selectas vitaminas, alimentándose con la semilla de la que procede la vida. El paraíso perdido, como también se le ha llamado, es la pureza sexual perdida. Fruto de ello fueron expulsados Adán y Eva, en pareja. Sin embargo, esto no significa que el hombre y la mujer no puedan volver al Edén, y el mismo hecho que Jehová-Elohim pusiera guardianes para que el hombre no entrara a tomar del árbol de la vida ilustra perfectamente esta situación. Pero ¿por qué no habría de permitirlo? Porque el ser humano se había contaminado,

porque había aprendido a fornicar, a extraer las aguas genésicas, las aguas de las que procede la vida; porque no habría sabido cultivar su propio jardín ni regarlo con las aguas de las que procede la vida. En tales circunstancias ¿qué hacer? ¿Qué pasos seguir para lograr volver al Edén? En primer lugar, no seguir cometiendo el mismo delito que originó su expulsión. Dejar de comer del fruto prohibido es terminar con la causa fundamental del destierro. Una vez que se deja de comer del fruto prohibido no está más el hombre obligado a permanecer en ese destierro. Esto constituye el primer paso. Una vez que ese destierro es anulado –porque se ha anulado la causa fundamental que lo propicia–, puede y debe el hombre y la mujer dirigirse de nuevo hacia el Edén –lo que constituye el paso final–.

> Prv 5, 15: Bebe el agua de tu aljibe y de los manantiales de tu pozo.
> 16: Que el agua de tu fuente no se derrame por fuera, ni tus arroyos por las calles.
> 17: Sé tú solo el dueño de ellas, y no entren a la parte contigo los extraños.
> 18: Bendita sea tu fuente, y vive alegre con la esposa que tomaste en tu juventud.
> 19: Sea ella tus delicias, como cierva y como gracioso cervatillo; sus cariños sean tu recreo en todo tiempo; busca siempre tu placer en su amor.
> (Versión de la editorial Herder, 1964)

Del Edén salimos desnudos y en pareja, y es claro que sólo desnudos y en pareja podremos volver, aspirando los aromas del árbol sin arrancarle los frutos y sin comérselos, bebiendo las aguas de nuestro propio aljibe, aspirando los manantiales de nuestro propio pozo, sin extraer la simiente de nuestro organismo y gozándonos con la mujer de nuestra juventud. Nada más claro como eso y, aunque en forma velada, es posible entrever en los pasajes del libro de Proverbios la doctrina de la transmutación sexual en toda su esencia, en su más simple belleza, la doctrina de la desnudez paradisíaca, la doctrina de la no fornicación, el Gran Arcano A.Z.F., indecible desde los tiempos de Noé.

Desnudos y en pareja salieron del Edén y, en ese mismo orden de ideas, sólo desnudos y en pareja pueden volver al Edén, amándose, prodigándose los más selectos besos y caricias, transformando su desnudez pecaminosa en desnudez paradisíaca, así como era en el principio; sin tener que tapar su sexo ni esconderse porque se ha pecado con él. La unión sexual no está prohibida ni es lo prohibido, pueden y deben hombre y mujer unirse y vencer a la serpiente tentadora –ella es Lucifer, el resplandeciente lucero de

la mañana, Venus, el amor erótico, nuestro entrenador psicológico que propicia nuestras más grandes lecciones y nuestros más grandes victorias–. Es preciso vencer del deseo animal, vencer el ego, el yo, la pasión, la lujuria, el deseo de fornicar, el deseo de copular contra natura y, en general, todo error psicológico, toda pereza, toda codicia, toda lujuria, toda ira, toda gula, toda envidia, toda apetencia, todo vicio, todo temor, toda amargura. Entonces, y sólo entonces, se habrán elevado al reino angélico y las puertas del Edén se abrirán de extremo a extremo. Entonces, y sólo entonces, los querubines guardianes les cederán el paso y la espada ya no se blandirá amenazante porque ya no están más inmundos, porque su desnudez es, de nuevo, sagrada y paradisíaca. Entonces, y sólo entonces –cada Eva son su Adán, y cada Adán con su Eva–, podrán volver al jardín de las delicias y alimentarse con los frutos del árbol de la vida, convertidos en dioses, teniendo toda la sabiduría del bien y del mal –y más allá del bien y del mal–, con la serpiente erguida porque ya no ha caído más, sino que han regresado triunfantes, convertidos en resplandecientes luceros de la mañana, en *Chrestos*, en seres felices e inmortales.

CAPÍTULO 5

MARÍA MAGDALENA: LA ESPOSA DE JESÚS

5. MARÍA MAGDALENA: LA ESPOSA DE JESÚS

La torre del pescado, la fortaleza del pescado.

5.1. ASPECTOS HISTÓRICOS

Hemos accedido, por lo común, a una historia del cristianismo en la que se nos presenta a Jesús como célibe, sin esposa, sin hermanos, sin padre y, técnicamente, sin madre[1]; sin embargo, hemos de recordar que este aislado caso no se corresponde en absoluto con la evidencia histórica si establecemos un cuadro comparativo con los fundadores de las grandes religiones, ni con los dioses de las más importantes leyendas, ni con sus similares de la mitología donde lo usual es encontrar a cada dios al lado de su respectiva diosa, al Hombre al lado de una Mujer[2], sin la necesidad imperiosa de rebajar ni negar a su parentela.

Llama la atención que principios tan importantes como la familia y el matrimonio, ampliamente preconizados por la iglesia de Roma, y cuyos valores trata de preservar en medio de las presiones de nuestro tiempo, fueran una carencia en el fundador del movimiento que ellos representan (o que dicen representar). No obstante, como veremos, esto no se corresponde en manera alguna con la enseñanza que predicó el Cristo que, antes que defender el celibato, se muestra partícipe del matrimonio, misma posición que fue acogida por los gnósticos que, y tal como señala la historia,

[1] Teniendo en cuenta que la religión de Roma argumenta que Jesús no abrió la matriz de María, lo que técnicamente, de acuerdo a la ley judía de entonces, habría sido tanto como aducir que no era su hijo.

[2] Entre los egipcios la esposa de Osiris es Isis; entre los vedas la esposa de Brahma es Sarasvati, y la esposa de Rama es Sita; entre los nórdicos la esposa de Odín es Frigg; entre los budistas la esposa de Siddartha Gautama es Yasodhara; entre los hinduístas la esposa de Shivá es Párvati, al tiempo que la esposa de Krishna es Radha; entre los mazdeístas la esposa de Zoroastro es Hvovi; entre los sumerios la esposa de Tammuz es Innana; entre los náhuatl la esposa de Quetzalcóatl es Itzqueye y, entre los griegos, similar papel juega Ariadna para Dionisos y Deyanira para Heracles (Hércules). En el islamismo la esposa de Muhammad (Mahoma) es Jadiya y, entrando entre las grandes figuras bíblicas, la esposa de Adán es Eva, la esposa de Noé –según la tradición judía– es Naama, la esposa de Abraham es Sara, y la esposa de Moisés es Séfora.
En términos generales, los grandes dioses y caudillos religiosos son mostrados siempre con una compañera o hermana-esposa a su lado. Lo que llama la atención es que el dios cristiano no tenga a una compañera a su lado, si bien es ese mismo dios cristiano quien dice que no es bueno que el hombre esté solo (*Gn 2, 18*) y crea a la mujer para que le acompañe durante toda su vida.

practicaban ciertos ritos sexuales[1], y en cuyos evangelios se puede entrever una función más humana de Jesús.
Y es que realmente lo natural en la historia ha sido el matrimonio. Lo natural es que un hombre se vea atraído hacia una mujer, y viceversa, de similar forma como Adán es atraído hacia Eva en la literatura cristiana. Lo natural es que la reconozca como su complemento, como la otra parte de sí, en síntesis, como su amada esposa. De hecho, esto es un derecho y hasta un deber que no puede negársele a ningún hombre, ni a ninguna mujer; se trata de que, entre ambos, se prodiguen caricias, afecto, protección y ayuda muta, además del hecho de sentirse realizados y de la posibilidad de gozar de una sexualidad madura en un contexto de amor y armonía; se trata, inclusive, del hecho mismo de replicarse, de perpetuarse. Y parece que similar es la postura de Jesús, que abiertamente defiende el matrimonio y, en repetidas ocasiones, sale en defensa de la mujer, incluso salvándola de la muerte.

Sin embargo, la versión elaborada de la iglesia de Roma nos habrá de presentar a un Jesús célibe. Ésta, en su encuentro con el paganismo romano, habría creado un culto híbrido, de modo que, a fin de legar a un punto de encuentro con la religión pagana, el paganismo se cristianizó y el cristianismo se paganizó. No podemos desconocer que el cristianismo romano, en mayor o menor grado, fue una religión que se creó artificialmente para favorecer los intereses del imperio de Roma. Como quiera que bajo el reinado de Constantino I el Grande el cristianismo se oficializó, y como quiera que no podía presentarse al fundador de la religión naciente como un ser mortal para competir con los grandes dioses del paganismo, es natural que debían depurarse un poco los textos primitivos y darle a Jesús un aire menos humano y, a un tiempo, más divino. En todo este universo de marismas que amenazaban con disolver el imperio era preciso utilizar a la religión como un instrumento político, y Constantino, consciente de esto, intervino para procurar que la misma iglesia –que a la fecha reportaba incongruencias abisales en sus aspectos de doctrina, mismas que era necesario normar y regularizar– lograra consistencia, de modo que no se disolviera ante las amenazas internas y de doctrinas en boga como el arrianismo.
Así las cosas, el mismo Constantino convocó y presidió el concilio de Nicea en el año 325, donde, luego de no largos debates, se llegó a la conclusión de

[1] Es verdad que existieron grupos gnósticos que practicaron el celibato total o parcialmente, lo cual resulta una desviación análoga al celibato que practica la católica en nuestros días debido a errores en la interpretación de la enseñanza. Lo usual es que se preconice la noción del matrimonio o se le reconozca como el estado cumbre del hombre propicio para hallar la divinidad, y así está consignado en los Evangelios Gnósticos de Nag Hammadi.

que había una religión y un hombre divino. Esto, junto con la emisión del credo antiguo, habrá de ser un gran instrumento a favor de que la naciente iglesia secta católica logre consistencia y autoridad. Sin embargo, la iglesia de Roma no se contentaría todavía. Una vez hecho esto, y una vez que la oficializada religión católica se sintió con suficiente poder, luchó con avidez contra lo que juzgó y calificó de herejía, resultando vencedora –con el favor del imperio–. Lo que, de ahora en adelante, no se alienara con el dogma que ellos habían propuesto debería ser suprimido. En este lapso se prohibieron los demás libros y evangelios cristianos, so pena de morir. Para este periodo, padres de la iglesia como Epifanio (315 – 403 d.C.) autor del tratado *Contra la herejía*, ya había escupido todo su veneno contra las doctrinas que él consideraba que vivían en la inmoralidad. No es tampoco de grato recuerdo el nombre de Ireneo (140 – 202 d.C.) quién ya había combatido con bastante sátira a los gnósticos.

Es verdad que el gnosticismo practicaba, y practica, ritos sexuales; pero éstos, mal llamados santos, calumniaron la doctrina gnóstica y llegaron al extremo de afirmar que se usaba emisión seminal, homosexualidad y hasta sangre menstrual dentro de los ritos. Pero éstos, acaso horrorizados del invento de su propia inmoralidad, decidieron recluirse como monjes en las piedras, se convirtieron en puritanos cenobitas y rechazaron a la mujer y a todo lo que tuviera matiz sexual. Así las cosas, es natural que el Cristo a que ellos accedieron, por necesidad forzada de las circunstancias, devino célibe y hubieron de depurarse los evangelios, de suerte de eliminar la parte humana de un hombre al punto de convertirlo en un dios, divinización esta que, por un lado, convenía para la aceptación de la iglesia, para su expansión y, por supuesto, para la supresión de las doctrinas adversas, lo cual, evidentemente, resultaba un negocio bastante atractivo e irresistible. Y no es de extrañar que desde entonces, en la enseñanza cristiana oficial, se hable de un Jesús célibe y que toda alusión a un matrimonio suyo suene, como en otros tiempos, a herejía que es preciso acallar y combatir, aunque sea sin argumentos. No obstante, y como ya hemos observado, consideramos que los encargados de maquillar la doctrina no fueron lo suficientemente hábiles para eliminar toda la evidencia y que todavía es posible, si se busca con ojo avizor, encontrar la luz en medio de las tinieblas a que se aferran.

Éstos –los portavoces de la católica– resultan demasiado paradójicos pues, aunque hablan de matrimonio y de familia, se recluyen como hongos en las piedras y, hombres y mujeres, huyen los unos de los otros y, al hacer al fundador de su movimiento (al menos es lo que alegan) como a uno igual a ellos, desconocen, con ese mismo hecho, el derecho de hallar la máxima

plenitud humana. Desconocen que tener una familia es un derecho y hasta un deber que no puede negársele a ningún hombre, ni a ninguna mujer. Al contrario, se trata de que entre ambos se prodiguen caricias, afecto, protección y ayuda muta, además del hecho de sentirse realizados y de la posibilidad de gozar de una sexualidad madura en un contexto de amor y armonía (tal como habría sucedido con Adán y Eva en el principio); se trata, inclusive, del hecho mismo de replicarse, de perpetuarse y de sentirse amado. Incluso en nuestros días la familia se percibe como la célula básica de la sociedad, y el hecho de constituirla no se percibe como algo maligno; el matrimonio en sí mismo no es algo maligno, ni debe mirarse a la mujer con ningún recelo ni desdén. Jesús mismo no la mira con ningún desdén y, por el contrario, la ama y sale en su defensa. El mismo Génesis nos ilustra en el sentido en que mujer y hombre deben unirse y ayudarse mutuamente.

> Gn 1, 27: Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó.

Sería absurdo suponer que el hombre sin la mujer es un ser completo. Si la mujer no fuera necesaria en el proceso creacional Dios no la hubiera hecho; si el hombre se hubiera bastado a sí mismo, Dios no le hubiera hecho una mujer para que fuera su complemento y su ayuda idónea. Y todavía va más, pues dice: NO ES BUENO QUE EL HOMBRE ESTÉ SOLO (*Gn 2, 18*). Si Dios los creó varón y hembra quizás sea porque deben permanecer así, juntos, en pareja. Ahora bien, si el celibato fuera una verdad universal ¿qué habría pasado si este Adán, objetando estar más cerca a Dios, rechaza a la mujer –que para él fue creada, por cierto– y opta en este primer instante por el celibato? Incuestionablemente la idea del celibato, a la luz de todo esto, parece ser un absurdo, y hasta un reto a la voluntad de Dios.

5.2. EL MATRIMONIO: EL PRIMER MANDAMIENTO

5.2.1. El Matrimonio: Función natural

En la cultura judía de los tiempos de Jesús, lo más natural era que un hombre fuera casado[1], y existía una noción muy arraigada de un pueblo bendecido por Dios cuya descendencia sería como las estrellas del cielo (*Gn 15, 5*). De hecho hasta se había dicho que no habría entre ellos ningún varón ni hembra estéril, y esto de por sí ya supone la perpetuación del linaje, y por

[1] Excepto ciertas comunidades minoritarias como los esenios, si bien había un grupo que sí contraían matrimonio.

ende, el casamiento. Inclusive las largas genealogías que nos presenta frecuentemente la Biblia dicen bastante acerca de lo orgullosos que estaban los judíos de sus linajes y la suma importancia que daban a los aspectos de reproducción y familia. En efecto, existen varias razones por las que es posible inferir la función natural que el matrimonio revestía entre la cultura judía que, inclusive, van más allá de la misma función natural y se ligan a una obligación religiosa –por cuanto el no dejar descendencia era visto como una suerte de maldición y de reto a la voluntad de Dios–. Veamos:

- La promesa de una nación numerosa
- La fertilidad como bendición
- Los sacerdotes eran casados y dejaban linaje
- El matrimonio se daba en la juventud de ambos cónyuges
- Promesa de un Mesías salvador (lo que se convertía en un incentivo para la proliferación para, eventualmente, darlo a luz).
- Estado de sitio (en donde se pugna por mantener y hasta aumentar el nivel demográfico)
- Expectativa de vida corta
- En la sociedad judía estaba muy mal visto que un hombre se mantuviera célibe.

En efecto, una familia fértil era considerada una familia bendecida por Dios. Por el contrario, un hombre o una mujer estéril eran tenidos como maldición (*Lc 1, 24-25*), y tal condición se constituía en una suerte de castigo debido a que no podían dejar linaje.

> Dt 7, 14: Bendito serás más que todos los pueblos; no habrá en ti varón ni hembra estéril, ni en tus ganados.

Al contrario de lo que ocurre en nuestros tiempos, los sacerdotes y rabinos de los tiempos de Jesús debían casarse, pues el hecho de mantenerse célibe era considerado como una afrenta a Dios. De hecho, lo más natural era que todo hombre y mujer se casara y dejara descendencia para honrar el nombre de Dios y, a su vez, demostrar con ello su bendición. El celibato no era bien visto y era censurado por los ancianos de la sinagoga que lo consideraban (y consideran aún) como algo verdaderamente pecaminoso y, aun cuando es verdad que un célibe, en un modo excepcional, podía llegar a ser rabí, no podría llegar a ser estimado por la multitud y, lo que es más, llegar al punto de ejercer un ministerio público sin recibir críticas por su soltería. La virilidad, en el sentido de capacidad de reproducir, era algo sumamente

apreciado en la tradición judía, tanto que se prohibía el ingreso a la congregación a todo aquél que tuviera los testículos magullados o amputado el miembro viril[1]. Esto dice bastante acerca de la percepción de la fertilidad entre los judíos, y lo mal visto que habría sido para un Rabí ejercer un ministerio en el caso que fuese soltero. Y este habría sido el caso de Jesús que, para ejercer su ministerio, habría tenido serios problemas si no hubiera sido casado. En efecto, y tal como señalan los expertos, el silencio rotundo en los evangelios canónicos en lo que respecta al estado civil de Jesús, fuera de suponer su soltería, lo único que produce es una creciente duda respecto al mutismo de uno de los aspectos más importantes en la cultura hebrea. El hecho de que no se mencione que era casado no quiere decir que no lo fuera. De hecho, en ninguna parte de los evangelios canónicos dice que no lo estuviera. Lo más natural es que hubiera contraído matrimonio, de otro modo se habrían originado varias situaciones que habrían estado obligados a enfrentar en el decurso de su vida pública. Veamos:

- Si Jesús no hubiera estado casado, al menos alguno de los evangelios lo habría mencionado y hasta habría ofrecido alguna explicación o justificación respecto de aquella circunstancia excepcional
- Se habría usado ese hecho para caracterizarle e identificarle
- Un hombre con más de treinta años, sin casarse, predicando el celibato, habría sido demasiado llamativo, exótico y, en últimas, hasta insultante a la tradición y a la ley judía (sin embargo, no vemos que los judíos le anatemicen en este sentido).
- Habría sido una de las acusaciones que se habría usado en su contra (pero no fue así, ni siquiera por parte de sus enemigos más enconados)
- Un Jesús célibe y sin hijos hubiera sido motivo de escándalo por atentar contra el matrimonio, el primer mandamiento, y por divulgar una doctrina contraria a la voluntad de Dios
- Se habría visto obligado a explicarlo a lo largo de su vida pública o inserto en sus enseñanzas
- Habrían corrido rumores de fundar una camaradería de homosexuales

Indiscutiblemente, de no haber sido casado, sus más acérrimos enemigos le habrían identificado y caracterizado como *Jesús el célibe* o, de modo más

[1] Dt 23, 1: No entrará en la congregación de Jehová el que tenga magullados los testículos, o amputado su miembro viril. (V. a. Lv 21, 20).

ácido, como *Jesús el castrado*, máxime que él también era, o fungía al menos, como Rabí (y así era llamado frecuentemente). Esto habría sido una bofetada para los Rabís de la época pues, para entonces, habría sido irrisorio que un soltero aspirase a ser Rabí y fungiese como rey y sacerdote. Sin embargo, llama la atención que, en medio de los más feroces ataques que lanzan sus opositores, no se le endilgue nada de eso –lo que indica claramente que no podían imputarle un comportamiento de célibe–, al paso que buscan atacarle mediante otros modos, inclusive por cosas sin importancia. Esto, por supuesto, habla de manera decidida con respecto a que Jesús era casado. El hecho que no se mencione que estaba casado sugiere, no que no lo estuviera sino, paradójicamente, todo lo contrario. Y, después de todo, muchos de los discípulos de Jesús eran casados. Si Jesús hubiera predicado la noción del celibato y del repudio hacia la mujer, muy posiblemente se hubieran divorciado o hubieran dejado de contraer matrimonio; después de todo, si estuvieron prestos a morir, que era el reto mayor, cuánto más pronto no hubieran preferido el celibato, que era el reto menor. Pero después de todo, el mismo Jesús dijo que él no venía a abolir la ley de Moisés, sino a darle cumplimiento. De este modo, es imposible que Jesús predicara la noción del celibato y, muy al contrario y de acuerdo a la tradición, lo más posible es que hubiera contraído nupcias. La falta de referencias con respecto a lo que su presunta soltería hubiera suscitado es inexistente y, por consiguiente, podemos pensar que, más bien, esa soltería era inexistente y que se ajustaba de lleno a los convencionalismos de la época. Incuestionablemente, el mismo hecho que no se mencione hace pensar que era algo tan obvio que se daba por hecho (por cuanto era judío y, muy probablemente, hasta Rabí[1]), y hubiera resultado tan intonso mencionarlo. Esto explica de modo satisfactorio el silencio que guardan los evangelios canónicos al respecto, no obstante, sigue siendo extraño que no se mencione a su esposa, es como si ella resultara impresentable[2], o como si su nombre hubiera sido borrado adrede de la historia, cosa que no resultaría del todo improbable porque, como hemos visto, y dadas las circunstancias del tiempo, fue preciso divinizar a Jesús, y hasta suprimir sus facetas más humanas.

[1] El matrimonio de un Rabí no era una cuestión solamente probable, sino cierta. La ley, inclusive, obligaba a los sacerdotes a tomar una virgen de entre su pueblo.

[2] Con respecto a este silencio algunos autores han comentado varias causas: entre ellas que no se le menciona por resultar impresentable, caso de ser una prostituta, o alta prostituta (en cuyo sentido hemos de entender a una mujer sacerdotisa encargada de oficiar ritos sexuales). También se dice que puede ser que Jesús tuviera una compañera sexual que no fuera su esposa, que no hubieran contraído nupcias por el rito judío, que ella fuera una sacerdotisa pagana, o que hubiera sido borrada adrede, entre otras.

5.2.2. El matrimonio: El primer Mandamiento

El hombre, la humanidad toda puede prescindir de muchas cosas para su estabilidad, supervivencia, continuidad y perdurabilidad, pero dos cosas son invariables: alimento y reproducción. Y juntas están contempladas en las primeras líneas del texto bíblico.

Si una pareja decide tener un hijo y se lo matan, bien puede ese hombre y esa mujer considerar al homicida como a un sujeto contrario a la vida y a la voluntad que ellos tuvieron al engendrar a ese hijo. Si un hombre exterminara a la humanidad, bien podría considerarse a ese hombre como a un sujeto contrario a la vida y reto a la voluntad de Dios. Si todos los hombres y mujeres, bajo el sofisma del celibato, decidieran recluirse como hongos en las piedras, la humanidad desaparecería en cuestión de sólo unas cuantas décadas. El profesar esta doctrina implicaría, de hecho, atentar contra la obra cumbre de Dios y retar su voluntad. Profesar esa doctrina sería, por poco, profesar una doctrina de demonios (Cf. *1 Tim 4, 1-3*) en que se propende por la extinción de toda vida y, en últimas, resulta incuestionablemente que con eso terminaría todo.

Pero la cuestión es bien diferente; la cuestión es que la vida requiere de alimento y reproducción, ante lo cual, nociones como celibato significan muerte. Por tanto, el matrimonio, la unión de hombre y mujer no es sólo una ley espiritual sino biológica, y hasta material, inherente a la estabilidad y continuidad de la vida, y toda pretensión en su contra es poco menos que un absurdo, y así lo entiende hasta el mismo Génesis.

> Gn 2, 20: Y puso Adán nombre a toda bestia y ave de los cielos y a todo ganado del campo; mas para Adán no se halló ayuda idónea para él.
> 21: Entonces Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar.
> 22: Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre.
> 23: Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada.
> 24: Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne.
> 25: Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban.

Lo interesante de todo esto es que Dios no hace ninguna recriminación ni se muestra contrario, lo que implicaría un absurdo pues esa misma fue su

motivación para crear a la mujer, para que fuera ayuda idónea y para que se juntaran en un solo vínculo, lo que prácticamente es una auténtica proposición matrimonial, no ideada por la mente del hombre, sino planificada y ejecutada por el mismo Dios. Así las cosas, y como ya se ha entrevisto, el matrimonio es el primer mandamiento; y aún más, por transposición, al decírsele al primer Adán que se multiplicara y fructificara (*Gn 1, 27-28*), lo que lleva implícito el matiz de unión sexual y, en último término, el del matrimonio, y que se constituye, en estricto rigor, en el primer mandamiento, en la primera ordenanza que Dios da al hombre. ¿Acaso habría hecho Dios al hombre y a la mujer para que vivieran separados? ¿Acaso le habría agradado a Dios que, tan pronto se hubieran visto, sintieran desdén y hasta repulsión el uno por el otro y se hubieran alejado en direcciones opuestas para vivir como monjes y monjas, el uno sin el otro, enclaustrados entre piedras? Tal parece que no, inclusive hasta puede decirse todo lo contrario: que el hombre se hizo para la mujer y la mujer para el hombre y que, tan pronto se reconocen, se unen sexualmente en el Edén (Cf. *Gn 1, 28; 2, 23-25*), completamente desnudos, pero sin ningún tipo de impudicia. Y en este sentido no creemos que Jesús tuviera una posición diferente; todavía más, si es verdad que Jesús era parte de la divinidad universal, parece absurdo que se desajustara al pensamiento y voluntad primigenios de Dios, que fuera en contra de sí, de su propia naturaleza y determinaciones, sino que más bien debería saber que el hombre se hizo para la mujer, y viceversa; es decir, debería ser defensor acérrimo del matrimonio. Y así lo podemos constatar en los mismos evangelios.

> Mt 19, 4: Él (Jesús), respondiendo, les dijo: ¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dijo:
> 5: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne?
> 6: Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre.
> 7: Le dijeron: ¿Por qué, pues, mandó Moisés dar carta de divorcio, y repudiarla?
> 8: Él les dijo: Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; mas al principio no fue así.

> Mc 10, 4: Ellos dijeron: Moisés permitió dar carta de divorcio, y repudiarla.
> 5: Y respondiendo Jesús, les dijo: Por la dureza de vuestro corazón os escribió este mandamiento;
> 6: pero al principio de la creación, varón y hembra los hizo Dios.
> 7: Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer,

> 8: y los dos serán una sola carne; así que no son ya más dos, sino uno.
> 9: Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre.
> 10: En casa volvieron los discípulos a preguntarle de lo mismo, y les dijo:
> 11: Cualquiera que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra ella;
> 12: y si la mujer repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio.
> (V. a. Mt 5, 31; Lc 16, 18)

Y no hace falta decir más. Es evidente la defensa acérrima que Jesús hace del matrimonio, al punto de referirse al Génesis como evidencia primigenia de ese vínculo. Ahora bien, lo que sí sería bastante intonso por parte de Jesús sería hacer una defensa copiosa del matrimonio y él mismo seguir el camino opuesto, el del celibato, pues en ese caso ¿qué ejemplo, que autoridad tenía? Y más intonso todavía, por parte de nosotros, sería pensar que luego de hacer tanto denuedo a favor del vínculo matrimonial, Jesús realmente fuera célibe. Lo correcto, lo que se esgrime de sus palabras hace pensar que, o bien, estaba ya casado, o bien, en vísperas de hacerlo. Porque una cosa sí es segura y es que, en el esquema mental y hasta emocional de Jesús el matrimonio descollaba como una cuestión invariable, de obligatorio cumplimiento, a la altura de las verdades inmutables (y difícilmente podría ser de otra manera). ¿Acaso diría Jesús estas palabras si, en su fuero interno, propugnara por la idea del celibato? Es evidente que no. El hombre, desde el génesis, en cuanto vio a su varona dijo: «Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne. Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban» (*Gn 2, 24-25*). No hay nada que sugiera que Jesús era promotor del celibato, muy al contrario, con esto, el matrimonio se convierte en una ley, en un derecho y un deber del hombre, y el que Jesús se muestre a favor de ello es más que comprensible. Y, de hecho, algunas de sus enseñanzas nos permitirían inferir que habla como un hombre casado. Por ejemplo, el mismo Jesús dice que si alguien mira a una mujer para codiciarla ya adulteró con ella en el corazón (*Mt 5, 28*). De este modo, tenemos que el acto externo es sólo el reflejo del acto interno, de las motivaciones psicológicas. Así las cosas, si un hombre piensa en hurtar, aunque las circunstancias externas se lo impidieran, de hecho ya es un ladrón; y si un hombre piensa en matar y acomete todo el programa mental para ello, aunque no lo logre, de hecho, y por derecho propio, ya es un asesino puesto que tiene dentro de su universo psicológico los elementos que originan un asesinato, siendo el hecho concreto, físico, una mera materialización de esos elementos psicológicos internos. Desde esta

perspectiva, es innegable que Jesús contemplaba muy en serio el matrimonio dentro de su universo psicológico y, con bastante probabilidad de verdad, lo hubiera llevado a cabo. En caso de no estar casado al tiempo de su crucifixión tenemos que la muerte eliminó cualquier posibilidad; pero lo más interesante no es eso, sino que, si alargamos la vida de Jesús y concatenamos las circunstancias propicias y una mujer adecuada, casi que invariablemente, y teniendo en cuenta el esquema psicológico de Jesús con respecto del matrimonio y de la unión de las dos mitades al punto de hacerse una, tenemos en nuestro horizonte la escena de un Jesús casado, tal como su denodada defensa del matrimonio, y el matrimonio mismo como primer mandamiento, y su divinidad –que contempla la continuidad de la especie como propicia a la voluntad divina– sugieren. Y nada hay de malo en todo ello. Como hemos visto, malo hubiera sido un ejemplo de celibato, un atentado directo, y sin ningún tipo de atenuante, a la voluntad primigenia de Dios, a los lazos de familia, a la continuidad misma de la especie.

5.2.3. El hombre se hizo para la mujer y la mujer para el hombre

El sólo hecho de que Dios haya creado al hombre y a la mujer es una aprobación implícita del matrimonio –matrimonio que no requiere del aval de un obispo, sino solamente de la decisión de Adán y Eva de unirse–. El sólo hecho de que Adán, tan pronto ve a Eva, la asimile como una parte de sí mismo, indica, acusa, reivindica el hecho de que tanto hombre como mujer se hicieron para vivir juntos, para compartir juntos, para unirse mutuamente y hacer una obra digna y paradisíaca.

> Gn 2, 20: Y puso Adán nombre a toda bestia y ave de los cielos y a todo ganado del campo; mas para Adán no se halló ayuda idónea para él.
> 21: Entonces Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar.
> 22: Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre.
> 23: Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada.
> 24: Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne.
> 25: Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban.

Adán, aun cuando tenía las dos fuerzas de la naturaleza en sí, necesitaba un complemento externo, necesitaba a la mujer, vivía en desasosiego y no

encontraba ayuda idónea para él. En este punto, tal debió de ser su sensación de ser vacío y de ser incompleto, que Dios interviene, lo sumerge en sueño y de él mismo, del hombre, hace a la mujer (pero nótese que si Dios saca a la mujer, el complemento femenino, del hombre, es porque, de algún modo, esa mujer ya estaba en él. Adán tenía las dos fuerzas de la naturaleza en sí). Entonces, y sólo cuando la mujer es traída al hombre, éste exclama:

> Gn 2, 23: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada.
> 24: Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne.

El hombre sin la mujer no es nada, ella es su bello complemento y su ayuda idónea, como nos enseña el relato bíblico. Y, una vez la mujer es creada y puesta delante del hombre, éste la reconoce de inmediato como algo suyo, como una parte de sí, como hueso de su hueso y carne de su carne.[1] Incuestionablemente el matrimonio es un mandato, un derecho y un deber de todo hombre y de toda mujer, previsto inclusive con anticipación porque él, Dios, no se muestra contrario a todo esto ni les amonesta; lo cual es muy lógico porque él mismo fue el que lo originó; como hemos dicho, esto es algo previsto por él y absurdo sería suponer que Dios no sabía lo que pasaría luego de que los presentara, desnudos en el Edén (cosa que acaso pueda molestar a los puritanos que creen que fueron fecundados y paridos por el viento o por alguna piedra).

Así las cosas, el celibato hasta parece como una deformación que nunca debió el hombre cometer. Esta idea lleva implícita cierto desdén por la mujer, y viceversa; incluso es rechazarla, creerse más que Dios y rehusarse a tomar su ayuda idónea y, con ello, cometer el delito de desobediencia porque el mandamiento es unirse e, inclusive, dejar progenie. Si el hombre, una vez presentada la mujer no obedece, sino que la rehúsa y corre a esconderse como un hongo en una caverna, creyéndose el más cercano a Dios, realmente, con ese acto ¿será el más cercano a Dios? ¿Podría estar seguro que no está cohibiendo su obra creacional y la prolongación de su máxima obra, la culminación de su papel arquitectónico? Si todos los hombres y mujeres nos fuéramos de célibes la humanidad desaparecería en sólo cuestión de décadas, originando la extinción y diezmación en masa más rápida y letal de la que se tenga historia. Y, con esto, sin discusión alguna, no seríamos unos ayudadores de la obra del Eterno sino que optaríamos por el

[1] Freud sostiene que el sexo es la base de todas las religiones y, con lo que expone el libro del Génesis, no parece alejarse demasiado de tal aserción.

papel contrario, por acabar su obra. Si Adán y Eva se rechazan mutuamente ¿qué pasa? Incuestionablemente termina todo. Por fortuna no pasan así las cosas y, por el contrario, se reconocen como el complemento idóneo, como la otra mitad de su ser, y se aprestan a juntarse; y lo mejor de todo es que sucede de una forma natural y espontánea, no forzada, lo que viene a ilustrarnos que, en últimas, toda doctrina que se yerga en contra del matrimonio no puede ser menos que una idea retorcida y antinatural.

5.3. JESÚS: EL HOMBRE, EL HUMANO

No hay referencia alguna de que a Jesús le hubieran crecido las uñas ni tampoco referencia alguna con respecto a que se hubiera enamorado.

5.3.1. Jesús: el hombre, el humano

Un humano, por su condición de humano, está expuesto a todas las vicisitudes y manifestaciones físicas, biológicas y psicológicas inherentes a dicha naturaleza. Y un humano normalmente sufre, ríe, ama, experimenta el odio, etc. Jesús, en este sentido, no parece haber sido una suerte de ente incorpóreo toda vez experimentó todas estas manifestaciones y, tal como sostiene una gran mayoría: fue humano[1]. Pero todavía más, es posible afirmar que Jesús no solo vivió como hombre, sino que sufrió y sintió como hombre. Divinizar al Cristo hebreo no es algo que se pueda ni deba reputar de nocivo; es un derecho que le corresponde sobradamente, y así fue entendido por los legítimos cristianos primitivos, que fueron los primeros en ver en él al Cristo y al Logos. Pero, por otra parte, esto no debe convertirse en inconveniente para identificar y reconocer el aspecto humano de Jesús, el hombre que ama, que se exalta, que llora, que come, que habla, que tiene sed, que se siente abandonado, que se enfada, que suda, etc. Y así lo podemos evidenciar en varias situaciones podemos entrever que:

- Lloró (*Lc 19, 41-42; Jn 1, 35; Jn 11, 35*)
- Estuvo triste (*Mt 26, 37-38, Mc 14, 33-34; Jn 11, 33; 38*)

[1] Eso no significa negar su divinidad. Es evidente que su condición de humano no es inconveniente para que logre divinizarse y encarnar la sustancia Cristo y, por consiguiente, convertirse en Cristo. De este similar modo, es evidente que la divinización no implica la imposibilidad de vivir circunstancias humanas –pues son precisamente éstas las que permiten dicha divinización–. Es precisamente el hecho de sobreponerse a esa naturaleza humana y de vencerla lo que posibilita la divinización. Y resulta evidente que, Jesús, desde su posición como humano lo hizo; no en vano cita Pablo en He 4, 15 que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.

- Sintió hambre (*Mt 4, 2; 21, 18; Mc 11, 12; Lc 4, 2*)
- Tuvo sed (*Jn 19, 28*)
- Se angustió (*Mt 26, 37; Mc 14, 33; Lc 22, 44*)
- Suplicó (*Mt 26, 39; 42; 44*)
- Se alegró (*Lc 10, 21; Jn 20, 16*)
- Se enfadó (*Mt 21, 12-13; Mc 3, 5; 11, 15-16; Lc 13, 31-32; 19, 45*)
- Sudó (*Lc 22, 44*)
- Comió (*Mc 2, 16; Lc 4, 2; 7, 34; 24, 43; Jn 21, 10-15*)
- Se sintió abandonado (*Mt 27, 46; Mc 15, 34*)
- Amó (*Mc 10, 21; Jn 11, 3; 5; 13, 23; 15, 12-13*)
- Se mostró indiferente (*Mt 15, 22-26; Lc 10, 40-42; Jn 11, 6*)
- Dudó (Señala que ha de ser crucificado para que se cumplan las escrituras, pero luego tiene la esperanza de no ser crucificado cuando pide al Padre que si es posible no le haga beber de esa copa)
- Se mojó (*Mt 3, 16; Mc 1, 10; Jn 13, 5*)
- Dijo palabras subidas de tono (*Lc 13, 31-32*)
- Caminó (inclusive sobre las aguas)
- Hizo insurrección (contra el sistema religioso corrompido de esos tiempos[1])
- Se asombró (*Mc 6, 6*), etc., etc., etc.

Él experimentaba verdaderamente los sentimientos humanos y estaba sometido a las flaquezas de la condición humana y hasta era susceptible de caer en la tentación. Esto lo avala el mismo hecho de ser tentado, pues, si no existe la posibilidad, la sola noción de tentarlo carece de sentido[2]. Lo curioso de todo esto es que no se dice de forma explícita que se hubiera enamorado. Es decir, el Jesús que experimenta todo esto, que es capaz de angustiarse, de enojarse, de alegrarse, etc., es, por otro lado, incapaz de enamorarse. Y, en este sentido, hay algo que no concuerda; uno realmente se siente movido a no aceptarlo. Si bien se dice que amó, en los evangelios canónicos este amor

[1] Sistema religioso que, por cierto, se asemeja al sistema religioso corrompido de nuestros tiempos. No es necesario parar por ninguna iglesia, adherir a ningún sistema de creencias o tributar diezmos para auto-conocerse. Dios está en el interior de cada persona, y es allí donde cada persona debe buscarlo.

[2] Como carece de sentido tratar de tentar a Dios. Por ejemplo ¿usted contrataría a una mujer exquisita que haga una danza exquisita para Dios, con el motivo que, acaso, Dios caiga en tentación con ella?

es más filial y, en el aspecto de la capacidad para enamorarse de Jesús, nos distancia del todo y nos presenta una imagen claramente falsa pues ¿acaso hay un humano que no que enamore? Y es claro que no hablamos aquí de un amor filial. Si Jesús realmente, como dice Pablo, fue en todo semejante a nosotros (*He 2, 17; 4, 15*) –excepto porque no fue un pecador y, al contrario, lo condenó en la carne (*Ro 8, 3*)–, en su condición de hombre (*Fil 2, 8*) ¿por qué no iba a amar a una mujer como mujer?

> He 5, 8: Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia;
> 9: y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen.
>
> He 2, 17: Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso.

¿Era desobediente e imperfecto de modo que hubo de aprender la obediencia y ser perfeccionado? ¿Debía soportar la crueldad para aprender la misericordia? Negar la profunda naturaleza humana del Cristo hebreo no parece ser algo correcto y hasta se convierte en un acto de negación de su divinidad por cuanto se niega su proceso de divinización y las circunstancias humanas a las que se enfrento para lograrlo. En otras palabras, si Jesús fue creado como Dios, si dignidad no tienen ningún mérito. Pero si fue creado como humano, sometido a todas las falencias y vicisitudes humanas y él, mediante supremos esfuerzos y sacrificios, logró convertirse en el Cristo por excelencia, entonces su mérito tiene todo el provecho y toda la dignidad. Si Jesús fue creado como Dios y vino a nosotros a enseñarnos cómo lograr la perfección, entonces nuestra lucha por lograr un cambio en nuestras vidas es poco menos que imposible; pero si fue creado como hombre y logró la perfección, es el mejor modelo de que nuestra lucha todavía tiene sentido.

Sin embargo, algunos parecen haberse confabulado para permitirle a Jesús angustiarse, enfadarse, tumbar mesas, decir palabras fuera de tono, mostrarse indiferente, menos enamorarse. Todo menos ello. Pero si Jesús no se hubiera enamorado, entonces ¿cómo es que defiende en forma tan denodada la unión del hombre y la mujer? Si Jesús no se hubiera casado ¿cómo es que defiende en forma tan expresa el matrimonio?

> Mt 19, 4: Él [Jesús], respondiendo, les dijo: ¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dijo:
> 5: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne?

> 6: Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre.
> (V. a. Mc 10, 2-12; Lc 16, 18)

5.3.2. El celibato

El celibato consiste en no tomar a una mujer como esposa (en el caso del hombre), o a un hombre como esposo (en el caso de la mujer) y, teniendo en cuenta sus implicaciones, se constituye en un atentado contra la vida y contra la continuidad de la especie que, inclusive, de adoptarse en forma masiva por toda la humanidad, vendría a significar su extinción apenas en unas cuantas décadas (peor al poder de destrucción de cientos de bombas atómicas). Pero más allá de la extinción que su noción presupone, esto representa también una incapacidad profunda de amar a un hombre o a una mujer[1]. En la antigüedad todo sacerdote debía ser casado y, para tal efecto, tomaban una virgen de su pueblo y la convertían en su mujer (*Lv 21, 7; 21, 13; Ez 44, 21-22; Sal 78, 64*), y hasta tenían una progenie numerosa (*Ex 2, 16; Lv 21, 9*). Si Adán, en el momento en que le es presentada Eva, la hubiera rehusado y hubiera optado por recluirse, célibe, en una piedra, de nada le habría servido a Dios crearlo a él o a ella pues, Adán, con su aptitud lo destruye en un segundo. Por fortuna esto no acontece y, todo lo contrario, la reconoce como su perfecto complemento, por la que abandonará padre y madre para allegarse a ella.
A decir verdad, no es bueno que el hombre esté solo, y esto mismo dice el Dios del Génesis.

> Gn 2, 18: Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él.

Pero, si Dios mismo considera que no es bueno que el hombre esté solo; si, para que no esté solo, crea a la mujer; si Adán, cuando la ve, la reconoce e, intuitivamente, sabe que habrá de unirse a ella (*Gn 2, 24*) –este unir es sexual–; si todo sacerdote tomaba una virgen de entre su pueblo y la hacía su mujer; si el mismo Jesús lo ratifica y añade que *lo que Dios juntó no lo separe el hombre* (*Mt 19, 6*), ¿de dónde surgió, entonces, la noción del celibato? ¿Creen ustedes que dicha noción se corresponde con la necesidad de amar? No

[1] Es normal un celibato fruto de circunstancias fortuitas o cuando el mismo, aunque existente, no hace parte de la filosofía ni constituye el propósito del individuo; pero es claro que hemos de condenar ese tipo de celibato enfermizo e irredento que sólo conduce a la degeneración sexual, sin transmutación ni sublimación que posibilite llegar a la iniciación o evitar las consecuencias desastrosas que ello implica.

decimos que un soltero no pueda amar, ni que se pueda sentir un amor filial, sino que predicar el celibato es prohibir y cercenar la posibilidad de amar como hombre y como mujer, es poner una barrera al hecho que entre ambos se reconozcan iguales y que se unan, que hagan de las dos carnes una, y que se adoren.

Y, cómo es lógico, Jesús no se opone a esa unión. Todo lo contrario, la ratifica. Así las cosas, que Jesús fuera un hombre casado resulta mucho más coherente; después de todo enamorarse no es un delito, amar a una mujer no es un delito, casarse no es un delito. El sexo, en sí mismo, no es un delito. Y hasta parece que la virilidad era bastante importante para el Dios del antiguo testamento, toda vez que se prohíbe el ingreso a la congregación de Jehová a todo aquel que tuviera los testículos magullados o amputado su miembro viril (*Dt 23, 1*), u ofrecerle sacrificios de similares condiciones (*Lv 22, 24*). Ahora bien, esa unión no debe efectuarse con fines de fornicar y de promover todo tipo de perversidades y desviaciones sexuales, y el texto bíblico lo ratifica toda vez que se manifiesta abiertamente en contra de todo tipo de lujuria, de fornicación, de adulterio, de sodomía y de desviaciones sexuales.

«No es bueno que el hombre esté solo» (*Gn 2, 18*) y, en este sentido, la mujer deviene como su ayuda idónea y su perfecto complemento, por tanto, rehusarla y rebajarla es estúpido, aislarla del altar en el que el hombre y la mujer deben oficiar juntos es estúpido. Que sepan de una buena vez los retardatarios y misóginos que la mujer no sólo sirve para preparar el café o hacer los bocadillos, sino que es el altar de Dios, sin la cual ningún hombre puede ser completo ni realizarse, ella es el atanor sin el cual no es posible acometer la obra alquímica.

5.3.3. Jesús y el Matrimonio

Hay pinturas en que se representa a Jesús uniendo los extremos de los dedos pulgar y anular, y los dedos índice y corazón levantados. Otras veces con los dedos anular y meñique en forma horizontal, perpendicular a los demás. Un sacerdote versado en simbología nos puede indicar el significado, esto es: la unión de las dos fuerzas de la naturaleza. Sin embargo, comenten una equivocación al pensar que esas fuerzas son Dios y el hombre; una simple lógica nos indica que las dos fuerzas de la naturaleza son positivo y negativo, masculino y femenino, sin la unión de estas dos naturalezas no puede haber creación; esto, indefectiblemente, nos ilustra acerca de la unión de los principio masculino y femenino. Pero la pregunta es ¿por qué se hace representar este significado en Jesús? En un aspecto amplio representa a Jesús como un ser divino que contiene las dos fuerzas de la naturaleza y, por

ende, con la capacidad de crear a nivel macro-cósmico. Pero en un nivel más individual es como si se quisiera presentar un mensaje velado, como si se quisiera presentar a un Jesús con la capacidad de crear a nivel micro-cósmico, personal; y como si se quisiera hacer de él el exponente por excelencia de la unión de lo masculino con lo femenino. En últimas, el significado de dicho símbolo en un nivel amplio no puede menos que ratificar el significado en un nivel específico. No se puede ser célibe, con repudio de lo femenino y, a un mismo tiempo, representar la unión de lo masculino con lo femenino, pues raya en el absurdo. Esto nos dice más bien mucho a favor del tema que venimos tratando, de un mensaje velado que, eventualmente, fue preciso esconder bajo el símbolo y la alegoría, y que habla perfectamente de la unión sexual y del matrimonio[1].

El inconveniente es que no conocemos, al menos de manera oficial o explícita, que Jesús hubiera sido casado y hubiera tenido mujer (cosa extraña, a esa edad, para un judío de la época). Sin embargo, y de igual modo como podemos establecer que Jesús no era un castrado ni odiaba a la mujer ni tenía conductas sexuales desviadas, podemos establecer que en absoluto estaba de acuerdo con el divorcio (*Mt 5, 31-32; Mt 19, 3-9; Mc 10, 3-9*). Y aún más, no sólo no estaba de acuerdo, sino que hallamos:

> Mt 19, 4: Él [Jesús], respondiendo, les dijo: ¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dijo:
> 5: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne?
> 6: Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre.
> (V. a. Mc 10, 2-12; Lc 16, 18)

Y no hace falta decir más. Indiscutiblemente, este pasaje es una reafirmación absoluta del matrimonio, de la unión hombre mujer y de la dejación de todo lo demás, incluso de padre y de madre, por allegarse a ella, a la mujer, y ser una sola carne. ¿Acaso diría Jesús estas palabras si, en su fuero interno, fuera partícipe del celibato? Es evidente que no. Ahora bien, si este era el pensamiento íntimo de Jesús ¿por qué muchos sacerdotes se hacen célibes y castrados? ¿No habrán malinterpretado el pensamiento y la enseñanza de

[1] Es interesante notar que estas dos mismas fuerzas de la naturaleza pudieron ser representadas de forma aislada si se hubiera simbolizado el círculo con una mano y el palo con otra, lo que ciertamente representaría aislamiento de las dos fuerzas, ruptura, destrucción y muerte (si se atiende a que la unión de esas dos fuerzas genera vida y que Dios mismo las contiene en sí, y que lo contrario a esto genera destrucción y muerte), una especie de celibato, pues no de otra forma puede entenderse.

aquél a quien dicen seguir? Pero hay todavía más, en la epístola de Timoteo encontramos lo siguiente:

> 1 Tim 4, 1 Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios;
> 2: por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia,
> 3: **prohibirán casarse**, y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó.

¿Acaso la secta de roma, siguiendo doctrina de demonios, ha prohibido casarse, haciendo del celibato un ideal? Pero si esto dice Timoteo, ¿acaso lo dice porque su maestro prohibiera casarse? Y aún más ¿lo diría si su maestro no hubiera sido un hombre casado? Este pasaje implícitamente sugiere que Jesús hubo de ser un hombre casado, un hombre que debió de abogar profundamente por el matrimonio y por el amor hacia la mujer… no creemos que él siguiera una doctrina de demonios. Y similar cosa se colige a partir del hombre del génesis que, en cuanto ve a su varona dice: *Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne. Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban* (*Gn 2, 24-25*). Con esto, el matrimonio es una ley, un derecho y un deber del hombre, y el que Jesús se muestre a favor de él es más que comprensible. Pero no sólo defiende el matrimonio, sino que sugiere que el divorcio no debería existir.

> Is 56, 3: El extranjero que sigue a Jehová no hable diciendo: Me apartará totalmente Jehová de su pueblo. Ni diga el eunuco: He aquí yo soy árbol seco.
> 4: Porque así dijo Jehová: A los eunucos que guarden mis días de reposo, y escojan lo que yo quiero, y abracen mi pacto,
> 5: yo les daré lugar en mi casa y dentro de mis muros, y nombre mejor que el de hijos e hijas; nombre perpetuo les daré, que nunca perecerá.
>
> Mt 19, 7: Le dijeron: ¿Por qué, pues, mandó Moisés dar carta de divorcio, y repudiarla?
> 8: Él les dijo: Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; mas al principio no fue así.
> 9: Y yo os digo que cualquiera que repudia a su mujer, salvo por causa de fornicación, y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada, adultera.

No parece posible objetar aquí una contradicción, inclusive las palabras mismas de Jesús NO SON LAS DE UN SOLTERO, SINO LAS DE UN

CASADO. Si Jesús no hubiera estado casado no hablaría con la autoridad con la que habla con respecto del matrimonio, y la inviabilidad del divorcio. No parece viable que Jesús, luego de defender de manera vehemente el matrimonio, cambie de parecer y, acto seguido, opte por una vida de eunuco.

El matrimonio es en sí una ley y la primera sensación del hombre paradisíaco al ver a la mujer, y los judíos estaban inmersos en una cultura tal de la fertilidad que parece imposible que Jesús avalara cosa contraria (y ya hemos visto que no lo hace, sino que defiende de manera enérgica el matrimonio). Adicionalmente, y, posiblemente, consecuencia de esta cultura de fertilidad, el eunuco era mirado con recelo y hasta como un elemento sólo aceptable de acuerdo a una conducta irreprensible (aunque no era admitido en la congregación de Jehová), y estos versículos de Isaías nos ilustran bastante acerca de eso. Por otro lado, Jesús al respecto tiene una posición bastante clara cuando expresa:

> Mt 19, 4: ¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dijo: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne? Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre.
> (V. a. Mc 10, 7-9).

En este punto llegamos a las alturas de una vieja enseñanza que durante muchos siglos se enseñó sólo en secreto, pero que, a priori, pareciera abogar por el celibato (que no es absoluto porque, de ser así, desconoceríamos la primera sentencia en cuanto unirse a la mujer).

> Mt 19, 10: Le dijeron sus discípulos: Si así es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse.
> 11: Entonces él les dijo: No todos son capaces de recibir esto, sino aquellos a quienes es dado.
> 12: Pues hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que son hechos eunucos por los hombres, y hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos. El que sea capaz de recibir esto, que lo reciba.

La sentencia "*El que sea capaz de recibir esto, que lo reciba"* es muy similar a otra con que solía finalizar sus enseñanzas en parábolas, es decir, simbólicas: *"El que tenga oídos para oír, que oiga"*. Inevitablemente, no se trata aquí de una enseñanza para leer a letra muerta, sino que es preciso ir más allá y buscar la esencia. Jesús, al hacer uso de estos términos, indica que es una enseñanza

difícil de llevar y de vivir. En efecto, no se refiere a que el hombre no deba casarse, si hasta a él mismo la idea del divorcio se le hace inconcebible (*Mt 19, 7-9*). Jesús nombre tres tipos de eunucos:

- Eunucos que nacen eunucos del vientre de la madre
- Eunucos que son hechos eunucos por los hombres
- Eunucos hecho eunucos por voluntad propia

Ciertamente el primer tipo de eunucos son los estériles, los que no pueden engendrar, los mismos de Is 56, 3. El segundo tipo de eunucos son aquellos que son castrados por los hombres, amputándoseles los testículos o el miembro viril –aparentemente sería una práctica de tiempos remotos, posiblemente practicada para con los enemigos–. El tercer tipo de eunucos se divide en dos grupos perfectamente diferenciados: Los monjes, por un lado, y los que se unen a la mujer sin expulsar la simiente (*sperma*). Jesús, en el pasaje de Mt 19, 7-12 realmente no les está aconsejando a los apóstoles que no se casen –que, por cierto, es una deducción de ellos–.

> Mt 19, 9: Y yo os digo que cualquiera que repudia a su mujer, salvo por causa de fornicación, y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada, adultera.
> Mt 19, 10: Le dijeron sus discípulos: Si así es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse.

Jesús lo que les indica es que no es posible darle carta de divorcio a la mujer, a menos que ella impida la obra alquímica, a menos que ella sea una fornicaria que les haga caer en fornicación (expulsión del *sperma*). A esto hay que sumarle una lectura adicional: Los judíos de los tiempos de Jesús se las arreglaban para darle carta de divorcio a la mujer por cualquier motivo, inclusive por salir a la calle sin llevar cubierto el cabello[1] o, inclusive, por el mero capricho de hacerlo (de acuerdo a la escuela de Hillel)[2]. Palabras más, palabras menos, los judíos (al igual que en nuestros tiempos) estaban acostumbrados a divorciarse en el momento que quisieran. De modo que cuando Jesús se pronuncia a favor del matrimonio, y haciendo prácticamente imposible que, de acuerdo a la ley divina, el hombre pueda darle carta de divorcio a la mujer, los discípulos apenas aciertan a contestar:

> Mt 19, 10: Si así es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse.

[1] JEREMIAS, Joachim. Jerusalén en tiempos de Jesús. Op. cit. P. 371.

[2] Ídem. P. 382, 383.

En efecto, la explicación previa nos da cuenta que ellos, en cierto modo intimidados, llegan a conceptuar que entonces lo mejor es no casarse si es que esa ha de ser la situación del hombre para con la mujer. Parecen tenerle miedo a un matrimonio para toda la vida. Las palabras siguientes de Jesús, a cambio de ser una ratificación a lo que los discípulos le acaban de decir, es todo lo contrario. En efecto, Jesús parece ignorar lo que éstos le acaban de decir –posiblemente lo ha considerado una sandez, ni siquiera digna de tener en cuenta– y parece seguir la secuencia del discurso que traía. En efecto, si suprimimos la interpolación de los apóstoles, tenemos algo como esto:

> Cualquiera que repudia a su mujer, salvo por causa de fornicación, y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada, adultera. No todos son capaces de recibir esto, sino aquellos a quienes es dado. Pues hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que son hechos eunucos por los hombres, y hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos. El que sea capaz de recibir esto, que lo reciba.

No todos son capaces de aceptar que no es lícito darle carta de divorcio a la mujer, a menos que sea por causa de fornicación. No se debe fornicar, el matrimonio no se ha constituido para fornicar. Lo que sigue no es más que la enseñanza de un procedimiento sexual hermético, indecible para las multitudes, y a la que el mismo Jesús apenas si logra enseñar en la forma más velada que puede, pero que en términos escuetos no es nada más que unirse sexualmente a la esposa sin extraer la simiente (no fornicación), este es el tercer tipo eunucos, los que a sí mismo se hacen eunucos por amor del reino de los cielos (y no los que repudian a la mujer, sin llegar jamás a celebrar el sacramento del matrimonio, que Jesús previamente ha defendido). En este punto roza el divino Rabí de Galilea con el *Sumum Supremum Secretor Secretorum* velado bajo la alegoría en todas las grandes religiones del mundo, y que apenas es posible vislumbrar en el hecho mismo de la circuncisión en un pueblo de fertilidad[1].

[1] La circuncisión, al dejar entrever una porción del glande, simboliza una profunda valoración de la virilidad, de lo sexual. La circuncisión, al quitar un pedazo de la piel del prepucio, simboliza una porción de virilidad que debemos quitarnos, es una invitación a castrarnos espiritualmente, a aniquilar la pasión animal y a practicar unión sexual sin evacuar el Ens seminis. Sólo de este tipo de eunucos es el reino de los cielos.
La incircuncisión, por otro lado, considerada inclusive como una ignominia (Cf. Ez 31, 18) debe ser entendida como una sexualidad impúdica y sin valor alguno. Los incircuncisos, a nivel simbólico, son aquellos que no han practicado Magia Sexual y que, por tanto, son indignos de comer de los frutos de los árboles del Edén.

Pero no es que Jesús esté en contra del matrimonio, no es que Jesús aconseje no casarse (cosa más absurda y traída de los cabellos) pues, insistimos, él, al respecto, tiene una posición bastante clara:

> Mt 19, 4: ¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dijo: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne? Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre.
> (V. a. Mc 10, 7-9).

Si Jesús hubiera predicado una doctrina de eunucos, entendido a letra muerta, se habría convertido en un obstáculo de la promesa hecha por la Divinidad desde los primeros capítulos del Génesis a Abraham, a Isaac y a Jacob, puesto que estaría obstaculizando la multiplicación del pueblo judío. Y no solamente se habría convertido en un opositor de esta promesa, sino que habría también atentado directamente contra la obra de Dios y contra el hombre mismo pues, si todos, hombres y mujeres se convirtieran en eunucos –literalmente hablando–, la raza humana desaparecería en cuestión de sólo unos cuantos años al propiciar una extinción en masa. Por consiguiente, y fuera de toda duda, podemos y hasta debemos colegir que esa peregrina idea del celibato es un absurdo, y como enseña 1 Tim 4, 1-3, una doctrina de demonios. Y no creemos que Jesús hubiera seguido ni enseñado una doctrina de demonios, él, que precisamente enseña todo lo contrario.

> "El que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dijo: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne."

Indubitablemente, es posible afirmar que Jesús nunca participó de tal doctrina (del no matrimonio), y muy al contrario, al hacer una defensa tan denodada del matrimonio se muestra participe del mismo. Esto habla de alguien que, o bien, ya se ha casado, o bien, planea hacerlo pronto. Sin embargo, si él no hubiera estado casado, su crucifixión y muerte, le habrían jugado una mala pasada, impidiéndole consumar lo que él mismo profesa. Porque una cosa sí es segura, no se puede predicar una doctrina de castidad y entregarse a la orgía (al menos si se trata de ser coherente con lo que se profesa), del mismo modo como no se puede defender el matrimonio y pensar en una vida de célibe.
Pero inclusive esto no tiene inconveniente alguno. Jesús enseña que el hecho que un hombre mire a una mujer para codiciarla, implica que ya adulteró con ella en su corazón (*Mt 5, 28*) –no habría consumado el

adulterio sólo por falta de circunstancias favorables– y, del mismo modo, el hecho de que él hiciera una defensa tan denodada del matrimonio, implica que ya lo habría realizado en su corazón –no habría consumado el matrimonio sólo por falta de circunstancias favorables–. El hecho que planeara hacerlo, pero que la muerte se lo hubiera impedido, no le resta mérito a lo que verdaderamente él siente y profesa en su corazón.

5.3.4. La tradición judía

Bajo este aspecto, y como buen judío, aunque no se mencione de manera explícita en la Biblia, es posible que Jesús hubiera tomado mujer. De hecho, es lo más correcto, no sólo porque el mismo Jesús se muestra visiblemente a favor, sino porque, independientemente, para un padre judío era virtualmente una obligación el hecho de encontrar una esposa para sus hijos[1]. Esa era la cultura y la tradición. Debía garantizarse la continuidad del linaje y, entre más pronto, mejor. En efecto, entre los judíos se considera que una mujer (¿niña?) con 12 años y un día ya está en condiciones de contraer nupcias, y que un hombre (¿niño?) con trece años y un día, también ya está en condiciones de desposarse[2]. Según la *Halajá*, este mismo tiempo indica el momento en que un judío pasa a convertirse en mayor de edad. Cuando Jesús es hallado con los doctores de la ley, a la edad de los doce años, posiblemente estaba recibiendo instrucciones concernientes a la ley judía y él, a su vez, la interpretaba y exponía de manera ejemplar, tanto que todos estaban admirados. Esto concordaría con la tradición en la que la educación religiosa del judío empieza a los cinco años con el estudio de la *Torá*[3], luego,

---

[1] Correspondía a los padres arreglar el matrimonio de sus hijos(as), ellos tenían la potestad para conseguirles esposo o esposa y para darlos en matrimonio (costumbre que, inclusive, se puede apreciar entre los egipcios): Gn 21, 21; 24, 1-4; 37-40; 34, 4, 8; 38, 6, 14; 41, 45; Ex 2, 21; 1 Re 11, 19; Jos 15, 16-17; Jue 1, 12-13; 14, 1-3; 21, 1, 7, 14; 1 Sam 18, 17, 19-21, 27; 1 Re 2, 17, 20-21; 11, 19; 2 Re 14, 9; 1 Cro 2, 35; 25, 18.
En este orden de ideas, es lógico que José, o quien hiciera sus veces, habría arreglado el matrimonio de Jesús –si es que él, de su cuenta no hubiera hablado con los padres de su pretendida para que se la dieran en matrimonio–.

[2] Realmente el matrimonio judío revestía dos etapas: el contrato o desposorio, y la cohabitación o formalización propiamente dicha de las bodas. Entre uno y otro transcurría normalmente un lapso de un año.

[3] La Torá, llamada también ley mosaica o ley escrita, se refiere a los primeros cinco libros de la Biblia, conocidos también como Pentateuco. La totalidad de los 24 libros de la Biblia hebrea, o libros protocanónicos, es llamada Tanaj –también conocida como canon palestinense–, misma que, junto con otros libros, conforma el Antiguo Testamento.

a los diez años, se pasaba al estudio de la Mishná[1], comenzando el cumplimiento de los preceptos aprendidos a los trece años. A estas alturas lo normal es que José y María, pendientes del futuro matrimonial de Jesús, ya estuvieran mirando posibles candidatas, a la vez que instando al joven Jesús para que contrajera nupcias[2]. ESO DEBIÓ DE SER ASÍ EN FORMA MATEMÁTICA; paradójicamente, es justo esta etapa la que fue eliminada de los evangelios, de modo que no podemos saber cómo sucedieron las cosas en forma exacta, pero sí podemos inferir que debió de suceder.

Para un padre judío el desposar a sus hijos constituía virtualmente una obligación y, en el caso de José, partiendo de que fuera un varón justo (*Mt 1, 19*) –y considerando que un hombre reputado de justo era aquel que se acomodaba a los preceptos de la ley judía, dándoles cumplimiento– hemos de suponer que se habría ceñido a la tradición, desposando a Jesús, inclusive a los trece años. Esto no era pecaminoso, todo lo contrario, era lo normal y lo que se consideraba como la voluntad de Dios.

El matrimonio para los judíos era, a un tiempo, un ideal y un deber y, en efecto, no es un desafuero considerarlo como el punto de partida de la humanidad, sin el cual esta no existiría. El matrimonio, en un punto, significa vida y continuidad de la vida. Acaso ¿la llamada *Sagrada Familia*, representada en José y María, le habría prohibido al joven Jesús conformar, a su vez, también una familia, otra sagrada familia, llena inclusive de más virtud que la de sus padres? ¿Le habría prohibido ese matrimonio judío, sus mismos padres, la continuidad de la vida toda vez que, contrario a esto, era su deber desposarlo lo más pronto posible?

5.4. PASAJES INTRIGANTES

Realmente, siendo el matrimonio el primer mandamiento, y siendo necesario para lograr la auto-realización íntima del ser, no hay duda de que todo hombre y mujer aspirantes a convertirse en hombre-Dios deben de practicar intensamente y sabiamente bajo el signo de la cruz, esto significa que debe haber unión entre el madero vertical (símbolo del hombre) y del madero horizontal (símbolo de la mujer). Es, por cierto, la cruz un símbolo de unión sexual en que muere el hombre viejo para que emerja el hombre nuevo, el

[1] La Mishná es la compilación e interpretación de la tradición oral judía. Posteriormente fue ampliada y comentada dando origen a la Guemará. Ambos constituyen el Talmud –que se divide en dos partes: Mishná y Guemará–, considerado como la ley oral. El talmud, junto con posteriores leyes rabínicas, costumbres y tradiciones es denominado Halajá y, por extensión, se le denomina como ley judía.

[2] Si bien es normal que el desposorio del varón se realizara entre los 18 y 19 años.

hombre resurrecto, el superhombre; y siendo la cruz símbolo de esta unión sexual, es obvio que los sacerdotes de la iglesia católica la portan sin derecho a ello y sin sentido, pues ellos predican es una doctrina de eunucos.

5.4.1. Jesús: Rey, Sacerdote y Maestro

Jesús el Rey

A menos que se trate del rey del pop o el rey del futbol, o similares ¿hay un rey que pueda ser rey siendo soltero? ¿No debe acaso buscar su reina y casarse para gobernar al lado de ella? De lo contrario no puede aspirar al trono para convertirse en rey y se queda sólo como príncipe. En un reino el rey no puede ser legítimamente rey a menos que contraiga nupcias. Y ese rey no puede garantizar la continuidad y estabilidad de su reino, a menos que deje descendencia. Jesús, presentándose como rey de los judíos, para este caso, nos permite hacer una importante lectura de fondo acerca de la cual, consideramos, no hay necesidad de hacer mucha explicación.

> Mt 21, 5: Decid a la hija de Sion: He aquí, tu Rey viene a ti, Manso, y sentado sobre una asna, Sobre un pollino, hijo de animal de carga.
> (V. a. Zac 9, 9; Jn 12, 15)
>
> Mt 27, 11: Jesús, pues, estaba en pie delante del gobernador; y éste le preguntó, diciendo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Y Jesús le dijo: Tú lo dices.
> (Mc 15, 2; Lc 23, 3; Jn 18, 33-34)
>
> Jn 18, 37: Le dijo entonces Pilato: ¿Luego, eres tú rey? Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad.
>
> (V. a. Mt 5, 35; 27, 29, 37, 42; Mc 15, 9, 12, 18, 26, 32; Lc 23, 2, 37-38; Jn 1, 48; 18, 39; 19, 3; 14-15, 19, 21)

Si Jesús no hubiera sido casado, si no se le conociera esposa, habría sido un poco inocuo presentarse como rey, y que lo aclamaran como tal. Además, este habrían sido, sin duda, uno de los argumentos que los acusadores habrían proferido ineludiblemente en su contra exclamando, cuando menos:

> «Éste no es rey porque es soltero».

Cuando un rey tiene un hijo, se supone que, en efecto, ese niño ha de ser el futuro rey y, a su tiempo, habrá de reunir los requisitos para convertirse en

monarca; sin embargo, si ese príncipe no toma mujer como esposa ¿puede convertirse en rey? La respuesta es no Cuando, en el pasaje de Mateo, los magos de oriente preguntan por el paradero del rey de los judíos, que ha nacido (*Jn 12, 12*), realmente reconocen, en efecto, que ese niño ha de ser el futuro rey. No obstante, a su tiempo, ese niño habrá de reunir los requisitos para convertirse, efectivamente, en rey. Claro, es evidente que, al momento en que los magos le ponen semejante título, el niño Jesús todavía no ha contraído nupcias y que puede objetarse que, si se le reconoció el título estando célibe es porque, en efecto, se trata de un rey célibe; por contraposición a esto también podemos decir que, efectivamente, no se han consumado nupcias algunas, como tampoco se ha efectuado reinado ninguno y, por tanto, la lectura que debe hacerse aquí es diferente, es decir, se reconoce un destino que, aunque aún no cumplido, es, a sazón de las circunstancias, el más posible y, por tanto, objetar en este aspecto es un poco tonto.

Puede decirse también que Jesús habló de un reino que no es de este mundo, es decir que, eventualmente el término rey debe entenderse en el sentido de rey de los cielos. Y, aun cuando es verdad que Jesús mismo indica que su reino no es de este mundo (*Jn 18, 36*), no así habrán de entenderlo las multitudes que, en efecto, no le habrían aclamado ni reconocido como rey a menos que hubiera estado casado (Cf. *Lc 19, 38; Jn 18, 34*). Y sabemos que él no es un rey, en el sentido de una actividad o un deporte, etc.[1], en cuyo caso se le habría permitido ser soltero, si bien es cierto que en la cultura judía no había esa acepción; para ellos era inconcebible le idea de un rey del pop, de la prédica o de la sanación, etc. Esto, en el fondo, lo que nos indica es que Jesús ya se había desposado para ese entonces, su estado marital se reconoce de forma tácita, implícita, y no puede ser de menos, de otro modo no podría ocupar ese lugar ni se le llamaría de ese modo.

> Jn 12, 12: El siguiente día, grandes multitudes que habían venido a la fiesta, al oír que Jesús venía a Jerusalén,
> 13: tomaron ramas de palmera y salieron a recibirle, y clamaban: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!
> (V. a. Lc 19, 37)

> Mc 15, 12: Respondiendo Pilato, les dijo otra vez: ¿Qué, pues, queréis que haga del que llamáis Rey de los judíos?

[1] En cuyo caso ha de reconocerse que no es forzoso el casamiento ni la reina al lado, pero también ha de reconocerse que sabemos distinguir de este tipo de reyes y el rey de un territorio, el monarca de un reinado. Es evidente que si Jesús no hubiera sido casado, los evangelistas habrían buscado un argumento para defender la posición de un rey célibe.

Aquí nuevamente vemos que, aún con la oposición que Jesús ha suscitado para entonces, es reconocido, al menos por algunos, como rey –si bien antes ha sido aclamado como tal por las multitudes–. Y, como quiera que esas multitudes difícilmente lo habrán tomado como rey de un reino invisible y venidero, sino que lo ven como tal, como su rey; y como quiera que en la cultura judía no podría haber un rey célibe; y como quiera que ellos tampoco le llamarían rey a un célibe ni a un castrado, podemos afirmar que –dado el contexto en que se desarrollan todos estos acontecimientos y la evidencia enorme de todo lo que esto implica–, el hecho de que se le llame rey es una confirmación tácita de que Jesús, a esas alturas, ya había contraído nupcias. De hecho, ni siquiera es preciso nombrarlo debido a que se sobreentiende y resulta siempre algo tan sumamente natural. Entendemos que un rey sin su respectiva reina es inviable porque, sin comenzar, ya le pone fin al reinado puesto que no deja descendencia para heredarle el reino, por tanto, resulta en todo sentido improcedente. Por otro lado, habría sido penoso presentarse como rey sin haber contraído nupcias, de modo similar que es penoso que una madre se presente como madre siendo estéril y sin poder tener hijos; en último término puede llamársele madre como para no herirla, aunque no tiene sentido, y aún con todo, al saber que su útero no ha gestado ni fecundado el milagro de la vida no es una madre legítima, de modo análogo como un Jesús presentándose como rey siendo soltero no puede ser, en el fondo, un rey legítimo para los judíos, un rey auténtico, sobre todo en un pueblo donde el casamiento y la descendencia numerosa era una ley.
El reinado se transmite, generalmente, de manera hereditaria y, para el caso de los judíos, la persona con derecho legítimo a tomar el título de rey debía ser de la casa de David. En este aspecto, los evangelistas muestran un detallado árbol genealógico acerca de Jesús y el Nuevo Testamento nos sorprende con su primer versículo.

> Mt 1, 1: Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David.

Es decir, las formalidades necesarias para ser rey estaban cumplidas y sólo faltaba recrear su genealogía[1] y demostrar su descendencia directa de la casa de David (*Mt 1, 1-16; Lc 3, 23-38*) –lo que, por cierto, lo convierte en un individuo de sangre real, y no en un analfabeta–. Y los evangelistas parecen empeñados en probar esto, como si el factor discutido para convertirse en rey hubiera sido, no su estado marital, sino su línea genealógica, Y CON ESO QUEDA EL ASUNTO RESUELTO.

[1] Estas genealogías, a decir verdad, no se habrían creado para presentar y avalar al rey célibe. Una enorme tradición e historia de fructificación y multiplicación terminada en castración.

Independientemente de que dichas genealogías sean o no exactas, lo cierto es que se presentan con elevado nivel de verosimilitud y, adicionalmente, vemos que la multitud lo aclama como tal, sus seguidores lo reconocen como tal y él no lo desmiente en ningún momento sino que, muy al contrario, en algún instante se reconoce como rey (*Jn 18, 37*) y, como postrer acto, se pega a su cruz una inscripción en que, ya por burla (por cuanto habrían crucificado a un hombre con derecho legítimo a convertirse en rey) o por revancha, reza *Rey de los judíos*.

Jesús el sacerdote

Pero sobre la persona de Jesús no solamente recae el título de rey (con el que implícitamente queda en claro el estado marital de Jesús), sino, lo que es más, el de sacerdote. Esto no tendría mayor problema excepto porque, para los judíos, lo normal es que un sacerdote fuera casado y, en el caso del sumo sacerdote, virtualmente constituía una obligación.

> He 5, 1: Porque todo sumo sacerdote tomado de entre los hombres es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere, para que presente ofrendas y sacrificios por los pecados;
> 2: para que se muestre paciente con los ignorantes y extraviados, puesto que él también está rodeado de debilidad;
> 3: y por causa de ella debe ofrecer por los pecados, tanto por sí mismo como también por el pueblo.
> 4: Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón.
> 5: Así tampoco Cristo se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote, sino el que le dijo: Tú eres mi Hijo, Yo te he engendrado hoy.
> 6 Como también dice en otro lugar: Tú eres sacerdote para siempre, Según el orden de Melquisedec. [Sal 110, 4]
> 7: Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente.
> 8: Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia;
> 9: y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen;
> 10: y fue declarado por Dios sumo sacerdote según el orden de Melquisedec.
> 11: Acerca de esto tenemos mucho que decir, y difícil de explicar, por cuanto os habéis hecho tardos para oír.
> 12: Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros

> rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido.
> (V. a. He 2, 17; 3, 1; 4, 14; 6, 20; 7, 15-17, 21)

En nuestros tiempos esta cuestión de que Jesús haya sido nominado o no como sacerdote no parecería implicar demasiado problema y hasta lo podemos aceptar sin mayores prejuicios y preconceptos, a no ser porque, para las épocas de Jesús, y anteriores a Jesús, el sumo sacerdote no podía serlo sin ser casado. Aún más, en este punto Pablo parece querer revelar algo, algún misterio, algún secreto, más se detiene hasta tanto no se vuelvan a enseñar los rudimentos de las palabras de Dios. Independientemente a que se refiriera al Gran Arcano A.Z.F.[1], lo que sí es posible es volver a los principios de las escrituras e indagar acerca de las condiciones que eran necesarias para convertirse en sacerdote o que se debían observar en ejercicio del sacerdocio.

> Lv 21, 7: Con mujer ramera o infame no se casarán, ni con mujer repudiada de su marido; porque el sacerdote es santo a su Dios.
>
> Lv 21, 13: Tomará por esposa a una mujer virgen.
> 14: No tomará viuda, ni repudiada, ni infame ni ramera, sino tomará de su pueblo una virgen por mujer,
> 15: para que no profane su descendencia en sus pueblos; porque yo Jehová soy el que los santifico.
>
> Ez 44, 21: Ninguno de los sacerdotes beberá vino cuando haya de entrar en el atrio interior.
> 22: Ni viuda ni repudiada tomará por mujer, sino que tomará virgen del linaje de la casa de Israel, o viuda que fuere viuda de sacerdote.
>
> (V. a. Ex 2, 16; Lv 21, 9; Sal 78, 64)

Indiscutiblemente, Jesús, al ser presentado como sacerdote, implícitamente acarrea un problema concerniente a su estado marital que no habría sido pasado por alto por sus detractores y que Pablo debía haber defendido en sus escritos. Es decir, su soltería habría debido ser defendida o excusada en alguna manera, después de todo, la obligación de un sacerdote era la de contraer nupcias, aunque la misma estuviera condicionada a los lineamientos

[1] Procedimiento sexual que consiste en la unión sexual entre hombre y mujer sin eyacular ni llegar al orgasmo, sin lujuria, sin fornicación, en fidelidad y castidad auténticas. Su práctica ha sido ampliamente divulgada por el iniciador de las corrientes gnósticas contemporáneas, Samael Aun Weor, y por el médico alemán Arnold Krum-Heller.

ya expuestos. Sin embargo, se puede alegar que en la actualidad los sacerdotes de la iglesia de Roma son célibes; por supuesto, lo son, y eso los ha alejado del mensaje del Cristo. En otras palabras, ellos usan la cruz sin derecho alguno pues, en los primeros tiempos, la orden recibida de Dios por Moisés fue que debían tomar una mujer de entre su pueblo. En este orden de ideas, Jesús, siendo presentado como el sacerdote de sacerdotes no parece que deba ser incoherente con lo estipulado, respecto a tomar una mujer, y menos aún cuando se dice que es sacerdote en el orden de Melquisedec, un sacerdote del fuego, respecto de lo cual, parafraseando a Pablo, tenemos mucho que decir, pero difícil de explicar.

En la congregación de Jehová no era admitido el que tuviera los testículos magullados o amputado el miembro viril (*Dt 23, 1; Lv 21, 20*) y esto nos habla claramente de la importancia de la virilidad para entrar en el templo, de la importancia de la virilidad para ser acepto a Dios. Y cuánto más habrá de esperarse del sumo sacerdote, que habrá de ser hombre verdadero, viril; y no un hombre a medias, no un castrado. La mujer y el hombre juntos vienen a ser un ser completo –y así fueron percibidos en el principio–, misma razón por la que se esgrime que el sacerdote debe ser casado –y así fue en el principio–. No creemos que Jesús se haya constituido en sumo sacerdote para presentarse como un ser incompleto, como un sacerdote incompleto; él, que defiende y ama profundamente a la mujer, él, que eventualmente habría enseñado que no casarse es seguir una doctrina de demonios (Cf. *1 Tim 4, 1-3*). Y, en efecto, la evidencia nos demuestra que así debió de ser pues era obligación del sumo sacerdote tomar mujer; sólo entonces podía entrar en el templo y ofrecer el sacrificio. Ahora bien, es evidente que no Jesús fue ordenado como sacerdote según la usanza Aarónica, sino que es nominado como sacerdote según el orden de Melquisedec. Jesús no pertenecía a la casta sacerdotal oficial, ni podía serlo por cuanto pertenecía a la tribu de Judá (*He 7, 14*); aspecto que, a la verdad, no hace falta alguna y más bien lo defiende porque, de haber sido así, habría pertenecido a un sacerdocio prostituido, mercantil y homicida.

> Jer 6, 13: Porque tanto el profeta como el sacerdote son impíos; aun en mi casa hallé su maldad, dice Jehová.
>
> Ez 22, 26: Sus sacerdotes violaron mi ley, y contaminaron mis santuarios; entre lo santo y lo profano no hicieron diferencia, ni distinguieron entre inmundo y limpio; y de mis días de reposo apartaron sus ojos, y yo he sido profanado en medio de ellos.
>
> Os 4, 9: Y será el pueblo como el sacerdote; le castigaré por su conducta, y le pagaré conforme a sus obras.

> 10: Comerán, pero no se saciarán; fornicarán, mas no se multiplicarán, porque dejaron de servir a Jehová.[1]
>
> (V. a. Esd 9, 7; 10, 10; Is 28, 7; Jer 2, 8; 2, 26-27; 5, 31; 8, 10; 14, 18; 19; 23, 11; Lam 4, 13; Os 4; Miq 3, 11; Sof 1, 4; 3, 4; Mal 1, 6-8; 2, 2, entre otros)

Jesús es reconocido como sacerdote en el orden de Melquisedec, y no como sacerdote bajo el sacerdocio Aarónico, es decir, concedido bajo la ley de la descendencia (*He 7, 15-16*) del que, indudablemente, está excluido. Y con ello se presenta incluso una ruptura mayor de concepto por cuanto plantea la posibilidad de que, tal vez, no sea necesario pertenecer a determinada casta o tribu para convertirse en sacerdote, sino que es facultativo a cualquiera del conjunto, es decir, no restringe ni hace exclusión por aspectos de casta, o mejor, de descendencia. Sin embargo, tras esta concesión, se plantean dos condiciones apremiantes, requisito *sine qua non* del sumo sacerdote: ofrecer sacrificios por los pecados del pueblo (*He 5, 1-3; 8, 3; 10, 11*) –razón por la que es constituido en sumo sacerdote– y tomar a una virgen de entre el pueblo para convertirla en su mujer. En cuanto al ofrecer sacrificios, vemos que Jesús se ofreció a sí mismo como cordero inmolado (*Ef 5, 2; He 9, 24-26; 10, 12*) y, en cuanto a tomar una mujer, si bien no tenemos noticias exactas de la persona a la que habría tomado, hemos de suponer que debió de hacerlo, máxime que el mismo se hace llamar *el esposo*, y máxime que ha sido constituido en sumo sacerdote, aclamado como rey y reputado como Rabí.

Pero hay evidencia más explícita de que Jesús habría sido sacerdote o, cuando menos, que se le habrían rendido tributos destinados a la casta sacerdotal. La razón es sencilla, un entierro –para el judío común– y no una catacumba se le habría preparado para su sepultura. Si bien es verdad que no podría haber sido sacerdote del templo, vemos que es declarado como Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec (*He 5, 10*) y esto, por supuesto, no habría sido posible si no hubiera estado casado pues era, no optativo, sino obligatorio para el Sumo Sacerdote, tomar a una mujer como esposa. Por otro lado, y fuera de duda, Pablo no lo habría podido haber

[1] El sacerdocio, en una acepción trascendental, consiste en la unión sexual de hombre y mujer sin evacuar la energía sexual y sin llegar al espasmo. No parece concebible que Jesús, como sumo sacerdote en el orden de Melquisedec oficie un sacerdocio con fornicación, pues no es ese el mecanismo ni la finalidad, y esto es posible colegirlo a través de innumerables pasajes bíblicos. Esa era la enseñanza secreta a que podían acceder sólo los sacerdotes; sin embargo, ese sacerdocio fue prostituido, la enseñanza cambiada y el conocimiento desechado.

presentado como tal, como Sumo Sacerdote, si no hubiera tomado mujer; hacerlo habría sido no solamente ingenuo, sino irrisorio e inverosímil. Ningún célibe, absolutamente ningún célibe habría osado presentarse como Sumo Sacerdote[1] (Cf. *Lv 21, 13-14*).

Jesús el maestro

Similar al caso anterior, generalmente uno no tiene dificultad en aceptar que Jesús hubiera sido un maestro, un Rabí sobresaliente –y por cierto, también bastante polémico–, a no ser porque una de las condiciones para ser rabí era la de estar casado; condición que se mantiene aún en nuestros días como requisito para poder ejercer en la sinagoga.

> Jn 1, 38: Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis? Ellos le dijeron: Rabí (que traducido es, Maestro), ¿dónde moras?
>
> Jn 1, 49: Respondió Natanael y le dijo: **Rabí**, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el **Rey** de Israel.
> (Doble connotación de un mismo requisito)
>
> Jn 3, 1: Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos.
> 2: Éste vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él.
>
> (V. a. Jn 4, 31; 6, 25; 9, 2; 11, 8; 20, 16)

La tradición rabínica es completamente farisaica, de modo que no es de gratis la relevancia que reviste el pasaje de Nicodemo en que es presentado como maestro de Israel (*Jn 3, 10*), como principal entre los judíos y como fariseo. De algún modo puede decirse que es un diálogo entre maestros en que el primero (Nicodemo), con mayor derecho a arrogarse el título de maestro, de Rabí, se lo concede al segundo. No es imposible que así fuera, y había ya un antecedente importante cuando, a los doce años, Jesús fue

[1] No que no pudiera convertirse en Sumo Sacerdote sin ser casado (Cf. Jeremías, Joachim. Jerusalén en tiempos de Jesús. Op cit. P. 176); pero una vez constituido en Sumo Sacerdote debía tomar una virgen –una niña de doce a doce años y medio– como mujer, lo cual era regla (so pena que se imputara su cargo). Por otro lado, habría sido un absurdo que el máximo representante del Dios de la multiplicación y de la nación prolífica diera un ejemplo de todo lo opuesto.

hallado sentado en medio de los doctores de la ley, oyéndoles y preguntándoles, al tiempo que los que le oían se quedaban maravillados (*Lc 2, 46-47*). Ya sabemos que Jesús le responde a sus padres que en los negocios de *su Padre* le es necesario estar (*Lc 2, 49*). Esta evidencia nos lleva, sin lugar a dudar, a contemplar seriamente el hipotético de que Jesús se instruyó en la ley judía y que fue reputado como rabí, es posible encontrarlo hablar acerca de la cátedra de Moisés y sus asistentes (*Mt 23, 1*); en otros pasajes lo vemos leyendo las escrituras en la sinagoga, escrituras que, por cierto, son facilitadas por el ministro de la sinagoga (*Lc 4, 16; Mt 13, 53-55; Mc 6, 1-3*), o desbaratando los puestos de los mercaderes en las afueras del templo (*Mt 21, 12*) (algo sobre lo que no tendría facultad a menos que fuera sacerdote o Rabí); sin contar que, en otras ocasiones, los mismos fariseos, y rabís fariseos, son quienes le conceden el título de maestro.
Todo ello induce a pensar que, en efecto, Jesús hizo algún tipo de preparación oficial como maestro (es él quien se presenta en el Templo ante los doctores de la ley para aprender y enseñar la doctrina, y señala que es algo en lo que debe estar). De hecho, sabe leer y escribir –y lo hace en la sinagoga–, conoce y cita las escrituras, tiene perfecto conocimiento de la ley de Moisés y, por si fuera poco, es reconocido por seguidores y adversarios como Rabí, como maestro.

Lo que sigue inquietando a estas alturas es que, si Jesús fue un Rabí en el sentido estricto y completo de la palabra[1] (así parece ser reconocido públicamente), su matrimonio siga siendo controvertido cuando dicho matrimonio no era una cuestión hipotética ni opcional, sino obligatoria.

[1] En Jn 7, 15 los judíos se maravillan de la calidad de la enseñanza de Jesús, a la vez que se cuestionan acerca de cómo sabe él de letras sin haber estudiado. Esto apoyaría la tesis de que Jesús no hizo ningún tipo de formación rabínica oficial; sin embargo, no es correcto pensar que Jesús no hizo ningún tipo de preparación en sentido estricto pues, el hecho de que lea y explique las Escrituras indica lo contrario –es indiscutible que sabe leer y escribir (Jn 8, 6)–. Jesús debía saber arameo galilaico –su lengua natal–, hebreo bíblico –de otro modo no habría podido leer las Escrituras– y, posiblemente, la Koiné. Adicionalmente, dado que la Galilea del siglo I era una región de intercambio comercial, habría sido posible también escuchar y familiarizarse con otras lenguas, quizás sirio, fenicio y copto.
Paralelo a esto, es posible que Jesús hubiera hecho una preparación no reconocida por el sistema judío e, inclusive, que se le nominara Rabí de modo informal, en cuyo caso dicha nominación sería una manera de dirigirse a él como maestro o como persona iluminada, y sus discípulos la habrían utilizado para dirigirse a él como su maestro. Sin embargo, en el caso de Nicodemo, maestro de Israel, habría sido usual que le llamase simplemente por su nombre por cuanto estarían en un nivel jerárquico semejante. Aún así, no lo hace, y éste fariseo, de cultura rabínica, se dirige a Jesús llamándole Rabí. Es posible que se hubiera instruido en otro culto pero, en todo caso, un fariseo no le habría concedido el título de rabí a menos que hubiera estado casado.

> "La La ley misnaica de los judíos es bien explícita al respecto: «Un hombre soltero no puede ser maestro»"[1]

Y los pasajes de los evangelios vienen, en cierto modo, a confirmárnoslo pues, en tal caso, los fariseos ni los escribas le habrían llamado Maestro (*Jn 8, 1-4*) si no hubiera estado casado, de acuerdo con la ley. Y volvemos e insistimos, de no haber sido así, el sólo hecho de que se le reputara como Rabí habría sido irrisorio y se habría constituido en el flanco principal de los ataques de sus opositores –aspecto que no vemos ni en sus más acérrimos detractores que ni de lejos lo acusan de no haber tomado mujer o de fundar un club de homosexuales–. De modo que este silencio es un silencio que avala. En una cultura donde no tomar mujer o esposo[2], en una cultura donde no tener hijos, donde no multiplicarse es reputado como una maldición (*Lc 1, 24-25*) y como una condición digna de oprobio y de escándalo, Jesús no hace escándalo por esta causa ni es acusado de escandalizar por cosas similares.

Y en últimas ¿es que es, acaso, pecado o tabú casarse? ¿No es precisamente dicho acto uno de los fundamentos de la familia y lo que, decididamente, coadyuva en la perpetuación de la especie? Sin embargo, en tratándose de Jesús, parece que quiere, deliberadamente, reputársele como célibe a toda costa. Pero lo que esto hacen cometen una contradicción de fondo pues, aun cuando la evidencia nos indica que Jesús fue nombrado y conocido como rey, sacerdote y maestro, pretender convertirlo en un castrado ocultando, con ello, los secretos de un misterio más grande. Los que esto hacen ¿acaso pretenderán refutar, ahora, las escrituras donde es aclamado como rey, reconocido como sacerdote y tratado como maestro? Y ciertamente, quitándole estos títulos, es una forma directa de decir que no cumple con los requisitos para convertirse en mesías, es una forma rápida de convertirlo en un hombre judío del común, incluso sin relevancia trascendente; es una forma de despojarlo de lo que es, de la esencia con que fue reconocido y aclamado en su tiempo.

Pero más allá de todo esto, y quitándole los títulos, que cada uno por separado convierten en obligatorio su matrimonio, y dejándolo como un hombre del común, llegamos a la conclusión inequívoca de que la obligación tácita de un hombre judío del común era contraer nupcias y tener una

---

[1] SMITH, Morton. Jesus the Magician, citado por BAIGENT, Michael, LEIGH, Richard, LINCOLN, Henry. El enigma sagrado. Buenos Aires: Ediciones Martínez Roca, c1989.

[2] De hecho, de la tarea de buscarle esposo o esposa a los hijos se encargaban los padres desde que sus hijos eran todavía unos niños y, por tanto, el matrimonio, culturalmente y por cuestiones religiosas, era algo prácticamente inevitable entre los judíos.

descendencia abundante parar probar con ello la bendición de Jehová; por tanto, el matrimonio de Jesús, dentro de la cultura judía resulta, no sólo resulta posible, sino virtualmente irrefutable en el caso de que fuera fungido como Rey, Sacerdote y Rabí. Eso habría sido lo natural, lo que no provocaría a escándalo a las multitudes, y a mofa y motivo de acusación por parte de sus detractores.

De no haberlo sido, sin duda, por un lado, los escritores habrían debido de salir en su defensa proponiendo argumentos como: Jesús, siendo soltero, se constituyó en sacerdote; sin haber contraído matrimonio es rey, siendo célibe, es nuestro Maestro (Rabí). Y no era imposible, algo semejante ya se había dicho en el sentido en que, defendiendo el sacerdocio de Jesús, se argumenta que él no había hecho el sacrificio de animales (cosa propia de los sacerdotes) por la sencilla razón porque se había ofrecido a él mismo como expiación (*He 7, 26-27*). Pero, por otro lado, esto no lo habría salvado de la mofa, y seguramente se habría estigmatizado a Jesús con sátiras como: *Jesús el célibe*, *Jesús el castrado*. Cosa que no sucedió nunca por parte de sus detractores, que lo acusan de todo, menos de no haber tomado mujer. No cabe duda, lo que hay que demostrar no es que Jesús hubiera sido casado (algo virtualmente irrefutable), sino tratar de demostrar que no lo fue.

5.4.2. La cruz

La cruz, a decir verdad, no es invención de la religión cristiana ni de su vertiente, la católica sino que, antes de esta, ya se encontraba en otras muchas culturas pre-cristianas, entre ellas la celta y la egipcia. Sus significados son varios, pero entre ellos cabe destacar que significa *vida* y *unión de lo masculino y femenino*. Resulta interesante que Odín, el Cristo nórdico se crucifique en sacrificio a sí mismo a un árbol durante nueve noches, atravesado por una espada. También resulta bien significativo que la cruz egipcia Ank sea considerada como el árbol de la vida y que, en efecto, lleve un óvalo en la parte superior. En últimas, los simbolismos del árbol y de la cruz se hallan estrechamente ligados. Pareciera todo ello remitirnos al origen de la vida o a su causa generatriz. Tanto en el árbol como en la cruz Ank se puede observar un círculo o un óvalo, mismos que nos remite al círculo o útero gestante de la vida[1] y que, evidentemente, también se observa en la

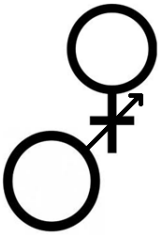
[1] En ocasiones Isis, la *madre de Dios*, es representada en forma de árbol. En la tumba de Thutmosis III, en efecto, ella aparece grabada en forma de un árbol y con el pecho expuesto, del cual se alimenta el faraón. En términos esotéricos estos significa que el que no se cuelgue del árbol (del madero) no podrá alimentarse, no podrá nacer de nuevo, no podrá conseguir la resurrección. Ese árbol es femenino, es mujer, es madre, es unión sexual.

cruz celta. De hecho, el mismo árbol, dibujado en su forma más elemental, esto es, como un círculo u óvalo y un palo también vienen a representarnos la causa de la vida y a las dos fuerzas creadoras en el cosmos. Claro, otra cosa es la compenetración de esas dos fuerzas, el cruce de esas dos fuerzas que, en última síntesis, vienen a formar la cruz.

Cruz Ank
(El árbol de la vida)

Símbolo de la mujer
(Las llaves de San Pedro[1])

Símbolo del hombre



Jesús atravesado por la lanza de Longinus.
Odín atravesado por una flecha
(Unión sexual)

* Nótense las similitudes entre la cruz Ank y el símbolo de la mujer

El símbolo más arcaico para representar a la fuerza creadora masculina ha sido un palo vertical (|), pero, si esto es así, si este palo vertical representa la fuerza creadora masculina, ¿Cuál sería el símbolo equivalente que podríamos utilizar para representar la fuerza creadora femenina? El círculo o el triángulo con la punta hacia abajo podrían funcionar, pero no es su equivalente, que al tiempo funcione como su antítesis perfecta. El opuesto a este símbolo (|) no puede ser otro que la representación de un madero horizontal (–), que viene a representar a la fuerza creadora femenina, y entre

[1] En esta ilustración la cruz tiene un solo brazo; sin embargo, si utilizamos la cruz de dos brazos tenemos el símbolo de las llaves de San Pedro superponiendo los círculos y oponiendo las estrías o paletas (como suele hacerse, indicando el camino para descubrir el significado oculto). Por evolución, convirtiendo el círculo en un triángulo con la punta hacia abajo, obtenemos el cáliz real, el Grial –que no es otra cosa que una copa–, el otro símbolo por excelencia del eterno femenino.

ambos forman cruz (+). Es verdad que lo masculino ha sido asociado a lo positivo y lo femenino a lo negativo; sin embargo, es de aclarar que esto se debe entender exclusivamente en el ámbito de dos fuerzas contrarias que se necesitan y complementan y que son ambas creadoras, y no en sentidos ajenos que menoscaben el valor de la fuerza creadora femenina[1]. Sea como fuere, tanto madero vertical como horizontal, de manera independiente, representan bastante bien a las dos fuerzas creadoras de la naturaleza. Pero también es cierto que ellas, por sí solas no pueden crear, se necesita que se unan, que haya cruce, que se penetren mutuamente superponiéndose. Es evidente que esta unión, que este cruce, que esta penetración mutua en que se superponen ambos palos, o maderos, forma cruz. Ahora entenderán por qué la cruz es un símbolo de vida. Ahora entenderán por qué la cruz es donde muere el hombre viejo para que emerja a la vida el hombre auténtico, el hombre resurrecto. Siendo el cruce de estos dos maderos lo que propicia el nacimiento, ahora entenderán cual es el madero que es preciso cargar para lograr el segundo nacimiento.

Si bien es cierto que la cruz, en su aspecto externo, revestía un significado poco ortodoxo, que era poco apreciada, que se veía como instrumento de castigo, Jesús, colgándose a ella, la convierte en otro tipo de símbolo y hasta la sacraliza. Si bien es cierto que esa cruz, en su aspecto simbólico, era poco apreciada, y que la mujer era poco apreciada, Jesús la reivindica, la defiende y la ama, y la pone delante del hombre como un requisito sin el cual no puede seguírsele. «*El que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí*» (*Mt 10, 38*), señala, y es claro que se refiere a la mujer, a nuestra propia Eva particular. El símbolo de la mujer lleva la cruz en la parte inferior del círculo; cuando esa cruz está encima de la esfera representa el símbolo del *Imperator*. Solo mediante la mujer podremos convertirnos en el Imperator, en los dueños y dominadores de la naturaleza y del cosmos.

Los que interpretan al pie de la letra un libro simbólico se equivocan, y ese ha sido el error de la mayoría. Jesús el Cristo no sólo nos enseña durante su vida, sino que aun colgado en un madero, a punto de morir, nos sigue enseñando. Jesús el Cristo es algo que todavía el mundo no ha comprendido.

[1] Son dos iguales como energía creadora, y sólo difieren en la orientación. Pero aún más, en sentido matemático +x+ =+. Sin embargo –x–=+. La fuerza creadora femenina, o negativa, puede engendrar una positiva, mientras que la positiva no puede generar una negativa. Esto viene a demostrarnos la divinidad suprema de lo femenino. Cabe anotar que en sentido biológico estas relaciones matemáticas también son plenamente demostrables, y de ello ya han dado cuenta ciertos estudios que nos ilustran bastante bien acerca de este tema.

> Mt 10, 37: El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí;
> 38: y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí.
>
> Mc 10, 17: Al salir él para seguir su camino, vino uno corriendo, e hincando la rodilla delante de él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?
> 18: Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios.
> 19: Los mandamientos sabes: No adulteres. No mates. No hurtes. No digas falso testimonio. No defraudes. Honra a tu padre y a tu madre.
> 20: Él entonces, respondiendo, le dijo: Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud.
> 21: Entonces Jesús, mirándole, le amó, y le dijo: Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz.
> 21: Pero él, afligido por esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones.
>
> Lc 9, 23: Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame.
> (V. a. Mt 16, 24; Mc 8, 34).

Algunos afirman que, cuando Jesús cita aquello de tomar la cruz, se refiere a las preocupaciones diarias de la vida, a sus circunstancias difíciles, a sus problemas y al hecho de soportar todo esto con abnegación; sin embargo, la verdad es que todas las personas del mundo tienen problemas y circunstancias nada fáciles de acuerdo al ambiente en que se desenvuelvan y de acuerdo a su estado de conciencia, y todas, o casi todas, tratan de sortear esas circunstancias lo mejor posible. De modo que, de ser así, todas, o casi todas las personas estarían al borde de alcanzar la suprema iniciación, aspecto con el que disertamos. Pero entonces se ha interpretado mal; Jesús no dice que nos llevemos todas nuestras preocupaciones acuestas para seguirle. Es claro que los que le seguían dejaban esas preocupaciones de la vida diaria, y sólo llevaban su cruz, su esposa-sacerdotisa. Y es curioso que Jesús enseñara eso, si el mismo no iba con su cruz.

Esa cruz no se trata, como argumentan algunos, de morir a nuestra voluntad para hacer la voluntad de Dios y soportar con paciencia las pequeñas o grandes tribulaciones diarias (en cuyo caso se habrá confundido la cruz con el hecho de negarse a sí mismo). En efecto, ese negarse a sí mismo consiste en ya no hacer nuestra propia voluntad, sino la voluntad del Padre que está en secreto; ese negarse a sí mismo consiste en abandonar mis apegos, mis

falsos sentimientos, mis ambiciones, mis reacciones y hasta mis propios pensamientos. Tal es el significado y lo que se exige con tal afirmación y, en cierto modo, lo que constituye también esa carga pesada en nuestras vidas; mis apegos, mis iras, mis fornicaciones, mis ambiciones, etc., constituyen eso que amarga nuestras vidas (sin llegar a ser, en forma explícita la cruz en sí misma a la que se refiere Jesús). Y es preciso abandonar eso y negarse a sí mismo. Cuando yo niego mis borracheras dejo de arruinar a mi organismo, dejo de hacer el ridículo, dejo de hacer shows en el barrio, dejo de hablar palabras obscenas, dejo de lastimar a mi esposa, a mis hijos, dejo de zaherirlos con palabras fuera de sitio, dejo de quitarles el dinero del pan para botarlo en licores que me dejan dolores de cabeza y enfermedades a futuro, dejo de dar mal ejemplo y de arrastrar conmigo a los que juzgo mis amigos para que ellos tengan también la misma desgracia de amanecer desarrapados en calles o cantinas. Si esta es la cruz a que se refieren ciertos elementos, lo mejor es recortarle un brazo a esa cruz y arrojarla toda, no tomarla nunca.
Así las cosas, es estulto pensar que la cruz a la que se refiere Jesús son los eventos difíciles de nuestra vida porque todas las personas tienen eventos y circunstancias dolorosas en la vida y todas las personas ponen todo lo que tienen de paciencia y tratan de sortear esas circunstancias lo mejor posible. Esto todo el mundo lo hace todos los días y no por ello han llegado a la suprema iniciación. Es evidente que Jesús pide algo más allá de eso y lo establece como condición a todo aquel que quiera ser su discípulo ¿es posible comprender el sentido de esto? La misma biblia nos dice que al vulgo le hablaba en parábolas, mientras que a sus discípulos les revelaba los misterios. **No es suficiente con cumplir a cabalidad todos los mandamientos de la ley de Dios y esto, de por sí, ya es para quedar atónito**; se exige algo más, no se trata de tener una conducta irreprensible ni de una gran espiritualidad, sino de un mecanismo adicional en que se debe tomar la cruz. Y esto lo sabemos porque la persona que viene corriendo y se inca ante Jesús para interrogarle ha cumplido con todo ello desde su juventud. Y, sin embargo, para convertirse en un auténtico discípulo del Cristo es necesario que haga algo más: que lo deje todo, que se niegue a sí mismo, que cargue su cruz y que, sólo entonces, lo siga.

> Lc 14, 26: Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo.
> 27: Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo.

Increíblemente en este pasaje se incluye a la mujer como una de las personas a aborrecer, pero ¿es lógico que yo deba aborrecer a esa persona que amo?

¿A esa mujer por la que el primer hombre quedó deslumbrado, a tal punto que la reconoció como la otra parte de sí y a la que debería unirse? ¿A esa mujer que el mismo Jesús ha amado y defendido? Allá los intonsos literalistas si la rechazan, si la aborrecen y se enclaustran en una piedra. En lo que a nosotros concierne, vemos cómo Jesús hace una acérrima defensa acerca del matrimonio y enseña que sólo por la dureza del corazón Moisés permitió que los hombres las repudiaran. Parece referirse aquí a una cuestión más de apego. Cuando no se puede reconocer que la felicidad está más allá de mis padres, de mis hijos e, inclusive, de mi propia esposa, no sólo se sufre, sino que se está en riesgo de abandonar al Cristo por una persona, por algo efímero. En otras palabras, seguir al Cristo es la renuncia absoluta de todo, el desapego absoluto de todo, hasta de lo más querido. Pero ese desprendimiento no significa dejar de amar. Así las cosas, no se debe aborrecer a la mujer en el sentido en que hemos estado acostumbrados; por el contrario, se la debe amar, cuidar, proteger, convertirla en nuestra reina, en nuestra diosa; ella con una sonrisa lo borra todo, ella con una caricia nos reconforta y nos alimenta. Un hombre y una mujer solos son simplemente dos individuos incompletos, les falta su otra mitad, les falta el signo sagrado de la cruz. Es evidente que en el pasaje del versículo de Lucas esta mujer se entiende por esposa y, en última síntesis, es ella a la que se debe tomar siempre, sin abandonarla nunca. Ella es la cruz escondida bajo la alegoría. A muchos se les hará algo supremamente ridículo y pensarán que todo esto es sólo una tonta teoría peregrina. Pero, de hecho, no es la primera vez que a la mujer, que a lo femenino, se le vela bajo el símbolo de la cruz o del madero horizontal; en nuestros tiempos el símbolo femenino oficialmente aceptado es el de una cruz fusionada con un círculo en la parte superior. Es evidente que ningún iniciado podría alcanzar la suprema iluminación ni la liberación final sin el signo de la cruz, sin la crucifixión. El Cristo Jesús cuelga de ella y logra la resurrección, Odín se crucifica a un árbol y consigue el conocimiento de las runas; Buda se sienta al pie del árbol *bodhi* y logra la iluminación. La esposa del Buda es Yasodhara y la esposa de Odín es Frigg. Entre los egipcios la esposa de Osiris es Isis y entre los vedas la esposa de Rama es su adorada Sita; entre los hinduistas la esposa de Shivá es Párvati, y entre los cristianos Jesús el Cristo es un castrado, sin esposa. Sin embargo, ama y defiende a la mujer, se muestra partidario absoluto del matrimonio y de no darle carta de divorcio y se cuelga a una cruz para lograr la resurrección[1]. Por supuesto, María Magdalena está allí.

[1] Según algunas versiones Jesús no cargó la cruz completa, sino sólo el madero horizontal, y se lo representa no llevándolo al hombro, sino horizontalmente, amarrado a sus manos, formando cruz. En uno u otro caso el simbolismo de fondo viene a revelarnos lo mismo.

Y es que el símbolo femenino, en su aspecto más simple, no es otra cosa que un árbol enclavado en la tierra, y de este modo es obvio que todo el que quiera llegar a la iluminación y liberación final debe colgarse de un árbol que, toda vez que está inserto en la tierra, forma cruz.
Cruzar es formar cruz. Se cruza un río porque está en orientación horizontal, y se cruza pasando al otro lado, de manera vertical. Se cruzan las plantas y las especies animales porque hay unión sexual; y esa unión sexual, al necesitar la cooperación de lo masculino y lo femenino, forma cruz. La cruz no es sólo un símbolo religioso o espiritual, sino que también representa la muerte, la vida y, muy especialmente, la unión de las dos fuerzas creadoras de la naturaleza, para ser más explícitos, la unión sexual[1].
Ahora bien, ¿es posible que el Cristo Jesús hubiera impuesto la condición de tomar la cruz si el mismo no la hubiera tomado ya? No parece ser lo más correcto, del mismo modo como no parece ser correcto que haga defensa del matrimonio y se enclaustre en una piedra. La secuencia de todo esto más bien nos aproxima, por intuición, por inferencia, a la certeza de que se nos ha presentado a un Jesús irreal por más de dos mil años, un Jesús que resulta más próximo, un hombre que ama profundamente a la mujer y que reivindica la unión de los dos seres, tal como en el principio.

5.4.3. La samaritana

La unión del hombre y la mujer es el plan de Dios, de otra forma, Dios, previéndolo, no la habría creado. Y es que ni siquiera es necesario recurrir a textos antiquísimos para dar cuenta de ello, sino que se presenta como algo natural, como una necesidad y deber esencial en la vida tanto del hombre como de la mujer. Y es sólo mediante esta unión que el hombre puede llegar a transformarse radicalmente, allí reside la clave de la iniciación misma. La cruz en sí misma viene a indicarnos claramente el camino estrecho y oculto que sólo unos pocos llegan a conocer, esa piedra baja y vil que los constructores desecharon porque la consideraron impura e irrelevante (*Mt 21, 42; Mc 12, 10: Lc 20, 17*). Y no cabe duda que el camino que nos lleva a la vida es el mismo camino estrecho –o canal estrecho– que nos trajo a ella (Cf. *Mt 7, 13-14; Lc 13, 24*)[2], pero con pureza, uniéndose con una desnudez paradisía-

[1] En el *Dictionary of Mysticism and the Occult* –publicado por Nevill Drury– la cruz es definida en estos términos: "Un antiguo símbolo pre-cristiano interpretado por algunos ocultistas como la unión del falo masculino (barra vertical) y la vagina femenina (barra horizontal). Es también un símbolo de las cuatro direcciones y un arma poderosa contra el mal".

[2] El evangelio dice que pocos son los que hallan esa puerta estrecha (Mt 7, 13-14), lo que perfectamente nos da cuenta que no se trata de una vía convencional, que no se trata

ca, en una cópula edénica (es claro que no se trata de unirse como animales y fornicar hasta el cansancio). Y esta transformación substancial de lo material en espiritual no es posible sin el concurso de la mujer (en el caso del hombre), ni del hombre (en el caso de la mujer).

> Jn 4, 5: Vino, pues, a una ciudad de Samaria llamada Sicar, junto a la heredad que Jacob dio a su hijo José.
> 6: Y estaba allí el pozo de Jacob. Entonces Jesús, cansado del camino, se sentó así junto al pozo. Era como la hora sexta.
> 7: Vino una mujer de Samaria a sacar agua; y Jesús le dijo: Dame de beber.
> 8: Pues sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar de comer.
> 9: La mujer samaritana le dijo: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana? Porque judíos y samaritanos no se tratan entre sí.
> 10: Respondió Jesús y le dijo: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva.
> 11: La mujer le dijo: Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo. ¿De dónde, pues, tienes el agua viva?
> 12: ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebieron él, sus hijos y sus ganados?
> 13: Respondió Jesús y le dijo: Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed;
> 14: mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.
> 15: La mujer le dijo: Señor, dame esa agua, para que no tenga yo sed, ni venga aquí a sacarla.
> 16: Jesús le dijo: **Ve, llama a tu marido, y ven acá**.

El agua ha sido simbolizada siempre en casi todas las mitologías como el elemento creador, en ellas se ve al universo, a las cosas y al hombre mismo saliendo del agua, de un río, de una laguna, del mar, etc. En la misma Biblia, Dios, antes de que fuera creado el universo, antes de que fuera creada la luz, se mueve sobre la faz de las aguas (*Gn 1, 2*). Las aguas primigenias jamás son creadas, sino que la creación es susceptible de ser creada a partir de ellas. Es verdad que, alegóricamente, el hombre del Génesis es creado a partir del lodo de la tierra; sin embargo, esa tierra procede de las aguas (*Gn 1, 9-10*). Y el hombre, en última síntesis, también procede del agua. El agua, en la

solamente de rezar o de creerse bueno (que es lo usual), que no se trata del camino por el que transitan las masas, sino que es una vía no convencional, en la que muy pocos pueden entrar (Cf. Lc 13, 24) –¿una vía secreta, iniciática?– y, a juzgar por el evangelio (Mt 21, 42; Mc 12, 10; Lc 20 17-18), hasta reputada como escandalosa. Sin duda esa vía es sexual.

simbología de todas las mitologías y religiones significa al elemento creador, y se le asocia con la generatriz, con la madre, con lo femenino. Esta cuestión de las aguas es un tema cosmogónico bastante extenso y nos habremos de limitar por ahora a señalar que el agua se convierte siempre en el elemento creador, y hasta en el elemento increado, pues en el relato bíblico las aguas superiores jamás son creadas. Si nos remitimos al origen descubriremos con asombro que el cielo se encuentra en la mitad de las aguas (*Gn 1, 6-8*). Y es que, en últimas, el cielo sólo es posible encontrarlo en la mitad de las aguas. De esas aguas surge la tierra, y de esa tierra surge el hombre. Así, las aguas vienen a ser su gran abuela, su gran madre creadora y hasta su generatriz eterna. Esas aguas sagradas de la que surge la vida también habitan en el hombre, y la Biblia aconseja que no se derramen por fuera (*Prv 5, 15-19*).

Normalmente uno está de acuerdo que hasta el nacimiento de un bebe paria en la choza más pobre e inmunda del mundo es un milagro porque se trata del milagro de la vida, y que esa vida es sagrada por extensión de la vida misma. Pero si dicho nacimiento y dicha vida es considerada como sagrada ¿no resulta coherente pensar que la causa generatriz de esa vida sea todavía más sagrada? Y esa criatura no nació del viento, de un bello poema, de la más insigne teoría, pues todo lo bello, por más bello que sea, no tiene el poder de crear, de generar vida; a menos que con eso bello nos estemos refiriendo a las aguas creadoras del hombre y de la mujer, esto es, su energía creadora sexual, el único material capaz de generar vida.

Estas aguas son, por extensión, réplica de las aguas increadas y eternas. Y no olvidemos que el cielo sólo es posible encontrarlo en la mitad de las aguas (*Gn 1, 6-8*). Estas son las aguas de vida eterna que Jesús nos ofrece; nos remite el Cristo hebreo nada más ni nada menos que al único elemento del que surge todo. Y toda vez que es increado, es decir, que no tuvo principio, no tiene final tampoco. Son las aguas de la vida eterna que el sediento debe beber para no volver a tener sed jamás. Pero, insistimos, para ello es preciso que el hombre tenga a su lado a una mujer y la mujer un hombre; lo que de por sí explica en forma expresa el por qué la noción del matrimonio deba ser defendida en forma vehemente.
Cuando la mujer samaritana le pide a Jesús que le dé a beber de esas aguas, éste, decidido a revelarle la llave de la ciencia, el secreto de secretos, el gran Arcano A.Z.F., le pide que llame a su marido. Y ya no es necesario decir nada más, excepto que éste es el auténtico bautismo en Cristo y que se trata de un agua para beber y no para escupir. Una persona no debería de escupir sus aguas, de menospreciarlas, de derrocharlas en orgasmos y fornicaciones. Este es el tipo de castración que el Cristo pide (*Mt 19, 9-12*) y que, insisti-

mos, no debe entenderse en forma literal, pues los literalistas hasta lo más sagrado lo corrompen.

> Prv 5, 15: Bebe el agua de tu aljibe y de los manantiales de tu pozo.
> 16: Que el agua de tu fuente no se derrame por fuera, ni tus arroyos por las calles.
> 17: Sé tú solo el dueño de ellas, y no entren a la parte contigo los extraños.
> 18: Bendita sea tu fuente, y vive alegre con la esposa que tomaste en tu juventud.
> 19: Sea ella tus delicias, como cierva y como gracioso cervatillo; sus cariños sean tu recreo en todo tiempo; busca siempre tu placer en su amor.
> (Versión de la editorial Herder, 1964)

Con esto el asunto queda sentenciado. Pueden y deben hombre y mujer unirse y cruzarse, pero con la condición de que no se derrame el agua de sus fuentes. Esa es la enseñanza secreta del Cristo, esa es la enseñanza que él impartía sólo a unos pocos y en secreto, o ¿es que en verdad vamos a estar dispuestos a creer que su máxima enseñanza, la que sólo se enseñaba en lo oculto y a unos pocos, y por la que sus apóstoles eran capaces de morir como mártires se reduce a contar camándulas? Es preciso cargar la cruz y compenetrarse en la mitad de los dos maderos; es preciso beber el agua oculta, el agua eterna de donde brota todo. Jesús, diciéndole a la samaritana que llamara a su esposo, se muestra dispuesto a revelarle el secreto, a revelarle la fuente de las aguas y de la vida duradera. Y esto es un trabajo que se hace en pareja y no recluidos en las piedras. Es evidente que Jesús ya habría hecho ese trabajo, pues no es gratuito el hecho de decir que vino para revelarnos el camino. O ¿acaso puede enseñarnos a montar bicicleta alguien que nunca lo ha hecho? ¿Puede enseñarnos a ser buenos esposos alguien que nunca ha tomado mujer ni contraído nupcias? El que vino a enseñarnos el camino debe primero vivir el drama de ese camino. Y, a estas alturas, no es posible concebir, después de todo, a un Jesús célibe; es desde todo punto de vista absurdo, no resulta coherente. Esas peregrinas ideas del celibato no se corresponden con la senda del matrimonio que Jesús enseñó, no se corresponden con la noción de amar a la mujer, de hacerla nuestra igual, sin discriminación alguna, de llegarse a ella, de unirse a ella, de defenderla, de protegerla, de enjugar sus lágrimas, de trazar un camino juntos.

5.4.4. Las bodas de Caná

Sabemos que los esponsales de un judío se hacían a temprana edad y que era prácticamente su obligación social, cultural y religiosa. En el caso de Jesús,

hasta donde hemos visto, se puede inferir, con posibilidad de verdad que, por la misma naturaleza de la enseñanza que transmite, es un hombre casado y que, por lo tanto, hubo de contraer nupcias en algún momento de su vida. Para Orson Hyde, en Young,[1] no hay duda de que las bodas de Caná fueron las del propio Jesús, y lo manifiesta en estos términos:

> Se despierta en mi mente que una vez hubo un casamiento en Caná de Galilea, y en una lectura cuidadosa de ese relato, es evidente que ninguna persona más que Jesucristo se casó en esa ocasión.

A esto añade McConkie[2]:

> Jesús no es un recluta, ni ermitaño, ni ascético. Él vino comiendo y bebiendo, disfrutando de la interacción social del día natural, normal y saludablemente.

Ahora bien, respecto a que si las bodas de Caná se corresponden con sus esponsales es bien discutido; sin embargo, lo que sí es cierto, y tal como lo habría hecho notar McConkie (*Doctrinal New Testament Commentary,* V. 1. P. 135), es que es posible hallar en dicho relato ciertas circunstancias que resultan un poco anómalas o, en el mejor de los casos, que no pueden dejar de llamar la atención.

> Jn 2, 1: Al tercer día se hicieron unas bodas en Caná de Galilea; y estaba allí la madre de Jesús.
> 2: Y fueron también invitados a las bodas Jesús y sus discípulos.
> 3: Y faltando el vino, la madre de Jesús le dijo: No tienen vino.
> 4: Jesús le dijo: ¿Qué tienes conmigo, mujer? Aún no ha venido mi hora.
> 5: Su madre dijo a los que servían: Haced todo lo que os dijere.
> 6: Y estaban allí seis tinajas de piedra para agua, conforme al rito de la purificación de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres cántaros.
> 7: Jesús les dijo: Llenad estas tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba.
> 8: Entonces les dijo: Sacad ahora, y llevadlo al maestresala. Y se lo llevaron.
> 9: Cuando el maestresala probó el agua hecha vino, sin saber él de dónde era, aunque lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua, llamó al **esposo**, y le dijo:

[1] YOUNG, Brigham. Journal of Discourses, v. 4. London: S. W. Richards, 1857. P. 259.

[2] McCONKIE, Bruce Redd. Doctrinal New Testament Commentary, v.1. Salt Lake City (United States): Deseret Book Company, 2012.

> 10: Todo hombre sirve primero el buen vino, y cuando ya han bebido mucho, entonces el inferior; mas tú has reservado el buen vino hasta ahora.

Es evidente, e implícitamente se acepta, que las palabras del maestresala están dirigidas al propio Jesús. Por lo demás, entre los versículos 4 y 5 parece haber una ruptura en la secuencia del relato. Jesús, aparentemente, da una negativa, pero en el versículo siguiente hallamos que su *madre* está ordenando a los criados que hagan todo lo que él les diga. Sin embargo, y obviando este hecho, es evidente que para ser sólo invitados ambos se toman atribuciones que no les competen, y resulta además indelicado disponer en una casa ajena con respecto a cosas ajenas y criados ajenos, con el agravante de hacerlo de forma inconsulta. Y es que la verdad el comportamiento de ambos no parece ser el de invitados, sino el de anfitriones. La madre de Jesús se muestra como la organizadora, y está pendiente de los detalles, y es justamente ella la que advierte que no les queda vino. Ella ordena a los sirvientes y éstos, se muestran indiferentes a tal orden y obedecen indistintamente a ambos, tanto a la madre de Jesús como a Jesús mismo. Si ellos no fueran los anfitriones, los sirvientes habrían tenido razones más que suficientes para haberles desobedecido o reclamarles en el sentido que ellos no podían mandar.

La presencia misma de Jesús es extraña porque él, de su cuenta, declara que no ha llegado su hora. Si entendemos tal afirmación como su *ministerio* o su *obra pública*, parece que no debería estar allí, haciendo milagros en público. Y ni qué decir la presencia de María, la que aparece allí sin motivo alguno, como por coincidencias de la vida. El problema es que aparece por *coincidencia* estando pendiente por los detalles de las fiestas de la boda y ordenando a los sirvientes. Ella es la que se da cuenta que se ha acabado el vino, pero entonces ¿por qué no le manifiesta su inquietud al esposo, al anfitrión? El esposo era el encargado de proveer el vino en su boda. Sería a él al que debería haberse dirigido y no correr directamente donde Jesús. Éste se encargaría de arreglar el incidente o de enviar a sus sirvientes a comprar más. Claro, esto se explica sólo porque ella es la anfitriona que le está celebrando la fiesta de bodas a su hijo; esto explica el hecho mismo que ella se dirija a Jesús para instarlo a que surta más vino (pues era su deber como *el esposo*). Y también así se explica el que Jesús se aparezca en ella con el séquito de discípulos que ha hecho; de no ser así, el eventual anfitrión habría invitado sólo a María y a Jesús, y no a toda la camarilla de amigos y discípulos que hubiera conocido éste. Y Jesús, apareciéndose con ellos ahí, de no haber sido él el desposado, se presenta como una arrogación indebida de facultades o, por lo menos, como un gesto bastante indelicado. Otra

cosa es cuando hacemos la lectura de que él es el esposo y que invita a sus amigos y discípulos. Entonces tampoco están haciendo milagros de forma pública (que implicaría el inicio de su *ministerio*) pues se trata de unas bodas privadas donde se invitan sólo a los más allegados.
Una vez que los sirvientes llenan las tinajas con agua Jesús les ordena que se las lleven al maestresala. Éste tenía la función de servir la mesa de su señor y probar los alimentos para darles su aval (con la finalidad de probar que los mismos no se hallaban envenenados). Pero aquí nos encontramos con un problema y es que, dado que los encargados de servir la mesa, o los criados, estaban a su cargo, lo más natural es que él les hubiera preguntado sobre la persona que le ordena catar el vino o que ellos le dijeran que su señor (¿el esposo?) lo está ordenando. Él prueba el vino; supuestamente no sabe de dónde procede, pero de inmediato llama al esposo y dice:

> Jn 2, 10: Todo hombre sirve primero el buen vino, y cuando ya han bebido mucho, entonces el inferior; mas tú has reservado el buen vino hasta ahora.

A éste, al esposo, es a quien le habría correspondido suministrarlo, y no a un par de invitados. Sin embargo, María y Jesús asumen este papel con autoridad y, sobre todo, con absoluta naturalidad. Y este esposo, en el caso que no fuera Jesús, ¿acaso no se había dado cuenta que Jesús y María estaban dando órdenes en su fiesta de bodas, y ordenando sobre los objetos y criados de su propia casa? Y, si fuera otro diferente de Jesús ¿no le merece decir que él no tenía de ese vino? ¿No le merece preguntar por la persona que lo ha traído? ¿No le merece agradecerle? Sin embargo, como podemos constatar, el evangelio calla, calla, calla. O tal vez no, porque las palabras que dice el maestresala, implícitamente van dirigidas a Jesús, que es el que ha proveído el vino, y lo hace llamar como esposo. De no ser así, estamos ante un esposo fantasma; un esposo que, por un lado, parece ser muy sabio (de acuerdo a las palabras del maestresala), pero, por otro, muy tonto, porque deja que unos invitados usurpen su lugar y él, ni se da por enterado). Ese esposo es el eje del relato, el sabio, el acertado; y no tendríamos problema en aceptar que se trata de un esposo fantasma, excepto porque el que siempre aparece como sabio es Jesús; el que es el eje, no sólo del relato sino de todo el evangelio, es Jesús. Por tanto, la conclusión obvia es que el esposo y Jesús son la misma persona y que las palabras van dirigidas a él.

El relato prácticamente termina ahí, pero sólo unas líneas adelante hallamos otra alusión a Jesús como *el esposo*, en esta ocasión de labios del mismísimo Juan Bautista, con ocasión sobre la discusión que suscitan los judíos cuando le dicen que Jesús también está bautizando, y que todos van donde él.

> Jn 3, 27: No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo.
> 28: Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de él.
> 29: El que tiene la esposa, es el esposo; mas el amigo del esposo, que está a su lado y le oye, se goza grandemente de la voz del esposo; así pues, este mi gozo está cumplido.

Muchos interpretan que la esposa es el pueblo de Israel y que Jesús es el esposo. Inclusive se ha propuesto que se debe asociar a Dios con el esposo y a la iglesia (la congregación) con la esposa. Este significado, hasta cierto, es viable, aunque también se nos antoja que dicha interpretación mutila la esencia del matrimonio y, a decir verdad, no es realista con los pasajes del evangelio. Juan (el amigo del esposo), al referirse a Jesús como *el esposo* (en caso de que Jesús hubiera sido célibe), no parecería alagarlo, sino burlarse y convertirlo en mofa. Lo más posible es que los judíos no hubieran advertido el significado de fondo de las palabras de Juan y, sin embargo, **no protestan diciendo que Jesús no tiene esposa**. En síntesis, el evangelio nuevamente calla. O tal vez no, tal vez se nos lo ha dicho desde el principio, pero los ministros de la secta de Roma se empecinaban en lo contrario[1]. Ahora bien, ¿qué necesidad hay de que se mencione al esposo y a la esposa cuando se discute sobre el bautismo? A menos que Juan estuviera aludiendo a un procedimiento hermético, en el cual es matrimonio sólo es posible con la cooperación de la esposa (el bautismo iniciático se refiere a un trabajo en el que se debe llevar el agua a la cabeza. Generalmente se hace en una pila bautismal, misma que viene a representar al útero, al aspecto femenino).
Las connotaciones simbólicas de las bodas de Caná tendrían similares relaciones. En un aspecto simbólico, la transformación del agua en vino se refiere a un trabajo de alquimia en que se transmuta algo bajo en algo superior. No que el agua sea algo inferior, sino que aquí se representa su transmutación en algo superior. El milagro de las bodas consiste en la transmutación del agua en vino y es el primer milagro que debe obrar el iniciado. Ese vino no es para depositar en un odre descocido ni para extraerlo de su fuente sino que se debe de asimilar en el organismo.

Cuando la paloma blanca, símbolo del tercer aspecto creacional (el mismo espíritu santo, que tiene su exponente en la energía sexual) se posa sobre la

[1] No hace mucho tiempo que ellos habían prohibido que se leyera la Biblia, aduciendo que la persona que lo hiciera sin la debida preparación o guía (de ellos, por supuesto) podía llegar a enloquecer. El tiempo ha pasado y muchas personas han leído la Biblia; no han enloquecido, pero sí se han dado cuenta de ciertos engaños ¿era este el temor de la iglesia de Roma?

cabeza del iniciado, significa que se ha logrado llevar el agua a la cabeza y que, por consiguiente, se ha hecho un intenso trabajo de magia sexual. A estas alturas esa agua se ha transformado en fuego y forma destellos alrededor de la cabeza del iniciado o se posa en forma de llama de fuego.
La energía sexual se asocia, como hemos visto, a las aguas, a lo femenino, y uno de sus símbolos es la paloma. Ella en sí misma viene también a ser aquello que la Biblia llama *Espíritu Santo*.

> 1 Cor 6, 18: Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; mas el que fornica, contra su propio cuerpo peca.
> 19: ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?

En este versículo no es preciso hacer ninguna relación. Y tampoco, por ahora, estamos dispuestos a decir mucho más al respecto, excepto que los únicos pecados que no se perdonan son los que se cometen contra el Espíritu Santo (*Mt 12, 32; Mc 3, 28; Lc 12, 10*).

5.5. MARÍA MAGDALENA

Si el Salvador la hizo digna, ¿quién eres tú para rechazarla? Bien cierto es que el Salvador la conoce perfectamente; por esto la amó más que a nosotros.
Evangelio Gnóstico de María

Hasta donde hemos visto, hay un gran cantidad de datos, una enorme explícita evidencia que, en suma, nos remiten al hecho natural de que Jesús fue un hombre casado, que adoraba a la mujer, que la trataba como a un igual y que defiende ampliamente el matrimonio, haciendo virtualmente imposible el divorcio. De cara a las usanzas de nuestro tiempo, parecería que pide mucho, pero también nos deja en claro que esa es la forma de seguirle verdaderamente. Y él mismo, como ratificación de lo que enseña, no podía ser la excepción; él, como rey, sacerdote y maestro, no podía menos que tener un matrimonio, ser un hombre casado. Pero, en este caso, surge una pregunta ¿quién podría ser su esposa?

Importante entre los cristianos gnósticos de los primeros siglos, entre los círculos heréticos de Europa, entre los trovadores medievales, representada en las catedrales góticas, atacada y disminuida por la iglesia católica de Roma, María Magdalena, la virgen negra de muchas catedrales según algunas tradiciones, y la consorte del Cristo según nos prueba la evidencia, era un tema prohibido hasta hace unas cuantas décadas, máxime en su papel como

compañera de Jesús (lo que de por sí implica que nunca ha desaparecido su acepción como esposa); prohibido, o tácitamente censurado, constituía una herejía y, por tanto, era imposible insinuarlo o hablar abiertamente de ello (debido al poder inquisitorial de la iglesia de Roma). Este poder hacía imposible rebatir ninguno de sus dogmas y conceptos. Y entre esos dogmas y conceptos estaba el de un Jesús célibe, distante de un eventual vínculo afectivo con María Magdalena a la que, por cierto, le fue asignado el no muy noble oficio de prostituta[1, 2] que, hemos de reconocerlo, ha logrado generar más mal que bien sobre la imagen de ella, pero que resultaba un buen medio para ocultar su matrimonio con Jesús; nada más preciso que difamarla atribuyéndole ciertas conductas sexuales censurables.

Si la iglesia católica y sus jerarcas lo hicieron involuntariamente, fuera de causar un enorme daño y desprestigio haciendo indigna a una mujer inocente, fuera de juzgar precipitadamente con su futuro estilo inquisidor, demuestra a plena luz meridiana que no son infalibles en la interpretación bíblica, que se equivocan, que no tienen la última verdad, que su sentido literal les hace errar, que su interpretación de las escrituras no puede ser del todo confiable. Ahora bien, si no lo hicieron por error, sino a plena conciencia, significa que son capaces de prostituir la verdad y el evangelio con tal de alcanzar sus objetivos y de lograr sus intereses. Y, en este sentido, no puede uno saber qué es peor[3].

---

[1] Dicha imagen fue favorecida por el concepto que el papa Gregorio I dio de ella en el siglo VI; concepto que perduró durante 14 siglos cuando fue removido el título de penitente por el papa Pablo VI. Sin embargo, ha de reconocerse que el mal ya estaba hecho y que, aún hoy, muchos cristianos católicos creen que ella era una prostituta. Esta idea también pudo haberse visto favorecida gracias a un texto judío titulado *Lamentaciones Rabbá*, en el cual se expone la idea de que Dios destruye a Magdala por ser un sitio de fornicación.

[2] Aunque es posible que lo fuera, al menos no en el sentido en que ha de entenderse comúnmente. Las sacerdotisas de los templos de misterios eran también conocidas como hieródulas. Es posible que María Magdalena fuera una divina hieródula, la sacerdotisa que oficiaba en el templo, y a la que se llegaba sexualmente un hombre en busca la unión espiritual.

[3] Cualquiera de los dos casos resulta ligeramente aliviado por el hecho de que socialmente, tanto en la cultura judía como en la romana, la mujer era prácticamente anulada y, el mensaje cristiano, que le devuelve el lugar a la mujer como diosa y la reconoce igual al hombre, choca contra esa estructura cultural. Los cristianos católicos no soportaron la presión de esa estructura social y cultural, y ya por rebeldía, porque creían que toda posición contraria debía ser destruida, o porque había una posición doctrinaria que no compartían, prefirieron adoptar una posición en firme. Esa posición, más patriarcal y más política, los beneficiaba y les permitía pasar de ser los otrora perseguidos a los ahora perseguidores. Y ya por rebeldía, o como forma de tomar revancha contra las concepciones gnósticas con las que habían tenido discrepancias (posiciones gnósticas que, por cierto, tenían el evangelio de la cámara nupcial y que veían en María Magdalena a la compañera amada de Jesús), optaron por tomar medidas

Pero, aún si hubiera sido la mujer pecadora que la secta de Roma, en sus vagas elucubraciones, nos hizo creer, ser pecadora no es ningún desdoro. Ningún ser humano nace sin pecado y, en este sentido, se puede decir que, dado que todos tenemos pecados, todos somos pecadores. El que se crea libre de pecado que arroje la primera piedra. Pedro negó tres veces a Jesús en la víspera de su martirio, y Pablo persiguió de muerte a los primeros cristianos; sin embargo, María Magdalena nunca le negó ni mucho menos persiguió a los cristianos, y nunca llegó a tanto; por el contrario, ella siempre estuvo al lado de Jesús ayudándole con todo. De modo que se muestran mucho más pecadores Pedro y Pablo que María Magdalena. Alguien dirá que Pedro y Pablo son dos hombres virtuosos, en cuyo caso decimos que María Magdalena es mucho más virtuosa. Ella es la *Isapóstolos* (igual que un apóstol) de oriente, la *Apostola Apostolorum* (apóstol de apóstoles) en occidente ¿necesitamos acaso más pruebas para reconocer su grandeza?

El nombre de Magdalena alude a su lugar de procedencia, Magdala[1] o Migdal –en la actualidad Midgal Nunayah–, en Galilea, que significa *torre*. De hecho todavía existe un pueblo cerca del mar de Galilea, al norte de Tiberias, con ese nombre, y se dice que el nombre completo era Magdala Taricaea. Este último término significa *pescado salado*. En síntesis, su nombre quedaría reducido a *María, la torre del pescado salado*. Si seguimos la textura de estas correlaciones notamos con asombro que el símbolo más importante y notable para identificar a Jesús –luego de la cruz– es el pescado[2]. En cuanto

---

que los diferenciaran; aceptaron el poder que el nuevo imperio les ofrecía, atacaron a su bando adversario que, para la época, podría rotularse de *feminista* y, con el tiempo, llegaron al punto hasta de demonizar a la mujer (que no podía ser iluminada ni intuitiva so pena de ser reputada como bruja). Es posible que los cristianos católicos no ignoraran el evangelio de la cámara nupcial, pero quizás se hallaban un tanto disgustados por algunas discrepancias entre los dos bandos que, una vez tuvieron la oportunidad de prevalecer, de institucionalizarse y de obtener el mando, decidieron abrir una brecha conceptual y optar por una filosofía incluso opuesta –al punto que, en el tiempo, se olvidaron por completo de lo que eran, y hasta hicieron lo opuesto de lo que su Maestro les había señalado–, separándose definitivamente del resplandeciente mensaje gnóstico-cristiano.

[1] En Mateo 15, 39 se cita la región de Magdala a donde Jesús se retira luego de alimentar a aproximadamente 4000 hombres, sin contar mujeres ni niños. Adicionalmente, en un antiguo documento se cita a Madgala como un lugar de fornicación y vicio. Es posible que María Magdalena, procedente de allí, y como artilugio en medio de una campaña de desprestigio, hubiera sido asociada a la labor que algunos de sus habitantes llevarían a cabo como modo para subsistir.

[2] Entre los primeros cristianos el ICHTHUS –pez en griego– fue utilizado como un símbolo secreto para representar a Jesús. Significaba I*esus* Ch*ristus,* Th*ueus* U*ios, S*o*ter*. Es decir: Jesús Cristo, hijo de Dios, Salvador (lo que significa que él era el Cristo de la era de piscis).

a la torre, suele representársele como una construcción alta y fuerte, que sirve para defenderse de los enemigos. En buena parte de las iglesias de matiz cristiano la torre suele llevar un campana en lo alto; esta campana realmente es un cáliz invertido, y dicho cáliz alude claramente al aspecto femenino, a los órganos sexuales femeninos, de los que semeja su forma. Así las cosas, en un sentido amplio, María Magdalena, a la luz de estas correlaciones, en un sentido secreto y místico, representaría a la fortaleza de Jesús, a la esposa de Jesús, la torre que tiene sus bases en la tierra, pero que le acerca al cielo. De este modo, la torre funcionaría como una escala mediante la cual el hombre, ascendiendo, puede acercarse a la divinidad. En el Cantar de los Cantares se pone en boca de la mujer: *yo soy muro, y mis pechos como torres* (*Can 8, 10*). Jesús, por su parte, hace algunas alusiones a la sal.

> Mt 5, 13: Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada?
> Mc 9, 49: Porque todos serán salados con fuego, y todo sacrificio será salado con sal.
> 50: Buena es la sal; mas si la sal se hace insípida, ¿con qué la sazonaréis? Tened sal en vosotros mismos; y tened paz los unos con los otros.
> (V. a. Lc 14, 34; Col 4, 6)

Si sus discípulos son la sal de la tierra, y él es el pez (símbolo del cristianismo y, más concretamente, de Jesús mismo), parece coherente pensar que él deba ser el pescado rebosante de sal, el pescado salado.

> Lc 8, 1: Aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios, y los doce con él,
> 2: y algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios.

La Biblia de Jerusalén dice *María, llamada Magdalena,* y ya que ella misma se hiciera llamar así o que los demás la llamaran Magdalena, lo cierto es que Magdala, cuyo significado completo hemos ya analizado, se convierte en una forma de decir: *Soy la torre del pescado salado*, o una forma de reconocer, por parte de los que así la llamaban, que ella era la *torre, la fortaleza* que estaba con Jesús, y que estuvo, en efecto, con él hasta la muerte misma[1]. Los eruditos

[1] Esto quitaría el aspecto extraño que constituía el hecho que, en la Palestina de aquellos tiempos, una mujer soltera viajara sola, en compañía de su maestro. Pero, como vemos, ya no se trataría de una mujer soltera viajando sola, sino de una mujer que viaja en la compañía de su señor, como le llama en el evangelio (*Jn 20, 13*).

en la materia indican que ella, al no llevar el apellido de casada, se presume soltera; sin embargo, la cosa sería diferente, y al ella hacerse llamar *la torre del pescado*, no sólo aludía a su lugar de procedencia sino, lo que es más, que indicaba en forma expresa que ella era la esposa de Jesús, su apoyo, su fortaleza. Y esto, indiscutiblemente, la pone aparte de las demás y en un lugar de privilegio pues, en el caso de las otras mujeres, vemos que son reconocidas por su relación de parentesco como *madre*, *esposa* o *hija*. Sin embargo, en el caso de María Magdalena parece haber una diferenciación deliberada; para los evangelistas no es necesario decir de quién es madre, esposa o hija, como si resultara obvia su identidad, como si los evangelistas partieran del hecho de que sus lectores habrán de saber de quién se trataba (la torre del pescado salado). Caso similar acontece cuando a Jesús se le llama *Señor* o *esposo*, sin mencionar más referencias (y en cuyo caso el evangelista también asume que resulta obvia la identificación).

Ella habría sido *la torre del pescado*, y no la mujer pecadora que nos hicieron creer. Es verdad que en la Biblia se menciona que de ella habían salido siete demonios; sin embargo, eso no es motivo suficiente para tildarla de pecadora. Sabemos que Jesús también sacó demonios o espíritus impuros de hombres, y ello no es razón de fuerza para tildarlos de hombres prostitutos. Esto sólo tendría sentido si esos espíritus representan a los siete pecados capitales. Por el contrario, es interesante saber que ella, a María Magdalena, es a la única persona de quien tenemos noticias que saca siete espíritus impuros (*Mc 16, 9; Lc 8, 2*) y, si tenemos en cuenta que cada espíritu deviene como legión (*Mc 5, 9; 15; Lc 8, 30*), María, con esto, se ubica en un lugar de privilegio pues Jesús no hace eso, en todo su ministerio, por nadie, excepto por ella, y añade en otra parte que *sus muchos pecados le son perdonados porque amó mucho* (*Lc 7, 47*)[1]. Y Jesús parece corresponder a ese amor dejándola sin ninguna adherencia de espíritu impuro, sin ningún signo de pecado. Y ella parece corresponder a ese amor acompañándolo hasta el momento mismo de su crucifixión, convirtiéndose en la *torre del pescado*, es decir, en su fortaleza y, por extensión, en la fortaleza misma del naciente cristianismo.

Autores como Margaret Starbird lo ponen en estos términos:

> La unión sagrada de Jesús y su Novia formó en su momento la piedra angular del cristianismo... es la marca del Matrimonio Sagrado que los teóricos posteriores (la Iglesia) rechazaron, causando una desastrosa

[1] No hay certeza con respecto a que la mujer que aparece en este pasaje sea María Magdalena; en todo caso, si a ella le perdona los pecados por su enorme amor, ¿cuánto más amará María Magdalena, de la que expulsa a siete espíritus impuros?

> corriente de doctrina que ha deformado la civilización cristiana durante casi dos milenios[1].

Ellos, Jesús y María Magdalena fueron los líderes del naciente movimiento cristiano; sin embargo, en la ausencia de éste, ella debió de encajar de otro modo. Al parecer, diversas circunstancias, entre las que se encuentra la aversión de los discípulos varones de Jesús, habrían hecho que la sagrada esposa abandonara Palestina. Con el tiempo, la cultura patriarcal de entonces, iría borrando de a poco su nombre y, finalmente, su papel como esposa sería borrado deliberadamente para no entorpecer el curso de la religión imperial que, urgida de un nuevo hombre Dios, creyó que lo más conveniente era suprimir todo posible vínculo afectivo entre Jesús y la Magdalena.

5.5.1. Las diferentes Marías

Es posible identificar plenamente a María Magdalena en los evangelios cuando se la llama como tal; sin embargo, también se le ha asociado con otras mujeres que aparecen en los evangelios canónicos, lo cual ha generado confusión. La primera con que se le ha asociado es con una mujer *pecadora* que unge los pies de Jesús –mencionada en Lc 7, 36-48–. La segunda es con María de Betania –mencionada por Mateo, Marcos y Juan–, y que también unge a Jesús.

En el primer caso, la unción se hace a comienzos de la predicación de Jesús; en el segundo la unción se hace hacia el final y como preparación para su sepultura, como señalará el mismo Jesús. En ambos casos los anfitriones son diferentes –un fariseo llamado Simón (en el primero) y la familia de Betania (en el segundo). En el pasaje de Lucas el criticado es Jesús, en el caso de los demás evangelios la criticada es María de Betania. La segunda mujer es identificada, la primera no y, si bien el acto de ungir es el mismo, en todo caso los contextos son bien diferentes en cada una de estas unciones. ¿Es posible que el pasaje de Lucas y el de los demás evangelios sean el mismo, pero que Lucas no se informó en todos sus detalles, y no supo acomodarlo en el momento en que sucedió efectivamente? ¿Es posible que, en efecto, sean dos relatos diferentes, lo que indica que Jesús fue ungido dos veces? Simbólicamente podemos decir que en varias escrituras sagradas se menciona la necesidad del renacimiento, de volver a nacer, y se dice que los que lo logran son los nacidos dos veces. Ese nacimiento se opera mediante cierta agua aceitosa (aquí aceite y agua vienen a tener la misma equivalencia) y, en

[1] STARBIRD, Margaret. The goddess in the gospels, citada por OLSEN, Oddvar, PICKNETT, Lynn. Trad. Mario Lamberti. Secreto del Temple. Madrid: Editorial EDAF, 2007. P. 86

el caso de que hubiera sido ungido dos veces es bastante insinuador, en el sentido que nos indica que se trata de un ser dos veces ungido, dos veces nacido. Y él mismo indica la necesidad de nacer de nuevo para ver el reino de los cielos. En este sentido, el hecho invariable es la unción y, lo mejor, que dicha unción se realiza por parte de una mujer.
Pero, hasta donde hemos visto, a primera vista nada hay que asocie a María Magdalena con la primera mujer, la que unge a Jesús en casa de Simón y de la que se dice que es pecadora. El único nexo surge sólo si se reconoce que María Magdalena amó profundamente a Jesús.

> Lc 7, 40: Entonces respondiendo Jesús, le dijo: Simón, una cosa tengo que decirte. Y él le dijo: Di, Maestro.
> 41: Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y otro cincuenta;
> 42: y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Di, pues, ¿cuál de ellos le amará más?
> 43: Respondiendo Simón, dijo: Pienso que aquel a quien perdonó más. Y él le dijo: Rectamente has juzgado.
> 44: Y vuelto a la mujer, dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, y no me diste agua para mis pies; mas ésta ha regado mis pies con lágrimas, y los ha enjugado con sus cabellos.
> 45: No me diste beso; mas ésta, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies.
> 46: No ungiste mi cabeza con aceite; mas ésta ha ungido con perfume mis pies.
> 47: Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho.

Esta mujer amó más, amó mucho; y Jesús también parece que le ama porque le perdona todo, le perdona sus muchos pecados. Es semejante a María Magdalena a quien Jesús libera de siete espíritus impuros, es decir, de todos; y la vemos en los momentos más críticos y angustiantes de Jesús junto a él. Y, aún cuando todos han huido –en el momento de la captura y crucifixión–, ella sigue ahí y va muy de mañana a buscar a su señor para ungirle con especias aromáticas, en su sepultura.

Esta mujer, que le besa y unge los pies, luego de que es perdonada, ya no es más indigna, ya no debe inclinarse a besar los pies; su amor la ha dignificado y ahora puede besarle y ungirle y adorarle todo –cuando María Magdalena se dirige al sepulcro con las especias aromáticas no va a aromatizar ni preparar sólo sus pies, va a ungirlo todo–. Salvo por esta correlación, no existe evidencia que nos permita relacionar a María Magdalena –la torre del pescado–con esta mujer.

El caso de María de Betania es un poco diferente. Veamos.

> Mt 26, 6: Y estando Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso,
> 7: vino a él una mujer, con un vaso de alabastro de perfume de gran precio, y lo derramó sobre la cabeza de él, estando sentado a la mesa.
> 8: Al ver esto, los discípulos se enojaron, diciendo: ¿Para qué este desperdicio?
> 9: Porque esto podía haberse vendido a gran precio, y haberse dado a los pobres.
> 10: Y entendiéndolo Jesús, les dijo: ¿Por qué molestáis a esta mujer? pues ha hecho conmigo una buena obra.
> 11: Porque siempre tendréis pobres con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis.
> 12: Porque al derramar este perfume sobre mi cuerpo, lo ha hecho a fin de prepararme para la sepultura.
> 13: De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella[1].
> (V. a. Mc 14, 3-9; Jn 12, 1-8)

En el pasaje de Juan el anfitrión es Lázaro –salvo por esto, la similitud de los relatos es enorme–, y la mujer que unge a Jesús es María de Betania; aún más, versículos antes, en Jn 11, 1-2 se hace la claridad en este mismo sentido. No obstante, llama la atención el hecho de que el evangelio Jesús dice que en todo el mundo se contará lo que ella hizo[2], lo que significa que para Jesús este evento fue de una trascendencia enorme y, decididamente, se convierte en un evento significativo. Lo curioso es que María Magdalena, que ha estado desde el inicio del ministerio de Jesús, apoyándole incluso con sus bienes (*Mc 15, 40-41; Jn 8, 1-3*), hasta el momento mismo de su resurrección, no esté en este evento significativo.

[1] El evangelio al que se refiere Jesús es al evangelio gnóstico. No cabe duda que donde quiera que se predica la doctrina gnóstica se narra la unción de María de Betania y se enseña que sin ella él no habría podido llegar a ser lo que fue; en síntesis, lo que ella hizo por él. Por contraposición, en la secta católica no se pregona lo que María de Betania hizo por él, de modo que resulta evidente que tal facción religiosa no predica la doctrina del Cristo Jesús. Y es claro que Jesús no se refiere a que se lea en un púlpito un par de pasajes donde se le mencione; sino a que se le promulgue y le venere a ella con la misma intensidad, con la misma devoción con la que se le promulgaría y veneraría a Jesús mismo.

[2] Es una manera de decir que ha de ser recordada para siempre. Y es más de lo que dice de cualquier otra persona. De hecho, es a la única persona sobre quien dice esto. Después de su anonimato es momento en que vuelva a ser recordada, de que se vuelva a contar lo que ella hizo por Jesús, y que para él resulta ser de una profunda significación. A decir verdad, deben ser recordados los dos en la representación de la mujer que unge al hombre.

Algunos autores han propuesto la hipótesis de que María Magdalena y María de Betania son la misma persona[1]. De hecho, fue la misma iglesia católica la primera en proponer este nexo cuanto el papa Gregorio I, en su *Homilía 33* dice:

> De modo que creemos que la que Lucas llama la mujer pecadora y Juan llama María, es esa María de quien, según Marcos, fueron expulsados siete demonios. ¿Y qué significaban esos siete demonios sino todos los vicios? Está claro, hermanos, que esa mujer había empleado ese ungüento para perfumar sus carnes para actos prohibidos[2].

No discreparemos en cuanto a que hubiera perfumado sus carnes, pero si hemos de contradecir en el sentido de considerar como acto prohibido a la unión sexual pues, después de todo, es claro que la unión sexual no está prohibida ni es pecaminosa (en su forma primigenia). Creemos que el papa Gregorio I se refiere al gran Arcano A.Z.F., a la desnudez paradisíaca, siempre y cuando no se coma del fruto prohibido pero que, ignorante de los misterios, sólo acierta a pensar como cualquier hombre vulgar.

Más allá de esto, lo cierto es que si este nexo resulta correcto, que si María de Betania y María Magdalena son la misma persona, se pueden descubrir detalles en los pasajes de los evangelios que delatarían el posible vínculo marital entre Jesús y la Magdalena (eventualmente, la misma María de Betania). Pero, por otra parte, indicaría también que, tratando de infundir un mal en la persona de la Magdalena, relacionándola con una prostituta y con María de Betania, se le hacía justicia a su papel como esposa de Jesús; razón por la cual, era conveniente volver a diferenciarlas.

El problema es que Magdalena no es un título fijo ni invariable, sino que funciona a modo de alias pues, como vimos antes, en Lc 8, 2 encontramos que Magdalena parece ser un apodo puesto adrede pues dice *María, que se llamaba Magdalena*. Y en la Biblia de Jerusalén dice *María, llamada Magdalena*. Esto nos dice abiertamente que ella se hizo llamar así o que, el hecho que la llamaran así quería transmitir un significado de fondo. ¿Podía ser ella la misma María de Betania, que se hacía llamar María Magdalena? Porque, así las cosas, lo que sí parece ser un hecho es que, cuando se dice que era llamada Magdalena, se refiere a una especie de título distintivo superpuesto que esconde la identidad de otra mujer. Y, en cuanto a que no tiene el apellido del esposo –¿cuál era el apellido de Jesús?–, bien hacen en inferir

[1] Michael Baigent, Richard Leigh y Henry Lincoln en el Enigma sagrado; Lynn Picknett y Clive Prince en La revelación de los templarios y Dan Burstein en su libro compilado Los secretos del código, entre otros.

[2] BURSTEIN, Dan. Los secretos del código. Buenos Aires: Emecé, 2004.

los eruditos en que se trata de una mujer soltera. Pero, en cuanto a que se hace llamar Magdalena, se hace llamar la *torre del pescado* (el apoyo y refugio de Jesús, si se quiere), lo que indica que es la esposa de alguien[1]. Y en cuanto se hace llamar Magdalena, indica que también se oculta su verdadera identidad. No porque se quiera ocultar un supuesto papel de prostituta que, a propósito, no se esgrime nunca de la textura bíblica y cuyo presunto nexo no es más que ridículo. Por el contrario, ¿Cuál es la otra mujer que resulta notable en la labor de Jesús? María de Betania[2]. El vínculo ya había sido hecho por la misma secta católica, y el propio Jesús dice:

> Mt 26, 13: Dondequiera que se predique este evangelio […], también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella

Lo curioso es que donde quiera que se predica el evangelio no se la nombra y, por el contrario, se la oculta. En todo caso, el obispo Jacobo de Vorágine en su *Leyenda Dorada* indica en forma expresa que María Magdalena, de linaje noble, era hermana de Lázaro y Marta[3]; es decir, María de Betania y María Magdalena son una y la misma persona (la princesa del castillo de Magdalo), y con esto queda el asunto sentenciado. Ella y Jesús, al contraer matrimonio, se convertían en reyes –puesto que Jesús, al parecer, también descendía de sangre real–. Es decir, el Rey al lado de su Reina –y no como nos han hecho creer: un analfabeto al lado de una pecadora–.

5.5.2. El pasaje de Lázaro

María Magdalena encabeza la lista de las muchas mujeres que servían con sus recursos a Jesús (*Lc 8, 1-3*), lo que indica que gozaba de un buen estatus económico y hasta social (lo que virtualmente anula el hipotético que se dedicase a algún oficio innoble o forzoso para subsistir), pero no es sino hasta cuando tenemos noticias de María de Betania que se percibe el perfecto nivel económico y social del que gozaba ella y sus hermanos, a tal

[1] Además es interesante el hecho de que las demás mujeres y las otras Marías necesitan de un elemento descriptor, un título de parentesco para identificarlas, mientras que la Magdalena no, dando por sentado que ya se sabe quién es, su importancia, su absoluta notoriedad entre los evangelistas y el público a que van dirigidos los evangelios.

[2] Es curioso que ambas sirven con sus bienes a Jesús, y ambas parecen próximas a él, pero que en ningún momento aparecen juntas en un mismo episodio, siendo que está la una o está la otra. Pero, si es que María de Betania es la misma que se hacía llamar Magdalena, realmente no podríamos encontrarlas a ambas en un mismo episodio pues serían la misma.

[3] VORAGINE, Jacobus de. The golden legend: Readings on the Saints. New Jersey: Princeton University Press, 2012. P. 375.

punto que se daban el lujo de contar con un cementerio particular[1]. Pero no es precisamente por esta razón que sea importante el pasaje de Lázaro, sino por otras circunstancias inmersas en el pasaje relacionadas con María.

> Jn 11, 17: Vino, pues, Jesús, y halló que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro. […]
> 19: y muchos de los judíos habían venido a Marta y a María, para consolarlas por su hermano.
> 20: Entonces Marta, cuando oyó que Jesús venía, salió a encontrarle; pero María se quedó en casa.

¿Por qué María se quedó en la casa? Resulta extraño que la mujer que en Lc 10, 38-42 deja, inclusive, que Marta sirva sola y atienda la visita por oír las enseñanzas de Jesús sentándose a sus pies –posiblemente recostada en sus piernas o, cuando menos, tan próxima que cualquiera de sus discípulos, por más cercanos que estén, dejan un espacio para que ella se siente a sus pies– ahora, cuando llega el que puede resucitarle a su hermano, ella no salga de la casa sólo hasta cuando Jesús se lo ordena.

> Jn 11, 28: Habiendo dicho esto, fue y llamó a María su hermana, diciéndole en secreto: El Maestro está aquí y te llama.
> 29: Ella, cuando lo oyó, se levantó de prisa y vino a él.

Nótese que María ha de estar sumamente impaciente –y es evidente que ella sabía que Jesús venía y que su hermana había salido a recibirle[2]–, y es muy natural que ella hubiera querido salir también con su hermana y que estuviera ansiosa por salir corriendo a recibirle y para llorar a sus pies; sin embargo, no lo hace hasta que Jesús la manda a llamar ¿por qué? ¿Cuál es el motivo por el que, aun cuando habrá querido salir corriendo no lo hace? ¿Cuál es la autoridad que Jesús ejerce sobre ella?

---

[1] Se puede objetar que no era un cementerio particular, sino que se trataba sólo de una tumba. Pero el hecho es que, difícilmente, se habría enterrado al hermano en la casa de Betania, para luego dar sepultura a los demás miembros de la familia en un cementerio foráneo.

[2] Marta y María sabrían que Jesús vendría porque, precisamente, habían mandado a darle aviso de que Lázaro estaba enfermo (Jn 11, 3) y esperaban que viniera para curarle. Si esto hacen cuando está enfermo, se espera que hagan más cuando él muere. Y, al menos, Jesús debió de enviar alguna razón al mensajero, cuando ellas lo envían para darle el mensaje a Jesús de la enfermedad de Lázaro. También habrían sabido que Jesús vendría, y que ya había llegado porque su presencia, usualmente era noticia por los lugares por los que pasaba y, además, los criados de Marta y María –hemos visto que son de familia acomodada– les habrían avisado tan pronto éste llegara. De hecho, en Jn 11, 20 vemos que Marta escuchó que Jesús venía, y salió a encontrarle, pero que María se quedó en casa. Con esto, es claro que María también sabía que Jesús había llegado.

Baigent, Leigh y Lincoln, en el *Enigma sagrado*, acotan:

> Sería bastante plausible que María estuviese sentada en la casa cuando Jesús llega a Betania. De conformidad con la costumbre judía, estaría «sentada en shiveh», es decir, sentada de luto. Pero, ¿por qué no sale corriendo a recibir a Jesús como hace Marta? Hay una explicación obvia. Según los principios de la ley judaica de la época, a una mujer «sentada en shiveh» le estaba estrictamente prohibido salir de la casa salvo por orden expresa de su esposo. En este incidente el comportamiento de Jesús y de María de Betania se ajusta exactamente al comportamiento tradicional de una pareja de esposos judíos[1].

Pero todavía hay más, en el pasaje de Lc 10, 40 Marta, preocupada con muchos quehaceres, le dice a Jesús: *Señor, ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude.* Nuevamente podemos observar que Jesús, efectivamente tiene algún tipo de autoridad sobre María, misma que no le sería posible a menos que ella fuera su esposa[2].

5.5.3. La unción

En la unción (*Mt 26, 6-13; Mc 14, 3-9; ¿Lc 7, 37-47?; Jn 12, 1-8*) hay varios aspectos simbólicos que llaman profundamente la atención pues, no se trata sólo de que la lleva a cabo María de Betania –que virtualmente sería su esposa y misma que se hacía llamar la Magdalena– sino porque en dicha escena María aparece con el cabello suelto –al menos lo descubre–, le besa los pies y, en palabras de Jesús, lo prepara para su sepultura (*Mt 26, 12*)[3].

---

[1] BAIGENT, Michael, LEIGH, Richard and LINCOLN, Henry. El enigma sagrado. Buenos Aires: Ediciones Martínez Roca, c1989.

[2] Estar casado era, en efecto, el estado normal y natural para un judío. Los sacerdotes y rabís debían estar casados y la Biblia no tiene problema en identificar a una mujer como esposa de alguien. Bajo esta figura algunos dicen que si Jesús hubiera estado casado con María Magdalena se nos habría dicho, pues no consiste ningún tipo de tabú o pecado. Sin embargo, hemos de notar, curiosamente, que los que esto dicen, fueron los primeros en convertir el matrimonio de Jesús con María Magdalena en una especie de tabú, en algo que es preciso esconder y rechazar. Puede que, en parte, esta sea una de las razones por la que en los evangelios no se dice abiertamente. Pero también puede que, en parte, sea porque los esposos mismos así lo quisieron. María prefiere hacerse llamar Magdalena –la torre del pescado– y Jesús se nombra a sí mismo como el esposo –si bien no dice de quién–. Hay una suerte de encubrimiento que avala, hay una especie de silencio que, con todo, deja pistas inequívocas.

[3] Pero sí ella lo prepara para la sepultura, ¿por qué en la sepultura quien se aparece es María Magdalena? Esto nos establece, nuevamente, un nexo entre estas dos mujeres. O mejor,

Cristo, o mejor, Christós, es un término griego que significa *Ungido* y equivale, en hebreo, a *Mesías*. En efecto, sabemos que Jesús fue ungido, o *El ungido*, porque dicho rito se efectuó en la aldea de Betania, por María. Si María no le hubiera ungido, él no habría podido convertirse en Cristo pues, de otro modo, no podría decirse que era *el Ungido*. De modo pues que el simbolismo de fondo es realmente trascendente; es María la que verdaderamente cristianiza a Jesús, la que lo unge, la que lo convierte en Cristo; pero más allá de todo esto, se trata de una mujer que unge a un hombre, es decir, en un aspecto amplio, es la mujer la que puede, verdaderamente, cristianizar a un hombre. En aspectos simbólicos podemos afirmar que la unción con los aceites obra en la pareja, en el hombre y en la mujer, divinizándolos[1]. El hombre no puede divinizarse sin el concurso de la mujer y, esta, a su vez, no puede tampoco lograrlo sin el concurso del hombre[2].

La unción no era una costumbre judía en un sentido general, sino que era algo que se reservaba al sumo sacerdote judío (*Lv 21, 10*) –mismo al que le estaba prohibido ser célibe y, bien al contrario, debía tomar mujer (*Lv 21, 7; 13; Ez 44, 21*)–. Jesús, como sumo sacerdote, según el orden de Melquisedec,[3] parece no abstraerse a esta condición, y es ungido justo antes de ser aclamado como Mesías y como rey.

La mujer, ungiendo al hombre, lo prepara como rey y sacerdote; la mujer, preparándolo para la sepultura mediante la unción, para la resurrección lo prepara. Y, si tal es la importancia que reviste este acto, se puede inferir que la mujer que oficia la unción no es inferior respecto a la ocasión. En el caso de la unción del sumo sacerdote se esperaría que la persona que lo unge ha de ser un sacerdote de la más elevada categoría. En el caso de Jesús, que es reputado también como sumo sacerdote para siempre, se esperaría que la mujer que lo unge sea una sacerdotisa de la más elevada jerarquía, para siempre. Y es verdad, ni Jesús es sacerdote según la norma oficial, y tampoco es de esperarse que María lo sea; lo cual avala que es un rito de iniciación, la representación de algo que nos reserva un significado de

refuerza el hecho de que, virtualmente, María de Betania habría sido la misma mujer que se hacía llamar Magdalena.

[1] Sólo la mujer puede convertir al hombre en un Cristo, mediante el acto de la unción, entre besos y con el cabello descubierto.

[2] 1 Cor 11, 11: Pero en el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón;
12: porque así como la mujer procede del varón, también el varón nace de la mujer.

[3] Este Melquisedec no habría sido célibe, toda vez que era sacerdote y era rey. En Gn 14, 18 lo vemos oficiando lo que ha de ser conocido como eucaristía, o última cena.

fondo; significado que, según muchos autores tiene su correlación con un rito sexual de iniciación conocido como *hieros gamos*[1] o matrimonio sagrado.

> Jn 12, 3: Entonces María tomó una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos; y la casa se llenó del olor del perfume.

En la tradición judía la mujer casada debía, y debe todavía, cubrirse el cabello[2]; el hecho de no hacerlo era una licencia que podría acarrearle, inclusive, la cesación del matrimonio.

Joachim Jeremias, con respecto a esto, acota:

> La mujer que salía sin llevar la cabeza cubierta, es decir, sin el tocado que velaba el rostro, ofendía hasta tal punto las buenas costumbres que su marido tenía el derecho, incluso el deber, de despedirla, sin estar obligado a pagarle la suma estipulada, en caso de divorcio, en el contrato matrimonial[3].

El que una mujer descubriera sus cabellos en público indicaba que quería atraer a un hombre, de hecho, se le asociaba –y se asocia aún entre los judíos ortodoxos y los musulmanes de Medio Oriente– más explícitamente a lo erótico y a la búsqueda sexual. Implica licencia sexual. Aquí es posible entender el enojo de los apóstoles de Jesús pues, aun cuando se tratase de su propio esposo, al descubrir sus cabellos en público y limpiar con ellos los pies de Jesús, implica que lo desea a nivel erótico. En este punto María se nos muestra como una mujer que está fuera de la tradición, o mejor, fuera

---

[1] La construcción etimológica griega de hierós (sagrado) y gamos (unión) equivale a *Unión Sagrada*, y se interpreta como bodas o matrimonio sagrado mediante el cual se pretende llegar a la gnosis y a la experimentación de Dios. Se considera que su origen es celta y, si bien era practicado en la Mesopotamia, e incluso, entre algunas escuelas de ritos místéricos algunos años después de la muerte de Jesús, fue condenado, reputado como herejía y erradicado como parte de la labor evangelizadora de la naciente iglesia católica.
En la actualidad es practicado dentro de ciertas órdenes esotéricas, dentro de los matrimonios gnósticos, dentro del sufismo, dentro de algunas líneas del budismo e, inclusive, es muy usual dentro de la filosofía tántrica, tanto oriental como occidental y, aunque en escasa proporción, entre algunas comunidades indígenas.

[2] Si bien está permitido que lo lleve suelto en casa donde sólo la vean su esposo e hijos, se ve como obra piadosa si la mujer cubre su cabello incluso en la casa.

[3] JEREMIAS, Joachim. Jerusalén en tiempos de Jesús. Trad. J. Luis Ballines. 2 ed. Madrid: Ediciones Cristiandad, 1980. p. 371.

de la ley judía[1]; sin embargo, pareciera no interesarle la condena que ha de recibir, se percibe una total indiferencia a la censura que ello le ha de acarrear. En un aspecto amplio se puede decir que transgrede la ley. En un aspecto amplio se puede decir que, si transgrede la ley, se convierte en una mujer que ha pecado. Sin embargo, el reproche sólo es circunstancial. En Jn 12, 4-5 vemos que, realmente, el único que la reprocha es Judas Iscariote; de modo que no sucede un reproche masivo. Y no sucede en forma masiva sencillamente porque ella, en su calidad de esposa, es la única que tendría la potestad para ungirle. Y Judas reprocha no que se descubra su cabello, sino el precio del perfume, con lo que implícitamente se avala que María estaba en la potestad de descubrir su cabello delante de Jesús (cosa que, aunque inusual y provocadora, no sería reprochable ni condenable a menos que ella fuera su esposa).

No cabe duda que el erotismo y deseo sexual de María no es algo que obedezca al impulso de una pasión animal, sino que se presenta como una búsqueda sexual trascendente, es un erotismo amoroso donde reinan los besos y los exquisitos aromas. Y Jesús no se muestra menos que cómplice en el sentido de que, no sólo lo permite, sino que la defiende[2]. Y con esto da a entender que sólo ellos han sido capaces de captar el hondo significado de ello. Si María de Betania hubiera estado casada, al descubrir sus cabellos en público para enjugar los pies de Jesús, podría haberse interpretado inclusive como una forma de adulterio; pero si Jesús fuera su esposo, no habría sido más que una forma provocadora y erótica de transmitirnos un mensaje de

[1] La verdad es que juntos parecen actuar como extranjeros y, por tanto, sus acciones no siempre se acomodan a las tradiciones judías –mismas que les acarrean el señalamiento de pecadores o de transgresores de la ley–. ¿Acaso ambos habrían recibido educación adicional a la judía? En efecto, sabemos que Jesús fue llevado a Egipto durante su infancia, es decir, en el periodo más vital por cuanto es justamente allí donde la personalidad del individuo se encuentra en plena formación. Por tanto, hemos de reconocer que su personalidad ha debido de haber estado influenciada por el pensamiento egipcio, por la cultura egipcia. Otro tanto podría esgrimirse de María, que también se muestra aislada en ocasiones de la tradición judía, ¿podrían, acaso, los dos haber bebido del pensamiento y cultura egipcios? ¿Podrían, acaso, haberse conocido en Egipto? Lo cierto es que Jesús y María son el único hombre y mujer en el relato bíblico que no se acoplan a la tradición judía, y esto de por sí ya es bien interesante, si bien no menos extraño. Es decir, parecen compartir un pensamiento similar, un actuar similar. Jesús viola el *Sabbath* por amor, y María descubre su cabello, unge y limpia los pies de Jesús por amor. Ambos parecen querer transmitirnos que el amor es la fórmula fundamental, más allá de la ley y los convencionalismos.

[2] Otro esposo, en una posición semejante a la de Judas, habría reaccionado en forma airada o habría buscado un pretexto para manifestar su descontento. Sin embargo, Jesús la ama, la defiende, y sólo ellos entienden el significado trascendente de tal unción.

fondo[1], además de, como señala Jesús, ungirle y prepararle para su sepultura (lo que no deja de ser una postulación simbólica).
En todo caso, vemos que no es esto lo que se le endilga a María (en cierto modo habría sido la única con licencia para ungir a Jesús), sino el coste del nardo (lo que implícitamente la avala como la esposa de Jesús). Y esta excusa parece más bien gratuita porque, como hemos visto, la familia de Betania tenía bastante holgura económica, de modo que podría comprar otro perfume y venderlo por trescientos denarios para darlo a los pobres, o donar ese dinero directamente–. Evidentemente esta unción debió de ser vista como una provocación erótico-amorosa. María lo unge porque le ama, y consideramos que, desde un aspecto meramente físico, es en ese contexto que debe entenderse[2], lo que acusa, insinúa un vínculo afectivo especial entre Jesús y María, máxime que fueran esposos. Y no sería la primera vez que la unción adquiere este tinte, toda vez que Jesús advierte que para su sepultura lo ha hecho; es decir, comprende el hondo significado, y lo avala. En los antiguos ritos, la esposa confería la condición de rey ungiendo a su esposo mediante el *matrimonio sagrado* (resultando la unción externa sólo un símbolo, un mero formalismo para indicar la unción no pública, la unción privada en que el rey muere para su posterior resurrección). La escena de la unción, inclusive, sería un émulo de la unción que la hermana-esposa hace sobre el rey, muy similar a la del pasaje del Cantar de los cantares.

> Can 1, 11: Mientras estaba el rey recostado en su asiento, mi nardo difundió su fragancia.
> 12: Mi amado es una bolsita de mirra que descansa entre mis pechos.
> (V. a. Mc 14, 3; Jn 12, 3)
> (Versión de la editorial Herder, 1964)

¿Es posible que María quisiera emular a la esposa del Cantar de los cantares? Ciertamente la unción se efectúa cuando, estando Jesús sentado, ella que porta un vaso de alabastro (*Mt 26, 7*) con nardo, difunde su fragancia. En el

[1] La escena de la unción tiene un simbolismo mucho mayor, mucho más trascendente, mucho más refinado. El cabello suelto simboliza al sexo y a la sexualidad. El lavatorio de los pies significa el lavado de las manchas, de los pecados. Sólo mediante la unión sexual sin mancha es posible reducir a polvareda cósmica a todos y cada uno de nuestros pecados, de nuestros delitos, de nuestras transgresiones, de nuestros errores psicológicos.

[2] En un aspecto simbólico podemos esperar todavía más. Si vemos en la exhibición de los cabellos un símbolo erótico-sexual, es posible advertir que la unción, la cristianización, se realiza mediante dicho símbolo –pues María enjuga con ellos a Jesús–. En otras palabras, el hecho de convertirse en Cristo se logra mediante un rito erótico-sexual en que es necesaria la mujer, en que es ella la iniciadora.

Cantar de los cantares, la esposa morena –de donde ha partido la leyenda de las vírgenes negras– sale desesperada en busca de su amado. María Magdalena, al igual que en el Cantar de los Cantares, también sale desesperada, tan pronto le unge, a buscar a su señor en el huerto. El Cantar de los cantares es ciertamente una obra de profundo erotismo en que el esposo y la esposa se comparten los más selectos intercambios amorosos. Y, en el caso de María, ungiendo a Jesús, y luego buscándolo en el huerto, se convierten, sin discusión alguna, en la réplica exacta de la pareja del Cantar de los Cantares.

> E. G. Fe 95: El que ha recibido la unción está en posesión del Todo: de la resurrección, de la luz, de la cruz, y del Espíritu Santo. El Padre le otorgó todo esto en la cámara nupcial[1].

El Evangelio Gnóstico de Felipe avala lo que hemos venido insinuando con respecto a la unción. Pero lo que es más, asegura que la unción es superior al bautismo (Cf. *E. G. Fe 95*) y, en este sentido, María Magdalena deviene superior a Juan Bautista. Éste lo sumerge en el agua, pero ella lo unge.

5.5.4. Crucifixión, muerte, sepultura y resurrección

No podría haber faltado –siendo ella quien lo acompaña desde el principio de su ministerio, quien lo ayuda con sus bienes, de quien Jesús expulsa todos los espíritus inmundos, dejándola libre de toda adherencia impura; siendo ella la que lo unge y lo besa entre deliciosos aromas– la presencia de María Magdalena en los momentos más difíciles de Jesús. Es ella, en esos momentos, la figura de la más noble y torturada esposa que está junto a la cruz (*Jn 19, 25*), viendo morir a su señor.

> Mt 27, 55: Estaban allí muchas mujeres mirando de lejos, las cuales habían seguido a Jesús desde Galilea, sirviéndole,
> 56: entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo.
> 57: Cuando llegó la noche, vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que también había sido discípulo de Jesús.
> 58: Éste fue a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Entonces Pilato mandó que se le diese el cuerpo.
> 59: Y tomando José el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia,
> 60: y lo puso en su sepulcro nuevo, que había labrado en la peña; y después de hacer rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro, se fue.

[1] SANTOS OTERO, Aurelio de. Los evangelios apócrifos. Op cit. P. 404, 405.

> 61: Y estaban allí María Magdalena, y la otra María, sentadas delante del sepulcro.
> (V. a. Mc 15, 40-47; Lc 23, 49; 55-26; Jn 19, 25)

Ella no sólo está en el momento de su crucifixión y muerte, sino que continúa allí en los instantes en que Jesús es sepultado e, inclusive, se infiere que le vela durante algún tiempo pues permanecen sentadas delante del sepulcro. Pero nótese que al comienzo había muchas mujeres (*Mt 27, 55*) –y María Magdalena está ahí–; luego, al nombrarse a las más notables[1], el círculo se reduce –y María Magdalena está ahí–. Posiblemente, cuando el cuerpo va de camino al sepulcro la mayoría de mujeres emprende camino para sus casas, de modo que sólo quedarán sus seres queridos más allegados; en efecto vemos que permanecen dos mujeres sentadas delante del sepulcro –y María Magdalena está ahí–. Por último, ella irá de camino al sepulcro para preparar el cuerpo con especias aromáticas y, finalmente, Jesús aparecerá sólo a una persona[2] –y María Magdalena está ahí–. ¿Qué tiene esta mujer que le profesa un afecto preferente a Jesús? ¿Qué tiene esta mujer a quien Jesús le profesa una predilección única? Pues le aparece de primero por encima a seres queridos como su madre o su tía, o el mismísimo discípulo amado. Lo cual insinúa que siente un afecto especial por María Magdalena superior al que puede sentir por su madre, por algún otro ser querido o por alguno de sus discípulos (a los que aparece, pero en segundo término).

> Mc 16, 9: Habiendo, pues, resucitado Jesús por la mañana, el primer día de la semana, apareció primeramente a María Magdalena, de quien había echado siete demonios.
> 10: Yendo ella, lo hizo saber a los que habían estado con él, que estaban tristes y llorando.

Para entender un poco mejor propongamos un símil. En este sentido vamos a suponer que a usted lo declaran clínicamente muerto, y que todos los suyos así lo creen. Sin embargo usted no está muerto realmente –de esto hemos sido testigos frecuentemente–, y vuelve a la vida. Y supongamos que tiene la posibilidad de comunicarle a una persona lo que le ha acontecido ¿Cuál sería la primera persona a la que le comunicaría esta noticia? Nosotros creemos entender que esa persona sería a la que más quisiera.

---

[1] María, la madre de Jesús, y María, la tía de Jesús son también nombradas en este séquito en Jn 19, 25.

[2] En Mt 28, 9 aparentemente Jesús aparece a las dos Marías al tiempo, si bien encontramos en Mc 16, 9 que apareció de primero a María Magdalena. En todo caso, si apareció a las dos al tiempo, esto agranda el protagonismo de María Magdalena pues es ella, según el pasaje de Juan, a quien se dirige. La otra María resulta, de algún modo, ignorada.

> Jn 20, 1: El primer día de la semana, María Magdalena fue de mañana, siendo aún oscuro, al sepulcro; y vio quitada la piedra del sepulcro.
> (V. a. Mt 28, 1; Mc 16, 1-2; Lc 24, 1)

Pareciera que María Magdalena no sólo es la última en velar el sepulcro, sino también la primera en ir a visitarlo –y la primera en descubrir la tumba vacía de Jesús–, el primer día de la semana, llevando especies aromáticas para ungirle –¿Para terminar la unción?– (*Mc 16, 1; Lc 24, 1*). Si bien es posible que hubiera ido acompañada (*Mt 28, 1; Mc 16, 1; Lc 24, 1; 10*); el papel de las otras mujeres es el de dolientes acompañantes y no hay inconsistencia en decir que fueron varias mujeres, o en afirmar que fue María, toda vez que es ella quien aparece encabezando el listado de mujeres y a quien parece haberle afectado profundamente la muerte de Jesús más que a nadie.

> Jn 20, 11: Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro; y mientras lloraba, se inclinó para mirar dentro del sepulcro;
> 12: y vio a dos ángeles con vestiduras blancas, que estaban sentados el uno a la cabecera, y el otro a los pies, donde el cuerpo de Jesús había sido puesto.
> 13: Y le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Les dijo: Porque **se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto**.
> 14. Cuando había dicho esto, se volvió, y vio a Jesús que estaba allí; mas no sabía que era Jesús.
> 15: Jesús le dijo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Señor, **si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré**.
> 16: Jesús le dijo: ¡María! Volviéndose ella, le dijo: ¡Raboni! (que quiere decir, Maestro).
> 17: Jesús le dijo: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.

Cualquiera que no hubiera tenido formado un sistema previo de creencias diría que, por todo, la que está llorando junto al sepulcro no es más que la viuda desconsolada de Jesús. Y, nuevamente, María Magdalena, caminando al huerto, preguntando por su Señor, se convierte en un émulo significativo de la mujer del Cantar de los cantares que busca desesperadamente a su amado, luego de haberle ungido[1].

[1] Es además muy parecido al rito egipcio en que la torturada Isis busca a su esposo Osiris que ha sido muerto y cuyo cuerpo ha sido desmembrado. Finalmente Osiris resucita gracias a su esposa, misma que logra tener un hijo de éste luego de reunir todas las partes de su cuerpo

> Can 6, 1: ¿A dónde se ha ido tu amado, oh la más hermosa de todas las mujeres? ¿A dónde se apartó tu amado, Y lo buscaremos contigo?
> 2: Mi amado descendió a su huerto, a las eras de las especias, Para apacentar en los huertos, y para recoger los lirios.

Palabras como "*se han llevado a mi Señor*" o "*si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré*" dicen bastante acerca de la cercanía entre los dos. Si bien es cierto que a Jesús le llaman Señor, y que su significado se asocia a maestro, patrono o esposo (*Gn 18, 12; 1 Pe 3, 5-6)* –inclusive, majestad–, diferente es el caso de María que, desconsolada, llorando por la pérdida de Jesús, no parece decir que se han llevado a su majestad o a su patrono.

> Gn 18, 11: Y Abraham y Sara eran viejos, de edad avanzada; y a Sara le había cesado ya la costumbre de las mujeres.
> 12: Se rió, pues, Sara entre sí, diciendo: ¿Después que he envejecido tendré deleite, siendo también mi señor ya viejo?

Las mismas palabas que utiliza Sara –*mi señor*– con respecto a su esposo Abraham, son utilizadas por María Magdalena para dirigirse a Jesús. Es cierto que estas palabras se utilizan en un contexto amplio y diverso, pero también es de toda verdad que eran usadas por las mujeres para dirigirse a su esposo. Y, en el caso de María Magdalena, ella parece asumir en este instante dicho papel con tanta vehemencia que, inclusive, parece muchísimo más desconsolada que la misma María, madre de Jesús; muchísimo más pendiente que cualquier otro familiar.

No están ni siquiera sus seres queridos ni sus discípulos llorando a su maestro. Pero ella está ahí, preguntando por su Señor –yendo, nuevamente, en contra de la tradición–, entre sollozos, con un sentimiento y afecto evidentes[1]. Y hay más. Ella, al decir "*si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo* llevaré", aparece con potestad sobre el cuerpo de Jesús –cosa que sólo le sería posible si fuera su familiar cercano–. Ella está dispuesta a llevarle a otro sitio donde pueda llorarlo y donde no corra peligro de que nadie lo remueva.

(excepto el falo). Y esto resulta bastante interesante pues simboliza la unión sexual sin pasión sexual, o mejor, sin el desalojo de las aguas.

[1] Es notorio el hecho que ella, en su desespero, con el corazón traspasado de dolor, olvida en estos momentos la prohibición de una mujer judía para dirigirse a un extraño. Para ella, en ese momento no existe nada más importante, nada que lo ocupe todo, que el deseo de saber dónde está el cuerpo de Jesús. Su nueva violación de la tradición no la hace culpable, por el contrario, podemos decir incluso que ella ha hecho más de lo que se esperaría de una mujer judía con respecto a la pérdida de un ser querido.

Tanto María Magdalena como José de Arimatea, por su modo de actuar, se presentan de forma indiscutible como deudos allegados de Jesús. Según las costumbres judías correspondía al pariente masculino más cercano al fallecido preparar lo concerniente a la sepultura y, en efecto, según la tradición oriental, José de Arimatea sería el tío de María (la madre de Jesús), el hermano menor de Joaquín, padre de María. De similar modo, según las costumbres judías, las mujeres eran las encargadas de ungir y preparar el cuerpo de los deudos fallecidos[1] y correspondería, por tanto, a una de las mujeres más allegadas, posiblemente a su esposa y, en ausencia de esta, a su madre. La pregunta es ¿por qué lo hace María Magdalena?

A decir verdad, María Magdalena, presente durante la crucifixión, muerte y sepultura de Jesús, sólo habría podido estar presente durante estos episodios si fuera un familiar próximo, y así nos lo confirma la tradición judía.

> Lv 21, 1: Jehová dijo a Moisés: Habla a los sacerdotes hijos de Aarón, y diles que no se contaminen por un muerto en sus pueblos.
> 2: Mas por su pariente cercano, por su madre o por su padre, o por su hijo o por su hermano,
> 3: o por su hermana virgen, a él cercana, la cual no haya tenido marido, por ella se contaminará.
> (V. a. Ez 44, 25)

Si bien es verdad que, en principio, esta ordenanza se dirige a los sacerdotes, pasajes como Lv 11, 24ss; Lv 22, 4; Nm 19 11-16 nos permiten entrever la muerte, y más explícitamente la manipulación de cadáveres, como un acto impuro y contaminante que, replicándose al conjunto, habría de ser una labor únicamente destinada a los parientes más cercanos, más específicamente a las mujeres. De hecho, se les permite a los sacerdotes (no así al sumo sacerdote)[2] contaminarse con un familiar cercano no como un mandamiento, sino sólo por vía de concesión (Cf. *Ez 44, 25*) –siendo el

[1] En el Evangelio de Pedro, logion 50, encontramos lo siguiente:

> A la mañana del domingo, María la de Magdala, discípula del Señor –atemorizada a causa de los judíos, pues estaban rabiosos de ira, no había hecho en el sepulcro del Señor lo que solían hacer las mujeres por sus muertos queridos–.
> (SANTOS OTERO, Aurelio de. Los Evangelios Apócrifos. Op. cit.)

Es evidente que María, en este evangelio, no sólo es reconocida como discípula –cosa que no hacen los evangelios canónicos–, sino que en forma expresa sugiere que Jesús era un pariente cercano de ella.

[2] JEREMIAS, Joachim. Jerusalén en tiempos de Jesús. Op. cit. P. 172.

ideal que no llegaren a contaminarse con cadáver, a la vez que los judíos comunes y corrientes sí podrían contaminarse con sus parientes más cercanos–. Y no habrá de extrañarnos, pues similar cosa ocurre en nuestro tiempo, donde es expresamente la familia cercana la encargada de hacer todos los preparativos de la sepultura, a la vez que los familiares lejanos, amigos y demás dolientes simplemente asisten y acompañan durante la velación y la sepultura. En el caso de la muerte y sepultura de Jesús, de acuerdo a la tradición judía, y teniendo en cuenta que sólo sus parientes más cercanos estarían en el momento de la bajada de su cadáver, los preparativos del cuerpo y la posterior sepultura, podemos afirmar que el hecho de que María Magdalena se encuentre presente sólo nos indica que era –al igual que María, la madre de Jesús, Juana, María la esposa de Cleofas y José de Arimatea– un pariente cercano, más explícitamente su esposa, pues no se menciona jamás que fuera alguna tía, o prima suya. Lo que sucede después es que vemos a los discípulos en escena, pero luego de la sepultura, haciendo las veces de dolientes. Sin embargo, María Magdalena pudo estar presente durante la crucifixión, muerte, preparación del cadáver y sepultura por una razón evidente: era un familiar cercano. Y el hecho que sea ella quien encabece el listado de mujeres dolientes sólo nos puede inducir a dos opciones: que era su madre, o que era su esposa. No obstante, ante la imposibilidad comprobada de que fuera su madre no queda otra alternativa más que dar por sentado que era su esposa.

María Magdalena, llevando especias aromáticas para ungir el cuerpo de su señor no es otra cosa que la tradición judía que se oficiaba en aquél entonces y en la que las mujeres llevaban a cabo aquel acto por sus seres queridos. Pero nótese que, en el caso de que no hubiera tenido esposa, esta labor habría sido acometida por su madre o por alguna de sus hermanas (Mt 13, 55) y, sin embargo, no lo hacen porque hay ya un ser querido mucho más allegado, que ocupa el papel más relevante en los momentos cumbres, a la vez que difíciles, de la labor de Jesús.

Todo su sacrificio, todas sus atenciones durante estos momentos tan difíciles, con todo, tendrán una recompensa, pues no solamente ella le manifiesta una decidida predilección a Jesús, sino que, por su parte, Jesús también le manifiesta una clara predilección a María Magdalena.

> Jn 20, 11: Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro; y mientras lloraba, se inclinó para mirar dentro del sepulcro;
> 12: y vio a dos ángeles con vestiduras blancas, que estaban sentados el uno a la cabecera, y el otro a los pies, donde el cuerpo de Jesús había sido puesto.

> 13: Y le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Les dijo: Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto.
> 14: Cuando había dicho esto, se volvió, y vio a Jesús que estaba allí; mas no sabía que era Jesús.
> 15: Jesús le dijo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré.
> 16: Jesús le dijo: ¡María! Volviéndose ella, le dijo: ¡Raboni! (que quiere decir, Maestro).
> 17: Jesús le dijo: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre.

Jesús no sólo parece ser un ser querido para María Magdalena sino que, además, ella también parece serlo para él. No sólo se le aparece de primero, por encima de su propia madre (lo que la pone, afectivamente, por encima de los demás) sino, lo que es más, es posible advertir en la expresión de Jesús una carga enorme de emoción y de afecto. Podemos advertir a un Jesús gozoso, a un Jesús que está absolutamente regocijado y emotivo. *¡María!* Exclama él, expresión en la que además podemos advertir un diálogo entre líneas que bien podría ser: *¡Heme aquí! ¡He vuelto! ¡Ya no llores!* Entonces ella reconoce a su *señor* y a su *maestro*.

Pero la cuestión no termina ahí pues, si bien Jesús no permite que ella lo toque –de lo que algunos esgrimen que no hay tal vínculo afectivo entre los dos–, la cuestión resulta bien diferente pues Jesús, contrario a esto, parece estar tan impaciente por ver a María que, aún antes de subir al Padre, se le aparece. Y no le dice que no lo toque, en un modo definitivo, sino que no lo haga de momento, mientras sube al Padre. Jesús, aun cuando todavía no debería aparecerse a nadie, y aunque ella no pueda o deba tocarlo aún (ya vendrán ocasiones en que ella podrá abalanzarse sobre su *Señor*, y tocarlo, abrazarlo y besar sus pies), él se le presenta a ella y le encomienda la labor de llevar al mundo el mensaje más glorioso de Jesús: el de su resurrección. A nadie más le ha encomendado esta tarea, sólo a ella. Con justa razón ella viene a convertirse en *isapóstolos* y en la *Apóstola Apostolorum*.

Se esgrime del pasaje de Juan que, cuando Jesús suba a su Padre, ya podrán tocarlo. Y, en efecto, vemos que después sus discípulos lo tocan y él mismo los insta a ello (*Jn 20, 27*). Pero con María parece permitirse una licencia de excepción, y acude a ella tan pronto como le es posible, al parecer, inclusive antes de lo que debiera hacerlo. ¿Quién es esta María Magdalena por la que Jesús hace todo esto?

> Jn 20, 16: Jesús le dijo: ¡María! Volviéndose ella, le dijo: ¡Raboni! (que quiere decir, Maestro).
> 17: Jesús le dijo: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre.

Y con nadie parece tener una actitud efusiva, sólo con ella, pues dice: ¡María! No cabe duda que está feliz al verla, al ver a su principal ser amado[1]. Y ella le corresponde abalanzándose sobre él para tocarle y profesarle su amor. Pero todavía hay referencias más explicitas de la cercanía que existe entre ambos pues el hecho de que ella vaya al sepulcro a llorar –mientras los demás están en otro lado–; el hecho de que en el texto hayan diálogos como: *Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto* (Nótese aquí el sentido de propiedad al referirse a *mi Señor*) y *Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré*, dan perfecta cuenta de la cercanía y afecto de ambos.
Ella, al no pedir permiso a nadie acerca de la posibilidad de trasladar el cuerpo de su *Señor*, evidencia la potestad que ejerce sobre el mismo; potestad que no tendría ni le sería permitida a menos que fuera un familiar próximo, o si fuera su esposa. Y, dado que ella no es la madre ni la tía o la prima de Jesús, no tenemos otra opción que dar por sentado que era su esposa, su *torre*. Ella era la desconsolada esposa reclamando el cuerpo de su *Señor*, de su compañero, maestro y esposo.

5.5.5. El discípulo amado

Tradicionalmente se ha aceptado que el discípulo amado es el Juan de Zebedeo, el autor del cuarto evangelio. No obstante, en lo que se ponen de acuerdo la mayoría de eruditos bíblicos es en el hecho de que el cuarto evangelio no fue escrito por Juan de Zebedeo sino por un discípulo anónimo[2]. Ahora bien, si realmente este evangelio no fue escrito por Juan, entonces ¿por quién? Se le menciona como el discípulo amado, pero no se menciona su nombre; es como si se tratara de escondérsele, como si, o bien, fuera una figura bastante relevante, o bien, en cierto modo, resultara un poco impresentable. O quizás ambas al mismo tiempo. Sin embargo, esa *impresentabilidad* depende de la comunidad en la que se quiera calar; por

[1] Se colige que ella es a la persona que más ama por cuanto le aparece de primero, por encima inclusive de su propia madre. Con este episodio, no sólo se evidencia el vínculo entre él y María Magdalena, sino que queda en claro cuál era la persona más importante en su vida, por encima de todos los demás.

[2] El evangelio se Marcos habría sido escrito por el joven que sigue a Jesús, tras su prendimiento, envuelto en una sábana (Mc 14, 51); Mateo sería un judío simpatizante de la enseñanza cristiana –además se señala que el evangelio de Mateo no habría sido el primero, sino el de Marcos, mismo que Mateo habría utilizado como fuente–; Lucas habría sido un médico griego y, en cuanto al cuarto evangelio, si bien se le atribuye a Juan de Zebedeo, la posición mayoritaria de los eruditos señala que se trata un discípulo anónimo. Inclusive se ha llegado a exponer la hipótesis de que este discípulo amado podría haber sido Lázaro de Betania, versión que tiene bastante sustento en base a los versículos de Jn 11, 3; 36.

ejemplo, Buda es impresentable en el cristianismo y, si hubiera alguna enseñanza relevante suya que pudiera resultar un aporte importante para el cristianismo, se debería suprimir su autoría o ponerla en labios de algún cristiano ilustre. Así, el evangelio canónico con mayor exposición cristológica, de haber sido escrito por una mujer, sería impresentable en una institución patriarcal, a menos que el nombre de su autor fuera modificado[1]. Y es que María Magdalena, en cuanto a las discípulas, se nos presenta en primer plano, y de lejos, como su seguidora más ferviente. Ella es a la primera persona a quien se aparece luego de su resurrección y a la que le encomienda la labor de comunicar el evangelio del Cristo resucitado a los discípulos, por tanto, no en vano es la oración que se le dedica cuando se dice que ella es el *Apóstol de apóstoles*. Y es que una cosa es cierta, lo más natural y normal es que Jesús resucitado se hubiera aparecido primero a su madre o a algún ser querido allegado. De no ser así, y sabiendo que él ya tiene un discípulo a quien ama, lo procedente en este caso, es que se aparezca a ese discípulo. Pero en este caso la situación de fondo es bastante interesante pues, si se presenta primero a este discípulo amado, pone de relieve que le profesa una predilección afectiva, por encima de su madre, de sus parientes o de su propia esposa. Ahora bien, sabemos que la primera persona a que se manifiesta no es a Juan Zebedeo, sino a María Magdalena, ¿por qué? ¿Ama tanto a Juan de Zebedeo que prefiere presentarse en el momento cumbre de su labor, justo cuando ha vencido a la muerte misma, a María Magdalena? Es claro que si ella no es el discípulo amado, sí representa, afectivamente, algo superior a lo que puede representar éste o la mismísima madre de Jesús. Y también es claro que a la persona que, normalmente, alguien puede amar más que a su misma madre es a su esposo o esposa. Pero si ella, fuera de ser su esposa, también era una seguidora suya, una discípula suya, tal como nos ilustra el evangelio, ¿no cabe pensar que es su discípula amada?

> Jn 19, 25: Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena.
> 26: Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo.
> 27: Después dijo al discípulo: He ahí tu madre[2].

[1] Antecedentes con respecto a esta teoría se encuentran en los escritos de Ramón K. Jusino y Raymond E. Brown.

[2] Es tradición que en el momento de los esponsales, el novio le llame a la madre de su novia como madre, y lo misma hace la novia con su suegra. En algún modo, cuando la pareja se une sexualmente, de modo que viene a ser uno con ella, este proceder parece entendible y Jesús, al momento de su muerte, parece rememorarlo. Adicionalmente se nos dice que desde

Si bien es cierto que Lc 23, 49 indica que las mujeres que le habían seguido desde Galilea y todos sus conocidos estaban de lejos mirando la escena, es fácil llegar a la conclusión de que muy posiblemente no todas las mujeres que le habían seguido estuvieran allí como tampoco todos sus conocidos. Sólo estarían presentes algunas mujeres y algunos conocidos. Sin embargo, entre esos conocidos, parece ser que no estaban los apóstoles, a los que vemos huyendo cuando Jesús es apresado (*Mt 26, 56; Mc 14, 50*), con excepción de Pedro y de otro discípulo –posiblemente el discípulo amado, mismo al que se le permite entrar al patio del sumo sacerdote, y que era conocido de éste (*Jn 18, 15*)–. También los vemos encerrados, luego de la muerte de su maestro, por temor a los judíos (*Jn 20, 19*); de modo que si huyen cuando ese apresado ¿qué podría esperarse que hagan cuando se enteran que está siendo crucificado y ha de ser muerto? Y una vez muerto, siguen refugiados por temor.

Y, sin embargo, María Magdalena no huye, y está presente junto con otras mujeres, según el texto de Juan, junto a la cruz. Pero este pasaje tiene algo más importante que revelarnos, y esto consiste en el hecho de que menciona las personas que están al pie de la cruz, a saber: La madre de Jesús y su tía, María mujer de Cleofas y María Magdalena. No se menciona a nadie más, ni siquiera a Juan. Y es claro que si hubiera habido algún hombre junto a la cruz se hubiera mencionado, inclusive antes que a las mujeres pues, no es un secreto, los hombres tenían precedencia con respecto a las mujeres.

Sea como hubiera sido, lo cierto es que Jesús dirige su mirada hacia su madre que, por el hecho de estar junto a la cruz ha de estar cerca, y al hacerlo se da cuenta que el discípulo a quien ama está junto a ella –o mejor, con ella–. Pero nótese que hasta ahí no se ha nombrado que Juan de Zebedeo estuviera con ella y, aun cuando se puede alegar que estuviera en los alrededores[1], lo cierto es que Jesús fija su mirada en su madre, que está cerca. Es decir, no se puede fijar la mirada en algo que está cerca para percibir algo que está lejos, en el caso que Juan estuviera en los alrededores –pues la misma textura de los relatos excluyen a Juan de la escena, junto a la cruz, y revelan que sólo estaban tres (o ¿cuatro?) mujeres junto a él–.María Magdalena, y no Juan, es quien está junto a María, la madre de Jesús, y éste,

---

este momento el discípulo la recibió en su hogar. Y, como hemos visto, para María esto no tendría mayor problema pues la habría acogido en su casa de Betania.

[1] Si Juan estaba en los alrededores, no se pondría Jesús a gritar (con los pocos alientos que habrá de quedarle) para decirle al discípulo amado que su madre está ahí, junto a la cruz (lo habría confundido, ese discípulo habría pensado que la esposa de Zebedeo estaba ahí). Ni es de esperarse que María la madre de Jesús haga lo mismo. No cabe duda de que el discípulo amado está junto a María, y que alcanzan a escuchar lo que Jesús, en tono dulce, les dice.

cuando dirige la mirada hacia su madre también advierte que la discípula a que ama está cerca. Ahora bien ¿por qué razón se la trata como si fuera un varón? Es posible que a la iglesia patriarcal no le conviniera un evangelio matriarcal o de tinte feminista. Pero también es posible que, de acuerdo al evangelio de Tomás, ella hubiera venido a convertirse en varón, de modo que era tratada al mismo nivel.

> E. G. To 114: Simón Pedro les dijo: «¡Que se aleje Mariham de nosotros!, pues las mujeres no son dignas de la vida». Dijo Jesús: «Mira, yo me encargaré de hacerla macho, de manera que también ella se convierta en un espíritu viviente, idéntico a vosotros los hombres: pues toda mujer que se haga varón[1], entrará en el reino del cielo».[2]
> (Cf. E. G. Ma 17; 18)

Y no habrá de extrañarnos pues, en efecto, ella recibe el título de *Isapóstolos*, que significa *igual que un apóstol.* , y también el de *Apostola Apostolorum*, es decir, *Apóstol de apóstoles*. No hay duda que ella era tratada, no como una discípula, sino como un discípulo, tal como lo deja en claro el Evangelio Gnóstico de Tomas. Pero tal trato (preferente, y en absoluto difamatorio, como podría pensarse en nuestro tiempo), no es gratuito. El que se le trate como un semejante a un hombre indica que ella ya ha logrado el nacimiento segundo, que se ha convertido en un espíritu de luz y que ya ha logrado entrar en el reino, antes que cualquiera de los otros discípulos de Jesús. ¿Es posible captar la profundidad de todo ello? ¿La circunstancia trascendente que implica? En el Evangelio Gnóstico de María, Leví, recriminando a Pedro expresa: *Si el Salvador la ha hecho digna, ¿quién eres tú para rechazarla?*[3] Y agrega: *por esto la amó más que a nosotros*[4]. Por supuesto, esto reivindica y llama la atención sobre el hecho de que ella fuera ese discípulo(a) amado(a) del que, por cierto, Jesús habría sacado siete espíritus inmundos (toda sombra de pecado). Así las cosas, eventualmente María Magdalena habría la autora

[1] Entiéndase aquí por varón a una persona que ha logrado el nacimiento segundo y que, por consiguiente, ha convertido las fuerzas negativas (oscuridad) en fuerzas positivas (luz). Mientras esto no se logre, simbólicamente, el hombre, por más hombre que se crea, es una mujer; pero si la mujer logra ese segundo nacimiento es un hombre, es un espíritu solar y viene a representar a los espíritus auto-realizados. Jesús es explícito cuando le da a entender a Pedro que no sólo es digna de la vida, sino que ha de ser la primera en entrar en el reino.

[2] SANTOS OTERO, Aurelio de. Los Evangelios Apócrifos. Op. cit.

[3] PIÑERO, Antonio. Todos los evangelios. 2 ed. Madrid: Editorial EDAF, 2009. P. 453.

[4] PIÑERO, Antonio. Todos los evangelios. Op. cit. P. 453.

del cuarto evangelio –o haber sido compuesto bajo su influencia–. Esto, en algún modo, explicaría el hecho que difiera tanto de los tres que le anteceden, y cuya autoría se ha atribuido a hombres. En el aspecto cristológico se muestra más profundo que los otros tres y, en cierto modo, mucho más gnóstico. Incluso la relación que se presenta entre Pedro y el discípulo amado es diferente, siendo Pedro el que debe acudir al discípulo amado, que está recostado en el pecho de Jesús (ahora entendemos que se trataba de María), para indagar acerca del discípulo que tiene la tarea de entregar al Maestro; es Pedro el que se muestra acaso un tanto inquieto con la suerte que haya de correr el otro discípulo cuando le pregunta a Jesús por él, a lo que Jesús responde: *Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti?* Esto connota cierta distancia entre Pedro y el discípulo amado, que se muestra más cercano a Jesús.

Y no sería la primera vez pues, en los evangelios gnósticos, también se deja entrever cierta distancia entre Pedro y María Magdalena que, a su vez, también se muestra mucho más cercana a Jesús. Todo esto nos permite creer que es posible que ese discípulo amado[1] no fuera Juan, sino María

[1] Algunos autores sostienen que el discípulo amado podría haber sido Lázaro de Betania, hermano de María, y resaltan el trato preferente que Jesús le brinda. En Jn 11, 3 es mencionado como *el que amas*. No obstante, en Jn 11, 5 se nos dice que amaba a los tres hermanos, a María, a Marta y a Lázaro. Esto, sin duda es relevante por cuanto es la primera vez que se presenta a Jesús brindando o sintiendo amor de una forma continua, como si hubiera algún nexo especial para tal. Por ejemplo, es de esperar que Jesús ame a su madre porque existe un nexo inalienable, diferente de otros pasajes donde tal amor se presenta de manera circunstancial. En Mc 10, 21 se dice que Jesús *le amó*, pero aquí ya no se habla de un amor continuo, sino circunstancial. Si Lázaro fuera el cuñado de Jesús y le hubiera apoyado en una forma irrestricta a Jesús, cabría pensar que se ha creado un nexo continuo e inalienable, una relación de familia.

Y en efecto, Lázaro había sido amenazado de muerte junto con Jesús (Jn 12, 10) por brindarle su apoyo, cosa que no sucede con ninguno de sus discípulos. Sin embargo, esa estrecha relación de familia y de complicidad atravesaría un punto álgido durante la crucifixión de Jesús, la razón: Lázaro no se encuentra presente.

En este punto creemos estar en lo correcto si pensamos que posiblemente se hubiera escondido durante el arresto de Jesús; no parecería viable que estuviera presente en el momento de la crucifixión a causa de la amenaza que pesaba sobre él, y el silencio de los evangelistas nos lleva a considerarlo seriamente. No sólo no se le menciona como presente en el momento de la crucifixión, sino que se omite su nombre cuando se cita a María Magdalena (Mt 27, 55-56; Mc 15, 40; Jn 19, 25). Lázaro, cuñado de Jesús y su gran amigo y confidente, en un instante de temor, se esconde –al ver materializadas las amenazas de muerte que pesaban sobre él y sobre Jesús–. Pero ¿verdaderamente se habría escondido por temor? Es posiblemente que su ausencia obedeciera a una petición expresa del mismo Jesús para salvar su vida por segunda vez –ya habría salvado la de ¿Pedro? (Cf. Mt 26 51-52) –, en cuyo caso su ausencia no habría sido por temor, sino por el imperativo de una orden superior. Lázaro habría sido uno de los

Magdalena. Y tenemos razones más que suficientes para hacerlo. La razón es simple: ¿a quién se le habría aparecido Jesús, en primer término, luego de su gloriosa resurrección, sino a la persona a la que más amara? La escena del encuentro de Jesús y María Magdalena, luego de la resurrección es una escena muy íntima que sólo les concierne a ellos dos.

Pero todavía hay otra razón de peso para creer que ese discípulo(a) amado(a) es María Magdalena: Ella, y no Juan, es la que está al pie de la cruz cuando Jesús se percata que se encuentra también su discípulo(a) amado(a). Por otra parte, Juan no aparece realizando algo extraordinario que le haga captar ese amor, cosa que sí sucede con creces en el caso de María Magdalena. Ella es la que lo acompaña durante su misión, la que lo apoya con sus bienes materiales, la que lo unge, la que lo acompaña junto a la cruz durante su muerte, la que está de cerca en su sepultura, la que va de mañana a preparar su cuerpo y, lo más vital, a la que Jesús aparece de primero, por encima de su madre o de alguno de sus discípulos; lo cual, en forma implícita, nos da cuenta del profundo amor de Jesús hacia ella.

Si ella no fuera el discípulo amado no sería fácil de conciliar, ni existiría razón aparente para que Jesús hiciera acepción de amor entre sus discípulos. Pero si ella fuera su esposa, en efecto, podría ser su discípulo amado sin que hubiera ninguna acepción ni preferencia por parte de Jesús. Y al ser la única con tal dignidad entre el grupo de 12 discípulos (todos hombres) es posible que se le hubiera acuñado tal título, el de *el discípulo amado*, con lo que, de paso, se le reconocía como el principal entre los apóstoles de Jesús.

5.6. EL ESPOSO

Todo lo visto nos lleva al hecho muy natural de que, eventualmente, Jesús contrajo nupcias y que María Magdalena pudo haber sido su esposa o compañera sentimental. Pero no parece haber evidencia en el texto bíblico donde se diga, literalmente, directamente, que él hubiera contraído matrimonio, es decir, no dice que Jesús sea esposo, ¿o sí? Es interesante que, no sólo uno, sino los cuatro evangelios se refieren a Jesús como *el esposo*. Y es sumamente curioso que, aun cuando Jesús es llamado como esposo repetidamente, y él mismo se da este título, ciertas gentes nieguen su papel como esposo o quieran trasladarlo a ciertas interpretaciones platónicas.

discípulos amados no sólo por haberle apoyado (a Jesús), no sólo por haber seguido sus ideas, no sólo por brindarle ayuda económica para su ministerio, no sólo por haber sido amenazado conjuntamente con Jesús, sino también por ser parte de su familia más cercana, su cuñado, el hermano de su esposa, de su discípula amada.

Mejor diríamos ¿así de enorme era su evangelio respecto al hecho de ser esposo y de la *cámara nupcial* que no fue posible esconderlo del todo?

> Mt 9, 14: Entonces vinieron a él los discípulos de Juan, diciendo: ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos muchas veces, y tus discípulos no ayunan?
> 15: Jesús les dijo: ¿Acaso pueden los que están de bodas tener luto entre tanto que el esposo está con ellos? Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces ayunarán.
> (V. a. Mc 2, 18-20; Lc 5, 30-35)

Este pasaje es muy similar a uno del Evangelio de Tomás, que reza:

> E. G. To 104: Le dicen: ¡Ven, oremos y ayunemos hoy!
> Jesús ha dicho: ¿Pues cuál es la transgresión que he cometido yo, y en qué he sido vencido? Pero cuando salga el novio de la alcoba nupcial, ¡entonces que ayunen y oren!

Es claro que ese esposo es Jesús, pero ¿podría, o mejor, tendría autoridad Jesús para llamarse a sí mismo esposo, para reconocerse como tal, si fuera célibe? Y no podemos creer fuera el esposo de los apóstoles, que estuviera formando un club de sodomitas pues, en este caso, tanto los escribas como los fariseos –mencionados en el pasaje de Lucas– le habrían recriminado tal proceder. Y, en el caso de que hubiera sido célibe, también se lo habrían echado en cara pues, ¿siendo célibe como se hace llamar esposo?[1] Y sabemos que por mucho menos le habían buscado ya la forma de hacerle caer y refutarle.

El esposo es expuesto como un título ideal, como un estado que es motivo de grandeza; de modo que ya no sólo tenemos a un Jesús que defiende a la mujer y al matrimonio, sino a un Jesús que, orgullosamente se reconoce a sí mismo como el esposo –es curioso que Jesús se identifica como el *esposo*, mientras que María se hace llamar la Magdalena, *la torre del pescado*–. Inclusive, dado que no es posible ser Cristo sin ser previamente esposo, hasta podemos llegar a asociar a *esposo* como un sinónimo de *Cristo* (si bien esta, tal como la concebimos en la actualidad, fue una asociación posterior, inclusive pensada como mecanismo para resaltar el papel de Jesús como *Cristo* y atenuar su roll como *esposo*). En los pasajes, tanto de Mateo, como de

[1] Desde el punto de vista psicológico y sociológico no habrían sido estos los términos correctos a utilizar. No es coherente que el célibe se haga llamar esposo en una cultura donde todos son casados –y donde todos saben que es célibe–.

Marcos y de Lucas, cuando Jesús se refiere a sí mismo como el esposo, es esta la impresión que da. Él es el Cristo y él es el *esposo* –y la que lo convierte en *El ungido* y acude al sepulcro a preparar el cuerpo de su ser querido es María; ella, por tanto, viene a hacer el papel de la *esposa*–.
Hay situaciones obvias que no se nombran. Jesús no habría tenido que explicar por qué se casó –pues era, virtualmente, la condición obligada– pero, en sentido contrario, sí tendría que haber explicado el hecho por el cual había dejado de casarse, comenzando a pervertir a la comunidad con sus ideas de celibato. Hasta el mismo Pablo, que parece tener posiciones encontradas a lo largo de todas sus epístolas, y hasta cierta renuencia a aceptar a la mujer como un miembro activo dentro de la iglesia, declara:

> 1 Cor 9, 5: ¿No tenemos derecho de traer con nosotros una hermana por mujer como también los otros apóstoles, y los hermanos del Señor, y Cefas?
> 6: ¿O sólo yo y Bernabé no tenemos derecho de no trabajar?

¿Los hermanos de Jesús y los demás apóstoles aprendieron el celibato de Jesús tanto que, donde quiera viajan, van con sus esposas? Porque si Jesús les dio ejemplo de una doctrina de demonios siendo célibe (Cf. *1 Tim 4, 1-3*), ellos no parecen estar siguiéndola. No hay duda, a despecho de muchos, es como si la enseñanza impartida por parte de Jesús hubiera sido la del matrimonio y la del derecho de que un hombre traiga a su hermana-esposa (¿acaso quedarían dudas?). Y, por las palabras de Pablo se puede colegir que, dentro de esa unión esposo-esposa se realiza algún tipo de trabajo, como si la mujer se presentara como algo necesario para la realización de algo[1], y añade más adelante: *Pero en el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón; / porque así como la mujer procede del varón, también el varón nace de la mujer* (*1 Cor 11, 11-12*). El modelo para este esquema no puede ser otro que el de Jesús, y ellos simplemente desean imitar su ejemplo, cumplir sus enseñanzas. Y los vemos viajando siempre al lado de sus esposas pues, *en el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón.* E, insistimos, el modelo para este esquema no puede ser otro que el de Jesús como *esposo* que, por cierto, se nos muestra como una figura arquetípica, como una suerte de ejemplo. Inclusive, en el pasaje en que el maestresala llama al esposo y lo felicita (*Jn 2, 9-10*), sabemos que esas palabras implícitamente van dirigidas a Jesús. Él es el centro de atracción, y vemos que él mismo es quien se reconoce como el

[1] Es necesaria para la formación del Cristo en cada uno de nosotros, para la fabricación de los cuerpos superiores del hombre, para el despertar de todas las posibilidades y facultades ocultas. Y el hombre también le es necesario a la mujer para similar propósito. Entrambos se necesitan para brindarse apoyo, compañía y amor.

esposo; de lo contrario estaríamos ante un esposo fantasma y, por cierto, tonto, que permite que unos invitados le usurpen su lugar o, lo peor, que ni siquiera se da cuenta. Pero ahora tenemos la evidencia enorme que, en los evangelios, en todos los cuatro evangelios (*Mt 9 , 15; 25, 1-12; Mc 2, 19-20; Lc 5, 34-35; ¿Jn 2, 9?; 3, 29*), cada vez que se nombra al esposo, se está refiriendo a Jesús y, aún más, él mismo se llama y reconoce como el *esposo*, de modo qué ¿por qué deberemos creer que él no es ese esposo de las bodas de Caná? Lo cual resultaría bastante paradójico y estúpido pues, se está dispuesto a reconocer que él es el esposo, pero en manera alguna a aceptar que tenga esposa, o que hubieran existido los esponsales del esposo.

En todo el Nuevo Testamento, la palabra *esposo* –incluido 2 Cor 11, 2; excepto Ap 18, 23[1]–, está asociada con Jesús. Y todavía más, única y exclusivamente con Jesús. Es decir, ¡en todo el Nuevo Testamento el único esposo es Jesús! Pero, en este caso, ¿qué fue de su esposa? ¿Acaso estamos dispuestos a creer que su esposa es una iglesia que ni siquiera él fundó, que ni siquiera existía cuando él vivía? No parece que él considerara a las multitudes como su esposa. Eso es evidente. Cuando él vivía se hacía llamar *el esposo*, pero todavía no existía ninguna iglesia, de modo que ¿esposo de quién? Y ¿por qué nadie le refuta diciendo que es célibe? ¿Acaso porque no lo era y el mismo Jesús, desde el principio, ya nos lo estaba diciendo? Ahora lo increíble es que no lo hubiéramos advertido antes ¿Acaso veíamos lo que queríamos ver, o lo que otros querían hacernos ver? ¿Así de enorme era su evangelio respecto al hecho de ser esposo y de la *cámara nupcial* que no fue posible esconderlo del todo?

En los ritos místericos era la esposa quien ungía al esposo-sacerdote declarándolo como rey. Jesús, efectivamente se presenta como rey, y no hemos visto al primer rey que, optando al trono, se presente castrado o célibe. El evangelio de Mateo, en cierta correlación con lo que venimos exponiendo, señala:

> Mt 25, 1: Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo […]
> 5: Y tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron.

[1] Si bien es bastante insinuante en otro sentido pues dice, con respecto al derrocamiento de Babilonia: «Luz de lámpara no alumbrará más en ti, ni voz de esposo y de esposa se oirá más en ti». Aquí, el no oír la voz del esposo o de la esposa viene a ser un castigo semejante al de las tinieblas. Se pone de relieve nuevamente la importancia de la esposa para el esposo, y del esposo para la esposa (hablamos aquí de hombre y de mujer, para evitar eventuales figuras platónicas). Aquí el esposo no es Jesús, pero el pasaje tiene enorme significado porque pone de relieve, da por sentada la unión marital entre los esposos, y se expone que uno de los castigos –aun cuando sea a manera simbólica– será no oír la voz del esposo o de la esposa.

> 6: Y a la medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle! […]
> 10: Pero mientras ellas iban a comprar, vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta.

Nuevamente vemos aquí que el término *esposo* deviene como un título y estado superior, de grandeza y, si se quiere, de realeza. El esposo parece ser un prototipo, y como tal, recibe esa deferencia. Pero, ¿quién es el que erige al esposo como figura arquetípica en este pasaje? Es el mismo Jesús, y él mismo se llama esposo. Jesús es una figura arquetípica en la medida en que él es el esposo –no menciona nunca que la figura arquetípica sea un célibe o el que rehúsa a la mujer–. Y vemos que sólo las mujeres, o vírgenes preparadas entran con él a las bodas (*Mt 25, 10*). En las bodas se unen la mujer y el hombre y se desposan.

El experto mundial en historia de la Palestina de los tiempos de Jesús, Joachim Jeremias, en un magistral análisis de la parábola de las diez vírgenes (*Mt 25, 1ss*) expresa:

> Por tanto, las alusiones a la parusía, en su conjunto, no pertenecen a la forma original de la parábola [de las diez vírgenes de Mt 25, 1ss]. Además tiene que ponerse en duda si Mt 25, 1-12 originalmente es una alegoría. Pues la alegoría esposo-Mesías es completamente extraña al Antiguo Testamento y al judaísmo tardío; aparece por primera vez en Pablo (2 Cor 11, 2). ¡Difícilmente los oyentes de Jesús podían venir a la idea de interpretar al esposo (Mt 25, 1ss) como al Mesías! Puesto que la citada alegoría es también desconocida en la predicación restante de Jesús, hemos de concluir: en Mt 25, 1ss tenemos ante nosotros no una alegoría del esposo celestial, Cristo, sino que Jesús ha narrado una boda real. A lo sumo, la parábola contiene veladamente una declaración de Jesús sobre sí mismo, sólo comprensible para los discípulos de Jesús[1].

Esto, sin duda, reafirma lo que venimos diciendo. No cabe duda que Jesús implícitamente, cuando habla del esposo, se refiere a él en su roll como tal, y absurdo sería pretender cosa contraria pues difícilmente habría sido posible que, siendo castrado y célibe, se hiciera pasar por esposo. Ciertamente habría sido algo penoso y no muy inteligente.
Ahora bien, ¿cuál es el deber del esposo para con su esposa? Evidentemente amarla, protegerla, convertirla en su diosa y, por supuesto, también unirse a

[1] JEREMIAS, Joachim. Trad. Francisco J. Calvo. Las parábolas de Jesús. 3 ed. Navarra (España): Editorial Verbo Divino, 1974. II, 7, a.

ella. Y se unen en la cámara nupcial. Si el término esposo, en su aspecto superior, deviene como una figura arquetípica, no es menos cierto que la cámara nupcial es un artefacto crucial de esa unión arquetípica, pues habremos de reconocer que no existe el esposo sin esposa.
Adán y Eva, antes de comer del fruto prohibido, están desnudos y no se avergüenzan. Adán y Eva, después de comer del fruto prohibido, se reconocen desnudos, sienten pena porque saben que han pecado y corren a cubrirse. Entrambos comen del fruto prohibido en la cámara nupcial; el comer de ese fruto hace que el sexo pase de ser sagrado a ser inmundo; el comer de ese fruto prohibido es la diferencia entre vivir en el Edén o ser expulsado de él a una tierra de dolores. Pero, si así es la situación, si por el sexo se salió del Edén, es apenas lógico que, por el sexo, se pueda volver a él. El secreto de la cámara nupcial consiste en aspirar los aromas de ese fruto, sin llegar a comerlo, al paso que se unen sexualmente hombre y mujer.

Adán es la figura del que había de venir (*Ro 5, 14*). Pero si por Adán entró la muerte, por Cristo la vida (*Ro 5, 18*); en Adán todos mueren, pero en Cristo todos son vivificados (*1 Cor 15, 22*). Adán es el espíritu animal (*1 Cor 15, 45-47*) que come del fruto prohibido en la alcoba nupcial, pero Cristo es el espíritu vivificante (*1 Cor 15, 45-47*) que trae el evangelio del esposo arquetípico, de la unión en la cámara nupcial con propósitos vivificantes, con el propósito de hacernos volver al Edén paradisíaco, sin comer del fruto prohibido, entre el perfume y los besos de los que se aman. Y en esto se resume la raíz de todos los misterios.

Cuando Jesús logra convertirse en Cristo, se convierte en Jesús el Cristo –o Jesucristo–, pero cuando él logra convertirse en el Cristo por excelencia, es *El Cristo* –como prototipo–; y cuando se desposa, es el esposo; pero cuando es el esposo por excelencia, puede reputársele del ejemplo de esposo a seguir, se reputa de *El esposo* como arquetipo. Y así se presenta Jesús, como el esposo arquetípico, que nos trae el evangelio de la salvación. Él es el salvador porque nos enseña los misterios del *esposo* y, reiteramos, no es posible la existencia del esposo sin la noción de la esposa[1].

[1] Para convertirse en el monarca de un pueblo, es decir, en el rey de un pueblo, se debe contraer nupcias; para ser sumo sacerdote, según la ley judía, se deben contraer nupcias; para poder convertirse en Rabí se deben contraer nupcias y, por último, para poder ser esposo, debe existir la noción de la esposa, y se deben contraer nupcias.
Los que quieren hacer de Jesús un castrado no saben que un Jesús célibe no puede ser rey, ni sacerdote, ni rabí, ni esposo. Quieren convertirlo en un fulano cualquiera, y todavía peor porque ser célibe era una afrenta a Dios que, inclusive, llegó a ser comparado con el homicidio.

5.7. LOS PASAJES DE LOS EVANGELIOS GNÓSTICOS

En 1945, en las cuevas del desierto de Nag Hammadi, mientras unos campesinos buscaban abono para sus campos, se descubrieron cerca de 60 textos escritos en copto[1] y agrupados en códices. Estos textos circulaban en los primeros siglos de nuestra época y muchos de ellos resultaban bastante apreciados por los primeros cristianos; sin embargo, con el tiempo fueron creándose ciertas diferencias entre estos primeros cristianos y, con el tiempo, se fueron matizando.

Por una parte, unos cristianos consideraron que el mensaje se debía masificar, llevándolo a la mayor parte de personas posibles; que el mensaje de Cristo era transparente en el sentido de que no escondía nada. Pero para ello debía surgir una especie de institución que regulara todo ello. Por otra parte, otro grupo de cristianos consideraban que el mensaje, que el conocimiento era algo personal, que era sólo mediante la relación personal con el Padre se lograba la auto-iluminación, la *auto-gnosis*, o autoconocimiento, y que, por tanto, no era necesario erigir ninguna institución para tal propósito.

Hasta aquí es claro que tenemos dos posiciones: una más abierta y otra más mistérica o cerrada. Y resulta evidente que la primera, por su misma posición doctrinaria llegaría a imponerse. Esto se logró materializar con la llegada al poder del emperador romano Constantino I, que abrazó el cristianismo en el siglo IV de nuestra era y convocó al primer concilio, en la ciudad de Nicea en el año 325. Esto constituyó una oportunidad de primer orden y relevancia para los cristianos de tendencia abierta que vieron en ello la posibilidad de, tal como eran sus pretensiones, expandir el mensaje y lograr la definitiva institucionalización y legitimización de su credo. Así las cosas, los otrora perseguidos cristianos ahora eran aceptados, pasaban a convertirse en la religión oficial del imperio romano y, con ello, se hacían a una autoridad sin precedente. Pero no era menos cierto que esto también representaba la oportunidad perfecta para poner en raya a los otros cristianos, cuyo mensaje ya hasta se les antojaba contrario. Fue así como los otrora perseguidos se convirtieron en perseguidores y, toda vez que ahora estos cristianos perseguidos decían tener el *conocimiento* (en griego *gnosis*), como forma de burla los llamaron *gnósticos*. Lo cierto es que este concilio no logró en absoluto conciliar las dos grandes tendencias (agrupadas en varias

[1] La lengua copta es una variación del egipcio antiguo influenciada por el griego a partir del siglo VI a.C., cuando Alejandro Magno invadió Egipto. También se denominan como coptos a los egipcios que abrazaron el cristianismo desde los primeros siglos de nuestra época, y que perviven todavía en nuestros días.

corrientes de pensamiento) y, con el poder del lado de los nuevos cristianos de Roma (que sólo deseaban poder y feligreses), decretaron que su iglesia era ecuménica, es decir: infalible y universal, o católica, y que todo lo que se opusiera a ella era herejía, misma que debía ser combatida y erradicada. Así las cosas, los cristianos gnósticos se vieron forzados a huir y a esconderse, preferentemente en Egipto. Los evangelios cristianos que no fueron seleccionados por los cristianos de Roma (posiblemente porque no resultaban muy favorables para fundar la nueva religión ni presentar al nuevo hombre-Dios) para hacer parte del canon oficial, y que fueron denominados después como *Evangelios Gnósticos*, también debieron de ser escondidos para protegerlos de las fuerzas foráneas que amenazaban con exterminar el mensaje cristiano legítimo. Entre tanto, los *gnósticos* huían para salvaguardar su vida. Estos mismos evangelios son los que fueron descubiertos en las proximidades de Nag Hammadi y que buena cuenta nos dan de estas diferencias doctrinarias que les hubieron de significar acérrimas persecuciones. Y es que, si bien estos escritos tienen una amalgama variada de matices cristianos, en el fondo de ellos no habremos de descubrir más que un Jesús más próximo a nuestra naturaleza, más humano. El Evangelio Gnóstico no es más que la suma de principios arquetípicos, la exposición de enseñanzas como el evangelio de la cámara nupcial, el evangelio del autoconocimiento (para llegar a la Verdad y al Cristo), el evangelio de la muerte, o el evangelio de la preeminencia de lo femenino; todo ello enmarcado en la necesidad de autoconocerse para conocer al Cristo y hacerse uno con él, además de la necesidad de vivir las enseñanzas de la cámara nupcial para lograr el nacimiento segundo. Y es que, en un aspecto amplio, no es un despropósito señalar que el evangelio de los gnósticos es el de la cámara nupcial[1], y esto, como habrá de suponerse, pone histéricos a los seguidores del celibato.

> E. G. To 22: Jesús les ha dicho: Cuando hagáis de los dos uno, y hagáis el interior como el exterior y el exterior como el interior y lo de arriba como lo de abajo, y cuando establezcáis el varón con la hembra como una sola unidad de tal modo que el hombre no sea masculino ni la mujer femenina, cuando establezcáis un ojo en el lugar de un ojo y una mano en el lugar de una mano y un pie en el lugar de un pie y una imagen en el lugar de una imagen, entonces entraréis en el Reino.
>
> E. G. To 37: Sus discípulos dicen: ¿Cuándo te nos revelarás y cuándo te percibiremos?

[1] Mismo que viene a representar la necesidad de la unión sexual del hombre y de la mujer, pero sin llegar al orgasmo ni a la eyaculación de las aguas.

> Jesús dice: Cuando os quitéis vuestros vestidos sin avergonzaos y toméis vuestra ropa y la pongáis bajo vuestros pies para pisar sobre ella, como hacen los niños, entonces miraréis al Hijo del Viviente y no temeréis.
>
> E. G. To 75: Jesús ha dicho: Hay muchos que están de pie a la puerta, pero los solitarios son los que entrarán en la alcoba nupcial.
>
> E. G. To 104: Le dicen: ¡Ven, oremos y ayunemos hoy!
> Jesús ha dicho: ¿Pues cuál es la transgresión que he cometido yo, y en qué he sido vencido? Pero cuando salga el novio de la alcoba nupcial, ¡entonces que ayunen y oren![1]

Esto, en últimas, difiere mucho de la posición de Jesús con respecto al matrimonio, de acuerdo a lo que hemos visto a partir del texto de los libros oficialmente aceptados. Lo que sucede es que se les dio una interpretación diferente, y eso ya es otra cosa.
Atendiendo al texto de Tomás ¿por qué deberían compungirse cuando él novio saliere de la cámara nupcial? ¿Acaso porque ellos mismos no habrían entrado en ella? Hemos visto hasta la saciedad que, para los judíos, el matrimonio era algo virtualmente obligado. El hecho de no entrar en la alcoba nupcial es presentado aquí por Jesús como una transgresión, como una falta grave que requiere de un enorme arrepentimiento y votos de ayuno. Pero todavía más, él mismo se presenta como el novio que entra en la alcoba nupcial, **sin cometer transgresión alguna**, de modo que no tiene necesidad de hacer votos de ayuno; él mismo lo revela de labios a oídos sólo a sus discípulos y no pregonándolo a todo el mundo.

> E. G. Fe 73. La cámara nupcial no está hecha para las bestias, ni para los esclavos, ni para las mujeres mancilladas, sino para los hombres libres y para las vírgenes[2].

El Arcano A.Z.F. no es para el animal fornicario, sino para los castos de verdad; la cámara nupcial no es para los esclavos de sus propios vicios, sino

[1] El Evangelio Gnóstico de Tomás ya había sido citado por Hipólito y Orígenes en el siglo III, por Eusebio en el siglo IV, y por Felipe de Side en el siglo V donde, evidentemente, se refieren a él –o a uno similar– como a un libro escrito por herejes. En la actualidad el mundo ya puede saber y conocer cuál era la herejía de los gnósticos; pero también puede tener acceso a la versión gnóstica de los dichos de Jesús, a un evangelio que, eventualmente y según algunos estudiosos, sería el más antiguo de todos a los que hemos accedido, convirtiéndose en la fuente primaria de donde beben los demás, toda vez que citan algunos de los dichos contenidos en este evangelio.

[2] SANTOS OTERO, Aurelio de. Los Evangelios Apócrifos. Op. cit. P. 401.

para aquellos que estén eliminando, erradicando de su psiquis todo vestigio del antiguo hombre. La cámara nupcial es sólo para las mujeres vírgenes, no en el sentido de una virginidad física, sino que se refiere a hombres y mujeres que se unen sexualmente sin fornicar, sin pasión animal, sin experimentar el orgasmo. Esto, por supuesto, pone a la virginidad en otro terreno pues ¿Cómo se entiende que llame vírgenes a aquellas mujeres que estén dispuestas a entrar en la cámara nupcial –lo que implica tener relaciones sexuales–? En ese orden de ideas, podemos inferir que los primitivos cristianos, en su aspecto trascendente, llamaban *virgen* a las mujeres que entraban en la cámara nupcial, y no a aquellas que lo fueran en sentido orgánico. Esto, por consecuencia, nos hace pensar que el título de virgen (en sentido orgánico) que se le atribuye a María de Nazaret no se corresponde con la acepción auténtica y primigenia.

Pero hay todavía más. En el Evangelio de Felipe, tal como hemos indicado, que Jesús, en su roll como *esposo* debió de avalar y promulgar el matrimonio y la unión sexual (lo cual es irrefutable, inclusive a partir de los evangelios canónicos), nos brinda una sentida y directa referencia a la misión específica de éste, de Jesús.

> E. G. Fe 78: Si la mujer no se hubiera separado del hombre, no habría muerto con él. Su separación vino a ser el comienzo de la muerte. Por eso vino Cristo, para anular la separación que existía desde el principio, para unir a ambos y para dar la vida a aquellos que habían muerto en la separación y unirlos de nuevo.
> 79: Pues bien, la mujer se une con su marido en la cámara nupcial […][1]

Jesús no vino a salvar a nadie mediante su muerte en la cruz –nadie logra salvar a nadie por una muerte tortuosa–, sino que esa salvación la logra cada uno en la medida en que entre en la cámara nupcial, en la medida en que hombre y mujer, se unan sexualmente para fabricar el árbol de la vida en cada uno de ellos. Y esto, por supuesto, implica profundo auto-conocimiento. Jesús vino para unir lo que se había desunido; sólo en esta forma puede gestarse algo nuevo dentro del hombre, sólo en esta forma puede advenir el Cristo en una forma vívida en cada uno de nosotros para que se convierta en nuestro Salvador interior profundo. Esa fue la enseñanza cristiana primigenia, la voz de los desterrados a los que la secta de Roma tuvo en bien denominar como gnósticos (*los que conocen*) como una forma de burla.

[1] SANTOS OTERO, Aurelio de. Los Evangelios Apócrifos. Op. cit. P. 402.

Ahora resultará más claro por qué este tipo de evangelios debía ser combatido de forma vehemente y reputarlo de herejía para que no amenazara las bases religiosas ya institucionalizadas. Y sin embargo, toda vez que los evangelios canónicos se hicieron fundados en la enseñanza cristiana legítima, es asombroso ver cómo surgen, de relatos aparentemente inocuos, pistas de enorme peso y que nos revelan otra realidad y otra verdad, la misma que profesaban los desterrados, los *gnosere*. Una de esas verdades, si bien no la fundamental, ni la más relevante, era la que se refería a María como esposa de Jesús. Era indignante para los cristianos primitivos que Jesús, el mismo *esposo* arquetípico que había venido a enseñar y develar los misterios del matrimonio, fuera mutilado, cercenado por unos cristianos estilizados que habían llegado a Roma, a la gran metrópoli, tildándolo de célibe. Y tendrían razón, en los escritos cristianos primitivos ella adquiere otra dimensión.

En el Evangelio Gnóstico de María Magdalena es ella quien alienta a los discípulos y les revela palabras que Jesús le reveló sólo a ella, y en el Evangelio de Valentino (*Pistis Sophia*) ella es la que se adelanta a los discípulos para preguntar a Jesús y hasta se presenta explicando sus palabras. Así, ella no sólo se muestra como discípula ejemplar, como mujer ejemplar sino, tal como se colige a partir del texto del Evangelio Gnóstico de Felipe, como esposa ejemplar; viniendo este a confirmar lo que ya era posible inferir a partir del entorno social y cultural de la época, de la tradición religiosa judía, de la defensa que el mismo Jesús hace del matrimonio, y del afecto y cercanía que le profesa María Magdalena, entre otros muchos.

> E. G. Fe 32 (36): Tres (eran las que) caminaban continuamente con el Señor: su madre María, la hermana de ésta y **Magdalena, a quien se designa como su compañera** [κοινωνὸς]. María es, en efecto, su hermana, su madre y su compañera.[1, 2]
> (V. a. Mc 3, 35)

[1] SANTOS OTERO, Aurelio de. Los Evangelios Apócrifos. Op. cit.

[2] «Ella, quien se llama su pareja», o, «a quien se designa como su compañera», evoca el hecho de que ella se hacía llamar la Magdalena, y así era llamada y conocida. Magdalena, como hemos visto, significa *torre*. El título completo sería *la torre del pescado salado*. Es decir, se hacía llamar la pareja de Jesús.
Por otro lado, todo iniciado sabe que su esposa es también su hermana (por cuanto están a la par y se ayudan mutuamente en la obra alquímica) y su madre (porque sin ella no podría ser gestado ni nacer el Cristo interior). Aquí el nombre de María parece ser también tratado como un título, propio para las sacerdotisas iniciáticas.

> E. G. Fe 55 (59): […] **Y la pareja del [Cristo es]**[1] **María Mag[da]-lena**. El [amo amaba] a María más que a [todos los demás] discípulos, [y] la besaba a menudo en [la boca][2] de ella.
> (Traducción alterna del Evangelio de Felipe)

Con este pasaje del Evangelio Gnóstico de Felipe el asunto queda sentenciado, y ES INOBJETABLE (al menos para las corrientes gnósticas). El término del logion 55 es traducido normalmente, no como pareja, sino como compañera; no obstante, lo normal es que dicha expresión deba ser entendida en un contexto marital. En efecto, la palabra griega original *koinonos* citada en el pasaje de Felipe significa *consorte* o *pareja sexual*. Incluso en nuestros días el término compañero o compañera se entiende, preferentemente, como esposo o esposa, es decir, como pareja sexual.
También se ha argumentado que el beso de Jesús le da a María en la boca puede representar la transmisión de sabiduría y que debe entenderse en un sentido simbólico. Pero, en este caso ¿solía transmitirle sabiduría a menudo? Parece que sí[3], y que iba más allá por cuanto María Magdalena no sólo recepta la enseñanza sino que, en un punto, inclusive explica las palabras de Jesús. Y es que la sabiduría radica en el amor, en los besos que se prodiguen entre hombre y mujer, en las caricias y en la unión en todos los aspectos de esa pareja. De acuerdo a los Evangelios Gnósticos no hay duda de que María Magdalena fue la amada esposa-hermana de Jesús.

Y no diferente es la lectura que puede hacerse a partir de un papiro del siglo IV d. C., sacado a la luz recientemente por la investigadora del Harvard Divinity School, Karen L. King, en el que se consigna:

> 1] "not[to] me. My mother gave to me li[fe…"
> 2] The disciples said to Jesus, ".[
> 3] deny. Mary is worthy of it* [

[1] En este espacio se puede inferir tanto como Amo, Cristo o Salvador. De todas formas, las inferencias hechas en los evangelios gnósticos, en este sentido apuntan, necesariamente a la persona de Jesús.

[2] Los especialistas sostienen que, de acuerdo a la gramática copta y a la extensión del espacio en blanco, el término a que se refiere el evangelio es *boca* –de hecho, la reconstrucción de dicha palabra, de acuerdo a la gramática copta, se acopla perfectamente de acuerdo al espacio que fue cercenado por las hormigas, al paso que otros términos resultan improcedentes–.

[3] Invariablemente, el hecho del beso, en un aspecto simbólico, representa la comunicación de sabiduría, y esto de por sí nos indica que María Magdalena está en un plano infinitamente superior a cualquiera de los apóstoles pues Jesús no suele besar a los apóstoles; en cambio vemos que a ella sí suele, frecuentemente, transmitirle sabiduría –con lo que, de paso, aprovechaba para besarla en la boca–.

4] ……." Jesus said to them, my wife . . [
5] … she will be able to be my disciple . . [
6] Let wicked people swell up … [
7] As for me, I dwell with her in order to . [
8] an image [

* Or alternatively: Mary is n[ot] worthy of it[1].

Vertido al español, tenemos:

1] "no [para] mí. Mi madre me dio la vi[da…"
2] Los discípulos le dijeron a Jesús, ".[
3] negar. María es digna de eso* [
4] ……." Jesús les dijo, mi esposa . . [
5] … ella podrá ser mi discípulo . . [
6] Dejen (o dejaré) que los malvados se hinchen … [
7] En cuanto a mí, yo vivo con ella con el fin de . . [
8] una imagen [

* O alternativamente: María [no] es digna de eso.

La autenticidad del papiro está por certificarse. El Vaticano, a través del diario vaticano L'Osservatore Romano (LOR), asegura que es falso (posición, por cierto, nada nueva). Independiente de la legitimidad del fragmento, lo que resulta innegable es que en el pensamiento de las comunidades cristianas de los primeros siglos –y algunas comunidades medievales que debieron vivir anónimas o asiladas, sólo por citar dos puntos de referencia– existía la imagen de un Jesús casado. En efecto, si debemos juzgar por el contenido del papiro, el mismo es perfectamente válido, toda vez que podemos encontrar pasajes muy significativos y que guardan correlación con el pensamiento gnóstico de los primeros siglos de nuestra era, máxime si pudiéramos llenar algunas lagunas de texto, en cuyo caso el papiro de Karen L. King, este quedaría más o menos así:

> Sus discípulos le dijeron, ella [María Magdalena] no es digna de hacer parte de los discípulos.
> Jesús repuso, no para mí. Mi madre me dio la vida, pero ella me ungió para la resurrección.
> Los discípulos le dijeron a Jesús, si tu lo dices no lo vamos a negar. María es digna de eso.
> Pero Jesús les dijo, mi esposa es digna, ella podrá ser mi discípulo amado. No importa que los malvados se hinchen. En cuanto a mí,

[1] Traducción propuesta por Karen L. King.

> vivo con ella con el fin de lograr la liberación (o la iluminación) […] y destruir [o alcanzar] una imagen.

Este escenario hipotético, con todo, no se aísla de la realidad ni de la tesis propuesta por los evangelios gnósticos[1]. Ahora la pregunta es ¿se habría desposado Jesús con María Magdalena? No hay ninguna razón para que no lo hubiera hecho y, tal como sugiere la evidencia, ella habría sido realmente su discípulo amado, parte del grupo de los doce o de los trece apóstoles. Sin embargo, y como sostienen algunos autores, es posible que su casamiento se hubiera realizado por un rito pagano –y abundaban los ritos e iniciaciones místéricas para esa época–, que su esposa fuera de una tradición religiosa no judía, aspecto que la habría convertido en una impresentable –en cuyo caso el problema no consistiría en que estuviera casado, sino con quién– o, inclusive, que su unión no se hubiera formalizado[2] (razón más que suficiente para que debiera ser escondida). También es posible que su papel hubiera

[1] Completando las lagunas del texto, nada hay que no esté de acuerdo con la situación que nos relatan los Evangelios Gnósticos. El roce de los discípulos varones con María Magdalena es ampliamente conocido dentro de los escritos gnósticos. Aparentemente ellos no habrían querido que ella hiciera parte del grupo de discípulos (¿doce o trece?) y la juzgarían indigna (Cf. E. G. de Ma 17; 18; E. G. de To 114). La frase: Mi madre me dio la vida, pero ella me ungió para la resurrección guardaría concordancia con otra muy similar del E. G. To 101, en donde expresa: Mi madre [me parió], más [mi Madre] verdadera me dio la vida. El asentimiento de los discípulos se hace simplemente por deferencia y por la autoridad que emana de Jesús (cosa de sobra comprobada). Ahora bien, el hecho de que Jesús les diga que ella es su «discípulo amado» es fácilmente deducible a partir del E. G. To 114 en donde Jesús manifiesta que hará de ella un varón. Es decir, ya no será una discípula, sino que será un discípulo, y el hecho de que ella sea reputada de Isapóstolos (igual que un apóstol) y Apóstola Apostolorum (apóstol de apóstoles), nos dan perfecta cuenta de lo mismo. El Evangelio de Felipe nos dice que Jesús amaba a María más que a todos los demás discípulos (E. G. Fe 54 (59), lo que sin duda, no sólo la pone como una igual a los discípulos, por un lado, sino que la convierte en el discípulo que más ama Jesús, es decir: en el «discípulo amado».

Lo que sigue del texto ampliado se acomoda perfectamente en el pensamiento gnóstico primigenio (y contemporáneo), de modo que, en lo que respecta al contenido del papiro, no podemos menos que manifestar que es un contenido legítimo, auténtico y que se ajusta en forma exacta a lo que habrían pensado y escrito las comunidades cristianas primitivas. Finalmente cabe citar que la investigadora Karen L. King propone que María Magdalena habría sido parte de los doce, más precisamente el discípulo amado y, a decir verdad, no creemos que esté muy aislada de la realidad y de los acontecimientos, tal como sucedieron.

[2] En cuanto a esta última opción Lynn Picknett en *La verdadera historia de María Magdalena y Jesús*, relata que el monje Pierre des Vaux-de-Cernat en 1213 escribió acerca de un acontecimiento sucedido en Béziers, al suroeste de Francia en 1209: Hasta el último de sus habitantes prefirió entregarse voluntariamente a la muerte a manos de los soldados del papa antes que abdicar a su creencia, en la que Jesús y María Magdalena eran presentados como amantes (ni siquiera como legítimos esposos).

sido suprimido premeditadamente por la institución patriarcal –ni qué decir de la misoginia de ese entonces– por las razones que ya se han expuesto y que se pueden esgrimir de sus posibles implicaciones. O es posible que se hubieran dado ambas situaciones. Sin embargo, la lectura de fondo es invariablemente la opuesta a la del celibato. Y es que, después de todo, el matrimonio, la unión de hombre y mujer es la primera experimentación del hombre cuando ve a la mujer y Jesús la avala de forma contundente, y todavía va más lejos cuando señala que el hombre no debería abandonarla.

5.8. LA SUPREMA ENSEÑANZA ACERCA DEL SEXO

Pero el que Jesús se hubiera casado con María Magdalena no es lo primordial y, a decir verdad, ni siquiera ha de ser relevante; lo esencial de todo esto es el mensaje que se transmite con ello, lo importante es el roll de primer orden que implica la unión del hombre y de la mujer.

Evidentemente, cuando Jesús, hablándole a la samaritana de las aguas de vida eterna, y dispuesto a develarle el misterio, le pide que llame a su esposo, nos da perfecta cuenta que el misterio, que la obra del Padre sólo es posible realizarla en pareja. Y es que, en el trabajo que lleva al Cristo la mujer no puede avanzar sin el hombre, ni el hombre sin la mujer. Entre ambos pueden renacer del agua que está en cada uno de ellos, siempre y cuando no se expulse fuera de sí ni se utilice sólo para la satisfacción de los sentidos.

El libro de los Proverbios, en este sentido, nos enseña:

> Prv 5, 15: Bebe el agua de tu aljibe y de los manantiales de tu pozo.
> 16: Que el agua de tu fuente no se derrame por fuera, ni tus arroyos por las calles.
> 17: Sé tú solo el dueño de ellas, y no entren a la parte contigo los extraños.
> 18: Bendita sea tu fuente, y vive alegre con la esposa que tomaste en tu juventud.
> 19: Sea ella tus delicias, como cierva y como gracioso cervatillo; sus cariños sean tu recreo en todo tiempo; busca siempre tu placer en su amor.

Alegrarse con la mujer, amarla, unirse a ella no es ningún delito, siempre y cuando no se expulsen las aguas de la vida, esa energía acuosa de donde procede la vida. Amarse mutuamente no es ningún delito y de esto nos da cuenta el libro *Cantar de los cantares*, del cual, por espacio, transcribimos sólo algunos fragmentos, pero que en su totalidad constituye, no sólo uno de los

mejores libros de la Biblia, no sólo uno de los más logrados poemas de amor de toda la historia, sino una de las grandes obras de la literatura universal.

> Can 1, 2: ¡Oh, si él me besara con besos de su boca! Porque mejores son tus amores que el vino […]
> 1, 4: Atráeme; en pos de ti correremos. El rey me ha metido en sus cámaras […]
> 2, 4: Introdújome en la pieza en que tiene el vino, y enarboló contra mí la bandera de su amor […]
> 4, 12: Huerto cerrado eres, hermana mía esposa, huerto cerrado, fuente sellada […]
> 5, 1: Venga mi amado a su huerto y coma del fruto de sus manzanos […]
> 6, 2: Yo soy toda de mi amado, y mi amado es todo mío […]
> 7, 8: Yo digo: Subiré a esta palmera y cogeré sus frutos, y serán tus pechos como racimos de uvas; y el olor de tu boca, como de manzanas […]
> 8, 1: ¡Oh quién me diera, hermano mío, que tú fueses como quien de niño estuvo mamando a los pechos de mi madre, para poder besarte, aunque te halle fuera, con lo que nadie me desdeñaría!
> 8, 2: Yo te tomaría, y te llevaría a la casa de mi madre; allí me enseñarías, y yo te daría de beber del vino compuesto, y del licor nuevo de mis granadas.
> (Versión de la editorial Herder, 1964)

> Gn 2, 18: Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él.

(No es bueno que el hombre esté solo. Entonces ¿de qué peregrino cuento salió la idea que debía estar solo?)

> Gn 2, 23. Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada.
> 24. Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne.
> 25: Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban.

La unión sexual no está prohibida –y estúpido sería si lo estuviera–. Lo que sí se prohíbe es derramar las aguas. Veamos.

> Prv 31, 2: ¿Qué?, ¡oh amado mío! ¿Qué?, ¡oh hijo de mis entrañas! ¿Qué?, ¡oh dulce objeto de mis votos!

> 3: No entregues tu vigor viril a las mujeres, ni tus caminos a las que arruinan a los reyes.
> (Versión de la editorial Herder, 1964)

> Lv 15, 18: Y cuando un hombre yaciere con una mujer y tuviere emisión de semen, ambos se lavarán con agua, y serán inmundos hasta la noche.

> Lv 15, 18 Cuando una mujer se acueste con un hombre, produciéndose efusión de semen, se bañarán ambos con agua y quedarán impuros hasta la tarde.
> (V. a. Lv 15, 2, 16, 32, 33; 22, 4; Nm 5, 2)
> (Versión Biblia de Jerusalén, 1976)

> 1 Co 6, 18: Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; mas el que fornica, contra su propio cuerpo peca.

> Mt 19, 11: Entonces él les dijo: No todos son capaces de recibir esto, sino aquellos a quienes es dado.
> 12: Pues hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que son hechos eunucos por los hombres, y hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos[1]. El que sea capaz de recibir esto, que lo reciba.

El lector desprevenido podría pensar que en este punto se contradice la Biblia por cuanto, en un primer tiempo, establece de modo irrevocable la unión entre hombre y mujer para luego prohibirlo. Sin embargo, y como ya hemos dicho, una lectura juiciosa nos revela que no prohíbe la unión, que no se prohíbe el acto sexual, y en esto el pasaje de Lv 15, 18 parece ser bien explícito cuando nos dice que cuando un hombre yaciere con una mujer, produciéndose emisión de semen, devienen impuros. Ahora bien, **cuando un hombre yaciere con una mujer, no produciéndose emisión de semen, no devienen impuros**. Ahora es posible entender en un sentido amplio por qué se aconseja no derramar las aguas, pero deleitarse con la mujer de la juventud (*Prv 5, 15-19*), o por qué se dice, con respecto al hombre, que no debe entregar su vigor viril a las mujeres, o por qué Jesús

[1] No eyacular ni llegar al orgasmo es una forma de castrarse, de negarse a sí mismo –hemos visto que la negación de sí mismo es uno de los requisitos para los que verdaderamente quieren seguir al Cristo–, sin la necesidad de negarse de mujer, de amarla y protegerla –la recompensa para este tipo de hombres y de mujeres es el reino de los cielos–. Satisfacción de apetitos animales es diferente.

dice que hay eunucos que se hicieron eunucos por amor del reino de los cielos (*Mt 19, 12*) luego de defender de forma acérrima el matrimonio y de decir que lo que Dios juntó que no lo separe el hombre (*Mt 19, 6*). Evidentemente la contradicción es sólo aparente y no tenía más sentido que velar, que poner en secreto la enseñanza secreta referente al *agua* y la *piedra* (otra forma bajo la que también se ha velado). Pueden y deben hombre y mujer unirse sexualmente, pero sin orgasmo, sin eyaculación, sin lujuria, sin instintos animales. Y tal parece ser lo que Jesús mismos enseñaba, toda vez que es lo que replica Pablo:

> Ef 4:17 Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente,
> 18: teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón;
> 19: los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza.
> 20: Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo.

No cabe duda que Jesús jamás habría enseñado que el matrimonio es para la lujuria; es verdad que defiende el roll del mismo en la sociedad y que toma como punto de partida al hombre y a la mujer primigenios para hacer su denodada defensa de la unión de la pareja y de la función sexual en el matrimonio; pero esa unión sexual debe hacerse con pureza. El libro de los Efesios no es una alusión a un Jesús célibe sino, bien al contrario, una alusión a que Jesús, dentro del matrimonio, no se entregó a la lascivia para cometer en él toda clase de impureza; y Pablo, toda vez que lo cita como ejemplo para sus hermanos de fe –casados por supuesto–, implícitamente les invita a hacer y seguir el ejemplo de Jesús en sus respectivos matrimonios[1].

Así las cosas, Jesús no contradice la enseñanza, sino que la ratifica y enseña, de forma velada a las multitudes a las que siempre les habla en parábolas, mientras que sólo le revela los grandes misterios a su círculo más cercano.

> Mt 13, 10: Entonces, acercándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas?

[1] Había sido inviable citar a Jesús como ejemplo a seguir en el caso de que éste hubiera sido célibe. No puede uno dirigirse a una comunidad donde, eventualmente, la mayoría serán casados y tendrán sus hogares y decirles: No se entreguen a la lascivia, sigan el ejemplo que nos enseñó Jesús, el cual no se entregó a pasiones vergonzosas. Muy diferente es que Jesús, avalando el matrimonio, indique que no hay de dejarse llevar por la pasión ni la lujuria. Y esto, a decir verdad, es una forma implícita y velada de enseñar el procedimiento sexual del que venimos tratando.

> 11: Él respondiendo, les dijo: Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado.
> (V. a. Mc 4, 10-12; Lc 8, 10)

Las gentes que piensan que la enseñanza de Jesús es igual para las multitudes que para los iniciados se equivocan. Esto viene a demostrarnos que la enseñanza cristiana, al igual que la de las otras grandes religiones, tiene una enseñanza pública y otra secreta o mistérica. Y la institución religiosa que logró imponerse, con el afán de hacer un séquito, entregó la enseñanza externa y, aunque en principio tenían el evangelio de la cámara nupcial, lo ocultó, y finalmente no sólo lo ocultó, sino que hasta terminó olvidándolo, ignorando lo que podría salvarles.

> E. G. Fe 60: El misterio del matrimonio [es] grande, pues [sin él] el mundo no existiría. […] Reparad en la unión [sin mancha], pues tiene [un gran] poder. Su imagen radica en la polución [corporal][1, 2].

> E. G. Fe 122: [Nadie podrá] saber nunca cuál es [el día en que el hombre] y la mujer copulan –fuera de ellos mismos–, ya que las nupcias de (este) mundo son un misterio para aquellos que han tomado mujer. Y si el matrimonio de la polución permanece oculto, ¿cuánto más constituirá el matrimonio impoluto un verdadero misterio? Éste no es carnal, sino puro; no pertenece a la pasión, sino a la voluntad; no pertenece a las tinieblas o a la noche, sino al día y a la luz[3].

Esta vieja enseñanza quedó en poder de los gnósticos, mismos que, en las lides de los primeros siglos, alegaban tener el conocimiento, que practicaban ciertos ritos sexuales –una de las tantas razones por las que se les satanizó y se les condenó como herejes–, y que, en ausencia del Cristo, rodearon a la adorable María Magdalena, generando el culto del eterno femenino y portan-o en la sombra el evangelio de la cámara nupcial, el secreto de los secretos que nunca en la vida se había dicho públicamente. Sin embargo, ahora se

[1] SANTOS OTERO, Aurelio de. Los Evangelios Apócrifos. Op. cit.

[2] Esta última parte es traducida también como *Su imagen trae consigo una contaminación [de cuerpos]*. La imagen del matrimonio para un hombre común, lo que el mismo matrimonio implica para un hombre común, es la polución corporal. No podría advertir ese hombre a simple vista que puede existir algo diferente y que en esa unión se encierra un misterio. De todas formas el asunto queda sentenciado con el logion 122 donde se reconocen dos tipos de uniones: una en polución, la otra en *impolución* (matrimonio impoluto).

[3] SANTOS OTERO, Aurelio de. Los Evangelios Apócrifos. Op. cit.

presenta en su aspecto más simple y que, sin embargo, en medio de su abismo insondable de sencillez, no sería posible advertir ni desvelar por el mero mecanismo de la inteligencia. Y se devela ahora porque ha llegado el tiempo de la cosecha y la humanidad debe, justo en este momento, decidir entre el camino que la lleva al Cristo o el camino que la sume en las tinieblas.

La cámara nupcial no es para convertirla en una mera creencia pues la creencia por sí misma no puede modificar nuestra esencia íntima ni eso que somos aquí y ahora. No se trata de repetirlo de forma mecánica pues un loro también puede repetirlo y ello no significa nada. No se trata tampoco de construir iglesias y hacer un prosélito; no se trata de encerrar a Dios en cuatro ladrillos fríos como la muerte misma pues él, siendo omnipresente, está en todos los sitios y en todas las cosas, de modo que está en el sol, en la luna, en el pájaro, en la flor, en la espuma que el mar deja en la playa y, evidentemente, en lo profundo de cada uno de nosotros; de modo que, si hay algún lugar donde podamos encontrarle, es en lo profundo de cada uno de nosotros, sin la mediación de nadie, sin piedras oscuras ni frías, sin comercio ni falsos pontífices.

Así las cosas, lo importante de todo ello no es que María Magdalena sea la esposa de Jesús, lo verdaderamente importante es lo que ha de representar en nuestras vidas el hecho de un matrimonio en castidad y amor verdaderos; la esencia intrínseca del mensaje. Lo importante no son las teorías, sino que podamos ser felices aquí y ahora; lo importante es unirse en un amor sin apetitos animales[1]; lo importante es fundirse en abrazos y caricias con un amor que nos lleve a las estrellas.

[1] Es preciso aniquilar el Yo, negarse a sí mismo, eliminar de nuestra psicología todos los elementos inhumanos que llevamos dentro y que nos causan infelicidad. Este constituye el otro gran Evangelio Gnóstico, el evangelio de la muerte.

CAPÍTULO 6

LA DESCENDENCIA DEL NAZARENO

6. LA DESCENDENCIA DEL NAZARENO

Tener una familia no es un delito; tener hijos no es un delito. Mañana mismo alguno de nosotros podría recibir el don de Dios, y no por ello deberíamos desaparecer o negar a nuestra familia, a nuestra esposa o a nuestros hijos.
Lo importante no es si el Cristo nazareno tuvo o no hijos. Lo importante es que cada uno de nosotros trabaje para convertirse también en un Cristo. Y eso es ajeno al hecho de tener familia. El no tenerla se presenta más bien como un absurdo.

La discusión de la eventual descendencia de Jesús, a decir verdad, no es algo nuevo, y ya varios autores lo han tratado. Aparte de esto existen muchas tradiciones y leyendas en la que se habla de la descendencia de Jesús, y todas, a pesar de las aparentes divergencias, concuerdan en lo mismo. Y, en nuestro concepto, esto es más poderoso, tiene mayor fuerza que la única historia de la iglesia católica, que se nos presenta como cierta porque fue la que logró imponerse y difundirse a fuerza de amenazas, homicidios y hogueras. Por tanto, una historia contada bajo esas circunstancias, algo que la gente es obligada a creer a la fuerza, deja dudas con respecto a que sea verdadera. Cuando una institución persigue a un grupo porque tiene otra versión de la historia y le acalla con fiereza, eso deja mucho que pensar, mucho que desear y, sobre todo, crea dudas con respecto a que el dogma que ellos fijan sea verdadero.
Y esto precisamente es lo que ha pasado con respecto al matrimonio de Jesús con María Magdalena y su eventual descendencia.

6.1. EL DERECHO DE TODO HOMBRE

El que una persona se case y tenga hijos es un hecho muy natural, y no constituye ninguna especie de delito. Tener una familia y ser padre, tener hijos, es un derecho y hasta un deber que no puede negársele a ningún hombre –ni a ninguna mujer–. No sólo es el mecanismo que permite la continuidad de la especie, sino que se presenta como una función congénita e innata al ser humano, además de constituir la posibilidad de alcanzar la realización como individuo, de cumplir uno de los más naturales sueños, y de tener la posibilidad de replicarse, de perpetuarse. Incluso en nuestros días, el no hacerlo se ve como un acto fuera del estándar y, aunque no es censurado, al menos en forma explícita, lo usual es que todo hombre forme un hogar, que tenga una familia y, por consiguiente, que engendre hijos.

Esto, por supuesto, es una decisión muy personal y, aunque en algunos casos las circunstancias impedirán tenerlos, lo más natural y normal es que

un hombre desee tenerlos. Entre los judíos esto no sólo constituía un derecho, sino que era virtualmente una obligación. En tanto que sea un derecho, nadie lo discute, y a nadie puede privársele de su derecho connatural de ser padre, o de ser madre. Y en tanto que sea una obligación, sólo se puede entender en tiempos de diezmación o, en el caso judío, mediante la noción de fertilidad, basada en aspectos netamente religiosos. Si ubicamos por un momento a Jesús en su roll como ser humano, o mejor, como hombre, ¿tenía derecho a tener hijos, si lo hubiera querido? La respuesta es sí; no podemos privarlo de ese derecho congénito sólo por nuestro arbitrio, a la facultad que le asiste por el mero hecho de ser un ser viviente. Ahora bien, tenía él la obligación de tener hijos. La respuesta corta es no. Sin embargo, teniendo en cuenta la tradición y cultura judías, y teniendo en cuenta que él, siendo judío, no solamente tendría ese derecho sino, lo que es más, se habría constituido en su deber.

6.2. LOS JUDÍOS: PUEBLO DE FERTILIDAD Y MULTIPLICACIÓN

Fuera de toda duda, la descendencia prolífica en la cultura judía era una bendición y se entendía como una necesidad. De hecho, a nivel cultural, se había construido la imagen de un pueblo selecto elegido por Dios cuyo linaje se extendería sin número; de modo que el ser padre, dejar descendencia, era algo que se veía, inclusive, como una obligación moral y religiosa. No obstante, para que ello pueda operarse, se hace perentorio que la procreación no se vea como actividad objetable o sobre la que recaiga algún tipo de señalamiento, sino como un acto que converge a la mira de la promesa de un pueblo numeroso, selecto y elegido.

Y en esos exactos términos parece que era comprendido.

> Gn 1, 28: Y los bendijo Dios [a los varón y hembra que habría creado], y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra.
>
> Gn 9, 1: Bendijo Dios a Noé y a sus hijos, y les dijo: Fructificad y multiplicaos, y llenad la tierra.
>
> Gn 9, 7: Mas vosotros fructificad y multiplicaos; procread abundantemente en la tierra, y multiplicaos en ella.
>
> Dt 8, 1: Cuidaréis de poner por obra todo mandamiento que yo os ordeno hoy, para que viváis, y seáis multiplicados.

> Jer 29, 6: Casaos, y engendrad hijos e hijas; dad mujeres a vuestros hijos, y dad maridos a vuestras hijas, para que tengan hijos e hijas; y multiplicaos ahí, y no os disminuyáis[1].
>
> Ez 36, 37: Así ha dicho Jehová el Señor: Aún seré solicitado por la casa de Israel, para hacerles esto; multiplicaré los hombres como se multiplican los rebaños.
> 38: Como las ovejas consagradas, como las ovejas de Jerusalén en sus fiestas solemnes, así las ciudades desiertas serán llenas de rebaños de hombres; y sabrán que yo soy Jehová.
>
> V. a. Gn 9, 7; 16, 10; 17, 2, 6, 20; 22, 17; 26, 4, 24; 35, 11; 48, 4; Ex 32, 13; Lv 26, 9; Dt 1, 10; 7, 12-13; 28, 63; 30, 5, 16; 1 Cro 4, 38; 27, 23; Neh 9, 23; Sal 105, 24; 107, 38, 41; Is 9, 3; Jer 23, 3; 30, 19; 33, 22; Ez 16, 7; 36, 9-11, 29-30; 37, 26; Os 4, 10; Zac 10, 8; Hch 7, 17-19; He 6, 13.

La promesa de la multiplicación, de la descendencia sobremanera abundante, hecha en principio a Abraham, luego a Isaac y, posteriormente, a Jacob (y citada decenas de veces en el texto bíblico), se hizo extensiva y pasó de generación en generación, de modo que se asoció la fertilidad con la bendición, y la infertilidad con la maldición[2]. A tal punto llegó esto que hombres como Abraham (*Gn 16, 1-5*) y Jacob (*Gn 30, 1-5*) se unieron, con consentimiento de sus esposas, a otras mujeres, con suerte de que tuvieran hijos, con suerte de demostrar la bendición. Es claro que para la cultura

[1] Esto era lo que mandaba Jehová a su pueblo en estado de cautividad, por medio del profeta Jeremías. No menos habría de esperarse en los tiempos de Jesús donde el yugo romano era también una forma de cautividad. Posiblemente, si Jesús se hubiera amalgamado a este mismo pensamiento de Jehová habría visto en el casamiento y en la multiplicación un camino viable para contrarrestar la disminución de su pueblo. Además, si él, por ventura, era el mismo Jehová, o Dios –como se nos ha hecho creer–, ni siquiera podemos hablar de que hubiera similitud de pensamientos, pues Jesús mismo, siendo la persona de Jehová, ya no podría contentarse sólo con prometer, mandar o desear a su pueblo a que se multiplicara, sino que podría hacerlo por cuenta propia y propiciar los mecanismos y las circunstancias para que esa progenie abundara y fuera prolífica en forma definitiva.

[2] En Lc 23, 28-29 hallamos: «Jesús, vuelto hacia ellas, les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque he aquí vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron». Ellas son madres, son bienaventuradas. Jesús prevé que a futuro la situación va a resultar diametralmente opuesta. Ser estéril era una especie de maldición, pero no se dice que Magdalena fuese una estéril, ni una mujer maldita o relegada por Dios, y mucho menos se dice del propio Jesús. En efecto, las palabras que les dirige Jesús no parecen ser las de un joven célibe, sino las de alguien que ya ha tenido descendencia.

judía de la época un hombre sin descendencia sólo habría sido considerado como un mal judío, como un estéril castigado por Dios.

> Ex 23, 25: Mas a Jehová vuestro Dios serviréis, y él bendecirá tu pan y tus aguas; y yo quitaré toda enfermedad de en medio de ti.
> 26: No habrá mujer que aborte, ni estéril en tu tierra; y yo completaré el número de tus días.

> Dt 7, 14: Bendito serás más que todos los pueblos; no habrá en ti varón ni hembra estéril, ni en tus ganados.
> V. a. Ex 23, 25-26; Dt 28, 9-11; 30, 8.

> Dt 28, 15: Pero acontecerá, si no oyeres la voz de Jehová tu Dios, para procurar cumplir todos sus mandamientos y sus estatutos que yo te intimo hoy, que vendrán sobre ti todas estas maldiciones, y te alcanzarán.
> 16: Maldito serás tú en la ciudad, y maldito en el campo.
> 17: Maldita tu canasta, y tu artesa de amasar.
> 18: Maldito el fruto de tu vientre, el fruto de tu tierra, la cría de tus vacas, y los rebaños de tus ovejas.

Bajo estas circunstancias no es difícil reconocer la enorme importancia de la fertilidad, de la concepción y la reproducción en la vida de este pueblo; cosa por cierto bastante natural en toda cultura a través de todos los tiempos, no solo respecto de la simiente humana, sino también de la simiente animal y vegetal. Existe una enorme tradición y cultura de la fertilidad, misma a la que rindieron culto muchos otros pueblos como los egipcios, griegos y romanos. Inclusive, para aquel entonces, no existía la costumbre de un sacerdocio condenado al celibato sino que, bien al contrario, era obligación que el sacerdote tomara mujer y dejara descendencia. Lo que era un acto muy natural, viniendo a ser lo contrario algo fuera contrario a la costumbre. En síntesis, lo más natural era que todo hombre dejara descendencia.

> Lv 21, 13: Tomará (el sacerdote) por esposa a una mujer virgen.
> 14: No tomará viuda, ni repudiada, ni infame ni ramera, sino tomará de su pueblo una virgen por mujer.

> Sal 78, 64: Sus sacerdotes cayeron a espada, y sus viudas no hicieron lamentación.

> Ez 44, 21: Ninguno de los sacerdotes beberá vino cuando haya de entrar en el atrio interior.
> 22: Ni viuda ni repudiada tomará por mujer, sino que tomará virgen del linaje de la casa de Israel, o viuda que fuere viuda de sacerdote.

Hasta aquí vemos un pueblo en que la concepción no es vista como un mal al que es preciso aplacar y disminuir –aun cuando sea a base de toda suerte de contraceptivos–, sino más bien un pueblo en es obligación, al menos para el que se considerara buen judío, dejar descendencia.
Ahora bien, podemos afirmar con gran acierto que el pueblo judío no esperaba a convertirse en anciano para empezar a ocuparse de los asuntos del linaje, de empezar a dejar o aumentar la descendencia, sino que desde temprana edad ya las mujeres eran dadas a un varón. En muchas ocasiones un hombre tomaba más de una mujer y con cada mujer tenía hijos e hijas.

> Is 62, 5: Pues como el joven se desposa con la virgen, se desposarán contigo tus hijos; y como el gozo del esposo con la esposa, así se gozará contigo el Dios tuyo.

Adicional a esto se encontraba el factor bélico, predominante en gran parte de la historia del pueblo hebreo, y en el que se da cuenta de la manera en que este pueblo se ve envuelto en toda suerte de expansión y diezmación, conquista y subyugación. No era extraño que, en ocasiones, los niños varones fueran perseguidos con objetivo de eliminarlos. Y, en estado de ocupación por fuerzas extranjeras, no debió ser extraño para ellos procurar multiplicarse, cómo lo haría cualquier pueblo en semejantes circunstancias. Lo relevante es que ellos lo hacen aún sin estar en estado de sitio, como ocurrió en los tiempos de José, a tal punto que los egipcios tuvieron miedo.

> Gn 47, 27: Así habitó Israel en la tierra de Egipto, en la tierra de Gosén; y tomaron posesión de ella, y se aumentaron, y se multiplicaron en gran manera.[1]

Pero si esto fue hecho en presencia de sus anfitriones, los egipcios, aún cuando no estaban en estado de enfrentamiento ¿cuánto más no hubieron procurar la reproducción en casos en que fuerzas extranjeras los oprimían? De hecho, en principio los egipcios no les molestaron en mayor aspecto, sino que ellos, viendo la manera en que los hebreos se reproducían y se hacían fuertes, los impelieron a trabajos forzados y, por último, optaron por dar muerte a los hijos varones de los hebreos arrojándolos a las aguas del río (Cf. *Ex 1, 6-22*; *2 Re 20, 16-18*).
Ahora bien, si nos remontamos a los tiempos de Jesús, y atendemos al constante miedo de las fuerzas romanas de una sublevación judía,

[1] Esta posesión fue pacífica y con consentimiento del faraón; sin embargo, el hecho de la multiplicación, fuera de dar un poco de seguridad y sensación de compañía en una tierra foránea, debió darse más como factor de protección ante un eventual enfrentamiento con los egipcios, cosa que ellos mirarían con recelo y preocupación (V. a. Ex 1, 6-22).

entendemos que el pueblo Judío no se hallaba disminuido a nivel demográfico. Claramente no existía ninguna persecución contra los primogénitos ni contra los niños varones (exceptuando el caso de la eventual muerte de los niños menores de dos años por orden de Herodes referido en Mt 2, 16, por cuanto temía el nacimiento del Mesías). Por el contrario, había permisividad en este aspecto y parecía ser más imperativo y más importante para el imperio romano que los judíos llenaran las arcas de Roma, que impedir su multiplicación. Pero había una circunstancia más que impelía a los judíos a continuar con su milenaria tradición de pueblo prolífico, y esta consistía en unos patrones que indican una expectativa de vida corta. Si bien es cierto que habían hombres que llegaban a una edad avanzada (normalmente la aristocracia y las clases sacerdotales), la expectativa de vida entre el común de la gente estaba entre cuarenta y cincuenta años. Así las cosas, y estando bajo el yugo y la diezmación romana, parece normal que un hombre procurara, más bien en tiempo de su juventud, dejar descendencia. Es claro que no estaba prohibido y que, de un modo u otro, era un derecho y hasta un deber de todo varón judío.

Así las cosas, y teniendo en cuenta:

1. La promesa de una nación numerosa
2. La fertilidad como bendición
3. Los sacerdotes, primeros en dar ejemplo, eran casados y dejaban linaje
4. El matrimonio se daba en la juventud de ambos cónyuges
5. Estado de sitio (en donde se pugna por mantener y hasta aumentar el nivel demográfico)
6. Promesa de un Mesías salvador (que habría servido de incentivo para la proliferación para, eventualmente, darlo a luz).
7. Celibato mirado con recelo
8. Expectativa de vida corta

No parece un exabrupto pensar que María (la madre de Jesús) hubo de tener varios hijos, ni que Jesús, siendo el mayor de ellos –era el primogénito– hubiera procurado también dejar linaje. La Biblia no nos ilustra acerca de un Jesús castrado, ni mucho menos a un Jesús con conductas sexuales desviadas o que se aislara de la mujer. Al contrario, en varios pasajes Jesús sale en defensa de ella, independientemente de su nacionalidad, religión u oficio; en Jn 11, 5 hallamos que Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro, y, en otros pasajes más, aboga por no darle carta de divorcio a la mujer, excepto por fornicación (*Mt 5, 31-32; Mt 19, 3-9; Mc 10, 3-9*).

> Lv 22, 24: No ofreceréis a Jehová animal con testículos heridos o magullados, rasgados o cortados, ni en vuestra tierra lo ofreceréis.
>
> Dt 23, 1: No entrará en la congregación de Jehová el que tenga magullados los testículos, o amputado su miembro viril.

No obstante, Jesús es tratado no como cualquier congregado, sino como el sacerdote de esa congregación, y no como cualquier sacerdote, sino como sumo sacerdote según el orden de Melquisedec (*He 5, 6; 5, 10; 6, 20; 7, 21*). Basten estos versículos para abogar por una entera virilidad de Jesús, por una virilidad trascendente, así como el sacerdocio según el orden de Melquisedec trasciende al sacerdocio levítico y al sacerdocio según el orden de Aarón (*He 7, 11*).

De este modo, y atendiendo a que tener una familia y ser padre, tener hijos y verlos jugar y crecer, es un derecho y un deber que no puede negársele a ningún hombre, sojuzgadas las razones las cuales entre los judíos había una cultura de fertilidad y procreación, planteando una virilidad plena de Jesús y habiendo ya pasado más de la mitad del promedio de vida, no existe óbice para que, al momento de su crucifixión, no se hubiera planteado la posibilidad de ser padre, de dejar descendencia. Es más, con seguridad habría contemplado la posibilidad o, cuando menos, habría pensado en ello en algún momento de su vida. Y no era célibe, no era castrado, no se aislaba de la mujer, no era un ermitaño o un ser incapaz de entablar una conversación con una persona del sexo opuesto. Él vino comiendo y bebiendo (*Mt 11, 18-19*), en plena interrelación con las otras personas, normal, sin conductas sexuales desviadas.

6.3. EL MATRIMONIO

El hecho de que Jesús sea concebido como un célibe no es más que un concepto y un dogma que se impuso por parte de la secta de Roma pero que, tal como hemos visto, nada tiene que ver con la realidad. En términos alquímicos hemos de afirmar que no ha existido, ni existirá, el primer Cristo que logre la resurrección sin el concurso de la mujer. Así las cosas, todo es cuestión de formación cultural y del concepto religioso o del dogma religioso bajo el cual se eduque la gente. Bien podría el cristianismo no haber triunfado, con lo cual estaríamos, posiblemente, adorando a Mitra, a Alá o, inclusive a Buda. Entonces, esto sería para nosotros lo correcto mientras que lo otro se miraría con desdén y desentendimiento.

Lo cierto es que en todas las grandes religiones el dios aparece al lado de una diosa y, en el caso del cristianismo, Jesús no parece ser la excepción. Ahora

bien ¿habría tenido Jesús algún hijo con María Magdalena, su esposa sacerdotisa? No hay razón para que no lo hiciera. Esto habría sido muy posible en el caso de que su matrimonio se hubiera celebrado por algún rito pagano, pero virtualmente inevitable en el caso que hubiera sido por el culto judío. Pero, ¿cómo saberlo?

6.3.1. Matrimonio pagano y matrimonio judío

En cierto modo uno llega a pensar que el matrimonio de Jesús se realizó bajo algún rito pagano (que, por cierto, estaban a la orden del día en la Palestina de los tiempos de Jesús) pues ambos no parecen encajar bien en las usanzas y tradiciones judías y aparecen, inclusive, transgrediéndola. María Magdalena se muestra como la mujer que no acierta a dar en el blanco de la ley judía, es la mujer *harmartolos* que, de cuando en cuando, no observa en rigor dichas leyes y desencaja con el patrón religioso judío. Por otro lado, el hecho de la unción recuerda también ciertos ritos religiosos egipcios y no está por demás decir que Jesús hubo de pasar los más vitales años de su infancia y de su vida en Egipto donde hubo de captar importantes elementos de la cultura egipcia que habrían quedado grabados en los profundo de su psique, y que habrían influenciado después, en el curso de su vida.

Si nuestra deducción es correcta, allí habría conocido a su primer amor, a la primera mujer de la que se habría enamorado, aun cuando fuera de una manera platónica. No tenemos por ahora los suficientes elementos para llegar a una conclusión de fondo con respecto a si María Magdalena habría sido esa primera mujer o no. Sin embargo, lo que sí es posible es entrever algunos aspectos de la cultura judía en la que María Magdalena parece no encajar muy bien, y que hablarían de una mujer que viene de otra cultura.

Aun así, y con todo que ambos parecen no encajar del todo en las tradiciones judías –lo que abogaría que habrían celebrado sus esponsales bajo algún culto pagano– la verdad es que también podrían haber contraído nupcias bajo el rito judío. Y eso, a decir verdad, hablaría muy a favor de la posibilidad de que hubieran tenido hijos por cuanto, dentro de los patrones religiosos judíos era considerado como una maldición no tenerlos, la mujer estéril era hecha aparte y, su misma esterilidad era vista como execración fruto de algún tipo de pecado. Por contraparte, la multiplicación era vista con buenos ojos y como una bendición; tener hijos era algo muy celebrado porque, con ello, se demostraba la bendición de Dios, al tiempo que se corroboraba el pacto de Dios con Abraham, en que el primero le promete al segundo que su descendencia será incontable como las estrellas del cielo.

Pero, aun si Jesús y María Magdalena hubieran contraído matrimonio de acuerdo a algún culto mistérico pagano, ¿esto implica que no habría tenido hijos? La respuesta es no. Inclusive en nuestras modernas sociedades en las que la norma es la sobrepoblación, es supremamente extraño que un matrimonio no tenga hijos, excepto por infertilidad.

Si ellos hubieran contraído nupcias bajo el rito judío creemos que el rechazo hacia María Magdalena hubiera sido menor; si bien verdad que ambos son rechazados y ambos generan polémica, sólo María Magdalena permanece en la sombra. Y toda vez ambos no encajan bien dentro de las tradiciones y costumbres judías, pareciera ser que su matrimonio no se hizo por la corriente religiosa dominante. Pero aún no hemos visto una tercera opción. Es posible que nunca hubieran contraído nupcias bajo ningún culto y que simplemente hubieran convivido. Esto hablaría bien del hecho por qué María Magdalena ni siquiera es nombrada como esposa salvo porque ella misma se hace llamar *la torre del pescado*. Ahora bien, tenemos el hecho de las bodas de Caná que, en justicia, no pueden ser otras que las de Jesús. Allí el *esposo* es felicitado por haber dejado el mejor vino para el final y, sin embargo, la esposa sigue en el anonimato. Pero aquí podríamos apelar a una interpretación simbólica partiendo del hecho de que, simbólicamente, primero se recibe el sacramento del matrimonio y luego viene el bautismo en las aguas. Y también podemos partir del hecho de que hay dos tipos de matrimonio en el sentido de que hay uno que es realizado por los hombres y reconocido por los hombres, y otro realizado por Dios y reconocido por Dios. A Adán y a Eva no los dio en matrimonio ningún pontífice de ninguna religión existente (y sin embargo eran felices y vivían en el Edén, lo cual viene a probar de que no es necesaria ninguna religión para ser felices o para vivir en el Edén) y, no obstante, no se les achaca el delito de vivir en concubinato. De ahí podemos inferir que esta unión no se hizo por ningún hombre, ni para que fuera reconocida por hombre alguno, sino que esta fue una obra de Dios, y que para él es manifiesta, patente y reconocida[1].

Dicho de otro modo, el matrimonio sí existió. Lo que podemos discutir es si se realizó el formalismo externo, el convencionalismo del rito, y que es sólo la figura exterior e irrelevante. ¿Habrían, Jesús y María Magdalena, convivido simplemente amparados en el anhelo de unirse y de manifestarse su amor? Esto, por supuesto, justifica plenamente el hecho que el estado marital de Jesús no se nombre y que María Magdalena fuera prácticamente borrada de

[1] En otras palabras: no es necesario recibir el sacramento del matrimonio de manos de ningún pontífice, sino que éste se verifica nada más que con el consentimiento de la pareja de compartir su vida, unidos por el sacramento del amor.

los evangelios. Es verdad que los judíos habrían atacado a la persona de Jesús por, nuevamente, contravenir la ley judía, pero es claro que, por un lado, esto no era nada nuevo en la persona de Jesús y, por el otro, las acusaciones de los judíos en este sentido habrían sido eliminadas de los evangelios. Esto, por supuesto es lo que quisiéramos; sin embargo, las bodas de Caná son, en justicia, las bodas de Jesús. Es decir, si habría contraído matrimonio por algún culto, lo que no sabemos es si habría sido este judío o pagano.

Así las cosas, no hay una evidencia definitiva. Si el matrimonio de Jesús y María Magdalena se realizó por la religión judía, esto no anula la influencia, en mayor o menor grado, que debieron de tener de una cultura foránea, probablemente de la egipcia, y avala con mayor firmeza la posibilidad de que hubieran tenido descendencia. Por otra parte, si se realizó por algún rito mistérico pagano, esto explicaría el hecho que María Magdalena hubiera sido borrada e, inclusive, que Jesús se ganará otro tanto de antipatía por parte de los judíos. Evidentemente éstos le habrían reprochado tal tipo de matrimonio pero, como quiera que a la religión naciente no le conviniera presentar a un Jesús casado –fuera por lo judío o por algún rito pagano–, los pasajes referentes a esto se habrían eliminado.

6.3.2. Un matrimonio se constituye para tener hijos

Si bien es cierto que, en principio, es el amor, o ese sentimiento de afecto, si no el deseo de proyectarse juntos, la causa que une a un hombre y a una mujer bajo el vínculo del matrimonio, y que se constituye para que estos aspectos adquieran mayor continuidad y se potencien; sería demasiado ingenuo pensar que el fin último que persigue el matrimonio no es el de la replicación. Y aunque en el principio la pareja de enamorados no hable del asunto, se sabe implícitamente, tácitamente, que es algo que vendrá luego, con el tiempo, más a corto que a largo plazo.

Ahora bien, el hecho de que una pareja contraiga matrimonio no quiere decir que vaya a tener hijos, no quiere decir que, efectivamente los tenga. Sin embargo, hemos de notar que el matrimonio que no tiene hijos es sólo por razones biológicas y que pensar que un matrimonio se constituye para no conformar una familia, para no tener hijos, es una utopía que raya con el absurdo. Inclusive en nuestras sociedades contemporáneas, con el costo de vida elevado, los altos precios en los alimentos y en los servicios básicos, las parejas o las familias contemplan la posibilidad de tener, como mínimo, uno o dos hijos y, en el caso en que por alguna razón no se pudieran engendrar hijos, la adopción deviene como una alternativa de primer orden. En nuestras sociedades contemporáneas no existe la noción de que la prolifera-

ción de la especie sea una bendición y, sin embargo, podemos hablar de una mediana sobrepoblación. Cosa diferente resulta en la cultura judía donde la multiplicación era vista como una bendición, en donde se hace alarde de las robustas genealogías y en donde un hombre se concibe como padre de muchos hijos. En donde la obligación tácita de un hombre es dejar progenie. En ese orden de ideas no es un exabrupto situar a Jesús en un contexto socio-cultural en el que el deber manifiesto es el de dejar progenie, como un buen judío (eso es lo que se consideraría un buen judío al paso de que el que se negara a replicarse sería considerado como anatema). El tener hijos es una situación normal de todo hombre casado y no constituye motivo de señalamiento. Por el contrario, el hecho que un guía popular y aclamado como Jesús no hubiera tenido esposa e hijos se habría constituido en una suerte de escándalo. Indiscutiblemente se le habría reprochado, su discurso no habría resultado creíble, no habría sido seguido, no habría logrado conformar audiencia alguna y, ni remotamente, se habría cometido la tosca equivocación de ser asimilado, reputado como *mesías*. Un *mesías* soltero, estéril, entre los judíos habría sido una bofetada, inclusive entre los suyos.

6.4. LA EVIDENCIA DE LAS ACUSACIONES

Por otro lado, la evidencia de las acusaciones se constituye en un factor de enorme peso. Jesús es acusado en forma frontal de pervertir las tradiciones judías, de no acatarlas; se busca en forma denodada alguna forma para hacerle caer por sus palabras o por sus hechos (Cf. *Lc 11, 53-54*); se le juzga por su origen, por juntarse con pecadores e, inclusive, por comer el pan sin lavarse las manos –de permitirlo– (*Mt 15, 2*), pero sus más enconados detractores jamás la acusan de ser un árbol sin fruto, un infértil que no ha tomado mujer o dejado progenie. Es decir, se le acusa de la transgresión irrelevante, al paso que la que vendría a ser más escandalosa ni siquiera se nombra, ¿por qué? Sólo hay una razón para creer que esto sucede: el error mayor no existe. Inclusive en el juicio llevado en su contra se buscan falsos testimonios para acusarle, y se le acusa de blasfemia, pero en ningún momento de ser un estéril al que le está prohibido el ingreso al Templo; en ningún momento se le acusa de ser célibe o de fundar un club de sodomitas (si precisamente es él quien hace inclusión abierta de la mujer en su ministerio, con lo que se le puede tildar, quizás no tanto de tener inclinación o debilidad hacia las mujeres, pero si de una visión abierta con respecto a la mujer, a su roll).

En la evangelización de Pablo y de Pedro tampoco vemos que se le ataque en ese sentido. Es claro que si Jesús hubiera sido un célibe, tanto escribas, fariseos y saduceos se habrían dado banquetes descalificándolo como guía.

Pero con Jesús posiblemente debiera suceder al contrario. Si atendemos a los aspectos generales de su ministerio, habrían estado más cerca de tildarlo de mujeriego –y sabemos que la poligamia era permitida[1]–.
Así las cosas, la evidencia implícita es enorme. Y, adicionalmente, hemos de añadirle el hecho de que Jesús era reputado como maestro, como rabí. En tal caso habría sido sumamente extraño, particularmente insólito, que no hubiera tenido hijos. A decir verdad, habría resultado singularmente raro que a su edad, y siendo judío, no tuviera hijos, pues la obligación tácita de todo judío, tanto si era rabí o no, era la de dejar progenie[2].

6.5. LA ESPERANZA DE VIDA EN LA PALESTINA DE LOS TIEMPOS DE JESÚS

Jesús se habría casado a la edad de 16 años, justo en el lapso de su vida oculta, misma de la que los evangelios no dicen nada y que, siendo sinceros, más bien parecen ocultar.

Si tenemos en cuenta que la esperanza de vida en tiempos de Jesús oscilaba entre los 40 a 45 años[3], hemos de acordar que Jesús ya se encuentra en una edad relativamente avanzada. En la palestina del primer siglo las mujeres eran consideradas aptas para casarse a partir de su primera menarquía, aproximadamente a los 12 años[4], época en que también de acuerdo a la

[1] Esto se esgrime también a partir de los pasajes de Dt 25, 5; Mt 22, 24; Mc 12, 19.

[2] Esto habría podido pasar con alguien encerrado en algo parecido a los modernos monasterios y, aunque criticado ¿quién lo habría sabido? Resultando esta persona ser un anónimo a nadie le habría importado. Pero la cuestión resulta diametralmente opuesta en el caso de Jesús, que no es un anónimo ni un congregado monacal, sino un conocido líder popular. Líder, por cierto, atacado por las cosas más nimias, menos por el hecho de no haber contraído matrimonio o haber procreado.

[3] La esperanza de vida en las élites podía aumentar inclusive hasta los 60 y 70 años –y en casos aislados superar este rango–. En Salmos 90, 10 se expone que la edad promedio es de 60 años; sin embargo, nótese que esta aseveración emana de la élite, posiblemente del rey David. Para el judío corriente de aquella época, en que habían muchos males y pocas curas (una buena parte de las mujeres morían de parto), además del estado de sitio por parte de los romanos, la expectativa de vida oscilaba entre los 40 y 45 años. En Gn 18, 12 se dice que Sara era vieja, y que ya le había cesado la costumbre de las mujeres –el periodo menstrual–, que normalmente se presenta entre los 45 a 50 años (Se menciona su menopausia para darle relieve al *milagro* –concebir un hijo–, pero claramente se puede colegir que, para ese entonces, habían mujeres ancianas, de edad avanzada, a las que todavía no le había cesado la costumbre de las mujeres). Esto sugiere que una persona a la edad de 40 años ya era considerada anciana. La esperanza de vida, sin duda, no era muy larga.

[4] Esto marcaba el inicio de la etapa fértil en la mujer, algo bastante importante en la cultura judía de los tiempos de Jesús.

tradición judía, una mujer alcanza su mayoría de edad religiosa (*Bat Mitzvá*) (si bien su desposorio se hacía tiempo después aunque, generalmente, no después de los 14 años). Los hombres, de acuerdo a la tradición judía, alcanzan su mayoría de edad religiosa a los 13 años (*Bar Mitzvah*); sin embargo, en la palestina del primer siglo, lo usual es que contrajeran matrimonio entre los 16 a 18 años[1] -en todo caso, no superior a los 24 años–. Si, para estas alturas, Jesús no hubiera contraído matrimonio, para la cultura judía de la época, era sospechoso de homosexualismo y, si bien había comunidades minoritarias religiosas en las que se practicaba el celibato, es rotundo que no por ello el colectivo judío, que sí practica el matrimonio, iba a pasar por alto –a él o a sus padres– una grave falta a una figura pública como él.

Sus padres, de acuerdo a la costumbre, le habrían buscado esposa (luego del *Bar Mitzvah*). Ellos, como nos indica el evangelio de Lucas, eran bastante tradicionalistas (*Lc 2, 41-42*) y, al parecer, no se habrían apartado de las buenas costumbres judías. Jesús, por su parte, si bien es cierto que tiene un carácter propio y resuelto, para esta etapa se mantiene sujeto a sus padres (*Lc 2, 51*), lo que indica, acusa, que no se habría rehusado o desacatado sus decisiones. Así, la evidencia implícita, en lo que concierne al estado marital de Jesús, es más grande que la evidencia explícita. Y todavía es más claro (en lo que respecta a su descendencia) si anotamos que para la comunidad judía, Jesús, a la edad de 33 años –y volviendo al hecho de que la esperanza promedio de vida era de 40 a 45 años– ya está llegando al ocaso de su vida (cuando menos iniciándolo), y habría sido vergonzoso el hecho que para esas alturas no hubiera tenido hijos todavía. Por mucho menos ya habían buscado sus detractores cualquier circunstancia o palabra para hacerle caer y buscar alguna forma para desmentirle y anularle.

Es claro que estos mismos detractores no habrían dejado de echarle en cara aquello y, muy posiblemente utilizando envenenadas palabras para referirse a él como *árbol sin fruto* o como *vástago sin retoño*, en otras palabras, como un infértil. Y no creemos que no suscitara ningún comentario su eventual infertilidad pues, para el judaísmo, Dios no es un Dios infértil, sino un Dios fértil, que hace muchas creaciones y que promete, como bendición, una descendencia sanguínea tan innumerable como las estrellas del cielo.

En el caso de no haber estado casado, sus detractores se habrían dado banquetes cuando, no sólo él, sino sus seguidores predicaran a un Jesús célibe, a un Jesús castrado e infértil.

[1] SPERRY, Sydney Branton. Paul's life and letters. Salt Lake City (United States): Deseret Book Company, c1955. Cap. 1.

Así las cosas, Jesús habría seguido el patrón cultural de la época, siendo natural que hubiera contraído nupcias entre los 16 y 24 años, a más tardar. Siguiendo ese mismo patrón cultural, es natural que hubiera tenido su primogénito no mucho tiempo después. De otro modo ¿por qué no se le ataca ni siquiera por sus más enconados enemigos en este sentido?

La situación es clara. Los padres de Jesús, normalmente, le habrían comenzado a buscar esposa tan pronto celebrado el *Bar Mitzvah*, a los 13 años; de modo que cuando Jesús es hallado intercambiando diálogo con los doctores de la ley (*Lc 2, 41-49*), está más cerca de ser un hombre casado que un niño que se entretiene con juguetes. Así las cosas, Jesús habría contraído nupcias aproximadamente a los 16 años (entre los 16 y 18 años, por lo normal). Y no podría haber rehusado, si bien lo normal es que todo judío a esta edad habría aceptado gozoso casarse para experimentar las delicias del amor. Ahora bien, teniendo en cuenta la falta de métodos anticonceptivos, y la gran ineficacia de los pocos que hubieren, lo normal es que Jesús hubiera tenido su primer hijo a una edad no mayor de los 20 años (tanto si practicaba Kriya-Shakti como si no). Ahora bien, si tenemos en cuenta que las bodas de Caná (que, en justicia, son las bodas de Jesús) tienen lugar cuando éste tiene aproximadamente 30 años, no parece infundada la sospecha de que ese no habría sido el primero, sino el segundo matrimonio de Jesús, esta vez con la princesa del castillo de Magdalo, con María Magdalena.
Pero esto tiene unas implicaciones todavía más grandes, pues esto equivale a que para el momento en que Jesús lleva a cabo su ministerio, no sólo se habría conocido al Hijo del hombre (título dado a Jesús), sino que, adicionalmente, entre las comunidades cristianas se debería hablar del «hijo del Hijo del hombre». Pero ¿existe alguna evidencia de ello? La respuesta es sí, y lo veremos más adelante. Pero, en ese orden de ideas, ¿habría sido ese hijo del primer matrimonio de Jesús, o del segundo? ¿Será verdad que, al momento de su muerte, María Magdalena estaba en estado de embarazo, como aseguran algunas leyendas? Entonces serían perfectamente comprensibles las palabras que Jesús le dedica a su madre cuando le dice: *He ahí tu hijo* (*Jn 19, 26*), dando a entender que el hijo de la Magdalena haría sus veces y se constituiría en una forma de reemplazarle.

6.6. EL CÁLIZ: EL RECEPTÁCULO DE SU SANGRE

Cuando se habla de Santo Grial, se hace referencia al cáliz o copa en la que habría bebido Jesús en la última cena y en la que, según algunas leyendas, se habría recogido su sangre. Y en un sentido, esto es correcto, el santo cáliz, o santo Grial no es más que una copa.

> Mt 26, 26: Y mientras comían, tomó Jesús el pan, y bendijo, y lo partió, y dio a sus discípulos, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo.
> 27: Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos;
> 28: porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados.
>
> Mc 14, 22: Y mientras comían, Jesús tomó pan y bendijo, y lo partió y les dio, diciendo: Tomad, esto es mi cuerpo.
> 23: Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio; y bebieron de ella todos.
> 24: Y les dijo: Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada.

En un sentido simbólico, y de acuerdo a lo que nos refieren los evangelios, en el vino –albergado en la copa– y en el pan se encierra la sustancia *Cristo*. En el pan estaría su cuerpo, y en la copa, o Santo Grial, como suele llamársele, estaría depositada su sangre.
Con respecto al Santo Grial se han tejido innumerables hipótesis, entre ellas que su nombre obedecería a una corrupción del término para representar a la sangre real, a la estirpe real engendrada entre Jesús y María Magdalena pues tanto María Magdalena –princesa del castillo de Magdalo– como Jesús el nazarita –que eventualmente tendría los créditos para ejercer como Rey–, al unirse y dejar progenie, no dejarían otra cosa que su *sangre real*.

Baigent, Leigh y Lincoln, en *El enigma sagrado*, acotan:

> En muchos de los manuscritos más antiguos sobre el Grial, a éste se le llama el «Sangraal»; e incluso en la versión posterior de Malory se le denomina el «Sangreal». Es probable que una de estas formas —«Sangraal» o «Sangreal»— fuera, de hecho, la original. También es probable que una palabra fuera más adelante rota por el lugar indebido. Dicho de otro modo, puede que en un principio no existiera el propósito de que la palabra «Sangraal» o «Sangreal» se dividiera en «San Graal» o «San Greal», sino en «Sang Raal» o «Sang Real». O, para utilizar la grafía moderna, «Sang Royal», es decir, sangre real.[1]

Cuando se habla de sangre real se hace referencia a la progenie de la realeza, de algún rey o príncipe. Si volvemos a la textura del evangelio, efectivamen-

[1] BAIGENT, Michael, LEIGH, Richard, LINCOLN, Henry. El enigma sagrado. Buenos Aires: Ediciones Martínez Roca, c1989.

te, en algún sentido, el contenido de la copa representa la sangre de Jesús; sin embargo, a fuerza de literalidad, llegamos a la conclusión que el contenido de la copa no es la progenie de Jesús. Es decir, y como cuestión para nada rara, la solución no la podemos encontrar en la literalidad de la narración, sino en su simbolismo.

El cáliz, o Santo Grial, ha simbolizado desde tiempos antiquísimos la fertilidad y, por extensión, a la mujer por su capacidad de albergar vida dentro de sí[1]. En la mitología celta algo similar representa el caldero divino. El símbolo de un hombre, dentro del judaísmo, sería una vara floreciente, mientras que el de una mujer sería el cáliz (no está de más citar la similitud entre este y la anatomía creadora femenina). En este contexto, el cáliz, o Santo Grial, sería el recipiente donde se habría almacenado la sangre de Jesús. Desde el punto de vista tradicional representa la copa de la última cena, respecto de la cual Jesús mismo dice que contiene su sangre, y en la que, según algunas tradiciones, habría recogido José de Arimatea la sangre de Jesús durante la crucifixión llevándola consigo hacia otro sitio como mecanismo de protección. Desde el punto de vista simbólico representa el recipiente donde se habría recogido la sangre real de Jesús, y que habría huido a otro sitio tras la muerte de éste. La copa representa a la femineidad, a la mujer; y la sangre representa al linaje, a la estirpe. Y puesto que Jesús se nos presenta como descendiente, según la carné, de la casa de David, es un miembro de la realeza y legítimo aspirante al trono; literalmente, legítimo rey. En este sentido, y de haber tenido hijos, es claro que habrían sido hijos de la realeza, y no habría sido ningún error reconocerlos como la Sangre Real de la casa de David, es decir, la Sangre Real, o San Greal.

En sentido estricto, cuando nos referimos a sangre real nos estamos refiriendo a un linaje o estirpe real, o de la realeza. En sentido estricto, cuando se quiere representar a la femineidad, a la mujer, se le hace bajo el signo de la copa o del palo horizontal (implícito en la copa). Llevar determinado linaje, incluso en nuestros tiempo, se traduce también simultáneamente como llevar determinada sangre. En este sentido, perpetuar el linaje, o perpetuar la sangre, se refiere a dejar descendencia, y tener algún vínculo entre parientes se refiere a tener un vínculo de sangre, y viceversa. Visto de este modo, y atendiendo a que en este pasaje el pan no es el cuerpo ni el vino su sangre y que, por tanto, se habla aquí de un carácter

[1] El hombre, desde el punto de vista simbólico, siempre ha sido representado con un palo, o *phallus* vertical. Por contraposición, la mujer, ha sido representada con un palo horizontal o, en su defecto, con un triángulo con la punta hacia abajo, con lo que ha adquirido varias representaciones como la copa, el caldero, el vaso e, inclusive, el árbol, etc.

simbólico, y con conocimiento previo de que la copa se ha tomado siempre como símbolo del eterno femenino (al paso que la espada o palo del eterno masculino), podemos decir que, el hecho de que Jesús deje su sangre en un receptáculo en forma de útero (en otros casos la copa se representa con asas alargadas como émulo de las trompas de Falopio), sí puede significar, claramente, el hecho de dejar descendencia.

Desde el punto de vista de la mitología comparada, consideramos que un hombre no puede lograr la resurrección si no tiene delante de sí, o en sus manos, una copa, un madero horizontal o un árbol (en la mitología escandinava Odín se crucifica a un árbol antes de lograr la resurrección)[1]. Con esto no estamos diciendo más de lo que ya es tácitamente inferido, que Jesús habría sido casado, al menos, con María Magdalena. El problema surge cuando se dice que esa copa contenía la sangre real de Jesús. En otras palabras ¿podría María Magdalena haber estado embarazada de Jesús? La respuesta es sí, y habría resultado muy normal, en la cultura judía un hombre se casaba aproximadamente a los 18 años y en breve tenía linaje.
Ahora bien, que en el momento de la crucifixión él dejara su sangre en la copa, entra de lleno en el terreno de un elevado simbolismo esotérico pues, como hemos visto, la crucifixión representa, en este aspecto, la unión del madero vertical con el horizontal, es decir, unión sexual. Es posible que en sus trabajos de supra-sexo un espermatozoo se hubiera escapado deviniendo lo que en los evangelios gnósticos es conocido como el hijo del Hijo del hombre (*E. G. Fe 128*). De ser así, en efecto, habría dejado su sangre en la copa y esa copa sería el vientre fecundado de María Magdalena.

6.7. PINTURAS EN QUE SE REPRESENTA A MARÍA MAGDALENA EN ESTADO DE GESTACIÓN

El Grial ha representado desde siempre a la divinidad femenina y, por extensión, a la mujer. En lenguaje alquímico, cuando se habla de tomar una copa o un vaso hace referencia a la necesidad de tomar una mujer para hacer el trabajo hermético. Y dejar la sangre en la copa es, en efecto, una forma simbólica para representar el hecho de dejar progenie. El inconveniente es que en ninguna parte de los evangelios encontramos que María Magdalena estuviera en estado de gestación, y todo esto lo hemos sabido mediante

[1] Es claro que a ese árbol también se le puede denominar como madero, o fuente de madera. En ese orden de ideas, hasta cierto punto, también es correcto afirmar que Odín se crucificó a un madero. Y, por cuanto un árbol también tiene implícito el signo de la cruz, en un sentido amplio también podemos afirmar que Odín se clavó también a una cruz antes de conseguir el conocimiento de las runas.

leyendas y tradiciones que la iglesia ha descartado en forma radical. Pero ¿qué sucedería si en esas mismas iglesias hubiera iconografía que revelara todo lo contrario, es decir, que hubiera iconografía en la que se representara a María Magdalena en estado de gestación?[1] Pues esto, exactamente, es lo que ha sucedido en la catedral de Santa María de Girona (Girona, España), en el monasterio de Santes Creus (Tarragona, España), y en la Iglesia de Kilmore (Escocia).

En la primera, y fechados entre los siglos XIV a XVI, se pueden observar una secuencia de ocho retablos[2] dedicados a María Magdalena. En dos de ellos es posible observar a María Magdalena en su arribo a Francia, a la vez que los reyes galos se prosternan ante ella; en uno más aparece con un niño en brazos, luego de desembarcar, y en otro de los retablos se representa su muerte (lo curioso es que aparece con la aureola de los santos y que el Papa es quien le está dando la bendición). La pregunta lógica es ¿por qué los reyes franceses se prosternan ante ella? Pues con seguridad se trata de algo que posiblemente no habrían hecho con ninguno de los otros apóstoles. Esa reverencia hubiera quedado bien si hubiera sido el mismísimo Salvador quien hubiera arribado a aquellas tierras pero, ¿por qué se le tributa este tipo de dignidad a María Magdalena? Otro detalle, no menos importante, es que el Papa y otras altas dignidades religiosas aparecen en un segundo plano ¿por qué? Esto sólo podría suceder si en la escena se representara a Jesús, pero ¿por qué el Papa, supuesto representante de Dios en la Tierra, aparece en un segundo plano? ¿Acaso María Magdalena es superior al Papa? Pues esto sólo podría colocarla a la par de Jesús y, en sentido estricto, recibe el mismo trato que recibiría aquél –como si fuere indistinto quién estuviera de los dos–.

[1] La primera insinuación acerca de esto, en el terreno de la iconografía, la encontramos en *La Última Cena*, del pintor renacentista Leonardo da Vinci, pintada entre 1495 y 1497. En ella se observa, al lado derecho de Jesús, al discípulo amado, que para algunos es Juan y, para otros, María Magdalena (basados en los rasgos femeninos del discípulo, la M que forma con Jesús, las ropas que visten ambos o el hecho de que en la escena habrían catorce personas, entre otros). Lo cierto es que no hay cáliz ni copa alguna en la escena, pues ella sería la copa –y no vamos a creer que da Vinci hubiera olvidado uno de los detalles más importantes de la última cena–, en la que habría vertido su sangre real –lo que implica que estaría en estado de gestación–. Ella, en este sentido, vendría a ser el Santo Grial y, al menos desde el punto de vista alquímico, la mujer es considerada como el Santo Grial, misma que permite la resurrección del hombre.

[2] En ellos se representa la escena de la crucifixión con las 4 mujeres y San Juan (María Magdalena, con la aureola de los Santos, destaca en primer plano, luego de Jesús), el arribo de María a Galia con un niño en sus brazos, la escena de su muerte (recibiendo la bendición del Papa) y, por último, a la Santa tras su muerte, llevada por los ángeles al cielo (La Ascensión). de María).

Sin embargo, lo más significativo lo hallamos en otro de los retablos en donde aparece ella con un niño en sus brazos. Ahora bien, la pregunta es ¿por qué se la representa de este modo? La respuesta es evidente: mediante este mecanismo el artista da a entender que es su hijo (si hubiera sido su sobrino, el hijo de Marta, se le habría representado en brazos de Marta para dar a entender que es hijo de aquella). Las vírgenes negras –representación de María Magdalena– también aparecen con un niño en sus bazos. Siempre se ha pensado que aquellas vírgenes negras representan a María y a su hijo Jesús; no obstante, no resulta del todo coherente que los líderes religiosos blancos de Europa quisieran representarla siendo de raza negra, a menos que evangelizaran en colonias de mayoría negra,[1] cosa que no se dio, al menos en el contexto europeo. También deviene curioso el hecho de que en otras iconografías se la representa con dos niños en sus brazos y que, según las tradiciones, no habrían sido uno, sino tres los hijos.
Después de todo, ella era una mujer judía, o inmersa en la cultura y, si bien en varias ocasiones se muestra un tanto distante del rito externo de dicha cultura, no sería nada extraño que hubiera tenido varios hijos, YA SERÍA EL COLMO QUE LA PRIVÁRAMOS HASTA DE SU DERECHO DE SER MADRE. Sin embargo, el problema enorme sería el de tratar de resolver quién habría sido el padre de sus hijos, ¿acaso volveríamos a achacarle el oficio de prostituta? O ¿sería que los líderes de la iglesia, conscientes de esta situación –de los hijos–, y no teniendo otro mecanismo para resolver el problema la encasillaron bajo ese modelo? De este modo, sus hijos serían de un padre desconocido.

Por su parte, en el monasterio de Santes Creus, en el municipio de Aiguamúrcia, existe un retablo, de 1603 por la inscripción que consta en el mismo,[2] que podría brindarnos algunas pistas sobre el posible padre. En el mismo se representa la escena de la crucifixión y a María Magdalena, en un gesto de absoluta desconsolación (María, la madre de Jesús, que aparece a un lado, realmente no parece tener ese matiz de abatimiento), postrada al pie de la cruz, llorando a su Señor enjugando con un pañuelo sus lágrimas, EMBARAZADA. El artista aplicó un color claro a la zona del pecho de María Magdalena para pronunciarlo y para denotarlo como zona prominente del cuerpo, además de un cíngulo judío, propio de las mujeres embarazadas.

[1] Posiblemente ni siquiera aquello habría sido motivo suficiente pues, si con mano violenta se habían impuesto otros dogmas, no sería extraño que con mano violenta se impusiera también esta concepción acerca de las vírgenes negras.

[2] GIMÉNEZ RODRÍGUEZ, José Luis. El legado de María Magdalena. Madrid: PNL Books, 2010.

Ilustración 3 María Magdalena en la escena de la crucifixión. Monasterio de Santes Creus. Aiguamúrcia (España). © José Luis Giménez Rodríguez.

Adicionalmente el artista replicó esta misma técnica en la zona del vientre para marcar, en una forma clara e inconfundible, el signo de una mujer en estado de gravidez. El mensaje que se quiere transmitir es claro: **al momento de la crucifixión María Magdalena estaba embarazada**. La imagen es elocuente y no precisa de mayores comentarios salvo, quizás, que también se la ha representado con la aureola de los santos.

Por último, en una vidriera, de finales del siglo XIX –o comienzos del XX–, en la iglesia escocesa de Kilmore (Dervaig, Isla de Mull) se retrata a Jesús y María Magdalena, en la misma escena, cogidos de la mano, y a María en

Ilustración 4 Vidriera de Kilmore

estado de embarazo, con una faja alrededor de su bajo abdomen. En teoría se trataría de José y de María, los padres de Jesús; no obstante, en esta escena la figura masculina tiene halo (pero no es un halo corriente, es un halo con una cruz), y la figura femenina no. Es decir, en el caso que se tratara de María y José, sería María la que llevaría el halo. Sin embargo, en este caso la connotación del halo y de la cruz en el halo, pretenden abiertamente señalar que la figura masculina es Jesús; por lo que resulta fácil inferir que su compañera, con quien aparece cogido de la mano, no puede ser otra que María Magdalena. Al pie de la vidriera hay una frase en inglés que reza: *María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada*[1]. ¿Nuevamente, y en lugares tan dispares, la iconografía trata de transmitirnos un mensaje que la Iglesia trataría de ocultar? Y todavía hay más, según las leyendas locales, cerca de Dervaig, en la isla de Iona, habría nacido el hijo de Jesús y María Magdalena[2]. Allí mismo la Santa Novia habría entonado canciones de amor llamando a su perdido Novio[3].

Giacomo da Varazze (Jacobo o Santiago de la Vorágine), arzobispo de

[1] «Mary hath chosen that good part which shall not be taken away from her». Esta frase es la misma que encontramos en Lc 10, 42. El autor de la vidriera establece un vínculo entre María Magdalena y María de Betania, con lo que ratificaría lo que ya hemos dicho con respecto a que una y otra son la misma mujer.

[2] OLSEN, Oddvar, PICKNETT, Lynn. Trad. Mario Lamberti. Secreto del Temple. Madrid: Editorial EDAF, 2007. P. 93

[3] Ídem.

Génova y monje italiano de la orden de los dominicos, en su libro la *Leyenda Dorada*, también conocida como *Vidas de los Santos*[1] e *Historia Lombardica*, señala:

> El sobrenombre de María "Magdalena" viene de Magdalo, el nombre de una de sus propiedades ancestrales. Ella era de buena cuna, descendiente de estirpe real. El nombre de su padre era Siro, su madre se llamaba Eucaria. Con su hermano Lázaro y su hermana Marta, era dueña de Magdalo, una ciudad amurallada a dos millas de Genesaret, junto a Betania, no lejos de Jerusalén, y una parte considerable de la misma Jerusalén. [...]
> Después de la ascensión de Cristo, sin embargo, todos ellos vendieron sus posesiones y pusieron las ganancias a los pies de los apóstoles.[2]

De la Vorágine sigue indicando que, efectivamente, la princesa María Magdalena –que habría llevado una vida laxa en algún momento– habría sido introducida, junto con otras personas, en un barco sin remos a fin de que se perdieran en el mar. Esta misma embarcación lograría arribar a Marsella donde María Magdalena cristianizaría más tarde[3].

Ahora bien, aun cuando es cierto que este arzobispo recoge ciertos relatos que en ciertos casos resultan un poco inverosímiles, sirve para ilustrar que, desde el mismo seno de la iglesia, esta situación no era en absoluto desconocida y que, en todo caso, viene a reforzar la historia que nos relatan las leyendas. Y este es un aspecto bastante interesante del que, quizás, no se ha percibido el trasfondo pues, el hecho que existan muchas leyendas con respecto a la descendencia de Jesús y María Magdalena, independiente de que haya divergencia con respecto al lugar de Muerte de María Magdalena (es evidente que en muchos lugares querrían tener el privilegio de tener su suelo como el depositario de sus hazañas), el sitio a donde huyó esta –o

[1] Es curioso que el libro sea también conocido como Vidas de los Santos y que en él se incluya a María Magdalena, lo que en efecto demuestra que lo que el Vaticano hizo en 1969, quitándole el rótulo de penitente a la Magdalena no significa que le reconozcan nada, pues simplemente le están devolviendo las migajas de algo que legítimamente le corresponde. Eso, lo único que puede reconocer es su error y su falta de competencia para interpretar el texto bíblico.

[2] VORAGINE, Jacobus de. The golden legend: Readings on the Saints. New Jersey: Princeton University Press, 2012. P. 375.

[3] Es posible que este arzobispo supiera más; sin embargo, es evidente que no todo lo plasmaría de forma fidedigna en su libro por temor a su institución y a la censura –si no al hecho de ser tildado de hereje–. Así, el hecho de que no mencione a María como esposa de Jesús es perfectamente entendible. Sus relatos extraordinarios, por otro lado, indican que no siempre debe tomarse al pie de la letra.

donde huyeron ambos– o el nombre o género de sus hijos –inclusive el número– no hecha por piso la historia, sino que la refuerza. Es decir, el punto común en todas es que hubo una huida y que hubo descendencia. Todas hablan de lo mismo. Y, en nuestro concepto, esto es más poderoso, tiene mayor fuerza que la única historia de la iglesia católica, que se nos presenta como cierta porque fue la que logró imponerse y difundirse a fuerza de amenazas, homicidios y hogueras. Es decir, son muchas las historias que nos hablan de la descendencia de Jesús y María Magdalena y sólo una la que niega su matrimonio. Usualmente se piensa que la correcta es la última, pero esto es sólo porque fue la que una institución impuso a sangre y fuego. Y, evidentemente, esta última, no es coherente con el entorno sociocultural en el que se desenvolvió Jesús.
En nuestro concepto, si somos imparciales, la balanza debería inclinarse hacia la historia que nos cuentan las tradiciones reputadas de leyendas.

6.8. LOS EVANGELIOS

6.8.1. Los Evangelios Gnósticos

Hasta este punto hemos visto diversos elementos que aportan a la tesis de la descendencia de Jesús apoyándonos en la iconografía, en las tradiciones orales y en las diferentes historias que se han entretejido en torno a ella, conjuntamente con las circunstancias históricas, sociales y culturales en las que vivió Jesús, todas ellas que hablan, que insinúan, que sugieren la misma noción: Jesús tuvo descendencia. Sin embargo, estos no son los únicos elementos que aportan indicios acerca de la eventual descendencia de Jesús, sino que es posible encontrar también en los mismos escritos primigenios del cristianismo elementos que ayudan a consolidar esta noción.

En el Evangelio Gnóstico de Tomás encontramos lo siguiente:

> E. G. To 104: Le dicen: ¡Ven, oremos y ayunemos hoy! Jesús ha dicho: ¿Pues cuál es la transgresión que he cometido yo, y en qué he sido vencido? Pero cuando salga el novio de la alcoba nupcial, ¡entonces que ayunen y oren!

Aquí, si nuestra deducción es correcta, el *novio* debe ser entendido como Jesús. Es decir, Jesús es el novio que sale de la alcoba nupcial sin cometer transgresión alguna, es decir sin fornicar, sin comer del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, sin deseo ni apetito animal alguno. Él oficiaría en la alcoba nupcial con su amada esposa-sacerdotisa. En este punto la unión se presenta como algo sagrado. Estar en ella no es pecaminoso, no estar en

ella sí parece ser pecaminoso, causa por la que los discípulos deberían ayunar y orar. Y así parece ilustrarlo el Evangelio Gnóstico de Felipe cuando expresa:

> E. G. Fe 71: Mientras Eva estaba [dentro de Adán] no existía la muerte, mas cuando se separó [de él] sobrevino la muerte. Cuando ésta retorne y él la acepte, dejará de existir la muerte.

Cuando el hombre y la mujer se unen sexualmente son una sola persona, una sola carne, un solo ser. Cuando el hombre y la mujer se unen sexualmente sin comer del fruto prohibido acometen un acto de dioses, efectúan la desnudez paradisíaca, y se aproximan al reino edénico. Tener un hombre, en el caso de la mujer, es un derecho legítimo; y tener una mujer, en el caso del hombre, es un derecho legítimo. Y así lo deja entrever el apóstol Pablo cuando señala:

> 1 Cor 9, 5: ¿No tenemos derecho de traer con nosotros una hermana por mujer como también los otros apóstoles, y los hermanos del Señor, y Cefas?

De acuerdo a este versículo es claro que los hermanos de Jesús viajan siempre acompañados por sus esposas, al igual que los apóstoles. Pero, si esto hacen ellos ¿a quién lo aprendieron? Si fuera verdad, si seriamente Jesús les hubiera indicado que el celibato era la vía más próxima para entrar al reino de los cielos muy posiblemente ellos, sus más próximos seguidores, habrían seguido sus indicaciones y ejemplo y, eventualmente, habrían abandonado a sus esposas. Sin embargo –y no es sorpresa alguna–, lo que hacen es diametralmente opuesto. ¿A quién lo aprendieron? ¿Sería del *novio* que sale de la alcoba nupcial?

> E. G. Fe 60: El misterio del matrimonio [es] grande, pues [sin él] el mundo no existiría. […] Reparad en la unión [sin mancha], pues tiene [un gran] poder. Su imagen radica en la polución [corporal][1].

> E. G. Fe 122: [Nadie podrá] saber nunca cuál es [el día en que el hombre] y la mujer copulan –fuera de ellos mismos–, ya que las nupcias de (este) mundo son un misterio para aquellos que han tomado mujer. Y si el matrimonio de la polución permanece oculto, ¿cuánto más constituirá el matrimonio impoluto un verdadero misterio? Éste no es carnal, sino puro; no pertenece a la pasión, sino

[1] SANTOS OTERO, Aurelio de. Los Evangelios Apócrifos. Op. cit.

> a la voluntad; no pertenece a las tinieblas o a la noche, sino al día y a la luz[1].

¡Cuánto nos recuerda esto a la desnudez paradisíaca y a la desnudez pecaminosa del Edén! Pero ¿cuál es ese misterio del matrimonio? ¿Cuál es el matrimonio de la polución? ¿Cuál es el matrimonio impoluto –de la no polución–?[2]

El misterio es que permite a un ser común y corriente alcanzar el grado de Hombre (sólo en este punto puede advenir el Hijo del Hombre).

> E. G. Fe 127: Si uno se hace hijo de la cámara nupcial, recibirá la luz. Si uno no la recibe mientras se encuentra en estos parajes, tampoco la recibirá en el otro lugar[3].

Y hay todavía más. En el libro de Tobías encontramos lo siguiente:

> Tob 8, 4: Al mismo tiempo Tobías exhortó a la doncella, y le dijo: Levántate, Sara, y hagamos oración a Dios hoy y mañana y después de mañana: porque estas tres noches las pasaremos unidos con Dios, y pasada la tercera noche haremos vida matrimonial.
> 5: Pues nosotros somos hijos de santos, y no podemos juntarnos a la manera de los gentiles, que no conocen a Dios.

¿Cuál es ese matrimonio santo –de la no polución? El libro del Levítico puede ayudarnos a encontrar la respuesta.

> Lv 15, 2: Cualquier varón, cuando tuviere flujo de semen, será inmundo.
>
> Lv 15, 16: Cuando el hombre tuviere emisión de semen, lavará en agua todo su cuerpo, y será inmundo hasta la noche.
>
> Lv 15, 18: Cuando un hombre yaciere con una mujer y tuviere emisión de semen, ambos se lavarán con agua, y serán inmundos hasta la noche.

---

[1] SANTOS OTERO, Aurelio de. Los Evangelios Apócrifos. Op. cit.

[2] Polución se refiere de forma inequívoca a la expulsión de la Energía Creadora Sexual, de la simiente. En otras palabras, polución se refiere invariablemente a eyaculación (que implica orgasmo, mismo que se puede dar tanto en el hombre como en la mujer) y a expulsión, adrede o no, del semen.

[3] SANTOS OTERO, Aurelio de. Los Evangelios Apócrifos. Op. cit.

¿Qué pasaría si ese hombre yace con la mujer sin tener emisión de semen? La respuesta sólo puede ser una: ya no sería inmundo. En ese punto habría participado del misterio del matrimonio, de la unión impoluta, como hijo de santos. Y esto es algo simplemente coherente; no creemos que el trabajo, que la unión santa sea entregarse a los apetitos animales y fornicarios, pues eso hasta los cerdos lo hacen. Bien distinto es unirse con amor verdadero, sin extraer del organismo la energía de donde emana la vida.
Por otra parte, consideramos que las relaciones sexuales en el matrimonio son algo absolutamente normal, bien sea dentro del matrimonio en polución como en el matrimonio impoluto –de la no polución–, y esto no es algo novísimo. Sin embargo, el hecho de practicar magia sexual, sin el derrame de la Energía Sexual (matrimonio impoluto), no implica que un solo espermatozoide no pueda escaparse para engendrar un hijo, no de voluntad del hombre sino de la *Espíritu Santa* (Espíritu Santo, por la corrupción posterior en su traducción).
Ahora resultará un poco más comprensible y hasta, conjuntamente con el Evangelio Gnóstico de Felipe exclamemos *¡Grande es el misterio del matrimonio!* Ahora resultará un poco más comprensible el hecho de que Jesús, aun teniendo más hermanos, es engendrado por el Espíritu Santo (lo uno no desvirtúa lo otro). Si Jesús hubiera tenido algún hijo habría sido mediante este método. Pero ¿hay algún escrito donde se insinúe siguiera?

En los cuatro evangelios aparece la figura elusiva y velada de Barrabás (*Mt 27, 17-21; 27, 26; Mc 15, 7-15; Lc 23, 17-18; Jn 18, 39-40*), llamado Jesús Barrabás de acuerdo a un antiguo manuscrito del Evangelio de Mateo. Barrabás podría significar *bar Rabbi* o *bar Abba*, entre otros. Es decir, *Jesús hijo del rabí*, o *Jesús hijo del padre*. En este caso, la fórmula para la pregunta de Pilato sería: ¿A quién queréis que os suelte: a Jesús hijo del rabí, o a Jesús, llamado el Cristo? La cuestión es, cuando menos, intrigante y, aunque en forma velada, nos indica que Jesús habría tenido al menos un hijo. Aunque consideramos que allí se encierra un simbolismo superior –lo que no significa que no exista evidencia de un tipo más específico–.

En el evangelio Gnóstico de Felipe hallamos:

> E. G. Fe 120: Hay un Hijo del hombre y hay un hijo del Hijo del hombre. El Señor es el Hijo del hombre, y el hijo del Hijo del hombre es aquel que fue hecho por el Hijo del hombre. El Hijo del hombre recibió de Dios la facultad de crear, él tiene (también) la de engendrar[1].

[1] SANTOS OTERO, Aurelio de. Los Evangelios Apócrifos. Op. cit.

Extraños pasajes que nos hablan de la capacidad de engendrar a un hijo; capacidad que proviene de Jesús. No cabe duda que se refiere en forma explícita a la facultad del Hijo del hombre (Jesús) para engendrar un hijo del Espíritu Santo, mediante el sistema del Kriya-Shakti. Ese es el hijo del Hijo del Hombre. ¿Lo habría tenido Jesús? La respuesta es sí, de otro modo no se le habría mencionado, envuelto, por supuesto, en un halo de misterio.

6.8.2. Los libros canónicos

Para el pueblo judío, orgulloso de sus largas genealogías y de su multipicación prolífica, el hecho de dejar descendencia fue siempre entendido (máxime en el contexto bíblico) y asociado al hecho concreto de tener hijos. Cuando Jehová le hace la promesa a Abraham con respecto a la tierra que le daría a su descendencia, esa descendencia es entendida en orden genealógico, biológico, físico, y no espiritual. Pero no sólo se hace reiterativa la promesa de una descendencia incontable, sino que a lo largo de todo el Antiguo Testamento es posible hallar referencias donde no sólo se promete aquello por parte de Jehová, sino también una descendencia amplia y suficiente para el que cumple su palabra.

> Sal 25, 12: ¿Quién es el hombre que teme a Jehová? Él le enseñará el camino que ha de escoger.
> 13: Gozará él de bienestar, y su descendencia heredará la tierra.

En este sentido, reiteramos, Jesús, en su virilidad comprobada, parecería estar calificado, más que ninguno, para dejar progenie. En este sentido, Jesús, hombre temeroso de Dios, parecería ser el más indicado para que, de su descendencia salieran esos herederos. El versículo no hace referencia a algo simbólico ni, por la textura del mismo, puede inferirse que pueda referirse a algo alegórico, sino, mejor, a algo físico y tangible, por tanto, en el contexto físico es en el que debe entenderse. Claro, esto no es una prueba definitiva e, inclusive en nuestros días, hay hombres muy píos que no por ello dejan descendencia. Sin embargo, hemos de señalar que para el judío de la época esto era entendido de diferente modo pues, como hemos indicado, en el caso de que no hubiera tenido hijos una de las formas en las que se habrían dado banquetes sus detractores sería tildándole de *árbol sin* fruto, de *vástago sin* retoño, en otras palabras, de *estéril*.
Bajo este aspecto no habría sido extraño que hubiera tenido descendencia, y la evidencia, de nuevo, la aporta el texto bíblico, en un pasaje poco conocido donde se profetiza que el Mesías tendría descendencia, que luego de dar su vida por el pecado vería linaje.

> Is 53, 2: Subirá cual renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca; no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos.
> 3: Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos.
> 4: Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido.
> 5: Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.
> 6: Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.
> 7: Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca.
> 8: Por cárcel y por juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido.
> 9: Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca.
> 10: Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada.
> 11: Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos.
> 12: Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores.

Por la textura del texto podemos inferir que se refiere a la persona de Jesús (en el caso que éste sea el Mesías). Y la cuestión es simple, esta profecía mesiánica, diferente de otras, no parece revestir alegoría alguna; es directa y, por todo lo que describe, se nota que concuerda a la perfección con la historia que se nos ha transmitido de Jesús, excepto en un aspecto: el de tener descendencia.

> Is 53, 8: Por cárcel y por juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará? […]

> Is 53, 10: Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada.

Esa generación, hasta donde hemos visto, ha de interpretarse en el contexto físico. Esa generación, dada la formación cultural del pueblo judío, hace referencia a una descendencia física. En este caso, ese mesías vendría a ser una especie de Abraham, portador de una nueva promesa y, como se indica en el Nuevo Testamento, de un nuevo y mejor pacto.

Y el libro de Isaías es todavía más explicito pues añade:

> Is 53, 10: Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje.

Una de dos: o la profecía es simbólica y la muerte y la existencia misma del mesías debe entenderse en una forma simbólica, ó es concreta, directa, y debe entenderse en la misma forma en que es descrita. La respuesta es sencilla: por todo lo que nombra que ha de suceder con el Mesías, y teniendo en cuenta que todo se cumplió en la persona de Jesús, se trata de una profecía que ha de entenderse en un modo literal. Si ello es así, y si es verdad que vio descendencia, y que la misma sería incontable ¿es posible que esa descendencia fuera la dinastía de los reyes merovingios, tal como señala la leyenda?[1] Por otra parte la expresión "*vivirá por largos días*", después de haber puesto su vida en expiación por el pecado, pareciera reivindicar la

[1] En los Salmos (89, 3-4) encontramos: «Hice pacto con mi escogido; Juré a David mi siervo, diciendo: Para siempre confirmaré tu descendencia». Y, evidentemente, una de las mejores formas de confirmar esa descendencia sería en la persona de Jesús, del que él es reputado como hijo. Esto sería lo usual, en la tradición judía el varón justo se ve recompensado con una profusa descendencia.
Y, en algún modo, eso es lo que la augura el libro de Isaías. David sabe que de su descendencia saldrá el Cristo y lo proclama en los Salmos, cuando expresa: «Por amor de David tu siervo No vuelvas de tu ungido el rostro. En verdad juró Jehová a David, Y no se retractará de ello: De tu descendencia pondré sobre tu trono» (Sal 132, 10-11). Y esta versión es confirmada en Hch 2, 30. Sin embargo, David no desconoce que también se le prometió diciéndole: «Para siempre confirmaré tu descendencia».
Si David, visualizando todo ello, hubiera visto en Jesús a un eunuco donde termina esa descendencia prometida posiblemente no hubiera cantado loores ni hubiera visto al Ungido como motivo de regocijo, sino como una ocasión de luto, quizás como una especie de maldición y de afrenta por parte de Dios. Sin embargo, nada de ello pasa y este *silentium* permite hacer una lectura entre líneas acerca de esa sucesión genealógica del Rey David, pasando por el Rey Jesús y yendo, más allá en el tiempo, posiblemente hasta la línea de los reyes merovingios.

tesis gnóstica expuesta en el *Pistis Sophia* (*P. S. I, 1*) en cuanto a que, luego de su resurrección, Jesús estuvo 11 años instruyendo a sus discípulos, y nuestra insinuación con respecto a que, luego de su resurrección, pudo haber tenido descendencia. Inclusive, es completamente factible la proposición de que, al momento de la crucifixión, María Magdalena estuviera embarazada –lo cual es respaldado por algunas tradiciones orales y escritas, además de encontrarse en la iconografía– por cuanto en el pasaje encontramos que vería linaje cuando hubiera puesto su vida en expiación por el pecado. Esto implica no un antes, pero sí un después. Y en este aspecto parece estar de acuerdo la leyenda, que pone a la descendencia de Jesús no antes de la crucifixión, sino luego de efectuada esta.

Ahora bien, podría objetarse que este linaje es simbólico, como bien se puede colegir de pasajes como el expuesto en He 2, 13 (*Y otra vez: Yo confiaré en Él. Y otra vez: He aquí, yo y los hijos que me dio Dios*), o como se puede interpretar si nos referimos a hijos espirituales, lo que, en todo caso, no dejaría de ser un tratamiento simbólico. Así las cosas, y suponiendo que el versículo se refiere sólo a una alegoría, invariablemente, y por la misma necesidad de las circunstancias, nos veríamos advocados a aceptar y preconizar que la muerte de Jesús –junto con todo lo que narra la profecía– es, igualmente, una alegoría por cuanto el versículo asocia una aseveración con la otra:

> Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada.

No parece viable decir que, en efecto, puso su vida en expiación por el pecado, pero que el linaje es simbólico porque, de este mismo modo, se podría objetar que sí tuvo linaje y que lo único simbólico es el hecho de poner su vida en expiación por el pecado. Y, como la cuestión es que las aseveraciones del versículo están concatenadas, no tenemos más remedio que aceptar ambas en un contexto simbólico, o ambas en un contexto físico. Esto no quiere decir que anulemos la proposición paulina relatada en la epístola a los Hebreos. Es decir, aparte de la descendencia espiritual, Jesús podría haber tenido una descendencia física. Sobre esta última parecería pronunciarse la profecía de Isaías pues, como hemos indicado, ha de entenderse en modo físico o simbólico. Y por todo lo que describe, parecería corresponderse a una descendencia muy real. Así las cosas, el asunto de la descendencia de Jesús es respaldado, no sólo por los Evangelios Gnósticos, sino por los libros canónicos, con lo que queda el asunto sentenciado.

6.9. MARÍA MAGDALENA EN EL APOCALIPSIS

En al Apocalipsis, hay un capítulo en el que se describen ciertos acontecimientos concernientes al alumbramiento de una mujer. Generalmente se ha asociado dicho relato a una imagen mariana; y ciertamente lo sería, pero no de María, la madre de Jesús, sino de María Magdalena.

> Ap 12, 1: Apareció en el cielo una gran señal: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas[1].
> 2: Y estando encinta, clamaba con dolores de parto, en la angustia del alumbramiento[2].
> 3: También apareció otra señal en el cielo: he aquí un gran dragón escarlata, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas;
> 4: y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra. Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese[3].
> 5: Y ella dio a luz un hijo varón, que regirá con vara de hierro a todas las naciones; y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono.
> 6: Y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días […]
> 13: Y cuando vio el dragón que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón.
> 14: Y se le dieron a la mujer las dos alas de la gran águila, para que volase de delante de la serpiente al desierto, a su lugar, donde es sustentada por un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo.
> 15: Y la serpiente arrojó de su boca, tras la mujer, agua como un río, para que fuese arrastrada por el río.
> 16: Pero la tierra ayudó a la mujer, pues la tierra abrió su boca y tragó el río que el dragón había echado de su boca.
> 17. Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo[4].

[1] La diadema en su cabeza con doce estrellas representaría a los doce apóstoles, y ella la porta pues es la *Apostola Apostolorum*, que los reconforta y los anima tras la partida de Jesús.

[2] También hay angustia en ese alumbramiento porque habría perdido a su esposo y habría sido un alumbramiento en medio de múltiples adversidades.

[3] Ese hijo habría sido prácticamente devorado. O es que ¿acaso se reconoce al hijo del Hijo del hombre? Sin embargo, él habría sobrevivido, y de él habría salido una poderosa dinastía.

[4] Aquí se entiende que las fuerzas del mal no habrían podido haber hecho nada contra el primogénito de Jesús y María; sin embargo, o bien, ese hijo no habría sido el único o, de este

Por la textura del texto y los acontecimientos posteriores que nos sigue relatando el libro del Apocalipsis, se suele asociar a esa mujer con María.

> Ap 12, 5: Y ella dio a luz un hijo varón, que regirá con vara de hierro a todas las naciones; y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono.

Sin embargo, y teniendo en cuenta que la presunta virginidad de María implica parto sin dolor, es incongruente y hasta contradictorio que estos pasajes sean asociados a ella. En el caso de que en ellos se aluda a María tenemos a una mujer encinta, que clama con dolores de parto, en la angustia del alumbramiento, y no la tranquilidad beatífica que se nos ha transmitido. Y, sin duda, eso es algo muy diferente. Por otra parte, el Apocalipsis es escrito en tiempos en que el cristianismo es perseguido con vehemencia, con lo que se nos presenta como un libro que, en un complejo simbolismo, narra todas estas persecuciones y la victoria final del cristianismo. Y toda vez que el Apocalipsis no pretende ser un recuento histórico; es decir, no tiene como fin rememorar hechos del pasado, sino describir hechos presentes y futuros, es posible colegir que la mujer que tiene dolores de parto no es la María madre, sino la María esposa; en cuyo caso, el Apocalipsis narraría la forma en que, en el tiempo futuro, la descendencia del Cristo sería perseguida; pero todavía más, la forma en que esa mujer sería perseguida por las fuerzas del mal haciéndola huir a una tierra que la salvaría de la furia de las aguas (tal como señala la leyenda). Esa mujer sería María Magdalena huyendo de la persecución. Este pasaje, muy especialmente, narraría la forma en que fue perseguida, ocultada, vejada y casi suprimida por las fuerzas del mal durante casi dos mil años. Ella vendría a ser esa mujer oscurecida y ennegrecida que habría dado origen al culto de las vírgenes negras, el culto a María Magdalena.

Pero hay un punto más que nos permite inferir que esa mujer no es María, la madre de Jesús, por cuanto se trata de una mujer que es perseguida y prácticamente desterrada. Sin embargo, María madre no tiene tal persecución, sino que es endiosada hasta las alturas, proclamada como reina universal de todo lo creado, tributada como madre de Dios y como virgen. María Magdalena, por contraposición, no es declarada propiamente como virgen y su papel como *Apostola Apostolorum* es eliminado; se le suprime toda posibilidad como esposa y, lo que es más, se le pretende negar natural derecho a ser

hijo se habrían desprendido muchos más –o ambas a la vez– de forma que cuando el texto dice que se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella pareciera como si se tratara de una persecución a futuro a esa misma progenie.

madre. Sus seguidores son perseguidos y asesinados, su evangelio, y todo escrito semejante es quemado y destruido. En ese orden de ideas, al Apocalipsis haría alusión a la suerte que le aguarda, tanto a la mujer (en estado de gestación) como a su descendencia; además que señala que debe estar en el exilio durante *un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo*. En el caso de se refiriera a María Magdalena, ¿quería decir que luego de ese tiempo volvería de su exilio, de su ocultación y se le haría justicia?

6.10. LOS NOMBRES DE LOS HIJOS DE JESÚS

En *De Miraculis*, el obispo Gregorio de Tours afirma que Sara habría sido la hija de María Magdalena, nacida en Alejandría[1]. Pero ¿cuál sería su padre? El obispo Gregorio no dice nada al respecto ni tampoco menciona en absoluto a la Galia (Francia) pero, con la sobrada evidencia que tenemos que apunta toda a indicar que María fue la esposa de Jesús, es evidente que el padre de Sara no pudo haber sido otro. El arzobispo Giacomo da Varazze (Jacobo o Santiago de la Vorágine) en la *Leyenda dorada* relata el modo en que María Magdalena arribó a Marsella (ciudad portuaria del sur de Francia), pero no menciona nada acerca de su descendencia. Sea como fuere, estos testimonios surgidos dentro del mismo seno de iglesia ayudan bastante a esclarecer la historia de María Magdalena y, en cierto modo, indican que las leyendas y tradiciones formadas en torno a ella no están del todo provistas de sentido.

En todo caso, y como hemos indicado, en medio de las aparentes contradicciones hay un punto común en todas: María hubo de huir de Palestina a otro sitio, junto con su descendencia. En ese periplo no es extraño que hubiera pasado por diferentes lugares dando origen a las diversas tradiciones y leyendas, incluidas las que terminan en Francia y en Inglaterra (precisamente las tradiciones hablan de la llegada por separado del Santo Grial a Francia e Inglaterra). Al parecer ambas serían correctas. María Magdalena habría ido primero a Alejandría y luego haber arribado a Galia con su hijo(a), o hijos(as) y otras personas allegadas[2].

Gardner[3] sostiene que los hijos de Jesús y María Magdalena habrían sido tres, a saber:

---

[1] AGUILAR PIÑAL, Francisco. La quimera de los dioses. Ojos que no ven, corazón que no quiebra. Madrid: Visión Libros, 2010. P. 432

[2] STARBIRD, Margaret. María Magdalena ¿Esposa de Jesús? Barcelona: Marínez Roca, 1994.

[3] GARDNER, Laurence. La herencia del santo grial. Barcelona: Grijalbo, 1999.

- Jesús el joven –*¿bar Rabbi?*– (o Josué)
- Tamar (Damaris por su correspondiente griego)
- José (o Josefo).

Esto no sería incompatible con la iconografía que previamente hemos tratado en donde aparece María Magdalena con un niño –o niña– en sus brazos y donde aparece con unas niñas gemelas –o mellizas– (representación de los otros dos hijos). De acuerdo a la tradición, José de Arimatea, posteriormente, habría partido con uno de ellos a Inglaterra.

Pero entonces, ¿qué hay de Sara, mencionada por el obispo Gregorio de Tours? Es posible que fuera Tamar, también llamada Sara[1]. Esto no habría sido nada raro; hemos visto que Cefas era llamado Pedro, que Saulo era llamado Pablo, y que Jesús les habría puesto un nombre alterno a varios de sus discípulos. Y más allá de esto, como hemos advertido, el hecho que existan divergencias en los nombres de los hijos de Jesús no significa que no hubiera habido hijos de Jesús, todo lo contrario. El hecho que hubiera una guerra y que unas fuentes dijeran que hubo mil muertos, pero otras sostuvieran que fueron tres mil, no significa que no hubiera habido guerra, todo lo contrario, se evidencia.

Y más allá de que sus nombres hubieran sido José, Tamar o Jesús, lo cierto es que se reconoce que existe un hijo del Hijo del hombre.

> E. G. Fe 120: Hay un Hijo del hombre y hay un hijo del Hijo del hombre. El Señor es el Hijo del hombre, y el hijo del Hijo del hombre es aquel que fue hecho por el Hijo del hombre. El Hijo del hombre recibió de Dios la facultad de crear, él tiene (también) la de engendrar.

Y más allá de que se correspondan o no estos nombres con la realidad, lo cierto es que, efectivamente, existía la profecía acerca de que el mesías, luego de poner su vida en expiación por el pecado[2], vería linaje. Y esto es bastante diciente, claro, robusto.

> Is 53, 10: Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje.

[1] Si bien para Gardner, Sara fue una esclava con la que arribó María Magdalena a la Galia.

[2] Es interesante el hecho que no diga que haya de morir, si bien señala que luego de ese evento habrá de vivir por largos días.

ULTÍLOGO

Hemos llegado al final de esta primera entrega de *Las Verdades Ocultas de la Biblia* y, muy sinceramente, esperamos haber dispersado un poco de luz en medio de este mar de tinieblas. El cristianismo contemporáneo debe ser revisado y evaluado; aun más, el cristianismo contemporáneo debe ser revisado y evaluado a partir de los mismos textos sagrados en los que se funda, a fin de que no se nos tilde de suplantadores o de mentirosos. Y cuando este tipo de cristianismo sea volcado a las verdades fundamentales enmarcadas en la Biblia, no descubriremos otra cosa que las mismas elementales, pero eternas y sensibles, enseñanzas del cristianismo gnóstico, la enseñanza cumbre del cristianismo primitivo y de todo sistema religioso en su estado puro.

Esa enseñanza, que el Cristo Jesús daba sólo a los que querían seguirle, la resumía así:

> Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame.

Nosotros, los cristianos gnósticos, en este sentido, hablamos de «morir», «nacer» y «sacrificarse por la humanidad».

Ese negarse a sí mismo no es otra cosa que morir a lo que somos, morir a nuestras lujurias, a nuestras fornicaciones, a nuestras maledicencias, a nuestras iras, a nuestras borracheras, a nuestras envidias, a nuestras codicias, a nuestros temores, a nuestras vanidades, etc. No es otra cosa que negarse a todos esos elementos defectuosos que nos amargan la vida, que nos causan dolor y que, finalmente, nos llevan a la muerte misma.

Ese tomar la cruz cada día no es otra cosa que tomar a la mujer y unirse a ella, en castidad, en fidelidad, en amor, sin fornicaciones, sin lujurias, sin contraceptivos, sin castraciones y sin artificios que le provoquen el mínimo daño. Entonces, la energía creadora ya no creará más niños para el hambre y la miseria sino que creará vitalidad dentro de nosotros mismos, creará al Hombre auténtico de tipo superior. Sólo entonces, y con justicia, se podrá decir que habrá originado un nuevo tipo de vida y que habrá emergido a la vida el hombre nuevo, el hombre resurrecto.

Ese seguirlo (al Cristo) no es otra cosa que sacrificarse por la humanidad, para que esa humanidad llegue al conocimiento y así pueda ser redimida de

sus pecados, para que pueda eliminar de sí las causas de su dolor y sufrimiento. El que sigue al Cristo inevitablemente llega a la hora de su sacrificio, de su sacrificio por la humanidad. Entonces, inevitablemente, también vive ese sacrificio –o sacro oficio –, y desarrolla el amor hacia sí mismo y hacia sus semejantes.

Si alguien quiere en realidad de verdad ir en pos del Cristo debe pasar invariablemente por la negación (morir), por la crucifixión (nacimiento), y por la divulgación de sus misterios (seguirlo hasta el supremo sacrificio por la humanidad). Es absolutamente asombrosa la síntesis cristiana. ¿Para qué seguir en un laberinto de teorías y de confusión cuando ahora podemos volver a la suprema síntesis del Cristo? Ha llegado la hora de desenmascarar a los impostores y de buscar a los verdaderos seguidores del Cristo; ha llegado la hora en que el verdadero cristianismo salga del exilio a que fue impelido por las tinieblas de esa época de confusión donde la llave de la ciencia fue ocultada y perdida.

La energía sexual es energía generadora de vida y, en efecto, cuando se unen los gametos masculinos y femeninos, se genera vida. Si esta energía genera vida, si esta energía sustenta la vida, resulta evidente que, si no la extraemos de nuestro organismo, si –por el contrario– la asimilamos dentro de nuestro organismo generaremos vida dentro de nosotros mismo. Si la energía creadora sexual genera vida, parece sensato pensar que, si no la eliminamos, si la transformamos dentro de nuestro organismo, algún tipo de vida deberá de engendrarse dentro de nosotros mismos. Claro, esto no significa que la unión sexual esté prohibida –cosa que ya hemos expuesto con holgura–; lo que está prohibido, o mejor, lo que no se debe hacer por nuestro propio beneficio y en aras de conservar nuestra vitalidad y de hacer creaciones superiores en nosotros, es extraer de nuestro organismo la substancia generadora de vida, esto es, fornicar o llegar al orgasmo. Así las cosas, una de las más grandes enseñanzas se encuentra plenamente sintetizada en el presente enunciado: unión sexual entre el hombre y la mujer[1] sin llegar a la eyaculación ni al orgasmo. Sin derramar las aguas por las calles, amando profundamente la semilla (*sperma*).

¡Paz inverencial!

[1] Sin ningún tipo de castración ni anticonceptivos, con una única mujer o con un único hombre, en fidelidad, castidad y amor, una sola vez en horas de la noche y absteniéndose de realizar la conexión cuando la mujer esté durante el periodo, en estado de gestación o cuando alguno de los dos esté enfermo.

BIBLIOGRAFÍA

AGUILAR PIÑAL, Francisco. La quimera de los dioses. Ojos que no ven, corazón que no quiebra. Madrid: Visión Libros, 2010.

AUN WEOR, Samael. El libro de la virgen del Carmen. Bogotá: [s.n.], 1952.

AUN WEOR, Samael. El matrimonio perfecto. Barcelona: Ediciones Gnósticas, 2009.

AUN WEOR, Samael. El misterio del áureo florecer. 4 ed. Bogotá: MGCU, 1994.

BAIGENT, Michael, LEIGH, Richard, LINCOLN, Henry. El enigma sagrado. Buenos Aires: Ediciones Martínez Roca, c1989.

BESANT, Annie Wood. Cristianismo Esotérico: Los misterios de Jesús de Nazareth. Argentina: Kier, 1982.

BIBLIA, La. Barcelona: Editorial Herder: Barcelona, 1964.

BLASCHKE, Jorge. Enciclopedia de las creencias y religiones. México D.F.: Lectorum, 2006; Barcelona: Ediciones Robinbook, 2006.

BLASCHKE, Jorge. Los grandes enigmas del cristianismo. Barcelona: Ediciones Robinbook, 2000.

BURSTEIN, Dan. Los secretos del código. Buenos Aires: Emecé, 2004.

CESAREA, Eusebio de. Trad. George Grayling. Historia eclesiástica. Barcelona: Editorial Clie, c2008.

CLEMENTE DE ALEJANDRIA. Stromata, lib. V, capítulo XI, citado por BESANT, Annie Wood. Cristianismo Esotérico: Los misterios de Jesús de Nazareth. Argentina: Kier, 1982.

CORÁN, El. Trad. Abdurrasak Pérez. Córdoba (España): Centro de documentación y publicaciones islámicas, 2001.

COTTERELL, Arthur. Trad. Vicente Villacampa. Mitos: Diccionario de mitología universal. Barcelona: Ariel, 2008.

DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA. Real Academia Española. 22 ed. [Recurso en línea].

DRURY, Nevill. Dictionary of mysticism and the Occult. San Francisco: Harper and Row, c1985.

EDERSHEIM, Alfred. Sketches of Jewish social life in the days of Christ. New York: Cosimo, 2007.

ELIADE, Mircea. Trad. Jesús Valiente Malla. Historia de las creencias y las ideas religiosas II: De Gautama Buda al triunfo del cristianismo. Barcelona: Paidós Ibérica, 1999.

ELLERBE, Helen. Trad. Cherly Harleston. El lado oscuro de la historia cristiana. México D.F.: Editorial Pax México, 2007.

EPIFANIO DE SALAMINA. Trad. Frank William. The Panarion of Epiphanius of Salamis: books II and III (Sects 47-80, De Fide). Leiden (Netherlands); New York; Köln (Germany): Brill. 1993.

FLAMEL, Nicolas. Original du Désir désiré, o thrésor de Philosophie. París, Hulpeau, 1629, citado por FULCANELLI. El misterio de las catedrales. Barcelona: Plaza & Janes, 1970.

FOX, John. El libro de los mártires. Terrasa, Bacerlona (España): Clie, 1991.

FULCANELLI. El misterio de las catedrales. Barcelona: Plaza & Janes, 1970.

GARDNER, Laurence. La herencia del santo grial. Barcelona: Grijalbo, 1999.

GIESELER, Johann Karl. A compendium of ecclesiastical history. Trad. Samuel Davidson, v. 1. 4. ed. Edinburgh: T. & T. Clark, 1846.

GIMÉNEZ RODRÍGUEZ, José Luis. El legado de María Magdalena. Madrid: PNL Books, 2010.

GOLDSTEIN, Morris. Jesus in the Jewish tradition. New York: McMillan, 1950.

GÓMEZ DE LIAÑO, Ignacio. El círculo de la sabiduría: Diagramas del conocimiento en el mitraísmo, el gnosticismo, el cristianismo y el maniqueísmo. Madrid: Ediciones Siruela, 2005.

GOULD, Stephen Jay. La vida maravillosa. Barcelona: Critica, 1999.

GROSPARMY, Nicolas, VALOIS, Nicolas. Obras de N. Grosparmy y Nicolas Valois, mans. cit., pág. 140, citado por FULCANELLI. El misterio de las catedrales. Barcelona: Plaza & Janes, 1970.

GUSEME, Tomás Andrés. Diccionario numismático general: para la perfecta inteligencia de las medallas antiguas, sus signos, notas, é inscripciones, y generalmente de todo lo que se contiene en ellas. v. 5. Madrid: Imp. Joachin Ibarra. 1776.

HESÍODO. La Teogonía. [Recurso en línea].

JEREMIAS, Joachim. Jerusalem zur zeit Jesu. Göttingen (Germany): Vanderhoeck & Ruprecht, 1963.

JEREMIAS, Joachim. Jerusalén en tiempos de Jesús. Trad. J. Luis Ballines. 2 ed. Madrid: Ediciones Cristiandad, 1980.

JEREMIAS, Joachim. Trad. Francisco J. Calvo. Las parábolas de Jesús. 3 ed. Navarra (España): Editorial Verbo Divino, 1974.

JOSEFO, Tito Flavio. Antigüedades judías, v. II. Madrid: Ediciones Akal, 1997.

JOSEFO, Tito Flavio. Las guerras de los judíos, v. II. [Barcelona]: Clie, 1989.

LABERINTO DEL TIBET, El [video]. Productor ejecutivo, Larry Levene; dirección, Fernando Bauluz; guión, Pedro Molina Temboury; fotografía, Augusto García Fernández-Balbuena; narrador, Rafael Taibo; música, Juan Bardem. España: Canal +; La luna; Cartel; Impala; TVE, 1999. Capítulo 4.

McCONKIE, Bruce Redd. Doctrinal New Testament Commentary, v. 1. Salt Lake City (United States): Deseret Book Company, 2012.

MELLADO, Francisco de Paula. Enciclopedia moderna: Diccionario universal de literatura, ciencias, artes, agricultura, industria y comercio, v. 15. Madrid: Establecimiento tipográfico de Mellado, 1852.

NEWMAN, John Henry. An Essay on the Development of Christian Doctrine. 2 ed. London: James Toovey, 1846.

OLSEN, Oddvar, PICKNETT, Lynn. Trad. Mario Lamberti. Secreto del Temple. Madrid: Editorial EDAF, 2007.

ORBE, Antonio. La Teología del Espíritu Santo: Estudios valentinianos, v. IV. Roma: Libreria Editrice dell'Universià Gregoriana, 1966.

ORÍGENES, in Ioh II, 12 (6), citado por ORBE, Antonio. La Teología del Espíritu Santo: Estudios valentinianos, v. IV. Roma: Libreria Editrice dell'Universià Gregoriana, 1966.

ORÍGENES, In Ioh. 2, 6, citado por SANTOS OTERO, Aurelio de. Los Evangelios Apócrifos. Biblioteca de autores cristianos: Madrid, 2005.

PAGELS, Elaine. Trad. Jordi Beltrán. Los evangelios gnósticos. Barcelona: Critica S. L., c1982.

PICKNETT Lynn, PRINCE, Clive. Trad. J. A. Bravo La revelación de los templarios. Barcelona: Planeta DeAgostini, 2005.

PICKNETT, Lynn. Trad. Enrique C. Mercado González. La verdadera historia de María Magdalena y Jesús. Barcelona: Ediciones Robinbook, 2008.

PIÑERO, Antonio. Todos los evangelios. 2 ed. Madrid: Editorial EDAF, 2009.
PRUDENCIO. Psychomachia, 622 - 626.

ROZO DE LUNA, Mario. El libro que mata a la muerte.

SAN AGUSTIN. El pecado original, C 35.

SAN AGUSTÍN. La Ciudad de Dios. XIV, 21.

SANTOS OTERO, Aurelio de. Los Evangelios Apócrifos. Madrid: Biblioteca de autores cristianos, 2005.

SARAYDARIAN, Torkom. Trad. Héctor Vicente Morel. Sinfonía del Zodíaco. Buenos Aires: Kier, 2006.

SEFER TOLEDOT YESHU. [Recurso en línea].

SEVILLA, Isidoro de. Origines, 5. [Recurso en línea].

SMITH, Morton. Jesus the Magician, citado por BAIGENT, Michael, LEIGH, Richard, LINCOLN, Henry. El enigma sagrado. Buenos Aires: Ediciones Martínez Roca, c1989.

SPERRY, Sydney Branton. Paul's life and letters. Salt Lake City (United States): Deseret Book Company, c1955.

STARBIRD, Margaret. María Magdalena ¿esposa de Jesús? Barcelona: Martínez Roca, 1994.

STARBIRD, Margaret. The goddess in the gospels, citada por OLSEN, Oddvar, PICKNETT, Lynn. Trad. Mario Lamberti. Secreto del Temple. Madrid: Editorial EDAF, 2007.

STOW MEAD, George Robert (G.R.S. Mead). Las historias del Jesús ben Stada del Talmud. [Recurso en línea].

VORAGINE, Jacobo de. The golden legend: Readings on the Saints. New Jersey: Princeton University Press, 2012.

YOUNG, Brigham. Journal of Discourses, v. 4. London: S. W. Richards, 1857.

YOUNG, Brigham. Journal of Discourses, v. 11. Liverpool: B. Young, 1867.

LISTADO DE LIBROS

ANTIGUO TESTAMENTO

Libros históricos

Gn	Génesis
Ex	Éxodo
Lv	Levítico
Nm	Números
Dt	Deuteronomio
Jos	Josué
Jue	Jueces
Rt	Rut
1 Sam	1 Samuel
2 Sam	2 Samuel
1 Re	1 Reyes
2 Re	2 Reyes
1 Cro	1 Crónicas (Paralipómenos)
2 Cro	2 Crónicas (Paralipómenos)
Esd	Esdras
Neh	Nehemías
Tob	Tobías
Jdt	Judit
Est	Ester
1 Mac	1 Macabeos
2 Mac	2 Macabeos

Libros sapienciales

Jb	Job
Sal	Salmos
Prv	Proverbios
Ecl	Eclesiastés
Can	Cantares de los cantares
Sab	Libro de la Sabiduría
Eclo	Eclesiástico

Libros proféticos (profetas mayores)

Is	Isaías
Jer	Jeremías
Lam	Lamentaciones
Ba	Baruc
Ez	Ezequiel
Da	Daniel

Libros proféticos (profetas menores)

Os	Oseas
Jl	Joel
Am	Amós
Ab	Abdías
Jon	Jonás
Miq	Miqeas
Nah	Nahúm
Hab	Habacuc
Sof	Sofonías
Hag	Hageo
Zac	Zacarías
Mal	Malaquías

NUEVO TESTAMENTO

Evangelios canónicos

Mt	Mateo
Mc	Marcos
Lc	Lucas
Jn	Juan
Hch	Hechos de los apóstoles
Ro	Romanos
1 Cor	Corintios

2 Cor	2 Corintios
Ga	Gálatas
Ef	Efesios
Flp	Filipenses
Col	Colosenses
1 Tes	1 Tesalonicenses
2 Tes	2 Tesalonicenses
1 Tim	1 Timoteo
2 Tim	2 Timoteo
Tit	Tito
Flm	Filemón
He	Hebreos
Stg	Santiago
1 Pe	1 Pedro
2 Pe	2 Pedro
1 Jn	1 Juan
2 Jn	2 Juan
3 Jn	3 Juan
Jds	Judas
Ap	Apocalipsis

EVANGELIOS GNÓSTICOS

E. G. To	Evangelio Gnóstico de Tomás
E. G. Fe	Evangelio Gnóstico de Felipe
E. G. Ma	Evangelio Gnóstico de María
P. S.	Pistis Sophia

OTROS LIBROS

Bart	Evangelio de Bartolomé
Corán	Corán
Hnc	Libro de Henoc
Nod	Libro de Nod
S. T. Y.	Sefer Toledot Yeshu
San	Sanhedrin
T. Bab.	Talmud de Babilonia
Yeb	Yebamot (escrito rabínico)

ABREVIATURAS

Ab Abdías
Am Amós
Ap Apocalipsis
Ba Baruc
Bart Bartolomé
Can Cantares de los cantares
Col Colosenses
Cor Corintios
Corán Corán
Cro Crónicas (Paralipómenos)
Da Daniel
Dt Deuteronomio
E. G. Fe Evangelio Gnóstico de Felipe
E. G. Ma Evangelio Gnóstico de María
E. G. To Evangelio Gnóstico de Tomás
Ecl Eclesiastés
Eclo Eclesiástico
Ef Efesios
Esd Esdras
Est Ester
Ex Éxodo
Ez Ezequiel
Flm Filemón
Flp Filipenses
Ga Gálatas
Gn Génesis
Hab Habacuc
Hag Hageo
Hch Hechos de los apóstoles
He Hebreos
Hnc Henoc
Is Isaías
Jb Job
Jd Judas
Jdt Judit
Jer Jeremías
Jl Joel
Jn Juan
Jon Jonás
Jos Josué
Jue Jueces
Lam Lamentaciones
Lc Lucas
Lv Levítico
Mac 1 Macabeos
Mal Malaquías
Mc Marcos
Miq Miqeas
Mt Mateo
Nah Nahúm
Neh Nehemías
Nm Números
Nod Libro de Nod
Os Oseas
Pe 1 Pedro
Prv Proverbios
P. S. Pistis Sophia
Re 1 Reyes
Ro Romanos
Rt Rut
S. T. Y. Sefer Toledot Yeshu
Sab Libro de la Sabiduría
Sal Salmos
Sam 1 Samuel
San Sanhedrin
Sof Sofonías
Stg Santiago
T. Bab. Talmud de Babilonia
Tes 1 Tesalonicenses
Tim 1 Timoteo
Tit Tito
Tob Tobías
Yeb Yebamot
Zac Zacarías